



NOA XIREAU

EL
CUENTO
DEL

Lobo

CUENTOS Y SECRETOS II

EL CUENTO DEL LOBO

CUENTOS Y SECRETOS 2

NOA XIREAU



© *El cuento del Lobo*

© 2019 by Noa Xireau

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro. Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación del autor, o son utilizados ficticiamente, y cualquier similitud con personas vivas o muertas, establecimientos de negocio (comerciales), hechos o situaciones es pura coincidencia.

© Imágenes de portada: Adobe Stock.

Diseño de portada: Nune Martínez.

Corrección: Paola C. Álvarez.

www.noaxireau.com

ÍNDICE

Notas de la Autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Epílogo

Otras Obras de Noa Xireau
Noa Xireau

NOTAS DE LA AUTORA

Este libro es autoconclusivo y se puede leer de forma independiente al resto de los libros de la serie. Para que no te pierdas nada, te dejo un **breve resumen del libro anterior:**

Belén, Anabel y Laura son raptadas por una criatura mágica llamada Neva y son transportadas a una dimensión alternativa que parece sacada de un cuento de hadas. Neva las entrega a los hermanos Cael, Azrael y Malael, quienes las confunden con esclavas sexuales.

Tras una estancia llena de aventuras, entre las que hay un enfrentamiento con la ambiciosa Andrea, Laura y Belén consiguen fugarse de la extraña dimensión dejando atrás no solo un mundo de sueños y pesadillas, sino también a los hombres que dominaron esos mundos y que no dudarán en ir tras ellas con el fin de recuperarlas.

CAPÍTULO 1



Tras un vistazo a la vieja casa palacio, de la que salía y entraba gente charlando y riendo animada, Belén apagó el motor del coche, se frotó las manos húmedas contra los vaqueros y bajó el cierre centralizado como medida de seguridad.

A pesar de estar en pleno casco histórico, los formidables caserones antiguos hacían que la estrecha calle de adoquines pareciera oscura y tenebrosa. Había tenido suerte de localizar uno de los escasos aparcamientos disponibles y de haberse salvado de tener que recorrer aquellas calles casi desérticas a solas. Conociéndose, habría sido incapaz de andar más de dos metros sin estar comprobando por encima del hombro si alguien la perseguía o la acechaba desde las sombras. Incluso ahora, su piel le picaba como si ojos invisibles estuvieran clavándose en ella.

Su miedo frenético a la oscuridad le venía desde la infancia, aunque desde el secuestro todo había empeorado. No tenía lógica que fuera así. Cualquiera diría que convivir con aquellos seres sobrenaturales, que no deberían existir fuera de su imaginación, la habría hecho más fuerte y valiente, pero eso no era lo que había ocurrido. Ahora conocía a ciencia cierta que esas criaturas de la noche y monstruos existían y eso convertía sus miedos y pesadillas en mucho más reales.

Se abrazó y su mirada se enfocó en el antiguo convento que se encontraba a poco más de setenta metros calle arriba. Nada en el imponente pórtico de su iglesia o de las esculturas religiosas de la majestuosa fachada dejaba adivinar que tras aquellos gruesos y fríos muros se ocultaba un orfanato, ni siquiera un triste letrero.

Por mucho que intentó redirigir sus pensamientos, no pudo resistirse al

magnetismo que las grisáceas paredes de piedra ejercían sobre ella. Bastó una sola ojeada para lanzarla de regreso a un pasado lleno de memorias que hubiera preferido dejar guardadas donde estaban. Recordarse que habían pasado años de aquello y que ya no era la chiquilla desamparada que había sido entonces, no la ayudó demasiado cuando ya de por sí sus manos temblaban y su estómago no paraba de retorcerse por la tensión.

Con las piedras cubiertas por manchas de moho y contaminación, que a la luz de la luna parecían seres oscuros adueñándose del orfanato con la intención de devorarlo, casi prefería entrar a la animada casa palacio que, aun al poseer el mismo halo fantasmal y tenebroso característico de las construcciones herméticas y austeras del renacimiento, tenía su portón de madera abierto, dejando escapar la luz y la estruendosa música moderna.

Devolvió su atención a la fiesta. Podría haber confundido el edificio con una discoteca de lujo o un local de marcha si tenía presente que los que salían o entraban eran personas de entre veinte a cuarenta años con vasos de plástico en las manos; sin embargo, resultaba bastante llamativo que todas fueran vestidas de negro.

Un hormigueo frío le recorrió la espalda cuando una pareja pasó por el costado del coche y se fijó en el extraño símbolo que llevaban tatuados en el cuello. Como si le hubiera leído la mente, el hombre giró su rostro hacia ella con ojos llenos de una incómoda intensidad.

De forma automática, Belén alargó la mano y comprobó que la llave del coche seguía metida en el contacto, lista para arrancar en caso necesario. También revisó todas sus barreras mentales confirmando que se mantenían en su sitio, tal y como había aprendido durante su estancia en la otra dimensión. Que ya no estuviera allí no significaba que no pudiera toparse con humanos con capacidades telepáticas y, ahora que sabía cómo protegerse, prefería usar sus nuevas habilidades.

Al fijarse en la gente, que charlaba bajo el haz de luz de una despintada farola, se forzó a relajarse. Lo más probable era que estuviera autosugestionándose. Se encontraba en el mundo real, el mundo en el que existían ladrones y sinvergüenzas con los que tener cuidado, pero no seres sacados de cuentos de terror. ¿Quién era ese que afirmaba que la explicación más sencilla solía ser la más correcta? ¿Ockham u Ofram? No tenía ni idea, ni tampoco era como si importara el nombre. La cuestión era que estaba dejando que su fantasía le jugara una mala pasada. Resultaba más lógico suponer que todas aquellas personas se hubieran vestido así por casualidad o que estuviera

celebrándose una fiesta temática con una etiqueta específica, a cualquiera de sus teorías conspiratorias en las que seres de la noche planificaban secuestrarla y devolverla a la otra dimensión con la intención de abandonarla allí como una esclava. Soltó una carcajada seca y sacudió la cabeza. Sus razonamientos sonaban ridículos incluso para sus propios oídos.

—Uno de estos días vas a tener que revisar si tu psicólogo aún tiene la consulta —bufó relajándose contra el reposacabezas.

Lo cierto era que si Irene la hubiera avisado, se habría adaptado a la etiqueta del evento, de hecho, habría sido un detalle por su parte decirle que iba a celebrarse una velada con invitados en lugar de la reunión privada que había esperado.

Con su camiseta de tirantes verde brillante y sus vaqueros iba a destacar como una mariposa multicolor en un nido de cucarachas. Sí había acertado al decidirse por los zapatos de tacón. Con las deportivas resultaba más fácil y rápido salir pitando si las circunstancias lo requerían, aunque no existía ningún arma más sofisticada y disimulada que unos puntiagudos tacones de seis centímetros con el fin de sentirse segura; o, al menos, un poco más segura, se corrigió en cuanto consideró el valor de lo que llevaba en su bolso.

¿Y dónde demonios estaba Irene de todos modos? Echó un vistazo a los números rojos en la pantalla del salpicadero, donde comprobó que ya llegaba con una buena media hora de retraso.

No le hacía gracia estar sentada en el coche a solas. Encontrarse en aquella barriada llena de malos recuerdos ya le había puesto la piel de gallina, pero que encima fuera casi de madrugada y que la hebilla de su bandolera estuviera a punto de reventar por la cantidad de joyas que había metido a presión, lo empeoraba. No solo existía la posibilidad de que pasara cualquier chorizo de tres al cuarto y que le arrebatara el sueño de su vida, sino que de la fiesta salían muchos más borrachos de lo que resultaba sano para su tranquilidad. ¿Y si alguno de esos típicos capullos engreídos, que aún vivían en los mundos de Yupi y pensaban que todas las mujeres que están solas de noche quieren que les den caña, se fijaba en ella y se acercaba al coche buscando jaleo?

Abrió el cajoncito del cenicero para comprobar que allí seguía la llave larga del trastero; podría servirle para sacarle un ojo al más valiente de los valientes si resultaba necesario. Se masajeó el hombro con una mano. Sí, sería capaz de defenderse en caso de urgencia, pese a que el problema real era que no podía permitirse el riesgo de que nadie descubriera lo que llevaba encima,

ya fuera por casualidad o por accidente. Hizo una mueca al imaginarse a la policía descubriéndola con todas aquellas joyas y piedras preciosas encima. ¿Cómo iba a explicarles de dónde habían salido? Era capaz de imaginarse la situación:

—Las tengo de una dimensión alternativa a la que me llevó secuestrada una niña reina, que resulta que es una bruja, y que me regaló como esclava sexual a un aristócrata vampiro. Sé que suena increíble, señor agente, sin embargo, es verdad, existen dimensiones que parecen sacadas de cuentos más allá de esta realidad.

—¿Y en esas dimensiones las joyas crecen en los árboles ya montadas?

—¡No, claro que no, señor agente! Un duque déspota me las regaló a cambio de...

Belén soltó un resoplido ante sus ridículas cavilaciones. Quedaba constatado que era preferible que no la cogieran. Nadie la creería, ni ella se encontraba preparada para enfrentarse de nuevo a los recuerdos de las cosas que había hecho.

Tocó la bandolera que descansaba en su regazo. Sentir el peso y los duros bultos a través de la piel sintética la calmaba. En cuanto se deshiciera de su botín, pondría en marcha la primera parte de su proyecto. Por lo que le había contado Irene, esos ricachones estaban obsesionados con las gemas y tenían dinero para dar y regalar. Probablemente también podría largarles el resto de las joyas que aún mantenía escondidas a buen recaudo, o conocían a alguien que pudiera estar interesado.

Intentó ignorar la tristeza que le causaba tener que desprenderse de las joyas. Le encantaban las gemas y no era algo que fuera asociado a su valor económico. Las adoraba por su belleza, por cómo la luz se reflejaba en ellas haciéndolas brillar y cambiar sus colores, por la suavidad de sus superficies y por las sensaciones que despertaban en ella al llevarlas o tocarlas. Donde otras personas percibían poco más que un material inerte, ella las experimentaba como criaturas vivas que pulsaban con energías y emociones; además, al menos no le provocaban estornudos como el jazmín o los crisantemos. Lo que ya era motivo más que suficiente para que prefiriera una piedra hermosa a mil flores estúpidas que solo acababan por marchitarse y apestar.

«¿Y es solo por eso? ¡Mentirosa!». Belén retuvo las lágrimas, que le

quemaron en los ojos. ¿A quién pretendía engañar? Vender las joyas tenía un significado mucho más profundo. Implicaba olvidarse de la otra dimensión, de Cael, de la parte desconocida que había despertado en ella y de todo lo que fue capaz de hacer a cambio de conseguir aquellas joyas. Aunque le costara olvidarlo, era lo mejor. No quería seguir recordando a cada oportunidad cómo llegó a venderse por ellas, cómo usó su cuerpo para seducir a Cael y sacarle más y más. No es que eso fuera totalmente cierto, ese chupasangre habría conseguido que ella se acostara con él con o sin sobornos, pero el cobrarle por ello la hacía sentir menos como una esclava y más como una mujer con poder y capacidad de decisión, aunque fuera poco más que una quimera que ella misma se había montado.

El maldito déspota cabrón había conseguido que lo necesitara como jamás había necesitado a nadie y le había hecho hacer cosas que... «¡Olvídalo! No empieces a recordar las cosas que hiciste con ese pervertido. Se acabó. Él te compró y tú te vendiste, esa es la realidad. Te trató como una esclava y te convirtió en su puta particular. Fue eso y nada más que eso».

Apretó el colgante rojo sangre que llevaba colgado del cuello con tal fuerza que su palma dolió. ¡Se terminó el acordarse de Cael y permitir que siguiera rondando por sus sueños cada noche! Había acertado al fugarse con Laura y, en cuanto consiguiera cumplir sus planes, los sacrificios habrían valido la pena y podría largarse de allí. Hoy iba a marcar un antes y un después, su vida entera iba a cambiar de rumbo en cuanto consiguiera el dinero que necesitaba.

La musiquita de Harry Potter la devolvió al presente. Entornó los ojos y cogió el móvil. ¿En qué había pensado al elegir ese tono de llamada? Claro que no había esperado el efecto que tendría oírlo en una situación como aquella. Mañana la cambiaría sin falta. Le echó un vistazo a la notificación de WhatsApp en la pantalla.

«Laura: ¿Todo bien por ahí?».

«Belén: Sí, esperando que venga mi amiga».

«Laura: Aún puedo ir si me necesitas. Es cuestión de que me pases tus coordenadas».

Belén no pudo evitar una mueca. Laura parecía haberle cogido el gusto al don con el que la había obsequiado Neva. Se alegraba por ella, tanto como la envidiaba. Poder cerrar los párpados y aparecer donde quisieras debía de ser la caña. ¡La de vacaciones y lugares que habría visitado ya si tuviera esa capacidad! Sin embargo, Laura era Laura y para ella lo práctico y responsable

siempre iba primero.

«Belén: Gracias, por ahora estoy bien. Si ocurriera algo, te aviso».

«Laura: Estaré pendiente por si me necesitas».

Belén sonrió y meneó la cabeza. Seguía sin acostumbrarse a la idea de que la delicada y tímida chica rubia, que había engañado a todo el mundo con su apariencia retraída y vulnerable, tuviera una formación militar. Aún hoy, seguiría sin creérselo si no lo hubiera presenciado de primera mano durante su escapada de la otra dimensión.

«Belén: Gracias, pero no te preocupes, todo va bien».

«Laura: Deberías darme tus coordenadas por si acaso. Nunca se sabe qué puede ocurrir».

Un golpeteo enérgico en la ventana del coche le provocó un respingo asustado. Belén soltó el aire por la boca al descubrir a la mujer con el pelo teñido de azul eléctrico mirándola expectante desde afuera.

«¡Maldita sea, Irene! ¿No podías llamarme la atención de una manera un poco más sutil?».

Bajó la ventanilla y frunció los labios al notar que iba vestida de negro de los pies a la cabeza.

—¿Tienes idea del susto que me has dado?! ¿Pretendías provocarme un ataque al corazón y dejarme en el sitio?

—Eres la única a la que se le ocurre quedarse absorta en el coche a estas horas en un barrio como este. Parece hasta mentira que seas tan loca —carcajeó la mujer—. Sabes de sobras que a los cacos les encanta atracar a turistas despistados por esta zona.

—La que habla —se mofó Belén—. Creo que eres tú la que me ha contado que viene a menudo por aquí.

La sonrisa de Irene flaqueó por un segundo.

—Estoy tan asqueada del orfanato y del barrio como tú, ya te expliqué que me une un vínculo con los dueños del palacio que no me permite alejarme.

Belén asintió con un suspiro.

—Sí, lo sé. Sigo envidiándote todas aquellas tabletas de chocolate que traías de contrabando. —bromeó con un guiño para quitarle hierro al asunto. Mencionar a los dueños siempre conseguía que la conversación se tornase tirante.

—¡Si las compartía contigo! —replicó Irene con un fingido tono ofendido.

—Conmigo y con tres más —bufó Belén—. Además, te conozco. Me apuesto una invitación al cine a que antes de compartir ya te habías zampado

una a solas.

Irene le sacó la lengua.

—No te quejes. Éramos afortunadas.

Sí, eso era cierto. O, al menos, ella e Irene lo habían sido. Consiguieron disfrutar de chocolate y chucherías de tanto en tanto y habían logrado sobrevivir a aquel maldito orfanato. Sus amigas Carmen y Lucía no habían tenido la misma suerte. La primera murió de una enfermedad de la que nunca llegaron a conocer el nombre y la segunda desapareció sin más. En el fondo, ella había sido la única afortunada de las cuatro porque, además de seguir viva, tampoco había tenido que pagar el precio que con toda probabilidad Irene sí hizo por aquellas golosinas. Se trataba de un tema del que nunca habían hablado y que, con toda certeza, nunca harían. Lo único que desencajaba en aquellas sospechas era que Irene, después de quince años, seguía acudiendo a esa adusta casa palacio y seguía en contacto con los dueños. ¿Tendría algún tipo de problema psicológico para romper con ellos? ¿O eran ellos los que la tenían tan manipulada que no la dejaban alejarse? Tal vez hoy fuese el día en el que por fin averiguara por qué Irene, ni aun después de que huyeran juntas del orfanato dos meses antes de su mayoría de edad, no llegó nunca a romper los lazos con los dueños de la casa palacio.

—¿Por qué te has quedado de repente tan seria?

—Carmen y Lucía —mencionó Belén con una sonrisa triste.

No necesitó explicarse. La diversión también desapareció del rostro de su compañera al contemplar el viejo orfanato. Visto a la luz de la luna, parecía incluso más tenebroso de lo que recordaba y, por experiencia propia, le constaba que por dentro la impresión solo empeoraba.

—Lucía era tan cariñosa, estoy convencida de que habría sido una mujer maravillosa. Ni siquiera nos dejaron volver a mencionar su nombre —musitó Irene.

—Quién sabe. Quizás murió o la vendieron. No fue la única que desapareció sin más.

—Puede que las adoptaran o que consiguiera escapar. Era la esperanza de todas nosotras —murmuró Irene.

Belén cabeceó.

—¿Cuándo presenciaste tú que llegara alguna familia a visitar a los que estábamos allí?

Irene cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la barbilla.

—Bueno, admite que habría estado feo que nos ordenaran en fila con la

intención de inspeccionarnos como si fuéramos animales en venta, o que nos hubieran dado ilusiones para que después el afortunado fuera otro.

—¿Y llegaste a oír a alguna de las chicas del orfanato contar que había conocido a sus padres adoptivos o a una familia que la quisiera adoptar? —se mofó Belén.

Era duro admitirlo, sin embargo, esa era la realidad en la que habían vivido y se negaba a olvidarla, igual que se resistía a abrigar la esperanza de que los chiquillos que seguían en la actualidad en el orfanato pudieran estar mucho mejor de lo que ellas habían estado.

—Lo principal es que ya está cerrado —protestó Irene frotándose los brazos.

Belén estuvo a punto de contradecirla, aunque consiguió reprimirse en el último segundo. Irene no necesitaba averiguar qué veinte niños seguían allí encerrados y que no estaban acogidos legalmente o, al menos, no de modo oficial. Ya era más que suficiente que ella tuviera pesadillas al respecto, no hacía falta que también Irene las sufriera o que sintiera la impotencia de no poder hacer nada. Ni siquiera las denuncias le habían servido por el momento. No tenía medios de demostrar que los pequeños se hallaban allí secuestrados. Se trataba de la Iglesia y pocas personas corrían el riesgo de enfrentarse a ella.

Las dos permanecieron en silencio hasta que Belén acabó por sacudir la cabeza.

—Vamos. Quiero acabar con esto y largarme de aquí. Los recuerdos me están empezando a provocar náuseas.

Al bajarse del coche, a Belén se le puso la piel de gallina y dudó si ponerse su chaqueta vaquera. Hacía fresco, pero en cuanto entraran a la casa palacio y se mezclaran con el gentío era muy posible que acabara pasando calor. Lo que la llevó a hacerse otra pregunta. ¿Los dueños iban a recibirla delante de tantos invitados? Esperaba que no. No pensaba sacar las joyas ante testigos. Su desesperación por venderlas no llegaba a tanto. Terminar la noche rajada y desangrándose en alguno de los callejones oscuros que abundaban por aquella barriada no se encontraba entre sus planes.

Al final decidió dejar la chaqueta en el coche para que no le estorbara y se colocó la bandolera cruzada sobre el hombro, apretujando el móvil como pudo en el bolsillo lateral. Antes de seguir a Irene le echó un último vistazo inseguro a la puerta iluminada. Tenía un extraño nudo en el estómago y un mal presentimiento. Si no hubiera tenido un motivo muy poderoso para entrar se

habría largado sin dudarle.

—De acuerdo, vamos.

Irene rio.

—Deberías verte la cara, parece que vas camino del patíbulo.

Belén intentó sonreír.

—Más como si fuera a la morada del doctor Frankenstein —bromeó con debilidad.

—Querrás decir Drácula, ¿no? —se burló Irene, si bien la diversión no llegó a sus ojos azules.

«Si Drácula pertenece a la familia de Cael, te aseguro que no es miedo lo que sentirías al acceder a su casa», pensó Belén, aunque se conformó con poner una mueca.

Articuló una sarta de tacos al resbalarse en un adoquín irregular y doblarse el tobillo. ¡Mierda! Después de todo, las deportivas quizás habrían sido mejor idea. Apretando los labios, procuró mantener la vista sobre las piedras para comprobar dónde pisaba. Apenas habían avanzado unos pasos cuando a través del rabillo del ojo detectó una mancha blanquecina en la penumbra de un portal, al alzar la cabeza, la sangre se le congeló en las venas.

—¡Neva!

—¿Qué? —Irene se giró confundida hacia ella.

—¡No, nada! —balbuceó Belén procurando no fijarse en la niña con el cabello dorado que las vigilaba desde las sombras—. Date prisa, tengo frío —le insistió a Irene cogiéndola del brazo y acelerando el paso todo lo que pudo sin partirse un tobillo.

No estaba preparada para hablarle de Neva, ni de lo que le había pasado por culpa de esa criatura maléfica; tampoco tenía intención de arriesgarse a que la dichosa bruja la llevara de regreso a la otra dimensión. Si al salir aún seguía allí, ya vería qué hacer con ella; por el momento, estaría segura mezclándose con el gentío de la fiesta.

Al pisar la zona iluminada echó un último vistazo al portal en el que había visto a Neva. La niña seguía contemplándola con una extraña seriedad. Belén le mantuvo la mirada, a pesar de que no pudo evitar que se le erizara el vello de nuca y brazos. No creía que fuera casualidad que estuviera allí y eso solo podía significar una cosa: problemas.

Nada bueno ocurría nunca en presencia de esa criatura.

CAPÍTULO 2



En cuanto atravesaron el elegante patio de entrada y pusieron un pie en la casa, a Belén le entraron ganas de salir disparada de regreso a la calle para respirar aire fresco. Incluso la amplia escalinata del vestíbulo se hallaba repleta de gente charlando en grupos. Odiaba las aglomeraciones, en especial si se encontraba en lugares cerrados. Se tensaba tanto que desde su espalda comenzaba a irradiar un punzante dolor que la obligaba a estirarse y arquearse disimuladamente. Sujetó su bolso para cerciorarse de que se mantenía cerrado al seguir a Irene, quien les abrió paso a través de pasillos, patios interiores y estancias repletas de invitados.

Era consciente del repentino silencio que se producía a su paso, de los ojos que la seguían y la forma en que sus dueños apartaban los rostros apresurados en cuanto ella se giraba, como si los hubiera pescado cometiendo algún delito. Era más que probable que fuera de nuevo su imaginación la que le estuviera jugando una mala pasada, pero ¿quién la podía culpar si aquello parecía un funeral con tanto negro por todas partes?

En condiciones normales, habría disfrutado de la hermosa arquitectura de arcos y columnas de los patios, o de las fuentes cuyo sonido de agua al caer, por desgracia, quedaba ahogado bajo los murmullos de las charlas y discusiones que se producían por doquier; o quizás habría bromeado con Irene acerca de las maderas hundidas que notaba bajo las gruesas alfombras y el ambiente de otra época, casi fantasmal, que traía a su mente el mobiliario victoriano. No obstante, todas aquellas miradas furtivas la tenían de los nervios.

Estaba acostumbrada a llamar la atención y, en general, no le habría afectado ese interés. Era raro encontrar un cabello rojo cobrizo como el de

ella. Poca gente pasaba a su lado sin dedicarle un vistazo. Solían preguntarle si era natural o teñido y era frecuente que le echaran algún piropo. Aun así, las ojeadas disimuladas que le dirigían en aquella situación tenían un matiz diferente. No se reflejaba admiración en ellas, sino más bien una expresión de curiosidad morbosa mezclada con... No alcanzaba a interpretar el qué. Le recordaba a algo, si bien era incapaz de definirlo. ¿No era así también cómo la habían inspeccionado aquellas primeras veces que la habían obligado a asistir a las fiestas del palacio de los chupasangres como esclava? Descartó la idea de inmediato. Ya no se hallaba en la corte de aquellos monstruos, ni era la esclava de nadie.

Se paró, soltó cinco estornudos seguidos que le anunciaron que debía haber algún jazmín cerca y se apresuró a alcanzar a Irene, que había seguido su camino sin mirar atrás.

¿Se habría difundido la noticia acerca de las joyas que llevaba? Esperaba que no, cruzó los dedos para que el motivo fuera que el colorido de su ropa destacaba entre tanta tristeza y lobreguez; la preocupación no desapareció, como tampoco lo hizo la sequedad de su boca, donde la lengua parecía estar fundiéndose con el paladar. Había entendido que la transacción se haría de manera privada y que el acuerdo al que llegaran sería confidencial; si los dueños resultaban ser tan excéntricos como para querer hacerlo en público, se habían equivocado de persona. Ella no podía permitirse el lujo de que corrieran rumores relacionadas con aquellas joyas y no pensaba arriesgarse al respecto, aunque eso supusiera tener que mentir diciéndoles que esta primera visita iba destinada a conocerlos y averiguar sus intereses y gustos.

Intentó calmar su temblor interno. La simple idea de tener que marcharse sin el dinero consiguió que sus ánimos cayeran a ras del suelo. Había albergado tantas esperanzas de que esa madrugada cambiaría su vida, que no tenía ni idea de qué haría si salía mal.

Procuró mantenerse pegada a Irene e ignoró a la muchedumbre como si no fuera consciente de la atención que despertaba, pero no pudo evitar el rígido agarre que mantenía sobre la bandolera, ni que sus dedos se aferraran alrededor de la hebilla.

Al llegar a un espacioso salón que parecía ser el centro de la fiesta, Irene se giró hacia ella.

—¿Te importa esperarme aquí mientras voy en busca de los dueños?

«¡Por supuesto que me importa! Parezco una luciérnaga en una cueva llena de murciélagos hambrientos. Todos están pendientes de mí y no conozco a

nadie». Belén tragó saliva y se limitó a forzar una sonrisa.

—Claro, ni que fuera a devorarme el lobo feroz. —Arqueó las cejas al tiempo que se preguntaba, con una sensación amarga en el estómago, cómo era posible que Irene la conociera tan poco después de la cantidad de años que habían compartido juntas.

La mujer pareció titubear, como si hubiera cambiado de opinión, pero terminó cabeceando.

—No tardaré.

En cuanto la llamativa cabellera azul de su amiga desapareció entre el tumulto, Belén se buscó un rincón tranquilo desde el que echar un vistazo a su alrededor. Aparte del número de asistentes y su indumentaria, la fiesta no era ninguna cosa del otro mundo, de hecho, ni siquiera había camareros, ni decoración, solo una mesa larga en la que cada cual se servía lo que quería; parecía una celebración demasiado moderna e informal para una mansión tan antigua, cuyo mobiliario resultaba hasta rancio y tenebroso de lo viejo que era.

Se frotó los brazos bajo la altiva mirada del austero caballero que la observaba con ojos fijos y acusatorios desde un cuadro antiguo. ¿Quién tenía ese tipo de pinturas en las estancias principales de sus casas? ¡Por Dios! ¡Si ella viviera allí sería incapaz de pasar por aquella habitación de noche a no ser que fuera acompañada! Giró la cabeza y trató de ignorar la desagradable sensación que le producía, la cosa no mejoró al encontrarse con muchos más ojos, no menos intimidantes, a su alrededor.

Con la boca reseca y cada vez más consciente de cómo la acechaban, decidió dirigirse a la mesa de las bebidas y de paso inspeccionar el resto de la habitación tratando de pasar lo más desapercibida posible. Al llegar a su destino, no se lo pensó mucho y cogió un vaso de plástico para echarse un poco de ponche de la enorme fuente de cristal.

—Te aconsejaría que optaras mejor por una de las latas de refresco cerradas, a menos que quieras arriesgarte a comprobar qué efectos tendrá sobre tu organismo humano lo que sea que huele a hierbas en ese líquido. —La profunda voz masculina se deslizó por sus sentidos como los aterciopelados filamentos de una pluma y le provocó un estremecimiento que viajó por su columna vertebral.

«No puede ser. ¿Cael?».

Belén se giró sobresaltada para verificar que no estaba sufriendo una alucinación, pero no, ahí estaba, sonriendo relajado al abrir una lata de refresco para verterlo en un vaso como si estuviera en su casa y lo hiciera a

diario. Su primer impulso fue tocarlo con el fin de comprobar que era real, el segundo, darse a la fuga, a pesar de que por experiencias pasadas había aprendido que no existía manera de escabullirse de él. No hizo ninguna de las dos cosas. Se obligó a mantenerse quieta.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué haces *tú* aquí? —repitió como si ella tuviera vetada la entrada a aquella mansión.

Cael le quitó el vaso que tenía en su mano, lo substituyó por el nuevo y le apretó los dedos alrededor. Incapaz de enfrentarse a la intensidad de su escrutinio, Belén leyó la marca de la lata que dejó encima de la mesa y fingió una mueca.

—¿Crees que hinchándome con calorías líquidas conseguirás que me ofrezca como tu aperitivo? —espetó con más aspereza de la que pretendía, si bien estaba aliviada de que no se le notara la impresión que le acababa de causar su aparición.

Las oscuras cejas de Cael se fruncieron en confusión y un destello de enfado cruzó los ojos verdes, causando que las motitas marrones adquirieran el extraño tinte dorado que tanto la fascinaba. Apenas un instante después la expresión del rostro masculino volvió a relajarse.

—Gracias, ya he cenado. Ahora bien, si quieres ofrecerte de postre... ya estás al corriente de que hay tentaciones a las que soy incapaz de resistirme — le respondió con un guiño.

Ella no pudo evitar la sensación ácida que sus palabras despertaron en su estómago. ¿Ya la había substituido por otra de las numerosas mujeres de su corte? No era como si no se hubiera percatado de cómo le perseguían y se ofrecían a él, aun así, ¿no se suponía que eso de que ella fuera su *shangrile* debería haber tenido un significado especial y que él debería haberle sido fiel y todo ese rollo romántico y eterno que solía hallar en los libros de fantasía paranormal que le había dado por leer últimamente? Quiso preguntarle si estaba seguro de que ella era su *shangrile*. Anabel le había confesado en alguna ocasión la extraña conexión que había establecido con Azrael, algo que por muy fogosos y apasionados que fueran sus encuentros con Cael, nunca le había pasado con él.

Después de abrir la boca la volvió a cerrar. No pensaba darle el gusto de informarle de que ella no era la mujer de sus sueños. Podía preguntarle a Laura durante la próxima ocasión en que hablaran por teléfono y descartar esa opción. Laura no era muy dada a hablar de sus intimidades, pero sí le

contestaría una pregunta directa y concreta.

Soltó el vaso lleno en la mesa y escogió un refresco sin calorías.

—¿Qué parte de «ya no soy tu esclava sexual» no has entendido aún?

Para reforzar su rebelión bebió de la lata. Era una actitud un tanto infantil, pero ninguna de las damas de su corte se hubiera atrevido a cometer semejante sacrilegio en su presencia hizo que valiera la pena. Los ojos de Cael se convirtieron en dos finas ranuras.

—¿Alguna vez te he obligado a atenderme o alimentarme como lo habría tenido que hacer una esclava? —Su voz estuvo teñida de frialdad a pesar de que la mantuvo baja—. Creo que te pagué, y muy bien de hecho, por tus servicios.

Ella sintió cómo la sangre desaparecía de su rostro. Era cierto, había pagado por todas y cada una de las veces que habían estado juntos, llevaba la prueba en su bolso, sin embargo, eso no significaba que tuviera que echarse en cara o que ella quisiera que se lo recordaran.

—¿Acaso es culpa mía que no fueras capaz de imponer tus derechos, ni de seducirme como cualquier hombre corriente hubiera hecho? —se mofó, incluso al ser consciente de lo afortunada que había sido de que no la obligara ni violara durante aquel tiempo como habría sido su potestad según los estándares de su cultura.

Por el modo en que los labios de Cael se habían apretado en una línea recta, que se sacudía con un abrupto tic, fue fácil adivinar que estaba luchando por no enseñarle los colmillos en público. Ella alzó la barbilla y le mantuvo la mirada sin cederle ni un ápice de tregua. No podía asustarla. Lo conocía. Era demasiado prudente como para arriesgarse a hacerle nada en público.

—¿Estás segura de que hubieras preferido que hiciera eso? —le preguntó Cael con un tono tan suave que a ella se le puso la piel de gallina—. Siempre estamos a tiempo de remediarlo, ¿no?

Él le quitó el refresco de la mano y lo dejó encima de la mesa antes de arrastrarla consigo.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —siseó airada, aunque lo siguió a fin de procurar no llamar la atención más de lo que ya lo hacían.

Sorprendida, notó que Cael había sustituido su clásica camisa suelta por una camiseta y que, además, de vestir unos vaqueros, iba de negro desde la punta de los brillantes zapatos hasta el cuello, al igual que el resto de los comensales. ¿Cómo habían llegado a invitarlo a aquella fiesta? Ella ni siquiera se lo había podido imaginar en ropa moderna hasta aquel instante;

tenía que admitir que la manera en la que la fina tela de algodón se ajustaba a los músculos de su espalda o cómo los vaqueros conseguían destacar su trasero algo respingón resultaban tan distractoras como cualquiera de los magníficos desnudos que había presenciado en el pasado.

—¿Sacarte a bailar? —indagó como si no acabaran de empezar una discusión.

—¿Y desde cuándo un aristócrata medieval sabe bailar *kizomba*? —se burló ella por lo bajo sin encubrir su sarcasmo cuando le permitió que la llevara al centro de la zona donde ya estaban bailando otras parejas.

—Para empezar, no soy un noble medieval, solo uno perteneciente a otra cultura, por otro lado, llevo siglos visitando tu mundo, lo que en teoría me convierte en un experto en los usos y costumbres humanos.

Ella no pudo evitar imaginarlo en la Edad de Piedra cubierto por un vestidito de pieles que le llegaba apenas a la altura de los muslos. En cuanto Cael comenzó a gruñir, advirtió que había bajado su pantalla mental y que él le estaba leyendo la mente. Su primera reacción fue la de proteger sus pensamientos, pero se impuso su parte vengativa. ¿Quería averiguar lo que pensaba? ¡Pues pensamientos le iba a dar!

Dejando su mente desprotegida, conjeturó a un Cael de la época de Cromañón soltando sonidos de chimpancé con la intención de comunicarse y rascándose las axilas para luego olerse los dedos.

—Siento decepcionarte, aun no soy tan viejo como para... haber experimentado el crecimiento y avance de los humanos en aquellas fases tan primarias —le espetó Cael entre dientes como si le costara todo su control no alzar la voz.

Solo porque podía, Belén se despidió del hombre de Cromañón imaginándoselo mientras se alejaba andando entre hierbas altas que se le metían por debajo de su faldita de pieles, azotándole sus partes más recónditas al tiempo que hormigas gigantes aprovechaban para...

—No seas infantil —la amonestó Cael al poner los ojos en blanco y sacudir la cabeza, como si de repente se le hubiera pasado toda la irritación.

Ella frunció los labios. ¿Cómo conseguía pasar con tanta rapidez de estar enfadado a divertido? Incapaz de dejarse vencer sin más, probó con otra escena.

—¿Qué tal esta? —Belén le regaló una sonrisa torcida al crear en su mente la imagen de un Cael un tanto afeminado, con toga griega, corona de laureles, inclinado y con el trasero en pompa que le dirigía un incitante vistazo por

encima del hombro mientras parpadeaba de manera exagerada con sus larguísimas pestañas.

Cael arqueó una ceja, le colocó una mano en la cintura para acercarla a él.

—No viví la época dorada de la Grecia clásica.

—Vaya, qué lástima —se mofó ella sin oponerse a que le cogiera las manos para colocárselas sobre sus hombros.

—¿Lástima? ¿Te habría gustado verme con otros hombres?

Por su tono peligroso, ella adivinó enseguida que por el bien de su salud mental era preferible negar y cambiar de tema, pero, como la abeja que se siente atraída por la miel, no pudo resistirse a satisfacer su curiosidad.

—¿Has estado con otros hombres? —Ni ella misma pudo oír su voz bajo la estrepitosa música.

En el rostro masculino se dibujó una lenta sonrisa al inclinarse hacia su oído.

—¿Te atreves a viajar a la antigua Roma? Abre tu mente para mí —la presionó con tono seductor al comenzar a dirigirla al ritmo de la canción.

Ella asintió hipnotizada. No hubo una decisión consciente por parte de ella, si bien no importó. Sus sentidos y su consciencia se inundaron del sonido de espadas chocando, de respiraciones forzadas y jadeos, del olor a nardo que se entremezclaba con el del sudor y el aire denso, difícil de respirar, saturado por el vapor de agua y el aroma a hierbas. Apenas tuvo oportunidad de fijarse en las fantásticas columnas y lo que parecía una reducida piscina en el centro de la oscura estancia, o en el lánguido juego de luces y sombras proyectado por las lámparas de aceite que colgaban de opulentos pies de bronce. Un musculoso soldado usó su estupefacción para golpearle el escudo en ese instante. El estruendo del impacto vibró a través de ella y el hombre carcajeó victorioso ante su jadeo.

Un nuevo resuello se le escapó en cuanto se topó con la imagen borrosa de Cael en una enorme bandeja de cobre apoyada en una pared. ¡Estaba dentro de Cael y presenciaba lo que él veía! ¿Eran recuerdos de su pasado? ¿Debería haberlo imaginado! Todo parecía tan real, tan... Devolvió el golpe de espada y se defendió contra su atacante con el corazón acelerado y sin apenas aliento.

¿Por qué la había traído Cael a este punto de sus memorias? ¿Era su castigo por haberse metido con él mostrándole una versión afeminada de sí mismo? ¿Trataba de meterle miedo y hacerla pasar un mal rato? ¿O pretendía mostrarle qué clase de hombres le gustaban? El soldado se quitó el casco y lo tiró de forma descuidada sobre un banco para secarse la sudorosa frente con el

antebrazo y apartar algunos mechones empapados del rostro. Aunque no era guapo en el sentido moderno, tenía un aura de determinación y fiereza que resultaba tan atractiva como sexi. Con un grito, Belén consiguió inclinarse justo un segundo antes de que la espada de su contrincante dejara una hendidura en la columna de piedra en lugar de en su hombro.

«¡Concéntrate!».

No era como si no fuera consciente de que quien estaba luchando era Cael y no ella, pero resultaba demasiado real y cercano como para no verse afectada por la tensión del momento. La adrenalina corría por sus venas, sus músculos y extremidades se impulsaban con firmeza con la intención de imprimir cada embestida, cada estocada de potencia y decisión por ganar.

Por un instante, cuando su espada salió volando por el aire, temió que aquello sería su fin, pero antes de que pasara un parpadeo, se encontró a la espalda del rubio sujetando una daga contra su cuello. Rígido, el hombre alzó los brazos y dejó caer su arma y su escudo dándose por vencido.

Se tropezó con la mirada de Cael a través de la brillante bandeja de bronce y tuvo la impresión de que estaba observándola a pesar de que se hallaban en una época en la que aún no se conocían. ¿Estaba manipulando sus recuerdos para ella? Los labios de Cael se curvaron mostrando sus largos colmillos en una sonrisa victoriosa al empujar al otro contra una columna, obligándolo a sujetarse a ella. Con apenas unos cortes deshizo las tiras de cuero con las que se sujetaba la armadura del soldado y la dejó caer al suelo.

La sensación de triunfo y poder se entremezcló con la adrenalina y la anticipación, una mezcla explosiva que la recorría con fiereza. Apartó la daga del cuello masculino. El cautivo permaneció quieto, su respiración alterada fue lo único que dejó entrever que era consciente de cómo se deslizaba la hoja de acero por su muslo desnudo, alzándole la ropa en el proceso.

Cael no parecía tener prisas por reclamar su premio y ambos se recrearon en el magnetismo sexual de la situación cuando los fuertes dedos del que fue su contrincante se apretaron contra la dura piedra preparándose para su rendición final.

—¡Shhh! —la calmó Cael devolviendo a Belén de golpe al presente.

Ella miró confundida a su alrededor, sus manos seguían temblando y sus piernas apenas la sostenían.

—¿Qué...? Tú...

—Estabas tan metida en los recuerdos que empezaste a actuar como si tu cuerpo estuviera en el pasado y, aunque no me habría importado que intentaras

montarme y morderme, no creo que apreciaras descubrir luego que lo hiciste ante una sala llena de testigos.

Belén gimió en cuanto el significado real de lo que implicaba entró en su conciencia y un bochornoso calor invadió sus mejillas. Cael la estrechó a él y la guio al son de la música a través de la pista de baile hasta que ella comenzó a relajarse contra su musculoso torso. Pese a ello, las imágenes de lo que acababa de presenciar se repetían como un bucle en su mente.

—¿Lo violaste? —le demandó incapaz de reprimir su preocupación en cuanto comenzó a analizarlo desde un punto de vista más alejado.

—No. Adriano podría haberse rebelado en cualquier instante. Intuía cómo acabaría la lucha incluso antes de empezar, y no fue la última ocasión en la que estuvimos juntos.

—Pero... —Belén se mordió los labios, insegura de cómo explicar la impresión y el cúmulo de sentimientos que había recibido.

—¿Sí? —Cael los giró y le permitió distanciarse un poco de él.

—Lo que sentías en aquella situación... Lo que yo sentía a través de ti... No había un... ¿cómo definirlo? Sé que era deseo sexual, sin embargo, no era un deseo como el que... —Se detuvo. Había estado a punto de soltar: «como el que suelo sentir por ti».

—¿Te refieres a que más que un deseo por follar o hacer el amor lo que sentía era la excitación y el morbo de dominarlo a nivel sexual?

—Sí, exacto.

Cael asintió.

—Debes partir del hecho de que en aquella época y cultura las relaciones entre varones no estaban consideradas del mismo modo que en la época actual. Los hombres romanos fueron educados en la bisexualidad, las relaciones entre ellos eran vistas ante todo como una herramienta de poder y dominio sobre otros. Yo aún era joven entonces y supongo que la mentalidad de aquel periodo dejó su huella en mí. Nunca me llamaron la atención los hombres como objeto de deseo sexual, sin embargo, me excitaba la idea del poder que implicaba que se sometieran a mí.

—¿Y eso ha cambiado a lo largo de los años?

—No. ¿Te repele que sea así? —La intensa mirada de Cael no la abandonó hasta que ella negó con la cabeza—. ¿Te ha excitado verme con otro hombre?

Le habría gustado negarlo, incluso negárselo a sí misma. No era normal que la excitara, aun así, la humedad entre sus muslos lo desmentía y por experiencia le constaba que él conseguía oler su estado real por mucho que

tratara de desmentirlo.

—¿Cómo puedo opinar si no sé qué pasó a continuación?

Los labios de Cael se estiraron hacia un lado. Se inclinó hacia ella.

—Algún día te dejaré compartir mis recuerdos, esos y muchos más, si te ves capaz de aceptar que la moral con la que te educaron no es la que ha marcado mi vida.

La morbosa necesidad de preguntarle acerca de esas experiencias se vio acallada por la desagradable sensación de que él la juzgara demasiado conservadora y humana como para llegar a entenderlo.

—Ya veo que eres un experto en civilizaciones —replicó sin poder ocultar del todo la acidez en su tono—. ¿Y esa es tu finalidad al aprender los bailes de cada época?

—Bailar es una habilidad social inestimable tanto para pasar desapercibido como... para otros menesteres —aseguró Cael tras un diminuto titubeo.

—O sea para ligar —lo acusó separándose de él.

Cael frunció el ceño.

—Un hombre de mi estatus y nivel social no liga, seduce.

—Si crees que contonearte sin pisarle los pies a tu pareja de baile es lo único que necesitas hacer para seducirla, vas de culo —resopló ella, pese a que su interior tembló con un cosquilleo.

—¿Segura?

—¿No he sido lo bastante clara? —Belén alzó la barbilla y le mantuvo la mirada, aunque él entrecerró los párpados.

—En ese caso, será un honor demostrarte mis dotes de bailarín, siempre que a ti no te importe llamar un poco más la atención del público.

Belén bufó. ¿Más de lo que ya lo estaban haciendo? Le importaba un pepino. Estaba dispuesta a hacer el ridículo delante de todo el mundo con tal de dejar al descubierto sus estúpidas presunciones. Lo conocía, había sido durante meses su esclava y amante. Lo había estudiado, observado y espiado, y cada uno de sus gestos y decisiones reflejaba su educación y costumbres rancias y elitistas. Quizás por eso le había resultado tan sorprendente descubrir que había mantenido relaciones sexuales con otros hombres o que estuviera dispuesto a vestirse según la moda actual.

Iba a dejar que se pusiera en evidencia y luego, si Irene seguía sin aparecer, escaparía. Si Neva y Cael se habían presentado la misma noche, significaba que pretendían secuestrarla de nuevo. No pensaba dejarles que se

salieran con la suya. No en esta ocasión, no cuando estaba a punto de cumplir el anhelo de su vida.

CAPÍTULO 3



Cael arqueó las cejas al ofrecerle su mano. Incapaz de resistirse al reto en sus pupilas, Belén aceptó. En cuanto sus palmas entraron en contacto, el calor ascendió por su brazo hasta inundarla. La atrajo a él y usó su pierna para abrirse paso entre sus muslos. Sus torsos apenas se tocaron, sin embargo, eso no impidió que un irresistible y sensual magnetismo la mantuviera unida a él. Podía sentirlo con cada molécula de su ser al mecerla despacio, seguro de sí mismo, y ella siguió su paso y su ritmo, ondulando las caderas al ritmo de la sensual *kizomba*.

No le quedó más remedio que tragarse su sarcasmo. Cael le demostró que no había exagerado. Sabía lo que se hacía y lo hacía mejor que ningún otro hombre con el que hubiera salido antes. No bailaba, le hacía el amor al son de la música, guiándola no solo con sus movimientos, sino con los sentidos, despertando su sensualidad y su deseo, en tanto que sus ojos la mantenían en un estado hipnótico en el que él se había convertido en el centro de su universo, haciéndola olvidar su trifulca anterior.

—¿Cael?

Él la giró en su abrazo, dejándola de espaldas a él. Con la mano sobre su bajo vientre la apretó contra su firme cuerpo.

—¿Cuándo volverás? —canturreó Cael la letra de la canción en un susurro ronco que viajó por debajo de su piel.

¿Pretendía que regresara con él? ¿A su dimensión? Era una opción que quedaba descartada. No quería ni iba a regresar a un mundo en el que él poseía todo el poder y ella valía menos que el aire que respiraba; eso no significaba que no pudiera ceder al capricho de disfrutar de su seducción.

Se relajó contra él cuando ambos ondularon las caderas y una más que

evidente erección se presionó contra sus nalgas. Cael le alzó el brazo hasta colocarlo detrás de su cuello, consiguiendo que ambos quedaran pegados el uno al otro en toda su extensión.

Los recuerdos de las veces que habían hecho el amor desde atrás, con sus cuerpos sudorosos pegados, invadieron su memoria. Como si el universo conspirara contra ella y su escasa voluntad, la música cambió a un ritmo más lento, aunque no menos voluptuoso.

En cuanto los labios de Cael descendieron por su cuello, la gente a su alrededor desapareció de su consciencia y ella curvó su espalda empujando la pelvis hacia atrás, arrancándole un gemido que reverberó a través de su vientre.

—No deberías estar aquí —murmuró ella.

—Estoy justo donde quiero y debo estar. —Cael la giró hacia él y deslizó su mano por la espalda hasta dejarla posada sobre su trasero, guiando su siguiente balanceo de cadera.

Fue el turno de Belén de gemir, al frotarse contra el fuerte muslo ubicado entre sus piernas. ¡Dios! ¡A este paso iba a acabar muerta por combustión instantánea! Era incapaz de determinar si se había vuelto más sensible durante las últimas semanas sin él o si su memoria era defectuosa, pero las sensaciones y el anhelo que recordaba de sus encuentros palidecían en comparación con el momento actual.

Se dejó guiar por sus expertos pasos a través de la sala, sin detenerse en ningún instante y sin frenar la excitante seducción en la que sus cuerpos se rozaban de forma incitante.

Sus terminaciones nerviosas se volvieron tan sensitivas que hasta el aleteo de una mariposa la habría hecho jadear con desesperación y agonía. No necesitaba tocarse para adivinar que sus pezones despuntaban duros e hinchados bajo la camiseta, ni tampoco comprobar que su ropa interior estaba empapada.

No advirtió que habían abandonado la sala de baile y que se encontraban en un recoveco entre pasillos, hasta que Cael se detuvo y abrió una puerta.

—¡Fuera! —rugió con frialdad.

Belén arqueó una ceja al asomarse por el costado de Cael y descubrir a un chico en el suntuoso y elegante cuarto de baño, que trataba de subirse los pantalones de manera precipitada. Su novia, más colorada que un tomate, se levantó apresurada del suelo limpiándose la barbilla y labios húmedos.

Cael esperó a que ambos huyeran como si les hubieran puesto una pistola

en la sien, tiró de Belén y cerró la puerta tras ellos.

—¿Te parece bonito lo que acabas de hacer? —Ella se cruzó de brazos y observó cómo él aseguró el pestillo, si bien tuvo que morderse la parte interna de la mejilla para no reír.

¿En serio acababan de echar a una parejita con la intención de hacer lo mismo que ellos? Se sentía como una adolescente a punto de cometer una travesura.

—¿Nunca te enseñaron que las personas mayores tienen preferencia? —Cael alzó una ceja mientras sus ojos brillaban divertidos.

A ella se le escapó un bufido.

—¿Debería compadecerte por ser un tatarabuelo?

—Compadecerme no, pero podrías cuidarme y tratarme con un poco más de delicadeza —propuso Cael con una sonrisa pícaro.

—A ver si lo adivino... ¿Esperas que me arrodille como esa chica para servirte y... *cuidarte*? —Belén arqueó a su vez la ceja.

Cael avanzó un paso en su dirección, de forma tan lenta e intencionada que consiguió que su respiración se detuviera expectante.

—¿Y perderme la oportunidad de saborearte y perderme en ti? —Cael cabeceó—. Se me ocurren opciones mejores.

Indecisa, lo detuvo con una mano contra el pecho. Estaba segura de lo que quería, no obstante, la poca cordura que aún conservaba le advertía que debería pensárselo antes de cometer una locura de la que podía acabar arrepintiéndose.

—¡Quieto ahí!

Cael apretó la mandíbula.

—No te preocupes, no me he olvidado de tu precio —masculló con un destello de ira en sus ojos verdes al rebuscar en el bolsillo de su pantalón, para acto seguido cogerle la mano con la que lo mantenía a raya y deslizarle un anillo en el dedo.

Cuando comprendió que le estaba pagando por sus nuevos «servicios», estuvo a punto de arrancarse el anillo y lanzárselo a la cara, pero en cuanto atisbó los tonos rojizos que reflejaba la piedra verde bajo la luz del tubo fluorescente, la contempló hechizada.

—¿Es una alejandrita!

—¿Importa? —Cael encogió los hombros con indiferencia, aunque no dejó de estudiarla bajo una máscara indescifrable.

Belén se mordió los labios. Podía sentir las vibraciones de la piedra y una

energía llena de optimismo y seguridad extenderse a través de ella. Estaba acostumbrada a que las piedras le provocaran ese tipo de reacciones, pese a que era raro que lo hicieran con tanta claridad y fuerza. No quería renunciar a aquella piedra, del mismo modo que tampoco quería perderse aquel momento con Cael. Sería su última oportunidad de estar con él, porque iba a asegurarse de que no volvieran a tropezarse. Dejó la bandolera entre el grifo y el espejo y se puso de puntillas para mirarlo de frente.

«Te deseo». No necesitó decirlo en voz alta. La expresión de victoria en las pupilas masculinas le confirmó que lo había captado. Decidido, Cael la cogió por la cintura, la sentó sobre la encimera de mármol del lavabo e inclinó la cabeza. Sus labios se encontraron. El hambre por él borró las últimas dudas acerca de si debería acceder a lo que hacían. Lo deseaba. No, no lo deseaba, ¡lo necesitaba! Había echado de menos sentirse tan mujer y tan deseada como en aquel instante. Ahora era una mujer libre con derecho a elegir lo que quería, y lo quería a él. ¡Ahora! ¡Dentro de ella!

Lo empujó para alejarlo de ella. Cael parpadeó confundido cuando se bajó de la encimera, si bien su expresión se transfiguró en cuanto ella le dio la espalda y lo contempló decidida a través del espejo al abrirse los botones del vaquero y deslizarlos por sus caderas.

—Quiero verlo mientras lo hacemos.

Los labios masculinos se curvaron.

—Tus deseos son órdenes, pelirroja. —Cael se pegó a su espalda y le retiró los rizos del cuello—. ¿Suave y lento?

Abrió los ojos horrorizada, su vientre traidor se contrajo ante la idea. Suave y lento implicaba sentimientos. Había tentaciones que ella no podía permitirse. No con Cael, quizás con nadie. No, prefería al Cael salvaje y descontrolado al que había aprendido a manejar y al que era capaz de abandonar sin consideración. «O casi sin consideración», le recordó una vocecita desde algún rincón oscuro de su mente.

—¿Ahora te volviste tonto y manso, chupasangre? —lo retó con todo el desprecio con el que pudo impregnar su voz.

Los ojos de Cael se entrecerraron, aunque no lo suficiente como para ocultar la manera en que las motitas marrones se habían tornado doradas.

—Me pregunto qué es lo que me ha provocado echar de menos a una bruja malhablada como tú, pero supongo que ambos conocemos algunos buenos motivos para que lo hiciera, ¿cierto? —Cael le bajó el escote del top de tirantes de un tirón y liberó sus pechos de las copas del sujetador—. Para ser

una maldita arpía, tus tetas son la obsesión de cualquier hombre, ya sea de sangre fría o caliente.

Belén ignoró la desagradable punzada que le causaron sus palabras. Ese era el Cael cabrón al que sabía cómo enfrentarse, el Cael con el que podía convivir sin enamorarse. Fascinada, observó cómo los elegantes dedos masculinos alzaron sus pechos como si quisiera pesarlos. Cuando sus pulgares e índices se deslizaron hacia sus pezones, Belén se tensó expectante para lo que venía a continuación. Sus párpados se cerraron y su espalda se arqueó contra él cuando los pellizcó sin delicadeza, la mezcla de placer y dolor viajó desde las sensibles puntas hasta su vientre. Él era el único capaz de convertir la tortuosa agonía en un lujurioso placer hasta hacerla rogar por más.

—Sí, siempre fuiste un nene de pecho, creo que eso me quedó claro — soltó Belén del modo más helado del que fue capaz a pesar de que ardía por dentro.

Al abrir los ojos, la mueca de Cael dejó entrever sus colmillos ahora extendidos.

—Dudo mucho que haya algo que sepas a las claras acerca de mí. Me alegra que aún nos quede tiempo para conseguir que las descubras.

Antes de que pudiera protestar y aclararle que no habría ningún tiempo para nada en lo que les concernía a ellos dos, Cael la había empujado contra el lavabo, abierto ambas piernas y obligado a arquear la espalda.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le preguntó cuando cortó las tiras del tanga con sus garras y arrojó los restos a la papelera.

—¿Tú qué crees?

Quizás hubiera protestado o tratado de mandarlo a la mierda si no hubiera sido porque él desapareció del reflejo del espejo, separó sus nalgas y hundió su lengua en ella, arrancándole un largo gemido. Belén se agarró al grifo como si fuera su salvavidas.

«¡Cael!».

Su mente y cuerpo se colmaron de una sensual voluptuosidad, no dejando cabida para nada más, la lengua masculina se encargó de ello al explorarla en lo más íntimo de su feminidad, estirándose hasta alcanzar con su punta la sensible cima de su clitoris y alternando el suave aleteo sobre el duro centro de nervios con las incursiones duras y exigentes en su interior.

Ella apenas se reconoció en la sensual mujer que la contemplaba desde el reflejo del espejo con pupilas dilatadas y los sensuales labios entreabiertos al tiempo que sus generosos pechos desnudos bamboleaban con suavidad. Apartó

el rostro. No quería enfrentarse a esa mujer ni a la vulnerabilidad que detectó en sus pupilas.

Uno de los pulgares de Cael se volvió atrevido al esparcir la resbaladiza humedad entre sus nalgas, en tanto que su lengua seguía robándole la capacidad de raciocinio. Sintió cómo la delicada roseta se contraía bajo el ligero toque de sus dedos. No presionó para explorarla con más profundidad, pero a ella le bastó para que acabara de lanzarla más allá del precipicio. Se mordió los antebrazos para acallar los gritos cuando los músculos de su vientre se contrajeron y la ola de placer barrió a través de ella.

Sin esperar a que pudiera recuperarse, Cael se incorporó, se quitó la camiseta por encima de la cabeza y, sin más preámbulos, se sumergió en ella. Belén tuvo que buscar sujeción para no estamparse contra el espejo. No se molestó en cerrar los labios, había aprendido cuánto le ponía oír sus gritos y contemplarla con la boca abierta. Tampoco intentó frenar el rítmico vaivén de sus pechos con cada estocada. Dudaba mucho que él se hubiera tomado el tiempo de quitarse la camiseta si no hubiera sido por ella. No, el muy cabrón había notado cómo la ponía observar el movimiento de sus músculos cuando estaban en plena faena y la provocaba con eso. Lo mínimo que ella podía hacer como contraprestación era ofrecerle el mismo aliciente, ofreciéndole una espléndida panorámica del balanceo de sus pechos. Pese a que tuvo que confesarse que sus motivos para hacerlo eran puramente egoístas: quería que perdiera el control, quería que lo perdiera dentro de ella, quería que lo hiciera por ella y quería que lo hiciera ya.

La pareja en el espejo no era perfecta ni de lejos. Ella era demasiado robusta y generosa, según los estándares modernos, y un largo tatuaje de espinas trenzadas con capullos de rosas —cortesía de Neva durante su cautiverio— le cubría la que una vez fue solo una fea cicatriz sobre su bajo vientre. Él, por su parte, era excesivamente pálido para ser elegido modelo de ropa deportiva. Aun así, nadie podría haber negado lo sexis que se veían a través del reflejo.

Cael se inclinó sobre ella y la rodeó con un brazo, hasta alcanzar uno de sus pezones. Con la otra mano se abrió un hueco entre sus muslos. Ambos se sostuvieron la mirada a través del reflejo con un brillo febril en sus pupilas.

—¡Hazlo! —le ordenó, necesitando desesperada el alivio al exceso de placer.

Los colmillos de Cael se hundieron en el hueco de su garganta y, con el efímero dolor, llegó un delicioso placer que atravesó sus venas como una

corriente y la hizo explotar en millones de diminutas partículas luminosas. En cuanto la última de las minúsculas luces se extinguió, Cael le lamió los restos de sangre de su cuello y, con la mano sobre la cicatriz, dejó caer su frente encima de su hombro, exhausto.

Ambos se mantuvieron inertes, centrados en recuperar el aliento. Los músculos de ella seguían contrayéndose de rato en rato alrededor de la erección que continuaba pulsando en su interior. Belén evitó mirarlo. ¿Cómo había podido vivir sin aquello durante todas las semanas que habían estado separados? ¿Cómo viviría con el conocimiento de que no volvería a sentirse así en el futuro? Tomó aire y sacó de su cabeza la idea de que pudieran llegar a un acuerdo por el que consiguieran pasar algún tiempo juntos. Cael no era lo que ella necesitaba. «¡Mentirosa!». Ni ella era lo que buscaba él.

—¿Te quitas de encima? Me estoy clavando el borde de la encimera —se quejó con estudiada insensibilidad.

Casi gimió cuando él se incorporó y se deslizó fuera de ella, dejando atrás una inmensa sensación de vacío. Cael cogió un rollo de papel higiénico y, tras arrancar un trozo para él, se lo pasó.

—Deberíamos irnos. No me gusta este sitio —le propuso Cael al limpiarse y subirse los pantalones.

Belén arqueó una ceja en cuanto se cerró el botón del vaquero.

—¿Qué te hace creer que pienso ir contigo a ningún sitio?

Cael se puso la camiseta antes de responder:

—¿No es costumbre entre los humanos fumarse un cigarro o tomarse un café juntos después de echar un buen polvo?

A Belén le habría gustado tirarle un ladrillo a la frente, aunque tuvo que conformarse con achuchar el rollo de papel higiénico en su mano. ¿Un buen polvo? Eso era lo único que había sido para él. Debería haberlo sospechado. ¡¿Cómo demonios se le había ocurrido acostarse de nuevo con él conociendo la clase de cretino que era?!

—Tú lo has dicho, tras un buen polvo. No tengo claro que un polvo rápido en un cuarto de baño que se usa de matadero durante las fiestas califique tan alto.

Cael tensó la mandíbula.

—Recuérdame que en la próxima ocasión no pare hasta que me ruegues que lo haga.

—Pues sí que debe de ser un buen polvo uno en el que esté deseando que termines —carcajeó ella con sequedad.

—No has cambiado ni un ápice. Sigues siendo la misma arpía desagradable de siempre —constató Cael con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Habló el cabrón misógino que necesita convertir a una mujer en esclava sexual con el fin de presumir de machito.

—Aquello fue una lamentable confusión, ya os lo explicamos.

—Aquello fue una realidad creada por vuestras mentes enfermizas.

Cael abrió la boca como si quisiera replicarle, pero al final optó por cerrarla y girar el grifo para lavarse las manos. Ella no conseguía creerse que pudiera hacerlo con tanta parsimonia.

—Si cambias de opinión, estoy fuera a unos treinta metros a la derecha de la salida, en el deportivo rojo de los cristales tintados.

—¡Ja! Ya puedes sentarte a espe... —Belén contempló boquiabierta la ventana abierta por la que había saltado Cael—. ¡Será cabrón!

Pese a que se precipitó hasta la ventana, al asomarse, el estrecho patio interior al que daba ya se hallaba desierto.

«¡Se ha ido! ¡Se ha largado y se ha ido, así, sin más!».

Belén regresó incrédula al espejo. El enfado dio paso a la sensación de abandono y soledad. Cael acababa de usarla y dejarla tirada como si hubieran hecho poco más que compartir un saludo. ¿Quién dijo aquello de que un vampiro no podía vivir sin su *shangrile* y que se ponían enfermos si no la tenían cerca o la perdían? Neva debía de haberse confundido en su caso, afirmando que ella era la *shangrile* de Cael, su pareja de sangre. Resultaba más que evidente que él no sentía por ella más que una efímera atracción física.

Alguien llamó a la puerta. «¡Mierda, ya lo que faltaba! Quizás Cael tuviera razón y era mejor que se marchara. Su encuentro la había puesto demasiado nerviosa. Fracasarse en la negociación que la esperaba era un lujo que no podía permitirse. La cuestión era... ¿podría arriesgarse a atrasarla?»

Los golpes en la puerta se volvieron más exigentes. «¡Dios!».

—¡Ya voy! Un momentito. —Belén se cepilló el pelo revuelto con los dedos procurando tapar las diminutas incisiones en su cuello, que ya estaban cicatrizando, y se limpió unas gotitas de sangre que se habían secado encima de su piel. Fue el instante en el que su vista cayó sobre su escote—. ¡Será cabrón, hijo de puta! Me ha robado el colgante. ¡Oh Dios! —murmuró al no localizar el bolso. Buscó frenética a su alrededor, sobre la encimera de mármol, en el suelo y por todos lados. El corazón le latía a mil por hora, el

temblor se irradió desde sus manos al resto del cuerpo y en su garganta comenzó a crecer un nudo ciclópeo—. ¡Se ha llevado el bolso con las joyas!

¡Se lo había llevado todo, todo excepto el anillo con el que la había pagado hoy! Furiosa se quitó el anillo y lo guardó en el bolsillo del vaquero.

«Haré que pagues por esto, maldito cabrón».

—¡He dicho que ya voy! —gritó irritada ante el nuevo golpeteo en la puerta.

Apoyándose en la encimera con ambas manos, cerró los párpados e inspiró, tratando de calmarse. De nada le servía salir hecha una furia. Necesitaba controlarse y actuar con racionalidad; tenía que encontrar una excusa aceptable para los dueños de la casa volvieran a recibirla y que estuvieran dispuestos a negociar con ella. Pensaba recuperar sus joyas, pero, si fracasaba, le quedaban las que había dejado en su casa. Ya no tendría la misma capacidad económica, serían suficientes si...

Sus ojos se abrieron de golpe cuando la puerta se abrió con un estruendo y algunas lascas de madera cayeron en el lavabo, solo para tropezarse en el espejo con una imagen que la congeló en el sitio.

—Hola, princesita. ¿Debo decir que es una delicia coincidir de nuevo? —le preguntó una voz femenina cargada de un sarcasmo dulzón.

Su terror apenas le permitió ver el reflejo de la mujer como una mancha borrosa en el espejo. Lo único que Belén pudo identificar con claridad fueron los duros ojos llenos de odio y los inmensos colmillos extendidos.

«¡Andrea!».

CAPÍTULO 4



Mientras tamborileaba impaciente sobre el volante, Cael no perdió de vista la entrada a la casa palacio. El flujo de invitados que se marchaban estaba decreciendo y la calle iba quedándose desierta, pero Belén seguía dentro. Odiaba esa sensación de no poder sentirla a través de aquellos gruesos muros a pesar de tenerla tan cerca.

Había supuesto que en cuanto descubriera que le había quitado el bolso, iría flechada tras él. Parecía haberse equivocado. ¿Tan convencida estaba de que se quedaría esperándola que ni siquiera hizo el intento de seguirlo? ¿O era tanto el desprecio que le causaba que prefería perder las alhajas a tener que enfrentarse con él? No, no lo creía. Su comportamiento en el aseo no era como si le hubiera dado asco precisamente; había comprobado que era orgullosa y cabezona como ella sola, aquellas joyas siempre habían sido lo más valioso para ella.

Resopló con amargura y se pasó los dedos por el cabello. Le habría gustado que alguna vez lo hubiera tocado con la misma admiración y reverencia con la que solía acariciar aquellas piedras. Parecían tan valiosas para ella que incluso, en alguna ocasión, la había descubierto durmiendo agarrada a una de ellas bajo la almohada, como si eso ayudara a calmarla y a darle seguridad.

¿Sería consciente de que él elegía aquellas gemas entre las más hermosas que existían en su dimensión? ¿Que, incluso, a veces, había ido él mismo a buscarlas con tal de conseguir ese brillo de felicidad que le iluminaba el rostro al ponérselas?

Estudió la abultada bandolera tirada en el asiento del pasajero. Poco a poco una oscura comprensión invadió su consciencia. Metió la mano y cogió

un puñado de joyas. Maldijo al observarlas. ¿Cómo había podido ser tan estúpido de no comprenderlo antes?! ¡Ella las había llevado a ese sitio con la intención de venderlas! No eran las gemas en sí lo que le importaba a Belén, ni que él las hubiera elegido, trabajado, pulido y dado forma pensando en ella. Donde él había querido hacerla feliz y realzar su belleza a fin de que toda la corte pudiera admirarla, ella siempre las había visto como un mero artículo de pago que planificaba vender a la primera oportunidad. Las piedras rechinaron unas contra otras al apretar el puño. ¡Había sido un maldito idiota!

Era su *shangrile*, su pareja de sangre. Se había preguntado miles de veces cómo era posible que entre todas las mujeres el destino le hubiera elegido a una arpía pelirroja, avariciosa y fría como el hielo, y no pudo hacer otra cosa que preguntarse lo mismo una vez más. Sospechaba que ella jamás iba a agradecerle todos los regalos que le hacía y que nunca valoraría que le regalara las alhajas más caras y preciosas de la corte, pese a que tenía el derecho a coger de ella lo que quisiera sin ofrecerle nada a cambio —al menos, hasta que Neva le informó que no era, ni jamás había sido, una esclava sexual—, pero, aun así, no había esperado que fuera a vender sus presentes y entregarlos a sangre fría a manos ajenas. Y esa era la única explicación que tenía para el hecho de que ella llevara esa cantidad de joyas encima. Le costó todo su control no estampar el bolso contra la luna del coche.

Después de los meses que habían pasado juntos seguía sin entenderla. Había pensado que la admiración en sus ojos había significado que le gustaban, si bien comenzaba a comprender que lo único que había visto era el valor económico, no la belleza ni la intención que se escondían tras sus regalos.

En cuanto salió el último grupo de invitados de la casa palacio y el portón se cerró tras ellos, Cael apretó los dientes. ¿Dónde demonios estaba Belén?

De repente, la puerta del coche se abrió de golpe. Cael reaccionó de manera automática lanzándose encima de la oscura silueta que trataba de cogerle por el cuello. Demasiado tarde se percató de que era su hermano, quien lo arrojó de modo violento encima del capó para mantenerlo sujeto allí. Cael procuró serenarse.

—Maldito hijo de perra. ¡Me engañaste! Eras consciente de que yo también tenía que ir a por mi pareja y, en lugar de llegar a un acuerdo conmigo, te largaste sin más dejándome a mí la responsabilidad de no dejar a Azrael y a su nueva familia desprotegida —siseó Malael furioso mientras sus dedos se apretaban alrededor de su cuello.

Sin apartarle las manos, Cael invirtió su posición al coger impulso y empujar a Malael contra uno de los robustos muros de piedra. La nueva posición le concedió unos segundos de respiro, si bien no evitó que se sintiera culpable al pensar en su hermano, el rey, su esposa humana y su bebé.

—Ya era hora de que saliéramos en busca de nuestras *shangriles* para llevarlas de regreso. Nuestra princesa se encuentra bien y el reino está estable. Azrael puede apañárselas unos días sin mí.

—No se trata de ti, maldito capullo, sino de que Neva sigue con Zadquiél retenido y de que Rafael ha desaparecido. Tú y yo éramos los únicos que quedábamos. Es nuestra responsabilidad que uno de nosotros permanezca siempre acompañando al rey y a su familia.

—¿Y entonces qué haces aquí? —espetó Cael.

Malael le mostró los colmillos extendidos, le practicó una llave doblándole el brazo en la espalda y se giró para estamparlo contra el muro.

—La pregunta es: ¿qué haces tú aquí? —gruñó Malael.

—¿Acaso no es obvio? Perseguir a mi *shangrile*. —Cael lanzó la cabeza hacia atrás, cosechando un gemido adolorido de Malael al impactar contra su pómulo y el tiempo suficiente para lograr que se distanciara un paso y librarse del agarre que tenía sobre su brazo.

—¿Y por qué no avisaste y lo echaste a suertes conmigo? Habría sido lo más justo para determinar quién tenía el derecho de ir el primero a por su mujer —masculló Malael dirigiéndole un rechazazo a su cara.

—La mujer de Azrael dejó claro que la tuya regresaría a la dimensión. A ti te basta con esperarla allí —replicó Cael doblándose hacia atrás para escapar del golpe.

—¿Y qué? Eso no significa que tenga que dejar pasar siglos a que eso ocurra.

Siendo una humana, lo de los siglos era a todas luces una exageración, si bien al reconocer la angustia y la humillación en los ojos de Malael, a Cael se le pasó el enfado y dejó de luchar. Soltó un jadeo ante el impacto del férreo puño de su hermano en su estómago.

—Tuve el presentimiento de que la mía estaba en peligro —confesó sujetándose la parte lastimada.

—¿Qué? —Malael se incorporó y dejó caer los puños—. Pensé que no consumaste la conexión.

Cael cabeceó.

—No lo hice, pero está claro que la sangre que he tomado de ella me

permite sentirla cada vez que está muy alterada.

Malael asintió y retrocedió un paso. Tras arreglarse la camisa y la chaqueta, estudió con gesto grave el enorme edificio en el que seguía Belén.

—Esa es la central de los magos que nos atacaron.

—Lo sé. Estuve interrogando a algunos de los guardias que Rafael apostó para mantener la vigilancia. Creen que está cociéndose algo —explicó Cael frotándose la zona del cuello en la que los dedos fantasmas de Malael parecían seguir incrustados.

—¿Has contemplado la posibilidad de que tu pelirroja esté implicada? Puede que no fuera casualidad que desapareciera la misma madrugada en la que nos atacaron los magos.

—La tuya desapareció con ella. ¿También crees que pueda estar implicada en el ataque? —le replicó Cael malhumorado.

Malael apretó la mandíbula.

—No es una opción que descarte. Estamos siguiendo las pistas que dejó.

Cael suspiró.

—Espero que no lo sean, ninguna de las dos. Belén estaba atemorizada cuando la encontré, no debería haberlo estado si los magos forman parte de sus amistades.

Malael señaló las joyas derramadas por el coche.

—¿Y esas alhajas? ¿Por qué iba a traerse esa cantidad para una fiesta? ¿No podría ser que tratara de ayudar a la financiación de la secta? ¿O que quizás pretendiera comprarse una posición en la cúspide de la organización?

—Es una posibilidad. —Una que Cael prefería no contemplar. Apretó los puños. No quería creer que fuera posible. No podía aceptarlo. Si fuera cierto...

—Si consideras que está en peligro, ¿por qué no la has sacado ya de allí? —continuó Malael.

Cael se pasó la mano por el cabello.

—Estuve con ella y estaba bien. Creí que le había puesto un señuelo para que saliera por sí misma, pero me equivoqué. Supongo que debería haberme tragado el orgullo y haber ido a buscarla y sacarla por la fuerza, en especial, porque no soy capaz de sentirla a través de esos muros.

Malael asintió, sin dejar de contemplar el antiguo edificio con el ceño fruncido.

—Son listos, no solo disponen de la última tecnología de inhibidores radioeléctricos, sino que también usan pantallas mágicas para protegerse y

mantener la confidencialidad del interior. Lo que me hace plantearme cómo conseguiste acceder sin que saltaran todas las alarmas.

—Usé a una chica para que me invitara a entrar con ella, eso rompió la barrera mágica que me impedía el paso. Dedujo que por ir vestido de negro era uno de los suyos.

—¿Usaste tus armas de seducción con otra mientras tu *shangrile* estaba en los alrededores? —Malael enarcó sus cejas—. ¿Tenías ganas de que te sacara los ojos de las órbitas? No concibo a tu fiera pelirroja quedándose cruzada de brazos si te pesca con otra.

—No me vio, ni hice nada de lo que arrepentirme, además, a ella le importa un bledo lo que haga con otra —gruñó Cael.

—Tal vez, o tal vez no. —Malael movió la cabeza y se cruzó de brazos—. Si quieres recuperarla, yo procuraría no jugármela tan tontamente. Lo que me lleva de regreso a la cuestión inicial: ¿por qué no la has sacado aún de allí?

Cael encogió los hombros.

—No lo sé. Por idiota, supongo. Es mi *shangrile*. Quería que me siguiera por voluntad propia. En parte por mi estúpido orgullo masculino, y por otro, porque considero que es hora de que hagamos las cosas bien. Bastante hemos metido ya la pata.

Malael se masajeó el puente de la nariz.

—Te comprendo.

—Prometo que voy a darme toda la prisa que pueda y que, en cuanto la tenga sana y salva en Palacio, podrás ir a por la tuya —le prometió Cael.

—Te doy tres días. Si no lo has conseguido para entonces, será mi turno. Y no es una negociación. Me las trae sin cuidado si tengo que ordenarles a los hombres que la cojan y encarcelen en Palacio. Es tu problema de cómo te las apañes luego para calmarla y lograr que te perdone.

Cael abrió los ojos espantado.

—¿Tres días para seducirla y que regrese conmigo? ¿Te has vuelto loco? ¿Tienes idea de lo terca que es? ¡No puede ni verme! ¡Y menos tras haberle quitado las...! —Cael alzó las manos ante la mirada asesina de Malael—. Vale, vale. Conseguiré que me perdone en esos tres días —masculló preguntándose cómo iba a conseguir en tan poco tiempo algo que había sido incapaz de lograr en meses.

—Tengo que regresar junto a Azrael. No me gusta dejarlo solo. —Malael estudió con rostro preocupado el firmamento nocturno—. ¿Y no crees que deberías empezar a espabilarte si quieres ir a por ella? El amanecer esta

cercano.

Cael siguió la dirección de su mirada. Malael tenía razón. En cuestión de una hora, o menos, habría amanecido.

—Esperaré a la salida del sol. Si es una emboscada, no creo que estén alertas después del amanecer. Dudo mucho que sepan que soy de los pocos de nuestra especie capaces de salir de día.

—Si esperas al amanecer, los guardias que tenemos apostados no podrán ayudarte —lo avisó Malael.

Cael asintió.

—Lo sé. De todos modos, no hay mucho que puedan hacer. No pueden irrumpir sin poner en marcha todas las alarmas y eso solo la pondría en peligro. No te preocupes por mí. Estaré bien.

Malael asintió y le plantó una mano en el hombro.

—Ten cuidado, hermano. Sé lo que ella significa para ti, pero apenas la conocemos y ya sabes los resultados que arrojaron las investigaciones. No te dejes cegar por el vínculo que te une a ella.

—No lo haré —le aseguró Cael con más firmeza de la que sentía.

—¿Qué harás si es una de ellos?

—Me la llevaré por la fuerza... —Cael alzó la vista y contempló las estrellas—. Si es una traidora y no tiene remedio seré yo mismo quien acabe con ella.

Malael le apretó el hombro.

—Cuídate, hermano, y no dudes en pedir ayuda si la necesitas.

Cael observó cómo desaparecía entre las sombras y echó un último vistazo a la casa palacio, donde se apagaban las luces tras las cortinas.

Belén seguía dentro y la cuenta atrás había comenzado.



El lobo se desplazó con cuidado a través de la oscura sala, cuyo silencio apenas se veía interrumpido por el crujido de la madera bajo sus patas. La incipiente luminosidad que comenzaba a filtrarse con cuentagotas a través de los amplios ventanales marcaba el contraste entre el calmado bailoteo de las motas de polvo y el panorama casi apocalíptico que la fiesta había dejado tras de sí. Sillas tiradas, valiosos muebles antiguos cubiertos de vasos de plástico —algunos derramados—, servilletas esparcidas por doquier, un zapato con el

tacón roto bajo la mesa, una cortina que colgaba de manera patética de la última anilla que aún quedaba enganchada a su barra... incluso restos de sangre reseca que señalaban que durante la fiesta la diversión había llegado a las manos.

El tufo a alcohol rancio, sexo, vómito y restos de comida le escocían en la nariz, revolviéndole el estómago y dificultándole su capacidad para detectar el tenue olor femenino que trataba de localizar a fin de seguirle el rastro y encontrar su objetivo.

Cuando por fin descubrió una estela que lo llevó en dirección a la escalera, sus ánimos se vinieron abajo. Habría preferido no encontrarla. Sus últimas esperanzas de que se hubiera escabullido por alguna puerta trasera tratando de evitarlo o huir de él se evaporaron.

Belén lo había traicionado a él y a su gente, posicionándose de parte de los magos. ¿Había estado pasándoles informes para que realizaran el ataque sorpresa a su ciudad? ¿Había estado usándolo a él con la intención de sonsacarle la información? Una sensación amarga se propagó por su estómago, el peso en su pecho se incrementó y sus pasos se ralentizaron como si sus patas se negaran a avanzar, como si atrasar el encuentro le sirviera para evitar lo que debía hacer al encontrarla, si se demostraba que ella era una traidora hacia su rey y su reino.

Quizás su hermano tuviera razón y había pretendido usar las gemas para financiar la organización o para comprarse una posición. Si ese era el caso, entonces Belén podía olvidarse de ello. Prefería enterrar las joyas en las profundidades más remotas del infierno antes que permitir que las usara con la intención de dañar a su pueblo.

No había mentido a Malael al asegurarle que se haría cargo de su castigo en caso de demostrarse su traición; las leyes eran claras al respecto, la muerte era lo único que la redimiría. Era su derecho y su obligación ser el verdugo de su propia *shangrile*. A pesar de que eso lo destrozara por dentro y dejara marcada el resto de su vida inmortal, cumpliría con la promesa que había hecho.

Estaba tan distraído buscando otros indicios que le proporcionaran una pista acerca de Belén, mientras seguía el rastro de su característico olor a melocotón, que ni se percató de que no se encontraba solo. Si no hubiese sido por el leve balanceo de la cortina, habría pasado de largo sin advertirlo.

El lobo se detuvo y desplegó sus sentidos. Apenas conseguía discernir el sutil sonido de la respiración del intruso. Se acercó con cuidado a la pesada

cortina de terciopelo burdeos y quien estaba escondido retuvo el aliento. El lobo comenzó a caer en la cuenta de lo extraño que resultaba que no hubiera oído antes el acelerado latido del corazón, aun ahora, a apenas unos pasos, le costaba trabajo discernir el rápido bombeo. Entrecerró los párpados. Tampoco lograba oír sus reflexiones. El lobo se puso rígido. ¿Sería posible que no fuera humano? Eso podía significar problemas imprevistos.

Agazapándose frente a la cortina, comenzó a soltar un gruñido bajo y amenazante, dándole a entender a la criatura que la había descubierto y que la retaba a salir o a atacar de frente.

Nada.

El lobo apartó la cortina con un zarpazo y se preparó para hincarle los colmillos al enemigo oculto y zarandear lo que fuera que hubiese escondido hasta su muerte.

Se congeló en el acto al enfrentarse a lo que, había supuesto, sería una peligrosa criatura de la noche, cuando dos inmensos ojos azules lo contemplaron con pupilas dilatadas por el terror y las manitas se agarrotaban alrededor de un maltrecho osito de peluche al que le faltaba la mitad superior. En el silencio del enorme salón resonó el sonido de líquido salpicando el suelo. Al descubrir el charco que se creó alrededor de los pies de la criatura, el lobo retrocedió compungido.

¿Qué hacía una niña escondida allí?

No tuvo tiempo de hallar una respuesta. Lo sobresaltaron pasos acercándose sigiloso a ellos tanto desde la parte trasera de la casa como desde la planta alta, entremezclados con caóticos pensamientos humanos. Los pelos de su nuca se erizaron. Eran varias personas y la agilidad con la que se desplazaban a través de la oscuridad revelaba que se trataba de un comando o, como mínimo, de cazadores entrenados para trabajar en grupo. Los magos lo habían localizado y venían a por él. También la carita asustada de la pequeña se giró hacia la dirección de la que venían los pasos.

Sin plantárselo, el lobo tiró de la cortina para ocultar a la criatura y se alejó de ella. Escogió un enorme y valioso jarrón de los que halló en su camino para tirarlo al suelo y, por si no era suficiente jaleo, decidió empujar otro más. Ante el estruendo, sus perseguidores se dejaron de remilgos y se lanzaron en su dirección.

El lobo retrocedió a otra sala, andando hacia atrás y desplazándose frenético de un lado a otro como cualquier animal atrapado y asustado haría. Aliviado, comprobó que su estrategia funcionaba. Los cazadores se centraron

en él y pasaron de largo de la cortina tras la que se ocultaba la cría, aunque su consuelo duró poco. Desde su escondite, la niña iba a presenciar lo que ocurriría en aquella estancia y no iba a ser nada agradable. Si despedazaba a los humanos ante ella... ¿sería capaz de superar alguna vez el trauma de haber sido testigo involuntario de sus actos? ¿Y si alguno de ellos era su padre?

No estaba dispuesto a morir por salvaguardar la salud mental de una criatura desconocida, pero ¿y si se dejaba cazar y cuando lo hubieran alejado de allí terminaba con los humanos que le perseguían?

No tuvo la posibilidad de considerarlo en exceso. El primero de sus perseguidores entró apuntándolo con un arma. El lobo no parpadeó, una bala no lo mataría. Apretó los dientes al oír el clic del arma, preparándose para el impacto y apenas se apartó lo suficiente como para que no llegara a alcanzar ninguno de sus órganos vitales.

El dolor no fue el esperado y lejos de atravesarle el músculo y quedarse incrustado, lo recorrió un ardiente calor que enseguida se propagó por sus venas. Maldijo al bajar la vista.

«¡Un anestésico!».

Un segundo dardo impactó contra su pecho, seguido de inmediato por un tercero y un cuarto. Tropezó con sus patas al tratar de apartarse de su trayectoria y el mundo comenzó a desfigurarse y a girar alrededor de él. No sintió el golpe en el suelo al caer y las voces de los hombres que se acercaron con cuidado se fundieron en palabras incomprensibles.

Cansado, cerró los párpados, no sin antes comprobar cómo la sombra de la chiquilla se alejaba en dirección contraria a la de sus cazadores. Si conseguía desaparecer sin que la descubrieran, su sacrificio no sería en vano.

CAPÍTULO 5



Se sintió incapaz de abrir los párpados a medida que lo arrastraban tras ellos, ni siquiera al bajarlo por las escaleras mientras su tronco inerte fue golpeándose con cada escalón. Inmortal o no, aquello acabaría pasándole factura en cuanto los efectos de la droga cedieran. Casi prefería mantenerse en aquel estado de letargo hasta que su organismo hubiera tenido la oportunidad de recuperarse y sanar.

No tuvo fuerzas ni para gemir al llegar a otro tramo de escaleras; el desagradable olor a humedad y moho noqueó sus receptores olfativos, pero su corazón se aceleró y latió con vigor en cuanto un suave aroma a melocotón atrapó su atención. ¡*Shangrile!* ¡Su *shangrile* estaba cerca!

Intentó orientarse a través de la densa neblina que dominaba su mente. Todo giraba a su alrededor como si estuviera en el ojo de un furioso huracán. Se centró en las voces de sus captores, no distinguió nada de especial en ellas. Sonó la risa de una mujer, causándole decepción. No, estaba convencido de que aquella no era su *shangrile*. ¿Se encontraba ella allí?, ¿con sus captores?, ¿era una de ellos? Un profundo pesar lo embargó. No supo qué era peor, no localizarla o que estuviera allí, con los magos, traicionándolo. Había albergado la esperanza de no tener que matarla, de que conseguiría llevarla con él y persuadirla de que estaba del lado equivocado, ¿estaría aún a tiempo de hacerlo?

Al no identificarla con ninguna de las voces, se concentró en los estímulos que llegaban a su olfato. ¿Se habría equivocado? No, ahí estaba de nuevo, enmascarado por el olor penetrante a humedad, paja y a alcohol rancio de sus captores. El repentino chirrido de un engranaje oxidado fue el único aviso antes de que lo arrojaran a un suelo de piedra frío y apestoso.

Demasiado débil para hacerlo en alto, gruñó para sus adentros cuando alguien le propinó varias patadas rabiosas y sus costillas crujieron. ¡Mierda! ¿Se las habían roto? Eso podía suponer un problema si tenía que luchar antes de que se hubieran curado, los huesos rara vez se recomponían con rapidez sin una buena dosis de sangre y un descanso reparador.

Respiró aliviado cuando los pasos se alejaron. Debían de haberlo encerrado en algún sitio, pero parecía que lo iban a dejar en paz. Con suerte, eso le proporcionaría la posibilidad de recuperarse y, de proporcionarles una desagradable sorpresa a sus captores. Estaba más que dispuesto a enseñarles que quien ríe el último, ríe mejor.

No fue hasta que todo quedó en silencio que le llegó una voz preocupada y su corazón se detuvo.

—¿Chucho?

«¿*Shangrile?*». ¡Era ella! Nadie más que ella lo llamaba así y, aun considerándolo un insulto, se relajó. Quiso protestar por la distancia que los separaba. ¿Había comenzado a tenerle miedo? Un delicioso aroma que le recordaba a las flores de melocotonero en primavera lo envolvió, relegando el tufo a moho y paja rancia a un segundo plano.

—¡Dios mío, ¿qué te han hecho?! La voz femenina salió en un sollozo tan lastimoso y preocupado que bastó para que le perdonara que siguiera confundiéndole con un perro callejero.

Su intento de abrir los párpados resultó inútil y acabó empleando las pocas fuerzas que le quedaban para arrastrarse hasta la voz.

—Shhh... tranquilo, no te muevas. Tienes que quedarte quieto —le rogó ella cuando cayó por cuarta vez y se golpeó el hocico contra el suelo, a pesar de no haberlo alzado más de unos centímetros.

El lobo gimoteó. No le dolía. Ni siquiera había conseguido alzar su vientre del pavimento. La agonía consistía en su incapacidad de alcanzarla.

Supo que lo había conseguido al sentir sus caricias tras la oreja.

—¡Dios! ¿Qué te ha traído a este sitio? Tú no deberías estar aquí. Ni siquiera perteneces a este mundo. Mira lo que te han hecho, pobrecito mío.

Ella zarandeó sus patas, como si quisiera tirar de él y no pudiera con su peso. No le extrañaba. Podía haberle dicho que era inútil. Pesaba casi trescientos kilos como lobo, cuando ella debía pesar menos de setenta.

—No sé cómo has llegado hasta esta dimensión, y a este sitio, chucho piojoso, pero me alegra tenerte conmigo. Este sitio es horrible y yo... ¡Dios! —musitó cansada antes de claudicar y limitarse a acariciarlo, arrancándole un

gruñido de satisfacción.

Cuando un rayo de sol cayó sobre sus ojos, el lobo parpadeó y con un gruñido molesto apartó el hocico. No importaba en cuál de sus identidades se hallara, odiaba la luz natural, siempre le hacía temer lo que pudiera ocurrir si su pellejo de lobo no le protegiera. El hecho de que en el pasado una amante gitana resentida lo amenazara despechada con que algún día moriría achicharrado bajo el sol, sufriendo torturas inimaginables por haberla dejado, no ayudaba demasiado.

—¿Sigue sin gustarte la luz, chucho?

La triste mofa en el tono femenino lo estremeció de dentro afuera. El lobo abrió un ojo y gimió al descubrir a la belleza pelirroja que lo contemplaba con ojos enrojecidos cercados por profundas sombras, sentada en el suelo, al otro lado de unos robustos barrotes de hierro. Tenía un pómulo enrojecido e hinchado, la barbilla raspada y huellas de dedos violáceas recorrían sus brazos, atestiguando que no la habían tratado mucho mejor que a él. Un corto vistazo a su alrededor le confirmó que ambos estaban aislados en dos celdas separadas que, con sus balas de paja y un tonel como única decoración, parecían más aptos para animales que personas. Como si le hubiera leído el pensamiento, ella le rascó detrás de las orejas.

—Me alegra que no hayan podido contigo, grandullón. Y es un consuelo tenerte aquí —añadió después de unos segundos.

Estuvo a punto de transformarse para abrazarla y prometerle que la sacaría de allí y que no tenía nada de lo que preocuparse. Al alzar la cabeza la luz que atravesaba el estrecho hueco de la ventana volvió a incidir sobre su rostro recordándole que debía esperar.

Ignorando las intensas punzadas en sus costillas, se arrastró más cerca de los barrotes que los separaban y cerró los párpados para recrearse en su caricia y la certeza de que se había equivocado con ella. Soltó un leve gruñido de protesta en cuanto dejó de acariciarlo y no le importó acabar ronroneando cuando los largos dedos femeninos se perdieron entre los pliegues de su cuello.

—¿Cómo puedes estar tan pancho? —murmuró ella.

«Porque no puedo hacer nada hasta el atardecer y porque sé que unas barras no me detendrán para liberarnos a los dos», pensó el lobo.

—Te han drogado, dado una paliza y encerrado en un lugar extraño y

mírate... pareces un gatito lindo que en lo único que piensa es en que lo acaricien y le hagan carantoñas. Ojalá yo también fuera un animal y pudiera estar como tú.

Molesto con su comparación, el lobo abrió un párpado y gruñó, pero cesó tan pronto se percató del leve temblor de sus labios. Se tambaleó al sentarse. Aún mareado y con el cráneo a punto de explotar por el anestésico, metió el hocico entre los barrotes buscando su hombro.

Como si ese sencillo gesto hubiera sido el detonante de todo, ella se tiró encima de él, abrazándolo a través del frío metal que los separaba, y comenzó a llorar desconsolada.

«Tengo miedo. No sé dónde me he metido».

El lobo se congeló al oír sus pensamientos. Al contrario que con las otras humanas que habían llegado con ella a la corte, rara vez los había escuchado antes, solo en las ocasiones en las que ella se proponía insultarle o burlarse de él. Permaneció quieto a medida que la seguía escuchando.

«¿Dónde estará Irene? Espero que Andrea no la haya cogido también. Ni siquiera se me pasó por la mente que Irene pudiera estar relacionada con unos mafiosos. Sé que la gente con la que andaba no era muy normal, pero de ahí a que fueran criminales dispuestos a secuestrar a alguien o que pudieran estar relacionados con vampiros de la otra dimensión... ¡Dios! ¿Y si le han hecho daño? ¿Qué hago? ¿Cómo les voy a confesar dónde están las joyas que me quitó Cael si no lo sé? Y si les revelo donde están las otras, ¿quién me garantiza que no acabe enterrada viva bajo estas mismas piedras? No me siento preparada para morir. ¡No quiero morir aún!».

Un frío inmenso se instauró en él. ¿Andrea estaba allí con la secta de magos? Esas no eran buenas noticias. Andrea lo reconocería en cuanto lo viera. ¿Era por eso por lo que lo habían encerrado allí en vez de liquidarlo o lanzarlo a la calle? Pensó en las joyas que había dejado en el coche. En parte se sintió culpable, si no se las hubiera quitado, habrían dejado que Belén se marchara tranquila, o tal vez no. Quizás el no llevar las joyas había sido lo que la mantenía viva.

La necesidad de despedazar a alguien hizo que sus garras se extendieran y que su sangre corriera desenfadada a través de sus venas, solo a duras penas consiguió mantenerse quieto para permitirle a ella desahogarse. Le quedaba el consuelo de que iba a llevársela de allí en cuanto el sol desapareciera por el horizonte.

El chirrido lejano de una vieja puerta provocó que Belén se separara con

un jadeo ahogado. El lobo estudió tenso el oscuro pasillo del sótano.

—¡Hazte el dormido! ¡Que no sepan que ya te recuperaste! —susurró ella apresurada, lanzándose a la otra esquina de la celda para acurrucarse en un rincón. Se abrazó a sus rodillas y comenzó a mecerse con la vista al frente como si estuviera conmocionada o loca.

El lobo obedeció y se tumbó, tuvo que reprimir un gemido de dolor cuando sus maltrechas costillas protestaron. Quiso alejarse de la luz, sin embargo, en el último segundo decidió que cuanto más actuara como un animal real, menos se fijarían en él y, pese a que deseaba arrancarles la cabeza de cuajo a los dos humanos que se acercaban, prefería pasar desapercibido y centrarse en salvar a su *shangrile*.

Cuando los pasos se aproximaron, entrecerró los párpados y siguió vigilando bajo sus pestañas.

—Mírala. ¡Qué desperdicio de tía! Tantos aires y tanta fiereza a la hora de atraparla y ahora, por un par de hostias bien dadas, está ahí como si hubiera pasado por un campo de concentración. Y eso que aún no le hemos hecho nada —carcajeó el más gordo de los visitantes.

Su compañero, algo más bajito, se rio con él.

—Ida o no, tiene unas buenas tetas. No le haría feos a pasar un rato con ella. ¿Tú qué dices?

El lobo apretó los labios para que no le vieran los colmillos. Estaba dispuesto a saltar contra las rejas con la intención de despedazarlos vivos si se atrevían a intentarlo.

El gordo se rascó la barbilla y estudió a Belén, que seguía meciéndose, como si lo meditara. Preparándose para transformarse y atacarlos, el lobo se metió en sus pensamientos y descubrió sorprendido que los gustos sexuales del hombre iban en una dirección muy contraria de la que su compañero asumía.

—Nos queda media hora hasta el cambio de turno, si nos damos prisa podemos...

Ella comenzó a dar arcadas tan violentas que incluso el lobo se olvidó de fingir y la inspeccionó preocupado.

—¡Mierda! ¿A quién le va a tocar limpiar esa porquería ahora? —masculló el más bajo, cuya expresión lasciva había sido sustituida por una de asco en cuanto ella se dobló sobre sí misma, con un desagradable sonido de esfuerzo, y por el grisáceo pavimento se extendió un charco amarillento de jugos gástricos.

El gordo apartó el rostro con una mueca, no sin que el lobo detectara antes

su secreto alivio.

—A mí no, desde luego. Por mí que lo limpien los del siguiente turno y, si no, que se revuelque en su propia mierda —espetó al abrir la celda de Belén. Tiró un cuenco al suelo, indiferente al hecho de que la mitad de lo que parecía ser una pasta deforme se derramara—. Ahí tienes, zorra. —Le arrojó una botellita de agua, que ella ignoró adoptando su postura anterior, meciéndose de manera nerviosa sin ni siquiera limpiarse la barbilla.

El hombre, después de coger la manta que tenía bajo el brazo, la lanzó en la celda junto a una toalla, lo que parecían un par de sacos de sarga y una pastilla de jabón que guardaba en el bolsillo.

—Ese sigue grogui —le comentó su compañero señalando hacia el lobo—. No sé qué le habrá visto Sergio. No le veo nada de especial a ese bicho, excepto lo grande que es. Si fuera de los especiales, ya se habría despertado hace rato y habría montado un jaleo de mil demonios como hicieron los otros.

—Igual no es más que una de esas bestias medio domesticadas del parque natural que se ha escapado y al oler la comida del fiestón de anoche intentó darse un festín. ¿A mí qué me preguntas? Ni lo sé ni me importa —refunfuñó el gordo cerrando la puerta con llave—. Déjale su ración y vámonos. Esa puerca asquerosa me ha revuelto el estómago.

El bajito metió la mano entre los barrotes y le dejó en la celda un recipiente metálico con la misma masa deforme que el anterior y un cuenco con agua.

—No se te ocurra contar arriba que esa maldita zorra ha echado la pota. No pienso limpiar esa asquerosidad —le advirtió el gordo a su compañero al alejarse.

Tanto Belén como el lobo siguieron fingiendo hasta que a lo lejos se oyó un chirrido seguido por un portazo y todo volvió a quedar en silencio.

Ella dejó de mecerse y se enderezó con una mueca, sacándose un paquete de pañuelos del bolsillo para limpiarse. El lobo no perdió de vista como ella se puso de pie, recogió la botellita de agua, se enjuagó la boca y se fue a las rejas para escupirlo fuera.

Al descubrirlo observándola, Belén soltó un bufido.

—Era uno de los trucos que usaba en el orfanato cuando las monjas me llevaban para hacerme pasar la revisión médica mensual. Por muy curioso que parezca, los médicos no querían que una mocosa les vomitara encima y preferían dejarme descansar hasta la siguiente ocasión. No siempre funcionaba, sin embargo, las veces que lo hacía, me ahorra los toqueteos,

los pinchazos para extraerme sangre y todas esas cosas. Sí, ya lo sé, no suena tan terrible, pero lo odiaba. A veces llegaba a desmayarme de la angustia que me causaba. Ni siquiera la promesa de que las que mejor nos portáramos seríamos invitadas a venir aquí a una merienda con dulces y chocolate era suficiente recompensa para pasar por ese mal trago. —Ella se encogió de hombros—. Creo que fui de las pocas, por no decir la única, que nunca visitó esta casa palacio, ni llegó a conocer a los dueños. Tampoco es como si me hubiera importado en aquel entonces, por algún motivo le cogí miedo y no quería venir. De modo que, cada vez que por el ambiente se presentía una de esas inspecciones médicas, procuraba ganarme un castigo o me ponía enferma.

Belén recogió su cuenco de comida con una mueca de asco.

—Esta bazofia tiene hasta peor pinta que la que nos daban en el orfanato. ¿Qué se supone que es? ¿Puré de patatas con los restos de los aperitivos de ayer? —Sacó un trocito de salchicha que parecía mordisqueada más que cortada e intercambió una ojeada con él—. Ahora mismo no me importaría ser tú. Al menos los chuchos os coméis lo que sea sin plantearos de dónde viene o... Bueno, qué más da. No podemos hacernos los señoritos. Es evidente que este sitio no es un hotel de cinco estrellas y, no sé tú, pero yo no he comido desde ayer por la tarde.

Después de esparcir paja para cubrir su vómito, usó los sacos y la manta para colocarlos encima de una de las balas de heno y se sentó encima. Contempló la pasta deforme de su cuenco como si esperara que de un minuto a otro fuera a saltar de ella un sanguinario duende verde presto a atacarla.

El lobo soltó un suspiro y se acercó al agua. No quería ser testigo de cómo se tragaba aquellos deshechos. Le revolvía el estómago que tuviera que comerse aquella basura vomitiva. No dejaba de asombrarse por la determinación con la que ella trataba de hacer frente a la situación. Cualquier otra mujer, con toda probabilidad, estaría histérica o se hubiera conformado con esconderse en un rincón para llorar y rezar.

Al bajar la cabeza para beber, se percató del extraño olor amargo. Olfateó el agua y después la comida. ¡Mierda! Ese tufo nauseabundo le recordaba al de la belladona. Echó un vistazo sobre su hombro y descubrió a Belén haciendo de tripas corazón al acercarse un pegote de aquella masa drogada a la boca con aspecto de querer vomitarla incluso antes de tragarla.

Sin pensárselo, el lobo se precipitó hasta su lado gruñendo y chasqueando los dientes. «¡Maldita sea, si solo pudiera transformarme y hablar con ella!».

Belén lo ojeó con cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa? ¿Desde cuándo te ha dado por amenazarme? —Por la expresión, ella estaba aliviada de que unos barrotes los separaran. Sin perderlo de vista, trató de distanciarse despacio, pero antes de que fuera demasiado tarde, el lobo metió su pata entre las barras y le tiró el cuenco al suelo—. ¡¡Hey, qué haces?! ¡Puede que esa sea la única comida que nos den en todo el día!

El lobo parpadeó. ¿Esa actitud era del orfanato o porque se había pasado leyendo libros de fantasía? Esperaba que fuera lo segundo, porque lo que iba descubriendo acerca de su pasado empeoraba por momentos. ¿No se suponía que en su civilización ese tipo de instituciones pertenecían a épocas pasadas y que hoy en día existían mecanismos sociales para controlar que los menores crecieran en ambientes saludables y cuidados? En su dimensión no había apenas críos, por lo que los pocos que nacían y quedaban huérfanos estaban cotizados y cualquier familia estaba dispuesta a luchar por adoptarlos; de seguro, si se hubiera construido algún orfanato, habría sido una institución de lujo para darles a los pequeños la mejor vida posible.

En cuanto ella se agachó para recoger la comida del suelo, volvió a gruñir y enseñar los dientes.

—¿Sabes? Con lo inteligente que eres, no habría estado mal que aprendieras a hablar —masculló ella más irritada que asustada a aquellas alturas.

«Vaya, menos mal que como lobo me considera inteligente», pensó con ironía. Harto de esperar a que adivinara sus intenciones, usó su pata para acercar el tarro, atraparlo entre sus dientes y llevárselo para volcarlo fuera de la celda.

—Uhm. —Belén estudió la masa esparcida sobre el sucio pavimento de piedra—. ¿Le ocurre algo a la comida? —El lobo se sentó, satisfecho de que lo entendiera por fin—. Ya veo. —Ella apoyó la punta del índice contra los labios—. ¿Y crees que la mejor opción de deshacernos del cuerpo del delito es esparciéndolo por ahí, para que los siguientes guardias descubran que no la hemos tomado y que no estamos dormidos o drogados o lo que sea el efecto que creas que debería haber tenido esa porquería en nosotros?

«¡Mierda!». El lobo parpadeó. ¿Por qué no se le había ocurrido a él?

Con las manos en las caderas, Belén cabeceó, si bien terminó por acercarse a los barrotes para tratar de recoger lo mejor que pudo el desastre que había liado. Con cuidado de que no se le escurriera entre los dedos, transportó la repugnante masa a la especie de retrete antiguo que había en una

esquina de su celda y que consistía en poco más que en un agujero en el suelo, tapado por una tabla de madera.

Al abrir la tapa, saltó hacia atrás con un expresivo ¡ufff! El lobo hizo tres cuartos de lo mismo. No necesitaba acercarse para que le llegara el tufo. Con los labios apretados y la nariz fruncida, Belén se deshizo de los restos de alimentos y fue a por el otro tarro. En cuanto lo vació, echándolo por el agujero, cerró la tapadera, lanzó el cuenco entre el hueco de los barrotes, indiferente a dónde rodaba, y se acercó a un viejo tonel de agua que había junto al retrete. Lo examinó recelosa antes de meter con cuidado las manos para lavárselas. Al extraerlas las olisqueó como si quisiera comprobar que se trataba de agua limpia. Con una expresión de alivio, recogió la diminuta pastilla de jabón y acabó de lavarse las manos.

—¿Y ahora qué? —Derrotada se pasó los antebrazos por la frente y volvió a sentarse encima de la bala de heno con los hombros caídos—. Nunca he llevado bien lo de no comer. Las bajadas de azúcar me causan mareos y temblores y por más vueltas que le doy no se me ocurre ninguna forma de salir de aquí sin ayuda.

CAPÍTULO 6



Un ruido bajo, pero estridente a los sensibles oídos del lobo, rompió el silencio en el sótano. Alzó sobresaltado la cabeza. Sonaba como si algo o alguien estuviera arañando el suelo de piedra. Al fondo del oscuro pasillo surgió un momentáneo destello de luz. Sus músculos se tensaron y los pelos de su nuca se erizaron; se mantuvo quieto, procurando no asustar innecesariamente a Belén, quien seguía acostada en el lecho que había improvisado con la paja, los sacos y la manta, y se hallaba enumerándole los motivos por los que no deberían existir vampiros ladrones de joyas, ni niñas brujas secuestradoras, ni otros tipos de seres que ella consideraba aberraciones psicóticas, en tanto estudiaba distraída el techo abrazándose a sí misma.

Tampoco pensaba alertar a quienquiera que estuviera espíándoles de que atacaría ante la más mínima duda si concluía que existía algún peligro para su *shangrile*. Aún no había averiguado cómo salir de su celda sin cambiar de forma, aunque tenía claro que si era necesario exponerse a las quemaduras solares por ella lo haría. Si conseguía mantenerse en la sombra, podría aguantar un buen rato antes de que las llagas y heridas se volvieran demasiado profundas y quedara incapacitado. Si bien, era una opción que prefería reservar como último recurso.

—¿Crees que alguien vendrá a rescatarnos? Si Irene no me ha encontrado quizás sospeche que algo me ha pasado y llame a la policía. Mi coche aún sigue ahí afuera. En condiciones normales deberían investigar lo que ha ocurrido, ¿no? Espero que no les tome mucho. Tarde o temprano tendremos que comer lo que nos den, además, ni siquiera sé qué efectos tiene la droga que nos echaron en la comida. Tal vez deberíamos actuar de una manera

determinada, atontada o borracha o algo así. —Se masajeó los hombros—. Cualquiera sabe.

El lobo gimió para sus adentros al escucharla. Habría preferido que su visitante oculto no se hubiera enterado de que no habían tomado aquella bazofia envenenada, además, la información que estaba proporcionando acerca de su amiga iba a conseguir ponerla en peligro.

Una sombra menuda cruzó el pasillo escondiéndose detrás de las columnas. El lobo fingió estar dormido y aguzó el olfato. Su nariz le reveló mucho antes que su vista quién los visitaba, lo que en sí mismo ya era extraño. Pocos seres eran tan rápidos como para que pudieran engañar a los sentidos de un vampiro. Trató de relajarse y permanecer inmóvil hasta que se acercara más.

—¿Te he contado ya que Neva también estaba aquí anoche? —murmuró Belén, consiguiendo que perdiera la concentración ante la inesperada noticia—. ¿Crees que puede estar relacionada con nuestro secuestro? No me fío de esa niña. Es como si siempre supiera cosas que el resto de los mortales no pudiéramos ni imaginar. Se me pone la piel de gallina de solo pensar en ella. —Belén le enseñó el antebrazo—. Tenía que haberme largado nada más verla, idiota de mí pensé que estaría protegida entre tanta gente. ¡Dios, qué equivocada estaba! Ni siquiera fui tan lista como para salir huyendo cuando tropecé con ese vampiro, cabrón, hijo de puta, que me engañó para robarme. ¿Cómo no reparé en que era demasiada coincidencia que estuviera aquí? Ni siquiera se me ocurre cómo pudo encontrarme.

El lobo se encogió por dentro ante los insultos. Que se los hubiera ganado no significaba que quisiera escucharlos. ¿Y Malael consideraba que tres días eran más que suficientes para conquistarla?

«Y para rematarlo, el día de hoy está perdido».

La oscura silueta volvió a cambiar de lugar, no contó con el cuenco metálico que Belén había tirado a través de los barrotes y, en su rapidez, lo golpeó y lanzó contra la pared provocando un estruendo.

De inmediato, la sombra se paralizó y Belén se incorporó de un salto a contemplar la criatura que, tras abrir horrorizada sus inmensos ojos azules, se giró y salió corriendo.

El sonido de una piedra rayando el suelo se repitió, en esta ocasión de manera mucho menos cuidadosa y disimulada, hasta que todo volvió a quedar en silencio.

—Era una niña —exclamó Belén sin aliento, al tiempo que se sentaba

boquiabierta sin despegar la atención de la penumbra—. Lo has visto igual que yo, no eran alucinaciones mías, ¿verdad? ¡Y llevaba un osito de peluche descuartizado en sus manos!

«Era mucho más que una niña», pensó el lobo al meter su hocico por los barrotes para que ella pudiera tocarlo, dándole a entender que no estaba sola.

Pasaron horas desde la visita inesperada. Los peores pronósticos de Belén parecieron convertirse en realidad con la llegada de una pareja de magos que se limitó a echarles un vistazo y dejarles agua. El lobo gruñó disgustado ante el recuerdo. Un estómago vacío y la falta de descanso no eran los mejores ingredientes para que sus costillas se curaran. Ser testigo de cómo Belén pasaba de diferentes estados de ansiedad a la depresión, y de ahí, a instantes de pura rebeldía o normalidad, le preocupaba. Había algo raro en su comportamiento, algo que no acababa de explicarse pese a la situación.

No era como si no hubiera reparado durante los meses que habían pasado juntos en su dimensión que ella solía esconder sus miedos y emociones bajo una capa arisca, o que a veces incluso olvidaba los momentos desagradables como si eso la ayudara a superarlos, pero jamás la había visto tan fuera de sí. Alternaba los ratos en los que recorría la celda como una tigresa enjaulada contagiándole su ansiedad, a otros en los que hablaba sin parar acerca de cualquier cosa que se le ocurría, para acabar tendida sobre el heno inerte y en absoluto silencio.

Quizás influyera el hecho de que antes de llegar al palacio de su hermano, Belén ya había pasado varias semanas con Neva, o que coincidiera que ahora compartían todo aquel tiempo cuando antes apenas había estado a ratos con ella. Fuera lo que fuese, prefería ver a la Belén decidida y arpía en lugar de a la mujer vulnerable que sentía miedo a morir. Él mismo tenía que admitir que la cosa no pintaba nada bien y si no fuera porque estaba convencido de que en cuanto llegara la noche iba a sacarlos de allí, todo indicaba que a los magos no les interesaba mucho lo que iba a ocurrirles.

No le tomó por sorpresa oír de nuevo el sonido de piedra rasgando el suelo. En esa ocasión, la pequeña no parecía tener intención de esconderse, si bien por el ruido de sus pasos alguien la acompañaba. Sus músculos se pusieron rígidos esperando a que cruzaran la esquina. ¿Qué clase de animal o ser arrastraba algo tras él?

Sus ojos se abrieron de golpe al verlo.

«¿Un dragón?».

Hacía siglos que no se había topado con un cambiaformas dragón. Considerando que a cuatro patas su altura no llegaba a alcanzar el metro y medio, debía de ser muy joven; y eso implicaba que existía una familia de dragones que no debía de andar muy lejos.

Por el tono plumizo de sus escamas, el lobo habría apostado que provenía de algunas de las provincias del sur de su dimensión. Eran famosas por haber poseído los especímenes más ágiles en las batallas aéreas y se caracterizaban precisamente por aquella gama cromática; el parche rojizo que se extendía sobre su cabeza, hasta casi alcanzar la mitad de su columna vertebral, era algo que jamás había visto en ninguno de los pocos ejemplares que había llegado a conocer. El vivo colorido llamaba la atención y le recordaba más a un ave exótica que a un poderoso y temido reptil.

El lobo se sentó a esperarlos y valoró todo lo que podría significar la existencia de un dragón adulto y la amenaza que supondría para su dimensión si los magos lo usaban en sus ataques.

Se tranquilizó al no percibir ningún peligro por parte de los críos, pero se mantuvo alerta. Con independencia de su edad, un dragón no dejaba de ser una criatura peligrosa y, aunque él se recuperaría rápido de las quemaduras, Belén no lo haría. Supo que ella los había visto en el instante en que resonó el jadeo femenino y la paja seca crujió bajo su peso al incorporarse precipitada. Aliviado, comprobó que tampoco ella realizó ningún gesto brusco, ni intentó hablarles.

El miedo de la chiquilla a medida que fue acercándose resultó evidente por el modo en que temblaban las tazas en sus manitas y el extremo cuidado con el que ponía un pie delante del otro, como si estuviera preparada para darse a la fuga a la más mínima señal. Iba tan lenta al avanzar, que el lobo tuvo la oportunidad de estudiarla un poco mejor.

A pesar de las manchas de polvo, algún resto de telaraña y que algunos remiendos señalaban que su ropita, demasiado holgada para ella, había visto días mejores, era evidente que estaba limpia. Lo que desmentía la primera impresión que se había llevado de que era una niña abandonada y le revelaba que el camino por el que habían llegado hasta el sótano tenía pinta de estar poco transitado, además de oscuro, a deducir por la diminuta linterna que le asomaba por el bolsillo del peto vaquero.

Por otro lado, aun con las manos ocupadas, en todo momento parecía estar en contacto con su dragón, como si lo necesitara para sentirse abrigada. En

cierta forma, resultaba enternecedor atestiguar cómo parecía confiar en que su compañero la protegería.

A apenas unos pasos de las celdas, las dos criaturas se detuvieron. La niña pareció dudar, en tanto que el dragón se alzaba encima de sus patas traseras, inflaba el pecho y desplegaba sus alas. Belén retrocedió con un respingo, pero el lobo no se dejó engañar por la muestra de valentía. La criatura estaba intentando asustarlos para que no se atrevieran a reaccionar contra ellos, no obstante, por el suave olor agrio en el ambiente, quedaba patente que el joven dragón no se sentía tan valiente como trataba de aparentar.

El lobo permaneció sentado sin inmutarse para mostrarle que no le impresionaba. Durante unos segundos, ambos se evaluaron, hasta que por fin el dragón pareció satisfecho con la inspección y empujó a su amiga con una de sus alas, animándola a seguir.

La chica se acercó a las celdas, soltó un tazón blanco con comida en cada una de ellas y se retiró apresurada detrás de su amigo quien, por su parte, se acercó y sopló con suavidad sobre la taza de Belén, hasta que salió una fina columna de vapor. El lobo admiró su destreza. Había conocido a pocos dragones en su vida, y aún menos habían sido capaces de controlar la intensidad de su fuego con tanta precisión. Para un chaval, era toda una hazaña.

La criatura se acercó a la celda del lobo y repitió el proceso. En cuanto acabó, se apartó unos pasos con cuidado de que la chiquilla se mantuviera detrás de él y, de esa guisa y sin perderlos de vista, se alejaron.

—¡Esperad! —gritó Belén, como si de repente se hubiera recuperado de la conmoción. El lobo se puso rígido. La niña se giró hacia ella y la estudió. El dragón se limitó a interponer una de sus alas entre ella y la celda—. Gracias —murmuró Belén cuando parecía claro que las criaturas iban a salir espantadas de un segundo a otro, como de hecho hicieron, dejándolos a solas de nuevo.

El lobo se acercó a la comida y olisqueó las lentejas. No era uno de sus alimentos favoritos, sin embargo, era comida y el organismo de un lobo de su tamaño y peso no se mantenía del aire. Le echó una ojeada a Belén para indicarle que podía comer, pero esta cogió el tazón y se sentó, inerte, con el recipiente en sus manos. Excesivamente inerte para su gusto.

Belén no consiguió apartar la vista del cálido recipiente que sostenía entre sus

manos, ni del tenue vapor cargado con aquel aroma tan característico que parecía transportarla al pasado. Le traía recuerdos, demasiados. Parecía una pesadilla. ¿Era un sueño o una alucinación? Nada de aquello podía ser real.

Las alucinaciones habían regresado. Debería haberlo comprendido mucho antes.

Analizó las últimas veinticuatro horas. Era imposible que Neva se hubiera cruzado con ella, que Cael apareciera de repente en la fiesta de unos desconocidos, que de estar en una fiesta acabara atrapada en la celda de un sótano, que hubiera aparecido el chucho desde la otra dimensión... Eran demasiadas coincidencias, demasiado irreales como para que pudieran ser ciertas. Y ya lo de la niña con el peluche amputado y para rematar un dragón que echaba fuego... ¡Absurdo! Existían excesivas semejanzas con aquellas horribles alucinaciones que sufría durante su infancia, en las que era incapaz de diferenciar la realidad de lo que no lo era.

Tenía que ser eso. Los dragones no existían o, al menos, no lo hacían en su mundo, y esas tazas metálicas lacadas en blanco con el borde azul marino no las había vuelto a encontrar desde el día que abandonó el orfanato. Incluso tenía un desconchado en su base que revelaba que no era nuevo. Su mente le estaba jugando una mala pasada, estaba segura de ello, pero pensaba recobrar el control costara lo que costara. Se masajó la sien ante el agudo pinchazo que apareció tras su ojo derecho.

Los gimoteos lastimosos del lobo y la pata peluda que trataba de alcanzarla a través de los barrotes la hicieron alzar la cabeza.

—¿Sabes si hoy es jueves? —Ante la ausencia de respuesta, rio. ¿En serio esperaba que un animal supiera qué día de la semana era? Incluso dentro de una ensoñación resultaba ridículo. Se obligó a dejar de reír al notar lo histéricas que sonaban sus carcajadas. Los ojos dorados del lobo reflejaban su confusión—. Los jueves era el día de las lentejas en el orfanato. Cada día de la semana tenía su menú y no importaba que te gustara o no. Yo adoraba los lunes de pasta y los miércoles de huevos con patatas fritas, lo que no quitaba que odiara los viernes de pescado. El olor de ese pescado ya era más repulsivo que toda el hambre del mundo que te puedas imaginar.

Cuando el animal siguió estudiándola desconcertado, ella le enseñó el tazón.

—Es el mismo con el que nos daban de comer en el orfanato.

Con un extraño sonido, el animal metió el hocico por entre los barrotes como si tratara de alcanzarla. Ella sonrió llena de pena tragándose el nudo que

se le formó en la garganta y le acarició el hocico. La atemorizaba que un producto de su cabeza se sintiera tan real y le daba terror las secuelas que podían dejar en su mente si no conseguía escapar pronto de ellas. No quería regresar a ese estado en el que los ataques de pánico apenas la dejaban respirar, en los que su corazón latía como si fuera a salirse del pecho y explotar, a ese vacío que la hacía querer cerrar los párpados para no despertar nunca más...

«¡Basta!», se amonestó. Se negaba a dejarse martirizar por sus pensamientos. Se colocó una mano en el pecho y se obligó a controlar su respiración cada vez más agitada. Cuanto antes lo consiguiera, antes cedería la presión en su pecho y se frenarían los desbocados latidos de su corazón.

Se había prometido no volver a pasar por aquello y ser la dueña absoluta de su vida. Lo único que tenía que hacer era aguantar sin hacerse daño hasta que todo acabara. Podía hacerlo, ¿verdad?

CAPÍTULO 7



El lobo observó cómo Belén recorría inquieta la celda murmurando incoherencias acerca de pesadillas, alucinaciones, despertares e imposibles. Parecía que después de la incipiente aversión a andar descalza por la celda sucia, la inquietud la había hecho olvidarse de ello y ni siquiera le importaba que las plantas de sus pies se hubieran vuelto de un negro tizón.

En parte, el lobo lo agradecía. Los zapatos de tacón le habían causado ampollas que, al reventar, acabaron inundando la celda de un olor a sangre dulce y fresca que había estado haciéndolo salivar sin freno, mientras su estómago retumbaba en protesta rebelándose contra su control.

Ninguno de ellos había probado la bazofia que les habían traído para cenar y por cómo a Belén le sonaban las tripas, resultaba evidente que con la exigua ración de lentejas que comió en la tarde, su estómago tampoco se daba por satisfecho.

Se sintió mal por ella. La situación le hacía sentir impotente. Su tendencia natural era querer aprovisionar a su *shangrile* de cualquier cosa que le hiciera falta, pero no le quedaba más remedio que esperar paciente a que el sol desapareciera por el horizonte para llevársela a un sitio seguro y encargarse de que todas sus necesidades se vieran satisfechas. Apenas quedaban unos minutos más para que eso ocurriera.

La repentina quietud en la otra celda le llamó la atención. Alzó la cabeza para comprobar si le pasaba algo, solo para encontrarla contemplándolo inerte, con ojos grandes y la boca abierta. Se congeló. ¿Qué había ocurrido?

Cuando cerró la boca de golpe, las cejas femeninas se elevaron casi hasta el inicio de su cabellera cobriza.

—¡No - me - lo puedo - creer! —La lentitud con la que lo pronunció no restó incredulidad a su voz, que dejó constancia de que lo decía en serio.

«¿Pero qué pasa?».

El pelaje de su espalda se erizó ante la expectación. No podía imaginarse qué le había ocurrido para que reaccionara así. ¿Se había percatado de que quien se escondía bajo la gruesa capa de piel y forma animal era el hombre al que ella desdeñaba? Dadas sus reacciones se preparó para lo peor.

—¡Te la estás chupando!

El lobo siguió la dirección de su mirada. Un frío polar se extendió desde sus entrañas hasta los pelillos de sus orejas al comprobar que tenía una pata alzada dejando al descubierto partes anatómicas que ella nunca debería haberle visto en aquel estado animal.

«¡Joder!».

Bajó la pata con rapidez y cambió de postura.

—¡Eres un guarro! ¡Me has estado chupando las manos y la cara! ¡Y yo me he dejado! ¡Qué asco, por Dios!

Tal y como la realidad fue penetrando en su conciencia, el frío fue sustituido por una erupción de calor que barrió su organismo como la lava de un volcán al explotar, para agolparse en su cabeza hasta amenazar con hacerla estallar.

¡Le había pescado lamiéndose! ¡Diosa! No quería ni pensarlo. No era como si él hubiera sido consciente de lo que hacía. En su identidad animal su instinto más básico y primitivo tomaba la delantera sin más. En condiciones normales, solía estar demasiado entretenido como para alcanzar esos extremos, pero... ¡Ufff! ¿Tenía que pescarlo precisamente así?

El lobo apretó los párpados y gimió para sus adentros. ¿Qué pasaría si llegaba a descubrir quién era? Iban a pasar días, semanas quizás, antes de conseguir que se le pasara la impresión que le acababa de dar. ¿Y qué decir de las humillaciones a las que iba a exponerlo conociéndola?

«¡Mierda!».

—Procura mantener esa lengua alejada de mí, so guarro. Si pudiera, te lavaba la boca con agua y jabón ahora mismo. ¿Qué digo jabón? ¡Lejía te echaba! ¡Cochino! ¡Que eres un cochino! —lo reprendió ella con una mueca al sentarse encima de las balas de heno.

Con el calor sofocándolo desde dentro, el lobo apretó los dientes y le dio la espalda, más mosqueado consigo mismo que con ella. ¿En qué había estado pensando al dejarse llevar hasta ese extremo por sus instintos animales?

Trató de cambiar el rumbo de sus pensamientos para dejar de sentir la

profunda humillación y se obligó a concentrarse en los ruidos que provenían de la casa.

Desplegó sus sentidos hasta alcanzar la mente de los humanos que se desplazaban encima de él. Eran muchos a aquella hora, demasiados para poder relajarse. Iban a ser un problema para sacar a Belén de allí. Si no fuera por el peligro añadido que suponía que Andrea pudiera aparecer en escena, habría esperado a que todos se acostaran y la casa se quedara tranquila. Iba a ser mucho más fácil lidiar con los humanos, por muy numerosos que fueran, que contar con el inconveniente añadido de tener que enfrentarse a una de las mejores guerreras de su dimensión. Casi prefería hacerlo si con eso lograba retrasar el bochornoso momento en el que Belén descubriera que el animal al que acababa de desdeñar por aquel vergonzoso acto era en realidad...

«¡Deja de pensar sandeces!».

Iba a tener que enfrentarse a su humillación, y cuanto antes mejor. No temía a Andrea, pero tampoco podía menospreciarla como oponente, en especial, si tenía a humanos de su parte que podían atacarlos y hacer daño a su *shangrile*. Una *shangrile* que no iba a tener remilgos a la hora de echarle en cara la clase de animal que era. Los dientes del lobo chirriaron para sus adentros.

En cuanto llegaron más personas a la casa, comenzó a considerar la posibilidad de usar el pasillo secreto que habían tomado los críos para llegar allí.

«¿Cael?».

«¿Malael?». El lobo alzó la cabeza y echó un vistazo disimulado a la estrecha ventanilla sobre la celda de Belén, con la certeza de que ella no sería capaz de apreciar nada porque su hermano era un experto en fundirse con las sombras.

«¿Todo bien ahí, hermano?».

«Lo estará en cuanto saque a mi *shangrile* de aquí. Estaba a punto de transformarme con la intención de llevármela. Me alegra que hayas venido. Liberarla será más seguro si tengo refuerzos. Prefiero tener la espalda cubierta en el caso de que ocurriera algún imprevisto. —Cuando no recibió respuesta, el lobo comenzó a intranquilizarse—. Malael, ¿qué ocurre?».

Incluso a través de su conexión telepática pudo oír el pesado suspiro de su hermano.

«Ya hemos llevado a cabo varias tentativas de acceder a la casa, pero tienen algún tipo de alarma, no sé si mágica o tecnológica, que les avisa siempre que pasamos más allá del umbral o de una ventana y nos obliga a salir

pitando para evitar un enfrentamiento violento que llame la atención de la sociedad humana sobre nuestra existencia».

«No necesito que entréis. Si es cierto lo que dices, me basta con que pongáis a Belén a salvo en cuanto hayamos salido a la calle».

«No es a eso a lo que me estaba refiriendo», aclaró Malael con seriedad.

«¡Quieres hacer el favor de hablar claro de una puta vez!», espetó el lobo comenzando a impacientarse, mientras que en su estómago comenzaba a propagarse una sensación ácida.

«Hubo una reunión en cuanto los *fey* nos hicieron llegar el mensaje de que te habían cogido. Nos aclararon que estabas bien, pero aun así convocamos un consejo con la intención de estudiar la situación. Discutimos y creemos que, ahora que estás dentro, deberías aprovechar tu posición para conseguir información sobre los planes de la secta. Necesitamos averiguar qué quieren en nuestra dimensión y cómo y cuándo tienen previsto realizar el próximo ataque. Si hay una guerra, es mejor librarla en nuestro territorio. No nos conviene llamar la atención de otros humanos que pudieran sentirse atraídos por conquistar nuevas dimensiones».

El lobo apretó los dientes. No necesitó preguntar quiénes eran los que lo habían discutido. Era evidente que había sido el consejo de seguridad, con su hermano Azrael al frente.

«Maldita sea, Malael. No me importaría si estuviera solo, lo que no es el caso, estoy aquí con mi *shangrile*».

«Lo sé, hermano, sin embargo, en el último ataque murió gente y la casa real estuvo en peligro. No podemos permitir que esa situación se repita».

«¡Pues exterminadlos a todos y acabemos con el problema!», masculló el lobo a través de su conexión mental.

«¿Quiénes son todos? Además, ¿pretendes que matemos a esa cantidad de personas sin llamar la atención?», preguntó Malael.

«¡Maldita sea! —El lobo se movió inquieto—. No podéis pedirme que ponga en riesgo la vida de mi *shangrile*. Tú más que nadie deberías entender que eso va contra la naturaleza de nuestro vínculo».

«¿Y no estará en un peligro mayor si se encuentra en nuestra dimensión durante el próximo ataque? Aunque no la llevaras allí, estaría en peligro. Es muy probable que conozcan su relación con nuestra casa real y si la han atrapado en una ocasión, podrán volver a localizarla».

—¿Qué te ocurre, chucho? Te veo muy inquieto.

El lobo se encogió mentalmente ante la pregunta de Belén.

«¿Chucho?».

El lobo gruñó con ganas asesinas cuando la risa de Malael resonó en su mente.

—¡Hey! ¡No me gruñas! No tengo la culpa de lo que sea que te esté picando ahora mismo —espetó Belén.

«Dime que no te rasca también detrás de la oreja», lo provocó Malael divertido.

«Vete a la mierda, Malael».

—Debería ser yo la que te saque los dientes después de descubrir que te dedicas a chuparte tus partes antes de lamirme la cara —masculló Belén irritada.

Al lobo le entraron ganas de esconderse a tres metros bajo tierra. Las carcajadas de Malael le revelaron que estaba partiéndose el culo y podía sentir a otro de sus soldados en la cercanía asomándose para comprobar qué ocurría.

«¿Alcanzas a chuparte tus partes?».

«¡Ni un comentario más!», espetó el lobo con sequedad.

«¡Espera a que se enteren los demás!».

«Cuéntaselo a alguien y amanecerás decapitado».

«¿Yo? No necesito abrir la boca —le contestó Malael divertido—. Me basta esperar a que tu pelirroja regrese a la corte y que la hagas rabiar».

A pesar de sus ganas de querer estrangular a alguien, la idea de que la corte se enterara de lo que hacía durante su transformación en lobo causó que el calor volviera a irrumpir con venganza en su rostro. Tenía que conseguir que Belén olvidara el incidente cuanto antes y, como medida preventiva, disponer de una buena respuesta por si acababa encontrándose en esa situación. Gimió para sus adentros al comprender que la cuestión no era si iba a ocurrir, sino cuándo.

«Avísame cuando acabes de divertirme a mi costa», gruñó el lobo, con cuidado de no volver a mostrarlo ante ella.

Pasaron varios segundos más antes de que notara cómo su hermano volvía a ponerse serio.

«Está bien. Volvamos al asunto», sugirió Malael.

«Vaya, ya era hora. Supongo que entonces puedo anunciarte un problema añadido».

«¿Cuál?». La voz de Malael reveló que había recuperado su rol de estrategia eficiente y controlado.

«Andrea. Belén mencionó que ayer estuvo aquí, en la casa. En cuanto me vea, mi coartada se habrá esfumado».

Malael se tomó su tiempo en responder.

«Eso tiene sentido. Hemos localizado su olor en las cercanías. Gabriel ya ha organizado una cuadrilla para cazarla».

«No dudo de las capacidades de Gabriel, sin embargo, en las últimas semanas no parece haber sido muy eficaz a la hora de perseguirla».

«Cierto, si bien hay una diferencia enorme entre tener que cazarla y tener que mantenerla alejada de este sitio. Podemos incrementar el personal y la vigilancia con el objetivo de que ella no pueda acercarse a este edificio. No creo que se arriesgue si nota que la zona está controlada».

«Existen entradas ocultas de las que desconozco el alcance por ahora», avisó el lobo.

«Peinaremos el territorio. Te lo prometo».

El lobo se dejó caer con pesadez al suelo y apoyó el hocico sobre sus patas.

«No lo sé, Malael. Quedarme va en contra de todo mi ser. Ahora mismo apenas puedo pensar en algo más que en poner a salvo a mi *shangrile*».

«Lo comprendo, y voy a serte sincero, hermano. No sé lo que haría en tu lugar —admitió Malael—, pero necesitamos esa información, del mismo modo que la necesitas tú para mantenerla a salvo en el futuro».

El lobo giró la cabeza hacia Belén, quien seguía vigilándolo con las manos en la cintura y el ceño fruncido.

«Está bien. Estad preparados para cuando consiga sacarla de la casa y ponedla a salvo. Yo seguiré aquí unos días más». *Y, de paso, ganaré un poco de tiempo antes de tener que enfrentarme a ella*, añadió para sí mismo.

Malael suspiró con pesadez.

«Las cosas no funcionan así, deberías saberlo. Desconocemos el motivo por el que te han encerrado con ella. Por los informes que nos han pasado los *fey*, es muy posible que ni sospechen quién eres. Si ella escapa, estarán con la mosca tras la oreja y pueden preferir matarte o no perderte de vista. Es mejor que os consideren inofensivos y eso solo ocurrirá a medida que pasen los días y comprueben que no tenéis nada que hacer contra ellos».

«¿Varios días? ¿Te has vuelto loco? Andrea supone un peligro demasiado grande como para exponer a mi *shangrile* a sus garras».

«Ya te he prometido que haremos cualquier cosa que esté en nuestras manos para mantenerla alejada de vosotros», insistió Malael.

«¿Tienes idea de lo que me estás pidiendo?».

«Sí, lo sé».

«Te mataré si le ocurre algo —gruñó Cael—. Y ante el más mínimo peligro a su vida, la sacaré de aquí sin dudarle ni un segundo».

«Los *fey* han accedido a hacer turnos durante el día y las gárgolas han reforzado a nuestros hombres durante la vigilancia nocturna. Si hubiera algún incidente, tendrás ayuda del exterior. Y las órdenes son que no titubeen si detectan que necesitas ayuda».

Cael estuvo largo rato observando el oscuro pasillo, esperando tirante a que Belén dejara de dar vueltas encima de su lecho improvisado y se quedara dormida. Mantenía el contacto con él en todo momento, con un brazo estirado y los dedos hundidos en el pelaje de su cuello; parecía que el bochornoso incidente de antes ya se le había olvidado, o que fuera mayor su miedo a la oscuridad que su repulsión.

Le habría gustado transformarse, abrazarla y prometerle que todo saldría bien, pero ¿qué probabilidades había de que no se pusiera a chillar como una loca? Sin contar que tendría que darle alguna explicación acerca de los motivos por los que no podía sacarla aún de allí, y sospechaba que sería algo que no le perdonaría.

Estaba deseando que aquello terminara de una puta vez. Seguía sin comprender cómo se había dejado convencer por Malael.

Repasó una vez más la aparición de los chiquillos y aquel extraño sonido de piedra rasgando el suelo. Estaba convencido de que era un pasadizo y que esas criaturas tenían algún medio oculto de desplazarse por la casa. Si conseguía acceder a esos pasajes secretos la investigación sería pan comido.

Por otro lado, le intrigaba el origen de los niños. ¿De dónde venían? Por sus ropas, que habían visto épocas mejores, quedaba patente que no pertenecían a ninguna familia de la élite de los magos. ¿Eran los hijos de algún sirviente que les tenía prohibido recorrer la casa y por eso se escondían? Esa opción podría explicar muchas cosas, como el miedo de la pequeña o que tuviera acceso a los víveres, pero... ¿permitirían los dueños de aquel sitio siquiera la presencia de aquellos niños? ¿Y más con esas pintas? Tampoco le encajaba la idea de que una familia de dragones conviviera en paz con los magos, a no ser... ¿Habría otras celdas en las que mantenían cautivos a los padres de las criaturas? El cautiverio era una opción mucho más probable que

una colaboración voluntaria por parte de un dragón. Frunció el ceño. Si la secta usaba a los críos con la intención de controlar a los padres, eso podría convertirse en un auténtico problema.

Independientemente de la respuesta, tenía que averiguar la verdad cuanto antes y lo haría tan pronto como Belén se quedara dormida.

CAPÍTULO 8



Cael no le resultó difícil seguir el rastro de los chiquillos a través del sótano hasta llegar a la pared tras la cual habían desaparecido. Estudió las enormes piedras y repasó su contorno con los dedos. Hizo una mueca cuando sus costillas protestaron ante el esfuerzo que ejerció al empujar. Necesitaba alimentarse, y pronto, si quería recuperarse.

Sus esfuerzos no sirvieron de nada. El muro no cedió y tampoco localizó ningún botón o mecanismo de apertura. Frunció el ceño. Acceder al pasadizo no podía ser algo excesivamente complicado si los pequeñajos habían logrado localizarlo. Entrecerró los ojos y cayó en la cuenta del error que estaba cometiendo. La palabra clave era *pequeños*. Su vista descendió por la pared. Fuera lo que fuese lo que abriera la puerta secreta, debía de estar abajo, a una altura a la que los críos tuvieran acceso.

¡Bingo! A apenas una cuarta del suelo se presentaba una estrecha ranura, un tanto tosca, como si algún roedor hubiera construido allí su morada. No era muy grande, lo justo para meter el empeine del pie. Lo hizo, lo movió y... ¡nada!

Cael se tragó una maldición. «Niños. Piensa en qué podrían hacer unos niños».

Tenía que ser algo simple. Bajó el talón e hizo palanca para tirar hacia él y... ¡funcionó! En el muro se abrió una puerta de piedra maciza de poco más de un metro. En cuanto tuvo hueco, metió los dedos por la hendidura y la acabó de abrir. Se agachó e inspeccionó con cuidado el túnel.

La compacta negrura apenas le dejó distinguir lo que había más allá de unos metros. No le extrañaba que las criaturas hubieran necesitado linterna a pesar de ser unos cambiaformas. Lo sorprendente era que tuvieran siquiera el

valor de andar por allí, con aquella peste a mohó y las largas cortinas de telarañas.

Revisó el sótano en busca de alguna fuente de luz portátil y dio gracias a la Diosa por la linterna que encontró colgada de una alcayata.

Al comprobar el estado del estrecho pasillo quedó evidente que, niños aparte, nadie lo había usado desde hacía una eternidad. Con un suspiro, se quitó la chaqueta y se la enganchó al antebrazo como un escudo. Que fuera una criatura de la noche, no significaba que le gustaran las telarañas o que estuviera dispuesto a que los insectos se pasearan sobre su pelo.

En cuanto cerró el muro de piedra tras de sí, el silencio fue rellenado por el ruido de las cucarachas y las ratas que chillaban huyendo de su camino. Se alegró de que Belén no estuviera con él y se apuntó mentalmente que a su regreso debía repasar su celda para evitarle alguna sorpresa desagradable al despertar. A demasiado la estaba exponiendo ya como para añadir a visitantes no deseados.

Con la chaqueta en alto exploró el pasillo. Decidió empezar por el camino que habían recorrido los críos. Aquella noche iba a averiguar quiénes eran sus padres y hasta qué punto estaban vinculados a la secta de los magos.

Que el progenitor del dragón infantil se encontrara en aquel edificio podría ser un problema. Sus sentidos eran casi tan sensibles como los de un vampiro, lo que significaba que sería capaz de detectarlo e incluso de seguir su rastro si llegaba a captar su olor. Por el momento, la cantidad de telarañas que lo cubría todo parecía confirmar que ningún adulto había pasado por allí en meses, por no decir años. Solo a la altura de los chiquillos se notaba que se había abierto un camino.

Cael siguió el rastro infantil sin problemas y, con el olor más marcado en algunas bifurcaciones, fue fácil detectar cuáles eran los caminos más transitados.

No tardó en notar que el entramado de pasadizos era mucho más amplio de lo que había anticipado y que no se limitaba a la casa palacio, sino que a nivel subterráneo atravesaba también otras mansiones de los alrededores. No conocía la historia de la ciudad, pero estaba convencido de que aquel barrio se construyó en tiempos revueltos o en alguna época en la que el estamento adinerado de la sociedad se reunía en algún tipo de secta secreta.

Era frecuente que una ciudad tuviera una red de túneles y pasajes bajo tierra con el fin de facilitar una huida en caso de necesidad, sin embargo, rara se había topado con varios edificios conectados de aquella forma, menos que

estuvieran entrelazados con pasadizos ocultos en el interior de las propias casas. A ello se añadía que la estrechez de aquellos pasillos dejaba entrever que quien los construyó no quería que un visitante ignorante descubriera que existían.

Encontró varias salidas en su camino y escaleras que llevaban a plantas altas. Abrió un par de aquellas puertas. La mayoría daban a alguna vinoteca, los utilizaban de trasteros o incluso como salas de juegos o gimnasios.

Al lado de cada salida, en la pared, quedaban restos de dibujos, que parecían señales explicativas. Contenían la orientación, con las iniciales de las direcciones cardinales, un cuadrado rojo y un escudo, que era muy posible que representara a la familia propietaria de la casa. Cuando llegó a una salida con un rectángulo azul, abrió el muro para averiguar qué significaba.

A diferencia de las otras puertas, esta dio a un túnel mucho más ancho, que al sí era transitado por la manera en que las telarañas se concentraban en las esquinas superiores del techo y en las paredes. Entre los olores a cañerías, moho y humedad detectó uno que le hizo entrecerrar los ojos y apretar los puños. ¡Andrea! Regresó con rapidez al pasadizo y selló la entrada para que su propio aroma no impregnara el ambiente.

Aquella debía de ser una de esas galerías subterráneas típicas de todas las viejas ciudades y Andrea se valía de ella para llegar al centro de reuniones de la secta. Habría apostado su título nobiliario a que si seguía su rastro acabaría por llegar al nido de la vampiresa, pero se negaba a desperdiciar el tiempo con ella. Su objetivo estaba bien definido: conseguir información; el resto era trabajo de otros.

Decidido, avanzó hasta la siguiente mansión, desplegó los sentidos para confirmar que sus habitantes dormían y apagó la linterna para desplazarse a través de ella. Entró en una habitación de la segunda planta y abrió una ventana. No se tomó la molestia de asomarse, podía sentir a varias criaturas nocturnas por los alrededores y no todas eran vampiros.

—Hace una noche preciosa —habló por lo bajo, como si fuera un poeta admirando la luz de la luna.

Desde uno de los tejados sonó una lechuza y apenas unos segundos después, otra, confirmándole que había hecho bien en no elegir el canal telepático para comunicarse con su gente. Las alianzas entre diferentes razas eran tan frecuentes como precarias por la falta de confianza entre ellas. Una conversación telepática y secreta habría sido interpretada como un intento por encubrir información o incluso la posibilidad de una traición en el horizonte.

Una gárgola de una edificación cercana rompió su inmovilidad y se trasladó a través de las fachadas para colocarse en la que había frente a él. Cualquier transeúnte que hubiera pasado en aquel instante la hubiera confundido con una escultura de verdad.

—Calmada, en apariencia —le respondió una voz profunda que, aun si no lo hubiera tenido enfrente, habría reconocido de inmediato por la extraña tersura y elegancia que solía ser característica de Aaron.

—Tanto que a veces nos olvidamos de la oscuridad que recorre los cimientos de las viejas ciudades como esta.

Aaron alzó la vista para escrutarlo. Sus ojos rojos y brillantes destacaban en su rostro grisáceo. Asintió, confirmándole que había recibido el mensaje.

—Bellezas peligrosas sin duda. ¿Algo más?

—Deberían disfrutar de su paseo esta misma madrugada —le indicó Cael.

Al cerrar la ventana lo hizo con la certeza de que la persecución a Andrea acababa de comenzar.

La gárgola revisó los alrededores, desplegó las alas y se lanzó al cielo. En los edificios aledaños se trasladaron varias figuras, reajustando sus posiciones para cubrir el vacío que había dejado. Cael descubrió al menos a un duende y un *fey*. Parecía que sus hermanos habían conseguido más aliados que de costumbre en esta misión, lo que no tenía claro era si interpretarlo como una buena o mala noticia. Quería a su *shangrile* protegida, no inmersa en una batalla campal.

Aprovechó la oportunidad para pasarse por el dormitorio. La tenue luz que se filtraba por las ventanas iluminaba a los durmientes, cuya respiración había estado controlando desde que entró en la casa. Titubeó en el umbral. Ambas eran mujeres. No es que tuviera excesiva importancia el género a la hora de alimentarse. Prefería a las mujeres por el sabor más suave que sus hormonas imprimían a su sangre, pero siempre que Belén se hallaba cerca había cogido la manía de optar por el gusto más potente de los hombres y solo recurría a las féminas en las situaciones en las que no le quedaba más remedio y le urgía. Como en aquel momento. Necesitaba alimentarse. Sus costillas y brazo izquierdo seguían doloridos y no podía permitirse el riesgo de entablar un enfrentamiento con un dragón sin encontrarse en plena forma.

Con un suspiro, ignoró el leve olor a sexo y el hecho de que ambas estuvieran desnudas, apenas tapadas por las finas sábanas. Se acercó a la mujer que parecía tener un descanso más inquieto. Le presionó la arteria carótida hasta que sus músculos se relajaron y su cuerpo se quedó inmóvil

sobre el colchón. Repitió el proceso para dejar inconsciente también a su compañera y la mordió sin grandes preliminares en la muñeca.

Sin dejar de beber, le tapó los pechos descubiertos y procuró mantenerse fuera de su mente y lo más alejado que pudo de sus sueños que, a través del efecto de las hormonas que le fue inyectando, se fueron tornando demasiado íntimos y ardientes. Habría deseado no tener que administrarle la hormona, pero era un protocolo imprescindible cuando se trataba de mantener dormida a una fuente de alimentación.

En otra época habría disfrutado de la situación. Habría permanecido con aquellas mujeres hasta el amanecer, quizás conformándose con observar cómo se despertaban y daban salida al cóctel químico que causaban las altas dosis hormonales que les inyectaba, o incluso participando en lo que para ellas no sería más que un extraño sueño del que despertarían al día siguiente. Lo último era algo que había dejado de hacer algunas décadas atrás. La concepción del bien y del mal había ido cambiando con los siglos y, con ella, su conciencia. Su vena *voyeur* se había mantenido activa hasta que la suprimió con la aparición de Belén en su vida.

Al llegar a lo que consideraba el límite de sangre que podía tomar sin afectar a la salud de la mujer, le lamió las diminutas heridas y la dejó para regresar junto a su compañera. Que su anterior donante estuviera sudorosa y hubiera comenzado a revolverse intranquila hasta destaparse fue lo que hizo que decidiera marcharse cuanto antes.

Apenas había pisado la planta baja cuando oyó los primeros gemidos adormilados en la planta de arriba. Sus labios se curvaron. Era habitual que ocurriera. Las donantes que habían recibido un chute de sus hormonas, al despertar, solían estar tan cariñosas como hambrientas.

Armado de serenidad y con la seguridad de que con los jadeos nadie lo sorprendería, revisó la cocina, donde halló una caja llena de barritas de cereales con pepitas de chocolate. Se metió algunas en el bolsillo trasero del pantalón. A Belén le encantaba el chocolate. No importaba cuanto tratara de negarlo, bastaba observar la forma en que se le iban los ojos detrás siempre que había alguna onza cerca.

Al lado de la puerta encontró unas zapatillas de deporte que, a ojo de buen cubero, podían quedarle bien a Belén. No dudó en cogerlas y, usando su olfato, siguió el olor a detergente para localizar el lavadero donde consiguió completar su botín con dos calcetines limpios que encontró en la secadora.

Pasó otras dos mansiones más hasta que localizó la puerta que los chicos

parecían frecuentar más a menudo. Por si el pavimento arañado no hubiera sido suficiente indicio, el marcado olor de su rastro era prueba más que suficiente. En parte, era algo que le producía alivio. El dragón no tenía pinta de estar relacionado directamente con la secta. Lo que no evitaba que resultara menos peligroso irrumpir en su casa por una entrada oculta y sin pedir permiso.

Guardó las zapatillas, los calcetines y la linterna en los bolsillos de su chaqueta y la colgó en una arista sobresaliente en el muro antes de entrar

Solo podía rezar porque con la frecuencia con la que los chiquillos parecían usar esa salida, nadie le prestara atención al leve raspado de piedra contra piedra.

CAPÍTULO 9



Le sorprendió comprobar que el sótano era similar al que había dejado atrás en el edificio de la secta, pese a que, en este, las celdas tenían hierros oxidados y muchas habían sido convertidas en estrechos cuartos oscuros en los que la única luz se colaba a través de una diminuta mirilla en las viejas puertas de madera. Por el olor a orina vieja, hierro mohoso, humedad y excrementos de ratas resultó fácil deducir que hacía mucho desde que alguien pasaba tiempo allí. El único rastro nuevo era el de los niños que habían usado el pasadizo.

Siguió sus huellas y se llevó una nueva sorpresa. En lugar de hacia la puerta de salida del sótano, le llevaron a otro muro. En aquella ocasión, no le costó ningún trabajo descubrir la entrada secreta. Se arrepintió de no haberse llevado la chaqueta en cuanto comprobó que ese pasadizo había sido tan poco transitado por adultos como el anterior, pero no le quedó más remedio que seguir adelante si pretendía encontrar respuestas.

Subió dos plantas antes de aventurarse a salir. El frío que le recibió fue más intenso que el que había dejado atrás. El oscuro y amplio corredor le recordaba a un convento de clausura con sus paredes de piedra gris y su austeridad interrumpida solo, ocasionalmente, por el cuadro de alguna Virgen o santo. El pasillo estaba desierto, detrás de algunas de las dieciséis puertas que se repartían a un lado y otro, podía detectar el latido de pequeños corazones, muy similares a los de la niña con la que había tropezado aquella primera mañana escondida tras las cortinas.

Dejó su mente en blanco y se concentró en su olfato. Resultaba difícil distinguir a una criatura de la noche solo por el olor, aun así, consiguió detectar el aroma dulzón de las hadas, el especiado de algún troll y habría

apostado que el tufillo a gato provenía de algún cambiaformas felino. También había humanos, aunque eran los menos.

No necesitó abrir las puertas para constatar que se trataban de críos, ni tampoco habría necesitado toparse de frente con la chiquilla de ojos azules y el osito amputado, que subía la escalera entre las sombras y se quedó petrificada al verlo, para adivinar dónde se encontraba. Lo sabía y tendría que haberlo supuesto mucho antes. La misma dirección que había seguido bajo tierra se lo debería haber revelado. Aquel era el orfanato de las pesadillas de Belén.

—No voy a hacerte daño, ni a ti ni a ninguno de los otros —murmuró. Si bien estaba convencido de que ella lo había oído, la pequeña no se movió del sitio mientras olisqueaba el aire como si hubiera detectado algo en él. Cael cayó en la cuenta del motivo—. Sí, soy el lobo. —Esa información pareció calmarla—. ¿Es aquí donde vives? —Esperó a que asintiera—. ¿Y tu amigo, el dragón?

La niña señaló el muro al final del pasillo. Cael solo podía suponer que, al igual que en otras épocas, a los menores los mantenían en alas diferentes según su género. Los dormitorios de los chicos debían de estar ubicados al otro lado de la pared y de seguro que no había comunicación entre ambas alas en la misma planta.

Antes de que pudiera formular más preguntas, la luz de las escaleras se encendió y en el rostro infantil se dibujó el espanto. Deprisa, sin hacer ruido, la niña subió los últimos escalones que le faltaban y le hizo un gesto con la intención de que la siguiera. Abrió con cuidado una de las puertas, donde una chiquilla se incorporó asustada en la cama y se abrazó a su muñeca al verlo.

—Es de los nuestros —aclaró la niña licántropa sin encender la luz, ni dar mayores explicaciones. Su compañera de habitación asintió sin soltar el agarre que mantenía sobre su maltrecha muñeca que, con un ojo menos y el cabello enredado, tenía todas las pintas de haberse escapado de un manicomio o del *casting* de la muñeca diabólica—. Viene la hermana Rosario —susurró la niña antes de meterse apresurada en la cama y taparse con la sábana hasta el cuello.

La luz bajo el resquicio de la puerta anunció que la monja se acercaba. Cael retrocedió a la pared, ocultándose en las sombras. Para cuando el pomo se giró, las dos criaturas fingían un profundo sueño. Cael no tenía muy claro si sentirse aliviado de comprobar que la mujer de mediana edad era una simple humana, incapaz de detectarlo por el olor, o conmocionado por la frialdad de los pensamientos que descubrió en su mente, en la que consideraba a las

criaturas en la cama como simples estorbos de los que se habría deshecho con gusto, si no la obligaran a mantenerlas limpias y sanas a fin de que la secta cubriera los gastos del convento.

Cael había descubierto tiempo atrás que no todas las personas vinculadas a la Iglesia solían estar unida a ella por vocación y creencias profundas, pero, en especial al tratarse de monjas, había esperado hallar una significativa dosis de humanidad.

En cuanto la mujer se marchó y se oyó cómo revisaba el siguiente dormitorio, las niñas se sentaron en la cama y se quedaron contemplándolo. Cael se puso un dedo en los labios, señalándoles que mantuvieran el silencio un poco más, y esperó a que la mujer acabara su ronda.

Por cómo le siguieron con la mirada al acercarse a ellas, las pequeñas tenían tan pocos obstáculos como él para ver con la escasa luz de la luna. Antes de sentarse a los pies de la cama, se sacó las dos barritas de cereales que guardaba en el bolsillo del vaquero.

—¿Cómo os llamáis?

La niña cambiaformas lo estudió largo rato antes de contestar.

—Mayca.

En cuanto ella le contestó, también lo hizo su compañera.

—Carmen.

—Bonitos nombres. De ti sé que eres una licántropa, pero ¿qué clase de criatura eres tú? —le preguntó a Carmen.

Los bracitos parecieron sujetarse con más fuerza a su muñeca.

—No lo sé.

—¿Puedes hacer algo diferente a los demás?

Las niñas intercambiaron una larga mirada, hasta que Carmen asintió. Cuando Mayca se sujetó al cabecero de la cama, Cael se tensó, nada le habría ayudado a prepararse para lo que ocurrió a continuación. La habitación se volvió tan oscura que ni él, con todas sus capacidades, fue capaz de apreciar más que negrura a un palmo de su nariz; su cabeza parecía estar girando como un remolino haciéndole perder la orientación y la capacidad de reconocer dónde se encontraba, si es que se encontraba en algún sitio. De repente, luminosas partículas de energía se evaporaron a través de su piel para flotar como motas hacia la hipnotizadora luz azulada que desprendía la niña.

Todo acabó tan de repente como había empezado y, cuando Cael recuperó su visión normal, seguía sentado en el mismo sitio, respirando agitado. La única pista de lo que había ocurrido era el tenue rubor de Carmen y la

debilidad en los músculos de Cael.

—Vaya, eso ha sido... impresionante.

—¿Sabes lo que soy? —Los ojos de la chiquilla estaban sobre él como si estuviera a punto de entregarle el mejor regalo de Navidad.

—No, lo siento. Jamás me había cruzado con una criatura como tú, capaz de absorber la energía del entorno. —Cael se sintió mal al ver cómo los hombros de la niña cayeron y agachó la cabeza para apretujar su mejilla contra el cabello de su muñeca—. Te prometo que trataré de averiguarlo en cuanto pueda. Seguro que alguien de dónde vengo puede ayudarnos.

—¿De dónde vienes?

Cael se frotó la nuca. ¿Cuánto podía revelarles a aquellas criaturas sin arriesgarse a que se lo contaran a otras personas?

—De un lugar en el que cada uno de nosotros tiene la posibilidad de ser como quiera ser sin que nos juzguen por ello.

—¿Eres un ángel del Paraíso?

Cael sonrió ante la esperanza en la voz de Mayca.

—Para mí es casi, casi un paraíso.

—¿Y puedes llevarnos contigo? —intervino Carmen con ojos llenos de un ruego que le llegó al corazón, pero al que no podía responder de momento.

—¿Desde cuándo estáis aquí?

—Desde siempre —contestaron las dos al unísono.

—¿No habéis llegado a conocer a vuestros padres?

De nuevo, las chiquillas intercambiaron una larga mirada, si bien Cael no estuvo seguro de si era porque disponían de información que se resistían a compartir con él o porque les llamaba la atención la pregunta.

Carmen negó.

—Yo no.

—¿Y tú? —Cael miró a Mayca, quien bajó la vista a las sábanas para jugar con el filo.

—Dicen que nací aquí.

—Ah... vaya... —Cael se movió, incómodo.

—¿Te irás esta noche? —Mayca estudió su osito descuartizado al preguntar.

—No. Me quedaré algunos días más —confesó Cael tras un corto titubeo.

—¿Tú tampoco puedes irte? —Los grandes ojos azules lo contemplaron con una mezcla de sorpresa y comprensión.

—No, yo tampoco me puedo ir. —Cael decidió seguirle la corriente,

después de todo, no le estaba mintiendo—. Y necesito que me guardéis el secreto y que no se lo contéis a nadie. —Se inclinó hacia la niña y la miró muy serio a los ojos—. También es muy importante que la mujer que está conmigo no se entere de nada de esto. Ella no es como nosotros y podría asustarse si descubre que puedo transformarme.

La pequeñaja ladeó la cabeza considerándolo con la misma seriedad que él a ella, lo que lo obligó a apretar los labios para evitar que notara su diversión.

—¿Tú crees? —le preguntó con una diminuta línea en el entrecejo que le confería un aire adorable.

Cael le acarició la carita. ¿Cómo podía explicarle que no había nada malo en ser diferente si a la vez le estaba pidiendo que lo ocultara?

—¿En alguna ocasión has cambiado de forma delante de una persona y se ha asustado?

La niña agachó la cabeza.

—Sí —musitó.

—¿Y qué pasó?

—Se ponen a gritar y a veces me tiran cosas o me persiguen con algún objeto para que me vaya, o tratan de apresarme.

—Belén no te perseguiría, sin embargo, sí se daría un susto enorme, al menos, al principio, pero tú eres un cachorrillo precioso y seguro que te adoraría en cuanto se acostumbrara. Conmigo es diferente, al ser tan grande...

—Cael tuvo que morderse la parte interna de las mejillas al caer en la cuenta de que, tratándose de Belén, no importaba el tamaño, seguía siendo capaz de ir tras él con una escoba para darle su merecido.

—Contigo se enfadaría porque has estado con ella, espiándola sin que ella lo sepa —acabó la chiquilla por él, dejándolo con la mandíbula desencajada.

—Sí, eso es cierto —admitió Cael preguntándose cómo era posible que una criatura tan enana pudiera ser tan inteligente.

El remate llegó cuando ella le colocó una mano sobre el hombro y lo miró a los ojos como una madre haría con su hijo para impartirle una lección.

—No se lo diré, pero tarde o temprano se lo tendrás que contar tú, o se enfadará contigo para siempre.

—Lo haré en cuanto llegue la oportunidad —le concedió Cael con una sensación ácida en el estómago. Era posible que Belén tolerara que se transformara en ocasiones en un cuadrúpedo, aun así, dudaba que aceptara el hecho de que actuara como un animal.

—Yo también tengo un secreto —confesó Mayca.

—¿Sobre tu madre? —Cael se sintió decepcionado ante su negación—. ¿Y entonces sobre qué es?

—Yo tampoco puedo contárselo a nadie. —Los ojos de Mayca se iluminaron de repente—. Pero a ti... a ti te lo puedo mostrar.

—¿Qué es lo que me quieres mostrar?

—Mañana, mañana te llevaré allí —le prometió la niña tan excitada que, si hubiera podido adelantar el tiempo, era muy probable que lo hubiera hecho.

Cael asintió. No tenía necesidad de presionarla. Podía esperar un día. Tal vez fuera una tontería o que no estuviera relacionado en nada con la secta. No quería hacerles daño a aquellas criaturas forzando la resistencia natural de sus mentes. Eran tan valiosas que se merecían un poco de su tiempo. Lo principal era que hubiera descartado que los padres vivían, todo lo demás era secundario.

—¿Dónde te encontraré?

—Yo iré a buscarte —prometió Mayca animada.

Cael dudó.

—No podré salir hasta que la mujer esté dormida.

La niña asintió.

—Esperaré a que sea de noche, es más fácil desplazarse por la casa con todos dormidos.

Acordándose que tenía las barritas de cereales en las manos, le entregó una a cada pequeña. Mayca dudó antes de aceptarla, aunque la contempló hambrienta.

—¿No la quieres guardar para la mujer?

Que la criatura se preocupara por una persona a la que no conocía, le causó una extraña sensación de ternura.

—Puedo conseguirle más de donde cogí esta.

Mayca aceptó su regalo, pero en cuanto Cael quiso ponerse de pie, ella lo detuvo con una manita en el brazo.

—¡Espera! Tienes que llevarte esto. —Mayca le quitó el envoltorio a la barrita y alargó la mano para que Carmen le entregara el suyo. Le pasó ambos a Cael—. Son de la casa de las mujeres, ¿a que sí? —Esperó a que Cael asintiera—. Tienes que tirar esto en el cubo de basura. Maria José es muy glotona y se levanta durante las madrugadas a comer. Lo hace estando dormida. Creerán que lo ha vuelto a hacer.

Cael contempló los envoltorios que le dejó sobre la palma. ¿Cuántas veces

se habría colado en aquella y otras casas a robar comida? Si se conocía sus costumbres, entonces debía de ser bastante a menudo.

—De acuerdo, ahora dormid. Nos veremos mañana —se despidió al incorporarse.

Las chiquillas se acostaron y cada una se abrazó a su juguete.

—¿Puedes contarnos un cuento?

De entre cualquiera de los motivos que Cael tenía para irse de aquella habitación, ninguno fue lo bastante convincente como para negarse a concederles a aquellos ojos azules el deseo tan sencillo que contenían. Se aseguró de tapar a ambas antes de sentarse de nuevo en el filo de la cama.

—¿Conocéis el cuento del lobito carpintero?

CAPÍTULO 10



Ella sonrió ante la calidez del cuerpo que la abrazó desde la espalda. Le encantaban aquellos sueños, se sentían tan reales...

Firmes dedos le apartaron con delicadeza el cabello del hombro para despejar el camino a sus inquietos labios. Ella se estremeció, encogiéndose con un ronroneo. La risa masculina resonó ronca y baja contra su piel. Ella se limitó a estirar el cuello para facilitarle el acceso cuando le raspó el hombro con su incipiente barba. ¿Existía algo más delicioso que ese incitante cosquilleo?

—No pares —murmuró.

Él se puso rígido, pero obedeció, raspándola con extrema ternura, intercalando la aspereza de sus dientes con la aterciopelada humedad de su lengua y transformando todas aquellas sensaciones en el catalizador del placer que recorría sus venas.

Al tiempo que ella soltaba un largo gemido, él suspiró y apoyó la frente en su hombro.

—No tienes idea de cuánto te he echado de menos. —Aun siendo poco más que un susurro, la voz masculina estuvo teñida de pesar y añoranza.

Ella se giró a medias y, sin abrir los ojos, buscó su boca con la intención de besarlo. Quería borrar toda aquella tristeza. Estaba con él, estaban juntos. Eso era lo único que importaba en aquel instante.

Recibió una respuesta retraída, tímida, como si acabara de sorprenderlo o no supiera cómo reaccionar. Pronto él pasó a tomar las riendas y sus besos se llenaron de una pasión desesperada, cargada de emociones que no se atrevió a analizar. En su afán por alcanzar todas aquellas secretas promesas, ella terminó por girarse entera y le exigió que las cumpliera.

Él no dudó en aprovechar la oportunidad para sujetarla por su trasero y estrecharla contra él, permitiéndole comprobar que su boca no era la única parte de su duro cuerpo que se encontraba hambrienta de ella.

—Yo también te he echado de menos —confesó ella bajo el recorrido de los exigentes labios por su barbilla y cuello. El hombre alzó la cabeza, dejando que el aire frío tocara el rastro caliente y húmedo que había dejado sobre su piel—. ¡No pares! —se quejó Belén con un timbre que incluso en sus propios oídos sonó lastimoso.

No le importó. Era su sueño y quería disfrutarlo. Enredó los dedos en su cabello para guiarlo sobre su cuerpo; sonrió ante su gemido de rendición y los labios un poco ásperos localizaron un hueco bajo su camiseta.

Impaciente, él le subió la prenda y le sacó los pechos por encima del sujetador, se abalanzó sobre ellos con la misma ansia y cuidado con la que un ladrón experto saquearía delicadas esculturas cubiertas por las más preciosas joyas.

—Quiero sentirte —rogó ella, tirando de su camiseta para aclararle a qué se refería.

Vaciló apenas unos segundos antes de quitársela. Al rodearlo con brazos y piernas y mordisquearle el cuello, el gruñido masculino vibró contra su piel incitándola a seguir. Ella lo hizo, mordiéndolo más fuerte y clavándole las uñas en la espalda sin importarle si con ello lo dejaba marcado. Jadeó en cuanto recibió la respuesta que había estado buscando y los decididos dedos tiraron de su melena para echarle la cabeza atrás, abriendo el camino para que la exigente boca pudiera devorarla hambrienta.

—Deja de volverme loco —le ordenó tan dominante como desesperado.

—¿Aún no has descubierto que te prefiero enloquecido y descontrolado? —se mofó Belén. El gruñido se convirtió en gemido hasta que se apartó con brusquedad de ella—. ¡No!

No tardó en advertir que su protesta sobraba. Los diestros dedos le abrieron los vaqueros y la ayudaron a deshacerse de ellos tras depositar un beso tan dulce y tierno sobre su tatuaje que parecía fuera de lugar entre tanta pasión y necesidad. Encogió el estómago y dejó de respirar cuando él le colocó las piernas sobre sus musculosos hombros y le alzó las caderas para enterrar la cabeza entre sus muslos.

El tiempo se detuvo en aquel instante y la ensoñación adquirió nuevas cotas de placer con la experta lengua que se perdió en su interior. Ella se limitó a aferrarse a las sensaciones que la invadieron y conquistaron. No

existía nada más allá de aquel momento, ni la realidad, ni los problemas, nada. Y, sin embargo, aquello era justo lo que necesitaba.



En cuanto se volvió consciente de que lo único que llevaba puesto era la camiseta y que lo que le estaba pinchando en los muslos era la paja que se colaba a través de los sacos que había usado de sábanas, Belén se sentó de un respingo. ¿Cuándo se había quitado el vaquero y el sujetador para doblarlos y dejarlos al lado de sus pies?

Las imágenes eróticas de la madrugada anterior regresaron de golpe. Todo había sido tan real que estuvo tentada de revisar la manta por si Cael aparecía aún escondido entre sus pliegues. Su presencia seguía viva sobre su piel, las manos recorriéndola en exigentes caricias, su lengua, su olor, su voz... incluso las reacciones que había despertado en su cuerpo, descubrió al comprobar la humedad alojada entre sus muslos. Desconocía por qué le extrañaba tanto. En su imaginación, Cael nunca había dejado de perseguirla durante sus noches.

Sacudió la cabeza y se frotó los ojos. Sus músculos protestaron al poner los pies en el suelo. Se sentía como si la hubieran molido a palos, pero prefería asearse y vestirse antes de que alguien la cogiera desprevenida y se tomara su desnudo como una invitación. Total, ¿qué le impedía seguir durmiendo luego? No era como si tuviera algo que hacer y hasta prefería quedarse grogui a pasarse el día cavilando acerca de lo que podía esperarle allí.

Al ponerse de pie le echó un vistazo al chucho que, por una milésima de segundo, parecía estar vigilándola. Ella se quedó quieta, estudiándolo, pero no volvió a abrir los párpados y hasta la hizo retroceder sobresaltada cuando soltó un ronquido digno de un viejo borracho tras una noche de juerga.

«¡Dios! Deberían contratar a este bicho para grabar una película de terror. *El felpudo roncador* o algo así». Soltó una risita al darse cuenta del título tan ridículo que acababa de inventarse y decidió que convertirse en productora cinematográfica nunca sería lo suyo. El siguiente ronquido del animal sonó más como un asentimiento que como un ronquido. Cabeceó divertida. No podía volverse más loca de lo que ya estaba, ¿verdad?

Cuando se quitó la camiseta creyó oír un ronroneo satisfecho. Le echó una ojeada rápida al chucho, que seguía durmiendo como un bendito. Tal y como

había sonado, en su sueño debía de estar visionando un pollo asado volando derechito hacia su hocico abierto. ¡Perros! ¡Quién pudiera tener una vida como la de ellos!

Con el agua helada y por miedo a que llegara alguien, se dio prisa en asearse y suspiró aliviada en cuanto pudo cubrirse de nuevo con el cálido algodón de la camiseta. Al ir a por los vaqueros, descubrió que le habían dejado unas deportivas y cuatro barritas de cereales a través de los barrotos de la celda. Frunció el ceño ante la idea de que alguien hubiera estado allí sin que ella se enterara, pero su estómago le advirtió que se dejara de remilgos y que aceptara esos regalos caídos del cielo.

Corrió a por las deportivas y las barritas sin perder el tiempo.

—A ese idiota engreído de Cael lo dejaba yo durante una semana con la tirilla de un tanga de esparto metida en el trasero —masculló al ponerse los vaqueros sin bragas y la rígida tela se presionó contra su sexo aún sensible—. Así iba a aprender a romperles la ropa interior a las mujeres. ¡Capullo!

El chucho soltó un gemido lastimoso. Belén frunció las cejas. ¿Qué le pasaba ahora? ¿Su pollo asado había salido volando? Lo ignoró para inspeccionar el envoltorio de una de las barritas de cereales y la olisqueó antes de abrirla para hincarle el diente. Con el primer mordisco, soltó un gemido extasiado. No solía ser muy fan de ese tipo de porquerías, si bien por el hambre o por pura gula, aquellas le sabían a gloria.

No inspeccionó las deportivas hasta que abrió el envoltorio de la segunda barrita. No eran nuevas, aunque se hallaban en buen estado y parecían cómodas. Comprobó el número y descubrió los calcetines ocultos en el interior; le mandó un agradecimiento a quien fuera que hubiera pensado en aquellos pequeños detalles.

«¡Ufff! ¡Apenas han pasado días y ya sufres del síndrome de Estocolmo!». No era algo que le importara en realidad, ella no era de las que miraba los dientes a un caballo regalado, no si le convenía y, en este caso, lo que le valía era tener los pies protegidos de tanta sucie... ¿Quién había barrido la celda?

Belén estudió alarmada su entorno. Alguien había estado allí limpiando la celda mientras ella dormía. Incluso su vómito de ayer había desaparecido como si nunca hubiera existido. Su mano cayó inerte sobre su regazo. Quienquiera que fuera la había visto prácticamente desnuda. ¿O incluso había sido esa persona quien le había quitado el vaquero? No recordaba nada, pero existían sustancias químicas que podían haberla dejado sin consciencia...

No, eso no encajaba. ¿Quién iba a limpiar la celda para luego violarla? La

única explicación plausible para lo que le estaba ocurriendo era la que ya conocía: alucinaciones.

Quizás no la habían secuestrado, ni la iban a matar, el único sitio en el que se encontraba atrapada era en su mente; o sí que la hubieran secuestrado y como respuesta a la conmoción, su mente le estaba creando un refugio.

Inspiró profundamente y trató de relajarse. Estaba bien. Podía manejarlo. Su terapeuta le había dicho que ante una alucinación solo tenía que tomarse la medicación y llamarlo. Hacía una eternidad que no hablaba con él. Después de las sesiones de hipnosis, habían desaparecido todas aquellas pesadillas, hasta el punto que pensó que la adolescencia la había ayudado a superarlas, pero parecía que no era el caso. Era posible que el estrés que le produjo el secuestro en la otra dimensión fuera el responsable de que las alucinaciones regresaran, ¿o aquello también había sido un delirio? Se abrazó. Ya no tenía ni idea de qué pensar.

«Belén, recuerda las baldosas amarillas. Tienes que seguirlas sin mirar a los lados. Nada de desviarte para coger flores. La alucinación es como el lobo del cuento, que trata de apartarte de tu camino para que te pierdas en el bosque y te conviertas en una presa fácil para él. Tu misión es no volverte loca, ignorar al lobo y dejar que todo pase», se recordó a sí misma. Mantenerse calmada y aceptar que las cosas se presentaban como tuvieran que venir, sin poner en riesgo su cordura y su salud mental, era lo mejor, lo único que podía hacer. En el fondo, tenía que admitir que usar el cuento de *Caperucita* y mezclarlo con el de *El mago de Oz* para guiarse no era precisamente la mejor señal de su cordura.

Inspiró y espiró varias veces y tarareó una canción como le había enseñado su terapeuta.

Sintiéndose más serena, escondió los zapatos de tacones y las barritas de cereales. Si había aprendido algo de su pasado era que, dependiendo de cómo actuara, podía salir más o menos reforzada. Actuar en contra de su propia conciencia le acababa pasando factura, mientras que superar los obstáculos la ayudaba a incrementar su autoestima y, como le inculcó su psicólogo, solo tenía que seguir el camino que le marcaba la alucinación para llegar a la salida, porque todas acababan tarde o temprano.

Reajustó el saco sobre el heno y volvió a acostarse. Dormir siempre la ayudaba a olvidarse de todo. Al despertar, incluso el agujero más negro solía parecer menos oscuro. Metió las manos en el bolsillo para comprobar qué era el bulto que se estaba clavando en su ingle. En realidad, supo lo que era

incluso antes de tocarlo, pero no consiguió resistir la tentación de sacarlo de todos modos.

Giró el anillo que Cael le había regalado dos noches antes entre sus dedos. La piedra tenía un corte perfecto y las facetas brillaban incluso bajo la escasa luz de la estrecha ventana, alternando sus reflejos rojizos y verdosos a medida que lo inclinaba. Le encantaba, esa no era ninguna novedad. Todo lo que ese hombre tenía de cretino, lo poseía también de buen gusto para elegir joyas.

A veces se preguntaba cómo habrían ido las cosas entre ellos de haberse conocido en otras circunstancias. En un mundo real, en el que él no hubiera sido de un estatus superior al de ella, en el que vivir rodeada de aquellos seres tan poderosos y peligrosos no la hubiera hecho sentir tan vulnerable y en el que la pasión que se desataba entre ellos no hubiera estado guiada por los motivos erróneos.

Le habría gustado que le hubiera hecho el amor con la misma sinceridad con la que se lo había hecho en su fantasía nocturna, haciéndola sentir una mujer respetada y deseada al mismo tiempo, no como una posesión a la que podía comprar y dominar a su antojo.

El anillo le reveló todas las respuestas que había estado buscando, incluso las que hubiera preferido no hallar. Cael era un capullo machista y desconsiderado aquí y en la otra dimensión. Uno que debería sacarse de la cabeza cuanto antes y dejar de idealizarlo en sus sueños.

«¡Tonta del bote! ¡Esto es solo una alucinación! Lo más probable es que el anillo ni siquiera exista y... puede que Cael tampoco».

—¿Chucho? ¿Estás despierto? —El perro parpadeó. Ella estiró el brazo para indicarle que se acercara y, en cuanto pudo, sumergió los dedos en el suave pelaje—. Tú no me traicionarías como lo hizo él, ¿verdad? —El animalito gimió y metió el hocico entre los barrotes—. Sé que solo digo pamplinas, pero, aunque esto no sea más que un mundo irreal que ha creado mi mente para torturarme, quiero pensar que estás aquí porque fue tu elección quedarte a mi lado. Quiero creerlo aun si es algo estúpido. Necesito a alguien que me quiera de verdad y en quien pueda confiar.

CAPÍTULO 11



La siguiente ocasión que Belén despertó aquel día fue por un leve gemido al lado de las balas de paja. Sus ojos se abrieron de golpe, sus músculos se relajaron en cuanto identificó lo que era la pequeña bola peluda que la observaba con grandes ojos azules.

—¡Hola, precioso! ¿De dónde has salido? —Los labios de Belén se curvaron cuando el cachorrillo, que parecía una mezcla de pastor alemán y husky, se escondió asustado detrás de una de las balas y apenas se atrevía a asomar la cabeza para seguir vigilándola.

En cuanto se sentó, el animalito reculó, tropezándose con sus cortas patitas, hasta caerse de culo, donde se quedó sentado. Ella se inclinó para cogerlo en brazos y acariciarlo.

—No voy a hacerte daño, precioso —murmuró tranquilizadora, al notar cómo su pequeño corazón latía a mil por hora—. Está bien, está bien. —Lo soltó cuando también comenzó a temblar.

El cachorrillo miró asustado a su alrededor, hasta toparse con el chucho que seguía toda la escena con las orejas tiesas desde la otra celda. Como si esa hubiera sido la gota que colmó el vaso, el animalito salió huyendo como si el demonio lo persiguiera.

—Vaya, parece que no le hemos inspirado demasiada confianza. —Ella se dejó caer encima de su lecho. El chucho se acercó a los barrotes a la espera de que ella estirara el brazo para acariciarlo—. ¿Sabes algo de lo que no me había percatado hasta ahora? —Ella se deslizó al suelo y se sentó a su lado—. No me gustaban los animales, nunca me han gustado. Después de ti, es el primer bichillo al que he tocado voluntariamente y ni siquiera he sido consciente de que tenía ganas de hacerlo hasta ahora.

El perro estiró su lengua para recorrerle la cara con un lametazo, pese a que Belén se apartó con rapidez.

—¡Hey! No te pases. He dicho tocar, no que me chuperreen la cara, no soy un chupachups, y con tus antecedentes prefiero no averiguar qué has estado lamiendo antes de mí.

Aunque al principio entrecerró los ojos, el animal pareció encontrarle la gracia al asunto, porque en lugar de dejarla en paz hizo lo posible por meter la cabeza entre los barrotes con el fin de lamerle la cara o lo que pudiera alcanzar con tal de hacerla chillar.

—¡Idiota, te he dicho que no!

Tendida en el lecho de paja con las manos sobre su estómago, que se afanaba por alertarla de manera sonora de que ya había pasado el mediodía, Belén procuró ignorar la vocecita insistente que trataba de convencerla de que, quizás, el guiso drogado que le habían traído hacía rato no era tan mala opción después de todo; olía bien y sería capaz de hacerla olvidar el hambre. Debería haber guardado una de las barritas de cereales que el perro había rechazado, en lugar de zamparse una detrás de la otra, pero ya era tarde para eso.

Le echó una ojeada al cuenco que había dejado junto a los barrotes. Siempre cabía la posibilidad de que el chucho se equivocara y que no estuviera drogada, y si lo estaba... ¿qué era lo peor que podía pasarle? ¿Morir? ¿Perderse lo que estaba pasando y lo que iban a hacerle? ¿Sacarle la información de dónde había escondido el resto de las joyas que le quedaban? Esa última idea la molestó más que las anteriores. Necesitaba esas joyas para cumplir su sueño. ¡Ni aunque fueran irreales quería renunciar a ellas!

La imagen de Cael cruzó por su mente. El anillo que tenía escondido en el bolsillo del vaquero pareció quemarla. Ignoró la tentación de sacarlo y desvió con rapidez sus reflexiones retomando la vigilancia sobre la enorme mancha de moho del techo, de la que no supo decidir si se parecía más a una enorme hamburguesa con queso o a un tenebroso fantasma oscuro del más allá que la acechaba. Un hormigueo frío le recorrió la piel. Era mejor que tampoco rumiara en exceso acerca de seres oscuros y peligrosos.

Su rostro se contrajo en una mueca ante otra de aquellas olas de dolorosas punzadas desde su espalda. Habían estado sucediéndose a intervalos crecientes desde que le trajeron la bazofia de almuerzo. Se iniciaba en la parte superior de la columna, como si alguien estuviera divirtiéndose con puntillas,

clavándoselas de una en una, y desde ahí se irradiaba hasta los brazos. No había nada que pudiera hacer para aliviarlo, excepto seguir tendida tal y como estaba, porque estar sentada en incómodas posturas solo lo empeoraba.

Odiaba aquel sitio, odiaba la situación, odiaba a Cael y, para rematar, se sentía preocupada. No tenía ni idea de cómo salir de aquella situación. Si la alucinación siguiera un orden lógico, entonces Irene ya debería haber llamado a la policía y haber denunciado su desaparición. ¿Cuánto tardaría la policía en conseguir una orden de registro?

A lo lejos resonó el suave raspado de piedra sobre piedra que le puso los vellos de punta. Recordaba ese tipo de sonidos de la época en la que había vivido en el orfanato, cómo se había tapado siempre hasta las orejas esperando atemorizada que todo volviera a quedar en silencio y que nada ocurriera. A estas alturas quería creer que eran sonidos normales en casas antiguas, producidas por la corriente o por muebles viejos al expandirse la madera o lo que fuera, pero, aun así, seguían sonando igual de horripilantes que cuando había pensado que se debían a los fantasmas de los niños que habían muerto allí.

El perro comenzó a inquietarse en la otra celda, Belén se mantuvo inmóvil. No era sano dejarse sugestionar por las circunstancias, lo mejor era centrar la atención en cosas más irrelevantes como la mancha en el techo. Bien mirada, se distinguían todo tipo de detalles formados por sombras y claros. Si la equiparaba al rostro de una persona, conseguía hallarle un cierto parecido a una cara desfigurada. Aparte de los labios apretados y la nariz un poco torcida, los ojos se podían discernir con claridad... tanta que parecía que la observaba con una amenazadora intensidad.

«¡Dios, Belén, no empieces de nuevo! ¿Quieres morirte de un ataque al corazón? ¡Piensa en cosas agradables, no en caras tenebrosas que te van a espiar y perseguir en cuanto caiga la noche!».

Estaba sugestionándose tanto que comenzó a sentir presencias acercándose a ella y, sin poder remediarlo, decidió que la mejor solución era taparse hasta las orejas, como había hecho siempre que sentía aquellas cosas cerca de ella en la oscuridad.

«O también podrías sentarte junto al chucho hasta que tu imaginación se calme», pensó, prefiriendo esa solución a tener que admitir que, a pesar de su edad, seguía siendo una cagueta supersticiosa.

Todas sus buenas intenciones se fueron por el retrete cuando a través del rabillo del ojo detectó una figura oscura atravesando los barrotes sin abrirlos.

Su corazón latió a mil por hora, pero fue incapaz de girar la cabeza para enfrentarse a una evidencia que no quería ver.

«¡Tienes que mirar! No podrás defenderte si desconoces lo que te va a atacar. No pienses, no pienses, límitate a actuar. A la de tres. Tres, dos, uno...».

—¡Dios!

La chiquilla que la estaba contemplando sin parpadear dio un bote espantado hacia atrás, contemplándola tan asustada como Belén la estaba mirando a ella.

—¡Eres la niña de ayer! —Belén cerró los ojos y, tras conseguir devolver el suficiente oxígeno a sus pulmones, rio—. Me has asustado. Creí que eras un fantasma. —La pequeña ladeó la cabeza y la estudió como si estuviera loca—. ¿Cómo has conseguido entrar sin abrir la puerta?

—Los barrotes que están al lado de las puertas son más anchos —explicó el chico moreno con un curioso brillo rojizo en sus cabellos, que se había quedado en el pasillo.

Al fijarse bien, Belén comprobó que era cierto. Suponía que se debía a un ajuste o a un mal cálculo del que diseñó la prisión, pero el hueco más cercano al marco de la puerta era un poco más ancho, no tanto como para que pasara el cráneo de un adulto, aunque sí el de un niño. Por si las moscas, decidió que lo pondría a prueba en cuanto se quedara a solas. Encontrar una vía de escape por sí misma era preferible a tener que esperar a que la policía la localizara o a que sus raptos acabaran matándola. Igual podía usar a los chiquillos para que la ayudaran a fugarse en el caso de que su plan A no funcionara.

—Ah, vaya, veo que sois muy observadores y listos. Yo no me había fijado en eso —los alabó fingiendo una sonrisa sin haberse recuperado de la impresión.

El chico encogió los hombros.

—Hemos estado aquí muchas veces.

¿Eso significaba que allí solían mantener cautivas a muchas personas o que eran los hijos de alguien que vivía en la casa? Su ropa, que parecía haber sido heredada de algún hermano mayor, le indicaba que era poco probable que fueran familiares cercanos de los dueños.

—¿Soléis jugar por aquí? —Belén trató de aparentar serenidad.

Los chicos intercambiaron una mirada. El chaval encogió de nuevo los hombros.

—Os hemos traído comida —explicó señalando con la barbilla la taza

llena de cocido madrileño que la pequeña llevaba en las manos.

Parte del peso que atenazaba el pecho de Belén se aligeró al comprobar que no era el asqueroso pescado que daban los viernes en el orfanato.

—Vaya, gracias. ¿Os lo han dado vuestros padres para que nos lo traigáis? —preguntó en un intento por sacarles algún tipo de información provechosa.

Esta vez los dos apartaron la vista. La niña le colocó el cuenco delante de los pies y fue apresurada hacia los barrotes de la celda para deslizarse entre ellos.

—También le hemos traído algo a él. —Señaló el chico con un gesto al perro, que había estado observando toda la escena con una extraña calma.

—Puedes pasárselo entre las rejas. No te hará nada. Es un bonachón, no hagas caso de la mala pinta que tiene.

El perro le dedicó una ojeada resentida, como si se hubiera enterado de que acababa de llamarlo feo en toda su cara, al chaval, por el contrario, pareció calmarle la aclaración. Se aproximó e introdujo el cuenco con rapidez en la celda.

Tras olisquear la comida, el chucho se acercó a los barrotes y sacó su hocico. El chico dudó.

—Puedes acariciarlo si quieres. No te hará daño.

El chaval se rascó el hombro, pero acabó acercando la mano despacio al hocico del perro. Cuando no le pasó nada, se arrimó un paso más. El animal lo olisqueó con un suave gimoteo y le lamió; el chaval se apartó con rapidez, aunque rio regocijado al igual que la niña, que susurró excitada:

—¡Te ha chupado la mano!

El chico volvió a repetir todos los pasos anteriores, con el mismo resultado.

—Ahora tú, Mayca —la animó cuando la niña tocó alborozada las palmas.

La chiquilla se mordió insegura los labios. Alargó los dedos desde una distancia desde la que ni estirándose completamente era capaz de alcanzar el hocico del animal. Al constatar que no le quedaba más remedio, se acercó medio paso más, sin soltar a su compañero, que tuvo que avanzar junto a ella.

El animal la chupó y Belén no pudo más que sonreír al comprobar cómo se iluminó el lindo rostro infantil ante un gesto tan sencillo. Parecía que nunca hubiera tocado a un perro. Se abstuvo de hacer ningún tipo de comentario y dejó que los chiquillos le perdieran poco a poco el miedo al chucho hasta que metieron la mano entre los barrotes para acariciarlo.

—Mayca, tenemos que irnos —decidió al final el chico, aunque se le

notaba que era lo último que tenía ganas de hacer.

También la pequeña puso carita de lástima, asintió y le dio la espalda para marcharse con su compañero.

—¡Esperad! —Los niños se giraron asustados hacia Belén, como si se hubiesen olvidado de ella—. Tengo guardadas las tazas de ayer. ¿Os las queréis llevar? —ofreció sacándolas de entre la paja, donde las había escondido.

El chico asintió y de nuevo fue la niña la que se acercó a recogerlas bajo su vigilancia.

—Gracias por la comida —le dijo Belén con suavidad al entregarle las tazas.

La chiquilla las aceptó, ni ella ni su amigo comentaron nada más cuando desaparecieron en la penumbra del pasillo.

CAPÍTULO 12



El lobo esperó impaciente a que la penumbra acabara de imponerse en el exterior. Necesitaba encontrar la oportunidad de transformarse y salir en busca de la niña. Tenía que avisarla de que esa noche era mejor que evitara acercarse a la casa.

Algo parecía estar cociéndose en las habitaciones de la primera planta. No solo habían llegado unas docenas de personas más, sino que, en una de las habitaciones, justo encima de su celda, habían estado arrastrando muebles, lo que revelaba que iba a celebrarse alguna reunión, cena o fiesta. Aunque si era una cena, debía de traerla un *catering*, porque no le había llegado ningún aroma culinario.

El principal problema de acudir al orfanato y asegurarse de que la pequeña estaría a salvo era que Belén seguía despierta. Como si sus razonamientos caóticos sobre alucinaciones y sueños a lo largo del día no hubieran sido suficientes, desde que había comenzado a oscurecer, no dejaba de frotarse el cuerpo con una ansiedad creciente, por lo que tenía toda la pinta de que no iba a quedarse dormida durante las próximas horas.

La oportunidad le surgió cuando ella le dio la espalda y se dispuso a asearse en el barril de agua. No lo dudó, consciente de que dispondría de apenas unos segundos para transformarse y pasar de una celda a otra. Sus músculos se tensaron al echar un vistazo a través de los barrotes de la ventana y comprobar que habían aparecido las primeras estrellas en el apagado firmamento. El astro rey estaba a punto de esconderse.

Tres, dos, uno... En cuanto notó el frío aviso que recorría la tierra como un estremecimiento cada vez que el sol desaparecía tras el horizonte, el lobo se transformó e, incluso antes de completar la metamorfosis, usó sus garras en

el cerrojo de su celda. Repitió el gesto en la puerta de Belén y lanzó un guijarro contra la pared de enfrente con la intención de que se girara en dirección contraria a la que él se acercaba. Al llegar a su espalda, le presionó la arteria carótida hasta que cayó inconsciente en sus brazos.

En cuanto dejó a Belén sana y salva en su lecho de paja, Cael cerró la puerta tras él y se lanzó a través de los pasadizos en busca de Mayca. La noche sin duda iba a ser movida y tenía toda la intención de sacarle provecho. La fiesta iba a brindarle la posibilidad de alimentarse, además de escrutar las mentes de los invitados y de espiar algunas de sus conversaciones en busca de datos interesantes.

Ahora que conocía el camino a través de los pasadizos, no tardó en recorrerlos, pero al llegar al orfanato y encontrarse a los niños cenando en el comedor común, y a las monjas en plena tarea de recogida para la noche, comprendió que iba a tener que seguir practicando una buena cantidad de paciencia antes de poder hablar con Mayca.

Cael tuvo cuidado de mantenerse en dirección contraria a la corriente de aire, para que aquellos críos con los sentidos más desarrollados no pudieran detectarlo y aprovechó para estudiarlos. Con asombro, descubrió que, de los treinta y tres menores, al menos veinte eran criaturas de la noche. Excesiva coincidencia para que pudiera ser casualidad y un hecho que abría muchas cuestiones nuevas. Para empezar, ¿cómo habían llegado allí?, ¿por qué la secta financiaba su crianza?, ¿y por qué estaban mezclados con otros chiquillos que en apariencia eran simples humanos? Era algo de lo que debía informar al consejo en cuanto tuviera la ocasión. Alguien debía investigar el caso.

Eran criaturas que no deberían estar bajo el control humano y mucho menos hallarse en aquella dimensión sin un guía especializado, capaz de evitar un escándalo si sus dones se les iban de las manos. Sospechaba que esa era exactamente la misión de las monjas: evitar que nadie se enterara jamás de los dones que poseían aquellos pequeños a los que parecían considerar criaturas demoníacas. Cael se estremeció ante la idea. Demasiada gente de su raza había sido perseguida por la Iglesia para acabar siendo asesinados del modo más horrible e inhumano que uno lograra imaginar, y las mentes de algunas de las monjas que se encontraban allí no parecían diferir mucho de algunos representantes de la Santa Inquisición con los que se había tropezado en el pasado.

Cuando ya no pudo averiguar nada más a través de los pensamientos de las monjas y los niños humanos, decidió esperar a Mayca en su habitación. Se

acercó a la ventana que daba a un patio interior, donde lo único que podía observar era el movimiento de las atareadas monjas, que aparentaban tener prisa por acostar a los chavales y deshacerse de ellos cuanto antes. Cael apretó los labios. Le recordó a la frialdad y eficiencia con la que solía tratarse al ganado.

Mayca y Carmen tardaron una buena media hora en llegar a la habitación. En cuanto entraron, Cael señaló con un dedo sobre los labios que permanecieran en silencio.

—He venido a avisarte de que hoy no vayas a la casa. Tienen una reunión con invitados. No creo que acabe pronto y puede ser peligroso que te encuentren allí.

—Pero...

—Nada de peros, el otro día estuvieron a punto de cogerte. Lo habrían hecho si yo no los hubiera entretenido. Tienes que mantenerte alejada esta noche. Ya has estado allí hoy, mañana me podrás mostrar lo que querías.

Mayca se mordió el labio sin protestar. Cael estuvo a punto de hacer que le prometiera que no iría cuando Carmen lo interrumpió con una vocecita cargada de esperanza.

—¿Nos cuentas otro cuento?



Lo primero que puso a Belén en alerta, avisándola de que se acercaban problemas, fue descubrir que el chucho no se encontraba por ningún lado y que tampoco respondía a sus llamadas. El segundo aviso fue que lo que la había despertado fue el chirrido de la puerta que llevaba al sótano y, el tercero, la excitación en las voces de las cuatro personas que se aproximaban a la celda.

Ignorando el mareo, Belén se lanzó con rapidez a un rincón, no tomándose la molestia ni de ponerse las zapatillas, y se acurrucó en el suelo, haciéndose la dormida. Supo que no le había servido de nada cuando abrieron la celda.

—Despierta, zorra. Nuestra sacerdotisa quiere verte.

El jadeo que soltó Belén al recibir una patada en el costado vino con diez segundos de retraso. El tiempo que tardó en recuperar el suficiente aire como para darlo.

—¡Suéltame, so bestia! —Ella trató de librarse del férreo agarre con el que la cogieron por el cabello para alzarla.

Un guantazo resonó por la celda y dejó un rastro de quemazón tras de sí cuando propinó patadas a diestro y siniestro y terminó por toparse con alguna que otra espinilla en su camino; el puñetazo le hizo oír silbidos y casi la dejó sin sentido.

—Estate quieta, maldita puta, si no quieres que te dejemos hecha un pulpo antes de que empiece la fiesta.

—Oye, Fran, ¿dónde está la bestia que debería estar en la otra celda? —inquirió el que se había mantenido apartado.

Los hombres se quedaron congelados al inspeccionar la celda de al lado.

«Chucho, ¿dónde estás?».

—¡Mierda! ¡Se ha escapado!

—¿Cómo cojones ha conseguido fugarse?

—Ni idea. Vamos a ocuparnos de esta y luego ya veremos si encontramos el rastro. Con ese tamaño no ha podido salir de la casa sin más.

El más alto de los tres le echó una ojeada fría a Belén.

—¿Vas a lavarte sola?

Cuando, en lugar de responder, trató de escapar de nuevo, terminaron cogiéndola entre dos con la suficiente violencia como para prever que iban a salirle cardenales. La desnudaron y, para su vergüenza y humillación, la enjabonaron entre risas y manoseos y un debate burdo acerca de si era mejor empotrársela sujetándola por sus tetas o por el tatuaje de su vientre. Cada vez que trataba de huir, se llevaba una guantada que la hacía perder el equilibrio o un brusco tirón de pelos que la obligaba a hincarse de rodillas, para ser alzada de nuevo con el siguiente tirón. Para finalizar, le vertieron un cubo de agua helada por encima y le lanzaron una toalla.

—Sécate y ponte esto —le indicó uno de los hombres arrojándole un vestido de gasa transparente. El titubeo de Belén lo hizo pasar a la amenaza—: Elige entre ponértelo o que te lo ponga yo, pero ten bien presente que ya estoy harto de tu falsa modestia y que, si me obligas a que te lo ponga yo, quizás no espere a la fiesta para cobrarme mi trabajo en especias —le advirtió sin ocultar la lujuria en su mirada al dirigirla hacia sus pechos.

Sin otra expectativa más que la de retrasar lo inevitable, Belén obedeció, ignorando el dolor en su mandíbula, la manera incontrolable de tiritar y su humillación. Ni siquiera durante su cautividad en la dimensión de Cael la habían tratado de un modo tan desconsiderado y brutal. Con impotencia, echó un vistazo a la celda vacía de al lado. ¿Habían venido a por el chucho antes de que ella despertara? Sus ojos quemaron ante la posibilidad de que le hubieran

hecho daño o incluso matado. Era el único del que esperaba que hubiera llorado su ausencia si le ocurría algo y el único capaz de consolarla si la violaban y regresaba viva. Con el vestido transparente y sin ropa interior, parecía más que obvio que eso era justo lo que iba a ocurrir.

Cuando la llevaron a una sala llena de gente, su temblor se incrementó tanto que sus piernas cedieron bajo ella. Si no hubiera sido por los dedos que se hundían en sus brazos, sujetándola y portando parte de su peso, dudaba mucho que hubiera sido capaz de mantenerse de pie.

La obligaron a arrodillarse sin miramientos en mitad de la habitación, frente a un trono vacío. Por si las figuras negras encapuchadas de arriba abajo que la rodeaban no hubieran sido lo suficiente intimidantes, la sangre se heló en sus venas al reconocer a la mujer pelirroja que desfiló atravesando la sala con sofisticada parsimonia hasta el trono, donde esperó a que le quitaran la capa.

Los murmullos de admiración se expandieron a través de los asistentes como un terremoto de baja intensidad. Tan perfecta como siempre, y prácticamente desnuda, la vampiresa se sentó altiva en el trono. Su piel nacarada apenas quedaba cubierta por su extraño atuendo, compuesto por poco más que algunas cadenas de oro que caían sobre sus suaves curvas femeninas y un escueto pañuelo de color turquesa que le llegaba a la mitad del muslo y le tapaba su sexo. Aunque por la forma de cruzar las piernas no parecía que le importara mucho lo que se le pudiera ver.

Tras un gesto de Andrea, los presentes en la sala se despojaron de las capas negras y las entregaron a dos hombres que recorrieron la multitud para recogerlas, mientras varias mujeres iban tras ellos repartiendo copas en las que echaban un líquido rojizo de olor dulzón que le recordaba al del ron caramelizado.

Belén tragó saliva cuando comprobó que algunas cuerdas de cuero negro y rojo eran el único adorno que portaban los asistentes sobre sus cuerpos desnudos, cubiertos de extraños símbolos pintados con trazos espesos.

¿Qué era aquello? ¿Una orgía? ¿Un ritual? ¿Una combinación de las dos? El terror le atenazó el estómago. Sus peores sospechas parecían estar convirtiéndose en realidad.

Algunos de los asistentes se arrodillaron al lado del trono. Belén dejó de respirar.

«¡Irene!».

CAPÍTULO 13



Cael saltó por la ventana del dormitorio de las niñas y levitó hasta el tejado. No necesitó realizar una llamada, en cuanto detectaron su presencia sonidos de lechuza se extendieron por el cielo nocturno y de nuevo fue Aaron quien acudió a su encuentro.

—Me alegra que hayas llegado. Hay malas noticias. Te estábamos buscando. —Que los ojos rojos de la gárgola lo estudiaran con inquietud no era buena señal. Que además mantuviera la distancia con respecto a él era un indicio aún peor: significaba que la noticia que tenía que darle iba a alterarlo.

—¿Qué ha pasado?

—Andrea ha conseguido burlar nuestro control. No la encontramos en ninguno de los tres nidos que llegamos a localizar —le comunicó Gabriel en el mismo instante en que puso sus pies en el tejado.

Los colmillos de Cael se desplegaron y sus garras se clavaron en sus palmas.

—Aclárame eso de que Andrea ha burlado vuestro control.

Gabriel y Aaron intercambiaron una corta mirada y ambos se movieron incómodos.

—Creemos que ha conseguido acceder a la mansión de los magos.

—¿Creéis? —Cael le lanzó un puñetazo a una de las chimeneas, cuya parte superior se deshizo en pequeños fragmentos que cayeron ruidosamente sobre el tejado.

—Las huellas más frescas que hemos detectado están en un túnel cercano a la casa.

La visión de Cael se tornó roja. No se conformó con desahogar su ira con un ser inerte y se abalanzó sobre Gabriel para arrojarlo, de una certera patada,

al tejado del edificio adyacente.

—¡Mi *shangrile* está en esa casa sin protección! —siseó tras seguirle de un salto.

—Lo siento. Asumo la responsabilidad. Es culpa mía. —Gabriel no intentó defenderse cuando le cogió por la camisa y le alzó el tronco para acercarlo hasta que sus narices casi se rozaron.

—Sé que es culpa tuya y también que los motivos por los que ella se te está escurriendo de continuamente van mucho más allá de una simple incompetencia o desliz. ¿Tenemos que empezar a dudar de tu lealtad, Gabriel?

El rostro del hombre se endureció, provocando que la gruesa cicatriz que cubría parte del lado derecho se marcara volviéndose más visible.

—Sé cuáles son mis obligaciones y las cumpliré. Mi lealtad está con la casa real y soy consciente de que ella ya no es una de las nuestras.

—Reza porque a mi *shangrile* no le ocurra nada, porque juro por la Diosa que despedazaré a Andrea centímetro a centímetro en la plaza pública y me aseguraré de que estés allí para presenciarlo. Y si no estoy confundido en mis sospechas, cuando eso ocurra, desearás haberla matado con tus propias manos.

Por el modo en que los ojos de Gabriel se tornaron brillantes y apretó la mandíbula, quedó claro que su mensaje le había llegado y que sus sospechas acerca de él y Andrea eran más que fundadas.

—No es por entrometerme —intervino Aaron con reticencia—, pero deberías regresar a la mansión. Nosotros no podemos colarnos sin hacer saltar las alarmas y las órdenes son que no delatemos nuestra presencia hasta que nos solicites ayuda o juzguemos que te encuentras en peligro.

Cael reprimió una maldición y se incorporó.

—En cuanto Andrea me sienta cerca la pelea será inevitable. Ella usará a mi *shangrile* en mi contra.

—Tan pronto esté junto a su *shangrile* y pueda protegerla, haremos saltar las alarmas de la casa para distraerla. Dejaremos uno de los túneles libres a fin de que Andrea pueda emprender el escape en esa dirección sin que se sienta tan acorralada como para atacar. Los hombres están preparados. El asalto se retrasó porque no queríamos que su *shangrile* acabara indefensa en medio de una posible batalla —le informó Gabriel.

—Decidle a mi hermano que quiero que investigue este convento. Hay treinta y tres menores, de los cuales al menos veinte son criaturas de la noche de diferentes razas. Quiero un informe sobre qué hacen esos pequeños ahí y que se estudie un plan para sacarlos y ponerlos a salvo. Esas criaturas no

deberían estar en manos de humanos que no pueden controlarlos y, aunque no sé en qué, los magos de alguna forma están relacionados —le comunicó a Aaron mientras marchaba hasta el filo del tejado.

Más tarde podría explicarles que el motivo de aquella orden era que no quería que los chiquillos siguieran sometidos a un entorno cargado de desprecio y carencias.

Aaron asintió.

—Pondré a uno de mis hombres de confianza a disposición de tu hermano para que se haga cargo de la investigación.

—Manteneos dentro de mi alcance. Os haré una señal en cuanto compruebe que podéis empezar a asustar a Andrea sin que mi *shangrile* se vea en peligro —avisó Cael—. Y, Gabriel..., te aprecio como un amigo y te considero uno de los mejores guerreros que mi hermano tiene a su servicio, pero no dudaré en cazarte y mataros a ti y a ella si me traicionas y le ocurre algo a mi mujer.

—No ocurrirá —prometió Gabriel—. Sé cuál es mi obligación y qué es lo mejor para... mi gente.

En cuanto Gabriel desapareció del tejado, Cael se giró hacia Aaron, quien asintió sin necesidad de que le mencionara nada.

—Seré su sombra hasta que estemos seguros de que tu *shangrile* está a salvo.

Cael se largó por el mismo camino por el que había venido sin despedirse de Aaron. Suponía que el hombre podía perdonarle que no tuviera ganas de cortesías y convenciones sociales en aquella situación.

Tal y como entró en la habitación de las niñas, retuvo una maldición al descubrir que la cama de Mayca se hallaba vacía. Lo último que le hacía falta era que tuviera que elegir entre su *shangrile* y una pequeña de unos ocho años para defenderlas de Andrea. Cerró la ventana y se precipitó tras el rastro de la niña.

La alcanzó a mitad de camino de la casa palacio, junto a su amigo el dragón, quien estaba en su forma humana y tan nervioso, que no fue capaz de realizar la metamorfosis, aunque resultó obvio que estaba tratando de hacerla.

—Creí que te había dejado claro que hoy no te acercaras a la casa —amonestó a la pequeña con frialdad, ignorando las tentativas fallidas de su amigo por transformarse.

—Pero... —Mayca miró los dos tazones de comida que llevaba en las manos.

—Me encargaré de conseguirle algo de comer a Belén, podéis ir mañana al mediodía si queréis —le concedió, ablandándose cuando los ojos de la criatura se tornaron brillantes y sus labios se fruncieron en un enternecedor pucherito.

Suspiró para sus adentros. Supuso que el tono de voz con el que solía dirigirse a sus hombres tal vez no fuera el más adecuado para comunicarse con aquellas criaturas.

La niña se giró hacia su amigo en busca de ayuda, pero Cael se adelantó. No hacía falta poseer formación militar ni ser muy inteligente para adivinar que la pequeña iba a buscar excusas para saltarse sus órdenes, y que era más poderoso su impulso de ayudar que el miedo que él consiguiera meterle.

—Hoy ha llegado una vampiresa. Es una persona malvada que no dudará en haceros daño si os descubre. Debéis manteneros alejados de la casa, como mínimo de noche, hasta que os avise de que podéis ir de nuevo. Es muy importante que hagáis lo que os estoy diciendo —previno al chico.

Esa noticia pareció llegarle. El chaval enderezó los hombros y rodeó los de su compañera con el brazo.

—Eso haremos, señor. Me encargaré de que Mayca regrese sana y salva al orfanato —aseguró el chico muy serio, cuadrando los hombros.

El pucherito de su amiga comenzó a temblar, aunque él supo ignorarlo manteniendo su vista anclada en Cael. Si no hubiera sido por la gravedad de la situación, Cael lo habría felicitado y, quizás, hasta hubiera tenido que forzarse por reprimir una carcajada.

—Confío en ti para que la protejas.

—Y esa vampiresa... ¿sabe de estos pasadizos?

—Trataré de deshacerme de ella esta noche —prometió Cael al percatarse de que el chaval temía que lograra llegar hasta el orfanato—. Por ahora no parece haber descubierto estos pasadizos, por eso es mejor que no os oiga ni huela en la casa o cerca de ella.

El niño asintió y tiró de Mayca, quien desvió la mirada de sus tazones de comida a uno y a otro. Siguió a su amigo a regañadientes, aunque no soltó ni una sola palabra de protesta.

Cael supo en ese mismo instante que si Gabriel no conseguía espantar a Andrea, sería él mismo quien tendría que seguirla y aniquilarla. El riesgo de que Mayca tratara de llegar a la casa y que pudiera hacerle daño, o que incluso llegara al orfanato a través de ella, era demasiado grande.

Él no podía dividirse y Mayca parecía tener un impulso excesivamente

persistente por regresar a la casa palacio. Era una actitud que no acababa de comprender. Apenas había visto a Belén una vez. ¿A qué venía aquella necesidad tan intensa de seguir buscándola para llevarle comida? El y Belén, en el fondo, no eran más que unos desconocidos para aquellas criaturas.

¿Qué la atraía tanto?

CAPÍTULO 14



En su trono, Andrea ladeó la cabeza y una lenta sonrisa apareció sobre sus labios, dejando entrever los afilados colmillos.

—Vaya, vaya, vaya. Mirad a quién tenemos aquí para acompañarnos en nuestro ofrecimiento de placer a la Diosa. Veo que al final será mucho más... *delicioso*... de lo que me esperaba —ronroneó la vampiresa con los ojos puestos en Belén—. ¡Que empiecen los festejos! —exclamó en un tono más alto antes de tocar dos veces las palmas.

En un rincón, tres hombres comenzaron a tocar sus extraños instrumentos de viento y percusión, inundando la sala con una música exótica que parecía meterse a través de las venas acelerando el latido del corazón.

Una de las mujeres se acercó a Belén para darle de beber de una copa. Ella intentó apartarse y retroceder de rodillas, pero sus guardianes se lo impidieron, sujetándola impasibles por sus cabellos. Zarandó tratando de liberarse a pesar de los miles de finos alfileres que parecieron atravesar su cuero cabelludo. En cuanto sus captores se hartaron, le dieron un enérgico tirón que la hizo chillar y doblar la cabeza tan hacia atrás que temió que su cuello fuera a quebrarse por la mitad. Le volcaron la copa sobre la boca, indiferentes a que el líquido se desparramara cayendo por su barbilla o que tosiera y se atragantara echando el líquido a borbotones. Sus lágrimas quemaron en los ojos cuando, encima, el ardiente licor cayó en su garganta, dejando un dulzor amargo sobre su paladar.

Andrea se limitó a reír divertida, tomó un trago de su propia copa y lo echó despacio en la boca abierta de un chico corpulento arrodillado ante ella, quien lo bebió como si acabara de derramar el champán más caro ypreciado del mundo sobre él.

En cuanto la presión sobre su cuero cabelludo cedió, Belén se limpió la cara con el brazo y trató de escupir lo que pudo del ardiente líquido que le abrasaba la lengua y la garganta. Un intenso calor fue inundándola, agolpándose en su cabeza, que parecía estar dando vueltas, mientras su cuerpo se convertía en aire ligero y amorfo.

La sala fue inundándose de murmullos, risas y gemidos. Por la periferia de su visión atisbó a una joven apartándose con una risita tonta cuando el señor tras ella le murmuró algo al oído y estiró el brazo para alcanzar su clítoris.

Justo a su lado, dos mujeres se besaban y frotaban sus pechos la una contra la otra, mientras los hombres a su alrededor se tocaban hipnotizados por el espectáculo que les ofrecían.

Algunas mujeres, sin embargo, parecían más atraídas por un adonis joven y musculoso que, sentado en una silla, hacía la delicia de todas al ir repartiendo besos y caricias, mientras una de ellas lo montaba.

No importó en qué dirección mirara, por todos lados había gente toqueteándose, restregándose, besándose o montando a alguien. Con el corazón laténdole a mil por hora, Belén se retiró el sudor de la frente. La música, las imágenes y su cabeza giraban a un ritmo cada vez más frenético y en su mente solo quedó el deseo de huir.

Giró la cabeza hacia la puerta para calcular la distancia a la que se hallaba y si podría salir corriendo. Cuando cerró con un abrupto golpe y una llave giró en el cerrojo, Belén se encogió sobresaltada.

¡Estaba encerrada! ¡Ya no había escapatoria posible!

Durante un instante eterno, todo a su alrededor pareció congelarse. Estaba atrapada. No había nada que pudiera hacer excepto sobrevivir.

Aquello lo cambió todo. Belén se quedó quieta y alzó la cabeza, tratando de apaciguar el pulso de su corazón y controlar sus pensamientos, tal y como había aprendido a hacer durante su cautiverio en la otra dimensión.

«Nada de mostrar miedo —les había explicado Anabel—. El rey me ha dicho que la mayoría de los seres que viven aquí son depredadores por naturaleza y pueden sentir nuestro miedo, y que eso les incita a cazarnos o a jugar con nosotras».

Aquella fue una lección que ella se había tomado muy a pecho y rezaba para que todas aquellas prácticas ahora le sirvieran de algo.

Andrea, quien no había dejado de estudiarla mientras tomaba pequeños sorbos de su copa y dejaba que tanto hombres como mujeres le mostraran su devoción untando su cuerpo con aceite, acariciándola y besándola, entregó su

copa y, apartando al joven que la servía arrodillado entre sus piernas, se levantó para atravesar la habitación sin el más mínimo pudor por su desnudez, tan segura de sí misma como una diosa frente a los súbditos que la adoran.

Al pasar por el costado de Belén, hizo un gesto para que los hombres la alzaran y se apartaran. Ella procuró mantener la compostura, pero sus piernas la traicionaron; se habría caído al suelo si no la hubieran vuelto a agarrar por los brazos.

Miró a Irene en busca de ayuda. Su corazón se encogió de impotencia cuando la descubrió sujetándose, con los ojos apretados, a un hombre que le magreaba los pechos, en tanto que otro se restregaba contra ella por la espalda. Por su expresión, era imposible adivinar si lo estaba disfrutando o si la estaban obligando a participar.

Belén se estremeció cuando la vampiresa cogió uno de sus rizos cobrizos para pasarlo entre sus dedos.

—Me han dicho que sigues resistiéndote a entregar las joyas.

—No puedo entregar lo que no tengo. Ya les expliqué a esos matones que me las robaron.

—¿Te las robaron? —Andrea arqueó una ceja y le repasó el contorno de la mandíbula con el dedo—. ¿Así, sin más? ¿Quién iba a quitarte las joyas en la fiesta? —cuestionó con un tono lleno de falsa tersura.

—Hubo alguien que me siguió hasta aquí. Los invitados pueden atestiguarlo, bailé con él —explicó Belén apresurada.

Andrea miró a uno de los hombres que permanecía de pie a la derecha del trono y este asintió.

—Ya veo... —Andrea la estudió, aunque sus párpados entrecerrados no consiguieron ocultar el brillo peligroso que se ocultaba en sus ojos—. ¿Y ese hombre era...?

El sexto sentido de Belén le aconsejó no mencionar a Cael. Dudaba mucho que fuera un nombre que la vampiresa agradeciera oír. Con la racha que llevaba, acabaría pagando por algo de lo que no poseía la culpa y, si bien las probabilidades eran ínfimas, seguía presente la posibilidad de que Cael se enterara de que la habían secuestrado y que viniera a rescatarla. No le convenía que Andrea lo supiera y que estuviera preparada. No creía que nadie de los que estaban allí lo conocieran, bastaba con elegir cualquier otro nombre que sonara a la otra dimensión.

—Un antiguo amante —respondió con la intención de ganar tiempo y reticente a meter la pata.

—¿No era Cael? —Andrea alzó incrédula una ceja.

—¿Cael? —se mofó Belén—. ¿Por qué habría de estar con él? Me largué de la otra dimensión para no tener que aguantarlo más.

—Vaya, vaya, vaya... ¿quién lo hubiera dicho? Le tomaste el pelo hasta el final, ¿no? —Andrea le pasó su afilada uña por el hombro y le lamió con parsimonia las diminutas gotitas de sangre. Belén apretó labios y puños, tratando de controlar su repulsión, preparándose para el momento en el que se hundieran los largos colmillos en su carne—. Creo que empiezas a caerme bien y me gusta tu tatuaje, aunque le falta algo—. La vampiresa rajó la fina tela transparente de la túnica—. Toda espina que se precie se merece una gota de sangre —opinó, trazando varias de las espinas con una garra extendida y agachándose a chupar todas y cada una de las heridas que le había hecho. Belén se limitó a mirar al frente y a esconder sus temblorosas manos tras los muslos hasta que Andrea se levantó y apartó relamiéndose los labios que mantenía estirados en una fría sonrisa—. ¿Y quién es entonces el afortunado cabrón que se atrevió a ponerle los cuernos a uno de nuestros célebres príncipes? —preguntó como si estuvieran teniendo una charla entre amigas mientras se dirigía a su trono.

Belén intentó recordar los nombres masculinos que conocía de la otra dimensión y optó por el del único hombre que imponía lo suficiente como para que resultara creíble que se atreviera a enfrentarse a Cael.

—Gabriel.

Andrea se congeló en el sitio.

—¿Gabriel? —repitió al girarse con lentitud para inspeccionarla.

Durante una milésima de segundo, Belén tuvo la impresión de que los iracundos ojos verdes se habían transformado en el azul grisáceo de un cielo nublado y que hasta contenían dolor, fue algo tan rápido que no tuvo oportunidad de analizarlo.

Antes de que pudiera parpadear, Andrea se situó de nuevo a su lado y la alzó un palmo del suelo. Garras implacables se hundieron en su garganta, indiferentes a la sangre que comenzó a deslizarse por su piel y a que el mundo comenzara a desvanecerse ante ella. En vano, trató de soltarse del firme agarre y se rindió cuando lo único que consiguió fue que las manos se comprimieran con más fuerza alrededor del cuello.

Las risitas, jadeos y gemidos fueron interrumpidos por golpes ansiosos. La música cesó. Belén no estuvo segura de si era un producto de la falta de oxígeno en su cerebro o alguien que llamaba a la puerta. El hombre que entró

se dirigió apresurado hasta la vampiresa y le pidió permiso para hablar. A punto de perder la consciencia, Belén no consiguió enterarse de lo que le comentó, ni el motivo por el que la mujer siseó y acabó soltándola.

Al impactar contra el suelo, Belén luchó angustiada por devolver el aire a sus doloridos pulmones, pero el consuelo duró poco. Andrea la giró y apretó el pie desnudo contra su nuez, inmovilizándola, mientras ella jadeaba asfixiada.

—Reza, puta, porque tu principito venga a rescatarte y caiga en nuestra trampa. Es la única oportunidad que tienes de salir viva de aquí —le advirtió Andrea—. Dejaremos la orgía y el ritual para otra ocasión. Vestíos y armaos para proteger la casa. Estamos bajo un posible ataque —anunció en voz alta para los que las rodeaban.

Voces histéricas se mezclaron con gemidos de protesta. Andrea las ignoró, se puso su capa y salió sin mirar atrás.

Belén esperó a que los guardas que la habían tirado a la celda se fueran y a lo lejos se oyera el chirrido de la puerta al cerrar. Se tambaleó hasta donde estaban tiradas sus ropas y se puso la camiseta para protegerse de su frío interior. Los vaqueros mojados no tuvo más remedio que dejarlos sobre una bala de paja con la esperanza de que se secaran antes de que sus celadores regresaran. Acercándose a los barrotes de la celda de al lado, forzó su vista en la oscuridad.

—¿Chucho? —Su voz salió inestable y aguda.

Segura de que estaba sola, se deslizó al suelo y rompió a llorar.

A lo lejos, sonó el raspado de piedra y, pocos segundos después, un gimoteo lastimoso. El grito de alegría se le escapó tan pronto como abrió los párpados.

—¡Chucho! ¡Oh, Dios, estás bien! —exclamó en un susurro ahogado.

A gatas, Belén recorrió como pudo la distancia que los separaba, poniéndose de pie y cayéndose, para seguir de rodillas, cualquier cosa con tal de llegar junto a él y abrazarlo a través de los barrotes.

El animal siguió gimoteando hasta que ella lo soltó y se secó las lágrimas. Le permitió recorrer con su nariz la zona en la que aún sentía las manos de Andrea atenazándole el cuello y los cardenales que le habían dejado sobre los brazos. Se le escapó una extraña mezcla de carcajeo y sollozo cuando sintió la larga lengua mojándole el pómulo con un largo lamento y se sujetó más fuerte

a él.

—Supongo que eso significa que también lo tengo morado, ¿no? —Se tocó con cuidado para comprobar si estaba tan hinchado como lo sentía—. Esto lo hicieron los guardas. Lo otro es obra de Andrea.

El chucho gruñó por lo bajo y le lamió la cara haciéndola reír al tiempo que nuevas lágrimas resbalaban por su mejilla. Lo abrazó y apoyó la frente contra su hocico.

—No te haces una idea de lo que me alegra que hayas regresado. Creí que te habían hecho daño y que iba a quedarme sola hasta que me mataran también a mí. No sé lo que habría hecho sin ti.

CAPÍTULO 15



A pesar de estar exhausta, Belén no consiguió dormir hasta cerca del amanecer. El lobo esperó a que su sueño fuera lo bastante profundo como para que no despertara. Se transformó para prepararle el lecho y la acostó con cuidado. Su estómago se revolvió al ver la fea hinchazón del pómulo, muy cerca del ojo, y la franja de un morado negruzco que le recorría la garganta, cubierta además de sangre reseca.

Cael le trazó el contorno del rostro con delicadeza. Se sentía perdido. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar ante aquellas circunstancias? Su corazón le urgía a que la alejara de allí cuanto antes, en tanto que su parte racional y estrategia le otorgaba la razón a Malael, indicándole que era preferible eliminar el peligro que suponía aquella secta para la seguridad de Belén y para su dimensión. Pero ¿de qué le servía un mañana libre de peligros si morían antes de alcanzarlo? ¿Y sería ella capaz de perdonarle algún día por hacerla pasar por aquello? Dudaba que él pudiera perdonarse a sí mismo en un futuro cercano.

Había llegado justo en el instante en el que Andrea había comenzado a interrogarla, espiando la escena desde una de las ventanas mientras esperaba que Gabriel y Aaron pusieran en marcha su plan e hicieran saltar las alarmas.

Se había sentido tan atemorizado como orgulloso de su pequeña fiera pelirroja al enfrentarse a Andrea llena de orgullo y con la cabeza bien alta, aun a sabiendas de que la podía haber matado con un único zarpazo; y, más aún, cuando tuvo la sangre fría de engañarla para ocultarle que quien la había acompañado durante la fiesta y le había quitado las joyas había sido él.

El corazón de Cael se había detenido cuando mencionó que el amante misterioso había sido Gabriel y vislumbró la mezcla de dolor y odio que

cubrió el rostro de Andrea. Ni siquiera sus celos fueron tan grandes como el temor a que Andrea se desquitara con Belén. El único motivo por el que no irrumpió en ese mismo segundo en aquella maldita habitación había sido por la intervención de Malael, quien lo detuvo convenciéndolo de que las alarmas de la secta ya habían saltado, que estaban a punto de avisar a Andrea y que sería mucho más seguro para su *shangrile* que la vampiresa se retirara a iniciar un enfrentamiento violento.

Se le había hecho eterno el tiempo que tardaron en llevar a Belén de regreso a la celda, su corazón se partió al encontrarla magullada y llorando. Aunque, por contradictorio que pareciera, la forma en la que había corrido a tropezones hacia él para abrazarlo lo había llenado de calidez y ternura.

¿Se habría comportado igual con él si hubiera sospechado quién se escondía tras el animal que la consolaba? Lo dudaba. Incluso en su dimensión, la relación que mantuvo con el lobo había sido superficial, como la que podría haber tenido con una mascota molesta, pero allí, en aquellas circunstancias, algo estaba cambiando y al igual que sentía la urgencia de alejarla de aquel peligro, también tenía la necesidad acuciante de averiguar qué estaba ocurriendo entre ellos y si podría cambiar su convivencia y la manera en la que se relacionaban.

Se inclinó sobre ella y la besó en la frente antes de descender hasta su cuello y morderla para inyectarle la hormona que la ayudaría a descansar sin molestias durante las siguientes horas. Le lamió los arañazos y heridas para que cicatrizaran y se hizo un corte en la muñeca para dejar caer algo de sangre en su boca. Dudaba que a ella le hiciera gracia descubrirlo, si bien ayudaría a que su cuerpo sanara de las agresiones que había sufrido.

Con pesadez se apartó de su lado. En la casa se había hecho el silencio, los que no se habían quedado de guardia dormían. Le quedaba poco para conseguirle comida a Belén y para alimentarse antes del amanecer; aquella sería una excusa tan buena como cualquier otra para debilitar a aquellos malnacidos que le habían hecho daño a su mujer. No debía matarlos... aún, pero se aseguraría de que mañana les costara trabajo arrastrar sus despreciables cuerpos fuera de la cama.

También debía decidir qué hacer a partir de ahora. No podía regresar a su celda sin más. Desconocía si los magos se habían percatado de sus ausencias. Si lo habían hecho, resultaría demasiado extraño que volviera a aparecer y se asegurarían de que no pudiera volver a fugarse con la misma facilidad.



Llena de curiosidad, Belén apartó la servilleta de la cesta de mimbre y casi ronroneó al descubrir que, junto al plátano, la pera y el bollito con pepitas de chocolate se encontraban un par de calcetines limpios, un zumo, una tableta de ibuprofeno y un tarro de crema hidratante. Todo parecía indicar que en aquel sitio tenía a un ángel guardián que se preocupaba por su bienestar. Sospechaba que era Irene. Su sonrisa inicial desapareció al considerarlo.

Le echó una ojeada al chucho que se encontraba tirado como si se tratara de un enorme felpudo delante de su celda. Envidiaba que pudiera dormir de aquella manera y quedarse cuajado hasta casi el medio día, para luego seguir roncando toda la tarde. Si hubiera podido copiar su ejemplo, lo habría hecho. Mientras dormía, no era consciente de dónde se hallaba, ni de lo que ocurría.

Si anoche había conjeturado que Irene formaba parte de sus captores, ya no estaba tan segura de ello. Le costaba creer que la traicionara de aquel modo. Habían sido amigas desde... desde siempre. Y aquellos detalles que le traía cada día eran señal de que se preocupaba por ella.

¿Se habría infiltrado para ayudarla a huir? ¿Pero entonces por qué esperaba a que se quedara dormida para traerle aquellas cosas en lugar de hablar con ella y contarle sus planes? ¿Por qué no la despertaba? Belén se mordisqueó la uña. Algo no terminaba de encajar.

Desganada, cogió el bollito, el zumo y una pastilla y escondió el resto de las cosas. Cruzó la celda para sentarse cerca del chucho mientras comía. Dejó escapar un suspiro y, derrotada, apoyó la cabeza contra los barrotes. Se había librado por tablas. No solo de la furia de esa vampiresa psicópata, sino también de la orgía o lo que fuera aquella convención de cuerpos desnudos restregándose. Al recordarlo no pudo evitar estremecerse. Le traía a la cabeza una vieja película de los setenta sobre una orgía de doncellas que acabó en una masacre porque una reina caprichosa consideraba que un baño ritual con la sangre de las vírgenes la mantendría joven y bella. Aunque en aquel entonces una idea semejante la había interpretado como pura fantasía, si se relacionaba con Andrea podía convertirse en una aterradora realidad. Ese ser, más que una mujer, era un demonio disfrazado de una.

«E Irene estuvo allí anoche».

Que le hubiera dejado aquella cesta significaba que seguía viva, pero ¿cómo había llegado a meterse en aquel lío?

Antes de comerse el último bocado del bollito, se tragó la pastilla con un

poco de zumo. Habría deseado que fuera la medicación para sus alucinaciones. Ante visiones tan reales a veces se le olvidaba que lo eran y no podía evitar reaccionar y pensar como si de verdad estuviera metida en aquella situación.

—Ojalá venga alguien a rescatarnos pronto, chucho. Estamos condenados si no lo hacen. Ese demonio no tendrá compasión por ninguno de nosotros.

«Y yo acabaré volviéndome loca del todo».

En cuanto la puerta de entrada al sótano chirrió, Belén no perdió el tiempo en zarandear al lobo.

—¡Despierta! —siseó desesperada—. ¡No pueden encontrarte aquí!

Tras un instante de confusión, el lobo se tambaleó hasta un rincón oscuro y se escondió tras una montaña de viejas cajas amontonadas y lo que parecía una mesa rota. Ella no hizo el intento de moverse del sitio, la noche anterior le había enseñado que no servía de nada. Se limitó a esconder los envases y la tableta de ibuprofeno bajo una bala de paja cercana.

No se inmutó ante los pasos que se acercaron, ni tampoco cuando le metieron un cuenco entre los barrotes. Olía a frituras de esas que se compran precocinadas y que no huelen más que a grasa hasta que les das el primer bocado y encuentras cualquier tipo de sorpresa en su interior. No hizo ni el esfuerzo de disimular y de coger la comida.

«Que piensen lo que les dé la real gana».

—¿Han descubierto ya alguna pista de cómo se ha podido evaporar el animal?

Belén aguzó el oído ante la pregunta del hombre, la verdad era que ella también tenía interés por averiguarlo.

—No, que yo sepa. Casi todos creen que Antonio le dejó la puerta abierta al bajarle el almuerzo. Ya sabes lo despistado que es. Aunque él, por supuesto, lo niega.

La voz femenina consiguió congelar a Belén en el sitio. Se giró para descartar que fuera un producto de su imaginación, pero no, allí se encontraba Irene observándola impasible.

—Conociéndolo, lo único que me extraña de esa teoría es que tuviera el valor de pisar la celda. Ese bicho tenía el tamaño de un mamut. Aunque de Antonio se puede esperar cualquier cosa, me creo que sea tan cabrón como para echarle la culpa a alguno de nosotros.

—Se me ha olvidado coger la bolsa de basura. ¿Te importa subir a por una? —Irene frunció la nariz al echarle un vistazo a la celda de al lado, aunque

lo único que había era paja esparcida por el suelo.

Belén dejó de respirar al advertir que, si alguno de los dos se giraba desde aquella posición, era posible que descubrieran al animal.

—¿Por qué no vas tú? —se quejó el hombre cruzándose de brazos.

—¿Prefieres empezar a limpiar y recoger tú la mierda de ese bicho? Las órdenes son que dejemos la celda limpia y dentro de veinte minutos es el almuerzo. Tú decides.

Mascullando por lo bajo, el hombre se alejó arrastrando los pies por el pasillo. Irene permaneció rígida hasta que sus pisadas resonaron al subir los escalones.

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí sin que sospechen? —susurró Belén al levantarse apresurada para acercarse a ella.

—Eso ahora no tiene importancia —respondió Irene con frialdad—. Lo que sí la tiene es que les confieses dónde están las joyas para que no te hagan daño.

Belén se sujetó a los barrotes al sentir cómo la sangre se le congelaba en las venas.

—¿Daño? ¡Ya me han hecho daño! ¡Mira cómo estoy! —Belén le enseñó el brazo para mostrarle los arañazos y moretones, pero acabó girándolo con la boca abierta—. Yo... eh... anoche... los tenía llenos de magulladuras.

Irene soltó un bufido.

—Eres de piel blanca. Se te señalan los dedos a la más mínima. Si te hubieran hecho daño de verdad ahora parecerías un puzle.

—¿Y qué me dices de...?! —En cuanto se tocó el pómulo, Belén calló.

La hinchazón había desaparecido igual que el resto de señales del maltrato. En un último intento, presionó el pómulo con su dedo, pero no había dolor excepto por la uña que ella misma se hundía con excesiva fuerza. Se sentía como si la alucinación fuera un personaje vivo que estuviera riéndose de ella.

—¡Deja de hacerme perder el tiempo! No te han hecho nada. Empiezo a estar harta de tus continuas quejas. Siempre tienes algo sobre lo que hacerte la víctima.

—¿Irene? —Belén no podía creerse que aquella mujer despechada fuera su compañera de tantos años.

—¿Qué? ¿Ya no eres la que siempre está en un pedestal por encima de los demás? He venido a avisarte, lo que ya es más de lo que te mereces. Entrega las joyas, es por tu propio bien.

—¡Dios! ¡Estás con ellos! No es un paripé que has montado para sacarme de aquí.

—¿Un paripé para sacarte de aquí? —Irene soltó una carcajada seca—. No tienes ni idea de la locura que estás diciendo. Esta gente no bromea.

Por la forma en la que Irene se giró hacia la salida, Belén supo que se le estaba acabando el tiempo. Sus dedos se apretaron alrededor de los barrotes. Irene siempre había sido una persona que se dejaba convencer si se le insistía lo suficiente.

—Ayúdame. Dime cómo salir de aquí. No he hecho nada, lo sabes de sobra. Lo único que quiero es largarme de aquí —suplicó, tragándose su orgullo.

—Entonces entrega las joyas.

—¡No las tengo! Me las robaron la noche de la fiesta. No salí de aquí. Deberían estar en la casa si las hubiera escondido. ¿Es que no te das cuenta de la incongruencia? Cuando me cogieron no llevaba ni el bolso ni el móvil. ¿Es que no os fijasteis? Si hubiera llevado el bolso habría llamado a la policía en cuanto me dejasteis a solas.

Irene la estudió seria.

—¿Tienes idea de cómo recuperarlas? Yo que tú trataría de no irritarlos más de lo que ya están. No conoces a esa gente.

El resto de las joyas guardadas vinieron a su mente. ¿Y si le decía dónde estaban? ¿Podía fiarse de Irene?

—¿Esa gente? —Belén soltó una risotada—. ¡Tú eres parte de esa gente!

La mirada de Irene se dirigió hacia la ventana con una expresión distante.

—Puede, o puede que no. Eso ya no es relevante a estas alturas.

—Digas lo que digas me traicionaste. Por eso estoy aquí, ¿no es así? —lo dijo sin pensar, pero estuvo convencida de que era cierto. La máscara de hielo que cubrió el rostro de Irene se lo confirmó—. Aún puedes remediarlo. Ayúdame a escapar.

—No lo comprendes ni nunca lo harás —escupió Irene llena de desprecio—. Puedes dar gracias de estar viva y solo lo estás por mí. Si yo no me hubiera comprometido a vigilarte se habrían deshecho de ti el mismo día que te largaste del orfanato.

Belén retrocedió hasta que sus piernas toparon con una bala de paja y se dejó caer sobre ella.

—Pero... tú escapaste conmigo...

—Jamás me escapé, solo te acompañé a cambio de que te concedieran una

oportunidad y así poder vivir fuera de esos cuatro muros.

—¿Me has estado vigilando durante estos años? ¿Por qué? ¿Para quién? ¿Qué querían de mí?

—¿Sabes?, eso es lo mejor. Encima no recuerdas nada. —El tono de Irene era amargo, como si la envidiara por ello—. Dime una cosa. ¿De verdad ese comecocos consiguió hacerte creer que todo eran alucinaciones o eres tú la que quiso creerlo?

—¿De qué estás hablando?

Irene bufó.

—Sí, justo esa endemoniada inocencia que no te permite distinguir la realidad es lo que te ha librado durante estos años.

Belén se pasó una mano por la frente para calmar las intensas punzadas que se irradiaban desde allí al resto de su cráneo.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Alguna vez te has tropezado con alguien más del orfanato? —Irene no esperó a que contestara—. Apuesto que no, a menos que te hayas topado con ellas en esta casa. Tú eres la única que consiguió salir sin tener que seguir sirviéndoles.

—¿De qué estás hablando, Irene?

—De que las que crecimos en el orfanato solo tuvimos dos opciones: acabar encadenadas convirtiéndonos en una de ellos o ser prescindibles y desechables. Tú eras prescindible. No les servías para nada. Solo te consideraban un estorbo y un posible peligro. A otras las eliminaron por menos que eso, tú, sin embargo, has llegado aquí gracias a mí. No sé por qué perdí el tiempo convenciéndolos y, mucho menos, por qué llegaron a escucharme. Creo que fue por esa bruja pelirroja, porque tú no eras más que...

Belén se frotó las sienes.

—Esto es una alucinación, tiene que serlo. Es imposible que esto sea verdad.

Irene la miró incrédula.

—¿Cómo puedes llegar a ser tan estúpida? Esto *no* es ninguna alucinación, las alucinaciones jamás existieron más allá de tus quejas y tus conversaciones con aquel comecocos.

—Pero...

Un silbido musical que Belén reconoció enseguida resonó en la celda. Irene se sacó el móvil del bolsillo trasero del vaquero y lo apagó. Quizás se debiera a su necesidad imperiosa de alejarse de todo aquello pero, de alguna

forma, Belén consiguió reaccionar.

—Déjame tu móvil —pidió alargando la mano a través de los barrotes—. Nunca se enterarán de que me lo dejaste. Alegaré que te lo quité si me cogen.

Irene retrocedió un paso y sus ojos azules se abrieron horrorizados.

—¿Te has vuelto loca?

—¡No! Si es cierto lo que dices y esto es real, entonces tengo que largarme de aquí cuanto antes.

—No puedo ayudarte.

—¡Sí que puedes! Estos años juntas tienen que haber significado algo para ti.

—No lo suficiente como para poner en peligro todo lo que quiero.

—¿Entonces por qué me has traído todas esas cosas?

—¿Qué cosas? ¿De qué hablas?

Belén estuvo tentada de ir a por la cesta para mostrárselo y que no pudiera negarlo, le bastó comprobar la expresión de Irene para ponerse sobre alerta. Parecía no tener ni idea de a qué se refería.

—De todas esas cosas que siempre has hecho por mí —se corrigió Belén apresurada.

Si no era Irene la que se preocupaba por ella y la cuidaba, entonces era preferible no poner en peligro a la persona que lo estaba haciendo.

Irene titubeó, si bien no tardó en sacudir la cabeza y enderezarse.

—¿Tienes idea de lo desagradable que puedes llegar a ser cada vez que sueltas una de esas verdades que crees que es necesario que la otra persona sepa? ¿O tus reacciones ante un gesto de amistad? Odiaba cuando trataba de tener un detalle contigo y tú lo acogías como si fuera mi obligación hacerlo.

Incapaz de negar las acusaciones, Belén tragó saliva.

—Nunca he sabido cómo dar las gracias. No es que diera por supuesto esas cosas, pero la única forma de agradecerlo que se me ocurría era hacer algo por ti a cambio. Tuviste que darte cuenta de ello, yo no... —Belén no supo cómo explicárselo y el brillo en los ojos azules no ayudó.

—Algunas veces las palabras también son necesarias.

—Lo sé y lo siento si te decepcioné. Sé que es demasiado tarde, ya está hecho y no puedo deshacerlo, aunque tú si puedes evitar que me hagan daño. Ayúdame a largarme de aquí —pidió Belén desesperada.

Irene le dio la espalda.

—No voy a poner en peligro todo lo que me importa. Encuentra la solución para entregarles las joyas, eso te mantendrá viva.

Las dos se pusieron tensas al oír pasos por las escaleras.

—No serviría de nada. Quieren a Cael. Me matarán con una excusa u otra —murmuró Belén con un nudo atenazándole la garganta.

—No, si les das lo que te han pedido y les demuestras que quieres ser una de ellos.

—No puedes estar hablando en s...

—¡Da gracias porque te hemos traído algo de comer, zorra desagradecida! —vociferó Irene cuando los pasos se aproximaron, dándole a entender que la conversación entre ellas había llegado a su fin.

—No tengo ni idea de dónde han guardado las malditas bolsas de basura. He revisado toda la casa —se quejó el hombre al llegar a su lado, estudiándolas a ambas con la desconfianza escrita en su rostro.

—Entonces vámonos. Que alguien vaya a comprarlas y que se encarguen los del siguiente turno de limpiar la mierda. —Irene encogió los hombros con indiferencia y se marchó como si nunca hubiera querido estar allí.

En cuanto la puerta del sótano se cerró, el chucho salió de su escondite. Belén se dejó deslizar al suelo.

—Acabo de enterarme de que mi vida entera ha sido una farsa. ¿No resulta irónico que solo estos últimos días antes de que acabe vayan a ser reales?

CAPÍTULO 16



Belén se estudió largo rato las manos mientras trataba de recordar los vacíos que llenaban su memoria, cuanto más lo intentaba, más se incrementaban las acuciantes punzadas en su sien y detrás de los ojos.

Las sesiones de hipnosis que hasta esa mañana había considerado una bendición, ahora de repente se habían convertido en enormes lagunas, oscuras y tenebrosas que alguien le había dejado tras eliminarle sus recuerdos.

Sabía que antes de las sesiones de hipnosis aquellos recuerdos habían sido lo bastante terroríficos como para que ella estuviera agradecida de que se los transformaran en otros más agradables, pero si era cierto lo que le había contado Irene y los habían usado para manipularla y controlarla, ¿qué más se habían llevado?, ¿y qué era en realidad lo que le habían borrado?

Entrelazó sus dedos y apretó con todas sus fuerzas. Por más que quisiera, no podía venirse abajo. No ahora, no hasta que consiguiera largarse de allí. Si quienesquiera que trataban de controlarla pensaban que iba a rendirse y conformarse con morir, entonces estaban muy equivocados.

—¿Sabes? —le mencionó al chucho en voz alta, más para infundirse esperanza a ella misma que a él—. No todo fue malo en el orfanato. Había una hermana, sor Caridad, que de verdad se preocupaba por nosotras. —Belén se abrazó—. Ella siempre me consolaba cuando enfermaba o despertaba de una pesadilla, o cuando salía de... de...

La punzada en su sien se convirtió en un taladro que parecía querer atravesarle el cráneo. El chucho tuvo que percatarse de algo, porque se puso de pie y se acercó ansioso a los barrotes.

—Ella me abrazaba y me dejaba llorar —siguió Belén a pesar de que

tuviera que clavarse las uñas en el antebrazo para contrarrestar el dolor—. Y siempre decía cosas preciosas que me hacían sentir mejor. Hay una conversación que se me quedó grabada. Una noche que desperté gritando, se metió en la cama conmigo y me dijo: «Un ángel como tú no nació para ser lanzado a un infierno como este, pero te hará más fuerte. Llegará el día en que puedas desplegar tus alas y, entonces, nada ni nadie podrá detenerte, harás que las tinieblas ardan en llamas hasta que solo queden cenizas de tanta maldad. Encontrarás tu lugar en un paraíso hecho a tu medida y espero que, cuando eso suceda, puedas llevarte a los niños que están aquí contigo».

La voz de Belén se quebró al recordar lo que le había preguntado entonces.

—*¿Usted también vendrá al paraíso, hermana?*

Sor Caridad había sonreído y la había abrazado con más fuerza.

—*Yo estaré donde tú estés, mi ángel. No importa lo alto y lo lejos que vueles, yo siempre estaré a tu lado. —Con un beso, le apartó un mechón de cabello de la sudorosa frente—. Y cuando hayas encontrado tu paraíso, te pediré que me guardes un huequito allí para mí.*

—Seguimos en contacto a través de cartas hasta que estuvo a punto de morir; me llamó desde el hospital para despedirse de mí y pedirme un último favor. —Belén se secó decidida las lágrimas y alzó la cabeza—. Se acabaron los lamentos. Es hora de desplegar las alas y hacer que este maldito infierno y el orfanato ardan.

Con piernas inestables, fue a por la tableta de ibuprofeno, miró a su alrededor y procuró ver la celda con otros ojos.

No era como si esperara que de repente apareciera una salida mágica de allí, pero lo que estaba claro era que permaneciendo sentada no iba a lograr nada. Tenía que largarse y tenía que hacerlo a la de ya.

Su mirada se detuvo en la puerta de la celda. Era una opción estúpida, pero si los niños lograban usar el espacio extra de los barrotes para pasar, ¿qué perdía al intentarlo?

Comprendió que era una mala idea en cuanto sus orejas quedaron aprisionadas y temió que, si empujaba unos milímetros más, iba a acabar por atascarse del todo. El chucho gimoteó y ella se retiró mascullando una maldición.

—De acuerdo, esta mierda no funciona. ¿Y ahora qué? Se aceptan propuestas —le indicó al animal que, en lugar de alegrarse, parecía que acabaran de invitarlo a un entierro. Belén frunció el ceño al caer en la cuenta

de que el bicho ya había conseguido escapar de su celda—. ¡Eres mucho más grande y cabezón que yo! ¿Cómo conseguiste salir?

Animada, se dirigió hacia él, pero, para variar, el estúpido animal retrocedió como si temiera que fuera a abrirle el cráneo con la intención de averiguar cómo había logrado fugarse de su prisión.

—Ven, bonito. Ven aquí. Sabes que no te voy a hacer daño. Enséñale a mami cómo conseguiste escapar de tu celda. —Cuando el chucho se dejó caer boquiabierto sobre sus cuartos traseros, ella soltó un bufido desesperado—. Vale, no soy tu mami, ni nunca lo seré. Espero no ser nunca lo bastante peluda como para que puedas confundirme con tu madre, aunque he leído por ahí que a los machos os ponen ese tipo de cosas. —Belén se acercó a la cerradura para estudiarla—. Creo que a Cael le habría puesto. Aunque trataba de dominarme, sé cómo le ponía que yo le montara. —El animal comenzó a como si se hubiera atragantado con su propia saliva—. ¿Qué tal si arrastras ese trasero flojo a través del sótano y me ayudas a localizar algo para abrir el cerrojo?

No hubo ningún intento por su parte de ayudarla hasta que ella puso los brazos en jarras y le dirigió una mirada fija. El animal comenzó a recorrer el sótano a regañadientes, a deducir por su cola caída y la lentitud con la que se movía. Ella, entretanto, probó sin éxito la tira de seguridad del tapón de la botellita de agua, hasta que pescó al dichoso chucho observándola desde lejos.

—¿Así es como piensas ayudarme? —Soltó un bufido—. Por una vez puedo afirmar con sinceridad que echo de menos a Cael. El muy cabrón tenía arte en esas manos, y no, no me refiero a las cosas que hacía en la cama. —Le sacó la lengua cuando el chucho ni pestañeó siquiera—. Lo he visto muchas veces abrir cofres sin necesidad de llaves o hacer desaparecer objetos sin que nadie se percatara de ello. Ese hombre nació para ser ladrón, no aristócrata. Así es como el hijo de mala madre me robó hasta la cadena que llevaba puesta la otra noche. Bueno, no es que yo estuviera muy atenta tampoco. Ese polvo fue espectacular. No he estado con muchos hombres, pero ninguno ha conseguido que hasta me olvide de quién soy. Solo de recordarlo ya me pongo toda... eh... bueno, no tiene importancia; eso es algo que vamos a guardar entre tú y yo, ¿vale? —Belén se echó a reír ante los ronroneos del animal—. En fin, vamos a dejarnos de chácharas y vente para acá. Necesito tu ayuda.

El lobo soltó una especie de ladrido-gemido y, aunque se acercó a ella, lo hizo como si quisiera andar hacia atrás en vez de para adelante.

—Tu pata, dámela. —Belén sacudió la cabeza cuando él se miró la enorme

zarpa antes de alzarla de forma insegura, como si no se fiara de ella. En cuanto la alcanzó, le apretó las almohadillas de los dedos para comprobar la longitud de sus uñas—. ¡La madre que te parió! Con esas garras podrías atravesarme las muñecas, y vaya si están afiladas —exclamó inspeccionando las uñas desde todos los ángulos. El chucho trató de retroceder un paso ante su entusiasmada sonrisa, algo que ella obviamente no le permitió—. ¿Alguna vez te he dicho que te adoro? Si fueras un hombre me casaría contigo. —Ella ignoró su quejido—. Ahora mantén la garra sacada, vamos a probar a abrir el cerrojo.



El lobo esperó a que su garra alcanzara el primer pestillo en el interior del cerrojo para retrotraerla con lentitud.

—¿Qué haces?! Tienes que dejar esa garra mortífera sacada —chilló Belén irritada en cuanto movió su pata y se percató de lo que había hecho.

El lobo maldijo para sus adentros. No podía permitir que ella saliera de la celda, pero al mismo tiempo estaba seguro de que aquello le pasaría factura y le asustaba el precio que le haría pagar. ¿Cómo iba a explicarle luego que lo había hecho por su propio bien? Ya podía oír sus voces e insultos. Iba a tener que pasarse el resto de su inmortal vida justificándose por engañarla tan vilmente.

—¿Quieres hacer el puto favor de dejar tu maldita garra fuera, chucho piojoso! Tengo que abrir esta jodida puerta.

El lobo lloriqueó para sus adentros. Cada vez que ella comenzaba a incorporar un lenguaje tan florido como ese en su discurso significaba que iba camino de enfadarse de verdad. No sabía si estar agradecido de que en forma de lobo ella no esperaría que le contestara, o lamentarse de que no pudiera usar una vez más su ingenio seductor para acabar convirtiendo aquellos chillidos airados en gritos de pasión.

Intentó reprimir la idea de cuánto le excitaba hacerla cambiar de parecer en ocasiones así. A veces, bastaba con arrinconarla contra una pared y sujetarle los brazos en alto mientras empujaba su pelvis hacia su vientre, permitiéndole comprobar lo que le provocaba. No la besaba, ni siquiera trataba de hacerle nada más. Conocía la diferencia entre lo que era un juego peligroso y una violación y no pensaba cruzar aquella raya. Tampoco era como

si hiciera falta. Junto a los insultos le solía llegar el incitante aroma de su excitación. Le encantaba que sus fosas nasales se inundaran con aquel aroma dulce y algo picante, aunque se entremezclara con el más ácido de su ira. Le recordaba a una de esas tartas de queso que, al deshacerse sobre la lengua, provocan una explosión de sabores que combinan el dulzor de la crema, el algo más especiado fondo de galletas y la acidez de la fruta.

Era ella la que en aquellas situaciones solía tomar la iniciativa, mordiéndolo en cuanto se atrevía a acercar sus labios y, como si aquello constituyera la señal, comenzaban a besarse llenos de un hambre frenética y voraz.

¿Sería Belén capaz de hacerse una idea de cuánto control le requería dominar sus ganas de ella, junto a su fuerza, para no hacerle daño? Jamás, en sus siglos de vida, había deseado tanto a una mujer ni había tenido que aplicar tanto autocontrol para no dañar su frágil humanidad.

—¡Eso es!

El lobo parpadeó sobresaltado ante el alarido de entusiasmo. ¿Había conseguido abrir la primera de las pestañas? ¡Maldita sea! Necesitaba concentrarse o iba a acabar con un problema aún mayor. No quería ser el responsable de tener que volver a encerrarla si conseguía escaparse.

Con la garra extendida apenas lo suficiente como para que alcanzara el pestillo que ya había conseguido remover, fingió un gimoteo adolorido con el que apeló a su compasión.

Tras el décimo quejido fingido, el lobo no tuvo muy claro si sentirse orgulloso de la cabezonería de Belén o insultado de que le importara un bledo que le estuviera lastimando.

Cuando por fin ella se cansó y lo soltó, el lobo hizo el paripé de víctima lamiéndose las zarpas, aunque no le sirvió de mucho. Ella apenas le acarició la cabeza antes de dejarse caer rendida sobre uno de los paquetes de paja.

—Esto no sirve de nada. Necesitaría un compañero más listo para que pudiera colaborar un poco.

«¡Ouch!». El lobo alzó la cabeza. Prefería que lo maldijera a que insultara sus capacidades intelectuales.

—De acuerdo, veamos qué otras posibilidades tenemos —murmuró Belén. El lobo se echó a temblar al ver cómo ella se cogió el dedo índice para empezar a enumerar. ¿Conseguiría echarse al menos una cabezadita a lo largo del día para recuperar energías? Por si no lo hubiera adivinado ya, ella recitó su lista en voz alta—. Puedo tratar de convencer a los niños para que me

traigan la llave o robarles a los guardas su móvil. Seguro que llevan uno. Todo el mundo tiene móvil. También puedo... tratar de ensanchar las barras para hacer el hueco más grande. —En su rostro se mostró el escepticismo al estudiar los barrotes—. Aunque me da que va a ser más fácil que las barras me deformen el cráneo a que yo acabe por deformarlas a ellas. A ver, ¿qué más?

El lobo estudió la celda con la misma exhaustividad que ella, buscando cualquier cosa que tuviera que apartar de su alcance para evitar que lograra llevar a cabo su plan de escape. Esperó tenso a que se subiera con cuidado sobre unas balas de paja para alcanzar la ventana e inspeccionar el exterior. ¿Por qué podía oír sus reflexiones solo cuando eran una maraña confusa y, sin embargo, ahora que estaba planificando una fuga, era incapaz de escucharlos?

En cuanto se bajó, Belén puso las manos sobre sus caderas.

—Va a ser complicado, pero si logro llamar la atención de alguno de los más jóvenes, quizás logre seducirlo y hacer que baje aquí a la celda conmigo. Si lo consigo, lo ideal sería que tú me ayudaras a dejarlo inconsciente mientras le quito las llaves para largarnos. —En respuesta a su gruñido, ella frunció el entrecejo—. ¡Hey! Que lo estoy haciendo por ambos, para que podamos fugarnos de aquí.

El lobo se mordió la lengua. ¿Fugarnos? ¡Ella estaba hablando de ponerle los cuernos con un tipo calenturiento!

CAPÍTULO 17



El roce de las piedras al principio del pasillo y el repentino salto con el que se levantó Belén le bastaron al lobo para fijarse en el brillo calculador en sus pupilas e intuir la que se le acercaba.

Antes de que pudiera controlarse había soltado un gruñido. Los niños se detuvieron de inmediato y retrocedieron dos pasos. Casi al instante, el chico se transformó en dragón y usó sus afilados dientes para arrancarse ansioso los jirones de ropa que se habían quedado enganchados a sus escamas y extendió las alas protegiendo a Mayca tras ellas. Belén jadeó asustada.

El lobo se obligó a relajar la tensión que había ido acumulando en sus músculos durante las últimas horas y se tendió manteniendo la cabeza alta para que el chico entendiera que no era un peligro si él no atacaba primero.

Solo el aleteo nervioso del dragón infantil rompía el tirante silencio mientras se estudiaban los unos a los otros. Fue Belén la que tomó finalmente al toro por los cuernos.

—¿Hola? Yo... eh... no os preocupéis por él. No hace nada. A pesar de lo gruñón que es, en el fondo es un pedazo de pan. —Él le gruñó ofendido, ganándose una mirada de reprimenda—. ¿Veis? No puede evitarlo.

Aunque titubearon, los pequeños intercambiaron una mirada. El dragón tomó una larga inspiración, con la que al parecer no consiguió detectar ningún peligro, y acabó por asentir. Se acercaron despacio, sin perder de vista al lobo.

Él esperó a que soltaran las tazas que traían con comida para acercar su nariz a la pantorrilla de la niña y darle un suave toque en agradecimiento. El rostro infantil reflejó su sorpresa y se iluminó la segunda vez; rio por lo bajo a la tercera, haciéndole temer al lobo que algún miembro de la secta pudiera

oírla y acudir para comprobar quién se reía. Dejó de jugar con ella, pero permitió que lo acariciara cuando se acercó a él llena de timidez.

—Gracias por la comida. —Belén le sonrió a Mayca y se sentó con la taza sobre un paquete de paja—. No tenéis ni idea del hambre que tenía. La comida que nos traen aquí es un asco y encima está drogada. Por cierto, me llamo Belén. —Ante la falta de respuesta de la chica, se dirigió a su amigo—. Tengo que admitir que eres un dragón magnífico. Nunca he visto uno igual, y eso que he pasado tiempo en una dimensión en la que había toda clase de seres de cuentos de hadas.

—¿Has estado en una dimensión en la que hay otros seres como nosotros? —Los ojos de la niña se abrieron asombrados.

—Eh... ¿tú también eres... uh... un ser... especial? —La sonrisa de Belén pareció flaquear.

—Sí, yo soy el lobito que te visitó ayer.

—El... ah, el cachorrillo. —Belén parpadeó con rapidez, pero consiguió controlar su reacción.

La niña asintió entusiasmada.

—No suelo cambiar mucho, porque luego me pasa lo que a él. —Señaló los jirones de tela que estaban esparcidos por el sótano—. Y tengo que esconder la ropa estropeada para que nadie lo note.

—Vaya, eso es... una faena.

El lobo coincidió con Belén, los cambiaformas se transformaban a un nivel de reordenación molecular biológico en el que la ropa o los objetos que portaban no cambiaban con ellos, con lo cual siempre estaban limitados. Algo muy diferente a su propio don, que provenía de la magia y que le permitía cambiar junto a cualquier cosa que llevara encima, siempre que fuera consciente de ello y se concentrara en hacer que formara parte del cambio convirtiéndolo en una porción de su pelaje.

—¿Entonces había seres como nosotros en ese sitio? —presionó la niña que sin ser consciente había dejado de respirar.

—Bueno, la verdad es que no sé si los había exactamente como vosotros. Nunca nadie cambió delante de mí como vosotros habéis hecho, pero había duendes, y hadas, y ogros, y gárgolas. Seguro que también debía de haber algún... algún... ¿qué se supone que sois vosotros?

—Cambiaformas —aclaró Mayca orgullosa—. A los lobos como yo los llaman licántropos, los dragones no sé cómo se llaman.

—Ah, vale. Yo tampoco lo sé.

—¿Y es bonito ese lugar del que hablas?

El lobo se tensó ante el titubeo de Belén. Por mucho que había insultado el palacio, a su gente y a la dimensión, seguía albergando la esperanza de que podría convencerla de regresar con él allí. Viviría en cualquier sitio por ella, pero aquella era su dimensión y donde deseaba establecer su hogar con ella.

—Pues, lo cierto es que sí que lo es. El palacio en el que vivía no me gustaba demasiado porque todo era tan... ostentoso y soberbio, que me sentía diminuta y fuera de lugar —admitió Belén, haciendo que el corazón del lobo cayera a sus pies. Ella había actuado como una reina altiva y orgullosa. ¿Cómo iba a adivinar que se sentía cohibida?—. La ciudad me gustó muchísimo más con su colorido y alegría, pero ¿sabes lo que de verdad me gustó? —Belén se acercó a los barrotes para sentarse—. En una ocasión, Ca... Una vez me llevaron a un pueblecito y aquel sitio me encantó. Era precioso con sus casitas de ladrillo y madera. Los vecinos te saludaban por las calles con sonrisas sinceras sin importarles quién eras y todos se conocían. Los niños se divertían juntos, independientemente de qué raza era cada uno. Recuerdo a un grupo que jugaba a una especie de partido de baloncesto, todos se pasaban la pelota por el suelo hasta que, al acercarse a la canasta, le lanzaban la pelota a un hada voladora que se encargaba de encestar.

El corazón de Cael se calentó al comprobar la sonrisa en el rostro de Belén y Mayca se acercó hasta la celda.

—Cuéntame más —pidió la niña.

Belén asintió.

—De la panadería salía un olor delicioso. Dios, lo que daría por poder probar uno de esos panecillos ahora. Incluso entonces me hizo salivar al pasar por delante. Y en el escaparate se veían panes de todas clases: redondos, trenzados, pequeños, enormes... ¡Y los dulces! Ufff, eran tan bonitos que creo que me habría dado lástima morderlos. Y muchos tenían formas de animalitos del bosque.

Tal y como lo contaba, incluso el lobo comenzó a salivar.

—Nunca he visto dulces con formas de animalitos —comentó Mayca, al lado de la cual también se había apostado el dragón.

—Pues había de todo. Mariquitas, nidos de pájaros, troncos de árboles con diminutas flores, palomas, mariposas, zorros, lobos y hasta unas lindísimas hadas hechas con azúcar.

—¿Qué más había? —preguntó Mayca tocando las palmas.

—Estuvimos en una calle entera llena de pequeños talleres donde, a través

del cristal tintado, podías ver las mercancías y trabajar a los artesanos creando sus maravillosas obras de arte. Había casi de todo lo que podías imaginarte. Duendes orfebres y zapateros, ogros herreros, un *fey* que creaba flores y mariposas de vidrio tan finas y delicadas que apenas podías apartar los ojos de sus figuras porque te fascinaban con su brillo y color, una hechicera cuya tienda olía a hierbas y especias... Nunca había visto un sitio así. Me encantaría regresar allí, aunque solo fuera por poder probar ese pan. Jamás había olido algo más delicioso.

—¿Y por qué no lo probaste?

—En aquel momento, yo era... —Belén bajó la mirada a sus manos—. Yo no tenía ni dinero ni posibilidad de decidir.

Sus últimas palabras hicieron que el lobo se encogiera por dentro. Recordaba aquel día y la manera en la que ella había parecido relajada y feliz. Lo había achacado a que le había comprado joyas para cubrirla de los pies a la cabeza en los talleres de los duendes, pero ni se le había pasado por la cabeza que pudiera desear un simple trozo de pan.

—¿Y conoces el camino para regresar allí? —Por la forma en la que las manitas de Mayca rodeaban los barrotos, estaba claro que la respuesta era fundamental para ella.

—Creo que podría encontrar un medio de regresar, aunque estando aquí encerrada...

El lobo gimió por dentro. Belén había conseguido llevar a la niña justo a donde quería y había sido más fácil de lo que él se había esperado.

—¿Y nos llevarías contigo?

—¿Qué ocurriría con vuestros padres? —indagó Belén con precaución.

La niña le echó una ojeada y se mordió el labio.

—Vivimos en un orfanato.

—¿Sois del orfanato? —Belén se levantó de un salto asustando a los niños. Se alejó alterada, acercándose a la ventana—. ¿Cuántos sois allí aún?

La niña estiró la mano hacia el dragón.

—Treinta y tres.

—Justo lo que dijo sor Caridad —murmuró Belén para sí misma.

—¿Tú también estuviste en el orfanato?

—Toda mi vida, hasta el día que logré escaparme. Aquel lugar era horrible.

—Sigue siéndolo —susurró Mayca.

El dragón asintió como si quisiera atestiguar que era cierto.

—Os llevaré conmigo a un lugar seguro y mejor. Y si queréis ir a la otra dimensión, os ayudaré a llegar allí, siempre que tenga las garantías de que estéis protegidos, pero primero tengo que salir de aquí —prometió Belén decidida—. ¿Se os ocurre cómo conseguirme la llave de la celda?

—¿Y podemos llevarnos a alguien más?

Las orejas del lobo se pusieron tiesas cuando pareció que incluso su pequeño corazoncito dejó de latir.

—A todos los que podamos llevarnos —afirmó Belén sin dudarlo.

La niña afirmó entusiasmada.

—¡Vamos a buscar las llaves!

—¡Espera! —Los frenó Belén en cuanto la niña y el dragón se alejaron—. ¿Estáis seguros de que podéis conseguir las llaves sin meteros en ningún peligro?

La mirada de la niña se llenó de pesar.

—Ninguno que sea peor que los que hay en el orfanato.

CAPÍTULO 18



Al acompañar a los niños, el lobo fue recogiendo los jirones de ropa por el camino. A pesar de que le echaron ojeadas extrañadas, ninguno abrió la boca hasta que llegaron a la entrada secreta en el muro.

El dragón se transformó, pasó desnudo al pasadizo y cogió una mochila del suelo. El lobo acabó por apretujarse dentro, chirriando los dientes cuando las telarañas, con habitantes incluidos, se quedaron pegadas a su espeso pelaje. Su cambio arrancó un jadeo, mitad asombrado, mitad asustado, a los críos.

—¿Ocurre algo? —indagó Belén preocupada a lo lejos.

Cael se puso un dedo sobre los labios.

—Mayca tropezó. No pasa nada —informó el chico en voz lo bastante alta como para que Belén pudiera escucharlo.

—Tened cuidado —fue lo único que replicó ella, aunque la preocupación no desapareció de su voz.

En cuanto cerraron el muro tras ellos, Mayca encendió su linterna y enfocó a Cael inspeccionándolo con ojos como platos, muy similares a los que tenía también su compañero.

—No pretendía asustaros. Pensé que estabais acostumbrados a ver a otros cambiar de forma —se disculpó Cael al darse palmadas sobre la ropa para quitarse la suciedad de encima.

—Los otros siempre acaban en cueros, igual que nosotros —murmuró el chico sin ocultar su sospecha.

—Ah, eso se debe a que no soy un cambiaformas como vosotros.

—¿Qué eres entonces? —El descubrimiento no pareció agradarle demasiado.

Cael se frotó la nuca y tomó una profunda inspiración.

—Soy un vampiro. —Los críos retrocedieron de inmediato—. No os haré daño, lo prometo. —Cael alzó las manos y las dejó a la vista.

—Pero los vampiros son malos —balbuceó el chico.

—¿No es eso mismo lo que los humanos normales afirman de los hombres lobo y de los dragones?

—Solo porque algunos lo son y por eso nos juzgan a todos —admitió el chaval reticente—. Pero anoche nos advertiste sobre esa vampiresa —añadió poco convencido con el argumento de Cael.

—Precisamente por eso, porque ella es mala y no quiero que os haga daño.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no nos harás daño? —El chico alzó la barbilla.

—Podría argumentar que si esa fuera mi intención ya habría tenido oportunidades de sobra para hacerlo, lo que no quita que vaya a ofreceros una prueba mejor. —Cael se puso en cuclillas mientras ellos esperaban expectantes—. Usad vuestros olfatos. Ya habéis aprendido que las emociones tienen olores, ¿cierto? También la maldad lo tiene. ¿Qué percibís al olerme? —Los niños olisquearon e intercambiaron una mirada—. ¿Y bien?

—Que necesitas una ducha —murmuró Mayca con la nariz fruncida.

Cael puso una mueca y se pasó una mano por los cabellos, alegrándose en secreto de que Belén no tuviera un olfato tan sensible.

—En eso tienes razón. Esta noche procuraré buscar un sitio discreto en el que pueda asearme sin peligro —le aseguró a Mayca con una sonrisa avergonzada—. Pero ¿oléis algo en mí que apes... eh, que os haga interpretar que soy malo?

Mayca negó.

—Dice la verdad, Pablo. Puedo olerlo y no está mintiendo.

Como si con eso el asunto hubiera quedado zanjado, Pablo abrió su mochila ajada y sacó una muda de ropa.

—¿Vas a venir con nosotros a coger la llave? —le preguntó Mayca mientras su amigo se vestía.

Cael soltó un profundo suspiro.

—No. He venido a pedirlos que no se la deis a Belén.

Pablo dejó de vestirse y Mayca abrió la boca.

—¿No quieres liberarla? —La confusión en la voz de la niña dejó claro que no lo entendía.

—¿Recuerdas nuestra conversación del otro día? ¿Cuándo te conté que no

podía irme aún? —Cael esperó a que Mayca asintiera—. Sigo sin poder marcharme y, aunque estoy deseando sacar a Belén de aquí, si ella logra fugarse, la secta que vive en esta casa podría reforzar sus escudos mágicos y sus alarmas y yo no podría conseguir la información que necesito.

—Pero esa celda es incluso más fea que el orfanato —protestó el chico, arrastrando inquieto los pies.

—Lo sé. Pero el sitio del que ella os ha hablado, la otra dimensión, es real, yo vengo de allí. Los hombres que viven en esta casa han venido a mi mundo para atacarlo y volverán a hacerlo en el futuro si no se lo impedimos.

—Ella nos prometió que nos llevaría allí —musitó Mayca con un pequeño puchero.

—Y yo os prometo que la ayudaré a cumplirlo. Seréis bien recibidos en mi mundo y supervisaré que no os falte de nada, pero primero tengo que asegurarme de que tanto vosotros como mi gente estéis a salvo de esos hombres.

—¿Podemos ayudarte? —preguntó Pablo cuadrando los hombros.

—Ya lo estáis haciendo al traer cada día comida para nosotros.

—¿Y si te ocurriera algo? ¿Qué debemos hacer entonces? —insistió el chico en su interrogatorio.

Cael no pudo evitar la idea de que tenía potencial para ser un buen guerrero en el futuro.

—En ese caso, coged la llave y sacad a Belén de aquí de noche, a través de los túneles. Afuera os esperará mi gente y os pondrán a salvo.

—¿Hay más como tú? —Los hombros de Pablo se tensaron visiblemente.

—Los suficientes como para protegeros y ponerlos a salvo —prometió Cael sin aclararle nada más.

Le mantuvo la mirada para demostrarle que no tenía nada que esconder, hasta que Mayca le tiró de la camiseta.

—Podemos ayudarte a conseguir la información.

—Os pediré ayuda si la necesito, por ahora prefiero tener la seguridad de que estáis a salvo —le explicó Cael con un ligero tono de reprimenda—, y eso significa que nada de acercaros a esta casa de noche.

—Aún tengo algo que enseñarte —murmuró Mayca con un leve temblor en los labios que le llegaba al corazón cada vez que lo notaba.

—Te buscaré mañana para que me lo muestres. Hoy no quiero alejarme mucho de Belén. Anoche sufrió un susto muy grande y quiero permanecer junto a ella para protegerla si volviera a ocurrir.

Mayca se metió el dedito en la boca y se mordisqueó la uña.

—Me gusta Belén, pero ¿por qué te llama chucho? Cualquiera puede ver que eres un lobo enorme.

La pregunta lo dejó desarmado.

—La verdad es que no tengo ni idea. Tal vez sea porque me considera demasiado feo para ser un lobo —bromeó.

—En el convento, las monjas nuevas, a veces, algo les da miedo y entonces hacen como si no lo hubieran visto —mencionó Pablo.

Cael frunció el ceño. Era una explicación plausible, aunque no tenía claro de si le gustaba la posibilidad de que a Belén le asustaran los lobos.

—Esa es una explicación plausible. Algún día, cuando sepa la verdad sobre mí, le preguntaré el motivo. Ahora tengo que regresar. ¿Me abris la puerta después de que me haya transformado?

Cael no esperó a que los niños asintieran para iniciar el cambio. El chico le abrió el muro, pero Mayca, antes de apartarse, alargó la mano para acariciarlo con cuidado. El lobo la rozó con el hocico y ella le respondió abrazándolo.

—No importa el motivo por el que te llame chucho, eres bello —susurró.

CAPÍTULO 19



Para cuando el sol desapareció del horizonte, el lobo estaba más que dispuesto a arrancar cabezas. Belén se había pasado el día esperando ansiosa el regreso de los críos y, a medida que se acercaba el anochecer, se había venido abajo, hasta el punto de que llevaba varias horas tendida en silencio.

En la planta sobre sus cabezas, por otro lado, volvía a sentirse el cacareo incesante e intranquilo de los inquilinos de la casa. No había conseguido enterarse de gran cosa, excepto que esperaban la visita de alguien importante y que ese alguien les infundía tanto temor como respeto. De alguna manera, el ajeteo le recordaba al de un cuartel en el que estaba a punto de presentarse un general para inspeccionarlo. Todo debía estar preparado y perfecto hasta en el más mínimo detalle para la llegada de esa persona.

Esperaba que no fuera Andrea. Ver a su *shangrile* expuesta a las garras de esa maldita víbora le hizo querer despedazar a alguien, y dudaba mucho que pudiera retenerse si volvía a ocurrir.

«¿Hermano?».

El lobo alzó la cabeza.

«Ya era hora de que llegaras, Malael», gruñó el lobo a través de su conexión.

«Sabes que soy mucho más sensible a la luz del sol que tú».

Era cierto, pero era algo que le traía sin cuidado en aquellas circunstancias.

«¿Qué hay de nuevo sobre Andrea?».

«Huyó anoche mismo a otra ciudad. Nuestros hombres la están siguiendo. Mientras esté centrada en escapar no se acercará por aquí. Eso te

proporcionará más de una semana».

«¿Más de una semana? ¿Te has vuelto loco?».

«No, solo te estoy comprando tiempo para que puedas llevar a cabo la investigación».

«No creo que mi *shangrile* aguante tanto. Hoy ha pasado a la acción. Está decidida a fugarse».

«Eso puede resultar peligroso».

«Dímelo a mí —gruñó el lobo—. Tengo que evitarlo estando en forma de lobo y encima sin que los magos descubran que aún sigo aquí. Es arriesgado. Quizás fuera mejor permitirle que se fuera. Mientras yo pueda acceder a la casa a través de los pasadizos, no le veo mayor problema».

«Han pasado por alto el hecho de que el lobo se les escapara delante de las narices. ¿Crees que harán lo mismo si también se les escapa ella? Un animal es un animal, una persona que puede denunciarles ante las fuerzas de seguridad es algo muy diferente. Tratarán de perseguirla como sea y usarán tanto medios tecnológicos como mágicos para lograrlo. ¿O tú no harías lo mismo?».

Por mucho que quisiera creer que los humanos no poseían el nivel de preparación militar y seguridad que tenían ellos, no podía más que darle la razón a Malael. Los magos no eran expertos, pero tenían un adiestramiento básico y los medios tecnológicos para salir a la caza de Belén.

«¡Mierda!».

«¿Y si te enfrentas a ella como Cael, le explicas lo que ocurre y le prometes liberarla en cuanto consigas la información que necesitamos?».

«¿Y esperas que se quede aquí sola durante mis rondas? ¿Pretendes que no vuelva a dirigirme la palabra durante el resto de mi vida? Además, ella nos odia a mí y a la otra dimensión, ¿por qué iba a pasar por este mal trago por nosotros?».

«Cierto. Yo tampoco te lo perdonaría —admitió Malael. El lobo se limitó a enseñarle los dientes—. Podría ser yo quien aparezca ante ella. ¿Crees que eso serviría para que se calmara?».

«Si le prometes rescatarla de aquí, es muy posible».

«De acuerdo, lo haré antes de irme».

«¿Quiénes han ido tras Andrea?», el lobo quería estar seguro de que no se llevaría una sorpresa con un regreso inesperado.

«Gabriel y una docena de guerreros más que se le han asignado».

El lobo se removió inquieto.

«¿Te fías de él?».

Lo que Malael tardó en contestar delató mucho más que cualquier cosa que pudiera haber dicho.

«Dos de los hombres están al tanto de que deben controlarlo y reportarnos cualquier indicio de traición o fuera de lo normal que presencien. Tengo mis sospechas, al igual que tú».

«Es demasiada casualidad que ella haya sido capaz de escurrirse reiteradamente de su persecución. Es uno de nuestros mejores hombres».

«Creemos que tiene algo que ver con la noche en la que la cogimos en la habitación de la reina. ¿Recuerdas que cuando la mordió su reacción fue de lo más extraña?».

«Sí, lo recuerdo —espetó el lobo—. Y por eso mismo habría preferido que no estuviera asignado a la tarea de ir tras ella».

«Hemos optado por tenerlo alejado de tu *shangrile* y de los resultados de la investigación. Por ahora, desconocemos el alcance del dominio que Andrea pueda poseer sobre él».

El lobo, aún a disgusto, tuvo que concederle la razón.

«¿Eso significa que puedes garantizarme que la persona que viene esta noche no es Andrea?».

«¿Está prevista la visita de alguien?».

«Y alguien relevante a deducir por las conversaciones y pensamientos que he podido captar», confirmó el lobo.

«Averigua quién es y qué papel juega en la organización. Ese puede ser el enlace que buscábamos para averiguar hasta dónde se ramifica la secta. Si lo seguimos, tal vez podamos atraerlos con una trampa a nuestra dimensión y acabar con ellos».

El lobo gruñó.

«No me has contestado y tampoco me encuentro muy predispuesto a dejar a mi *shangrile* aquí sola en la celda después de lo de ayer».

«Lo de ayer fue un descuido desafortunado que no volverá a ocurrir. Ya te he dicho que estaréis a salvo. Con nuestros hombres sobre sus talones, resultaría demasiado peligroso regresar. Andrea no es tonta y tampoco suicida —le aseguró Malael—. Tendrás que descubrir la identidad de esa persona y no podrás hacerlo desde la celda».

«Hoy he tenido una idea —contestó el lobo cambiando de tema sin comprometerse a nada—. Se me ha ocurrido que, si las alarmas no suenan al levitar sobre su tejado y acceder desde allí al patio, podría ser que tampoco lo

hicieran si accedéis a la casa a través de los pasadizos. Eso haría posible que la investigación se realizara con más presteza y que pudierais llevar a cabo un ataque sorpresa si fuera necesario».

Malael pareció planteárselo.

«Podría funcionar —reflexionó más para sí mismo que para él—. Aunque no creo que hoy sea el día más idóneo para poner tu teoría a prueba. No podemos espantar a esa persona que están esperando si, como sospechamos, puede proporcionarnos las claves que necesitamos para preparar nuestro contraataque. Además, necesitamos averiguar el motivo por el que viene».

«Lo podría averiguar uno de los hombres si entra por los pasadizos», sugirió el lobo.

«No si saltan las alarmas. Además, te guste o no, tendrás que salir a alimentarte».

Si hubiera podido, le habría lanzado algo. Malael era de los callados, sin embargo, cuando abría la boca solía tener razón, por mucho que a él le disgustara. La risotada de su hermano resonó a través de su canal telepático indicándole que no había cerrado la conexión entre ellos.

«¿Aaron te informó acerca de los críos del orfanato?».

«Sí, ya hemos hecho nuestras primeras pesquisas. —El lobo empinó las orejas ante las noticias de Malael—. Hemos llegado a la conclusión de que debe estar relacionado con la secta. El sistema de protección del edificio no es tan complejo y resistente como el de este y hemos hallado algunas lagunas que podrían permitirnos entrar, pero las alarmas mágicas son sospechosamente similares y no es normal que un orfanato las posea, ni siquiera uno ilegal como es el caso de este».

«¿Habéis accedido?».

«No. Uno de los *fey* estuvo a punto de colarse. Acabó abortando tan pronto como un niño lo detectó y despertó la curiosidad de los que jugaban con él. Lo que sí hemos conseguido es localizar a una monja que llegó hace poco y a la que al parecer no han instruido aún para que proteja sus procesos mentales. La mayoría de las que están allí han aprendido a hacerlo, si bien solo las más viejas son buenas en ello. Creo que puede deberse a que nunca han sido atacadas y no esperan ninguna ofensiva por nuestra parte».

«Y nunca habrá ningún ataque, excepto para sacar a las criaturas de allí y llevarlos a un sitio seguro», advirtió el lobo.

«¿Crees que necesitabas dejarlo tan claro?», preguntó Malael con sequedad.

«No, pero me siento mejor haciéndolo».

«De acuerdo, me presentaré ante tu *shangrile* y regresaré antes del amanecer. Si no puedo acudir en persona, dejaré que sea uno de los nuestros quien te contacte para pasarte la información que necesitas».

«¿Y cómo os señalaré la entrada a los pasadizos para que probéis a meteros? Si Andrea no ha descubierto cómo se accede a ellos, lo lógico es que tampoco nuestros hombres lleguen a averiguar dónde está».

«¿Existe la posibilidad de que dejes alguna señal?».

El lobo consideró las opciones.

«Mirad en los túneles que solía usar Andrea, dejaré el envoltorio de una barrita de cereales. Basta que miréis a la altura de los tobillos para encontrar la palanca que permite abrir el muro al pasadizo».

«¿El envoltorio de una barrita de cereales?».

«No te haces una idea de lo valiosas que esas cosas pegajosas pueden llegar a ser por estos lares. Y, por cierto, consígueme una caja de chocolates y déjamela en los pasadizos».

«¿Algún deseo más, mi señor?», preguntó Malael con sarcasmo.

«Pues ahora que lo dices, necesito ropa limpia, tanto para mí como para Belén. La de ella procura que sea igual que la que lleva puesta». El lobo le envió una imagen mental de los símbolos y las tallas que había visto en las etiquetas interiores y añadió un par de bragas a la lista

«¿Te has vuelto loco? Estamos en plena misión. No pienso entretenerme en cumplir tus caprichos idiotas».

«Estoy sometiendo a mi *shangrile* al peligro que supone permanecer aquí, lo mínimo a lo que tengo derecho es a hacerle su estancia lo más cómoda posible. Si te gusta bien y, si no, te aguantas. O me las traes tú o el rato que tengo para salir lo dedicaré a conseguirle esas cosas, con lo cual ya te puedes buscar a otro que investigue por mí. Ah, y también necesito un par de cepillos de dientes y pasta».

«Madre se pasó consintiéndote», masculló Malael irritado.

«¡Pobre niño grande! ¿Aún sigues encelado de los hermanos pequeños?».

«Sigue así y pronto habrá un hermano pequeño menos», amenazó Malael con tono peligroso.

«¿Crees que después de casi dos siglos no sé aún cuánto me quieres?», se mofó el lobo.

El gruñido que resonó en las sombras le arrancó una secreta sonrisa de satisfacción. Su *shangrile* esa noche iba a ponerse ropa limpia y a comer

chocolate, gruñera lo que gruñera su hermano.

CAPÍTULO 20



— *H*ola.

Aunque Malael le habló en voz baja, Belén se giró como un rayo hacia la ventana y se congeló en el sitio. El lobo se fijó en cómo su brazo se había cubierto con piel de gallina, de la que despuntaban los diminutos vellos rectos como si se hubieran puesto en pie de guerra.

«Ten cuidado con cómo actúas, Malael».

Malael no replicó. A ambos les constaba que ella no gozaba de su simpatía y que era algo que Belén se había ganado a pulso con sus insultos insinuados y su forma de ser arisca. Aun así, el esfuerzo de su hermano por relajar sus hombros y estirar sus labios en un intento de sonrisa fue visible, aunque no muy útil como pudo comprobar Cael cuando intentó verlo desde el punto de vista de una humana. No podía dejar de reconocer el aura llena de peligro que rodeaba a su hermano, ni obviar cómo relumbraban sus colmillos en la oscuridad.

Tenso, el lobo esperó la siguiente reacción de Belén. Que ella temiera a los miembros de su familia era mala señal. Quería convencerla de que regresara con él a su dimensión y, sin embargo, cada vez se estaba convirtiendo en una hazaña más complicada de lograr.

—¿Chupasangre?

El lobo gimió para sus adentros. A pesar de que su voz temblaba, Belén alzó la barbilla y puso los brazos en jarras. ¡Solo a él podía tocarle una mujer tan cabezona como arpía y arriesgada!

«Malael, ni se te ocurra mosquearte y desquitarte con ella. Está asustada, enfrentarse a ti es la única manera que conoce de no venirse abajo».

Malael entrecerró los ojos. «Deja de minusvalorarnos a los dos, hermanito».

«¡Malael!».

—¿Qué te trae por aquí? ¿Pasabas por el barrio y decidiste hacerme una visita social? —Esta vez, Belén consiguió controlar su tono.

Malael se tendió y apoyó la cabeza en la mano permitiéndole verlo mejor.

—¿Si te dijera que estoy de visita social me invitarías a un trago? —la retó Malael, consiguiendo que el lobo sacara las garras, preparándose para decapitarlo.

—Claro, tengo agua estancada en un barril y un retrete centenario lleno de pis añejo. Aunque tendrás que disculparme y bajar tú mismo a servirte, tengo el estómago algo delicado estos días.

La sonrisa de Malael se amplió, haciendo que su segundo colmillo luciera tanto como el primero.

—Tal vez sea la edad. Cuanto más viejos, más delicados nos volvemos.

—¿Sí? Si lo dice un experto debe de ser verdad. Aunque cuando tenga edad para ser una momia deshilachada y en descomposición, no le haría ascos a conservarme como tú.

Para sorpresa del lobo, Malael carcajeó por lo bajo.

—¿Se supone que debo tomarme eso como un insulto o como un cumplido?

Belén arqueó una ceja, pero en las comisuras de sus labios apareció un diminuto y casi imperceptible tic que rayó al lobo de alguna forma.

«¿Estás tratando de ligar con mi mujer, hermano?»), el lobo no dudó en infundir cada palabra con las ganas de matar que sentía. Compartía muchas cosas con sus hermanos, pero que hubieran compartido mujeres en el pasado no significaba que estuviera dispuesto a hacerlo con su *shangrile*.

—Imagino que alguien tan altivo y engreído como tú podría tomárselo como un cumplido y he de admitir que, aunque no eres mi tipo, tu etapa postsenil no te está sentando demasiado mal, a nivel físico al menos. Lo de que estés chocheando o no ya es otra historia.

—Ten cuidado, si te oyera mi hermano podría ponerse celoso —bromeó Malael con un atípico brillo divertido en sus ojos.

«¡Imbécil!»), gruñó el lobo.

—¿Te refieres al ladrón esclavista, misógino, sinvergüenza y rácano que les roba a las mujeres los regalos que él mismo les ha dado? ¿El mismo por cuya culpa me dieron una paliza y por el que esa víbora pelirroja me quiere matar? —preguntó Belén cruzando los brazos sobre el pecho en tanto que

Malael esbozaba una mueca de dolor.

«Ouch, hermanito. No vas a tenerlo nada fácil para hacer las paces con ella».

El lobo no fue capaz de contestarle. ¡Joder! Sabía que estaba cabreada con él, y tenía todo el derecho a estarlo, lo malo era cuando encima se enterara de que la había mantenido prisionera sin consultarla, iba a leerle su sentencia de muerte.

—¿Te has planteado que quizás a veces las apariencias engañan?

—¿Qué importa si lo hacen? —El tono de Belén era amargo—. Rara vez interesa la verdad, solo lo que los demás perciban o quieran interpretar sobre nosotros. Vosotros nos tomasteis como esclavas sexuales solo por las apariencias. ¿Qué importancia tuvo en aquel momento la verdad?

Malael la estudió muy serio.

—Podría afirmar que estás equivocada y que sí que la tenía, sin embargo, sería mentira. Nos dejamos guiar por las apariencias y, por mucho que cambiaran las cosas luego, vosotras no eráis una prioridad al comienzo.

Sobre el lobo pareció caer una enorme pesadez cuando los hombros de Belén cayeron decepcionados. Ella se sentó.

—¿Existe alguna posibilidad de que me ayudes a salir de aquí?

—¿Lo dudas?

—No soy tonta, Malael. Puedo fingir que no me doy cuenta, pero eso no significa que sea ciega. Sé que en el palacio no podías ni verme.

—En realidad, da igual lo que pueda pensar de ti. Eres la *shangrile* de mi hermano, punto.

—¿Y a tu hermano le importa que yo sea su *shangrile*?

El rostro de Malael se cubrió de una expresión conmocionada, el lobo lo entendió en cuanto le permitió meterse en su mente y ver a través de él. Los hermosos ojos verdes de Belén estaban marcados por un profundo dolor, uno que reflejaba las cicatrices que se mantenían frescas en su interior.

«¿Crees que mi *shangrile* también pueda dudar tanto de mis sentimientos por ella?», el murmullo de Malael atestiguaba que se sentía afectado por esa posibilidad.

«No lo sé», contestó el lobo, cuyas piernas cedieron bajo el peso de su descubrimiento.

«Cometimos un error, nos consta, pero creo que debemos de seguir haciendo las cosas mal si ellas piensan que las dejaríamos morir abandonadas en una celda».

El lobo no tuvo ganas de responderle.

—¿Me creerías si te confesara que eres lo único que realmente le importa a mi hermano? —le preguntó Malael a Belén.

—No.

La respuesta de ella salió con tanta seguridad que el lobo se hundió en la miseria. Malael se limitó a asentir. Cualquier trazo de humor se había esfumado.

—Será Cael quién venga a sacarte de aquí.

—¿Por qué no tú? —Belén se frotó ansiosa los brazos.

—Porque él está mejor capacitado para hacerlo. Mi especialidad es la de seguir y espiar sin que me detecten. La de él burlarse de los sistemas de seguridad, colarse y fugarse de los lugares más insospechados.

Belén se estudió las manos.

—¿Se lo comentarás entonces?

—Estará preparando tu rescate incluso antes de lo que esperas.

—¿Y si se niega a venir o tiene cosas más urgentes que hacer? ¿Me dejarás aquí colgada?

—No ocurrirá y si algo le impidiera ayudarte, seré yo en persona quien te saque de aquí. Te lo prometo.

—¿Aun siendo la arpía que crees que soy?

El corazón del lobo se encogió ante la tristeza y soledad que transmitió a través de sus palabras. Malael la estudió con la cabeza ladeada, sin embargo, al hablar lo hizo con firmeza:

—Aun siendo la mujer valiente y luchadora que has demostrado ser.

Ella apartó el rostro, pero a ninguno de ellos se les escapó la lágrima que le cayó por la mejilla.

—No quiero morir —musitó.

—No lo harás. Tienes a un ejército a tu alrededor, dispuesto a morir para que nada te ocurra. Que no puedas verlos, no significa que no estén.

—¿Las apariencias vuelven a engañar? —se mofó Belén con un sollozo, limpiándose la mejilla húmeda.

Ella pegó un salto y corrió hacia la ventana tan pronto como Malael se fundió con las sombras volviéndose invisible a sus ojos humanos.

—En ocasiones, las apariencias engañan —resonó la voz de Malael desde la oscuridad.

—¿Dónde estás? No puedo verte.

—¿Necesitas hacerlo para comprender que sigo aquí?

Ella dudó, hasta que sacudió la cabeza.

—No.

—Entonces, quizás sea hora de que aprendas a creer en aquello que no puedes ver.

CAPÍTULO 21



Con sus sentidos puestos en el pasillo exterior y la cena de bienvenida que se celebraba en la planta baja, Cael cerró la puerta del dormitorio tras de sí. El penetrante olor a muebles antiguos y antipolillas de lavanda, que las ventanas abiertas durante el día no habían conseguido erradicar, le ardía en la nariz. Le bastó una ojeada para comprobar que todo estaba limpio e inmaculado, desde la cama de matrimonio sin una sola arruga, al escritorio de caoba cubierto de carpetas ordenadas de forma metódica junto a un brillante maletín negro.

Nada dejaba entrever que aquel fuera el cuarto de un recién llegado, excepto el despertador con las manecillas paradas. La cosa no cambió al abrir el armario. Las estanterías y barras estaban ocupadas por prendas ordenadas por tonos de azules y grises. Cael alzó las cejas ante la visión de la ropa interior. Estaba doblada tan pulcramente que el sirviente que lo hubiera hecho se merecía ser contratado para trabajar en el palacio de su hermano. Revisó las chaquetas con cuidado de dejar el espacio milimétrico que había entre unas y otras, conocedor de que una persona obsesionada con el orden sería capaz de percibir el más mínimo detalle fuera de lugar.

Aun siendo previsible que no hallaría nada interesante, abrió la maleta de cabina que encontró al fondo. Era la única que había y era imposible que cupiera semejante cantidad de ropa en un equipaje tan escueto.

Se sorprendió con la detección de un leve aroma químico que no se encontraba dentro del rango de productos usados durante la vida rutinaria en aquella dimensión, al menos, no que a él le constara. A falta de poder identificarlo, se grabó el olor en la memoria con la idea de realizar pronto una visita a algún laboratorio y compararlo con lo que hallara allí. Cerró el

armario convencido de que aquel hombre, si no vivía allí de forma permanente, como mínimo debía de visitarlo a menudo.

Al pasar junto a una amplia estantería de libros se detuvo. Más que el método de clasificación, basado en el orden alfabético en vez de por géneros, le llamó la atención que, junto a tomos de biología, medicina y genética, estuviera colocada una colección completa de literatura fantástica y de terror. No importaba que fuera Poe, Mary Shelley o Bram Stoker, ni siquiera de qué editorial eran o si pertenecían a una edición de 1955 o del 2017, todos eran del mismo tamaño, de tapa dura y color oscuro. Archeó las cejas cuando encontró, además, varias biblias y la *Utopía* de Aldous Huxley.

Le intrigó la falta de libros de magia negra y esoterismo que habría esperado de un personaje relevante en aquella casa. ¿No practicaba la magia?, ¿o era más bien que poseía una habitación específica reservada a sus artes oscuras? Le convencía más la última opción, en especial, cuando tampoco parecía haber artilugios de magia ni de planificación estratégica, que era lo que en un principio había imaginado hallar si se hubiera parecido mínimamente a su hermano Zadquiel.

Abrió y ojeó algunos de los libros, pero excepto el hecho de que sus esquinas estuvieran algo abiertas y los filos desgastados no encontró nada de especial.

Siguió hasta el escritorio y comenzó revisando la papelera. Las letras BCN impresas en negrita sobre la alargada etiqueta arrugada, que debieron haberle cortado a la maleta, dejaban claro desde dónde venía el enigmático personaje. Apuntó mentalmente el número de vuelo y dejó la etiqueta donde estaba, para pasar a revisar los cajones. Desplazó sus dedos por encima del material de escritura y se detuvo al descubrir una cámara y una grabadora de audio. Al inspeccionarlos, comprobó decepcionado que las memorias estaban vacías, sin embargo, le proporcionó una pista sobre qué necesitaba buscar. Nadie se gastaba el dinero en el mejor equipamiento del mercado si no era para utilizarlo en algo que juzgaba primordial, el minimalismo de aquella habitación señalaba que el dueño no era tendente a adquirir cosas que no necesitara. No, si se obviaban los libros.

Fue abriendo las carpetas una a una y en todas ellas encontró lo mismo. Apuntes, datos estadísticos y garabatos de símbolos ilegibles que fue incapaz de entender. Le llevó un buen rato estudiar aquellas tablas antes de comprender que debían de tratarse de fichas de individuos en las que, además de datos básicos como su evolución en peso, tensión y niveles hormonales en

sangre, se añadían otros para los que no disponía de los conocimientos apropiados para interpretarlos. No aparecían nombres, algo habitual en estudios científicos en los que a los sujetos de estudio se les solía poner un número, como el que todos aquellos documentos llevaban en la esquina superior derecha.

Eligió un par de hojas representativas de entre aquellas fechadas hacía más tiempo y se las guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Se detuvo cuando escuchó desde la planta baja el sonido de vajilla chocando entre sí. Estaban retirando la mesa.

Le quedaba poco tiempo.

Abrió el maletín. Halló nuevas carpetas con datos estadísticos muy similares a los anteriores y los desechó a favor de la agenda. Comprobó que el hombre parecía tener su calendario organizado de un modo tan milimétrico como su armario, a deducir por las anotaciones en las que tenía planificados no solo los siguientes días, sino incluso varias semanas de antelación. No había mucho más que pudiera sacar en claro de sus apuntes. Casi todo eran números, horas y algún círculo alrededor de alguna fecha, poco más.

No localizó el día de regreso a Barcelona, pero sí otros en los que tenía señaladas lunas llenas y ciudades como Santiago, Lima, Bogotá... Todos iban acompañadas de anotaciones: una primera hora, flecha, una segunda hora... ¿Podían ser sus siguientes viajes y las horas de salida y llegada? Por si acaso, Cael cogió una nota adhesiva del cajón y tomó apuntes. Si esos viajes los llevaban al resto de núcleos que poseía la secta, sería bueno averiguarlo. Aunque la idea de que los magos estuvieran tan extendidos por aquella dimensión no era nada alentadora. Podía ser relativamente fácil controlar una ciudad, el problema era hacerlo si se trataba de todo el mundo.

En cuanto los primeros pasos resonaron en la escalera, Cael se guardó apresurado la nota y ordenó las cosas que había movido sobre el escritorio.

Cinco escalones de veinte. Tenía que darse prisa.

Fue al meter la agenda en el maletín cuando le llamó la atención la esquinita de un folio que sobresalía.

Nueve escalones.

Le echó un rápido vistazo y maldijo en cuanto reconoció la elegante letra. Doce.

He sufrido un ligero contratiempo que me impedirá darte la bienvenida esta noche. Nos veremos para el ritual. Siempre tuya, Andrea.

Diecinueve.

Cael guardó la agenda con la mandíbula apretada. Cerró el maletín y tuvo el tiempo justo de rodar debajo de la cama antes de que la puerta se abriera.

Se tensó. Los zapatos del hombre le señalaron que se había parado bajo el umbral. ¿Había dejado algo fuera de sitio que pudiera hacerlo sospechar? Hizo un suave intento de penetrar en la mente del desconocido, pero, como era de prever, la mantenía sellada. Pasó a hacer un repaso mental de lo que había tocado, no se le ocurrió nada que pudiera detectarse desde la posición del desconocido.

Al fin, la puerta se cerró y el hombre se acercó a la cama. Cael dejó que sus garras y colmillos se extendieran y se preparó para atacar sin hacer el más mínimo ruido. Parte de la rigidez en sus músculos se relajó en cuanto el desconocido echó para atrás el edredón y se sentó para quitarse los zapatos, colocándolos con una escrupulosa perfección uno al lado del otro. Por el clic y luego el ruido más pesado sobre la mesita de noche, conjeturó que acababa de quitarse el reloj de la muñeca.

En cuanto el hombre se dirigió al cuarto de baño y abrió un grifo, Cael fue a la puerta y la cerró con cuidado tras de sí. Sin soltar el pomo se concentró en localizar a los humanos que andaban tanto por aquella planta como en la de abajo. Con una veintena de personas moviéndose aún por el edificio, prefirió aparcar la investigación para más tarde. Necesitaba recoger la ropa que le hubiera conseguido Malael y un lugar para asearse, aquel momento podía ser una buena oportunidad para aprovechar. A pesar de lo que decía la teoría, el orden de los factores sí podía alterar el resultado y, por ahora, le sobraba con saber que necesitaba trazar un plan para conseguir toda la información que requería y entre ella, averiguar cuándo sería el dichoso ritual al que Andrea había prometido asistir.

Descendió a la planta baja para encaminarse hasta el pasadizo y se ocultó tras unas pesadas cortinas intentando pasar desapercibido ante una pareja de magos. El siguiente humano con el que casi tropezó fue con un gordo que echó algún que otro vistazo nervioso sobre su hombro mientras portaba de forma disimulada una bandeja cubierta de papel. Cael entrecerró los ojos, pero sus labios pronto se estiraron en una sonrisa cruel cuando por el olor consiguió adivinar lo que contenía. Cambió sus planes para seguirle hasta un saloncito y no tardó en averiguar que no se había equivocado.

«Quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón», recitó Cael esperando a que el hombre desapareciera por la esquina para salir de su escondrijo y reclamar su parte o, mejor dicho, la totalidad del tesoro.

Nada más pisar los pasadizos supo que no se encontraba solo. Cerró los ojos para centrarse en sus sentidos. En cuanto descubrió de dónde provenían los cuchicheos, apagó la linterna y se lanzó en una carrera vertiginosa a través de los angostos pasillos.

Consiguió taponarle la boca a uno de los intrusos justo a tiempo de acallar su agudo chillido.

—Soy yo, Cael —avisó antes de que el chico tuviera la posibilidad de generar el caos tratando de cambiar en el ajustado espacio o que la vejiga de Mayca volviera a vaciarse del miedo—. Y creo recordar que os advertí muy a las claras que no os quería hurgando en esta zona por la noche. ¿No es así?

Esperó con los brazos cruzados a que a los niños se les calmaran los desbocados latidos de sus corazones para que respondieran. Pablo fue el primero en recobrase.

—Es la única hora a la que podemos venir. Todo el mundo suele estar dormido, tanto en las casas para conseguir comida como aquí.

Cael soltó un pesado suspiro y acarició la cabecita de Mayca.

—¿No habéis encontrado suficiente comida en el resto de las casas? Solo es esta zona la que no quiero que visitéis hasta que esté seguro de que haya pasado el peligro.

Pablo apretó los labios y miró los trozos de pizza envueltos en servilleta y algunas frutas que se le habían caído al suelo. Cael frunció el ceño al verlo. Algunas piezas de pizza estaban mordisqueadas y casi todas las frutas tenían manchas marrones. No solo parecían las sobras de alguien, sino que además era demasiada comida para unos estómagos tan menudos. No quiso ni plantearse la idea de que aquellos alimentos pudieran haber salido de algún cubo de basura, aunque sospechaba que así era.

—No es eso —musitó Pablo, agachándose a ayudar a Mayca a recoger la comida, teniendo cuidado de que no se ensuciara aún más de lo que ya lo había hecho.

Cael los observó petrificado, incapaz de actuar ante los sollozos sin lágrimas de la pequeña, que limpiaba cada pieza de fruta con esmero en su ropita para quitarle la mugre de aquel sitio, y soplaba con delicadeza los trozos de pizza que habían entrado en contacto con el suelo, como si fueran un valioso tesoro.

Cuando al fin fue capaz de actuar, Cael se acuclilló a su lado con el estómago atenazado y le tocó con delicadeza el hombro.

—No tenéis que recoger esa comida. Os conseguiré algo nuevo para cenar,

mirad lo que traigo aquí —dijo con suavidad, abriéndole el paquete blanco que llevaba.

Los ojos de los niños se abrieron al descubrir los seis *cupcakes* de chocolate, a los que ni la crema algo aplastada por el envoltorio les robaba su deliciosa pinta. Pablo tragó saliva.

—¿Puedo probarlos?

—¡Pablo! —lo riñó Mayca como si acabara de cometer un sacrilegio.

—Solo el papel —prometió Pablo recogiendo con su dedo sucio un poco de la crema de chocolate del envoltorio.

—No ocurre nada, son para vosotros.

Los ojos del chico se pusieron en blanco al chuparse el dedo. Mayca probó un poco y enseguida cerró con cuidado el envoltorio y colocó los trozos de pizza encima. La mirada hambrienta de Pablo siguió el proceso sin protestar, recogió la linterna y se reajustó la mochila sobre su espalda.

—Yo cogeré la comida. Lleva tú la linterna —le indicó a Mayca.

Mayca asintió y tras coger a Cael de la mano iluminó el camino.

—Ven. Tienes que verlo.

CAPÍTULO 22



La niña se paró en medio de un pasillo. Cael buscó las señales típicas que solían aparecer al lado de las puertas secretas, pero parpadeó confundido al no hallar nada. Pablo pegó la oreja al muro, asintió y se apartó para dejarles sitio.

Mayca dirigió el haz de luz de la linterna al suelo y revisó las ranuras entre los gruesos ladrillos de piedra con los dedos. En cuanto localizó un sobresaliente, lo movió un poco haciendo palanca hasta que sacó un fragmento estrecho y alargado de roca, que tenía toda la pinta de haberse desprendido con algún golpe o a causa de la dilatación de las piedras con las temperaturas.

—Mira por ahí —susurró.

Cael se inclinó para echar un vistazo a través de la fina ranura que había descubierto. Al principio, apenas consiguió distinguir más que una tenue penumbra, sin embargo, a medida que sus pupilas se fueron acostumbrando, consiguió reconocer una especie de despacho grande en el que había ubicado un escueto escritorio blanco cerca de la puerta. La escasa luz provenía de una lámpara de seguridad encendida justo encima. Escrutó el resto de la habitación para encontrar lo que los niños esperaban mostrarle.

El aire abandonó sus pulmones y un helador estremecimiento lo ancló al sitio cuando su mirada cayó sobre unas urnas de cristal. A pesar de la suciedad y de que la mayoría estaban algo empañadas, notó las manchas oscuras que indicaban que había algo dentro.

Cael retrocedió.

—¿Qué clase de animales hay dentro de esas jaulas de cristal?

Pablo apartó el rostro. Los ojos de Mayca, inundados de tristeza, estuvieron lo que parecía una eternidad puestos sobre él antes de arrodillarse

en el suelo para tirar con paciencia de una de las grandes piedras del muro. Cael frunció el ceño, pero esperó a que terminara.

Pablo miró a través de la ranura.

—¡Ahora! —musitó.

Mayca reptó a través del ajustado hueco y, apenas un segundo después, aparecieron de nuevo sus manitas. Pablo le entregó la comida y le señaló a Cael que observara por la ranura.

Como si hubiera hecho aquello cientos de veces, Mayca corrió hasta una mesa en el centro de la habitación y se escondió debajo. Cael comprendió enseguida que el motivo era la cámara de seguridad motorizada ubicada en una de las esquinas, que realizaba un barrido programado.

Observó cómo Mayca repartía la comida en ocho porciones, cada una con su trozo de pizza, una fruta y un trozo de los *cupcakes* que le había entregado. Pablo dio una palmada en el suelo y, como si hubiera sido una señal, Mayca corrió hacia una de las urnas de cristal, depositó la comida en una bandeja en la parte inferior y corrió de regreso a la mesa.

Una manita con largas uñas sucias apareció en el hueco de la bandeja y retiró con rapidez la comida. El corazón de Cael dejó de latir cuando también en el resto de las urnas comenzaron a asomarse las criaturas que estaban encerradas.

¡Eran niños! Niños de diferentes especies, unos con rostros humanos, otros desfigurados, pero criaturas indefensas al fin y al cabo. Los tenían encerrados como animales en aquellas jaulas de laboratorio. Los números y datos de los documentos que había descubierto en la habitación del desconocido comenzaron a adquirir sentido, así como la paja que tenían acumulada en el sótano.

Mayca cogió otra porción de comida. Pablo dio una palmada y ella inició su siguiente carrera para dejar su preciado tesoro en una bandeja. Cael permaneció inmóvil, observando la escena y tratando de comprender cómo alguien podía someter a aquellas criaturas a semejante atrocidad. Algunos de esos críos debían de tener apenas cuatro o cinco años, pero otros podían tener muy bien los catorce o quince, y todos se hallaban encerrados en urnas de idénticas dimensiones, de apenas ochenta centímetros de alto y metro y medio de largo. La mayoría no podían sentarse erguidos y algunos de ellos se encontraban tan apretados que la diferencia a estar encerrado en vida en un ataúd de cristal era inexistente. En cuanto a la paja que cubría el fondo... tragó saliva al pensar en las llagas que con toda probabilidad tendrían a causa de

sus propias orinas y heces.

A medida que Mayca corría para entregar su mercancía, los gemidos de placer de algunos y los lloriqueos de hambre e impaciencia de otros fueron llenando la sala. Algunos sacaban las manos para pedir más, otros se chupaban los dedos y alguno incluso llegó a chupar el cristal porque un poco de la crema lo había manchado al cogerlo de la bandeja.

Si Cael creyó que no podía presenciar nada peor, aprendió que se había equivocado. En cuanto Mayca dejó la ración en la penúltima de las urnas ocupadas, alguien posó su palma sobre el cristal. Mayca colocó la suya encima.

—Pronto, Julia. Pronto conseguiré sacarte. Ahora tenemos a alguien que nos ayudará —susurró Mayca tan bajo que a Cael le costó oírla.

Apenas prestó atención a cómo Mayca corría de regreso a la mesa, demasiado impactado por cómo la pequeña Julia sacaba una zarpa para alcanzar su comida.

—Desde que le parten el brazo no puede cambiarlo —explicó Pablo como si le hubiera leído los pensamientos.

—¿Parten? —Cael no pudo despegar la mirada de la cabeza de osito de peluche, con su tronco amputado por la cintura, que se apreciaba a través del cristal.

—Cada vez que se cura se lo vuelven a partir —murmuró Pablo con la voz quebrada.

Los ojos de Cael escocieron y diminutas gotas de sangre se deslizaron desde el lugar en el que sus garras se clavaban en sus manos.

—Es la hermana de Mayca, ¿verdad?

Tenía la carita mucho más demacrada y pálida, surcada por profundas ojeras que señalaban el rastro de las torturas a las que la habían sometido, con todo, aquellos enormes ojos azules eran inconfundibles.

—Son gemelas —confirmó Pablo.

Cael tomó una profunda inspiración para tratar de dominarse. Mayca estuvo a punto de correr de regreso hacia ellos cuando una alarma intermitente se encendió en la habitación y una desagradable luz los deslumbró con su potente brillo.

—Mayca, tienes que regresar. ¡Rápido! —La voz de Pablo estuvo teñida de urgencia, pero Mayca parecía paralizada.

Cael maldijo para sus adentros al revisar ansioso el muro. No había forma de que pudiera atravesar aquellas gruesas piedras, ni tampoco de pasar por el

estrecho hueco por el que había reptado la niña.

—Mayca, ¡ahora! —Cael dio una palmada en la pared y la niña gateó corriendo.

En cuanto pudo cogerla de las manos, Cael tiró de ella y la metió en la protección del pasadizo. Justo a tiempo.

La puerta del laboratorio se abrió de golpe y entraron una pareja de guardas con el cabello revuelto. Pablo fue a cerrar el hueco, y fue Cael quien lo detuvo y puso un dedo sobre sus labios. Era demasiado peligroso que vieran u oyeran el roce de la piedra al deslizarse para ocupar su lugar. Desconocía para qué podían volver a necesitar aquel acceso y tenían que proteger los pasadizos como fuera para planificar un rescate seguro para los pequeños.

No tenía que haberse preocupado. No estuvo seguro de si fue por el estrés que les causaba la fría luz luminiscente, o porque las criaturas en las jaulas querían proteger a la compañera que las alimentaba, fuera por el motivo que fuera comenzaron a golpear contra los cristales y a gritar como si se hubieran vuelto locos. Cael aprovechó la confusión para colocar la piedra sin ser detectados y Pablo abrazó a Mayca, que escondió la cabecita en su hombro.

Cael regresó a la ranura para seguir observando lo que ocurría. Sus colmillos se extendieron cuando los guardas usaron sus porras para golpear los cristales, ordenando a los niños que se apartaran. Algunos obedecieron, otros les chasquearon los dientes y les gruñeron.

Dejó de respirar. Casi a cámara lenta, presenció cómo Julia trató de salvar un trocito de comida que quedaba en su bandeja y el guarda le golpeó su delicada zarpa haciéndola aullar de dolor. Sus puños tocaron el muro mientras reprimía a duras penas las ganas de golpearlo.

En la urna vecina apareció un rostro rojo que rugió enfadado mostrando una fila de afilados dientes. Debido a las protuberancias que recorrían su frente y parte de su rostro casi como un cocodrilo, Cael lo identificó como un demonio de fuego. El chico hizo que los cristales se ennegrecieran con el calor que emanaba, lo que provocó que los guardas se pusieran nerviosos y que uno de ellos pulsara un botón anaranjado ubicado junto a la puerta.

El laboratorio se inundó de un estridente ultrasonido, que superó los chillidos de dolor infantiles, e incluso en el pasadizo consiguió que Cael apretara los dientes y se tapara sus sensibles oídos para evitar que le perforara los tímpanos.

El sonido acabó tan de repente como había empezado y dejó un intenso

silencio tras de sí, solo interrumpido por algún sollozo. Cael se dejó deslizar al suelo y cerró los brazos alrededor de Mayca, quien se tiró llorando a su cuello.

—Shhhh, no llores, cielo. No dejes que ellos te oigan. Sacaremos a tus amigos de allí, te lo prometo —le susurró hundiendo la nariz en su cabello.

Los delgados bracitos se estrecharon alrededor de su cuello y Cael alargó el brazo para tirar de Pablo al descubrir la añoranza y el miedo en el rostro infantil. Se quedaron así un buen rato. Abrazados y en silencio, hasta que la luz en el laboratorio volvió a apagarse.

—¿Sabéis por dónde puedo acceder a esa zona?

El cuerpo de Pablo pareció encogerse.

—Hay una puerta secreta no muy lejos de aquí. Da a una sala que suele estar cerrada con llave.

—Muéstramela —le indicó Cael ayudando a Mayca a levantarse.

Pablo no contestó, se limitó a mantener la vista en el suelo con los hombros caídos.

Cael recogió la lasca de piedra para volver a tapar la ranura. Antes de colocarla, echó un último vistazo. Cuando se tropezó con la mirada de Julia impregnada de dolor, se hizo la promesa de que algún día la vería sonreír feliz en un hogar lleno de amor, tal y como se merecía. Los sacaría a todos de allí y le traía sin cuidado lo que dijera Malael o el consejo de seguridad del reino. Planeaba hacerlo tan pronto como pudiera garantizar la seguridad de aquellas criaturas.

Consciente de cómo los críos se mantenían apartados, con las cabezas agachadas, Cael abrió la entrada secreta a la que lo habían llevado. Tan pronto puso un pie en la habitación deseó no haberlo hecho. Con un sudor frío salió y cerró el acceso, quedándose quieto ante el muro, incapaz de girarse hacia los niños.

—Teníais razón. En la pared de enfrente hay otra puerta... Vendré luego a comprobar cómo abrirla y si me permite llegar al laboratorio donde están encerrados los otros —les informó con la voz quebrada a pesar del control que trataba de mantener sobre sus emociones.

—Es horrible, ¿verdad? —le preguntó Mayca dándole su manita—. Ahí es donde llevan a Julia durante las pruebas.

Cael miró la diminuta mano en su palma. Tan pequeña y tan vulnerable que le habría bastado apretar la suya para hacerla añicos y, sin embargo, fue capaz de transmitirle más fuerza y valor que muchos soldados experimentados que

había conocido en su vida. A su corta edad, aquella niña de ojos azules y apariencia frágil era una guerrera. Una que se merecía su más profundo respeto.

Se acuclilló ante ella.

—Os vamos a sacar a todos de aquí, te lo prometo.

CAPÍTULO 23



*P*or primera vez desde que lo tiraron en aquella celda, Cael llegó al sótano y se sentó derrotado en el suelo en lugar de acercarse a Belén, que seguía dormida. Observó la ropa, la comida y los bombones que había traído para ella, ya ni siquiera la idea de que a la mañana siguiente ella disfrutaría con aquellos detalles le permitía albergar alguna ilusión a esas alturas.

Las imágenes de lo que había presenciado seguían persiguiéndolo. Eran como si una pesadilla se le hubiera pegado a la piel y se negara a abandonarlo, atenazándole el estómago y cerrándole los pulmones.

Había visto y hecho muchas cosas en su vida, pero ninguna que se asemejara a las atrocidades que había encontrado en aquella zona de tortura. Había regresado a ella después de dejar a los niños sanos y salvos en el orfanato y, cuanto más vio, más se alegró de que ellos no tuvieran que verlo.

«¿Cael? ¿Qué ocurre? Aaron me ha avisado de que querías hablar conmigo, he podido sentir tu malestar incluso antes de llegar».

Cael no hizo siquiera el esfuerzo por echarle un vistazo a la ventana para hablar con Malael.

«He descubierto uno de los secretos que ocultan en esta mansión. Tienen un laboratorio... —Su voz cedió a la tensión—. ¡Diosa, Malael, tenías que haberlo visto! Tienen encerrados a los niños en jaulas de cristal tan reducidas que algunos no pueden ni estirar las piernas. Están estudiándolos o haciéndoles algún tipo de prueba, porque son críos con habilidades o genes cruzados, pero incluso a los animales se les trata mejor que a esas criaturas. Y luego está ese otro sitio... ¡Joder, en mi vida he visto semejante barbaridad! Casi parecía una clínica, hasta que le echabas un segundo vistazo y distinguías

que era una sala de tortura. Había un niño carbonizado, tenían su cuerpecito tirado en una esquina como si fuera poco más que un viejo tronco de madera; tenían a algunos flotando en enormes tubos de cristal llenos de alcohol con los ojos aún abiertos por el terror que les hicieron pasar antes de matarlos, y... —Cael sollozó—. Otro estaba descuartizado sobre una mesa, creo que era una mezcla de humano y gárgola porque tenía alas como las de ellos, y... ¡Diosa! —Cael se tapó los ojos—. Tenemos que sacarlos de aquí y ponerlos a salvo, no podemos permitir que sigan haciéndoles semejantes atrocidades. Son niños que jamás han hecho nada a nadie. No entiendo cómo puedan juzgarnos como monstruos cuando ellos tratan a esas criaturas peor de lo que tratarían incluso al ganado que llevan al matadero».

«Cael, cálmate. No me estoy enterando de nada. ¿A qué niños te refieres?».

«A los del orfanato. Creo que es una tapadera para secuestrar niños. Deben de habérselos llevado en algunas de las incursiones que hicieron a nuestra dimensión o que vigilen a los nuestros en este mundo para raptar luego la progenie que tienen con los humanos. No lo sé. Creo que, al menos, algunos de ellos son mestizos, no purasangres. Hacen pruebas con ellos. Es posible que ni siquiera sean de los nuestros, sino niños humanos a los que les cambian el ADN. No lo sé. Tal vez alguien nos pueda aclarar de qué van los estudios que le he pasado a Aaron. —Cael sacudió la cabeza—. Sea lo que sea, tenemos que sacarlos de aquí».

«¿Cuántos hay?».

«En el laboratorio solo he hallado a ocho con vida. Las cifras del orfanato ya las conoces».

«Sé que esto va a parecerte duro después de lo que has presenciado, Cael, sin embargo, necesitamos tiempo para averiguar qué pretenden hacer con ellos y si son niños mestizos raptados o humanos a los que pretenden convertir y por qué motivo».

Cael se levantó de un salto y se lanzó a través de la celda de Belén hasta la ventana para enseñarle a su hermano los colmillos extendidos.

«¡No voy a permitir que sigan sufriendo porque tú quieras más información!»., le gruñó Cael.

«Sé lógico. Se trata de muchos niños, no será fácil sacarlos de aquí sin arriesgar su seguridad. Necesitamos hombres, un plan y medios. Tampoco podemos llevarlos a nuestra dimensión sin más. Pueden haber sido entrenados para ser cazadores o asesinos. Necesitamos localizar un lugar donde tenerlos

seguros y protegidos. ¿O acaso quieres que los vuelvan a atrapar y que se deshagan de ellos con la intención de no dejar pruebas?», preguntó Malael con dureza.

«Tienes hasta mañana a las dos para que organices el rescate. Me encargaré de averiguar lo que pueda hasta entonces, el resto habrá que investigarlo con posterioridad. Los propios críos podrían proporcionarnos datos una vez que se encuentren en un entorno seguro. —Cael no trató de disimular la frialdad en su tono—. Si no encuentras una solución, sacaré a los que pueda por el laberinto de túneles».

«¿Qué has averiguado de esos túneles? ¿Tienes idea de hasta dónde llegan?».

«No mucho, excepto que los magos parecen no ser consciente de él, o que no lo usan; debe de llevar más lejos que solo el orfanato».

«De acuerdo. Iré a informar al consejo y me encargaré personalmente de planificar el rescate. Estate preparado para cualquier imprevisto. ¿Hay algo que necesites antes de irme?».

«Consígueme un interruptor de señales de vídeo y once porciones de alimentos fáciles de manipular, aptos para estómagos delicados y que no tengan exceso de etiquetas ni envases que sea necesario desprecintar. Incluye algún dulce entre ellos».

«De acuerdo, veré qué puedo hacer».

«Los recogeré en el mismo punto del túnel en el que he recogido las cosas hoy».

Después de que Malael se fuera, Cael estuvo largo rato más mirando la oscuridad antes de dirigirse al barreño de agua para asearse. Al acabar, indiferente a su desnudez, se tendió sobre los paquetes de paja junto a Belén.

Como si presintiera que no se encontraba bien, ella se dio la vuelta y lo envolvió en sus brazos. Cael apoyó la frente sobre su pecho y lloró como no lo había hecho jamás.

Aún no había amanecido cuando los pelos de su nuca se pusieron de punta y un impetuoso viento de aire frío penetró en la celda acompañado por algunos copos de nieve. Tapó enseguida a Belén, quien se apretó contra él buscando calor, tiritando y con la piel de gallina.

En el momento en que una figura femenina se personificó ante él como una especie de silueta fantasmagórica, ya estaba más que preparado para atacar a quién fuera.

—No creo que necesite presentarme a estas alturas, ¿no? —Neva arqueó

una ceja en su rostro casi transparente.

El lobo se aseguró de que Belén estuviera dormida antes de responder. No tenía la capacidad de hablar con Neva de forma telepática.

—¿Qué haces aquí? —preguntó lo más bajo que pudo, descartando el acercarse a aquella figura que no solo le resultaba extraña en apariencia de mujer, sino que además desprendía un frío gélido que muy bien podía acabar congelándolo sin pretenderlo.

—Estuve en el consejo de seguridad cuando Malael les informó de lo que le habías encontrado, mencionó que necesitabas algo para detener la grabación de vídeos.

—¿Y te han enviado a ti para traérmelo? —Cael no trató de ocultar su escepticismo.

Los labios de Neva se estiraron en una sonrisa burlona.

—Bueno, ¿quién mejor que un elemento de la naturaleza para colarse en una mansión que está protegida por escudos mágicos?

Cael sacudió la cabeza y se cruzó de brazos.

—No has respondido a mi pregunta. Te conozco.

Neva rio.

—En ese caso, vístete. Hablar contigo sin bajar la vista es tan difícil como mirarle a los ojos a alguien con una enorme verruga sobre la nariz.

—¡Mierda! Lo siento, se me había olvidado. —Cael corrió a por el vaquero limpio que le habían dado y se vistió apresurado.

Neva se acercó al tonel y metió un dedo en el agua dibujando un círculo imaginario que nunca llegó a completarse porque acabó congelado.

—En realidad, lo que me pidió el consejo fue que comprobara la protección mágica del edificio y sus puntos débiles para planificar el rescate —le respondió ella con un guiño por encima del hombro.

—¿Están planificando la incursión?

—¿Lo dudabas? —Neva se puso seria.

Cael se pasó una mano por el cabello.

—No. Pero contaba con que iban a tratar de retrasarlo.

—Eres un hombre respetado en tu comunidad y en tu familia, Cael. Si dices que algo es urgente y que debe hacerse, nadie lo pone en duda, sobre todo, cuando son conscientes del sacrificio que estás realizando al quedarte aquí con tu *shangrile* y lo que eso supone para un vampiro como tú.

Sin tener claro qué contestar, Cael se limitó a echarle un vistazo a Belén.

—Sea lo que sea, me alegra y te agradezco que nos ayudes. ¿También has

conseguido traer el interruptor de señal?

—Claro. Toma.

Cael frunció el ceño al contemplar el palo lleno de marcas que le ofreció.

—Dime que no esperas que use el palo para mover el enfoque de la cámara.

Neva entornó los ojos.

—No seas ridículo. Para pertenecer a nuestra dimensión esperaba que tuvieras una mente más abierta.

—¿Entonces para qué has traído un palo?

—¿Para qué quieres trastos modernos si con la magia somos capaces de superarlos? Además, un palo pertenece a la naturaleza, un objeto de plástico no. No sabía hasta qué punto podía ser capaz de introducirlo aquí.

—E imagino que has tenido presente que yo no soy como mi hermano Zadquiel, ¿verdad? La magia y el uso de objetos mágicos nunca ha sido mi fuerte.

Neva entrecerró los ojos y puso los brazos en jarras.

—¿Es necesario que te llame la atención sobre el hecho de que está empezando a irritarme tu falta de confianza en mí? No tienes que hacer nada más que llevar la barrita contigo. Ningún medio tecnológico moderno podrá detectarte, aunque sí podrán ver aquellas cosas que muevas. Si lo que quieres es hacer que la cámara deje de grabar hacia adelante y en vez de ello grabe hacia atrás en el pasado, basta que traces en el aire el símbolo del infinito al revés, hacia la derecha.

Con un suspiro, Cael se pasó una mano por los ojos.

—Lo siento, hoy no es mi día.

La irritación de Neva se evaporó tal y como solía hacerlo la nieve que siempre la rodeaba.

—Lo sé, por eso también te he traído esto. —Estiró la palma para enseñarle una minúscula partícula brillante, de un tamaño poco más grande que el de una mota de polvo.

—¿Qué es?

—Una lasca del espejo —murmuró Neva contemplando su palma.

No necesitó preguntar si se refería al mismo espejo que acabó provocando la maldición que la mantenía condenada a ser una niña por toda la eternidad.

—Consiguió que Kyle cambiara y que casi provocara el apocalipsis en nuestra dimensión. Esas lascas ya no deberían existir, ni muchísimo menos utilizarse.

Neva cerró el puño y se dirigió a la ventana, dándole la espalda.

—El espejo no se puede destruir. ¿Crees que no lo he intentado aunque solo fuera por rabia?

—¿Y qué ocurre si alguien trata de usarlo para sembrar el mal?!

—Lo he escondido lo mejor que he podido, me he pasado siglos buscando las piezas que se perdieron y repartieron por el mundo. No puedo hacer nada más.

La rigidez de su postura le delató que le hacía daño tener que admitirlo.

—Lo siento. Ya te he dicho que hoy no es...

Neva se giró hacia él.

—Es una partícula mucho más pequeña que la que transformó a Kyle. Sus efectos son progresivos. Durante los primeros días solo te ayudará a amortiguar la intensidad de tus emociones. En especial el dolor. Eso te permitirá actuar con calma y lógica incluso en los peores momentos.

—¿Y si me convierte en un monstruo como hizo con Kyle?

—Tú no eres como Kyle y aunque lo fueras, tardarías semanas, tal vez incluso meses en llegar a ese estado. En cuanto pase todo, te la sacaremos.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

El rostro de Neva se cubrió con una máscara tan fría e inexpresiva como el hielo que era capaz de crear.

—Te estoy proporcionando toda la información que necesitas poseer.

—¿Y eso es?

—Que no será fácil y que por el bien de todos tendrás que actuar con la cabeza, no con el corazón.

—¡Maldita sea, si va a haber una situación tan complicada informa al consejo y que me ayuden a sacar a los niños de una vez de aquí!

—Si lo hiciera, acabarían muriendo algunos de ellos. ¿Es eso lo que quieres?

Cael alzó el puño para golpear el muro, pero en el último instante abrió la mano y la apoyó sobre la fría piedra. Cerró los párpados.

—Si acepto, ¿saldremos todos vivos?

—Habrás comprado tiempo para tratar de salvarlos.

Cael se volvió y apretó los labios. La expresión de Neva le reveló lo que necesitaba conocer. No podía o no quería hacer nada más y él podía dar las gracias por las migajas que le estaba echando.

—¡Hazlo! —masculló.

Neva llevó su mano hasta sus labios, abrió la palma y sopló.

Cael apretó los dientes y parpadeó cuando la diminuta partícula entró por su ojo, sintió de inmediato la helada corriente que se extendió por su cuerpo y la forma en que el dolor y la presión en el pecho fue entumeciendo de manera paulatina.

—Mantén el contacto físico con tu *shangrile* siempre que puedas, eso retrasará los otros efectos que pueda tener el espejo sobre ti.

—¿Qué otros efectos?

—Todos aquellos de los que te arrepentirías luego si cedes a ellos —le respondió Neva justo antes de desvanecerse.

CAPÍTULO 24



En cuanto quedó a solas con Belén, Cael se sentó a su lado y le apartó algunos mechones del rostro. El frío seguía expandiéndose en su interior embotando sus emociones. Solo le quedaba rezar para que la Diosa le permitiera conservar su parte humana y que Neva no estuviera equivocada. No quería ser el responsable de la muerte de esos críos, sin embargo, si la magia del espejo conseguía superarle, algunas muertes no serían nada comparado con lo que podía ocurrir.

Se masajeó el puente de la nariz. Se le estaban acumulando demasiados problemas. Belén, los niños, la secta, Andrea, la investigación y ahora los efectos de la magia negra que debía controlar en su propio cuerpo. Aún no había averiguado la fecha en la que se celebraría el ritual al que Andrea pensaba asistir. ¿Le daría tiempo de conseguir la información y salvar a los niños hasta entonces? Tenía que hacerlo, aunque no supiera cómo. Neva había puesto en marcha una cuenta atrás que no podía pasar por alto.

Los ojos y la patita de la pequeña Julia se habían quedado grabadas en su retina. Si alguna vez tuviera hijos, le encantaría que fueran como ella y su hermana. Quizás con el cabello cobrizo de Belén y sus ojos verdes, pero con el valor y la determinación de aquellas criaturas.

Una nueva idea cruzó por su mente, añadiendo una nueva sensación ácida a su estómago. Belén había ido a aquel orfanato. ¿Qué sabría ella sobre lo que ocurría allí? Podría ser una buena opción hablar con ella para interrogarla, si no fuera porque esperaría que la sacara de allí en cuanto lo viera. Era un riesgo alto considerando que en las carpetas que había encontrado en el dormitorio, la fecha más antigua había sido del 2009. Ella debía de haber dejado aquel sitio muchos años antes.

El suave ronroneo de la tierra le anunció la llegada del amanecer. Con pesar, se inclinó a darle un beso en la frente. Se incorporó para acabar de vestirse y dejarlo todo preparado antes de transformarse en lobo. Al verla sonreír entre sueños la indiferencia que se extendía en el interior de Cael pareció titubear y detenerse, dominada por los sentimientos cálidos que lo invadieron. Un rato después, también él cerró los párpados, y lo hizo con la esperanza de que Belén pudiera contrarrestar los efectos del espejo.

El lobo no supo con exactitud qué fue lo que interrumpió su sueño ni el motivo por el que comenzó a inundarle un extraño placer. Habría sido capaz de creerse que era suyo si no fuera porque había cosas que no acababan de coincidir, como, por ejemplo, los lugares de su anatomía de los que provenían aquellas sensaciones.

Gemidos y el olor a excitación femenina, dulce, con un ligero toque especiado, comenzaron a entremezclarse con los estímulos lujuriosos que recorrían sus terminaciones nerviosas. Tardó en comprender que los sonidos y olores eran reales y que procedían de Belén, igual que aquellas impresiones.

Reticente a perderse las sensaciones, pero demasiado curioso como para no averiguar qué estaba ocurriendo, abrió los párpados. La encontró revolviéndose inquieta sobre el improvisado camastro de paja, soltando suaves gimoteos mientras sus dedos se agarrotaban entre los pliegues de la manta.

La parte humana en él comenzó a despertarse y tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para recordarse que ya era de día y que no podía transformarse sin más, lo que no evitó la excitación que despertaron las imágenes que se proyectaban en su mente y la manera en la que él se sentía identificado con el hombre. ¿Estaba Belén compartiendo su sueño con él? ¿Estaba soñando con él?

Como si ella leyera su mente, sus labios se entreabrieron y a través de la celda resonó su nombre.

—¡Cael!

Era apenas un aliento de necesidad desbordada que le atravesó las entrañas. El lobo gruñó satisfecho y cerró los párpados para poder concentrarse en el sueño. Vivirlo desde la perspectiva de ella lo convertía en una experiencia asombrosa en sí misma, que rompía los estereotipos con los que había vivido y lo llenaban de emociones contradictorias y a veces,

incomprensibles para él.

Ignoró la parte en la que veía su propio rostro bajando para besarlo y se centró en lo que ella sentía al hallarse atrapada contra la pared.

Gimió al sentir cómo le besaban los pechos, jamás los había tenido tan sensibles, ni había tenido tantas ganas de arquearse para que los tomaran enteros en su boca. Podía sentir la humedad acumulándose entre sus muslos y cómo sus senos se sentían cada vez más hinchados.

La escena de ellos de pie desapareció entre una neblina. De repente, se encontraron en el carruaje real. La situación le resultó familiar. Era algo que habían vivido. Poco a poco la memoria de aquella noche fue regresando.

Ella le había hecho pagar por sus servicios como de costumbre, una preciosa gargantilla de esmeraldas. Recordó cómo le había molestado tanto su actitud petulante con él que quiso castigarla llevándola al límite.

Le había exigido que lo acompañara en su paseo, desnuda, vestida con nada más que con la gargantilla de esmeraldas con la que la había remunerado. Y así lo hicieron, en el carruaje cerrado de la casa real habían dado una vuelta por las atestadas calles del mercado.

No era como si en realidad hubiera sido una gesta excesiva, ya que, entre la oscuridad del interior y las finas cortinas en las ventanas, nadie podía verlos, pero Belén lo desconocía o, como mínimo, lo hacía al principio.

Le había excitado tenerla desnuda mientras les llegaban las voces y la música del exterior y la gente pasaba inconsciente a su lado; le había excitado aún más que ella quisiera retarlo a modo de venganza abriendo las piernas y masturbándose para él.

Abandonando los recuerdos, se centró en el sueño de Belén y en su perspectiva de aquella situación. Lo sorprendió descubrir la vulnerabilidad que sentía al verse desnuda en aquel carruaje en marcha, sin una pista de a dónde se dirigían ni qué tendría él en mente.

La vulnerabilidad se convirtió pronto en la fuente de su placer. Al mirarle resultaba imposible no percibir el hambre en sus ojos y, a pesar de que no quería sucumbir a él, no conseguía permanecer ajena al morbo de la situación.

El frío aire nocturno que atravesaba las juntas de la puerta acariciaba su piel. Hundió sus uñas en sus palmas. Sus pezones se endurecieron y la mirada masculina le comunicó que él era consciente de ello. Que el asiento

estuviera forrado de un sedoso terciopelo tampoco ayudaba mucho a controlar la creciente necesidad que fue invadiéndola, al igual que no lo hacía el comprobar el generoso bulto que se había formado bajo los pantalones masculinos, delatando que él se hallaba tan afectado como ella.

Se estremeció cuando con las manos enfundadas en guantes le separó las rodillas, dejando su sexo expuesto a su oscura mirada. La gente hablaba, reía y gritaba en el exterior y alguien interpretaba una agradable melodía con su instrumento musical, pero nada de ello importó más que el peso de la mano que permaneció sobre su rodilla mientras con la otra le alcanzó su pecho y trazó con delicadeza su contorno, antes de pasar a amasarlo arrancándole un silencioso jadeo.

Existía algo especialmente erótico y sensual en el contacto de los guantes de piel, que le otorgaba una cualidad lujuriosa y prohibida e incrementaba las sensaciones. Cuando la mano subió por el interior de sus muslos en una delicada caricia y alcanzó su vértice, ella prácticamente dejó de respirar. En el instante en que le introdujo un dedo entre sus pliegues entreabiertos, supo que se encontraba perdida, pero la rebelde en ella se negó a ser la única fuera de control.

Con una sonrisa perversa, se llevó los dedos a la boca y se los llenó de saliva para mojar sus pezones. Repitió el gesto para llevárselos a su clítoris y masturbarse al tiempo que él la penetraba con los suyos. Las pupilas de Cael adquirieron un brillo fascinado y no perdieron detalle, despertando en ella una creciente sensación de victoria.

Resbalándose hasta el filo del banco, se acercó a él, facilitándole el acceso a su sexo. No reprimió sus jadeos cuando la penetración profundizó, aunque sí trató de amortiguarlos. Quería que la oyera, que la viera, que perdiera la cabeza tanto como ella lo estaba haciendo por su culpa.

Decidida, le agarró por la camisa y tiró con fuerza. Algunos botones saltaron rebotando contra el suelo al descubrirle el pecho. Él no lo evitó, pero una sonrisa casi cruel apareció en el rostro masculino, una que ella conocía y que muy en secreto adoraba, una que le delataba lo que estaba por venir. Que la excitaba verle así era algo que su orgullo jamás le permitiría confesarle. Sin refrenarse, le bajó la chaqueta y la camisa por los hombros.

En el exterior, la voz de una soprano resonó alta y clara, acompañada por varios músicos con tambores y una filarmónica. Cael cogió un bastón y golpeó varias veces el techo del carruaje señalándole al conductor que se

detuviera en medio del tumulto que rodeaba la actuación. Insegura, lo miró, la sonrisa masculina no titubeó al abrirse los pantalones, ni al cogerla por el trasero para ubicarla sobre su regazo, bajándola con parsimonia sobre su erección.

Más consciente que nunca de las personas que rodeaban el carruaje, ella intentó no hacer ruido al sentir cómo sus paredes interiores fueron estirándose para adaptarse a su grosor a medida que la llenaba. Gotas de sudor se resbalaron por su frente y entre sus pechos cuando Cael le guio las caderas para que se moviera sobre él al ritmo de los golpes de tambor.

Belén se olvidó de la cantante y de los espectadores. Él inclinó la cabeza hasta sus pechos. Se sentía desnuda, vulnerable, sexi y poderosa meciéndose sobre él y saboreando el hambre que le transmitía.

El toque de los tambores incrementó su ritmo y así lo hicieron también sus movimientos, subidas y bajadas y ondulaciones. Se sujetó a los musculosos hombros de Cael para no perder el equilibrio al arquearse hacia atrás y él aprovechó el tentador ofrecimiento para morderle un seno. Como de costumbre, el leve pinchazo fue de inmediato seguido por un abrasador placer que se extendió a través de sus venas y, para cuando llegó a su vientre y lo inundó, toda ella ardía llena de una agónica necesidad.

Afuera la gente había comenzado a tocar las palmas al son de la música con la misma cadencia con la que ella se balanceaba sobre la pulsante y dura erección. El compás de las palmas incrementó, al igual que el de ella y el de sus respiraciones agitadas. Con cada palmada, ella ondulaba sus caderas, su corazón se aceleraba, sus jadeos se atropellaban, las manos de Cael la apresuraban a moverse más rápido, sus uñas se clavaban en sus hombros, la succión de su boca se incrementaba y el nudo en su vientre crecía... Todo se volvió tan rápido y tan fuera de control que ella explotó y Cael justo tras ella. Su semen la inundó, caliente e incitante, mientras seguía alzando su pelvis para penetrarla en más profundidad, bombeando y enterrándose en ella, en tanto que, en el exterior, les rodeaban los vítores de la muchedumbre, que aplaudía ajena a lo que acababa de ocurrir entre ellos.

El lobo abrió los párpados, incrédulo, sin aliento, observando cómo Belén comenzaba a calmarse en su lecho. No estaba preparado para analizar la ola de emociones que lo había inundado y que seguía arrasando su interior, ni por qué su entrepierna ahora se encontraba cubierta por una espesa humedad.

Apoyó la cabeza sobre sus patas delanteras y suspiró. No todo estaba

perdido, solo tenía que encontrar el camino para lograr que ella reconociera que aquella pasión que compartían podía llevarlos a algo mucho mejor, y comenzaba a tener una leve idea de cómo conseguirlo.

CAPÍTULO 25



El crujido de la paja hizo que el lobo entreabriera un ojo para presenciar cómo Belén se sentaba y estiraba la espalda con un largo quejido. La imitó estirando las patas con un bostezo. Dudaba mucho que hubiera conseguido dormir más de media hora, aunque al comprobar el cielo nublado comprobó que posiblemente que fuera bastante más tarde de lo que había esperado en un primer momento.

Fue a cerrar de nuevo los párpados cuando Belén descubrió la ropa limpia y la comida. Su gemido de placer al morder el bocadillo de tortilla resonó por el sótano, provocándole una sonrisa. No contenta con darle otro mordisco, se llevó la ropa limpia a la nariz y cerró los ojos. Había sido un detalle de Anabel, quien obligó a Malael a que enviara la ropa a lavar antes de entregársela. Algo que al lobo le había hecho gracia cuando se lo contaron, si bien ahora, al observarla, comprendía a la perfección.

Se llenó de satisfacción al comprobar que disfrutaba con cosas tan sencillas como la comida o el olor a jabón. ¿Y él había creído que la única manera de complacerla era regalándole las joyas más caras de la corte? Comenzaba a sospechar que no había conocido a la Belén auténtica, sino solo a la que ella mostraba al mundo.

Tras chuparse los dedos, Belén abrió la caja de bombones y seleccionó uno, lo mordisqueó con un bocado tan minúsculo que esa única pieza iba a durarle una eternidad. Para completar el ritual, cerró los párpados con tal expresión de éxtasis que el lobo no solo podía imaginarse cómo el chocolate se derretía sobre su lengua, sino lo que sería verla así mientras lo probaba a él. Cambió de postura para que ella no pudiera descubrir la reacción de su cuerpo y comenzara el día con otra de aquellas humillantes puyas a las que lo

tenía acostumbrado.

Belén sacó un segundo bombón y repitió el proceso. Las garras del lobo se extendieron por voluntad propia. La idea de transformarse y cogerla por la melena para que lo mirara mientras la obligaba a saborearlo de la misma forma que chupaba aquellas piezas dulces se convirtió en una necesidad creciente, casi en una pulsión. Fue al estudiar el día nublado y comprobar de cuánto tiempo podría disponer para cumplir su visión, cuando se detuvo en seco.

«¡Maldita sea!».

¡Estaba pensando en obligarla a tomarle incluso en contra de su voluntad! ¡Ese no era él! No era lo bastante tonto como para no ser consciente de cómo la partícula del endemoniado espejo de Neva había comenzado a tener repercusiones. Se obligó a revisar los hechos de la noche anterior respecto al laboratorio y la sala de torturas y confirmó que seguía teniendo emociones al respecto, pero que eran las propias de un recuerdo lejano. Nada que lo dominara o que fuera capaz de causarle daño en el presente.

Parecía que, por el momento, bastaba que pusiera un especial cuidado en su manera de actuar y que no se dejara llevar por primeros impulsos. Debía proteger a Belén a toda costa de los efectos que pudiera tener aquella maldita partícula de cristal sobre él.

Sus tenebrosos pensamientos se evaporaron en cuanto ella se levantó y se quitó la camiseta. Mientras ella se encogía y se frotaba los brazos por el frío, él abrió el otro párpado para apreciar mejor los endurecidos pezones que despuntaban debajo de la fina tela de algodón verde. Si hubiera sido un hombre normal y corriente, nada la habría salvado de tener que ofrecérselos para chuparlos como se merecían.

El cansancio del lobo se quedó relegado al olvido en cuanto ella se acercó al tonel de agua y preparó el jabón y la toalla. Su aseo matutino, antes de que bajara nadie al sótano y pudiera pescarla desprevenida, se había convertido en toda una rutina que a él le fascinaba. Se recreaba en la forma en la que ella, inconsciente de su presencia, acostumbraba a desprenderse del sujetador en un ademán que resultaba de lo más femenino y erótico a pesar de ser un gesto sencillo y cotidiano.

Si en condiciones normales le encantaba cómo solía lucir su piel blanca y perfecta bajo los primeros rayos del sol, hoy, con el día nublado, las sombras le otorgaban un aire lleno de misterio y sensualidad. Su rebelde cabello cobrizo le caía por el rostro, cubriéndole las mejillas y los hombros como una

caricia.

Existía algo vulnerable en la Belén desnuda que se aseaba ajena a su mirada indiscreta, algo que la despojaba de la capa arisca y guerrera que mostraba al mundo, e inundaba la escena de intimidad.

No es que no apreciara a la mujer luchadora y fuerte en ella. Nada le había excitado más en su vida que el día en el que le ordenó bañarse ante él y Belén, testaruda y rebelde como ella sola, se metió en el barreño de cobre en camisón. Deseó tener manos para poder recolocarse su erección al recuperar la imagen de la tela blanca que se había tornado transparente sobre sus pechos mojados, pero se conformó con sacudir la cabeza para deshacerse del tentador recuerdo. Algún día tendrían que repetirlo para que pudiera secarle los pezones con su boca y consiguiera hacerla chillar por motivos muy diferentes a un enfado o pelea.

Aquella noche se había encabezonado tanto como ella y se había negado a ceder a su necesidad. Quizás hubiera sido mejor que se hubiera rendido en aquel momento, porque la idea de llevarla con aquel camisón empapado hasta la alfombra de la chimenea, para admirar cómo todas aquellas gotas de agua sobre su piel se iluminaban con la calidez de las llamas mientras él se deshacía del estorbo de la tela con sus garras y la hacía suya, le traía de cabeza desde entonces. A pesar de no ser más que una fantasía, las escenas que había creado en su obsesión se habían vuelto tan reales que incluso podía imaginar cómo el estómago de Belén se encogía a medida que rajaba la delicada prenda y a qué sabrían las gotas que lamería de su terso ombligo.

Soltó un suspiro, se estiró y apoyó el hocico sobre sus patas delanteras en tanto que observaba bajo sus pestañas el cautivador espectáculo que ella le ofrecía al asearse. Era sencillamente perfecta. No le había mentado la noche del baile al contarle que con los años había aprendido a adaptarse a los cambios de este mundo y que los había ido asimilando, pero eso no significaba que sus gustos hubieran cambiado a lo largo de los siglos; Belén tenía todo lo que él había adorado siempre en una mujer, desde sus suaves curvas a su larga melena en la que enredar sus dedos y una feminidad inherente que le cautivaba.

Su piel, tan blanca y lisa que parecía bañada en leche, le deleitaba con solo contemplarla, pero su tacto suave y aterciopelado se había grabado en su memoria desde la primera vez que la había acariciado y sus dedos le picaban con la urgencia de comprobarlo una y otra vez. Algunos, en especial los humanos, la habrían definido de demasiado pálida, para él «sublime» era la

palabra más idónea para describirla.

Los leves parches rosados que dejaba tras de sí el enérgico frotado con agua fría al que se estaba sometiendo le recordaban las manchas que solían aparecer sobre su piel cada vez que se acercaba al orgasmo durante sus apasionadas sesiones amorosas. Sonrió para sus adentros. No importaba cuánto intentara ocultar Belén que lo deseaba o que disfrutaba con lo que compartían juntos, su olor y su piel siempre acababan por traicionarla.

También le encantaba su melena cobriza y la forma en la que contrastaba con su palidez. Le volvía loco enredar sus dedos en los sedosos rizos para mantenerla quieta y estudiar las emociones dibujadas sobre su rostro. Belén solía pensar que lo hacía para controlarla e imponerse a ella, no había nada más lejos de la verdad; lo hacía para admirar su belleza y comprobar que ella disfrutaba de cada segundo de los que pasaban juntos.

Cuando ella se inclinó sobre el barreño para enjuagar sus redondeados pechos con las manos y sus pezones reaccionaron al contacto con el frío, Cael tuvo que luchar contra la urgencia de presionarse contra los barrotes de la celda para tratar de pasar al otro lado.

¿Cómo podía uno resistirse a una diosa del sexo, desnuda y morbosamente...?

—¡La madre que me parió! —Belén chilló dando un enorme salto atrás en cuanto parte del agua le salpicó el estómago y los muslos—. ¡Está helada!

Con ojos incrédulos, el lobo observó a la que hacía unos instantes había sido una mujer elegante y sensual, pegando saltos y sacudiendo brazos y pies como una perra salvaje que hubiera caído en un cubo de pulgas antes de tratar de secarse con la diminuta toalla que le habían dado.

Tras apartarse apresurado de la trayectoria de los helados misiles acuáticos que Belén fue lanzando por doquier, el lobo encontró un rincón más seco y tranquilo para volver a acostarse. Bostezó y se relajó. No tenía ni idea de cómo lo lograba, pero jamás había conocido a una mujer capaz de convertirlo en un obseso sexual en un instante y, en el siguiente, matar el morbo de una manera tan categórica como ella. Resopló cuando ella se agachó a secarse los pies enseñándole el trasero en el proceso. Ahí tenía la muestra. ¿Qué lobo podía resistirse a una invitación así? Gimió al considerar cómo reaccionaría Belén el día que descubriera que se transformaba en un animal y comenzara a sospechar que no era capaz de abandonar algunos de sus instintos más básicos ni siquiera en la cama.

Tras vestirse con la ropa limpia, Belén regresó a su lecho y se tapó hasta

las orejas. El lobo volvió a cerrar los párpados. Hacía frío aquel día, demasiado para su gusto.

Seguía adormilada, con los ojos hinchados y con la espalda más rígida que el chasis de un seiscientos. Arqueó las cejas al descubrir a los niños dormidos sobre el lomo del chuco. El animal respondió a su sonrisa con resignada placidez.

—¿Se puede saber cómo has llegado a convertirte en un colchón? —se burló Belén en un susurro, aunque en el fondo le parecía de lo más tierno.

El chuco gruñó, como si quisiera dejarle claro que no había sido culpa suya. Ella se sentó con un quejido que sonó tan oxidado como se sentían sus articulaciones. Su sonrisa desapareció al percatarse de que los pies de los niños estaban tiznados, señal de que habían venido sin zapatos y que Mayca apenas llevaba puesto un fino camisón de tirantes a pesar del frío, como si se hubieran escapado de su propia cama para llegar allí cuanto antes.

—Espero que no se resfríen —murmuró Belén—. En el orfanato no son muy propensos a llevar a los niños al médico en casos de enfermedad. ¿Sabes si han conseguido localizar las llaves?

Casi parecía que el perro se sentía culpable cuando echó un vistazo sobre su hombro y soltó un gemido bajo. Ella sacudió la cabeza ante la estúpida idea. Se tomó el tiempo suficiente de arquearse y enderezar la espalda antes de acercarle la manta. El animal, tan inteligente como de costumbre, entendió enseguida lo que pretendía hacer y se acercó a rastras a la celda, con un cuidado tan extremo que quedó claro que intentaba no despertarlos.

Ella tapó a los chiquillos como pudo a través de los barrotes. Luego, armada con un plátano y envuelta en uno de los sacos de sarga que usaba como sábana, se sentó al lado del lobo con la espalda contra los hierros. Sin poder evitarlo, le apartó a la niña un mechón de su largo flequillo para que no le estorbara en el rostro.

—Son preciosos. Me da tanta lástima que tengan que crecer aquí encerrados. ¿Te imaginas lo diferente que sería su vida si tuvieran una familia o a alguien que se preocupara por ellos?

El perro gimió y le tocó el muslo con su pata, y ella le devolvió una caricia.

—Es una pena que no sean cachorrillos. De los de verdad, me refiero —añadió al advertir lo que había dicho—. Seguro que tú los hubieras adoptado,

¿verdad?

No fue hasta largo rato después, cuando temió que pudiera llegar alguien con la comida, que Belén decidió que era hora de despertarlos.

—¡Hey! Buenos días, princesa. Buenos días, príncipe azul. —Los zarandeo con suavidad tocándolos en el hombro para llamarles la atención—. Es hora de despertar y de regresar a vuestra cama.

—Yo prefiero quedarme aquí —murmuró Mayca aún adormilada.

—Estarás mejor en tu cama, cielo.

—El lobo está más calentito.

—Y está más mullido —coincidió también el chico.

Belén tuvo que morderse el interior de la mejilla. Suponía que debería haberles explicado que los lobos no eran tan enormes, ni tan domesticados, pero ¿qué más daba si a ellos les hacía ilusión tener un lobo protector?

—Podéis venir todas las veces que queráis, siempre que tengáis cuidado de que no os cojan, pero ahora es mejor que os marchéis. A esta hora puede venir alguien. Suelen aparecer para traerme algo de comer y es mejor que no os vean aquí.

El chaval le dedicó una mirada llena de inteligencia y asintió antes de levantarse. Mayca, por otra parte, soltó un largo «nooooo» antes de abrazarse al cuello del lobo.

Belén cambió de estrategia.

—Mira lo que tengo. —Belén sacó su caja de bombones y les mostró su tesoro. Los ojos infantiles se abrieron como si la caja estuviera llena de brillantes diamantes—. Podéis comer dos cada uno ahora y otros dos por la tarde.

Pablo no perdió el tiempo y se acercó a ella.

—Tiene razón. Nos castigarán si nos cogen. Además, no podremos traerles comida luego si no llegamos temprano a la cocina.

Eso hizo que Mayca se sentara y se frotara los ojos con sus pequeños puños.

—A ver si hay suerte y han traído pan fresco, el de ayer estaba seco —se quejó la niña.

Por la expresión de Pablo pareció dudarle, sin embargo, no mencionó nada y se limitó a agachar la cabeza sobre la caja de bombones.

—¿Conseguisteis encontrar las llaves?

La mano del chico vaciló sobre la caja y acabó por retirarla como si por no haber cumplido su promesa ya no tuviera derecho a comerse uno. Belén

forzó una sonrisa sobre los labios.

—Estos de aquí están riquísimos —le indicó.

El chaval los cogió con rapidez y se los metió en la boca como si temiera que ella cambiara de opinión. Mayca pareció más indecisa, pero acabó decidiéndose por uno en forma de corazón y otro alargado que le ofreció al perro, quien usó los dientes para cogerlo con cuidado.

—¿Podemos regresar luego para jugar con él? —preguntó con la boca llena.

Belén le dio otro bombón y guardó la caja en su escondrijo.

—¿Qué día es? Pensé que era viernes. ¿No tenéis clase? —Cuando la niña negó, Belén trató de mantener la sonrisa, aunque le costó. En su época les proporcionaban una educación que fue la que le sirvió luego para conseguir trabajo y a sobrevivir fuera del orfanato—. Claro que podéis venir.

Con una sonrisa feliz, la niña abrazó al chucho y luego hizo un intento como de ir hacia Belén, pero se refrenó en el último momento.

—¡Hasta luego! —se despidió antes de girarse y salir corriendo.

Pablo se limitó a dirigirle un tímido gesto con la cabeza antes de seguirla.

Belén no los perdió de vista cuando se alejaron a través del pasillo y respiró aliviada en cuanto el característico ruido de las piedras le indicó que estaban seguros. Eso era lo fundamental.

CAPÍTULO 26



En cuanto comprobó que el chucho había vuelto a esfumarse, Belén comenzó a recorrer inquieta la celda mientras giraba el anillo alrededor de su dedo. ¿Qué pasaba si Cael se presentaba allí para rescatarla y el dichoso bicho no estaba para llevarlo con ella?

—Maldito chucho piojoso —masculló tratando de no pensar en que ya había oscurecido hacía un rato y que Cael podría presentarse de un momento a otro.

Cael...

¿Cómo iba a reaccionar ante su llegada?

Se suponía que debería estar agradecida por el hecho de que viniera a por ella, pero lo que le hizo la última vez que se vieron aún estaba grabado en su mente. ¡El maldito cabrón le robó todas sus joyas! Aún no tenía claro cuanta culpabilidad le correspondía por el hecho de encontrarse en aquella dichosa celda. Tenía sus dudas sobre si estaría viva o no si hubiera llevado las joyas encima. Lo que le resultaba raro era que no la hubieran interrogado más acerca de ellas. ¿Podía ser que lo que quisieran en realidad fuera a Cael y no las joyas?

Belén se paró en medio de la celda, una sensación gélida extendiéndose desde su estómago. ¿Y si esa era la trampa que le había mencionado Andrea? ¿Y si estaban esperando que Cael viniera para atraparlo y...? No. No podía pensar en que fueran a matarla.

¡Maldita sea! ¡Debería haber avisado a Malael sobre lo que le dijo Andrea!

El desagradable chirrido que anunció que alguien venía hizo que se encogiera. Odiaba esas visitas de los guardas para revisar si todo estaba en

orden. A esas horas, rara vez le traían algo de comer.

Belén se preparó para lo que fuera que estuviera por venir al escuchar más pasos de los acostumbrados y las frases sin sentido que iban soltando de forma atropellada dos de los siete hombres que componían la comitiva que se dirigía decidida hacia ella.

—Lo tendremos listo en cuanto nos dé el aviso, señor.

—No hemos descubierto ningún indicio nuevo desde que nos ordenó revisarlo, señor.

—Y tampoco ha habido noticias nuevas de la vampiresa, señor.

—¿Quiere que le envíe la documentación por email encriptado como hice con los últimos, señor?

Fuera quien fuera el tal *señor*, no parecía estar prestándoles excesiva atención a deducir por la falta de respuestas, aunque Belén se alegraba de que no hubiera noticias de la vampiresa, que suponía debía de ser Andrea. Mientras los hombres seguían hablándole, informándole y proponiéndole a medida que se acercaban a la celda, ella tuvo la oportunidad de estudiar al *señor* enfundado en su bata blanca.

A cada paso que se encontraba más cerca, más familiar le resultaba aquel hombre espigado, de una hechura casi esquelética que, por su pelo gris y las acentuadas patas de gallo, podía rondar los sesenta. Los ojos de un azul tan claro y frío como el de un glaciar la consideraron con cierto interés. Sus acompañantes, por el contrario, gesticulaban más y más en un intento de llamar su atención.

Todo en él exudaba calmada firmeza y poder, como si estuviera seguro de que el mundo girara a su alrededor y que pudiera pararlo en cuanto quisiera. Ella retrocedió un paso cuando se detuvieron frente a la puerta. Había personas que transmitían paz con su serenidad, pero ese no era el caso con aquel hombre, quien consiguió que una semilla de un inexplicable terror comenzara a crecer en su interior.

—Vaya, vaya, vaya. Hace mucho desde la última ocasión que coincidimos, doscientos setenta y uno.

Un intenso dolor tras los ojos amenazó con hacerle explotar la cabeza a la mención del número.

—Pe... perdón..., ¿le conozco?

La sonrisa burlona del desconocido no hizo nada por calmarla.

—Y muy bien, me atrevería a confirmar.

Belén retrocedió otros dos pasos y se tocó la sien para calmar la aguda

punzada.

—Debe estar confundido, yo... no lo recuerdo.

La sonrisa del hombre canoso se amplió en una curvatura que no permitía adivinar si estaba complacido o disgustado por su respuesta, aunque el interés en sus ojos adquirió un brillo calculador.

—Su informe. —El hombre estiró la mano en espera de que alguien se lo entregara.

Su petición pareció coger fuera de juego a sus acompañantes. El más bajo de ellos se puso pálido.

—Yo... eh... desconocía que aún tuviera valor para nosotros. Creí que... que solo... iba a venir para interrogarla.

Ella se habría compadecido del pobre individuo que balbuceaba nervioso, si no fuera porque la mueca de desprecio del desconocido hizo que prefiriera que la atención estuviera puesta sobre el otro.

—He dicho que quiero el informe, Enríquez.

—E... está en... en... el... laboratorio, señor. —Los gestos cada vez más ansiosos de Enríquez comenzaron a recordarle a los de una caricatura de dibujos animados.

—¿Y a qué estás esperando para traérmelos?

—Sí, sí... ahora mismo voy, señor. —Enríquez no terminó de hablar cuando ya estaba precipitándose con torpeza a lo largo del pasillo.

Ella se abrazó bajo la inspección de los gélidos ojos azules.

—Abrid la puerta.

Si hubiera podido, Belén se habría fundido con la pared. A falta de espacio, lo único que le quedó fue moverse para dejar un paquete de paja entre ella y los visitantes. La sensación de familiaridad se incrementó de forma paulatina y con ella la sospecha de que era mejor que no averiguara de qué lo conocía.

—¿Por qué la habéis encerrado aquí en lugar de llevarla al laboratorio?

Los hombres que lo acompañaban intercambiaron algunas miradas incómodas, hasta que el mismo que abrió la puerta respondió.

—Como ya le ha informado Enríquez, no le dimos valor de investigación. Era una mera prisionera de la organización.

Los párpados del desconocido se entrecerraron en finas ranuras.

—Creo que me estoy perdiendo algo —dijo con extrema lentitud—. ¿Andrea no nos avisó de que doscientos setenta y uno es lo que entre ellos llaman una *shangrile*? ¿Un tipo de relación que es inexistente entre los

humanos y que para ellos es un emparejamiento vital que puede llevarles incluso a la muerte si su pareja muere? —El hombre comenzó a andar alrededor de los demás, haciendo que agacharan la cabeza y encogieran los hombros, como niños que esperaran un castigo—. ¿Y vosotros decís que solo es una prisionera sin valor de la organización?

—Señor, yo...

El desconocido le dio tal guantazo al que se atrevió a hablar que casi lo tiró, señalándole a Belén que era alguien que no se andaba con chiquitas. Cinco personas y ni uno solo de ellos se atrevió a abrir la boca o a defenderse ante aquel energúmeno.

—Preparadlo todo para un análisis exhaustivo.

Por si no se lo hubiera podido imaginar ya, el que los hombres entraran y colocaran un maletín médico sobre una bala de paja y organizaran el resto de paquetes a modo de mesas y sillas, no pintaba nada bien para ella.

—Siéntate y remángate —le ordenó uno de aquellos hombres con un tensiómetro en la mano.

Segura de que le iba a hacer mucho menos daño dejarse tomar la tensión que luchar contra ellos, Belén obedeció. En el último instante, se acordó del anillo. Se agarró al paquete de paja e introdujo sus dedos entre la maraña para quitarse disimuladamente el anillo y dejarlo allí.

El nudo en el estómago y el dolor de cabeza fue en aumento a medida que uno de aquellos hombres fue sacando pequeños tubos de cristal y una aguja. Odiaba las agujas y odiaba sacarse sangre. Apretó los labios y trató de ignorar el dolor que los músculos agarrotados le producían en la espalda. Podía hacerlo, todo el mundo se sacaba sangre alguna vez, ¿verdad?

El que le acababa de tomar la tensión se apartó y apuntó los datos en una hoja.

—Desnúdate.

Belén alzó sobresaltada la cabeza para mirar al desconocido canoso que la seguía estudiando con una enervante tranquilidad desde la entrada de la celda, como si no hubiera habido nada extraordinario en su orden. No parecía serlo para el resto de los hombres que se encontraban allí por la escasa reacción que despertó en ellos semejante petición.

—Señor. —Enríquez apareció con el informe, que temblequeaba en sus inestables manos casi tanto como su voz.

El *señor* revisó la documentación.

—¿Por qué aún no estás desnuda? —preguntó al alzar la vista de repente.

Los hombres en la celda se giraron hacia ella. Belén tragó saliva y se incorporó para sentirse menos intimidada, aunque no ayudó en demasía.

—No creo que sea necesario. Me podéis hacer las pruebas vestida — argumentó, forzándose a aparentar más seguridad de la que sentía.

Las patas de gallo del desconocido se encogieron haciendo que las arrugas profundizaran.

—Jaume.

Belén se tensó, preparándose para lo peor. No fue suficiente. El más corpulento de los hombres la rodeó con un brazo y le clavó una aguja en la vena del cuello. Poco pudo hacer por escaparse de él. El líquido se extendió como una llama que recorre un rastro de combustible, haciéndola arder en agonía, ni siquiera fue capaz de chillar. Su cuerpo entero se paralizó y el mundo comenzó a girar a su alrededor volviéndose borroso; no le quedó más remedio que presenciar, como si fuera una espectadora sin voluntad propia, cómo aquellos hombres cortaban su ropa en jirones para tenderla desnuda sobre los paquetes de paja sin siquiera preocuparles que esta pinchara y picara o del frío que hacía.

Con el rostro dirigido al techo y sin poder moverse, Belén vio a través del rabillo del ojo cómo el *señor* se acercaba a ella colocándose unos guantes de látex azules.

—Cualquiera diría que ya deberías conocer las consecuencias de no colaborar. —El *señor* se paró a su lado. Belén intentó hablar, pero apenas salió un fino sonido inidentificable. Su corazón latía a mil por hora, golpeando contra su caja torácica como si quisiera huir, igual que ella quería escapar de su cuerpo inerte—. Aunque puede que no lo recuerdes, ¿no? Quizás debería prestarle más atención a la hipnosis en el futuro, podría ser una solución que nos ahorraría el tener que andar con los traficantes de órganos. No me gustan los riesgos que corren, ni el peligro en el que nos pueden meter a la hora de deshacerse de los cuerpos —comentó como si estuviera hablando de la meteorología y se sentó a su lado, haciendo un gesto a sus hombres.

—Señor.

Alguien le entregó una linterna plateada con la que le inspeccionó las pupilas y la boca, repasándole los colmillos con el pulgar, como si esperara que fueran a saltar y crecer de improviso.

—Una lástima. Parece que no te han convertido. Me habría gustado comprobar cómo te hubiera afectado. Cualquiera diría que un vampiro querría que su mujer permaneciera a su lado durante el resto de sus días —murmuró

para sí mismo al inspeccionarle el cuello y los brazos. Cuando llegó a sus pechos, Belén habría querido chillar de dolor por la forma en que se los manoseó sin consideración, sin embargo, casi fue preferible al asco y humillación que sintió cuando su atención cayó sobre el tatuaje que le cruzaba el bajo vientre y pasó sus dedos con una repugnante intimidad sobre sus trazos —. Vaya. Tengo que admitir que ahora está mucho mejor a cómo te lo dejamos en su momento. Me gusta esta solución. Aunque es una pena que cogieras aquella infección. Habría estado dispuesto a sacrificar los ejemplares actuales por poder estudiar el desarrollo de una criatura mitad vampiro. Nunca hemos tenido la oportunidad de comprobarlo, jamás han conseguido traerme un espécimen infantil vivo y los adultos solo procrean con su *shangrile*.

«¡Oh, Dios!».

El médico se puso de pie y le abrió las piernas para colocarse frente ella e inspeccionarla de la forma más humillante posible. La mente de Belén comenzó a llenarse de imágenes inconexas de situaciones similares, de exámenes, laboratorios, de inyecciones que la paralizaban, la hacían vomitar o la hundían en una tortura terrible de la que desconocía si sería capaz de salir con vida, de manos que hurgaban en su interior indiferentes a si le dolía o al bochorno que ella sintiera por lo que le hacían, tratándola como mera mercancía, como una rata de laboratorio, sin ningún valor, ni derecho más allá de los datos que iban anotando en aquellas dichas tablas.

Su cabeza se sentía a punto de estallar y las órbitas de sus ojos dolían tanto que se los habría arrancado de haber podido, pero las imágenes, tan familiares y tan desconocidas a la vez, no dejaron de sucederse como una película de terror de la que no podía escapar.

En cuanto el *señor* acabó de revisarla y de tomar sus anotaciones, regresó a su lado y le acarició la mejilla con un dedo.

—¿Sabes que hoy no he podido terminar de hacerte las pruebas que necesito para comprobar tu movilidad y el estado de tu musculatura? Tampoco has podido responderme a algunas preguntas que necesitaba realizarte —le habló con un tono paternal, aterciopelado, delicado, como quien habla con un ser frágil y apreciado. Belén parpadeó para calmar el escozor en los ojos—. Vendré mañana para acabar las pruebas. No volverás a negarte a hacer lo que te pida, sea lo que sea, y para asegurarnos de que lo entiendes y que no se te olvide, recibirás el castigo que te mereces por no obedecerme. Si se te ocurre volver a negarte a algo que te solicite, te prometo que el próximo castigo será mucho peor. Por tu propio bien, procura recuperar tus recuerdos, porque no

creo que quieras revivirlos. —El desconocido se inclinó sobre ella. Las náuseas la dominaron al sentir su aliento húmedo sobre su piel—. Aunque yo quizás lo disfrute si desobedeces, doscientos setenta y uno.

El *señor* se levantó y antes de salir de la celda le murmuró lo que parecían instrucciones a uno de los hombres.

Belén esperó, tensa, atrapada en su propio cuerpo, el castigo que la esperaba. ¿Iban a violarla? ¿Darle una paliza hasta dejarla inconsciente? ¿Inyectarle algo que la quemara por dentro? Cada idea que se le ocurría le resultaba más aterradora que la anterior. Llegó a un punto en el que deseó que lo que fuera que planeaban hacerle se lo hicieran ya para que pasara de una vez.

Los hombres acabaron de recoger y se fueron, dejándola desnuda pero sola en el silencio de aquel sótano. Belén rezó para se olvidaran de ella o que Cael apareciera antes de que pudiera ocurrir nada más. Supo que no era así cuando oyó cómo los pasos regresaban y que arrastraban algo tras ellos.

CAPÍTULO 27



Él apagó el viejo aparato de vídeo del reducido despacho y permaneció varios minutos más mirando la pantalla negra. Quizás si permanecía así sus neuronas acabarían desconectándose del mismo modo y desaparecerían las escenas que acababa de ver, borrándolas de su memoria. Pero no, por experiencia le constaba que sería algo que jamás sería capaz de olvidar, que aquel horror le seguiría durante sus próximos siglos de vida.

Se pasó una mano por los ojos. Jamás había podido comprender el motivo que se escondía tras la maldad pura. La lucha por la supervivencia o unos ideales sí, sin embargo, lo que contenían aquellas grabaciones era algo totalmente distinto.

Con la vista recorrió la estrecha habitación en la que estanterías repletas de anticuadas cintas VHS numeradas daban paso a un moderno sistema de almacenamiento de datos digitales, cuyas cuatro lucecitas de colores le otorgaban un modesto aire de modernidad.

Si no hubiera sido porque tenía que sacar a Belén y a los niños de allí, le habría metido fuego a aquel sitio. Podría ser que Neva tuviera razón al recomendarle que actuara con la cabeza y no con el corazón. Nadie debería ser testigo nunca más de las humillaciones y barbaridades a las que habían sometido a aquellas criaturas, ni muchísimo menos de sus horribles muertes. Uno debería tener el derecho a morir en paz y en la intimidad, e incluso eso les había sido arrebatado. Sus puños se crisparon y tuvo que hacer el esfuerzo consciente de volver a relajarse y de ignorar el creciente odio que se extendía en su interior.

El ruido al final del pasillo le indicó que era hora de largarse. Ya había

descubierto lo que podía de aquella cámara del horror. Era hora de encontrarse con sus hombres, pasarles el nuevo informe y ponerse al día con los detalles de la planificación del rescate. También tendría que hablar con los críos para que supieran qué tenían que hacer y que no se asustaran durante el rescate. Guardó las cintas en su sitio y se sacó el palo de Neva del bolsillo de la chaqueta para dejar sitio a la agenda que había estado ojeando. Si había algo que tenía claro era que aquellos que habían estado apoyando a la secta en sus actividades no iban a salirse de rositas.

Nada más abrir la puerta del pasadizo para acceder al sótano, Cael supo que algo iba mal. Soltó la comida que llevaba y dudó si transformarse como solía hacer o no. Optó por echar un vistazo antes de tomar una decisión. No tardó en averiguar que la gruesa goma negra que recorría el pasillo era una manguera de agua a presión. El corazón se le detuvo en cuanto cruzó la esquina y descubrió a Belén tirada desnuda en el suelo temblando de manera convulsiva a pesar de su postura rígida.

Se precipitó hasta la celda y la abrió con sus garras. En cuanto llegó a ella, se arrodilló a su lado, indiferente a los charcos que cubrían el suelo. Le alivió sentir su pulso y el murmullo de su mente, no detectó ningún daño mayor, ni el olor a rastros de semen que indicaran una violación. Los únicos signos de su maltrato se hallaban sobre su pálida piel, que había adquirido un tono azulado y estaba exageradamente fría para una humana, además de estar cubierta por enormes manchas rosadas que señalaban la fuerza con la que habían dirigido el chorro de agua helada sobre ella. Cael apretó los dientes. Si hubiera llegado a tiempo, ninguno de aquellos magos habría salido con vida de allí.

«Ca-Cael».

—¿Cielo? ¿Qué te ocurre, por qué no te mueves? —preguntó, agradecido de que pudiera oír sus pensamientos.

«Me... me inyec-taron u-una toxina».

Cael maldijo para sus adentros y la cogió con cuidado en brazos. Buscó a su alrededor sin éxito, no encontró ni un solo hueco seco donde tenderla. El suelo, las paredes, incluso los paquetes de paja sobre los que solía dormir estaban mojados

La llevó al pasillo para tenderla allí.

—¿Qu-qué ha-ha-ces? ¿N-no... vini-ste a... a... salvar-me?

—Primero tenemos que evitar que cojas una pulmonía. —Cael se sentía

incapaz de mirarla a los ojos—. Ven, vamos a ponerte mi ropa. Necesitamos que entres en calor.

Preparándose para argumentar, no supo si estar aliviado o preocupado porque ella no rechistara. Se quitó la chaqueta y la camiseta y rezó para que aún conservaran algo de su calor. Belén no protestó cuando le puso la ropa y tampoco lo hizo al envolverle las piernas inertes con un saco y acostarse a su lado para abrazarla.

Cael cerró los párpados e inspiró con fuerza, concentrándose en el suave aroma a jabón, que contrastaba con el del apestoso saco. La simple idea de que su mujer tuviera que sobrevivir en aquellas condiciones le formó un nudo en el estómago. Tenía que haberla rodeado de los lujos y los placeres que venían con su estatus y condición social, en lugar de ello, la estaba dejando malvivir en aquella pocilga, exponiéndola a peligros que podían costarle la vida.

Comenzaba a comprender su afán por coleccionar joyas valiosas y su necesidad por venderlas para conseguir dinero. Con lo que había descubierto sobre los críos del orfanato, ¿quién era él, que se había criado como príncipe, para juzgar a una niña a la que enseñaron a sobrevivir en las peores circunstancias?

Se sintió culpable por todas las ventajas de las que había disfrutado como el hijo de un rey. Sí, había tenido que enfrentarse a los desafíos y los duros entrenamientos a los que lo sometía su padre, a él y a sus hermanos, pero jamás le había faltado el apoyo de su familia; con respecto a cualquier penuria a la que lo exponían en pro de su entrenamiento y fortalecimiento, poseía la certeza de que tendría un final en cuanto superara la prueba. Ni Belén ni aquellos niños habían podido saber jamás si habría un término a su sufrimiento y, para la mayoría, el único final era su muerte.



El lobo supo el momento exacto en el que despertó su *shangrile*. No solo se alteró el rítmico latido de su corazón, que había estado controlando durante la última hora, sino que su cuerpo entero se puso rígido bajo él.

Alzó la cabeza para estudiarle la cara, que había recuperado parte de su tono habitual. Ella revisó el sótano con la mirada, sin intentar quitárselo de encima como había esperado.

—¿Cael se ha ido? —La voz de Belén salió en apenas un ronco susurro.

El lobo asintió. Por primera vez en los últimos días, fue testigo de cómo se vino abajo y comenzó a llorar. Cuando gimoteó preocupado y la rozó con su hocico, ella lo abrazó para sollozar de forma más desconsolada aún. Impotente, el lobo permaneció quieto esperando a que se calmara.

«No llores, cielo». Quiso aullar. Habría dado cualquier cosa para que ella pudiera oírlo en su mente, sin embargo, su única opción era que él se transformara.

No quería privarla del calor de su pelaje, pero, sobre todo, temía su reacción en cuanto descubriera quién era en realidad. Era consciente de que tarde o temprano tendría que contárselo y asumir las consecuencias de sus mentiras. ¿Cómo iba a tomarse que no hubiera movido ni un dedo para liberarla durante aquellos días? Después de todo lo que había pasado ¿sería capaz de perdonarle? Lo desconocía. Aquel no era el momento de que descubriera la verdad. No podía arriesgar su rescate y era demasiado tarde para retroceder. Faltaba muy poco para que pudieran irse, solo tenían que esperar el aviso de Malael y, en nada, todo habría acabado y ella estaría segura.

Belén tardó una pequeña eternidad en calmarse, seguía soltando algún sollozo de cuando en cuando, si bien los dedos agarrotados en su pellejo se habían relajado. No le importó que se secara las mejillas mojadas en su pelaje, ni siquiera le habría importado que se sonara la nariz con tal de que dejara de llorar con el corazón encogido.

Después de un rato, lo sorprendió tomándole con ambas manos de la cabeza y obligándole a mirarla.

—Gracias. Gracias por haberte quedado aquí conmigo y haberme cuidado. —Belén apretó los labios y hasta su barbilla se encogió temblorosa como si quisiera ponerse a llorar de nuevo, cerró los ojos para inspirar en profundidad —. Jamás esperé que Cael fuera a abandonarme aquí sin más. Sé que no nos llevábamos bien y que le molestaba que yo no fuera una de sus complacientes putas cortesanas, pero... —Ella se apretó el puente de la nariz, cerca del lagrimal, como si con eso pudiera cortar las lágrimas que pujaban por salir. Bufó—. ¿Qué clase de vínculo del alma es eso de la *shangrile* si la dejas a su suerte, sin importarte que acabe muriendo en un antro como este?

Fue el turno del lobo de apretar los ojos y apoyar la cabeza en su hombro.

«¿Cael? ¿Qué ha pasado?», el tono de Malael dejó patente su preocupación.

Cael no se giró hacia la ventana.

«No lo sé. Han atacado a Belén con un chorro de agua. Debe de haber sido algún tipo de castigo o amenaza para que confiese lo de las joyas o que les diga dónde estoy. ¿Los hombres están listos para ayudarme? No podré luchar con ella en brazos y necesito algo de ropa, cogerá una pulmonía si no consigo que entre pronto en calor. —Ante la ausencia de respuesta por parte de Malael, el lobo miró por encima de su hombro—. Ni trates de decírmelo —masculló sin ocultar su disposición de matar a alguien».

«Hemos tenido un pequeño percance estratégico que ha cambiado nuestros planes. La hora del rescate se atrasará a dos horas antes del amanecer. Necesitamos sacaros a vosotros y a los niños de una sola vez».

«¿Os habéis vuelto locos? —El lobo no hizo nada por calmar su ansiedad—. Ese tiempo es muy justo para organizar los traslados en el caso de que surja algún obstáculo».

«Es el tramo horario más seguro. No se esperarán que hagamos nada tan cerca de la salida del sol. Su vigilancia suele ser más activa a primera hora de la noche y será muy difícil sacar a tantos críos sin que alguno se asuste y haga saltar las alarmas».

El lobo quiso negarse. No quería permanecer allí ni un solo minuto más, pero tampoco quería arriesgar el rescate de los niños.

«No intentéis hacerme una jugarreta y tratar de que me quede más noches. Es esta y ni una más, te lo advierto».

«Te lo prometo, lo tendremos todo planificado para sacaros de aquí en cuanto estén dormidos y podamos cogerlos desprevenidos. En unas horas te avisarán para que te acerques a la entrada del túnel para recoger a los hombres que te ayudarán con los pequeños de este edificio».

Pese a sus palabras, el lobo no acabó de sentirse tranquilo.

«Consígueme algo de ropa y mantas para cubrirla».

Malael asintió.

«Tengo que irme, enviaré a alguien».

El lobo no contestó. Ya no le quedaba nada por decir. Con el hocico le apartó a Belén un rizo húmedo de la frente. Se había quedado dormida. La palidez extrema acentuaba las enormes ojeras violáceas y los labios azulados y revelaban que su sueño intranquilo se debía a que había caído exhausta.

Le preocupaba la operación de rescate. Después de los vídeos que había visto hoy, él más que nadie quería sacar a los críos de las garras de aquellos sádicos enfermos mentales, pero Malael no había tenido en cuenta un detalle

primordial, ¿qué ocurriría si volvían a por Belén antes de la hora prevista?

Por su parte, había llegado a su límite. Si alguien volvía a ponerle a su mujer un solo dedo encima lo mataría. No le importaba que tuviera que pasarse el resto de la noche huyendo a través de los túneles subterráneos de la ciudad. Su *shangrile* ya había pasado por demasiado como para aguantar ni una más.

CAPÍTULO 28



El lobo gruñó ante el aumento del frío a medida que se acercaba el amanecer. Bajo él, Belén seguía estremeciéndose de tanto en tanto.

De repente, los pelos de su lomo se erizaron e incluso antes de que pudiera girarse presintió que algo o alguien acababa de pasar a través de las rejas de la ventana.

Sin pensar, saltó en la dirección de la que provenía el peligro para atacar y proteger a su mujer de lo que fuera que hubiera llegado. Agazapado, con el pelaje del lomo de punta y mostrando los dientes con un amenazante gruñido, tardó en identificar la figura etérea que fue tomando forma en la celda. El lobo se transformó en cuanto la reconoció.

—¿Neva?

La silueta casi fantasmal era incluso más pálida y transparente que en su última visita. Ella asintió y echó una ojeada a Belén, que no paraba de temblar y que, ante la repentina ausencia de calor, había comenzado a convulsionar de una manera tan violenta que temió que fuera a dañarse. Cael la tomó de inmediato en sus brazos y la sentó sobre su regazo para abrazarla.

—¿Has venido a sacarla de aquí? —preguntó.

A pesar de haber accedido a esperar hasta el rescate, que Belén siguiera igual le preocupaba.

La mirada de Neva se llenó de compasión.

—Podría. El hechizo de seguridad del edificio no puede detectarme en este estado, aun así, ¿estás seguro de que quieres hacerlo? ¿No crees que ella necesita que seas tú quién la salve?

Cael apretó la mandíbula, le bastó un vistazo al rostro pálido de Belén con los ojos aún hinchados y enrojecidos de sus lágrimas para tomar una decisión.

—Su seguridad es lo primero. Si me odia por ello, que así sea.

—¿Y los niños?

Cael apretó los ojos, apoyó la frente contra la de Belén y la abrazó con fuerza.

—No tiene por qué afectar a su rescate. Quizás incluso resulte más fácil llevarlo a cabo si no tengo que preocuparme de ella.

—Los matarán y eliminarán cualquier rastro en cuanto noten que habéis descubierto lo que están haciendo y que tenéis acceso a esta casa.

—¿Qué sabes tú de eso? —preguntó Cael, de repente alertado.

La mirada de Neva cayó sobre Belén.

—Podría decir que el consejo me ha mantenido informada, pero sería una verdad a medias. ¿Crees que os entregué a vuestras *shangrile* sin conocer quiénes eran ni de dónde venían?

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—He estado en su mente. —Señaló a Belén con la barbilla—. Me he metido incluso en los lugares más oscuros y sellados. ¿No te ha llamado la atención que haya partes de su infancia y juventud que no sea capaz de recordar? ¿Que faltan tramos completos de su memoria?

Por primera vez en la noche, el frío le llegó hasta los huesos, aunque era uno muy diferente al que habían traído la madrugada y Neva consigo.

—Háblame claro.

—Ella fue una de esas criaturas en las jaulas.

—¡Imposible! Es una humana normal y corriente, no tenían motivos para encerrarla. —Cael estaba dispuesto a agarrarse a un clavo ardiendo con tal de no imaginarse a una pequeña e indefensa Belén agazapada en una de esas diminutas jaulas, sometida al hambre y a aquellas muestras de crueldad.

—¿Estás seguro? ¿No será que las torturas a las que la sometieron consiguieron hacer que odiara su don y que lo haya enterrado en lo más profundo de su ser, con tal de no tener que volver a sufrir?

—No lo entiendo... ella lleva todos estos días pensando y recordando cosas sobre lo que le ocurría en el orfanato y solo he detectado su miedo a la oscuridad, su soledad y la disciplina severa que aplicaban a los críos.

Neva le sonrió con tristeza.

—Hay mucho más de lo que imaginas. Tienes razón en interpretar que a los magos solo les interesaban los niños con dones o habilidades especiales o genes notoriamente diferentes a los humanos. Cuando comprobaron que con las torturas ella solo los escondía más y más, intentaron cogerla desprevenida. La

traían al laboratorio drogada y la dejaban así durante semanas hasta que la devolvían al orfanato como si nada hubiera pasado. En una de aquellas ocasiones cogió una infección de útero, tuvieron que extirpárselo y perdió el valor que tenía para ellos.

—¡Diosa! —A Cael le costó trabajo asimilar esa realidad.

—Bueno, se acabaron las chácharas. El amanecer se está acercando y no queremos que ella muera por una pulmonía antes de que ocurra.

—Nos vamos contigo. —Cael se levantó con Belén en brazos, más decidido que nunca a llevársela de allí.

—No —le advirtió Neva—. Ella no podrá ser quien está destinada a ser hasta que no consiga superar su pasado.

—No le servirá de nada superar su pasado si no sale de aquí —masculló Cael. Ignorándolo, Neva se dirigió a los paquetes de paja que Belén solía usar de lecho, congeló los sacos que usaba de y la manta y luego las sacudió con fuerza, haciendo que miles de minúsculos copos de hielo cayeran ruidosamente al suelo. Las colgó en los barrotes y tomó la ropa de Belén. Cael tensó la mandíbula al comprobar que estaba rajada. Neva la tiró a un rincón.

—Con las balas de paja necesitaré tu ayuda —le advirtió Neva.

Reticente, Cael soltó a Belén sobre el suelo y la tapó con las mantas secas que había dejado en los barrotes antes de dirigirse a sacudir los paquetes de paja que Neva ya había congelado. No supo muy bien por qué le pedía que la ayudara. Estaba convencido de que era capaz de hacerlo sin él, pero sospechaba que tardaría más tiempo en discutir que en obedecer.

Con pesar, apartó la caja de bombones estropeada y guardó los zapatos de tacones que Belén había mantenido escondidos. Al oír un choque de algo pequeño contra la piedra, se agachó a cogerlo. Miró el anillo que le había regalado la noche en la que la encontró en la fiesta. «¡Diosa, habría tanto que cambiaría si pudiera regresar al pasado!».

—¿Confías en mí, Cael?

Él se metió el anillo en el bolsillo del pantalón. No podía mentirle a Neva y tampoco quería hacerlo.

—Todo lo que puedo —admitió.

La carcajada triste de Neva reverberó contra las paredes.

—Ambos necesitáis salvar a esos huérfanos. Ayudaré a Malael con la planificación y dejaré que Zadquiel os ayude a conseguirlo.

Cael la estudió.

—Tú podrías salvarlos con tu dedo meñique sin que nadie salga herido y

ponerlos a salvo.

La débil sonrisa de Neva estuvo llena de pesar.

—Es posible, pero Belén necesita que seas tú quien la rescate y que reciba la impresión de que ha ayudado a salvarlos, y yo necesito que Zadquiel os ayude y que conozca a esos niños.

Antes de que pudiera interrogarla sobre lo que acababa de soltar, la figura fantasmal se convirtió en una nube de copos de nieve y desapareció a través de la ventana, que se cubrió con una fina capa de hielo interrumpiendo la fría corriente de aire.

Sin planteárselo mucho, Cael corrió junto a Belén, la llevó a su celda y la enrolló con la manta, antes de volver a transformarse en lobo y cubrirla con su calor.

En aquella ocasión funcionó y no tardó en dejar de temblar. Con el rítmico latido de su corazón y la respiración tranquila de fondo, el lobo siguió reflexionando sobre lo que Neva le acababa de revelar y cómo encajaba con lo que ya había descubierto por sí mismo. Cayó en la cuenta de que había algo más que debía hacer antes de que llegara la hora de marcharse de aquella casa. Algo para lo que era fundamental que encontrara el tiempo y el modo de hacerlo sin poner en peligro el rescate: debía destruir todas aquellas cintas y con ellas el infierno pasado de Belén.

CAPÍTULO 29



Se acercó a Belén con cuidado, no queriendo asustarla, pero en cuanto le tocó el hombro, recibió un puñetazo tan enérgico que, de haber sido humano, probablemente hubiera perdido el ojo.

«¡Maldita sea!, ¿no se suponía que se tenía que haber encogido asustada sobre sí misma o haberse alegrado de verme?».

—¿Cael? —Belén se sentó de forma precipitada, con los ojos abiertos llenos de sorpresa.

—¿Sabes? Creo que necesitamos hacer algo con tus recibimientos —masculló Cael con sequedad al revisarse el párpado con la yema de los dedos.

—¿Qué haces aquí?

—Es la hora de irnos.

—¿Has venido a rescatarme? —A ella pareció que le costara trabajo creérselo—. Pensé que me habías dejado abandonada y que sería Malael quien acabaría viniendo a por mí. —De repente, entrecerró los párpados y lo estudió llena de sospecha—. Es él quien te ha obligado a venir, ¿verdad?

En la mandíbula de Cael se movió un músculo.

—Tómame este zumo y come algo. No podemos permitirnos el lujo de que te dé una bajada de azúcar —le indicó entre dientes, dejándole un *tetrabrik* pequeño y un paquete de galletas de chocolate.

Ella los contempló con extrañeza, pero no perdió el tiempo para meter la cañita y tomar un largo trago, que acabó con un sonido satisfecho.

—¿Por qué sigues sin camiseta?

—Eh... no tuve la oportunidad de ir a por ropa —explicó Cael rascándose la nuca, aunque el que ella intentara no mirarle el pecho le obligó a ocultar una sonrisa.

—¿Dónde está el chucho? —Belén bajó la mano con la que sujetaba la galleta e inspeccionó el entorno.

Risas bajas resonaron en el exterior de la ventana, tan bajas que ella no pudo oírlas. Cael frunció el ceño y se cruzó de brazos. Le halagaba que se acordara de él, sin embargo, ¿era necesario que lo siguiera insultando, sin importar dónde, ni quién fuera testigo?

«Como no os dejéis de reír ahora mismo ahí afuera, os garantizo que en la próxima sesión de entrenamiento os convierto en pulpos a los dos».

—Podrás verlo luego —gruñó Cael enfadado con las nuevas carcajadas que resonaron por parte de sus hermanos Malael y Zadquiel.

La duda apareció en los ojos verdes, pero Belén alzó la cabeza y cruzó los brazos sobre el estómago.

—No me iré sin él.

Incrédulo, Cael alzó ambas cejas. ¿Se había vuelto loca? Consideró la posibilidad de confesarle la verdad, sin embargo, viendo el brillo combativo con el que lo retaba a un enfrentamiento cambió de opinión. El comprobar que había dejado de oír sus pensamientos fue un motivo añadido para mantener su secreto. El lobo era su única forma de poder acercarse a ella y protegerla si fuera necesario sin que ella se pusiera a la defensiva y lo apartara.

—¿Prefieres quedarte aquí prisionera por ese lob... viejo... chu... —Cael carraspeó y se pasó una mano por el cabello—, animal, a aprovechar la oportunidad de liberarte?

Ella lo contempló muy seria y, por un momento, creyó reconocer el dolor en los ojos femeninos, pero desapareció tan pronto como había aparecido.

—Ese viejo animal, como tú lo llamas, es el único que se ha quedado junto a mi y me ha cuidado a su manera cuando a nadie más le preocupaba. No voy a abandonarlo ahora. Prefiero buscarlo y tratar de escapar con él. Ya me has abierto la cancela. Puedo apañármelas sola a partir de aquí.

«Tengo que admitir que tu mujer acaba de sorprenderme. Pocos humanos tendrían ese nivel de lealtad y mucho menos hacia lo que ella cree que es un perro».

«¿Podrías no meteros en una conversación privada, Malael?», lo riñó Cael, sin embargo, no pudo evitar sentir una pizca de orgullo.

—¿Y si no lo encontraras? ¿Y si tu chucho ya se hubiera ido sin ti?

Ella tragó saliva.

—Él no me abandonaría —murmuró, aunque su voz ya no sonó tan segura como antes.

Cael la podría haber puesto contra la espada y la pared, podría haber derrumbado toda su creencia o incluso la podría haber forzado a acompañarlo, pero comprendió que más allá de un deseo por poder confiar en el lobo, para Belén era una necesidad fundamental el tener algo o alguien en quien confiar. Arrebatarle aquella ilusión se le hacía cruel y la idea de que tarde o temprano tendría que hacerlo añadió un enorme peso a sus hombros.

¿Le perdonaría cuando descubriera que había estado engañándola durante aquel tiempo?

—De acuerdo. —Asintió. Comprobar la sorpresa en los ojos verdes, como si diera por hecho de que él siempre iba en su contra, dolió—. Con una condición. Buscaré a tu maldito chucho mientras vamos a rescatar a los críos, si tú esperas en el túnel de escape con dos de mis hombres. En cuanto llegue el animal o si ocurriera algo, te largarás sin mirar atrás.

—No creo que...

—No hay negociación en esto —insistió con firmeza—. Si el lob... animal regresara aquí, te localizaría siguiendo tu olor, y si ocurriera algo, será más fácil para él escapar y defenderse solo a que si tuviera que preocuparse por ti, ¿o prefieres ponerlo en peligro?

Ella negó sin titubeo.

—Huiré si ocurre algo, lo que no quita que vaya a ir con vosotros a por los niños.

—No. El trato es que esperes en los túneles —insistió Cael cruzándose de brazos.

De repente, Belén se detuvo y frunció el ceño.

—Por cierto. ¿Cómo sabes lo de los huérfanos?

«Cuidado con lo que revelas. No conviene entablar una discusión justo ahora», le advirtió Malael.

«Gracias, hermano por recordármelo. Cualquiera diría que esto es por tu culpa y la del maldito consejo», masculló Cael lleno de sarcasmo.

—Hemos estado investigando esta casa y el orfanato para planificar el rescate —contestó en voz alta, procurando no mentirle a Belén más de lo que ya había hecho.

—¿Y los niños te conocen a ti y a tus hombres? Si no es así se asustarán y comenzarán a tratar de escapar y defenderse. Si voy yo, es más probable que colaboren y que os sigan.

Cael fue a protestar y a informarle que le conocían, pero cerró la boca justo antes de meter la pata.

«Tiene un punto con eso —intervino Malael—. Si comienzan a chillar o se escapan en dirección contraria, pondrán en peligro el rescate y, si hay una lucha, pueden salir heridos. Incluso los que no la conocen se sentirán menos intimidados por ella que por nosotros».

Cael apretó los dientes.

«Me conocen a mí».

«A nosotros no», intervino también Zadquiel.

Cael entrecerró los ojos, no supo si sentirse contento o molesto porque ella fuera de las pocas personas en ambas dimensiones que nunca se asustaba de él.

—Nada de hacerte la heroína, ni cometer ninguna locura —la avisó malhumorado.

Ella bufó.

—Te equivocaste de mujer. No nací para ser heroína.

«¿Estás segura?».

CAPÍTULO 30



A medida que Cael fue portándola a su espalda a través de los tenebrosos pasadizos enormes arañas marrones, cucarachas y otros bichos, en los que prefería no pensar siquiera, iban apartándose del camino que abría el brillante foco de la linterna.

En un principio, había tenido sus dudas sobre el hecho de que Cael insistiera en que ella llevara su chaqueta, sobre todo, porque sentir el calor de su piel bajo sus manos y entre sus muslos era un suplicio, pero estuvo cada vez más agradecida de que lo hubiera hecho y de tener la chaqueta sobre su cabeza protegiéndola de las gigantescas telarañas.

También era un alivio el no haber insistido en acompañarlo por sus propios pies. Que estuviera descalza obviamente había influido, sin embargo, por mucho que le molestara admitirlo ante él, sus piernas seguían estando débiles e inestables y jamás habría podido seguirle a aquella velocidad.

Cuando Cael giró en una esquina, ella apretó los muslos alrededor de su cintura para no resbalarse e intentó no reparar en la sensación de piel contra piel, aunque hasta cierto punto resultaba reconfortante y la hacía olvidar la irresistible necesidad de rascarse por todos lados para deshacerse de lo que esperaba con todas sus fuerzas fueran solo las patitas de insectos fantasmas, productos de su mente sugestionable.

—¿Estás seguro de que era necesario coger este camino?, ¿o lo has elegido solo para joderme? —masculló entre dientes procurando abrir la boca lo menos posible, no fuera a metérsele algún bicho.

—¿Habrías preferido una visita social a los magos y que les hubiéramos pedido permiso para salir a dar un paseo? —espetó Cael de un humor que no era mucho mejor que el suyo propio.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que no te tropezarás con alguno aquí? Si es una emboscada no tendrás sitio para defenderte con lo estrecho que es todo.

—Los magos no... —Cael carraspeó—. En ese caso, esperemos que no haya nadie —terminó como si hubiera cambiado de opinión sobre lo que había estado a punto de decir.

Belén apretó los labios. ¿Tenía que tratarla siempre de aquella manera tan despectiva?

Antes de que tuviera ocasión de ponerlo en su lugar, se paró frente a una extraña señal dibujada en el muro y de alguna forma consiguió que este se abriera para dejarles paso a un túnel diferente, mucho más amplio, por el que atravesaba un canal de agua pestilente que la obligó a taparse con rapidez la nariz.

Jadeó cuando la luz de la linterna cayó sobre un grupo de hombres vestidos de negro. Enseguida algunos de ellos encendieron linternas que portaban en un arnés sobre sus cabezas.

—¡Zadquiel! —Sin bajarla al suelo Cael atrajo a su hermano a un abrazo que debió dejarlo sin aliento y que a ella la obligó a sujetarse a él con fuerza para no resbalarse por su espalda, lo que la dejó en una postura incómoda, tanto por el desacostumbrado despliegue de cariño de Cael como por la cercanía con Zadquiel—. ¡Me alegra que Neva te haya permitido acudir en nuestra ayuda! ¿Qué le ha pasado a tu melena de seductor intelectual?

Belén se preguntó lo mismo al contemplar la franja blanca que destacaba contra el resto de su cabellera negra. Zadquiel le ofreció una sonrisa forzada y se limitó a encoger un hombro.

—Sería demasiado largo de explicar.

Sin poder verle el rostro, fue el largo silencio de Cael lo que le indicó que era muy probable que estuviera usando con su hermano una de esas intensas miradas que parecían atravesarte el cráneo.

—¿Te encuentras bien? —Cael reajustó a Belén sobre su espalda.

—Todo lo bien que puedo estar. —El tono de Zadquiel dejó claro que no pretendía facilitar mayor información al respecto.

Belén sintió bajo sus palmas cómo Cael infló el pecho en un silencioso suspiro, pero de cara a la gente asintió y puso una mano sobre el hombro de su hermano.

—Esperaba que estarías en el orfanato y que sería Malael quien vendría para echarle una ojeada al complejo que tienen aquí montado.

—¿Con esa cantidad de enanos? Ni loco.

—¿Desde cuándo te disgustan los niños? —Cael parecía sorprendido.

—Desde que soy prisionero de una que hace por cientos —masculló Zadquiél al apartar la mirada.

La llegada de un nuevo grupo de hombres a través de los estrechos pasadizos que acababan de dejar los interrumpió e impidió que Belén pudiera preguntar acerca del complejo que estaban mencionando. Cael y Zadquiél se apartaron para dejarles sitio en el túnel.

Sus dedos se agarrotaron sobre los hombros desnudos de Cael al encontrarse de frente a los ojos rojos y brillantes que relumbraban en la oscuridad del pasillo, este no se quejó y se limitó a darle un tranquilizador apretón en la pantorrilla. Belén tragó saliva cuando uno de aquellos hombres recién llegados se acercó. Al entrar en la zona iluminada, descubrió que sobre su espalda llevaba a Mayca y los que le seguían, a Pablo y una niña que se agarraba a su porteador de la misma manera aterrada con la que ella se agarraba a Cael.

—Aaron. ¿Cómo vamos? —Cael dio un paso hacia el hombre de ojos rojos y le ofreció la mano.

—Todo el mundo está colocado en su puesto. En exactamente veintitrés minutos comenzarán la extracción, por lo que deberíamos iniciar la nuestra en un máximo de veinte. Así, si han sonado las alarmas en el orfanato y comienzan a repicar también en la mansión de los magos, las dobles alarmas crearán una situación de confusión que nos facilitará la salida sin una resistencia desmedida.

Conforme el desconocido fue hablando, la tersura de su oscura voz fue recorriendo la piel de Belén como una caricia que acabó en un placentero estremecimiento. Cael gruñó por lo bajo y Aaron apartó el rostro con un tic en los labios, sus ojos rojos se posaron sobre ella, como si hasta ese momento no la hubiera visto.

—Señora... —Aaron se inclinó ante ella—. Es un placer conocerla al fin en persona.

Los gruñidos de Cael se intensificaron hasta el punto de que hacían que Belén vibrara con ellos de los pies a la cabeza. Aunque no fue eso lo que la sacó de su fascinación por la sensual voz, sino los ojos asustados de Mayca, Pablo y la nueva niña, que estrujó una horrenda muñeca contra su lindo rostro, como si el juguete fuera a protegerla.

—¡Deja de asustar a los niños! —espetó con un cabreo del quince,

soltándole a Cael un manotazo sobre el pecho.

Él se controló de inmediato, aunque la tensión en sus músculos no desapareció. Aaron le mostró una amplia sonrisa, con la que ella no pudo dejar de admitir que, si no hubiera sido por los colmillos, algo más cortos que los de los vampiros, y los ojos rojos, habría sido un hombre muy, muy atractivo. Tanto que, sin duda, habría girado el cuello al pasar por su lado en la calle para apreciar mejor su piel aceitunada y su rostro, que resultaba aristocrático a pesar de sus rasgos angulosos.

Cael se movió con tanta rapidez para acercarse a los pequeños, que Belén temió acabar despatarrada en el suelo.

—¿Estáis bien?

A la pregunta de Cael, Mayca puso un pequeño puchero y para sorpresa de Belén, hizo un gesto que indicó que quería lanzarse a sus brazos, como si lo conociera de toda la vida en lugar de verlo por primera vez.

—Puedes bajarme —ofreció Belén, aunque al fijarse en la negrura que cubría lo que debían de ser adoquines, no estaba muy segura de que de verdad quisiera que la dejara descalza sobre tanta mugre acumulada.

Fue Zadquiel quien pareció adivinar lo que pasaba por su mente y quien se acercó a ella con una bolsa de plástico.

—Aquí hay ropa y unas botas. ¿Quieres que te ayude a ponértelas antes de bajar al suelo?

Fue Cael quien contestó por ella.

—Saca la ropa y ponle la bolsa en el suelo para que pueda pisarla. Tendrá que vestirse antes de calzarse.

Belén apretó los labios para no indicarle que era lo suficiente mayorcita como para poder responder por ella misma.

—Ya puedes bajarla —advirtió Zadquiel apartándose para que ella pudiera deslizarse al suelo.

En un principio, Belén creyó que la repentina oscuridad a su alrededor se debía a que estaban iluminándole la bolsa de plástico que crujía bajo sus pies. No tardó en notar que las luces estaban dirigidas muy por encima de donde se suponía que debían enfocar de ser así. Tan encima que con su visión sobrenatural aquellos hombres debían de estar contando todas y cada una de las puntadas que recorrían el borde de la camiseta que Cael le había dejado. El gruñido de este reverberó en el túnel al mismo tiempo que el de ella en sus pensamientos. Sin embargo, el blanco de sus piernas no dejó de deslumbrar hasta que Cael se colocó delante de ella.

—Cael, quítate.

—Ya puedes vestirme —le indicó él sin girarse.

—Me vestiré cuando me dé la real gana, ¡quítate! —Esperó a que Cael la mirara por encima del hombro con los colmillos extendidos—. ¡Y deja ahora mismo de asustar a los niños!

—No creo que quieras que me quite —masculló Cael tan bajo y lento que estuvo a punto de preguntarle si pensaba que ella tenía las neuronas congeladas.

—Y yo no creo que quieras contradecirme. Llevo una semana encerrada en una mierda de celda sin un baño decente y aguantando un abuso tras otro, créeme, estoy más harta de lo que te puedas imaginar —siseó ella de regreso al arrebatarle irritada la linterna.

Cael titubeó, hasta que acabó apretando la mandíbula y poniéndose la camiseta que le ofreció Zadquiel antes de dirigirse hacia Mayca.

—Ven, preciosa, no os haré nada.

Mayca no dudó en lanzarse a sus brazos.

Con las manos en las caderas, Belén se enfrentó a los hombres, de los que únicamente pudo apreciar el brillo de sus dientes en la oscuridad mientras seguían alumbrando sus piernas.

Belén chasqueó un dedo a la altura de su cabeza y acabó por entrecerrar los párpados cuando todas las linternas le enfocaron la cara. Enseguida algunas luces se apagaron o disminuyeron el brillo.

—Cualquiera diría que tenéis edad para tener un poco más de educación y cortesía hacia una mujer que acaba de pasar una de las peores semanas de su vida, pero imagino que por eso se suele usar el término «viejo verde», porque eso es lo que, en definitiva, me estáis demostrando que sois. Un puñado de viejos babosos sin educación que deberían estar enterrados a tres metros bajo tierra con una lápida que advierta a los visitantes que tengan cuidado de no tropezarse con vuestras pollas arrugadas y decrépitas.

—Si alcanzan a tres metros, no deben de estar tan arrugadas y decrépitas —murmuró uno de los hombres, consiguiendo que en las paredes del túnel reverberaran algunas carcajadas bajas.

Ella enfocó la linterna a sus rostros, consciente de cuanto debía de molestarles a sus sensibles ojos, y esbozó una calmada sonrisa.

—Nadie mencionó que seguirían unidas a vuestros cuerpos. Yo había pensado más bien en atravesarlos con uno de esos largos palos que se usan para hacer brochetas, metida justo en el agujerito de la punta —Belén ignoró

los gimoteos masculinos—... para que cuando os la corte con una tijera vieja y oxidada, los que la vean puedan seguir apreciando lo que es a medida que se vaya secando y encogiéndose. —Que algunos se pusieran la mano en la entrepierna como si quisieran proteger sus joyas de la corona ante la horripilante propuesta hizo que ella no pudiera resistir la tentación de continuar—. Además, creo que Neva estará encantada de mostraros una lección en cuanto se entere de vuestra desfachatez hacia mí. Ahora que lo pienso, quizás en lugar de enterraros, deberíamos sacaros los ojos de las órbitas para unirlos a vuestra pilila con unos alfileres. Seguro que hará un gracioso monigote que podremos meteros en la boca. ¿Os imagináis cómo disfrutará el público al ir a veros y descubrir qué se asoma por vuestras bocas?

La cueva permaneció en un profundo silencio hasta que Mayca, sentada sobre el brazo izquierdo de Cael, se inclinó para murmurarle al oído.

—¿Qué es una polla? ¿Y por qué quiere ponerle unos ojos a la pilila de esos hombres?

CAPÍTULO 31



«¡Mierda, los niños!» El rostro de Belén se contrajo como si acabara de morder un limón y un ardiente calor invadió sus mejillas. Cael por su parte esbozó una lenta sonrisa.

—Es para dejarles claro a esos estúpidos fantoches que no por ser mujer tiene que aguantar su falta de modales y que la traten como un objeto. Es la prometida de uno de sus superiores, que podría dejarlos colgados en la plaza del pueblo hasta que les salgan canas y, encima, es la protegida de una bruja muy poderosa a la que no le gusta que se infravalore a las mujeres.

—¿Hay brujas de dónde venís? —Pablo lo miró boquiabierto.

—Las hay, pero no debéis preocuparos. Neva es una niña como vosotros y seguro que también os protegerá —se apresuró a aclararles Cael.

Zadquiel, a su lado, se cruzó de brazos y apartó la vista.

—Creo que la cosa ha quedado clara. Tenemos que irnos. Se nos está echando la hora encima —mencionó con frialdad.

Aliviada de no haberle tenido que contestar a la niña, Belén no perdió el tiempo en seguir la sugerencia de Zadquiel. Si alguien tenía ganas de largarse de aquel sitio era ella.

—¿Me coges la linterna? —le pidió a Pablo, que de inmediato acudió en su ayuda.

Aaron le guiñó un ojo antes de girarse, al igual que habían hecho el resto de los hombres, que ahora se miraban las manos o los pies con gestos incómodos y forzados.

Apoyándose en Pablo, Belén se puso el pantalón cargo que le había entregado Zadquiel y dobló los bajos para no arrastrarlos. Cuando Cael se acercó a ella con una niña en cada brazo, se forzó a dirigirles una sonrisa.

—Hola, bonita. A ti no te conozco aún. ¿Cómo te llamas?

—Carmen.

A Belén le entraron ganas de cogerla en brazos, achucharla y calmarla al detectar el miedo en su hermosa voz.

—Es un nombre precioso, al igual que el de Mayca. Yo me llamo Belén.
—Procuró seguir hablando mientras se apretaba el cinturón del pantalón y se ponía los calcetines y las botas dos tallas demasiado grandes—. Ya —avisó al incorporarse.

—Recoge la bolsa y guárdatela en el bolsillo, bien arrugada para que no haga ruido al moverte. Queremos dejar el menor rastro posible —le explicó Cael—. ¿Listos? —preguntó al girarse hacia los hombres.

—Vamos justos. Quedan ocho minutos —avisó Aaron.

—Recuperaremos tiempo cargando con ellos a la espalda —decidió Cael—. Cielo, necesito que volváis con vuestros porteadores. Se asegurarán de que no os pase nada y yo iré justo delante de vosotras —les aseguró a Mayca y Carmen ante el traidor temblor en sus labios.

Belén siguió embelesada su forma de tratar a las niñas. Jamás se hubiera imaginado a Cael como una figura paterna. Apartó la mano de la cicatriz de su vientre en cuanto se percató de que se la estaba tocando.

—Iré andando —le informó a Cael al dirigirse hacia ella.

—¿Prefieres ir sobre mi hombro como un saco de patatas o montarte en mi espalda a horcajadas? Son las únicas dos opciones que tienes para elegir. Tú también, Pablo —le advirtió al chico cuando siguió a los hombres que se habían puesto en formación frente al acceso de los pasadizos.

Por mucho que deseaba mandarlo a la mierda, Belén se controló y se mordió los labios, e incluso colaboró para volver a subirse a su espalda. Quería salir de allí y, una vez que lo hubiera conseguido, tendría tiempo de sobra de informar a *Su Capullo Real* de qué pensaba sobre su tendencia machista.

Que Cael se lanzara en una carrera a través de los pasadizos, que ni un tren de alta velocidad podría haber mantenido, consiguió que pronto cambiara de opinión.

—¿Esta no es la dirección por la que vinimos?

—Sí.

—¿Y por qué vamos en esa dirección?

—Para rescatar a los críos, ya te lo dije.

—Estás confundido, están en el orfanato, no en la casa palacio.

—Lo comprenderás en cuanto lleguemos.

Belén creyó detectar un cierto pesar en su voz, lo cual consiguió ponerla más tensa de lo que ya estaba. Con un vistazo sobre el hombro, comprobó que el resto de los soldados los seguían sin problemas.

—Todos llevan vaqueros o cargos, botas militares y camisetas —murmuró.

—¿Qué? —Por su voz, Cael parecía confundido.

—Tu hermano, tú e incluso tus guardas o soldados o lo que sea que son, todos lleváis ropa moderna.

—Llamaríamos mucho la atención si no lo hiciéramos, ¿no? —le contestó Cael con un leve encogimiento de hombros.

—Me refiero a que... —Ella se mordió los labios—. Es que parece que os movéis con tanta normalidad por esta dimensión. Incluso lleváis relojes y móviles y no sé qué otro tipo de tecnología, porque no sé ni lo que son esos aparatos que lleva ese tipo que nos sigue.

—Interceptores de señal, detectores de calor, GPS... —explicó Cael.

—¡Ves! ¿Cómo es posible que sepas eso? Vienes de una dimensión que, por no tener, no tiene ni un retrete decente con botón. Eso ya no es cultura, sino formación militar.

Sin detenerse, Cael le echó una ojeada divertida por encima del hombro.

—¿Estás tratando de explicarme que no te gusta el ambiente íntimo y lleno de magia de nuestros baños? —Cuando ella cerró la boca sin nada que replicar, Cael siguió—. Ya sabes que existen portales interdimensionales que unen ambos mundos, aunque procuramos no interferir en el vuestro, no somos tan tontos como para no estar prevenidos si ocurriera algo que pudiera ponernos en peligro. Nuestra superioridad física como razas, comparada con la humana, no garantiza que pudiéramos sobrevivir en una guerra si tuviéramos que hacerlo contra las actuales tecnologías.

—Gracias a Dios por tanta superioridad —se mofó ella. Cael que pareció querer responder algo, acabó sacudiendo la cabeza—. A pesar de despreciarnos, nos teméis lo suficiente como para tomar medidas —insistió Belén.

—Ni os despreciamos, ni os tememos —masculló Cael.

Ella bufó.

—Ya, se nota. De cualquier modo, sigue contándome de qué va eso de tomar medidas. Has despertado mi curiosidad.

Él tardó en contestar, como si estuviera debatiéndose entre proporcionarle tanta información o no, pero acabó cediendo.

—Procuramos mantenernos actualizados y entrenados. La mayor parte de nuestra población nunca o solo en raras ocasiones tiene acceso a vuestra dimensión, solo para soldados como nosotros es habitual que pasemos algunas temporadas de entrenamiento o espionaje aquí, lo cual nos permite estar preparados no solo para poder defendernos en caso de que fuera necesario, sino también de intervenir ante situaciones adversas como esta.

—Entonces... ¿de dónde sale toda esa ropa moderna y esos artilugios? ¿Los tenéis guardados en vuestra dimensión? ¿Aparecen por arte de magia al pasar por uno de los portales? —Esa última no le encajaba como una explicación muy lógica, sobre todo, porque a ella no le ocurrió durante su escape, sin embargo, con las cosas que había visto en aquel mundo ya no había nada que descartara.

Cael rio y negó.

—No. Nada tan estafalario. Tenemos pisos francos en los que nuestra gente se puede refugiar y aprovisionar.

—Toda esa tecnología armamentística tiene pinta de ser muy cara.

—Por suerte para nosotros, los humanos sentís un aprecio infinito hacia todo lo que reluce, como el oro y las piedras de tonalidades llamativas.

Belén apretó los labios ante su mofa. Desconocía si lo había dicho por los humanos en general o por ella en especial, pero no pensaba darle el placer de averiguar que había conseguido humillarla. Le gustaban las cosas bonitas y las piedras la hacían sentir bien. ¿Qué había de malo en ello?

—Jamás he visto ese tipo de artilugios en tu dimensión.

—Después de comprobar cómo los humanos casi destruís vuestro mundo, en el nuestro hubo un cónclave entre las principales razas y se llegó al acuerdo de que cualquier lucha que se produjera allí, se debía hacer bajo los estrictos códigos del honor y la equivalencia, sobre todo, porque nuestras trifulcas son relativamente frecuentes, lo que significó que se prohibieran armas modernas y, en general, cualquier tipo de artilugios tecnológicos en nuestra dimensión. Llevar un rifle o pistola puede suponer condena de muerte inmediata.

—¿Y la ropa? ¿Y los otros tipos de comodidades?

Cael encogió los hombros.

—Es muy raro que llevemos algo de esta dimensión a la nuestra. Es una especie de acuerdo tácito y voluntario. Queremos mantener nuestros mundos separados y diferenciados y la mejor manera de conseguirlo es respetando lo que hay en cada uno y no mezclándolos. Hemos llegado —informó Cael al pararse ante un muro sin ningún tipo de señal.

—¿Esta es la salida? —Belén se deslizó al suelo.

Cael evitó mirarla.

—No, y quizás sea mejor que nos esperes aquí.

CAPÍTULO 32



Si en aquel momento, Harry Potter hubiera aparecido enfundado en un bañador con estampado hawaiano, Belén probablemente se hubiera extrañado menos que al presenciar cómo Cael se agachaba para alzar la pernera de sus pantalones y dejar a la vista lo que aparentaba ser una rama algo torcida, de unos dos palmos de largo, que quedaba sujeta por sus calcetines.

Nadie más pareció sorprenderse de que sacara un palo en vez de una daga o una pistola como solían hacer los actores de cine, por lo que Belén se mordió los labios y esperó a comprobar qué iba a ocurrir a continuación. Por experiencias pasadas, tratándose de Cael y su dimensión, había aprendido que podía resultar de lo más humillante reírse de algo si se precipitaba en sus conclusiones. Sus pensamientos debieron de reflejarse en su rostro, porque cuando él se incorporó, la comisura izquierda de sus labios se elevó en un ligero tic.

—Un regalo. Sirve para interrumpir el funcionamiento de las cámaras de vigilancia modernas —le explicó mostrándole el simplón artefacto.

—Mhm... —Belén le echó un vistazo a la última tecnología con la que iban equipados los soldados que los acompañaban.

—Mejor no preguntes. Creo que estás pensando lo mismo que yo cuando me lo dieron.

—¿Neva? —Era la única respuesta plausible, pero Belén lo preguntó de todos modos.

—¿Necesito contestar?

Si no hubiera estado tan tensa se hubiera reído de la resignación reflejada en su semblante.

—Vale, lo capto.

Él asintió y giró la cabeza hacia los soldados.

—Vamos a pasar por una sala de tort... —Cael le echó un corto vistazo a Belén y carraspeó antes de seguir—. Por una habitación en la que no suele haber nadie. De allí pasaremos a un pasillo. Mano izquierda hasta la esquina. Vuelta a la izquierda, tercera puerta. Los del grupo principal nos quedaremos allí. Dos hombres seguirán hasta el siguiente recodo, derecha, primera puerta. Se diferencia del resto en que parece una puerta de oficina normal y corriente, no una puerta blindada como las demás.

—¿Habrá vigilancia en alguna? —Incluso con una pregunta tan fría, la voz de Aaron pareció deslizarse sobre la piel de Belén como un aterciopelado halo.

—No. —Cael se pasó una mano por los ojos—. Tienen cámaras de seguridad que desconectaremos al entrar. Por lo demás, solo he detectado a un par de ayudantes de laboratorio que suelen estar más pendientes de sus móviles que de lo que ocurre a su alrededor, aunque están cerca de donde mantienen a los niños.

A Belén la recorrió un inexplicable escalofrío ante la mención de los niños.

—¿Algo más a tener en cuenta? —Del rostro de Zadquiel había desaparecido incluso la más mínima sonrisa o rastro del sarcasmo tan típico en él.

Con una ojeada a los demás, Belén comprobó que no era el único. El vello de su nuca se erizó, aunque no estuvo segura de si era por la helada decisión esculpida en aquellos semblantes, que la advertían de que estaban dispuestos a hacer lo que hiciera falta para cumplir con su objetivo, o por el hecho de que aquel cambio no podía ser indicio de nada bueno.

—Es posible que los críos que encontremos se asusten ante nuestra llegada. Dejaremos que primero entren en contacto con Mayca y Pablo para que los tranquilicen. —Cael le apretó el hombro al chico, quien se irguió orgulloso—. Luego los liberaremos, los cargaremos a la espalda y regresaremos aquí. Procurad evitar que los magos descubran el pasaje. Debéis estar preparados para comportamientos de terror y reacciones de pánico o dolor por parte de los pequeños. Algunos pueden estar heridos o con extremidades rotas.

Alguien maldijo en voz baja, pero los ojos de Cael no abandonaron a Belén, quien, por su parte, se tocó la sien ante el agudo pinchazo que le

atravesó el cráneo.

—Tú y Carmen permaneceréis aquí con uno de los hombres. No tardaremos en regresar, estad preparadas para salir corriendo —informó a Belén.

—No. —Belén le mantuvo la mirada cuando Cael frunció el ceño y abrió la boca para protestar—. Ayudaré con los niños. No soy tan rápida, fuerte e imponente como vosotros, lo que implica que tampoco asusto tanto. Además, apenas sois unos doce hombres. Si tenéis que dividiros siempre vendrá bien ayuda extra.

—Tiene razón —intervino Zadquiel—. Tenemos que trabajar rápido si queremos llevarnos todo ese material junto a los niños. Yo ayudaré con eso.

—He dicho destruirlo, no llevarlo.

Fascinada, Belén observó cómo los ojos de Cael comenzaron a brillar en un tono dorado y sus pupilas se estrecharon. No supo muy bien si se debía a algún inesperado efecto de las luces de las linternas o a otra causa. Zadquiel también debió verlo, porque alzó ambas manos y tomó distancia.

—Las órdenes son requisarlo para que podamos comprobar en qué dirección han ido las investigaciones y qué han descubierto, tenemos que seguir las órdenes, hermano.

—Es la hora. Tenemos que entrar —advirtió Aaron con tono apaciguador.

Cael entrecerró los ojos. Cuando devolvió su atención a Belén, esta alzó la barbilla, aunque no fue nada fácil mantenerse firme cuando confirmó sin lugar a dudas que la luz de sus ojos provenía de él y no de algún extraño reflejo.

—No te muevas de mi lado y, sobre todo, en esta primera habitación, no mires a los lados. Mantén los ojos sobre mi espalda.

Aunque hubiera querido, Belén habría sido incapaz de responderle bajo aquella imponente mirada que no parecía ni parpadear siquiera.

Fue la manita de Carmen al apretar la suya lo que la sacó del trance. Cael se volteó hacia la pared y de alguna forma la abrió, como si lo único que hubiera hecho falta fuera una ligera presión sobre el robusto muro, pero Belén sospechó que se había perdido algo en el proceso. No lo analizó demasiado cuando también Mayca metió su sudorosa manita en la suya.

Belén se obligó a sonreírle, aun cuando en el fondo tenía tantas ganas de salir corriendo como las niñas, a deducir por sus expresiones. Con las advertencias de Cael y los rostros atemorizados de los chiquillos, no era necesario ser vidente para adivinar que lo que la esperaba al pasar por aquella puerta no iba a ser nada agradable y era posible que incluso resultara

peligroso.

Cael trazó un símbolo en el aire con el palo de Neva y entró en la habitación oscura. Le siguieron seis hombres, luego lo hicieron Pablo, Belén y las niñas. En cuanto los haces de luz de las linternas recorrieron la habitación, deseó haber seguido las instrucciones y haber mantenido la mirada sobre la espalda de Cael o de quien fuera. Sus pies se quedaron petrificados sobre las baldosas, incapaces de avanzar. Legiones de diminutas hormigas heladas parecieron barrer a través de su cuerpo en violentas oleadas, dejando un cortante frío tras de sí.

La habitación se llenó con los gruñidos y siseos bajos de los vampiros, que delataron que tampoco a ellos les dejaba indiferente la espantosa visión. El reloj pareció detenerse en aquel lugar, hasta el punto de que su corazón titubeaba entre un latido y otro.

Belén cerró los párpados. Al abrirlos aquellos ojos vidriosos, que la acechaban a través del cristal de los estrechos tanques de vidrio y parecían atravesarle el alma con la intención de devorarlo, seguían ahí, fijos sobre ella.

No estuvo segura de si habían pasado segundos o minutos hasta que su cerebro registró la verdad: los pequeños cuerpos desnudos que flotaban en aquellos tubos estaban inertes y las deformidades de sus rostros se debían a la hinchazón causada por el líquido que los rodeaba y a los abusos y el maltrato que habían sufrido antes de su muerte.

«¡Dios santo, son solo niños!». Belén se colocó los dedos sobre la boca para acallar el sollozo que amenazó con escapar y Mayca y Carmen se apretujaron asustadas contra sus piernas. Aún peor fue reconocer que la expresión de aquellos ojos no era de amenaza, sino de terror, de un terror que le resultaba tan familiar como aquella habitación.

—No mires. Sigue —la instó Zadquiel empujándola con delicadeza.

El contacto, a pesar de la brevedad, le arrancó un involuntario gemido de dolor que consiguió que todos los focos se dirigieran a ella. Zadquiel se apartó de inmediato, pero la sensación de su palma permaneció sobre su piel como si acabara de marcarla con un hierro candente.

—¿Qué pasa? —Cael apareció a su lado. Incapaz de hablar, Belén se mordió los labios y negó con la cabeza. Él le limpió las lágrimas con el pulgar —. ¿Hermano? —A pesar de que habló bajo, su tono dejó patente que estaba dispuesto a decapitarlo si había permitido que a ella le ocurriera algo.

—No lo sé —murmuró Zadquiel evidentemente confundido—. Solo le toqué la espalda con la intención de hacer que se moviera y dejara de mirar a

su alrededor.

—No vuelvas a tocarla. Toma y ve abriendo camino —siseó Cael entregándole a su hermano la barrita de Neva—. Vamos, tenemos que salir de aquí —le pidió a Belén con suavidad, casi como un ruego.

Ella lo intentó sin éxito. El nauseabundo olor de carne podrida era tan insoportable que no logró controlar el impulso de buscar el origen. Era consciente de que acabaría arrepintiéndose, con todo, no podía irse de aquel lugar sin averiguar la verdad de lo que ocurría allí. Le quitó a uno de los vampiros la linterna y no tardó en encontrarlo. Provenía de un cubo de basura abierto ubicado en un rincón de la habitación, de la que sobresalía un piececito amoratado con el tobillo hinchado.

A sus pulmones dejó de llegarle el aire cuando parecieron encogerse de forma agónica y, aun asfixiándose, no pudo hacer nada por evitarlo. Fue incapaz de respirar, ni siquiera de intentarlo, como si se le hubiera olvidado cómo hacerlo.

En algún lugar de la periferia alguien le preguntó si estaba bien y la apremiaba a irse de allí. No supo quién era. No podía verlo. Todo quedaba cubierto por las imágenes de médicos que se inclinaban sobre ella, de bisturís, una sierra... el sonido agudo y repetitivo que le anunciaba la llegada del dolor, mucho dolor, ese que te atravesaba la carne como si no tuviera piel, tendones y huesos. Alguien le tapó la boca cuando quiso chillar para dar salida a esa agonía. Intentó zafarse, escaparse de aquella terrible sensación que parecía quebrarle los huesos en millones de diminutos cristales que, a su vez, se esparcían por su espalda y columna vertebral. Luchó contra ellos, contra la mordaza y las cuerdas que la sujetaban. Quería gritarles que basta, ¡que no podía más! ¡Que la mataran de una vez! ¡Que se portaría bien! ¡Que haría cualquier cosa que le pidieran! ¡Lo que fuera con tal de que pararan y que toda aquella agonía cesara!

—¡Belén! ¡Belén! ¡Para!

Ella parpadeó. Un hombre le zarandeaba los hombros mientras otro la sujetaba por detrás y le tapaba la boca. Conocía a aquel hombre. Cael...

Alguien tiró de sus pantalones de manera repetida. Belén bajó la vista, hasta los enormes ojos azules que la miraron llenos de tristeza y comprensión. Mayca. La conocía. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando comprendió lo que acababa de pasar.

El pasado. Había regresado a todas aquellas memorias que había tratado de no recordar jamás. Dejó caer los brazos en rendición.

—Zadquiel, puedes soltarla —ordenó Cael estudiándola preocupado—. ¿Te encuentras bien?

Zadquiel se apartó reticente, como si temiera que fuera a gritar. Belén tragó saliva. ¿Lo había hecho? ¿Habría gritado? Una manita infantil se introdujo de nuevo en la suya y la apretó. El oxígeno regresó de repente, llenando sus pulmones resacos de forma punzante, nada comparado con los recuerdos que la habían invadido. La tenue calidez que se fue irradiando de su palma y fue escalándole el brazo trajo consigo una sensación de calma que no erradicó la pesadez que se había instalado en su pecho, pero que la hacía llevara. Otra manita la cogió por la otra mano. Belén cruzó una mirada con Carmen, que la miraba expectante. Asintió.

—Creo que es mejor que esperes con las niñas en el pasaje. —La preocupación reflejada en la cara de Cael dejó claro que no se trataba de una orden, sino de una petición que le hacía por su propio bienestar.

Belén se negó a ceder. Fuera lo que fuera lo que aún la esperaba en aquel sitio no podía ser peor que tener que enfrentarse a lo que su propia mente aún le ocultaba.

—No. Estoy bien.

—Tenemos que avanzar o será demasiado tarde y tendremos que abortar la operación —avisó Aaron.

—Estoy bien —insistió ella ante la expresión dividida de Cael.

—De acuerdo. Despejad el corredor si hiciera falta. Yo seguiré con mi *shangrile* y las niñas.

Cuando abrieron la puerta, una brillante luz invadió la habitación. Sin volver a detenerse, Belén apretó decidida las manos de las pequeñas y se las llevó al pasillo. Parpadeó cuando quedó deslumbrada, y tomó una profunda inspiración en cuanto el sonido le indicó que alguien había cerrado la sala de tortura tras ella.

Luego tendría que volver a pasar por allí. La idea, por sí misma, ya conseguía que su corazón latiera acelerado, pero, por ahora, le preocupaba más lo que le quedaba por descubrir.

CAPÍTULO 33



Aunque ya lo hubiera previsto, el que se encontraran el corredor libre y sin obstáculos fue un alivio. Cael no era alguien que temiera confrontarse en una lucha, sin embargo, con su *shangrile* y las niñas presentes las cosas cambiaban y prefería evitar cualquier tipo de confrontación. No obstante, se le hacía raro permanecer en el centro del grupo en vez de colocarse al frente, junto a Zadquiel y Aaron. No recordaba la última vez que no había formado parte de la avanzadilla de un grupo de combate y, aun así, estaba justo donde quería y necesitaba estar.

No pudo evitar una débil sonrisa al comprobar que Pablo iba por delante de Belén y las pequeñas, como si estuviera dispuesto a protegerlas de las huestes del infierno si fuera necesario. Le enorgullecía la valentía del chico. El ligero olor agrio que desprendía evidenciaba su miedo, algo que añadía valor al hecho de que estuviera preparado para poner su entereza física en jaque por sus seres queridos.

—Todo va bien —le mencionó a Pablo al colocarle una mano sobre el hombro.

El chico dio un apenas perceptible respingo, pero lo que de verdad dejó entrever su tensión fue la forma en la que el blanco de sus ojos había prácticamente desaparecido, sustituido por un tono verde-dorado, y sus pupilas se habían contraído en dos estrechas ranuras.

—Mi dragón quiere salir —contestó con voz algo hueca, como si quien hablara no fuese él.

Con un breve apretón en su hombro, Cael se mantuvo a su lado. En los cambiaformas la parte animal solía volverse más dominante y salvaje ante situaciones de peligro o estrés, y los dragones pertenecían a las razas con

mayor temperamento. Tenía sentido que ante la alarma del chico el dragón quisiera hacerse cargo de la situación para protegerlo, era una cuestión de pura supervivencia.

—Es normal, presiente la amenaza. Debes seguir controlándolo mientras no entremos en batalla. Lo has hecho perfecto hasta ahora, puedes seguir haciéndolo —lo animó. El semblante de Pablo se transfiguró con una mueca cargada de incredulidad—. En la sala de las jaulas, tus amigos necesitarán ver tu lado humano para que los tranquilices.

Pablo soltó un pesado suspiro, pero asintió.

Al llegar a su destino, Cael cruzó una mirada con Zadquiel.

«Si encuentras algo sobre Belén en ese cuarto...», Cael dudó. ¿Hasta qué punto comprometería a su hermano pedirle lo que quería?

«Lo guardaré aparte y te lo entregaré. Azrael y el consejo lo entenderán». Como de costumbre, Zadquiel intuyó el motivo de su titubeo.

«Tened cuidado».

«Sé que te habría gustado venir con nosotros y destruir de paso el material, pero tu presencia es más importante aquí, junto a tu *shangrile*. Toma, lo necesitarás». Su hermano le entregó la varita de Neva.

Cael se sintió dividido al presenciar cómo su hermano se dirigía con dos hombres hacia la oficina en la que se almacenaban los vídeos de los experimentos. Zadquiel tenía razón, su lugar estaba junto a Belén y los niños. Si su hermano no destruía aquel material, tenía tiempo de solucionarlo luego.

Dos hombres se situaron a cada lado de la puerta. Cael le indicó a Belén en silencio que se protegiera junto a la pared y sus hombres la rodearon de inmediato sin necesidad de palabras. Aaron cogió el pomo y cerró los párpados con una profunda inspiración, cuando los abrió, la tonalidad roja de sus ojos había desaparecido, dando paso a unos enigmáticos ojos castaños. El hombre alzó tres dedos y fue encogiéndolos uno a uno para marcar la cuenta atrás. Al cerrar el puño abrió con cuidado la puerta. Cael estuvo a su lado, preparado para desactivar el sistema de videovigilancia de la habitación en tanto que se aseguraban de que no quedaba ningún humano en ella.

Bastó una señal para que Pablo avisara a Mayca y Carmen y se dirigieran juntos a la puerta. Belén fue tras ellos. En cuanto Aaron acabó de abrir, asomaron primero sus cabecitas y luego pasaron juntos a la fría sala iluminada apenas por una luz de seguridad.

Con el pungente tufo de las jaulas sucias y la falta de higiene, se entremezcló enseguida el olor agrio del miedo. Tras los cristales aparecieron

algunas caras, pocas, decididas a averiguar qué ocurría, o quizás demasiado apretados en el diminuto espacio como para poder refugiarse en un rincón como hacían los niños de más corta edad.

Belén se había quedado paralizada en medio de la sala con una mano sobre su boca. Algo que no era de extrañar cuando hasta algunos de sus hombres tardaron unos segundos en recuperar su entrenada profesionalidad. No se trataba de los rostros infantiles demacrados y sucios, sino de sus ojos apagados, resignados, tan similares a los de un anciano que sabe que la única puerta que le queda por abrir es la de su muerte y está anhelando llegar a ella.

Cael le tocó un brazo.

—¿Estás bien? Te has puesto muy pálida y estás temblando.

Ella no dejó de mirar las jaulas y en su susurro quedó reflejada la angustia que sentía.

—Yo... antes eran rejas oxidadas. —Había tanta confusión en su tono, que parecía no ser siquiera consciente de cómo negaba despacio con la cabeza y cómo le clavaba las uñas en el antebrazo al sujetarse a él—. No lo entiendo... yo...

Cael la giró hacia él.

—Escúchame, Belén. Olvida lo que sea que haya en tu mente. Estamos aquí y ahora, necesitamos salvar a esos críos. ¿Lo entiendes? —Esperó a que ella asintiera con debilidad—. ¿Podrás hacerlo?

Ella asintió. Cael la atrajo a su pecho para darle un corto abrazo. Mayca y Pablo estaban trabajando con la eficiencia de los camareros de un restaurante de comida rápida en la repartición de panes de leche recién hechos. Al contrario que el día anterior, en el que todos se habían abalanzado ansiosos a por la comida, en esta ocasión, apenas apareció alguna mano reticente para coger el dulce de la bandeja. Cael rezó tenso para que su plan funcionara y que el detalle convenciera a los pequeños de que ellos pertenecían a los buenos. Les quedaban poco más de seis minutos y los hombres debían empezar a abrir las jaulas cuanto antes.

Belén permanecía inerte en sus brazos, temblando como un cachorrillo expuesto a una jauría de hienas. Le habría gustado mantenerla en sus brazos hasta que se le pasara, pero no era el momento. Sacarlos a todos sanos y salvos de allí era lo prioritario. Con un beso en la frente la soltó y se acercó a Pablo, cuya mirada insegura le indicó que era tan consciente como él de la reacción miedosa de los chicos enjaulados y que temía su respuesta.

—Shhhh. —Cael se puso un dedo sobre los labios al dirigirse en voz baja

a los niños—. Hemos venido a sacaros de aquí y llevaros a un lugar seguro. —Nuevos rostros aparecieron en las vidrieras—. Shhh, no podemos hacer ruido —advirtió cuando algunos gimieron y golpearon los cristales como si temieran que de no llamar la atención los dejarían allí—. Vamos a abrir las jaulas y os vamos a coger sobre nuestras espaldas, no debéis hacer ruido ni debéis luchar. No os haremos daño, lo prometo.

Desesperado, Cael no tardó en advertir que sus palabras habían conseguido el efecto contrario al que había pretendido. Aaron junto a él masculló una maldición ante los lloros, gritos y golpes que comenzaron a retumbar.

—Tienen demasiado miedo para razonar con coherencia.

—Pasamos al plan B —decidió Cael.

Un enfadado siseo los interrumpió a todos y la habitación quedó enseguida en silencio cuando el semblante del niño demonio apareció tras el cristal de su jaula.

—*¡Oicnelis! Somenet ek selraduya is somerek rilas ed ika.*

—¿Qué está diciendo? —preguntó Aaron en un susurro.

—Ni idea. ¿Pablo?

Aunque Pablo le miró encima de su hombro, no contestó.

—*¿Arap ek? ¿Arap ek nadeup rigues sonodneicah oñad ne orto ragul?*

—musitó uno de los niños mayores, casi un adolescente, con un infinito cansancio.

—*¡Nos ed sol sortseun!* —intervino Pablo, que se acercó a la jaula del adolescente gesticulando ansioso.

—Han debido inventarse algún tipo de idioma secreto para comunicarse sin que sus carceleros se enteren de lo que hablan —murmuró Cael, tratando de averiguar por qué no se asemejaba a ninguna de la veintena de lenguas que conocía y, sin embargo, le resultaba tan familiar.

—Están hablando del revés —explicó uno de sus hombres al situarse al lado de Cael y Aaron—. Es un juego que me enseñaron unos amigos elfos durante mi infancia.

—*Somos sourtsnom. Se ol ek sodot necah nok los sourtsnom: sonrazitrauced y sonragitsevni ekrop son neneit odeim.*

—*¡Sotse nos ed sol sortseun!* —Pablo golpeó el cristal de la jaula con un puño—. ¡Lo sé!

—¡Eso es! Tienes razón. —Cael se giró hacia el soldado—. ¿Qué tal se te da hablarlo?

El hombre encogió los hombros.

—Imagino que es como montar en bicicleta.

—De acuerdo, entonces traduce: Somos criaturas de la noche, al igual que vosotros, y queremos sacaros de aquí, pero para ello necesitamos vuestra ayuda; necesitamos sacaros ya, antes de que nos descubran los malos.

—Quizás magos no sea la palabra más adecuada. Puede que ellos no los conozcan como tales —intervino Aaron.

—De acuerdo, sustituye esa palabra por la que te dé la gana —coincidió Cael impaciente.

El soldado carraspeó e interrumpió a los críos usando un tono de voz más alto que el de ellos.

—*Somos sarutairk ed al ehcon, la laugui ke sortosov, y somerek soracas ed ika, orep arap olle somatiseceen artseuv aduya y somatiseceen soracas ay, setna ed ek son narbucsed sol solam.*

La sala permaneció en un incómodo silencio cuando acabó de hablar. Todos esperaron impacientes algún tipo de reacción por parte de los niños. Cael soltó un pesado suspiro. Reparó en que, por la forma en la que las criaturas los miraban a través de los cristales, también ellas estaban esperando algo, la cuestión era ¿el qué?

—Aaron. —En el silencio, la voz de Belén sonó débil e insegura—. Tus ojos. Debes enseñarles tus ojos reales.

La gárgola se rascó la nuca. Cael le dirigió un gesto afirmativo con la cabeza. ¿Qué tenían que perder? Los niños ya estaban asustados. Si no conseguían encontrar pronto una solución, tendrían que llevárselos por la fuerza o meterse en una batalla con los magos. Aaron cerró los párpados y dejó que parte de su naturaleza oculta saliera a flote. Cuando los abrió, no solo sus ojos eran rojos, sino que su piel se había oscurecido y sus orejas asomaban puntiagudas bajo el cabello corto.

—*¿Ol siev?* —El tono del niño demonio dejó claro su fascinación por lo que estaba presenciando.

—Yo quiero ir con vosotros.

A Cael lo recorrió un hormigueo helado cuando descubrió que el débil murmullo provenía de la celda de Julia, desde la que ambas mellizas lo miraban con esperanza teñida de tristeza, mientras la manita de una se juntaba con la patita de la otra a través del sucio cristal. Él no se lo planteó demasiado y acudió junto a ella para abrirle la jaula. Enseguida se alzaron otras voces que pidieron con mayor o menor seguridad que los liberaran. Sus ruegos y

promesas de portarse bien y mil cosas más le llegaron al alma. ¡Solo eran críos, maldita sea! ¡Ninguno de ellos debería estar en aquella situación!

Intentó mantener la calma y aparentar tranquilidad, pero apenas se había oído el clic de la cerradura, cuando una alarma inundó el ambiente y saltó una luz roja sobre la puerta.

—¡Nos han detectado! ¡Sacad a los niños y larguémonos! —avisó Cael al tiempo que abría la tapa de cristal y se enfrentaba a los ojos llenos de amarga sabiduría de Julia—. Voy a intentar no hacerte daño al cogerte, tienes que ser valiente. ¿Podrás hacerlo por mí?

Al estirar los brazos, Belén lo sujetó del antebrazo.

—Déjame a mí. Tú encárgate de protegernos.

CAPÍTULO 34



Belén consiguió mantenerle la mirada a Cael, a pesar de que los recuerdos que le había evocado la visión de las jaulas la habían dejado como una gelatina a punto de derrumbarse por dentro.

—¿Estás segura de que podrás con ella? —Cael no parecía muy convencido.

—De lo que estoy segura es de que quiero largarme de aquí y que voy a llevarme a los niños conmigo.

—Belén...

—No... —Ella alzó una mano para detenerlo—. Piensa lo que quieras de mí y sobre el hecho de que soy humana, pero creeme, sé qué nos espera a mí y a los niños si no conseguimos salir de aquí y por nada del mundo quiero volver a pasar por ese infier...

Furiosos gritos de ataque irrumpieron en el exterior. Ni siquiera los murmullos nerviosos, los gemidos y los lloriqueos de los pequeños fueron capaces de tapan el estrépito de los disparos y las voces en el pasillo.

Cael se dirigió a supervisar el rescate y Belén constató aliviada que algunos de los niños, entre ellos un llamativo chico de piel roja y protuberancias en la frente, eran capaces de andar y moverse por su cuenta, lo que dejaría a la mayoría de los hombres libres para luchar.

—¿Cómo os llamáis?

—Tomás. —El chico se colocó a su lado y tocó la delicada zarpa de Julia.

—¿Y tú? —le preguntó a Belén al más corpulento de los chavales, quien la estudió con ojos desconfiados.

—Germán.

—¿Podéis ayudarnos con vuestros compañeros? Confiarán más en

vosotros que en nosotros y necesitamos que todos permanezcan juntos para sacaros sanos y salvos de aquí.

Pablo se colocó al lado de Germán, le tiró de la manga y le hizo un gesto con la cabeza. El chico se limitó a asentir reticente.

La puerta se abrió de golpe y Zadquiel se asomó con una expresión fiera y un voluminoso saco gris cargado a su espalda.

—Hora de irnos. El orfanato ha sido despejado con éxito, por lo que los magos están regresando aquí para tratar de salvar lo que pueden.

Cael se agachó ante los niños que habían permanecido al lado de Belén.

—Seguid a Belén, no os detengáis y no miréis atrás. No hagáis nada a menos que tengáis que defenderos, y si tenéis que cambiar, tened presente que los pasillos por los que tenemos que pasar son estrechos. Todo saldrá bien —dijo con un beso en la frente de Carmen que se sujetaba atemorizada a su muñeca. Al levantarse miró a Belén con una expresión de respeto—. Por la misma puerta por la que entramos. Yo te iré cubriendo la espalda y Zadquiel y Aaron os irán abriendo paso si hiciera falta.

—De acuerdo —contestó Belén a pesar de que su corazón latía tan fuerte que parecía estar a punto de salirse del pecho.

Cael se giró hacia la jaula y sacó a la niña que tanto se parecía a Mayca. A pesar del cuidado extremo con el que lo hizo, la chiquilla gimió y Belén se quedó helada al verle los esqueléticos bracitos cubiertos de moretones y cortes.

—Esta preciosidad se llama Julia y tiene los ojos más hermosos que he visto nunca —dijo Cael con una voz calmada al pasársela a ella—. Y ella es Belén, Julia. No conocerás a una mujer más valiente que ella, y si ella dice que os sacará de aquí, entonces es porque es cierto.

La honestidad en su tono y la mirada llena de intensidad causó que una extraña ola de paz y determinación recorrieran a Belén. Cuando Julia se abrazó a ella como si la conociera de toda la vida, y pusiera su integridad en manos Belén, la necesidad de proteger a aquella frágil criatura la dominó.

—¿Preparada?

Belén abrazó con delicadeza a la niña que temblaba en sus brazos.

—Limpia el pasillo lo mejor que puedas y no dejes ni rastro de las ratas que le han hecho esto.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro de Cael que dejó a la vista sus puntiagudos colmillos.

—Habéis oído a mi *shangrile*. ¡Sin piedad!

Los soldados sin niños se colocaron al frente y salieron al pasillo, aquellos que portaban niños se colocaron al lado de ella. Con un último asentimiento el rostro de Cael se transformó, sus garras se extendieron y salió al campo de batalla sin mirar atrás.

Los soldados con niños, avanzaron junto a ella en una especie de formación, que en todo momento procuró mantenerla a ella y al resto de los críos sueltos protegidos en su interior.

—Mayca, dale la mano a Carmen y procurad mantener el paso. —Belén reubicó el peso de Julia sobre su cadera y cogió la mano de Mayca para no perderlas en el fulgor de la huida.

—¡Formad una pantalla! —resonó la firme orden de Cael en el exterior.

Al salir al pasillo, una barrera de hombres vestidos de negro no permitió que pudieran echar ni un solo vistazo a la batalla. Belén sospechó que no solo lo habían hecho para protegerlos a ellos de posibles disparos, sino también para que ni ella ni los niños pudieran descubrir cuál era el motivo por el que había rastros de sangre por el suelo y algunas salpicaduras rojas por las paredes. Sin detenerse, Belén se precipitó en dirección contraria, por la misma por la que habían venido.

La sala de tortura no había estado lejos, aun así, el avance con los niños fue demasiado lento para su gusto.

Como había prometido Cael, Aaron y Zadquiel fueron por delante abriéndoles el paso, mientras que Cael y sus hombres luchaban a sus espaldas formando una firme barrera que no dejaba que nadie se acercara a ellos.

Varios disparos pasaron sobre sus cabezas e impactaron en las paredes por las que iban pasando. Los soldados la empujaron a ella y a los niños al suelo. Los chillidos histéricos de las criaturas se entremezclaron con los gritos de los hombres coordinándose entre ellos; y entre todo aquel jaleo y el temor a morir, Belén solo tuvo oídos para los gemidos adoloridos de Julia, que se había llevado una parte de su peso en la caída, y los lloros de Carmen y Mayca que se aferraban aterradas a ella. De pronto, todo dejó de importar, excepto la vida de aquellas criaturas.

Belén tocó el brazo de un vampiro para llamarle la atención.

—Dejadme a dos hombres. Yo me encargaré de los niños. Cael os necesita para cubrirnos las espaldas. —Ella no cedió ante su titubeo—. Somos mortales. Si nos alcanzan esos disparos no habrá marcha atrás para nosotros.

—Señora. —El inmortal asintió y, como si fueran uno solo, los soldados dejaron a los niños en el suelo y desaparecieron en dirección a la batalla.

Ella tomó una profunda inspiración y se armó de decisión.

—Vale, Germán, Pablo, Tomás. Necesito vuestra ayuda, sin vosotros no puedo hacerlo. Conocéis a todos, intentad tranquilizar a los que creáis que podéis, pedid ayuda a los más aptos y convencid al resto para que avancen con vosotros, si os tenéis que llevar a alguno a rastras, hacedlo, siempre que no le hagáis daño. —Belén se dirigió a la pareja de soldados que quedaban y que portaban un niño cada uno a sus espaldas—. Vosotros tendréis que llevar a los heridos y a los que están paralizados por el miedo. Llevadlos hasta la esquina, soltadlos y venid a por el resto. Tenemos que... —Antes de que pudieran terminar, los vampiros estaban en la esquina soltando su carga y habían regresado para recoger a más niños—. ¡Joder, deberíamos haber hecho esto desde el principio! Pablo, Tomás y Germán, ¡manos a la obra!

En menos de un minuto, ella estuvo corriendo con Julia hacia el grupo de niños que la esperaban en la esquina, seguida por Pablo que se encargó de Mayca y Carmen.

—De acuerdo. —Belén intentó recuperar el aire que le exigían sus doloridos pulmones—. Repetimos el proceso. Yo me quedo atrás y vosotros avanzáis hasta Aaron y Zadquiel. Preguntadles si los podéis llevar directamente al pasadizo. Si no me equivoco, la sala debería estar a la vuelta de aquella esquina.

Los vampiros no perdieron el tiempo y los chicos siguieron su ejemplo. Belén se apoyó contra la pared y, con Julia en brazos, se deslizó hacia el suelo. Carmen y Mayca se sentaron a su lado, abrazadas la una a la otra y los otros niños acabaron uniéndose a ellas, formando una bola de brazos y cabezas.

Belén se asomó por la esquina para comprobar la distancia que aún les separaba de la batalla. Demasiado poca, pero la suficiente como para que tuvieran la oportunidad de llegar hasta los pasadizos si las cosas no cambiaban mucho.

Debería haberse movido en ese instante con los chiquillos para avanzar, aunque solo fuera unos metros, sin embargo, su atención quedó clavada en Cael. Jamás lo había visto así. Armado solo con sus garras y colmillos, luchaba con la calculada frialdad de un depredador cuyos movimientos resultaban tan bellos y elegantes como atemorizante era su expresión; desgraciados eran los enemigos que no lo veían venir.

—Estará bien. Es un excelente guerrero. Pocos hombres de mi dimensión querrían enfrentarse en un combate contra él. —Aaron se acuclilló ante ella y

le ofreció la mano para ayudarla a levantarse.

Con un beso a Julia, cuyos gemidos se habían vuelto más agudos, aceptó su ayuda.

—¿Por qué no usan sus armas? Les están disparando. —Belén tomó a las niñas de la mano y les señaló a los vampiros qué otros pequeños debían llevarse.

—Si les hicieran falta las emplearán. Los de mi dimensión preferimos la lucha cuerpo a cuerpo y las espadas. —Aaron cogió a los dos últimos chicos en brazos—. Además, si recurrimos al uso de armas de fuego, vuestros cuerpos de seguridad se verían en la obligación de investigar los casos de una manera más exhaustiva. Un grupo de combate que desaparece al completo de una escena de batalla inspira demasiadas preguntas. El miedo de que pueda estar implicado algún grupo terrorista u organización mafiosa viene acompañado de la posibilidad de que son ataques que se pueden repetir. Esos casos con frecuencia salen a la luz pública y llaman demasiado la atención. Algo que preferimos evitar.

—¿Y de esta forma no ocurre? —preguntó Belén con sequedad al tratar de mantenerle el paso con las niñas.

Los labios de Aaron se estiraron hacia un lado.

—No. Hay una especie de protocolo por el que, cuando hay zarpazos y una carnicería inexplicable, todo se procura silenciar y borrar las huellas. Nadie quiere hablar de aquello que no entiende y mucho menos de lo que teme.

—No puedes estar hablando en serio. —Belén abrió los ojos, incrédula.

—¿Nunca has oído hablar de los expedientes X?

—¿Los que están relacionados con los ovnis y cosas por el estilo?

—Nosotros somos esas «cosas por el estilo». Son pocos los datos que salen a la luz y procuramos que siga siendo así, aunque he de admitir que los pobladores de algunas otras dimensiones son menos discretos.

Belén se detuvo.

—¿Otras dimensiones? ¿Hay más?

Aaron le dio un toque con el codo para que siguiera andando.

—Varias. Aunque para la mentalidad material de los humanos es más sencillo creer que pertenecen a otras partes del universo.

—Eh...

Aaron la arrastró a ella y a las niñas al suelo justo antes de que sisearan tres disparos seguidos por encima de sus cabezas. Alguien las cubrió con su cuerpo.

—Shhh, está bien. Estáis a salvo.

Los ojos de Belén quemaron al identificar su voz. Por más que lo detestara, se sentía protegida junto a él.

—¿Cael? —sollozó sin pretenderlo.

—Mantente agachada. —A pesar del peligro sonó calmado.

Nuevos disparos sonaron a su lado, aunque esta vez fueron Cael y Aaron quienes habían sacado sus pistolas. La idea no la hizo sentir mejor. ¿Tan mal estaban yendo las cosas para que lo hicieran?

Otro inmortal se colocó junto a ellos haciendo que las preguntas sobraran. La situación era mala, muy mala.

Los niños también tuvieron que presentirlo, porque se apretaron como lapas a sus muslos y Julia sollozó aterrada contra su hombro.

—Todo saldrá bien. —Belén cerró los párpados cuando su voz cedió y se tornó demasiado aguda.

Necesitaba controlarse y necesitaba hacerlo ya. Le acarició la cabecita rubia mientras trataba de averiguar por qué los disparos en apariencia provenían de varias direcciones a la vez. Le bastó asomarse bajo el brazo de Cael para descubrir que los magos habían conseguido romper la línea de defensa de los inmortales.

Jadeó al descubrir a un vampiro apretado de espaldas contra la pared, a medio metro sobre el suelo, agitando desesperado brazos y piernas para deshacerse del agarre de algún ser invisible que parecía estar estrangulándolo. A pocos pasos de él, un hombrecillo, al que no había visto nunca, lo contemplaba con expresión concentrada y las manos extendidas.

—¿Están usando magia?

—Y mucho mejor que en su último ataque —murmuró Aaron con el ceño fruncido.

—¿Cómo es posible? Son humanos.

—Humanos con un conocimiento y un entrenamiento que no deberían tener —masculló Cael entre dientes mientras sus disparos rebotaban contra una pantalla invisible.

—¡Está asfixiándolo hasta la muerte sin siquiera tocarlo! —Belén jamás había visto a nadie morir tan espantosamente, pero los ojos desencajados y el cuerpo cada vez más laxo dejaban claro que estaba a punto de perder la consciencia.

—No con la prisa con la que podía haberlo hecho. Es un sádico que disfruta del dolor o su poder. —Cael apretó la mandíbula.

Como si los hubiera escuchado, el hombrecillo giró la cabeza hacia ellos. Belén se estremeció. Sus ojos oscuros estaban cargados de un odio fanático. La promesa de hacerla sufrir del mismo modo que estaba haciéndolo con aquel vampiro quedaba reflejado en su desagradable sonrisa. No tenía claro cómo lo supo, pero ella iba a ser su siguiente objetivo.

—Tenemos que deshacernos de él. Es uno de los más poderosos. —Aaron dirigió el cañón de su pistola al fondo del pasillo y apretó el gatillo.

Un inmortal intentó acercarse al mago, aunque su suerte no fue mejor que la del otro vampiro, que acabó tirado en un montón inerte sobre el suelo.

—Aaron, protégela.

¡Cael! Belén quiso detenerlo, pero ningún sonido salió de su garganta. Solo le quedó presenciar cómo su borrón se dirigió hacia el mago. Horrorizada, fue testigo como este se volteó hacia Cael. Alzó una mano y abrió la boca para decir algo que jamás llegó a pronunciar. Cael lo rodeó. En el siguiente parpadeo, el hombrecillo se desplomó, con los ojos abiertos como platos y la cabeza en un extraño ángulo.

El vacío absoluto que inundó sus ojos resultó incluso más escalofriante que el odio que habían reflejado unos segundos antes. Al apartar apresurada la mirada, Belén se topó con el siguiente peligro precipitándose hacia ellos.

—¡Aaron! —El corazón parecía latirle en la garganta. Le tocó el hombro para que mirara hacia el mago que se abalanzaba hacia ellos. Aaron soltó una maldición ante el sonido hueco que se produjo al oprimir el gatillo—. ¡Es por el otro lado! ¡Viene uno a por nosotros!

Aaron echó un vistazo sobre su hombro mientras cambiaba el cargador.

—Cael se encargará de él. —Sin darle mayor importancia, volvió a apuntar en dirección contraria.

¿Cael? ¿Cómo demonios iba a ayudarles si se encontraba acucillado al lado del vampiro caído socorriéndolo y al mago apenas le faltaban seis metros para llegar? Miró hacia el otro inmortal a su lado, que tampoco le prestó atención.

—¡Cael! —Belén intentó chillar con todas sus fuerzas para que la oyera por encima del estruendo, pero apenas salió un endeble graznido. Aun así, alzó la cabeza para mirar de ella al mago. Luego hizo lo menos esperado: se limitó a coger al vampiro inconsciente para cargarlo al hombro—. Maldita sea, ¿es que ninguno piensa hacer nada? ¡Ese loco viene a por nosotros!

Los labios de Aaron temblaron al disparar.

—Confía en él.

«¿Confiar? ¡Y una mierda! No pienso morir».

Desesperada, buscó a su alrededor. Halló la solución en el cinturón de Aaron. Sin éxito, zarandeó de la daga con una mano. «¡Dios, dos zancadas más y está aquí!». Soltó a Julia sobre el suelo para sacar el arma de su funda.

—Espero que sea solo esto lo que quieres. No es muy alentador encontrar a mi *shangrile* manoseando a un amigo en plena batalla.

¿Cael? Belén miró de la brillante daga que le estaba ofreciendo al soldado inconsciente que portaba sobre el hombro.

—¿Cómo...? —Su voz se cortó al alzar la cabeza y encontrar el tronco decapitado del mago tirado en medio del pasillo.

Tragó saliva y volvió a tenderse, rodeando a Julia con su brazo para acercarla a ella.

—Que conste que le advertí que te esperara —intervino Aaron divertido—. Pero como comprenderás, no voy a ser yo quien se niegue a cederle *mi daga* a una dama.

—No juegues con fuego, gárgola —gruñó Cael enseñándole los colmillos.

CAPÍTULO 35



— ¡Podrías dejar de comportaros como unos idiotas y limitaros a sacarnos de aquí? ¡Van a matarnos!

La ironía desapareció de la expresión de Cael. Echó una ojeada por encima de ella.

—Despejaremos el pasillo para que podáis pasar. Aaron, corre la voz entre tus hombres. El único modo de traspasar las pantallas mágicas es con un cuerpo a cuerpo y solo sirve si no les damos la posibilidad de reaccionar. ¡Malditos hijos de perra! —Cael retrajo los labios en una mueca de amenaza y le pasó el hombre inconsciente al otro inmortal.

Belén se giró para comprobar qué le había sacado de sus casillas. Jadeó al descubrir a Zadquiel tocándose una enorme mancha oscura en el hombro. ¡Habían conseguido alcanzarlo!

—Duele.

Belén parpadeó tan asustada como confundida al escuchar el gemido lastimero de Julia.

—Estás apretando mucho —se quejó también Mayca con voz llorosa en tanto trataba de escurrirse de su agarre.

—Suéltalas, nena. —Fue Cael quien tuvo que abrirle los dedos para liberarlas.

—Lo siento. —Belén tomó una inspiración profunda y le echó otro vistazo a Zadquiel, quien usó su daga para sacarla por la esquina. Tras comprobar el reflejo, alzó tres dedos.

—De acuerdo. Al grito de «ya» salís corriendo, recogéis al resto de los niños y tiráis hacia la izquierda. Al fondo está la sala con el acceso al pasadizo. En cuanto entréis, cerrad el muro tras vosotros y tomad el camino de

la derecha. Intentad regresar al túnel ancho desde el que partimos juntos. No nos esperéis. Os encontraremos.

—Yo sé cómo llegar —saltó la vocecita de Mayca—. Y también dónde escondernos.

—Hacedlo si hiciera falta. —Cael le revolvió el pelo antes de hacer el intento de levantarse, pero titubeó. Inclinandose sobre Belén, la cogió por la nuca y apoyó su frente contra la de ella—. No corras riesgos innecesarios. Entrégate si hace falta. Volveré con un ejército, con la dimensión completa si es necesario para liberarte.

A Belén no le quedó tiempo de reaccionar. Cael acudió junto a Zadquiel y ambos desaparecieron por la esquina. El vampiro inconsciente tosió.

—Está despertando. Vamos a llevarlo con nosotros, no lo dejes sin vigilancia junto a los críos. No quiero tener que matarlo porque se levante sediento y aturdido —le advirtió Aaron al otro inmortal que lo portaba, antes de ayudarla a levantarse.

Con la ayuda de Aaron y su compañero, consiguieron llevar a los chiquillos junto a los demás, que los esperaban acurrucados unos contra otros, protegidos por los dos vampiros que habían estado con ellos desde el principio.

Pablo y Tomás las flanquearon enseguida, como si hubieran estado esperándolas.

—No hay tiempo. En cuanto nos avisen tenemos que salir corriendo. —Ambos chicos asintieron a las palabras de Belén y, aunque con reparos, Germán se unió a ellos—. Repetiremos la operación de antes. —Ella se volteó hacia los vampiros—. Tenéis que dejar a todos los que podáis en el pasadizo y luego regresar a por los demás. Pablo, tú te adelantarás con ellos para cuidar de los pequeños hasta que lleguemos.

Pablo dio un paso al frente con los hombros cuadrados en el mismo instante en que varios disparos impactaron en la pared en la que estaban, dejando largos surcos tras ellos. Los niños se tiraron al suelo entre gritos aterrados.

Aaron siseó mostrando unos colmillos que no tenían nada que envidiarle a los de los vampiros.

—Sacadlos de aquí —ordenó, pasándole los huérfanos que tenía en brazos a otro de los hombres, antes de lanzarse espada en mano contra los tres magos que habían conseguido romper la barrera de los inmortales y avanzaban decididos hacia ellos.

Uno de los magos dirigió la palma hacia Aaron, quien voló varios metros hacia atrás. Los inmortales al lado de Belén se tensaron, sin embargo, aun cuando no perdieron de vista la escena, se limitaron a recoger a los niños que podían. Belén tragó saliva y se obligó a calmarse.

—Pablo, Tomás, Germán, vamos. Tenéis que estar preparados para llevaros a vuestros amigos de aquí.

Con un miedo evidente, los chicos se incorporaron y organizaron a sus compañeros. Se congelaron cuando un grito de dolor cruzó el pasillo y Aaron, con piel grisácea y alas parecidas a las de un murciélago, movió su espada en el aire.

Delante de sus ojos, lo que había sido un hombre guapo y educado se convirtió en una bestia hambrienta de sangre que no dudó en descuartizar a los ilusos humanos que se atrevieron a atacarlo.

—¡No miréis! —Con rodillas temblorosas, Belén se interpuso en el campo de visión de los pequeños, rezando para que consiguieran salir de allí antes de que todos acabaran volviéndose locos ante aquel espanto.

—Belén. ¡Ya!

—¡Esa es la señal! —Belén tiró de los niños que estimó que podrían andar y les enlazó las manos con los chicos mayores—. En esa dirección —les indicó empujándolos apresurada. Los soldados se adelantaron, desapareciendo con su valiosa carga. Sola, con los más asustadizos, Belén se reajustó a Julia sobre sus caderas y, tirando y empujando, emprendió su propia marcha, aunque fuera a paso de caracol.

Los soldados regresaron, cogieron a varios niños y desaparecieron de nuevo. Con las cinco criaturas que quedaron a su cargo, Belén consiguió aumentar el ritmo de sus pasos.

—¡No miréis y corred! —les ordenó con impaciencia, tirando como podía de ellos a pesar de que el brazo con el que sostenía a Julia parecía estar a punto de quebrarse bajo el esfuerzo.

Fue tomar la siguiente esquina y quedarse congelada frente a un enorme agujero negro apuntando a su cara. Los niños se escondieron tras ella y Julia ocultó su carita en el hueco de su cuello.

—¡Cogedla a ella también! Nos servirá de rehén, es una de ellos —ordenó el que la apuntaba con la pistola a sus dos compañeros.

De la nada apareció Tomás con lo que semejaba una bola de fuego sobre la palma.

—¡No! —chilló Belén presenciando horrorizada como uno de los

desconocidos le propinó al chico un puñetazo en el rostro, lanzándolo al suelo.

Tomás se tocó el pómulo y el tono rojizo de su piel perdió intensidad al descubrir la sangre sobre sus dedos.

De forma disimulada, Belén empujó a Mayca y Carmen para que se fueran corriendo, pero las niñas se limitaron a aferrarse a sus piernas.

Un ser de piel grisácea y alas se lanzó sobre dos de los magos y los arrastró varios metros por el pasillo.

«¡Aaron!».

El hombre que quedó comenzó a disparar fuera de control, indiferente a si les daba a sus compañeros o a su atacante. Ella aprovechó el momento de distracción para deshacerse del agarre de las niñas y girarse hacia ellas para hacerlas huir como fuera junto a los que quedaban.

—Quieta ahí.

Belén se detuvo en seco.

—Baja el arma ahora mismo —ordenó una voz femenina cargada de mortal determinación.

—¿Irene? —Un sollozo se entremezcló con la pregunta al reconocer a la mujer de cabello azul apuntando decidida con un arma en cada mano a las cabezas de los dos magos que quedaban.

—¿Qué haces? ¡Eres de las nuestras! —lloriqueó el mago con brazos alzados.

—¿Lo soy? —Irene carcajeó con acidez—. ¿O solo lo soy para lo que os interesa?

—¡Traidora!

No tuvo oportunidad de advertir a Irene de la llegada de un nuevo mago. Antes de que pudiera abrir la boca, había golpeado a Irene en la cabeza con la cantonera de su ametralladora. Las rodillas de Irene cedieron bajo ella y, por un momento, dio la impresión de que iba a desmayarse, pero acabó sujetándose a la pared. Fue lo peor que podía haber hecho.

—¡Maldita perra traidora! —Los insultos y golpes de ambos hombres fueron alternándose con un furioso ritmo.

Belén hizo lo único que se le ocurrió en aquel instante. Soltó a Julia con cuidado sobre el suelo y se lanzó sobre la espalda de uno de ellos para tratar de estrangularlo con un brazo y tirarle de los cabellos con la mano libre.

Un manchón oscuro la rozó al pasar a su costado y, en el siguiente instante, la cabeza del mago que golpeaba a Irene rodó por el suelo. Los huérfanos chillaron al ver al enorme perro agazapado amenazante frente al mago que

trataba de defenderse de Belén. Por si los ojos dorados llenos de ira no hubieran sido suficientes para inspirar terror, los colmillos y parte del pellejo manchado de sangre hacían el resto.

«¿Bicho?». ¿Aquella bestia cuadrúpeda era el mismo fiel y tranquilo animalito que había estado acompañándola estos últimos días? Belén soltó al mago y retrocedió hasta tropezar con los críos. Fue el mismo tiempo que el perro tardó en coger al mago por el tronco y lanzarlo como un muñeco de trapo contra la pared, como si fuera uno de verdad, el hombre se quedó tendido en un montón inerte.

El animal se volteó hacia Irene, a su lado apareció Aaron, cuyos ojos rojos, piel grisácea, orejas puntiagudas y alas extendidas, que recordaban a las de un murciélago, no resultaron menos amenazadores.

—¡No le hagáis daño, es mi amiga! —El grito de Belén apenas se oyó sobre los histéricos chillidos infantiles.

El perro mantuvo los ojos sobre Irene y le enseñó los dientes con un gruñido bajo y persistente mientras sus ojos dorados brillaban con algo cercano a la locura.

—No me mates, por favor, por favor... ¡Oh, Dios! —Irene, cuya tez se había vuelto tan blanca como una sábana, se apretó contra la pared.

—¿Bicho? —Belén se acercó despacio, tratando de llamar su atención, sin saber cuánto quedaba de raciocinio en el animal, ni si la reconocería—. Ayúdame a salvar a los niños. Tenemos que irnos antes de que sea demasiado tarde —siguió hablando mientras recortaba la distancia entre ellos.

Las largas orejas peludas se movieron hacia delante a medida que ella hablaba y, para cuando le tocó el suave pellejo, sus ojos habían dejado de irradiar luz. Con un gemido, apoyó la cabeza contra ella cuando se acuclilló y se dejó abrazar.

—Ayúdame a salvarlos —le pidió Belén sin soltarlo.

El animal alzó el hocico y gimoteó de nuevo.

—Tenemos que irnos. Hay demasiados frentes abiertos ahora mismo —intervino Aaron.

Belén entendió a lo que se refería cuando vio a los dos vampiros que habían estado acarreado a los niños luchando contra un grupo de magos, que aparentaban estar duplicándose como las setas. Pronto, los inmortales estarían tan superados que ya no tendrían nada que hacer.

El lobo soltó un corto sonido, mezcla de ladrido y gemido, y se movió impaciente mirando de los niños a la lucha. Belén se levantó y le acarició la

cabeza.

—Corre.

—Id a la sala. No estaremos lejos si nos necesitáis —le indicó Aaron con una extraña voz antes de alejarse con el perro para ayudar a sus compañeros.

—¡Vamos! ¡Vámonos! —gritó Belén a Tomás que seguía en el suelo mientras recogía de nuevo a Julia y empujaba a los demás chicos para que se pusieran en movimiento, aunque alguno parecía haber olvidado incluso cómo andar.

—Dame a la pequeña y ayuda al chico demonio, no parece encontrarse bien. —La débil sonrisa de Irene temblaba al alargar los brazos para coger a Julia.

Belén titubeó. Tomás se estaba tambaleando, su brazo le dolía del esfuerzo de llevar a Julia y algunos de los niños estaban más histéricos que antes, incluidas Carmen y Mayca, que estaban conmocionadas; aun así, le costaba trabajo soltar a la pequeña Julia. No le quedó más remedio que hacerlo cuando Tomás perdió el equilibrio y se desplomó. En cuanto le pasó la niña a Irene, estuvo al lado del chico para sujetarlo.

—Adelántate, es la habitación al fondo de ese pasillo —le dijo a Irene cogiendo a Tomás por el hombro y apretándolo a ella.

—Claro. —Irene le dio un beso en la frente a Julia y cogió a Mayca de la mano para tirar de ella—. Ven, vamos cariño. Tenemos que irnos.

Dándole a Tomás apoyo con su derecha y controlando a los demás chiquillos con su izquierda, siguió a Irene, aunque la distancia entre ellas fue en aumento a medida que avanzaban. En cada cruce que pasaban encontraban a algún inmortal luchando contra algunos magos, sin embargo, por más que miró, Cael no se encontraba entre ellos.

—¿Qué demonios?! —Belén aligeró el paso cuando Irene pasó de largo de la sala de torturas y tiró por otro pasillo desapareciendo de su vista—. ¡Irene! ¡Irene! —Con el corazón latiéndole a mil, apoyó a Tomás contra la pared y apartó a algunos pequeños de su camino para correr detrás de Irene—. ¡Irene! —gritó sin aliento al llegar al pasillo que había tomado. Mayca y Carmen le echaron un vistazo desesperado por encima del hombro, pero Irene aceleró el ritmo y siguió tirando de ellas sin prestarle atención—. ¡Maldita sea! ¡Irene!

CAPÍTULO 36



Belén corrió todo lo que pudo con tal de alcanzarla, ignorando la falta de aire, el dolor en el costado y la quemazón en los gemelos. Ambas frenaron en seco en cuanto salió un grupo de magos de otro pasillo. Un escalofrío la recorrió al reconocer a uno de ellos. No le quedó la menor duda de que también él lo había hecho cuando apretó los labios. Mayca y Carmen chillaron de dolor. Belén fue a gritarles que no era necesario que las agarraran con tanta brusquedad por sus bracitos, pero no salió ni un solo sonido por su garganta. Irene le lanzó una mirada perdida.

—Traédmela. —La orden sonó tan decidida y fría como lo había hecho por la tarde, cuando ordenó a los demás médicos que la desnudaran.

Belén retrocedió aterrorizada ante los helados ojos azules. Dos hombres armados con fusiles avanzaron en su dirección, acompañados por un tercero. Sus pulmones parecieron cerrarse al ver la jeringuilla en su mano. Sus pensamientos lógicos desaparecieron y el pánico le atenazó la garganta. Imágenes del pasado regresaron a su mente, entremezcladas con las más recientes en la celda.

Chilló al tropezar con alguien a su espalda y se giró, dispuesta a luchar para liberarse y escapar, lo que fuera con tal de evitar aquella maldita aguja que la dejaría a merced de los demás.

—Shhh... no dejaré que te ocurra nada, cielo.

—¿Cael? —Ella quiso llorar al sentir su protector abrazo. Miró por encima del hombro. Los magos estaban alzando sus fusiles para disparar. El médico los observaba con párpados entrecerrados, lo que no impidió que se trasluciera la furia frustrada reflejada en sus ojos—. ¡Cael, van a dispararnos! ¡Quieren cogerme! ¡Drogarme otra vez!

—Shhh... Tranquila, cielo. —Sin perder de vista a los hombres armados, Cael le dio un beso en la frente y la pasó a su hermano—. Cuida de ella.

Zadquiel se interpuso de inmediato entre ella y el peligro. Para cuando consiguió echar una ojeada, Cael ya se encontraba espada en mano frente a los magos. Los disparos resonaron furiosos entre las paredes del pasillo. Ella gritó. Las niñas lloraron desconsoladas. Estaba segura de que le habían dado, pero Cael no se detuvo y, como si no sintiera ningún dolor, alzó la espada y, moviéndose en un rápido círculo, cortó una cabeza detrás de otra.

—Eso les enseñará a no jugar con la *shangrile* de un vampiro —masculló Zadquiel con la caída del último de los tres humanos cayó.

—¡Le han disparado! —Belén sollozó.

Cael tenía tanta sangre encima que era imposible distinguir cuál era suya y cuál de los demás.

—No le matará, solo le dolerá un rato.

Zadquiel aparentaba tranquilidad al respecto, como si estuviera acostumbrado a que ocurriera con cierta frecuencia. El estómago de Belén se contrajo ante la idea.

—Se nos está acabando el tiempo —intervino Aaron con la mandíbula tensa.

Zadquiel asintió preocupado antes de dirigirse a ella.

—Ve con los otros críos. Rescataremos a estas y os alcanzaremos en el pasadizo.

—¡Y una mierda! —Belén no tenía ni la más mínima intención de irse sin saber que Cael y las niñas estaban bien.

La ceja de Zadquiel se elevó, pero se limitó a encoger un hombro.

—De acuerdo. Acabemos de una vez. Quiero largarme de este antro de locos antes de que el sol nos atrape aquí dentro.

Aaron y Zadquiel acudieron junto a Cael y los tres se lanzaron en una carrera hacia los magos. Ante sus ojos, se convirtieron en poco más que manchas en movimiento, hasta que resonaron sus gritos de dolor y fueron despedidos hacia atrás, como si se hubieran topado con una barrera electrificada. Le bastó ver a un mago con las palmas dirigidas hacia ellos para adivinar lo que había ocurrido.

Los inmortales lo intentaron de nuevo con el mismo resultado. Los magos se rieron, arrancándoles a alguno de ellos un grito enfurecido. Zadquiel maldijo cuando se llevaron a las niñas llorando. Ella corrió junto a Cael, que tal y como alzó la mano para tocar la barrera invisible, la apartó con una

mueca de dolor.

—Es inútil. —Cael miró compungido cómo arrastraban a las niñas con ellos.

—Quizás si lo intento yo...

—¡No! —Cael le cogió la muñeca antes de que pudiera tocar la barrera—. Sigues siendo mortal. Esa carga eléctrica podría matarte.

—¿Y las niñas?

—No hay nada que podamos hacer ahora mismo.

—¡Tiene que haber algo, maldita sea! ¡Las armas! —Belén corrió al lado de los cuerpos decapitados y, a pesar de que su estómago se levantó, le quitó a uno de los muertos los dedos agarrotados alrededor de su fusil—. ¡Disparadles!

—Sería inútil. La barrera hace rebotar las balas —explicó Aaron con la misma expresión derrotada que Cael.

—¡Dios! —Belén se dejó caer al suelo y recogió la muñeca de Carmen para abrazarla, no importaba lo fea que fuera, para aquella criatura había sido su tesoro más valioso y ahora lo había perdido.

Abrazó al juguete.

—¡Eso es! —Cael le quitó la muñeca—. ¡Carmen! ¡Hazlo! ¡Tienes que hacer lo que sabes hacer!

—¿Cael? —Belén se secó las mejillas. Parecía tan decidido que de no haber sido por las descargas probablemente habría golpeado la barrera para llamar la atención de la niña. Belén se levantó—. ¿Hacer el qué?

La niña los miró mientras seguían arrastrándola tras ellos.

—Vamos, nena. Tú puedes hacerlo. —Cael procuró que la chiquilla viera la muñeca.

Algunos magos intercambiaron miradas incómodas entre ellos, como si tampoco ellos supieran a qué se refería Cael. La única que abrió los ojos horrorizada fue Irene, lo que le bastó a Belén para darle esperanza.

—Ven a por tu muñeca, cielo —dijo lo más alto que pudo para que ella la oyera.

Las pupilas de Carmen se dilataron hasta que cubrieron el blanco de sus ojos y, un instante después, el resto del mundo pareció dar vueltas y volverse igual de oscuro hasta que irrumpieron diminutas partículas de luz, que parecían viajar todas en su dirección, como si hubiera un imán que las atrajera.

Las rodillas de Belén cedieron bajo ella y estuvo a punto de vomitar por

las vueltas y vueltas que daba todo a su alrededor.

—Carmen, ven hacia mí y trae a Mayca contigo. —Incluso la voz de Cael sonó débil.

De repente, todo acabó como había empezado. Las dos niñas estaban cogidas de la mano ante ellos, el resto del pasillo se encontraba lleno de adultos arrodillados o caídos por el suelo.

—Buena chica. —Cael le ofreció la muñeca y trató de levantarse, aunque no daba la impresión de sentirse muy estable.

—Maldita sea, podrías habernos avisado —masculló Zadquiél con semblante ceniciento.

—Ayúdame a coger a las niñas —murmuró Cael al coger a Carmen en brazos.

Zadquiél retrocedió como si acabara de pedirle que la matara.

—Aaron, hazlo tú. Yo... voy a comprobar si la barrera sigue en pie.

El hombre le echó una ojeada extrañada.

—Ven aquí, bonita. —Aaron alargó los brazos para cogerla.

Zadquiél se acercó al punto en el que antes había estado la barrera y el mago que la había levantado alzó las palmas. La extrema palidez de su rostro dejó claro que esta vez le estaba costando mucho más trabajo, aunque a deducir por las maldiciones que soltó Zadquiél al ser arrojado hacia atrás, consiguió que volviera a funcionar.

—Carmen, tienes que volver a repetirlo para que podamos ir a por Julia. —Belén se acercó a ella para cogerle la manita que se aferraba de forma convulsiva a su muñeca.

Carmen se encogió.

—No puedo —murmuró la niña con tanta pena que parecía que acabara de cometer un crimen incalculable.

—Está bien, cielo. Está bien. —Belén miró hacia Julia, de cuyos ojos había desaparecido la poca esperanza que quedaba. Con el corazón resquebrajado, Belén se dirigió a la única persona que aún podía hacer algo.

—¿Cael?

Él se pasó una mano por los ojos enrojecidos.

—No hay nada más que pueda hacer por ahora. Tenemos que poner al resto a salvo. Nuestro tiempo se está agotando.

—Si aguantamos la barrera acabará cediendo —insistió ella—. Míralo, ese hombre apenas puede con su alma. Esa magia debe de agotarle de alguna manera.

—¡Dejadlos y vámonos! —La débil voz del médico llegó hasta ellos, tan lejos de su eterna frialdad como lo estaban sus tambaleantes pasos de su usual firmeza. Irene soltó un largo gemido de dolor cuando le clavó los dedos en el brazo—. No se te ocurra separarte de mi lado.

—¡Julia! —Mayca chilló y pataleó con tanto énfasis que Aaron tuvo que reajustarla en sus brazos para que no se le cayera.

—¡Tomás! —Pablo llegó corriendo a pesar de que seguía estando pálido.

—Tenemos que marcharnos. Está a punto de amanecer. —Aaron parecía preocupado.

—¡No puedo irme sin ella! ¡No tenéis ni idea de lo que le harán! —Las lágrimas corrieron por las mejillas de Mayca cuando Irene desapareció con su hermana en brazos tras un recodo.

—Tienes que hacerlo, cariño, no podemos ayudarla ahora mismo. Te prometo que volveremos a por ella —sollozó Belén.

Zadquiel consiguió frenar a Tomás justo antes de que se lanzara contra la barrera, aunque no consiguió evitar que lanzara una bola de fuego que rebotó y se extendió como una capa hasta el techo.

—¡La odio! ¡La odio! —Los gritos de Mayca estaban impregnados de tanto dolor que le atravesaban el cuerpo hasta alcanzar los huesos y hacerlos vibrar.

—Aaron, plan B —avisó Zadquiel justo antes de clavarle a Tomás una jeringuilla y que este cayera dormido.

Mayca cayó justo medio segundo después. Cuando Belén los miró horrorizada, Zadquiel se limitó a coger al chico en brazos.

—Si amanece, todos seremos prisioneros y sus gritos les revelarán dónde estamos.

Belén se volteó hacia Cael, quien permaneció con el semblante impasible.

—Lo siento, mi hermano tiene razón. —Le entregó Carmen a Aaron cuando ella extendió los brazos para estar junto a su inerte amiguita—. Está bien, cielo. Solo va a dormir un ratito pequeñito, ¿de acuerdo? —Esperó a que ella asintiera para ayudarla a subirse a su espalda y corrió tras los demás hacia los pasadizos.

Belén apoyó la frente en su hombro y dejó que toda la agonía que conservaba en su interior saliera a flote.

—Chucho también se ha quedado atrás.

Los músculos de Cael se tensaron bajo sus palmas.

—Dale tiempo. Te encontrará si lo necesitas.

—Lo necesito ahora. Es el único que me entiende.

CAPÍTULO 37



El trayecto en el camión congelador se realizó en un tirante silencio, apenas interrumpido por algún que otro sollozo aislado por parte de los chiquillos, que no perdían de vista a los tensos inmortales. Belén se compadeció de ellos y de la incertidumbre que debían de estar sufriendo, aunque por más que fuera consciente de ello se sentía incapaz de hacer nada en aquel momento, no con el dolor de la pequeña Julia marcado aún en la retina, ni cuando la expresión perdida en el magullado rostro de Tomás se lo mantenía presente.

Los hombres permanecían en el más absoluto mutismo, echándole muy de tanto en tanto ojeadas disimuladas a los pequeños, tan pegados los unos a los otros al fondo del camión que componían bultos difíciles de discernir; pero ya fuera por el cansancio o porque estaba amaneciendo, se limitaban a estar sentados con la cabeza apoyada en la fría pared de metal.

Le dio un beso en la frente a Mayca y la apretó contra su pecho cuando uno de aquellos delatores escalofríos cruzó su frágil cuerpecillo, reprimiendo otro de los sollozos que habían ido sucediéndose desde que había despertado. Pablo, por su parte, se mantenía sujeto al pie de la niña, como si necesitara aquel contacto para cerciorarse de que seguían juntos. Resultaba enterecedor verlos tan unidos. No pudo dejar de preguntarse si alguna vez ese amor infantil se convertiría en algo más. Había conocido a pocos hombres demostrar un sentimiento tan leal y honesto como el de Pablo hacia Mayca. ¿Qué sentiría ella si la quisieran así? ¿Cómo podía sentirse una mujer a la que amaran sin pedir nada a cambio, a la que protegieran a cualquier precio, a la que necesitaran a su lado por encima de todo?

Frente a ella, Aaron, sentado al costado de Cael, apenas se movía, del

mismo modo que tampoco perdía de vista la pesada cortina negra que cubría la puerta. No era algo especialmente llamativo. Los hombres aparentaban estar más pendientes del exterior que de lo que ocurría en el interior. Lo que sí fue llamativo, y de una manera espeluznante, fue presenciar cómo la mano de Aaron adquiría un tono grisáceo cada vez más intenso y se cubrió de finas grietas, como si estuviera reseándose y a punto de fragmentarse.

—¿Aaron? —No pretendía asustarlo, pero tampoco podía quedarse callada sin más—. Tu mano. —Señaló cuando alzó la cabeza.

—Aaron, ¿cómo vas? —indagó Cael preocupado.

El hombre levantó la mano y movió los dedos hasta que poco a poco volvió a su estado normal.

—Podemos retrasarlo un poco más, con todo, no creo que consigamos llegar al refugio a tiempo.

¿Podemos? Belén siguió la dirección de su mirada y soltó un jadeo al comprobar cómo la piel de algunos rostros estaba volviéndose rígida y opaca, agrietándose igual que lo había hecho la mano de Aaron. Por sus facciones, tan similares a las de él, con sus destacados pómulos y tez oscura, solo le quedaba suponer que eran gárgolas como él.

—Si no conseguimos llegar a tiempo, me aseguraré personalmente de que os trasladen a un lugar seguro.

Aaron asintió, si bien la promesa de Cael no aparentaba proporcionarle un especial alivio.

—No deberíamos habernos retrasado tanto. ¿Os habéis asegurado de que las juntas de la puerta estén completamente cubiertas por las cortinas? —Zadquiel, sentado al lado de Belén, se frotó por enésima vez los brazos.

—La he asegurado yo mismo —afirmó uno de los hombres sentado junto a la salida.

—Cael, ¿llegaron a informarte del procedimiento a la llegada? —Como si los segundos que tardó en responder se le hicieran eternos, Zadquiel tamborileó con sus dedos sobre el fusil en su regazo.

Lo único que impidió que Belén le proporcionara un codazo para que se mantuviera quieto y dejara de poner nerviosos a los críos fue el brusco giro del conductor, que la obligó a apoyarse en él.

—Está todo controlado. —La expresión grave de Cael contrastaba con la extrema delicadeza con la que abrazaba a Carmen y evitaba que los movimientos del camión la afectaran.

Al verlo así, era fácil imaginarlo como padre. Belén echó de inmediato

aquel pensamiento de su mente. Jamás iba a ocurrir, al menos, no con ella como madre. ¿Para qué darle vueltas a la vida de Cael junto a otra mujer?

El suave lloriqueo de uno de los más pequeños se convirtió en una especie de pistoletazo de salida para que varios más dejaran que sus emociones estallaran y que el camión se llenara de gemidos y sollozos. La propia Mayca lloró junto a ellos por más que trató de consolarla.

—¿Es que no podéis ayudar a consolarlos un poco? ¡Solo son niños, por el amor de Dios! —Belén meció a Mayca y trató de acariciar la cabeza de Pablo con la otra mano. Los esfuerzos del chico para no dejarse contagiar por los demás eran notorios, aunque a deducir por sus brillantes ojos rojos no estaba funcionándole demasiado bien.

De repente, una aterciopelada y profunda voz llenó la cabina con un canto tan dulce y conmovedor, que pareció viajar a través de sus venas y hasta su corazón, envolviéndolo en un cálido sentimiento de abandono.

—Cuidado, no te centres demasiado en su voz, aunque la mitad de gárgola de Aaron es la más visible, también es mitad sirena, y ya sabes cómo llevaban a los marineros a sus trampas, ¿verdad? —murmuró Zadquiel.

Belén parpadeó, Aaron por su parte le guiñó un ojo. No tuvo claro por qué la conmocionó tanto la idea de que fuera una sirena capaz de atrapar a sus víctimas con sus canciones cuando, aun con la advertencia de Zadquiel, la estaba llenando una extraña ligereza y una urgente pulsión por acercarse a él.

Los dedos de Cael sobre su rodilla la devolvieron a la realidad. Se sacudió para despejarse. ¿Había estado cayendo en un trance? Incluso la piel de sus pechos se había erizado. Miró a su alrededor y comprobó que los pequeños habían dejado de llorar y lo observaban embelesados.

—Si alguna vez vuelves a oír el canto de una sirena, céntrate en el latido de tu corazón y bajo ningún concepto caigas en el error de dejarte engatusar por sus ojos. Estarás perdida si lo haces. —Cael parecía decirlo en serio.

—¿Pero él...? —Ella lo estudió por el rabillo del ojo.

—Es nuestro aliado y amigo, uno al que jamás debes subestimar. Del mismo modo que en la naturaleza de un vampiro está muy desarrollado el sentido de la caza y nos cuesta resistirnos a ella, para él cazar tiene un significado diferente, aunque no menos peligroso.

—¿Estás intentando asustarla? Yo en tu lugar tendría cuidado con retarme. —La diversión de Aaron se reflejó en su siguiente canción.

—Inténtalo y eres hombre muerto, gárgola. —La frialdad en su tono dejó claro que Cael no estaba bromeando.

—¿Qué tipo de caza? —Belén intentó no distraerse por el hecho de que el semblante de Aaron había adquirido un brillo especial que lo hacía mucho más guapo, sin contar con aquellos hoyuelos que aparecían con cada una de sus atractivas sonrisas.

Un gruñido largo y bajo consiguió que girara la cabeza hacia Cael, quien la observaba con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada.

—Si me preguntas a mí, yo diría que básicamente hay de dos tipos: aquella en la que se persigue a la presa y aquella otra en la que se atrae a esta hacia el cazador —opinó Zadquiel.

—¿Es eso lo que haces? ¿Atraer a tus víctimas hacia tus trampas, como si fueran ratas? —A pesar del rechazo que le inspiraba esa idea, no consiguió dejar de sentirse atraída por Aaron.

—¿Ratas? —Zadquiel se sacudió con una mueca de disgusto—. ¿Cómo se te ocurre que puedan gustarnos las ratas?

—¿Os gusta cazarlas, pero no comerlas? —replicó Belén en un intento de burlarse de ellos para que no notaran lo intranquila que la hacía sentir tanto la extraña atracción por Aaron como que pudieran verla como una de esas presas de las que hablaban.

Había estado tan agradecida de que la hubieran salvado que hasta aquel momento no se percató de que estaba encerrada en un espacio lleno de depredadores.

—Bueno, visto así, diría que a Aaron le gusta comerlas casi tanto como cazarlas, ¿No, Aaron? —Zadquiel le guiñó un ojo.

—¿Te las comes? —Los vellos de su nuca se pusieron de punta.

El hombre bajó la cabeza y se puso a toser, o al menos esa fue la impresión que ella se llevó, hasta que pilló a otros inmortales tratando de retener la risa. El único que permaneció con el ceño fruncido era Cael.

—¿De qué os reís como idiotas? No le veo la gracia.

¿Cómo podían encontrar gracioso algo tan espantoso? Le habría gustado repartir unos cuantos puntapiés dirigidos derechitos a las dianas que portaban en sus entrepiernas. Seguro que dejarían de parecerles tan divertido. ¡Dios! ¡Aquella bestia caníbal le había parecido un héroe guapo y educado hasta hacía un momento! Costaba creer que fuera capaz de tales atrocidades, aunque quizás no debería haberse extrañado tanto. También los vampiros que se encontraban allí se alimentaban de sangre, aunque al menos no devoraban a sus víctimas, o eso esperaba. Se sacudió ante la idea de lo que podía haber ocurrido si Cael en vez de vampiro hubiera sido sirena. ¡Con la de veces que

había tomado su sangre! Apretó los labios cuando Aaron se secó los ojos.

—Creo que se ha producido un minúsculo malentendido. Aunque «cazar» y «seducir» en muchos sentidos pueden ser sinónimos, en relación a las sirenas es más apropiado usar el segundo término.

Belén soltó un bufido.

—¿Y se supone que cambiarlo de nombre lo hace más ético y menos traumático?

Tras una mirada insegura hacia Zadquiel, Aaron se rascó la nuca.

—¿Sí? —No aparentaba estar muy seguro de la respuesta.

—¿Seduces a las mujeres para matarlas y te parece tan normal?

Por la forma en que Aaron la miró boquiabierto, Belén supo que acababa de desestabilizarlo. «¡Es lo que te tienes merecido, maldito cabrón mentiroso!».

—Zadquiel, tú me has metido en esto, tú me vuelves a sacar —dijo Aaron decidido antes de ponerse de nuevo a cantar.

«¿Y ya está?». Si no hubiera sido porque llevaba a Mayca en brazos, se habría tirado sobre él para destrozarle esa dichosa cara de guaperas.

—Sí, a ver... —Zadquiel se aclaró la garganta—. Cuando hablaba de comer, no me refería a... uhmmm... comer, comer.

—¿Qué se supone que significa eso?

Zadquiel abrió y cerró la boca como un besugo. Viéndolo, cualquiera hubiera dicho que los inmortales se volvían bobos al amanecer.

—Estaban hablando de sexo, aunque parece que mi hermanito ahora es demasiado corto como para poder hablar como un adulto del tema. —La acusación de Cael consiguió que Zadquiel se reajustara incómodo en su asiento.

—No me cuesta hablar de sexo con nadie, excepto si es la *shangrile* de mi hermano. Comprenderás que no es lo mismo.

Cael alzó la ceja ante la patética excusa.

—¿Sexo? —Belén se habría fundido con el suelo del camión si hubiera podido.

¿Cómo conseguía ser tan estúpidamente inocente? Odió el bochornoso calor que le fue subiendo por las mejillas mientras los hombres a su alrededor estallaron en carcajadas.

—Las sirenas se alimentan de energía y el sexo consigue que fluya con mayor facilidad. Obviando su gusto por el placer, claro está —explicó Cael.

—Imagino que es un alivio averiguar que no las mata después de todo —

mascullo Belén por decir algo y no parecer más idiota aún.

—Rara vez lo hacen de forma directa. —Cael apoyó la cabeza contra la pared.

—¿Qué?! —El respingo sobresaltado de Mayca en sus brazos le recordó que debía controlarse.

—Su intención no es matarlas, es más bien que los efectos que producen sobre sus pres... amantes pueden inducir las a poner sus vidas en peligro. —Cael le echó un vistazo a Aaron cuando la voz de este tuvo un altibajo.

Ella también lo miró, pero la gárgola se limitó a mantener la vista al frente y a seguir cantando.

—¿Por qué?

Un músculo en la mandíbula de Aaron le señaló que estaba oyendo la conversación, aunque fingiera ignorarlos.

—Porque con frecuencia se enamoran de ellos de manera obsesiva, eso las induce a hacer cualquier cosa por seguirles: desde abandonar todo lo que tienen, familia, parejas, descendencia, a meterse en peligro físico. —Había un matiz difícil de definir en el tono de Cael y Belén no estuvo segura de si podía interpretarse como advertencia—. Uno de los peligros más frecuentes es que cojan una depresión tan profunda que las lleva a la muerte, ya sea por suicidio o por inanición.

—En realidad, la muerte por inanición está presente incluso antes de la depresión. Las sirenas son capaces de ejercer tal fascinación sobre sus enamorados que se olvidan de todo excepto de ellos.

—¿Y estáis dejando que les cante a los niños?! —Belén le tapó los oídos a Mayca y miró desesperada a los demás—. ¡Deja de cantar de una puñetera vez!

—Shhh... Tranquilízate, cielo. Estás asustándolos. —Cael le colocó una mano sobre el muslo y Aaron dejó de cantar con una expresión indescifrable en los ojos.

—No era un canto de sirena, solo mi voz normal.

«¡Madre del amor hermoso! Si esa era su voz normal y me ha hecho reaccionar así, ¿cómo demonios es su voz de sirena?».

—Dice la verdad, cielo.

Ella miró de uno a otro y quitó las manos de las orejas de Mayca, quien la contemplaba asustada.

—Lo siento. No pasa nada, es solo que estoy muy alterada, al igual que vosotros. —Belén le dio un beso en la frente y tomó una profunda inspiración.

—Aaron no les haría daño a los críos. —Trató de tranquilizarla Cael—. Y tampoco a ti —añadió, aunque sonó más como una amenaza velada que como una afirmación.

Ella asintió. Aaron retomó su canción y con ello volvió a pasar un estremecimiento sobre su piel y a esparcirse una sensación cálida en su interior. Tardó varios minutos en calmarse lo suficiente como para reaccionar. Cerró los ojos y siguió el consejo que le habían dado antes: se centró en su respiración y en los latidos de su corazón, olvidándose de los hombres, la voz de Aaron y todo lo que la rodeaba.

Se detuvo el camión y la puerta se abrió de un golpe.

—Llegáis tarde. —Malael se asomó para casi de inmediato apartarse para que pudieran salir.

—La cosa se complicó más de lo que esperábamos. —Cael bajó del camión, dejó a Carmen en el suelo y abrazó a su hermano.

—Esos malditos magos han mejorado mucho desde la última incursión que nos hicieron. —Zadquiel salto al suelo—. O nos espabilamos o en la próxima nos enterrarán vivos.

Deseosa de salir de la claustrofóbica cabina, Belén aceptó la ayuda de Cael para bajar con Mayca en brazos. Debería haberse sentido libre tan pronto pisó el suelo de hormigón del aparcamiento subterráneo, sin embargo, a pesar de que los turismos y el microbús aparcados allí daban la sensación de una cierta normalidad, los niños asustados a los que iban ayudando a salir del camión y los inmortales que la rodeaban se lo impidieron.

—¿Crees que ya puedes mantenerte en pie? —Bajó a Mayca al suelo, pero no se atrevió a soltarla al comprobar que aún se tambaleaba por los efectos del anestésico—. Cael, vigila a Tomás. No vaya a caerse al saltar del camión.

Mayca y Carmen se apretaron de inmediato contra sus piernas y Pablo y Tomás se mantuvieron cerca, estudiando su alrededor con ojos bien abiertos, como si acabaran de llegar a otro mundo. Belén pudo recordar cómo se sintió ella la primera vez que se enfrentó al mundo que encontró fuera de los muros del convento, se alegró de que lo primero que vieran los chiquillos fuera un tranquilo aparcamiento. No era gran cosa, ni bonito, sin embargo, tampoco tenía las apabullantes sensaciones que transmitían los centros comerciales o zonas turísticas con el agobiante gentío o el atemorizante tráfico. Era preferible conocer el mundo poco a poco que verse lanzado a él sin estar preparado para tanto caos.

—En el orfanato los cogimos por sorpresa y tardaron en reaccionar, si

bien es cierto lo que dices, debemos informar al consejo cuanto antes. Aaron. —Malael inclinó la cabeza en su dirección antes de dirigirse a Belén—. Me alegra comprobar que has conseguido salir de una pieza.

Aun siendo consciente de que debería darle las gracias por haber cumplido su promesa de rescatarla de su prisión, no supo cómo hacerlo.

—Sí, es un alivio, aunque espero que no te hubiera alegrado más si me hubieran sacado por piezas. —En el mismo instante en que lo soltó, se arrepintió.

¿Por qué demonios tenía que ser siempre tan bocazas? ¿Por qué no podía dar un simple gracias como hacían las personas normales? No era como si un «gracias» compensara lo que habían hecho por ella, pero seguro que era mejor que largarle un comentario estúpido como aquel.

Malael movió la cabeza y sonrió.

—En absoluto. Habría sido una lata tener que montar tus piezas. Los puzzles me ponen de los nervios y la figura de Frankenstein siempre me ha dado repelo.

Los labios de Belén se curvaron incluso en contra de su voluntad.

—Admítelo, te habría encantado ponerme las tetas en la frente y un pie en la boca.

Los ojos de Malael se abrieron conmocionados. Consciente de que había vuelto a meter la pata, Belén dejó de respirar mientras esperaba su respuesta. Aunque nada la había preparado para la áspera risa que retumbó en el sótano.

—Lo de las tetas habría sido un problema siendo una dama de la corte, aunque admito que lo del pie tiene posibilidades.

—Malael... —El tono de Cael fue serio—. Tenemos que llevar a las gárgolas a un lugar seguro para su descanso.

En cuanto siguieron la dirección a la que señaló con la barbilla, quedó obvio a qué se refería. Aaron soltó una maldición. Uno de sus hombres se transformó allí mismo, ante sus ojos, y justo detrás, otro.

El problema no había sido nunca el que ella había pensado: que, al amanecer, las gárgolas se convertían en extraños seres de piel gris con alas. ¡No, señor! Era mucho peor. Comenzaba a comprender toda aquella preocupación y comentarios. ¡Las gárgolas se convertían en estatuas de piedra! Y por lo que podía deducir por las expresiones de Aaron y los suyos, era algo que ocurría contra su voluntad.

—Vamos, está todo preparado. —Malael le señaló a sus acompañantes que se hicieran cargo de las estatuas y más vampiros llegaron por el ascensor

para ayudar con los niños—. Madre también os está esperando arriba.

—¿Madre? —Cael cogió a Mayca y Carmen en brazos—. ¿Desde cuándo está dispuesta a venir a esta dimensión?

—Desde que un hijo ha desaparecido y considera que otro de sus hijos puede estar en peligro. Siempre está donde la pueden necesitar, ya lo sabes. ¿Vienes conmigo? —Malael se acuclilló ante un niño y le pasó la mano por la cabeza rapada.

Belén observó alucinada su alrededor. Quitando a los vampiros que estaban ocupados en ayudar a las gárgolas, todos los demás estaban tratando de ganarse a los asustadizos huérfanos. La única excepción era Zadquiel, quien se mantenía al margen observándolo todo con cara de pocos amigos y los brazos cruzados.

¿Estaba alucinando otra vez?

CAPÍTULO 38



Nada más abrirse el ascensor a un enorme vestíbulo, resonó una especie de graznido reseco.

—¡Han llegado!

Belén retrocedió hasta tropezar con Cael y las niñas a su espalda.

—¿Qué demonios es eso? —murmuró ante la avalancha de ancianas en batas y camisones de colores pastel que se precipitaban a través de un largo pasillo hacia ellos, cojeando apoyadas en sus bastones y andadores o, a lo sumo, con pasitos de *geisha*, en tanto que soltaban gritos y exclamaciones incomprensibles—. ¿Ha habido algún virus o apocalipsis zombi durante los días que estuve encerrada?

La risa de Cael vibró a través de su cuerpo mientras la empujaba con suavidad para que saliera.

—Deja de ser tan dramática. Son todas unas señoras muy agradables y te encantarán una vez que las conozcas.

—¿A dónde nos habéis traído? —Belén escudriñó desconfiada el amplio vestíbulo hasta que su mirada cayó sobre unas enormes letras doradas en la pared—. ¿Nuevo Amanecer? ¿Nos habéis traído a una secta?

Cael entornó los ojos.

—Solo es un asilo —explicó con paciencia.

Ella se fijó en cómo una de las viejas le dio un codazo a otra para adelantarla. Había tanta concentración, determinación y esperanza escrita en sus arrugados rostros como la que podía encontrarse en un corredor de maratón al vislumbrar la meta.

—¿Un asilo? ¿Para qué nos habéis traído a un...?

—Señor Real. —Una mujer de edad mediana con nariz aguileña y gafas de

culo de botella se paró frente a ellos gesticulando de manera exagerada—. No puedo permitir este ajeteo a estas horas de la noche. Ya se lo he comunicado a su hermano. Me parece intolerable que...

—¿Real? Eso es una broma, ¿no? —murmuró Belén por lo bajo—. ¿Por qué no te has apellidado directamente Majestad o Duque?

Los labios de Cael se movieron en un minúsculo tic, pero se limitó a sonreírle galantemente a la mujer, cuyas mejillas de inmediato se cubrieron de un rubor poco favorecedor.

—Señora Lindburg, qué agradable sorpresa encontrarla de nuevo.

La señora Lindburg pestañeó y agarró entusiasmada las manos que Cael no le había ofrecido, obviando a las niñas que portaba. Cuando abrió la boca, Belén se preparó para oír una declaración de amor o una pedida en matrimonio como mínimo. La irrupción de la reina madre en escena le chafó el espectáculo y prácticamente quitó a la pobre señora estirada de en medio colocándose entre ella y su hijo.

—¡Cael! ¡Me tenías preocupada! ¿Por qué habéis tardado tanto? —Su madre le cogió la cara y la regó con besos—. Y mírate cómo estás. Apesta a sangre humana —siguió dando un paso atrás para observarlo con la nariz fruncida.

—¿Apesta? ¿No debería encantarle ese olor? —se mofó Belén.

—Ah, querida. Me alegra que te encuentres sana y salva. —La mujer la abrazó, aunque por su expresión eso de que estuviera sana y salva parecía ser relativo—. En cuanto al olor, he oído que a los humanos os encantan las pizzas y las hamburguesas. ¿Significa eso que te gustaría oler a ellas?

—*Touché.*

Los labios de la mujer se curvaron divertidos.

—En ese caso, comprenderás que os pida que os bañéis lo antes posible. ¡Zadquiel! ¡Me alegra tanto que Neva te haya permitido venir para ayudarnos!

—¿Acaba de decirnos que olemos a hamburguesa? —preguntó Cael con sequedad al observar cómo su madre se lanzaba a los brazos abiertos de su hermano.

A Belén se le escapó un bufido.

—Si olieras a hamburguesa con queso no habrías llegado vivo hasta aquí.

—Eso es lo más erótico que me has dicho desde que te conozco.

«¡Ja!». Fue imposible resistir la tentación de ponerlo en su sitio.

—Aún no he llegado a la desesperación de tirarme sobre una hamburguesa cruda. —Belén le dedicó la sonrisa más dulce de la que fue capaz.

—Señor Real, le estaba diciendo... —La señora Lindburg invadió una vez más su espacio personal, ignorando tanto a Belén como a las niñas.

—¡Cael! —Una de las señoras en bata rosa le tiró del cuello y le propinó un beso en plena boca.

Las cejas de Belén casi se fundieron con el inicio de su cabello.

—¡Antonia! —La media sonrisa que Cael le dirigió a la anciana fue tan impotente como la mirada que le echó a Belén, quien se cruzó de brazos para contemplar el estrambótico espectáculo en el que un poderoso vampiro con dos niñas en brazos quedaba a merced de una viejecita verde.

La señora Lindburg alzó los brazos con un suspiro y se largó llevándose sus protestas con ella.

—Te he echado de menos. —La anciana le acunó las mejillas con dedos temblorosos—. Eres un canalla, hace una eternidad que no vienes a verme.

El semblante de Cael se llenó de una mezcla de ternura y culpabilidad.

—Antonia, deja que te presente a mi *shangrile*, Belén —le dijo con suavidad.

La anciana se detuvo con la mano en el aire, como si por un instante el mundo se hubiera detenido. De repente, Belén lo comprendió todo. Sus brazos cayeron y sintió lástima por la pobre mujer.

—¿La encontraste al fin? —La voz antes alegre y enérgica ahora sonó insegura.

Cael bajó a Carmen y Mayca al suelo.

—Sí, el destino la trajo a mí.

—Es preciosa, me alegro por ti, Cael. —La sonrisa de la anciana tembló y sus ojos se llenaron de un brillo húmedo.

—Gracias, Antonia. —Con una mirada de disculpa hacia Belén, Cael la cogió con delicadeza por los hombros y le besó la sien.

—Belén, permíteme presentarte a Antonia. Es una mujer extraordinaria que una vez formó parte de mi vida y que siempre lo seguirá siendo. Es especial para mí, fue muy importante en un momento en el que dudaba incluso de mí mismo. Gracias a ella aprendí a valorar la vida —confesó Cael lleno de honestidad.

Varias lágrimas se abrieron camino a través de la piel arrugada.

—Mi dulce y querido Cael. —La anciana le palmeó la mano que tenía sobre su hombro.

—Hola, Antonia. —Belén intentó sonreír a pesar del escozor en sus ojos—. Es un verdadero honor conocerla.

—Te he odiado durante la mayor parte de mi existencia y te envidiaré durante la que me resta aún. Eres una mujer muy afortunada.

—Yo... lo siento.

La anciana cogió su mano entre las suyas.

—No, no me malinterpretes. Me alegro por Cael, por ambos. Él nunca me mintió. Siempre me dejó claro que solo su *shangrile* podía ser el amor de su vida y que, si el destino tuviera a bien de traerla a él, tendría que dejarme.

—Yo... No sé qué decir.

Toda traza de cordialidad desapareció del semblante arrugado y sus ojos se abrieron llenos de miedo y vulnerabilidad.

—Dime que no me lo quitarás del todo —le pidió con voz quebrada—, que dejarás que cumpla su promesa de no abandonarme, que le permitirás que siga viniendo a visitarme durante el poco tiempo que me queda, que puedo seguir engañándome a mí misma y soñar con que algún día acabe amándome como si yo fuera la mujer más importante de su vida.

Belén tragó saliva ante la cruda honestidad con la que la anciana acababa de vaciar su alma. Cael apartó el rostro como si no fuera capaz de ser testigo de tanta desesperación. Sin palabras, fue consciente de que él no intervendría y que tomara la decisión que tomara debía de ser suya. Hizo lo único que podía hacer: seguir lo que su propio corazón y alma le dictaban. Inclinandose hacia la anciana, le besó la aterciopelada mejilla. Olía a polvos de talco, a agua de colonia de la que se vende a granel en el supermercado y dulces, justo como siempre había imaginado que debería oler una abuela.

—No puedo interponerme en el amor. No es el destino el que elige por nosotros a quién amar, sino nuestros corazones.

—Gracias. —La anciana se sujetó a ella con un sollozo.

Por encima del tembloroso hombro, su mirada se encontró con la de Cael, quien con ojos enrojecidos inclinó la cabeza en un silencioso «gracias».

—¡Antonia, Mari Pili, Cayetana! Dejaos de arrumacos y sensiblerías, que ya sois muy viejas para esas pamplinas —graznó otra de las viejas—. ¿No veis que los niños nos necesitan?

—¡Calla, vieja maruja! Si hubiera venido Nemael otro gallo cantaría. —Antonia se limpió las lágrimas con las palmas y se arregló el poco cabello que aún le quedaba—. Deberías ver cómo se pone durante sus visitas. Se le caen hasta las bragas de lo que encoge esa barrigona que tiene. Y mira que es feo ese granuja.

—Fea tú, que ya quisieras que Cael pisara tu dormitorio como hace mi

Nemael conmigo.

Aunque intentó evitarlo, a Belén le resultó imposible retener la mueca, del mismo modo que jamás había sido capaz de disimularla cuando mordía un limón.

—¡Deja de cotorrear, vieja verde! —Antonia se giró hacia Carmen y Mayca, que seguían sin moverse del sitio en el que se encontraban, abrazadas—. ¿Y vosotras quiénes sois?

—Mayca y Carmen, son unos encantos de niñas —las presentó Cael.

—Pues vosotras os vais a venir conmigo. Os vamos a dar una ducha y algo de comer antes de ir a la cama. —Antonia se apoyó de forma trabajosa en sus rodillas para agacharse un poco—. Hemos conseguido que el cocinero nos pase helado de huevos de chocolate de contrabando.

—¿Cómo los huevos de chocolate de la tele? ¿De chocolate, chocolate? —preguntó Carmen con su vocecita tímida.

—¿Nunca habéis comido uno? —Los ojos de la anciana se abrieron horrorizados—. Eso tenemos que remediarlo de inmediato, para mañana haremos que el cocinero nos traiga una cesta entera de chuches, chocolates y galletas. Eso si me prometéis que no os las vais a comer todas de una sola vez.

Ninguna de las niñas se resistió a que la anciana las cogiera de las manos para llevárselas.

—¿Podemos darle a Pablo y Tomás también? —preguntó Mayca al seguirla.

—¿Quiénes son Pablo y Tomás? ¿Son vuestros amigos?

Carmen asintió mientras Mayca señalaba en su dirección.

—Aquí los tienes. —Cael los empujó en la dirección de Antonia.

—Ahhh, pero si ya casi son unos hombretones. Necesitarán una cesta enorme para poder llenar esos estómagos. Hala, pues vamos todos juntos. ¡Mari Pili, deja de ponerle ojitos a tu galán y vente a echar una mano! Y de vosotros me encargaré en cuanto acabe con ellos —les advirtió a Cael y Belén antes de contar su historia sobre los huevos de chocolate rellenos y de cómo solía robárselos a su madre de la alacena antes de Pascua.

A pesar de la intranquilidad que le suponía perder de vista a los pequeños, fue un cierto alivio saber que alguien se ocuparía de atenderlos y que no dependían de ella. Al escrutar su alrededor, se abrazó. Algunas ancianas ya se estaban llevando a los niños, aunque algunos eran reticentes a acompañarlas, la mayoría comenzaba a seguirlas. Aquello en sí mismo no era lo más extraordinario para Belén, sino la anciana en camión que se abrazaba a uno

de los vampiros como si de ello dependiera su vida; lo que le resultó más fascinante aún era que él, a pesar de su apariencia de treinta y pocos años, le devolvía el abrazo con tanto cuidado y delicadeza como la que se reserva para un tesoro extraordinario o... una amante.

—¿Qué es este sitio en realidad? —Con escenas como aquella y la forma en la que los recién llegados vampiros trataban a las ancianas, sospechaba que había mucho más tras aquel sitio que un simple asilo.

—El lugar al que traemos a los humanos que han sido parte de nuestras vidas y a los que apreciamos. Por desgracia, no podemos llevarlos a todos a nuestra dimensión y tampoco podemos quedarnos en la vuestra para cuidar de ellos.

—¿Es aquí donde me traerás a mí también? —Belén se frotó los brazos ante la idea.

—Jamás vendrás aquí. Una vez que nuestras vidas se hayan unido, serás tan inmortal como yo. Envejecerás tan lentamente que tardarás siglos en darte cuenta y será raro que caigas enferma. Solo morirás si se dan circunstancias extremas o mi muerte.

Era difícil asimilar un imposible semejante y más difícil aún creer que era a ella a quien le pasaría.

—Estás pasando por alto un detalle fundamental. —Belén se apartó de él.

—¿Y ese sería?

—Das por entendido que nuestras vidas se unirán. ¿Alguna vez te planteas que yo no quiera que ocurra?

—Cada vez que estoy contigo y me sueltas uno de tus zapatazos.

¿Era esa la visión que tenía de ella? ¿La mujer de los momentos desagradables y los sinsabores a la que estaba unido por el destino? Se le vino a la mente la ternura con la que había besado a la vieja Antonia. Bufó. No pensaba mostrarle cuánto la hería que la juzgara así.

—Pobre víctima de mis caprichos.

—Por un momento, he creído que eras tú quien estaba haciéndose la víctima —replicó él con sequedad.

La agridulce sensación de que tenía razón se extendió por su estómago. Alzó la cabeza aun a pesar de sus ganas de esconderla como los avestruces.

—No sé. ¿Crees que los zapatazos se te harían más llevaderos si me pongo un camisón de abuela y te doy babuchazos?

CAPÍTULO 39



En el vestíbulo se extendió un repentino silencio y las miradas acusadoras dejaron claro que había alzado la voz más de lo necesario.

—Eso ha sido un golpe bajo. —Cael se puso las manos en las caderas y sacudió despacio la cabeza—. No sé qué hacer contigo, ni cómo tomarme las cosas que haces y dices. Acabas de consentir a Antonia, la has dejado interpretar que te lo tomabas bien y ahora lo usas contra mí.

—No quieras echarme la culpa a mí. Eres tú quien me ha traído aquí.

—Lo decidió el consejo, es el único refugio que estaba cerca y tenía capacidad para tantas personas.

—¿Y si soy tu *shangrile* y todas esas cosas que decías que conlleva, no deberías haberme avisado de lo que me esperaba? ¿Es que ni tú mismo te das cuenta de que no me ves como una *shangrile* y que no me tratas como tal?

Cael se pasó la mano por el cabello.

—Tienes razón, debería haberte avisado, pero no se me ocurrió. ¿Qué quieres que te diga? Ni siquiera me planteé que pudiera darse esta situación.

—Pones a dos amantes una frente a la otra y no se te ocurre que pueda resultar embarazoso. ¡Venga ya! Tienes más años que Matusalén y seguro más experiencia que él con mujeres.

—¡Por el amor de la Diosa! —Cael bajó el tono y la llevó con él a un rincón, alejándose de aquellos que estaban pendientes de ellos—. Hace décadas que no es mi amante. Y no, no me di cuenta de lo que estaba pasando hasta que ella me besó.

—¿La sigues amando?

Cael inspiró en profundidad antes de contestar.

—La quiero con sinceridad y de corazón, como la he querido desde que la conocí. El cariño que siento por ella se ha construido a lo largo de más de medio siglo, es algo que no desaparece así sin más, aunque siempre he sido consciente de que no era el amor de mi vida y que nunca lo sería. Me gustaría seguir acompañándola hasta el final, esa es la verdad, pero como mi *shangrile* tienes tus derechos y este es uno de ellos, el de decidir sobre si puedo seguir visitándola o no. Acataré lo que decidas incluso aunque vaya en contra de lo que quiero.

—Le prometiste que te quedarías a su lado.

—Le prometí que permanecería a su lado hasta que apareciera mi *shangrile*. Y hete aquí, apareciste incluso contra tu propia voluntad.

—¿Estás seguro de que lo soy?

Cael la cogió por los hombros, obligándola a mirarle a los ojos.

—Te guste o no, me guste o no, lo eres. Puedes no confiar en mi instinto, pero a lo mejor te fías del de Neva.

«¿De una niña manipuladora que dice lo que le conviene cuando le conviene?».

—Cael, echa un capote. —La voz de Zadquiel se tensó ante el peso de una gárgola a la que consiguió atrapar justo cuando se tambaleó y se transformó en piedra—. Están cayendo como moscas.

Cael dudó, sin embargo, acabó asintiendo.

—¿Puedes ayudar a mi madre a revisar que los críos estén bien y que se han ocupado de ellos como se merecen? Voy a comprobar que la sala de las gárgolas está preparada y que se adapta a lo que necesitan. No quiero faltar a mi promesa con Aaron.

—Vale. —Belén se abrazó. No era como si le quedara más remedio—. Por cierto, ¿dónde está Aaron? No lo veo.

—Conociéndolo, en el aparcamiento. No subirá hasta que el último de sus hombres haya subido y se encuentre bien.

—Ah.

Por la manera en la que Cael entrecerró los ojos, su respuesta no pareció haberle gustado demasiado.

—Cuidado. No te enamores de quien no puede devolverte tu amor. Las sirenas, a semejanza de los vampiros, solo tienen a una pareja verdadera a la que pueden dedicarle su vida y en el caso de Aaron no te ha tocado a ti.

«Mira quién habla».

Cael le apartó un mechón de cabello de la mejilla y trazó su contorno,

hasta que, sin ninguna otra explicación, apretó los labios y se marchó. Belén se permitió el lujo de cerrar los párpados y masajearse los endurecidos hombros. Consciente de las ojeadas disgustadas que le dirigían vampiros y viejas por igual, no hizo el intento de voltearse ante el pitido de aviso del ascensor. Tenía hambre y sueño, lo único que quería era una ducha caliente y una cama. Solo su responsabilidad con respecto a los huérfanos la retenía aún y rogaba para que alguien tuviera previsto qué hacer con las criaturas ahora que dependían de ellos, porque ella se sentía tan indefensa y perdida como ellos.

—¿Qué hace él aquí?! —El grito enfurecido resonó como un trueno por la amplia recepción.

Belén se giró hacia la reina madre. Jamás la había visto tan alterada. En realidad, jamás la había visto alterada a secas. Si por algo se caracterizaba era por su serena elegancia y, como mucho, por su decidida frialdad cuando la ocasión así lo requería. La mujer que ahora se encontraba con ojos de fiera enloquecida contemplando al objeto de su odio no tenía nada que ver con la reina madre que ella conocía.

Frente a ella, Aaron se apartaba con un gesto cansado, como si el esfuerzo de seguir moviéndose estuviera convirtiéndose en una tarea demasiado ardua y se hallara a punto de rendirse a su debilidad. Su piel había adquirido un tono ceniciento, que hacía que sus ojos rojos destacaran con claridad. No había enfado, ni ofensa en ellos. Solo cansancio y una aflicción que llegaba al alma.

—¡Quiero que salga ahora mismo de este edificio!

Algunas gárgolas que aún no habían caído mostraron sus colmillos acompañando el gesto con un sonido gutural.

—Señora, son nuestros aliados y el amanecer les está afectando. —Un soldado intentó calmarla, aunque no era muy diestro en esos menesteres.

—No tengo nada en contra de los demás, me basta que sea él quien duerma fuera.

—Lo dejaríamos desprotegido frente a un ataque, señora. Ninguno de nosotros podría ayudarle en el caso de que sucediera.

—Mejor. A ver si así no tengo que volver a verlo. ¡Fuera!

Sin hacer el intento de protestar, Aaron se fue tambaleando con pies pesados hacia la salida.

—¡Alto! —Belén ignoró la vocecita que le advertía que no era prudente meterse donde no la llamaban y que no era buena idea convertirse en la enemiga de la reina madre. Aunque si no le echaba cuenta nunca a aquellas advertencias, no tenía sentido que esta vez hiciera una excepción, no cuando

bastaba ver los hombros caídos y la manera en que arrastraba los pies, para saber que el hombre no se encontraba bien—. Aaron viene conmigo.

—¿Perdón? —La reina madre se volteó en cámara lenta hacia ella.

Belén necesitó de toda su fuerza de voluntad para no retroceder ante el amenazante brillo de su mirada y sus largos colmillos.

—No sé qué le ha hecho, majestad. Solo sé que me ha salvado la vida a mí, a los niños y a los vampiros que nos acompañaban esta noche, puede preguntarle a cualquiera de ellos para confirmarlo. No sería justo echarlo como a un perro, ni tampoco dejarlo desprotegido en las horas de su mayor vulnerabilidad. —Cuando ninguna de aquellas razones pareció suficiente para convencerla y ningún vampiro intervino para apoyarla, Belén se jugó su última baza—. Además, Cael le prometió encargarse de su seguridad.

Los ojos de la reina se entrecerraron. Se acercó con una enervante lentitud a Belén, quien estuvo segura de que podía oír el latido acelerado de su corazón, que martilleaba una vía de escape en su pecho, pero se negó a dejarse achantar. La mujer se paró frente a ella, invadiendo su espacio personal. Belén se clavó las uñas en las palmas para no ceder a la tentación de retroceder. Ni siquiera se permitió el lujo de secar las gotitas de sudor que habían comenzado a resbalarse por su sien. La vampiresa inhaló y alzó una ceja.

—Odio a ese hombre y le deseo una muerte lenta y dolorosa, sin embargo, no seré yo quien deshonoré la palabra de mi hijo. —La reina madre se alejó con la cabeza alta y los hombros echados hacia atrás—. Y por cierto...

—¿Sí? —La voz de Belén tembló tanto como sus rodillas.

—Admiro tu valentía para defender aquello en lo que crees. Serás una buena representante de nuestra casa, aunque no sé si a Cael le sentará bien que defiendas con tanto ahínco a otro hombre.

Belén habría podido reír de la estupidez de que alguien pudiera creer que aún le quedaban energías para pensar en hombres, aunque las miradas acusadoras de los vampiros que quedaban en el vestíbulo dejaron muy claro cuál era la interpretación que ellos habían hecho al respecto.

CAPÍTULO 40



En cuanto pisó la cabina de ducha, diminutas y constantes gotas de agua envolvieron su cuerpo en un cálido halo. Belén cerró los párpados y metió la cabeza debajo del chorro. El largo gemido de placer que reverberó a su alrededor sonó casi como un mantra religioso.

No había nada como una semana de abstinencia para valorar de nuevo los pequeños placeres de la vida. No importaba la de veces que se hubiera lavado con agua fría durante su cautiverio, ni la fuerza con la que se hubiera frotado, nada le había servido para sentirse limpia de verdad.

El dulce olor a coco del gel de baño por poco la hizo ronronear. Desechó el sentimiento de culpabilidad por usar demasiado y cubrió la esponja que le habían proporcionado con una capa de un blanco perlado que se deslizó por su piel como la seda.

Para lavarse el cabello se entretuvo aún más, forzándose a no pensar en nada que no fueran sus dedos al masajear su cuero cabelludo. Solo por el recuerdo de la suciedad de la celda y de los pasillos llenos de bichos, repitió el proceso una vez más, imaginándose cómo el agua limpia se llevaba cualquier rastro de aquella semana para desaparecer por el desagüe. Estuvo a punto de conseguirlo. Casi. Si no hubieran regresado una y otra vez las visiones de la carita con ojos azules cargados de dolor y soledad que había dejado atrás. Sus dedos se agarrotaron sobre los azulejos, al mismo tiempo que una intensa punzada cruzaba la parte alta de su espina vertebral y un sollozo se extendía por la cabina.

¡Dios! ¿Por qué tenía que volver a pasar por aquellos malditos recuerdos? ¿No había sido suficiente haberlo vivido en sus carnes, ahora tenía que revivirlo a través de otra víctima inocente?

Posó la frente sobre la pared y se centró en el contraste entre el frío y el calor, relegando cualquier pensamiento negativo a un segundo plano. Si había algo que había aprendido a través de sus experiencias del pasado era que cualquier sufrimiento se hacía más llevadero con el paso del tiempo, por muy lento que pareciera correr. Mañana sería capaz de verlo todo desde la distancia, o quizás pasado mañana. Regresarían a por Julia. Todo se resolvería. Por ahora, solo necesitaba distraerse para olvidar y no volverse loca con las caóticas memorias del pasado que invadían su mente.

Al salir de la ducha, estudió con la nariz fruncida los pantalones que se había dejado tirados en una esquina. No tenía ropa limpia. Se sacudió ante la idea de ponerse aquella ropa de nuevo. Si la metía en agua caliente probablemente se pondría negra y acabarían flotando arañas y otros bichos repugnantes sobre la superficie. Solo de considerarlo ya sentía las diminutas patitas recorriéndole el cuerpo. Le pegó un puntapié a la ropa para mandarla a un rincón. Su habitación estaba a solo dos puertas. Podía llegar hasta allí con la toalla.

El exigente golpeteo en la puerta le puso la piel de gallina. La última vez que alguien llamó así al baño pasó por un interrogatorio nada amable y acabó tirada en una celda.

—¿Cael? —preguntó esperanzada.

La única respuesta fue una nueva llamada.

«Maldita sea, ¿este es el momento en el que en las películas de miedo vienen a por la chica desprevenida para matarla?». Escrutó su alrededor en busca de un arma. ¿Qué probabilidades había de matar a un inmortal con un rollo de papel higiénico o un cepillo de dientes? Cogió el cepillo del wáter y lo escondió a su espalda. No era tonta. No había manera de atravesarle el corazón a ningún vampiro con aquella cosa, pero ¿a quién le gustaba enfrentarse a la mierda de los demás si te la metían en plena cara? Menos era nada.

Con cuidado, entreabrió la puerta y miró sin respirar por el resquicio.

—Pensé que te vendría bien esto. —Antonia ignoró cómo la miró a ella y lo que llevaba en sus manos—. Sí, ya lo sé, no te gustan los camisones de vieja de colores pastel, pero qué quieres que te diga: estás en un asilo no en un club nocturno. A mí tampoco me gustan, aunque son cómodos, la verdad. ¿Qué haces con esa escobilla en la mano?

—Yo... eh...

—Lo siento, ¿he venido en mal momento? —La mirada de reojo que

Antonia le echó al inodoro dejó claro qué pensaba.

—Eh... no, no. Ya he terminado. —Belén se apresuró a guardar el cepillo en su lugar.

Antonia suspiró.

—¡Qué asco volverse vieja! Ese fue uno de los motivos por los que acepté venir al asilo. ¿Te imaginas vivir con un vampiro que puede oler lo que has estado haciendo en el baño desde la planta baja? Cuando una es joven no es tan grave, pero ay, hija, cuando te vuelves vieja... —Algo debió notarle Antonia en su cara porque soltó una carcajada—. Lo sé, lo sé, a tu edad se cagan florecitas y no se habla de esos temas. En fin... —Encogió los hombros y le dejó el camión sobre la encimera del lavabo—. Esta noche te hará el avío y mañana ya vemos qué te buscamos.

—Antonia...

—Dime.

—Yo... antes... —Belén se sujetó la toalla a pesar de que no se había movido del sitio—. Antes hice un comentario que estuvo fuera de lugar. No era mi intención ofender a nadie, menos a usted. Solo... me salió sin pensar. A veces me pasa. Demasiadas veces me pasa. No lo hago con mala intención.

Los ojos verdes que a pesar de la fina capa opaca que los cubría mantenían el rastro de la belleza de aquella mujer se llenaron de comprensión.

—Llamame de tú. No hay cosa que a una le dé más coraje que el que la llamen de usted para recordarle lo vieja que es. —Antonia se acercó a ella y le cogió ambas manos—. Es irónico cómo el destino se ha reído de nosotras, ¿verdad? Yo me pregunto qué pasará entre tú y Cael en el futuro, tú te torturas con qué ocurrió entre él y yo en el pasado. —La anciana bufó con ironía—. Y aún debemos estar agradecidas porque no llegáramos a convivir en la misma época.

—Supongo que sí. —Belén agachó la cabeza.

Antonia le alzó la barbilla.

—No permitas que el pasado te robe el futuro, del mismo modo que yo no permitiré que el futuro me quite lo que me regaló en el pasado.

Belén rio, aunque sonó más bien como un sollozo.

—No puede haber un futuro entre Cael y yo. Somos como el agua y el aceite, no hay forma de que podamos convivir.

Los labios de Antonia se curvaron en una sonrisa misteriosa.

—Cael es experto en encontrar el camino. Dale una oportunidad.

—¿Y si el problema no está en él, sino en mí?

—Te llamas Belén, ¿cierto? Mírame. ¿Qué ves? ¿De verdad crees que Cael es de los que se quedan flotando en la superficie y huye de las dificultades?

—Yo... no lo sé.

—Pues ya es hora de que lo averigües. —La anciana le soltó las manos y se fue hacia la puerta—. Y solo para que quede constancia, esta conversación no te dará derecho a nada. Pienso reclamar a Cael para mí a la menor oportunidad que tenga. —El contorno de sus ojos se arrugó con el guiño que le dirigió—. Ya estaba empezando a aburrirme en este sitio. Voy a divertirme de lo lindo compitiendo contigo por sus atenciones.

—Vaya, eso sí que es jugar limpio —murmuró Belén—. Gracias por advertirme.

—¿Jugar limpio? —La anciana alzó ambas cejas—. Nena, ¿es que nadie te enseñó que en el amor como en la guerra todo vale?



Regresó al dormitorio envuelta en una toalla y con el camisón de Antonia en las manos. Comprendía lo idiota de aquella actitud, aunque eso no conseguía cambiar el hecho de que no quisiera tropezarse con Cael llevando el camisón de la que una vez fue su amante.

No se encontró con él por el pasillo, pero sí en el dormitorio, sentado en el sillón al lado de la ventana, cerrada a cal y canto. Él alzó la cabeza y la recorrió en un silencioso escrutinio. Ella se estremeció ante el hambre reflejada en sus ojos, como si no solo su piel se hubiera vuelto más sensible bajo el agua caliente. Si en aquel instante hubiera tomado uno de sus pechos en la boca, como solía hacer durante sus apasionados encuentros, le habría bastado el calor de su aliento para perder la poca cordura que le quedaba. Belén se sacudió por dentro y se acercó a la cómoda para revisar los cajones vacíos.

—¿Qué haces aquí?

—Traerte algo de ropa. Supuse que te gustaría ponerte algo limpio. —Cael señaló la bolsa de papel roja sobre la cama.

—Yo... Gracias. La verdad es que ya me han dejado un camisón. —Alzó la prenda para mostrársela, pero cualquier cosa que podía haber dicho murió en su garganta al ver los ojos de Cael a través de la fina tela. ¿Ese era el

camisón que Antonia había guardado para sus ocasiones especiales con el galán de pacotilla que ahora la contemplaba con pupilas dilatadas? Ni siquiera los elaborados bordados en el cuello y los puños, o el tamaño digno de una mesa camilla, podían borrar las indecentes imágenes que le cruzaron por la mente.

—Mhm. —Por el modo en el que Cael reajustó las piernas, fue evidente que no fue la única con ese problema.

Belén tragó saliva.

—La verdad es que es un alivio no tener que salir con esto y me vendría genial ir a por una infusión antes de acostarme. ¿Cómo has conseguido ducharte e ir de compras en tan poco tiempo? Ya debe de haber amanecido. — Infundió su tono con ligereza para disimular el efecto que tenía sobre ella su cabello húmedo, peinado descuidadamente hacia atrás, y la camiseta negra y pantalones cargo, semejantes a los que llevaban la mayoría de los hombres que habían acudido a rescatarlos y que no hacían mucho por disimular sus estilizados pero bien definidos músculos.

—No tuve que salir. Mi ropa ya estaba esperándome, a por la tuya envié a uno de los soldados antes de organizar el rescate.

—Ah, ya. Se me habían olvidado los beneficios de pertenecer a la aristocracia. —Belén encogió los hombros, aunque no pudo evitar una mueca al recordar la forma en que sus sirvientes siempre andaban tras él para cumplir el más mínimo de sus caprichos.

La mirada fija de Cael consiguió que se girara en busca de algo con lo que entretenerse, aunque no había mucho a lo que dedicar su atención en la austera habitación, que contenía poco más que unos sencillos muebles de madera aglomerada de color haya.

—Ha sido por ti. Sé que te molestan mis orígenes, sin embargo, no es algo sobre lo que yo tenga control precisamente.

—¿Yo he dicho que me molestan? —se burló Belén deseando vestirse con algo más que la escueta toalla que hacía poco, por no decir nada, por sentirse cubierta.

—No dejas de echarme en cara que vivo en un ambiente rico, uno que te he ofrecido compartir a tu antojo —le recordó.

—Oh, pero si no me importa que tengas dinero —le respondió ella con sarcasmo—. Ni mucho menos que lo compartas conmigo. ¿Cómo podrías haberme pagado por mis servicios si no lo hubieras tenido?

Cael tensó la mandíbula, contemplándola con una intensidad que parecía

quemarla por capas para llegar a lo más profundo de su interior. Belén consiguió enfrentarse a él sin pestañear, aun cuando no le hubiera importado regresar al baño para esconderse de su escrutinio. La cosa se volvió más complicada al ver cómo se acercó con pasos lentos y un aura de peligro que la obligó a ponerse rígida para que sus pies no se movieran por su propia cuenta buscando mantener la distancia entre ellos. No pensaba darle el placer de descubrir cuánto la afectaba.

Él la rodeó y se colocó a su espalda. La caricia del cálido aliento sobre su cuello llegó mucho antes que sus palabras.

—¿Y cuál es tu precio de hoy? —Sonó tan seductor que tuvo que recordarse que era un insulto.

—¿Quién dice que hoy esté disponible? —bufó Belén al tiempo que trataba de ignorar cómo sus pezones comenzaban a endurecerse al anticipar la lucha de poder que acabaría en una de sus sesiones de sexo fiero y salvaje, como lo hacía siempre.

Odiaba esa dicotomía entre la humillación que le suponía ceder a sus caprichos, vendiéndose a él, y la morbosa euforia que se despertaba en ella siempre que batallaban por la dominación.

—Siempre hay un precio —insistió Cael con voz aterciopelada junto a su oído—. Todos lo tenemos.

Ella rio con sequedad.

—No hay nada que tengas ahora mismo que pudiera interesarme —espetó, aunque la necesidad de sentir la boca masculina bajando sobre su piel comenzaba a perturbarla.

—¿Segura?

El tono burlón la hizo ponerse alerta. Conocía ese tono, el muy cabrón solía usarlo cada vez que se guardaba un as en la manga.

—Segura —afirmó decidida.

—¿Ni siquiera a cambio del bolso lleno de joyas que sigue escondido en mi coche?

Belén se giró como un torbellino hacia él.

—¿¿Tienes el bolso?!

¿Cómo había podido olvidarse de él y de quién se lo había quitado? ¡La habían raptado, maltratado y encerrado por culpa de él! «Y puede que sea lo que te haya mantenido viva».

—¿Lo habría mencionado si no lo tuviera? —Cael alzó una ceja.

—Es mío —siseó Belén.

—¿Y de qué te sirve si no sabes dónde está?

—¿Después de confesar que me lo has robado no piensas devolvérmelo?

Si hubiera tenido la mitad de fuerza que él, le habría estrangulado, sacado aquellos ojos burlones y obligado a tragárselos, aunque tal vez hubiera tenido que invertir el orden para que fuera efectivo. ¡Maldito vampiro chupasangre!

—En absoluto, te estoy comunicando que te lo he guardado a buen recaudo y que estoy dispuesto a negociar contigo a cambio de proporcionarte la información sobre dónde puedes encontrarlo.

—Eres un maldito cabrón, hijo de puta. —La ira apenas la dejaba respirar.

—Eso suena mejor que ser un idiota desesperado que te persigue a cambio de unas migajas. —El tono de Cael estuvo teñido por un cierto deje amargo.

—¿Se supone que después de que me hayas desvalijado debería tenerte lástima? ¡Debes de estar bromeando!

¿Le había birlado todas sus joyas y ahora se hacía la víctima? ¡Tenía más cara que espalda!

—Es una negociación de igual a igual. Yo tengo algo que quieres y tú tienes algo que quiero yo.

CAPÍTULO 41



*P*arada frente a la ventana, lo más lejos posible de él, intentó calmarse sin éxito. Si hubiera estado la persiana subida y no hubiera tenido que verse reflejada en el cristal, con él al fondo, quizás no hubiera empeorado su ya existente frustración.

Le quedaban la mitad de las joyas, suponiendo que los de la secta no le hubieran hecho una visita a su casa y las hubieran encontrado escondidas bajo los azulejos. Eran suficientes para mantenerse durante unos años, pero no para lograr su sueño. Necesitaba las que tenía en el bolso.

—Además, por si te interesa, tengo el contacto que necesitas para convertir esas joyas en dinero —añadió Cael con tranquilidad.

Ella se volteó boquiabierta.

—¿Aquí? ¿En el mundo real? —Sus neuronas echaron chispas con las posibilidades que podía suponer.

—Argumentaría que mi mundo también es real, no obstante, imagino que para alguien que lo desprecia tanto como tú sería una pérdida de tiempo. —Cael se metió las manos en los bolsillos—. Sí, es un comprador de esta dimensión, que te pagará en la moneda que más te convenga. Sin facturas, sin papeleo y un precio a convenir. Es uno de los recursos a los que recurrimos para conseguir el dinero que se requiere para movernos por aquí sin tener que robar u optar por otros recursos menos éticos.

Ella se mordisqueó los labios. Después de lo que había pasado, ¿sus objetivos seguían en pie? Imágenes de lo ocurrido aquella misma tarde regresaron a su mente. Los fríos dedos del médico al repasar su cicatriz... Se abrazó para amortiguar el estremecimiento. Sí, sin duda. Era su sueño e iba a cumplirlo hasta sus últimas consecuencias.

Recuperar todas las joyas y poder convertirlas en efectivo la acercaría a su meta como nunca antes había estado. A partir de ahí, lo demás sería pan comido. Además, orgullo aparte, ¿a quién pretendía engañar? Seguía deseando a Cael, aunque fuera un capullo integral y sus brazos la ayudarían a mantener sus pensamientos a raya.

Se desató la toalla y dejó que cayera al suelo. La mirada depredadora se sumó a la temperatura fresca de la habitación para erizar los diminutos vellos a su paso y él no tardó en descubrir cómo sus pezones rogaban duros e hinchados por su atención. Los labios masculinos se curvaron en una sonrisa autosuficiente.

Belén tragó saliva. Cael se tomó su tiempo para acercarse a ella, dejando que la anticipación comenzara a adueñarse de ella. Su corazón latía con fuerza, marcando uno a uno sus pasos hasta que se detuvo. Sus miradas se mantuvieron en un trance magnético del que les resultaba imposible liberarse.

Sus dedos fueron firmes cuando le trazó los labios con lenta delicadeza, como si pretendiera memorizar cada monte, cada meseta, cada diminuta ranura, y ella se abrió a él, mordisqueando su pulgar y humedeciéndolo.

Su mejilla, su mandíbula, su cuello y su pecho... todos se convirtieron en caminos, en terreno por explorar a lo largo de su recorrido. Humedeció sus pezones con su propia saliva, volviéndolos adictos a él, y continuó el descenso hasta su estómago, que se encogió bajo el efímero contacto. A pesar de que el reloj parecía haberse detenido, su cuerpo estaba preparado para él, abriéndose húmedo a sus dedos. Belén se sujetó a él con un jadeo contenido y los labios entreabiertos

—Te odio —musitó Belén sin aliento ante su expresión triunfal.

Por una milésima de segundo, la sonrisa victoriosa flaqueó.

—Ódiame lo que quieras. Ambos sabemos que me deseas. —La brillante capa que cubría sus dedos al mostrárselos fue una prueba irrefutable.

Quiso mandarlo al carajo. Era lo que se merecía. Era lo que debería haber hecho. Sin embargo, se tragó la ristra de insultos que tenía en la punta de la lengua y se enfrentó a sus cejas arqueadas. Podía reconocer el reto en sus ojos, la provocación para que ella lo negara y, solo por eso, no lo hizo.

—Eso no cambia lo que siento por ti.

La sonrisa de Cael se congeló en una mueca.

—Pues si es solo odio lo que puedes ofrecerme, que así sea. Veamos quién gana, si el aborrecimiento que me tienes o tu cuerpo —murmuró con un tono cargado de peligro.

Sin perderla de vista, bajó la mano, obligándola a separar los muslos para acomodarla. Su piel se erizó bajo el intenso escrutinio masculino y a duras penas consiguió evitar cualquier reflejo de lo que le hacían sus dedos al jugar entre sus pliegues.

Ninguno habló a medida que la tensión entre ellos crecía. Se encontraban tan juntos que, aún sin rozarse, ella podía percibir la ropa contra su piel desnuda y sus alientos se entremezclaban adelantándose a lo que ambos sabían que terminaría ocurriendo.

Un jadeo consiguió romper su férreo control cuando él le atrapó el duro clítoris entre los labios exteriores. Un segundo, dos, tres pasaron mientras lo masajeaba con diminutas rotaciones... Se sujetó a él con ambas manos, sus uñas se clavaron en sus hombros, su vientre se contrajo al punto de que mantenerse erguida se convirtió en una hazaña y, por más que trataba de mantenerlos a raya respirando más y más rápido, los gritos de placer siguieron fugándose sin su consentimiento.

Estaba convencida de que él podía percibir su respiración acelerada, que podía sentir la carrera desacompañada de su pulso y que era probable que los diminutos gemidos para él sonaran tan altos como lo haría para ella el reloj de la Puerta del Sol dando las campanadas de Año Nuevo. Hizo lo posible por demostrarle que, a pesar del placer que se estaba apoderando de su cuerpo, era capaz de hacerle frente y, sobre todo, que no iba a rogarle, aunque se estuviera muriendo por sentirlo en su interior, llenándola y aliviando su persistente necesidad de poder aferrarse a él.

La había convertido en una mercancía, en un servicio comprado con frialdad, y eso era justo lo que estaba dispuesta a darle.

A medida que sus jadeos fueron acelerándose, pujando por salir entre atropellos, en su bajo vientre fue formándose un tenso nudo de placer que crecía en intensidad y tamaño bajo el constante acecho de Cael, cuyas pupilas se dilataban a medida que sus iris iban adquiriendo tintes dorados. No importaba lo que ella hiciera para retrasar la inminente explosión final, él se esforzaba en la misma medida para derribar sus barreras una a una y hacer que perdiera el control de sí misma.

La simple percepción de que él tuviera toda su atención y sentidos puestos en ella, convirtiéndola en el centro de su obsesión, vigilándola, asediándola con una paciencia infinita hasta obligarla a rendirse resultaba tan o más morbosa que los expertos dedos agasajando sus sensibilizadas terminaciones nerviosas.

Ansiaba salir en busca de sus labios para estrechar la intimidad, entrelazar la lengua con la suya y responder a todas las exigencias no pronunciadas a las que la estaba sometiendo. Anhelaba pegarse a él para sentirlo contra su piel desnuda, montarlo para acogerlo en su interior retándolo a abrirse camino, estrechándola, bombeando en un rítmico vaivén que los hiciera olvidarse incluso de sus diferencias... Lo deseaba, así, a secas, solo a él y lo que podía ofrecerle.

Sus ojos se agrandaron. La exploración de Cael se adentró en su interior con un dedo, dos, en tanto que su pulgar se mantenía sobre su clítoris, incitándolo a un sensual baile que la distraía de la atrevida conquista con la que reclamaba su territorio y la obligaba a abrirse a él.

Fue el punto de inflexión en el que su resistencia se quebró. Aferrada a su musculoso brazo, Belén echó la cabeza atrás y permitió que sus caderas se acompasaran al ritmo de sus embestidas hasta que un desgarrado grito de placer que inundó la estancia.

Cael no perdió el tiempo, prácticamente se arrancó la camiseta, alzó a Belén para llevarla hasta el borde de la cama y se agachó sobre ella en busca de sus pechos mientras se abría la cremallera del pantalón. Ella se dejó caer de espaldas arrastrándolo en el proceso y se arqueó victoriosa cuando la sujetó por los muslos y la penetró con una desesperación voraz.

Con las convulsiones de su último orgasmo aun reverberando en su interior, la gruesa erección de Cael la llenó de una manera tan poderosa y absoluta que acorraló las olas de placer tornándolas en furiosos repiques que barrían a través de su vientre.

Ninguno perdió de vista al otro. Cael con la mandíbula apretada, ella con los labios entreabiertos, gruñían, gemían y jadeaban con cada empuje, vigilándose mutuamente para descubrir quién de los dos llegaba antes en su frenética carrera hacia la cima.

Al apretar los músculos de su vagina, Cael apretó los dientes en una mueca cercana al dolor. Belén repitió la contracción con una carcajada triunfal. Fue entonces cuando Cael soltó un gruñido, sus colmillos se extendieron e incrementó tanto la fuerza de sus embestidas que la cama fue trasladándose con cada empuje. Belén tuvo que sujetarse al edredón y rodearlo con sus piernas para permanecer unida a él. Sus gemidos se convirtieron en gritos de éxtasis imposibles de contener y, en cuanto volvió a constreñir las paredes de su vagina, Cael contrajo su rostro con un sonido gutural. Un calor húmedo se extendió por su vientre y fue lo último que sintió antes de que el placer

estallara, expandiéndose con la fuerza destructora de un tsunami que arrasó con todo hasta dejarla hecha una temblorosa masa humana.

Belén cerró los párpados y agradeció en silencio que él no se saliera. Aunque hubiera querido, habría sido incapaz de mover sus piernas para liberarlo. Tan fuera de aliento como ella, Cael se inclinó y rozó su frente con los labios. Belén abrió sorprendida los ojos ante el gesto de ternura.

—¿Sigues odiándome igual, pequeña arpía?

Lo habría estrangulado allí mismo si le hubieran quedado las energías suficientes para hacerlo. Sacando fuerzas de donde no las tenía, alzó sus brazos temblorosos para agarrarle por el cabello.

—Más, mucho más —murmuró antes de morderle el cuello sin contemplaciones.

De entre los labios de Cael escapó un inesperado sonido mitad gruñido, mitad gemido; fue él mismo quien se volteó con ella en brazos para quedar debajo.

Belén alzó la cabeza y ambos se mantuvieron la mirada mientras trataban de recuperar la respiración, hasta que ella escaló con piernas débiles por su tronco. Le echó un último vistazo al brillo de sus ojos antes de situarse sobre su cara y arqueó la espalda hacia atrás con un largo gemido cuando la penetró con su lengua.

Ella apretó los párpados. No importaba cuánto se odiaran y detestaran. Sobre que se llevaban bien en la cama no había ni la más mínima duda. Casi habría podido conformarse con aquella relación, si no hubiera sido porque dolía. Dolía mucho que solo la quisiera para usarla.

CAPÍTULO 42



Belén se despertó con un gimoteo. Sus músculos protestaron al girarse en la cama y el cuerpo caliente a su costado le recordó las horas que había pasado junto a él. Le echó un rápido vistazo al despertador y le entraron ganas de estamparlo contra la pared. ¡Eran las ocho y media de la tarde! Seguro que además de perderse el desayuno y el almuerzo, también se había perdido la cena. Dudaba mucho que en un asilo se cenara más tarde de las siete. Se puso una mano sobre el estómago ante el gruñido quejumbroso de este y se incorporó. Solo le quedaba rezar para que quedara algún resto que pudiera comer.

—Seguro que la cocina sigue abierta. Malael se habrá asegurado de que esté disponible para los hombres. Recuerda que, aun estando en tu mundo, nuestro biorritmo sigue siendo diferente al de los humanos y acaba de desaparecer el sol en el horizonte.

Belén giró la cabeza hacia él. Con una mueca de dolor, se masajeó el cuello y trató de aliviar la rigidez.

—¿Cómo sabes lo que estaba pensando? —preguntó sin ocultar su suspicacia.

—Porque estabas mascullándolo. —Cael sonrió, aunque en sus ojos había un cierto deje de preocupación—. ¿Te he hecho daño?

—No creo. No estoy acostumbrado... —Belén calló en cuanto se percató de que había estado a punto de admitir que no había estado con ningún otro hombre desde la última vez que estuvieron juntos—. Imagino que una semana encerrada en la celda ha conseguido que mis músculos protesten ante el más mínimo ejercicio.

Durante un segundo pensó que la ceja de Cael había hecho el amago de

arquearse, aunque desechó la idea ante la impasibilidad en su semblante.

—Si tomas algo de mi sangre se te pasará enseguida. —Cael alzó ambas manos al encontrarse con la mirada asesina de ella—. ¿Quieres que te dé un masaje para aliviarte?

Belén puso los pies sobre el suelo y se aseguró de que no viera su cara al levantarse. Si algo tenía claro era que el señorito no necesitaba averiguar lo oxidada que se encontraba en algunos aspectos de su vida.

—Mejor me doy una ducha. Si el agua caliente no consigue relajarme los músculos tampoco lo conseguirás tú.

Cael abrió la boca, pero solo asintió.

En cuanto recogió la bolsa de papel del suelo y sacó una prenda de un tono rojo chillón que dudosamente podía clasificarse como ropa interior, comenzó a tener un mal presentimiento.

No le pasó desapercibido el interés de Cael al inspeccionar el extraño sujetador sin copas, que por su apariencia estaba diseñado para todo menos para sujetar y cubrir los pechos. Cuando tocó el turno del tanga, que básicamente consistía en un «nada» transparente con dos lazos del mismo tono que el sujetador, no pudo evitar alzar las cejas. Se negó a comentar nada. El remate llegó con un fino paquete de plástico en cuya cubierta de cartón estaba impresa la imagen de una provocativa modelo tetona vestida de enfermera.

—¿Qué-se-supone-que-es-esto? —Los dedos de Belén temblaron de ira al extraer el ridículo disfraz del envoltorio.

—Parece... eh... uhm... ¿un traje de enfermera?

—¿Un traje de enfermera? ¿Y lo dices así, como si no tuviera importancia? —A falta de poder retorcerle el cuello, Belén le tiro la prenda con toda la mala leche que pudo—. ¿De esclava ahora he pasado a ser un putón verbenero? ¿O se supone que debo reírme con la bromita?

—Yo... eh... No sé qué decir al respecto. —Cael cogió la prenda y sacudió la cabeza al contemplarla—. Tápate, voy a averiguar qué ha pasado.

Furiosa, Belén arrancó la sábana de la cama, indiferente a que eso lo dejara como su madre lo trajo al mundo. No necesitaba que llamara a nadie para que le explicara lo que había pasado. Lo sabía de sobra. Era otra forma de sus hombres de tomarle el pelo y reírse de ella. No era la primera vez que lo hacían. Durante los meses que había permanecido en su dimensión había aprendido por las malas cuanto les gustaba a aquellos imbéciles elitistas ponerla en su lugar y dejarle claro que no les caía bien y que no estaba a su altura.

Cael apenas se había sentado y apoyado en el cabecero de la cama cuando la puerta se abrió y un guarda, que ella por desgracia conocía de sobra, metió la cabeza.

—¡Se llama a la puerta antes de entrar! —Belén le lanzó una mirada furibunda y se aseguró de que la sábana se mantuviera en su sitio.

—¿Señor? —El vampiro se cuadró y miró a Cael. Su semblante impasible dejó patente que le traía sin cuidado lo que le chillara ella.

—¿Gabriel? —El tono de Cael reflejó su sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

—Andrea ha conseguido burlarnos y ha regresado a la ciudad. O eso creemos. No hemos sido capaces de confirmarlo —masculló el inmortal con tono lúgubre.

Cael saltó de la cama, indiferente a su desnudez.

—¿Cómo ha pasado?

—No estamos seguros, sospechamos que tiene alguna táctica para adivinar nuestros movimientos. Se adelanta a cualquier ataque o paso que damos antes de que lo realicemos.

—¿Se debe a su formación militar o a un infiltrado? —indagó Cael con frialdad.

—Yo diría que ambas.

Sus piernas amenazaron con ceder bajo ella. Belén se dejó caer en el filo de la cama y se abrazó. El traje de enfermera había dejado de tener importancia. No quería ni contemplar la posibilidad de que la vampiresa pudiera encontrarla de nuevo y, de alguna manera, intuía que era por ella por lo que había regresado.

—¿Qué opina el consejo? —La expresión de Cael era tan cerrada que Belén fue incapaz de adivinar qué opinaba al respecto.

—Lo están debatiendo. Nos aconsejaron estar preparados para lo que pudiera suceder. Se están movilizando más tropas en previsión de un posible ataque de la secta.

—¿Hay indicios de ofensiva por su parte? —Cael recogió sus pantalones.

—Sí. Los *fey* nos han informado que ha habido mucho movimiento por la casa palacio. También hemos detectado la presencia de algunos magos en las cercanías de este barrio. Aunque no han llegado a entrar.

—¡Mierda! —Cael se detuvo con el ceño fruncido—. Andrea conoce estas instalaciones.

—Nunca las hemos usado para un operativo militar, lo que no evitará que en cuanto le pasen la información pueda adivinar dónde nos ocultamos —

asintió Gabriel—. Sin embargo, sospechamos que hay algo más. Es posible que los críos estén portando chips de seguimiento subcutáneos. Dado que estas instalaciones tienen un sistema de interferencia de señales, podría explicar el hecho de que la secta lograra seguirnos hasta esta zona, pero que nos perdieran en cuanto nos metimos dentro del alcance del sistema.

—¿Ya habéis tomado medidas con respecto a los chips? —Cael se cerró la cremallera y recogió la camiseta que había tirado sobre la cómoda la noche anterior.

—Un médico cirujano viene de camino.

—¡No podéis hacerles eso! —Belén se colocó horrorizada una mano sobre el pecho—. Acabamos de sacarlos de un infierno, ¿y ahora pretendéis someterlos a las mismas torturas de las que se supone que los habéis liberado? ¡Bastará que vean la bata de un médico para que sientan terror!

Ambos la miraron como si se hubieran olvidado de su presencia, aunque la expresión de Gabriel fue adusta, como si le hubiera molestado su interrupción, la de Cael se tornó pensativa.

—Avisaremos al equipo médico para que utilice su ropa de calle y que reduzcan el impacto al mínimo, ¿verdad, Gabriel?

—Por supuesto, señor.

—Pero... —Le dio igual lo que dijeran, ellos no habían pasado por aquel horror.

Quizás debería darle a Cael acceso a su mente del mismo modo que él lo hizo con ella con la escena de las termas romanas. Si pudiera comprender cómo se sintió el otro día en la celda durante aquella inspección era posible que llegara a comprender el alcance de lo que trataba de transmitirle.

—Cielo —Cael se acuclilló delante de ella y le cogió ambas manos. Belén tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que le atenazaba la garganta—, esos críos son inteligentes y si les explicamos qué es lo que ocurre y por qué les tenemos que sacar esos chips lo comprenderán. Además... —titubeó—, tú también debes pasar la revisión. Sé que lo odias. Lo comprendo, pero no estaré tranquilo hasta que nos cercioremos de que estás fuera de peligro y que no puedan localizarte así sin más.

Belén apartó las manos y asintió, incapaz de pronunciar palabras. ¿Por qué cada vez que tenía aquellos gestos casi tiernos con ella se paralizaba como si fuera poco más que una niña en la edad del pavo?

—Gabriel, ¿podrías encargarte de encontrar otra ropa para mi *shangrile*? No sé quién fue a comprarla, sin embargo, considero que no es la más

adecuada para usar en este lugar. —Cael señaló con la barbilla el disfraz y se levantó.

A ella no se le escapó la forma en la que la mandíbula de Gabriel se endureció antes de responder.

—Lo siento, señor. Por lo que sé, el *sex shop* de la esquina era la única tienda abierta de madrugada y su hermano nos ordenó expresamente que procuráramos no llamar la atención mientras permaneciéramos aquí.

—Está bien, conseguídle otra cosa ahora.

—Señor... —Los hombros de Gabriel se enderezaron de manera casi imperceptible—. ¿Juzga apropiado que alguno de nuestros hombres salga a por ropa antes de que el consejo nos haya comunicado su decisión o que sepamos el estado real de la situación?

Cael lo estudió largo rato con una expresión ilegible. Acabó pasándose los dedos por el cabello.

—Tienes razón. Lo primero es lo primero, comprueba si queda algún uniforme de combate para ella. Me reuniré en unos minutos con vosotros.

Gabriel se limitó a realizar una leve inclinación ante Cael, ignorándola a ella. En cuanto la puerta se cerró, Belén se levantó alterada.

—No piensa encontrarme ropa. ¿Es que no le has visto la cara?

Cael se cruzó de brazos.

—¿Puedes leerle la mente?

Ella abrió la boca incrédula. ¿Acababa de tratarla como si fuera un objeto valioso del que quería cuidar y ahora ponía en duda su opinión? ¿Así, sin más?

—¿Te estás burlando de mí?

—No —contestó Cael con ademán serio.

—¿Y entonces te crees lo que ha dicho? —Belén alzó los brazos frustrada.

Cael apartó la mirada y se puso los calcetines y las botas.

—No mintió con el hecho de que a esas horas solo quedaban abiertas las tiendas de artículos eróticos. Deberías saberlo tan bien como yo. Este es tu mundo.

—Por tu conversación con él, creo deducir que la orden se la diste a otro hombre. ¿Cómo sabía Gabriel lo del *sex shop*? ¿En serio tratas de decirme que entre soldados se explican detalles que según tú no tienen importancia? ¿O será más bien que han estado riéndose juntos de la bromita? —bufó Belén.

Los ojos de Cael se oscurecieron y ella creyó detectar un rayo de ira, pero tan pronto se puso en pie su expresión era impasible.

—No creo que sea el momento de seguir discutiendo sobre este tema. Lo hablaremos con más calma en cuanto estemos seguros de que la situación de peligro está controlada.

—¿Qué? ¿Y entonces qué? ¿De verdad esperas que me ponga esa cosa para salir? —Belén cogió el disfraz para ponérselo a Cael delante de las narices.

Él soltó un suspiro.

—Tengo que irme. Solo es ropa. Está limpia y no te provocará sarpullidos por usarla durante un rato. Te conseguiremos otra cosa tan pronto se haya resuelto el tema de la secta. Te espero en el comedor.

Tras el clic de la puerta, la habitación se quedó sumida en el silencio. Belén se sentó sobre la cama y contempló cómo sus dedos se ceñían agarrotados alrededor de la rígida tela. Solo se le ocurrían tres opciones, quedarse encerrada en aquel cuarto, pasando hambre y permitiéndoles que se salieran con la suya aquellos déspotas cabrones chupasangres, ponerse el camisón transparente o hacer que se tragan sus risas.

CAPÍTULO 43



El comedor se sumergió en un repentino silencio y los hombres sentados frente a él dejaron de comer para contemplar boquiabiertos la entrada ubicada a su espalda. Con un último trago a su café, Cael se volteó para averiguar qué pasaba.

El ardiente líquido acabó haciendo el recorrido inverso al planeado y salió disparado por su boca y nariz. Belén arqueó una ceja desde el umbral y escrutó la sala antes de dirigirse con la cabeza bien alta hasta el mostrador de autoservicio, acompañando cada repique de sus tacones con el rítmico balanceo de sus caderas.

Sin perderla de vista, Cael se limpió la barbilla con el dorso de la mano y tragó saliva. Si por delante la espléndida panorámica sobre sus redondeados pechos, aprisionados en el estrecho traje de enfermera, ya le había parecido impactante, la perspectiva desde atrás no tenía nada que envidiarle. La diminuta falda blanca se moldeaba a su torneado trasero y destacaba sus largas piernas. Un estremecimiento interno le recordó cómo lo habían rodeado aquella mañana esos mismos muslos, apretándolo contra ella.

Belén eligió un vaso de una bandeja y se estiró para alcanzar un bote de zumo de naranja colocado casi al fondo de la barra. El aire se evaporó de los pulmones de Cael. Paralizado, presencié cómo la escueta tela blanca fue subiendo milímetro a milímetro con la promesa de mostrarle de forma inminente el inicio de sus apetitosas nalgas. No fue el único. Ella se sujetó la falda con una mano para tratar de mantenerla en su sitio y fue tanto el silencio a su alrededor que se llegó a oír con total claridad el roce de la tela. No es que fuera nada extraordinario teniendo en cuenta que eran criaturas de la noche y que la mayoría podían pasarse un buen rato sin respirar sin que les supusiera

ningún esfuerzo, pero era algo que se convertía en un hecho irritante si lo hacían para admirar lo que él consideraba suyo y que no estaba dispuesto a compartir.

Lanzó un gruñido bajo de advertencia, lo suficiente agudo para que los oídos humanos de Belén no pudieran detectarlo, pero con la intensidad precisa para que los hombres lo captaran y entendieran lo que les pasaría si no dejaban de babear con su *shangrile*. Lo hizo justo a tiempo. Ella echó un vistazo suspicaz sobre su hombro y su rostro se cubrió de alivio cuando descubrió a todos menos a Cael concentrados en su café.

Zadquiel, sentado al otro lado de la mesa, carraspeó.

—¿Son ciertas las noticias de que pronto serás nombrado general de vuestro ejército, Aaron?

La gárgola encogió los hombros y se limpió los labios con una servilleta.

—Me han llegado esos rumores, pero, aunque es cierto que el actual general está contemplando la posibilidad de retirarse, las probabilidades de que me elijan como su sustituto son mínimas. Nunca he sido del agrado de la reina.

—Pero sí de su hija —se burló otra gárgola en la mesa.

Aaron le lanzó una mirada que habría congelado a un demonio en el mismísimo infierno.

—Algunos no deberían prestar tanta atención a las habladurías —gruñó Aaron—. Hoy aún no he tenido la oportunidad de entrenarme y necesito algún voluntario.

Nadie se atrevió a contestar.

Cael apenas le prestó atención. Como hijo bastardo del anterior rey, Aaron aparecía con frecuencia en los informes secretos que los espías le entregaban con periodicidad; conocía de sobra los entresijos de la corte de las gárgolas y el encaprichamiento de la princesa con respecto a Aaron.

Belén se giró con una bandeja cargada hasta los topes. Sus miradas se cruzaron. Él le guiñó el ojo con una sonrisa, a lo que las comisuras de los labios de ella temblaron de forma casi imperceptible. Apenas fue un instante antes de que se congelaran en una mueca.

—¡Cael! Si llego a saber que estabas aquí habría venido antes. ¿Por qué no me avisaste? —Antonia lo abrazó desde atrás y él consiguió en el último segundo que el beso se lo plantara en la mejilla en vez de en la boca.

—¡Antonia! —Cael le cogió la mano y se la llevó a los labios, incómodo por primera vez en su vida con sus muestras de cariño hacia ella.

La mujer tomó asiento en la silla vacía a su derecha con el rostro tan radiante que Cael tuvo que preguntarse si debería haberle dado un saludo menos efusivo. Buscó la reacción de Belén y la encontró sentada en una mesa vacía de espaldas a él. Una sensación ácida se esparció por su estómago.

—¿Cuántos días te quedarás? —Antonia le cogió la mano derecha para llevársela al pecho.

—Aún no he hablado con mis hermanos y los otros miembros del consejo para cerrar los planes.

A pesar del mohín tan característico en ella, a Cael no se le pasó por alto la lucha interna de la que una vez fuera su favorita con respecto a su *shangrile*. Una vez trató de enseñarle cómo mantener sus pensamientos ocultos. Había conseguido una cierta práctica, aunque jamás había logrado alcanzar la habilidad de Belén para cerrar el acceso a su mente. Con la excusa de coger la taza, le retiró la mano. No quería hacerle daño, pero tampoco tenía intención de convertirse en un títere que ella pudiera usar para hacerle daño a su *shangrile*.

«¿Qué se supone que se hace en estos casos?», Cael evitó mirar a su hermano al plantearle la cuestión.

«¿Quieres la solución fácil o la complicada?», indagó Zadquiel sin interrumpir su conversación con el resto de compañeros.

«Empieza por la fácil. Las complicaciones están sobrevaloradas», opinó Cael con sequedad al tomar un sorbo de café.

«Anteponer la mujer con la que pasarás el resto de tus días a cualquier otra».

«¿Y cómo resuelve eso el tema de Antonia? ¿Se supone que debo rechazarla ahora? ¿En público? Ya sabes lo sensible que es y lo que eso supondría para ella».

«Sí, lo sé. Jamás ha dudado en mostrar su amor por ti en público, ni tampoco su orgullo por ser la pareja de un vampiro perteneciente a la élite. Incluso nuestros hombres se resentirían contigo si lo hicieras; siempre se ha portado bien con ellos».

Cael ignoró la insinuación implícita de que ese no era el caso de Belén.

«¿Y cuál es la solución complicada?».

«Antepondrás la mujer con la que pasarás el resto de tus días a cualquier otra».

Los labios de Cael se apretaron en una fina línea.

«Muy gracioso, ¿esperas que me ría con el chiste?».

«No, me conformo con que lo pongas en práctica».

«¡Gilipollas! —Cael soltó la taza, que golpeó sobre la mesa con más fuerza de la que había pretendido, llamando la atención de los que estaban con ellos. Él los ignoró—. ¿Te pido ayuda y así es como me la das?».

«¿Qué esperas que te diga? Necesitas un milagro para salir vivo de aquí sin que acaben despedazándote y las habilidades divinas nunca han sido lo mío».

«¿Ahora te has vuelto la reina del drama? Ni que fueran vampiresas en celo», replicó Cael con sequedad.

«¿Estás seguro de que no lo son?». Zadquiel dirigió una mirada elocuente a su antebrazo.

—No me estás prestando atención —se quejó Antonia.

Cael frunció el ceño al darse cuenta de que le estaba incrustado las uñas con tanta fuerza que comenzaba a dejar señales rojas sobre su pálida piel.

—Claro que te la prestaba. —Con paciencia, le quitó los dedos de uno en uno—. Me estabas contando que tu artritis ha empeorado.

—Me has tenido muy abandonada últimamente. —Antonia le colocó la mano en el muslo.

—Te recuerdo que he enviado vampiros dispuestos a proporcionarte las dosis de sangre fresca que necesitas para que tus tejidos sigan regenerándose.

—Nunca lo has comprendido, ¿verdad? —Los ojos de Antonia se cubrieron de un brillo húmedo—. Jamás se trató de tomar sangre para seguir siendo joven. Siempre se trató de ti y de mí...

—Antonia...

—No quiero la sangre de un vampiro cualquiera para tomármela como si fuera un purgante que me ayudará a eliminar la podredumbre que se me va acumulando por dentro. Quiero la tuya, para compartir contigo lo poco que me queda, para alargar el tiempo que permanezcamos juntos.

Cael apretó los puños debajo de la mesa. «Diosa, ¿qué he hecho para que me obligues a pasar una prueba así? Ella no se merece pagar por mis errores». Cael le retiró las lágrimas que recorrían las mejillas cubiertas por finas arrugas. Una vez le había parecido la mujer más bella del mundo. Lo seguía siendo, era algo que la edad no había conseguido borrar. A pesar de las arrugas, sus grandes ojos almendrados, de un azul casi verdoso, seguían iluminando su rostro y los pómulos destacados seguían dándole ese matiz mezcla de sofisticada elegancia y misterio que tanto le habían atraído de ella. Solo sus labios rellenos habían sido sustituidos por un carmín que no lograba

devolverle el apetecible aspecto de antaño.

—Luego te buscaré para darte mi sangre.

Ella se lanzó a su cuello regándole la mejilla con besos.

—¿Qué haría yo sin ti, mi dulce y adorado Cael?

Él le devolvió el abrazo sin sentirse muy cómodo.

«Hermano, no es por meterte presión, pero deberías fijarte en lo que ocurre a tu espalda». Zadquiel hizo un gesto hacia la cristalera, con cuyo reflejo podía controlar toda la sala.

Belén seguía sentada sola en la única mesa vacía. No debería haberse sentido culpable por ello, al fin y al cabo, había sido su elección despreciarlo delante de todos tomando sitio en otro lugar y dejándolo a merced de Antonia cuando debería haber reclamado sus derechos y evitar la situación en la que se encontraba ahora. No obstante, la teoría no se reflejaba en la práctica y una desagradable sensación pesada se instaló en la boca de su estómago.

Se apartó de Antonia y carraspeó.

—¿Los críos ya han sido atendidos? —preguntó, aunque él mismo se había asegurado antes de ir al comedor de que se encontraban bien.

—Ya han cenado y están duchados. Los dejé junto a mis compañeras en el salón de entretenimiento para que puedan ver una película antes de acostarse. Tu madre se quedó con ellos para supervisarlos todo.

—Gracias. No habríamos podido atenderlos sin vuestra ayuda. —Dejó que ella siguiera cogiéndole la mano sobre la mesa y aprovechó para espiar a Belén de forma disimulada a través del cristal.

Era orgullosa. De eso no le cabía la menor duda. Debía de estar muerta de hambre, pero mantenía la cabeza alta y comía de forma tan lenta que parecía querer fingir desgana. Entrecerró los ojos al notar el ligero temblor de la tostada que se llevaba a la boca y descartó que se debiera al reflejo.

Su corazón comenzó a acelerarse. ¿Por qué una mujer dispuesta a tragarse la basura drogada que le habían ofrecido en la celda con tal de sobrevivir ahora iba a ser demasiado orgullosa para comer? Maldijo para sus adentros. ¡Estaba lejos de estar bien! ¡Estaba actuando!

Cael cerró los párpados y centró sus sentidos para averiguar cómo se sentía en realidad. El resultado fue como una patada en la parte baja del vientre al descubrir el remolino de vergüenza, humillación y vulnerabilidad que a ella le atenazaba la garganta.

Se obligó a relajar los dedos que se habían cerrado en puños y a respirar.

—¿Te ocurre algo? —Antonia se inclinó preocupada hacia él.

«Zadquiel, por favor, échame una mano y llévatela de aquí». No necesitó dar más explicaciones, su hermano hizo un leve asentimiento en señal de que lo había entendido.

—Perdonad que os interrumpa. Antonia, ¿podrías mostrarle a Ezequiel el salón en el que se encuentra mi madre? —Zadquiel le dirigió una sonrisa seductora que consiguió que Antonia parpadeara.

El aludido se atragantó con el café y Antonia titubeó.

—Es fácil lleg...

Zadquiel se adelantó a su excusa.

—Tenemos que organizar a los enanos para una revisión médica y Cael y yo no disponemos de tiempo. Tenemos que reunirnos en unos minutos con el resto de la cadena de mando.

—Ah... por supuesto, de acuerdo. —Antonia miró desencantada hacia Cael para comprobar si existía alguna posibilidad de que contradijera a su hermano; ante su falta de respuesta se levantó sin quejarse—. Vendrás luego a buscarme como prometiste.

¿Podía decirle que no si ella misma le estaba recordando que ya se había comprometido a hacerlo? Cael se tragó su suspiro y asintió.

—Te buscaré en cuanto tenga un hueco libre.

—No te preocupes si tienes que despertarme. —Antonia lo besó feliz en los labios.

Cael le dirigió una mirada recriminatoria a Zadquiel.

«¿No habría sido más efectivo que la hubieras acompañado tú? ¿Qué pasa si decide regresar?».

«Te quiero, hermano, pero no lo suficiente como para tener que estar cerca de esos críos». El encogimiento de hombro de Zadquiel le reveló que no valía la pena discutir sobre esa repentina aversión a los niños, tampoco estaba dispuesto a perder el tiempo en algo que no era de su incumbencia.

En cuanto comprobó a través del reflejo que Antonia había abandonado la sala, echó la silla atrás.

—Si me disculpáis, voy a acompañar a mi *shangrile*. —Cael no se lo pensó mucho y cogió su taza de café y su plato.

No se le escapó la forma en la que algunos hombres le lanzaron ojeadas cargadas de lástima. Otros se congelaron e intercambiaron miradas indignadas entre ellos. Tal vez consideraran que al sentarse junto a ella se estaba rebajando a ceder a sus caprichos o que les molestara que la antepusiera a Antonia. ¡Necios! Cualquiera que tuviera una pareja de sangre como él habría

entendido que no existía elección posible. Le importó un carajo lo que creyeran de él. Su ego podía sobrevivir a la cerrazón de los que no lo comprendían.

—¿Es una reunión privada o puedo unirme a vosotros? —Su hermano también se levantó.

—Siempre serás bienvenido, Zadquiel. Deberías saberlo.

—Bueno, las parejas a veces necesitan su privacidad. —Zadquiel le dirigió un guiño al recoger su taza.

—¿Privacidad? ¿En un comedor atestado de criaturas de la noche? —bufó Cael.

Aaron se incorporó con una sonora carcajada y le dio una palmada en el hombro.

—En ese caso, me encantará conocer un poco mejor a tu mujer. —La gárgola retrocedió con las manos alzadas ante el siseo furibundo de Cael y sus colmillos extendidos—. ¡Oye, tranquilo!

—¿Qué quieres de mi *shangrile*? —Incluso a sus propios oídos sus palabras sonaron como poco más que un gruñido.

A pesar de la tensión en sus músculos y el brillo rojizo en sus ojos, que advertían que estaba preparado para luchar, Aaron tomó una profunda inspiración.

—Esta mañana me defendió. Podría mentir y afirmar que no me llama la atención su cabello cobrizo o el orgullo con el que es capaz de manejar incluso la peor de las situaciones, sin embargo, me toca decepcionarte. No soy tan hipócrita. Tendrás que tomar mi palabra de que mis intenciones respecto a tu *shangrile* son honorables y que jamás sería tan tonto como para enfrentarme a un vampiro como tú por su mujer.

La expresión y el olor del hombre indicaban que estaba contando la verdad, pero Cael no consiguió calmar el pulso acelerado que le latía en los oídos, ni obviar las miradas sospechosas que todo el mundo le dirigía a Aaron o que el resto de las gárgolas se moviera de forma incómoda en sus asientos.

—¿Qué es lo que pretendes sentándote con ella?

—Estos días he sido testigo de las cosas por las que ha pasado, he visto esos laboratorios y no puedo dejar de admirar su fortaleza y su capacidad de superación siendo apenas una humana. Me gustaría mostrarle mis respetos, si me das el permiso para hacerlo.

En sus ojos rojos Cael fue capaz de leer aquello que la gárgola no llegó a expresar en voz alta. Que estaba allí para apoyarlo contra aquellos estúpidos

que juzgaban a su *shangrile* sin conocerla de verdad. Relajó sus músculos y sus colmillos se retractaron. Se dirigió a la mesa en la que Belén se obligaba a comer unas tostadas con jamón cocido mientras se esforzaba en ignorar a la banda de imbéciles que la rodeaban, él incluido.

CAPÍTULO 44



Belén soltó despacio su tostada y se preparó para el previsible ataque en cuanto las tres moles de hombres se pararon al lado de su mesa. Cael pilló la silla a su izquierda y Aaron y Zadquiél ocuparon las situadas frente a ella.

Cogiendo la servilleta ganó tiempo limpiándose los dedos con un esmero innecesario.

—¿Qué queréis?

Los hombres cruzaron miradas hasta que quedó claro que Zadquiél y Aaron esperaban que fuera Cael quien ofreciera las explicaciones.

—¿No podemos simplemente hacerte compañía?

—¿Tú? ¡Venga ya! Cada vez que te acercas a mí es porque requieres de mis servicios o porque pretendes recriminarme algo.

Dos parches rojizos se extendieron por las mejillas de Cael. Algo que en el fondo a ella le dio igual, a pesar de que lo que había dicho no fuera exactamente cierto. Si se sentía ofendido, en lo que a ella concernía podía joderse. ¿O es que encima esperaba que después de haberla obligado a ponerse aquel ridículo disfraz se anduviera con pañitos calientes con él?

—Anoche te salvé el culo, ¿eso también fue porque quería algo? —replicó Cael mordaz.

—¿Lo hiciste por ti o porque habrías quedado mal con Malaél y tus hombres? Dudo mucho que sea un símbolo de honor entre tu gente que dejaras a tu *shangrile* oficial abandonada a su suerte en una situación semejante.

Por su expresión, era cuestión de segundos que a Cael le saliera vapor por las orejas y las fosas nasales. Ella alzó la cabeza preparándose para la inminente explosión. Le encantaba siempre que eso ocurría, porque significaba

que lo había llevado a su límite y que le había ganado la partida.

Cael tomó una profunda inspiración y se estudió las manos extendidas sobre la mesa.

—Iba a preguntarte si te encontrabas bien.

Ella lo miró incrédula. ¿Eso era todo? ¡Venga ya!

—¿Por qué no iba a estarlo?

Zadquiel tiró la silla al levantarse de un salto.

—Madre necesita ayuda.

Belén se tensó al comprobar la repentina palidez del vampiro y la forma en que Cael comenzó a proferir una maldición nada elegante.

—¿Qué ocurre?

—Son los críos.

Belén agarró a Cael por el brazo antes de que pudiera desaparecer.

—Voy con vosotros.

No habría sido la primera vez que ocurría alguna urgencia y que ellos se fueran a esa dichosa velocidad anormal que ninguna humana como ella podía seguir. No estaba dispuesta a que ocurriera esta vez. No si se trataba de los niños.

Cael la sorprendió al asentir sin rechistar.

—Sube a mi espalda, será más rápido. Están muy alterados.

Tan pronto se sujetó a sus hombros ya estaban atravesando los pasillos.

—¿Qué les pasa?

—Llegaron los médicos. Tú tenías razón.

A ella le habría encantado echarle en cara que se lo había advertido si no fuera por las caras espantadas de las ancianas que tuvieron que esquivar y que parecían más asustadas por lo que dejaban atrás que por la posibilidad de que los inmortales pudieran atropellarlas en su carrera.

Al doblar la siguiente esquina, la cosa empeoró. Varios vampiros estaban sujetando una puerta cerrada que alguien trataba de abrir desde dentro. Dos hombres al lado de un equipamiento médico los observaban nerviosos y la reina madre los recibió sin su usual compostura.

—¿Dónde están? —preguntó Belén nada más bajarse de la espalda de Cael.

—Ahí dentro. —La reina madre señaló la puerta, que parecía estar a punto de quebrarse con los golpes.

—¿Los habéis dejado encerrados ahí dentro con algún tipo de monstruo?
—Su voz salió chillona y el pungente olor a humo no ayudó a que pudiera

calmarse.

Fue Cael quien la sujetó antes de que pudiera lanzarse sobre los vampiros que sujetaban la puerta.

—No hay ningún monstruo ahí dentro. Son ellos. Han comenzado a atacarnos y no hemos podido detenerlos sin hacerles daño. Encerrarlos fue la única solución que se nos ocurrió para que no se lastimaran ni pudieran escapar del centro. Lo malo es que hay algunas ancianas que sí han quedado atrapadas dentro —explicó la reina madre.

—¡Maldita sea! Tenemos que conseguir que se calmen. —Cael la apartó y se acercó a la puerta para apoyar las palmas con los ojos cerrados—. Necesitamos a Neva o a algún sanador capaz de hacerlos caer en trance hasta que se les pase el pánico.

—Déjame que pruebe yo. —Zadquiel dio un paso adelante, aunque evitó acercarse demasiado a la puerta. A Belén no se le escapó la mirada desconcertada que Cael le dirigió a su hermano, quien se limitó a encoger un hombro—. Si convives con una bruja no te queda más remedio que aprender de ella.

Apartándose, Cael se colocó delante de Belén. También el resto de los presentes prefirieron alejarse ante el murmullo bajo y persistente de Zadquiel, cuyos ojos se mantenían sobre el panel de madera como si quisieran atravesarlo con su mirada. El vello de su antebrazo se puso de punta, aunque, poco a poco, los chillidos y golpes al otro lado de la puerta parecieron calmarse; todo quedó en silencio y Cael volvió a acercarse, como si al entrar en contacto con la madera pudiera sentir qué ocurría dentro de la habitación.

—Yo diría que ha funcionado —dijo en voz alta.

—Tenéis unos quince o veinte minutos, no más. No sé qué puede pasarles a criaturas tan pequeñas si se mantiene el hechizo más tiempo.

Sin responder, Cael giró el pomo y asomó la cabeza.

—¡Diosa!

Belén jadeó al abrirse camino entre los vampiros y enfrentarse a la escena. Lo menos alarmante eran los muebles destrozados, las paredes tiznadas arañadas o las luces arrancadas del techo, el sillón en llamas o las tres ancianas, junto a Antonia, escondidas tras una mesa caída. No. Nada de aquel paisaje apocalíptico poseía relevancia en comparación con los chiquillos esparcidos por el suelo, la mayoría transformados en extraños seres, unos completos, otros solo a medias, que los contemplaban con ojos abiertos por el terror mientras yacían paralizados en charcos de orina o cubiertos de arañazos

y heridas que ellos mismos se habían hecho durante el ataque de pánico.

Ella se tiró al lado del cachorrillo que temblaba sobre el suelo y gimoteaba de forma lastimera para cogerlo en brazos y llevárselo al pecho.

—No pasa nada, Mayca. Todo está bien, cielo. Ven aquí, Carmen, ven conmigo. —Belén alargó el brazo hacia la niña oculta tras un aparador. Impotente, presenció cómo la criatura estiraba sus deditos y comenzaba a llorar.

Cael estuvo de inmediato junto a ella y cogió a Carmen en brazos antes de ayudarla a levantarse con Mayca. Aaron y Zadquiel se encargaron de apagar el fuego y los médicos revisaron a los niños que sangraban de forma visible.

—Vamos a llevarlos a otra habitación. Intenta hablarles para que vayan calmándose y...

—¡No me toques!

Ambos miraron sobresaltados hacia la reina madre, que se apartó con dientes extendidos de Aaron, quien parecía haber tratado de entregarle a un pequeño que se encontraba demasiado cerca de las llamas.

—Madre, estás asustando a los críos —la amonestó Cael con firmeza.

La mujer retractó sus colmillos y cogió al niño de las manos de Aaron, quien se mantuvo quieto y con la mandíbula apretada mientras ella evitaba rozarse con él como si tuviera algún tipo de sarpullido contagioso.

—Lo llevaré a la sala de enfrente —murmuró la madre al pasar a su lado.

Con un suspiro, Cael se pasó una mano por el cabello al verla salir de la habitación. Le echó una corta ojeada a Aaron y sacudió la cabeza a modo de disculpa.

—¿Qué le ocurre a tu madre con él? Siempre la he visto como una mujer en pleno control de sus reacciones y ya van dos veces seguidas en menos de veinticuatro horas que explota como un globo que echan al fuego.

—Ella cree que mi padre murió por culpa de Aaron.

—Ah, vaya. —Al mirarlo, Belén encontró a la gárgola contemplando el suelo con las manos en la cintura y los hombros caídos—. ¿Y es cierto?

—No lo cree nadie excepto ella. Aaron apenas era un niño entonces y fue el único testigo de lo que ocurrió en realidad. Jamás lo he visto cometer una injusticia o tener un gesto de maldad.

—¿Y él qué dice?

—Su única respuesta es no.

Ella asintió reprimiendo sus ganas de seguir preguntando.

—Tenemos que sacar a los pequeños de aquí.

Cael asintió y le dio un beso a Carmen en la frente.

—Sígueme. —La acompañó al pasillo para dirigirse a una especie de biblioteca con sillones y mesas, donde su madre había tendido al otro chico y lo estaba revisando. Cael dejó a Carmen en un sillón y le quitó a Mayca de los brazos para tenderla junto a su amiga—. Intenta explicarles que nadie les hará nada que ellos no quieran que les hagan y que el motivo por el que están aquí los médicos. Es primordial eliminar esos chips si los llevan, pero esperaremos a que estén preparados si es necesario.

—No sé cómo conseguir calmar a tantos niños a la vez —admitió Belén al mirar descorazonada a su alrededor—. Y no bastará con que no vuelvan a ponerse histéricos. Están tan alterados que no creo que podamos conseguir que se duerman luego.

—Confío en ti. Sé que encontrarás una solución, nosotros te ayudaremos.

Había tanto convencimiento en sus ojos que ella deseó que pudiera contagiarla con él.

—Galletas.

—¿Qué? —Belén intercambió una mirada confundida con Cael para luego mirar a Antonia, que había aparecido a su lado y trataba de arreglarse sus cabellos.

—Galletas. Mi madre en los malos momentos nos ponía a hacer galletas. Eso nos ayudaba a distraernos y relajarnos.

—Yo...

—Podría funcionar —murmuró Cael con la cabeza ladeada.

—No sé hacer galletas.

Antonia rio por lo bajo, aunque sonó casi como una risa que rozaba la histeria.

—¿Te encuentras bien? —Cael le puso una mano en el hombro y la estudió preocupado.

—Ha sido lo que ha ocurrido ahí dentro... Esos anima... chiquillos... Se me pasará. En un rato ya ni me acordaré —dijo Antonia no muy convencida con sus propias afirmaciones—. En cuanto a ti —se dirigió a Belén—, estás en el sitio adecuado y con la compañía adecuada. Te esperamos en la cocina. Avisaré a las demás para que nos echen una mano.

—No creo que sea una buena idea —musitó Belén al observar cómo Antonia desaparecía por la puerta.

—¿Por qué no?

—¿Recuerdas lo que pasó con las galletas de Anabel? Yo no tengo esos

sentimientos positivos si llegara a pasar mis emociones a las galletas — continuó cuando él frunció el ceño.

Los ojos verdes se llenaron de comprensión. Cael se inclinó a darle un beso en la frente.

—Conociendo a Neva es poco probable que os haya concedido el mismo don a ambas, pero, aunque fuera así, simplemente deja que sean los críos los que hagan la masa.

Belén miró de la lista con los ingredientes a las mesas de la derecha para comprobar qué hacían las ancianas allí.

—¿Echo esto ahí? —Carmen le mostró orgullosa el trozo de mantequilla que acababa de pesar mientras señalaba la fuente vacía.

—Noooo, no, deja eso ahí, chiquitina. Primero vamos a preparar los ingredientes y luego lo echamos todo junto —explicó la anciana que estaba con ellos para ayudarles.

—Déjala, Mari Trini. No pasa nada porque lo vaya echando ya —intervino su compañera.

Belén intentó sonreír a pesar de que le dolían la cabeza, los pies y el alma. Por mucho que le gustaran los niños, se sentía como un pez fuera del agua y tanta cháchara sin sentido por parte de las ancianas comenzaba a ponerla de los nervios. No era que no le cayeran bien, solo necesitaba un poco de silencio y espacio para ella misma. Por la forma perdida en la que la reina madre miraba a su alrededor, no tenía pinta de sentirse mucho mejor que ella. Sus miradas se cruzaron y ambas compartieron una débil mueca de resignación.

Al menos la mayoría parecían encontrarse bien. No podía decir que todos estuvieran contentos y excitados por el taller de galletas nocturno, pero parecían calmados y distraídos. Al ver cómo Tomás trataba de pescar las yemas de los huevos para separarlas de las claras, deseó que se hubiera lavado las manos antes de meterlas en el cuenco.

—Falta el azúcar. ¿Lo habéis visto?

—Yo no he traído azúcar, ¿lo has traído tú?

—¿Tú te crees que si hubiera traído azúcar te estaría preguntando dónde está?

—¡Yo voy a por él! —intervino Belén en la trifulca de las dos ancianas, agradecida por la excusa que tenía para alejarse de ellas. Carmen de inmediato estuvo a su lado cogiéndole la mano—. ¿Tú también vienes, cielo?

—¿Dónde está Cael?

—Con los otros niños. —Belén no estuvo muy segura de que fuera prudente volver a mencionar el tema del chip.

—¿Tardará mucho?

—No, cariño. En nada estará de regreso y Mayca, también. —Su afirmación pareció tranquilizarla, porque no hubo más preguntas.

Encontró a Gabriel con los brazos cruzados delante del horno industrial, observando el campo de batalla en el que se había convertido la inmaculada cocina, y se detuvo en seco. Si antes él había conseguido hacerla sentir incómoda con aquellos ojos agudos e inquisidores, ahora además le había cogido tirria. Podía engañar al mundo entero con su estúpida excusa del traje de enfermera y burlarse de ella, como hacía en aquel mismo momento al escrutar su escote con una ceja alzada, pero tarde o temprano iba a surgir la oportunidad de devolvérsela. Con satisfacción, recordó su cara cuando el comunicado del consejo los obligó a quedarse encerrados en el recinto para que nadie de la secta los viera y así dedujeran que habían regresado a la otra dimensión. El enorme guerrero con cara de estreñido había tenido toda la pinta de esperar que con él hicieran una excepción. No fue así, solo por eso valía la pena tener que ponerse el dichoso traje de enfermera un día más.

—Huele rico. En el orfanato también olía así a veces —musitó Carmen olisqueando el aire como si pudiera alimentarse de él.

—Pero aquí además de oler las galletas nos las vamos a comer —la animó Belén a sabiendas de que solo algunas de las monjas solían llevarles a los niños galletas de contrabando y que la finalidad principal de aquellos dulces era el de la venta.

—La abuelita que está con nosotros me ha dicho que lo más rico de las galletas es la masa cruda y que nos dejará probarla.

—En ese caso, tendremos que aprovechar la oportunidad. —Belén pasó por delante de Gabriel ignorándolo sin más—. Mira. Aquí ya hay algunas galletas hechas. Toma una, pero que no se te ocurra decírselo a los demás.

Carmen se metió la galleta entera dentro de la boca, a pesar de que casi ni le cabía, y negó con las mejillas rellenas mientras trataba de masticar su delicioso secreto. Belén cogió otra y retó a Gabriel con la mirada a decir algo si se atrevía.

—¿Puedo coger también una para Mayca? —musitó Carmen con la boca llena.

Belén arrancó papel de un rollo de cocina y se lo entregó con un guiño de

complicidad, haciendo la vista gorda cuando en vez de una cogió tres galletas más.

Intentó encontrar el azúcar entre los paquetes abiertos, amontonados y tirados por doquier. El único que encontró y del que estaba segura de que fuera azúcar se encontraba vacío junto a un bote grande de cristal. Giró el bote para estudiar el polvillo blanco brillante del interior.

—¿Esto es el azúcar?

Los ojos de Gabriel se entrecerraron ante su tono exigente. Belén le mantuvo la mirada con la barbilla alzada. Había una ventaja en eso de ser la *shangrile* de uno de los mandamases de la otra dimensión y era que ni siquiera aquellos a los que no les caías bien podían enfrentarse a ti de forma directa para mandarte a la mierda.

Gabriel movió sus hombros en círculos, como si aquello le sirviera para relajarse, y asintió despacio justo antes de que llegara una patulea de niños gritando a viva voz: ¡Azúcar! ¡Azúcar! Como si se acabara el mundo si no encontraran el dichoso «¡Azúcar!».

—¡Mayca! ¡Pablo!

A Belén estuvo a punto de caérsele el bote ante la exclamación de Carmen. La niña corrió hacia la entrada de la cocina para recibir a sus amigos, que mostraban orgullosos sus trofeos de guerra: unas coloridas tiritas con superhéroes de cómic.

—Dolió un poquito y como no me he quejado casi nada, Cael me regaló también esto. —Mayca les mostró el guante de látex hinchado a modo de globo que tenía una carita sonriente pintada con rotulador.

—Eso ha sido muy valiente por tu parte, cielo. —Belén le acarició la cabecita y le sonrió a Pablo, quien asintió entusiasmado.

—¿Y se lo dan a todos los niños? —Carmen señaló el globo con ojos brillantes.

Mayca ladeó la cabeza y mostró los dientes en una amplia sonrisa.

—Solo a los de nuestra edad.

—Si se le olvida se lo recuerdas. Cael seguro que no se podrá resistir si le pones esos ojitos que me acabas de poner para conseguir las galletas —le susurró Belén al oído, a lo que Carmen se puso a dar saltitos excitados.

—¡Azúcar!

—¡Azúcar!

—¡Necesitamos azúcar! —pidieron dos ancianas alteradas acompañadas por más niños.

—Ya voy, ya voy —masculló Belén cogiendo el bote para regresar con ellos al salón, preguntándose a qué venía la extraña expresión adusta, casi de culpabilidad, de Gabriel y por qué, de repente, evitaba incluso mirarla.

CAPÍTULO 45



Cael cerró los ojos y se masajeó el puente de la nariz. Dos críos más y habrían acabado con el dichoso problema de los chips localizadores.

—¿Te encuentras bien? —Antonia se llevó la mano a los labios y se la besó.

Él intentó sonreír a pesar de que le tomó toda su fuerza de voluntad no arrancarle la mano y sisearle para que lo dejara en paz. ¿Es que no se daba cuenta de que quería estar a solas? ¿Que estaba harto de tanta dulzura empalagosa?

Antonia dio dos pasos atrás con una mano sobre su pecho y los ojos abiertos, horrorizados.

—¿Qué pasa? —Incluso él se percató de que sonaba demasiado hastiado para ser él.

—Cael, ¿qué ocurre? Nunca me has amenazado mostrándome tus colmillos —musitó ella con voz temblorosa.

A él le bastó comprobar su reflejo en el vidrio de un cuadro para comprobar que tenía razón y que más que una sonrisa portaba una mueca macabra. ¡La dichosa lasca del espejo! Claudicó en su fracasado intento de sonrisa, volvió a cerrar los ojos y tomó una larga inspiración. Necesitaba localizar a Neva cuanto antes para deshacerse del dichoso cristalito. Incluso con la lógica y el raciocinio le costaba más y más controlar las inestables reacciones que aparecían con cada vez mayor frecuencia.

No había conseguido controlarlas durante la incursión en los laboratorios, en las que más de un mago acabó en piezas mucho más pequeñas de las necesarias y, aunque no se arrepentía, sino que más bien lo dejaba indiferente, sospechaba que también se había pasado con los idiotas a los que había oído

reírse de lo cojonudo que le sentaba ser enfermera a la «pelirroja». O creía que debía de ser así por la forma en la que desde entonces Zadquiel y Aaron se turnaban para vigilarlo.

Tomó otra inspiración antes de abrir los párpados.

—Lo siento, es el cansancio. Solo eso.

Antonia asintió, aunque no se movió del sitio.

Por el rabillo del ojo, notó cómo Aaron relajaba su postura desde la otra esquina de la habitación, en la que jugaba con una pequeña manteniéndola entretenida. También él hizo un esfuerzo por relajarse, tratando de frenar la frialdad creciente que se extendía por su pecho.

Quizás había sido un error mantenerse tanto tiempo separado de Belén. Ella era el único antídoto efectivo que tenía para controlar aquella sensación helada. Incluso a ratos era capaz de atravesarla y derretirla, como esa mañana, cuando se había quedado dormida en sus brazos y sin darse cuenta lo había abrazado y frotado su rostro contra su pecho. El recuerdo consiguió traerle algo de calor y que parte de la tensión de sus hombros desapareciera.

En cuanto acabara allí iría con Belén. Estar con ella lo mejoraría todo. Además, necesitaban hablar y aclarar de una vez por todas los malentendidos que había entre ellos. Lo que incluía confesarle el tema del lobo. También se merecía una explicación sobre el porqué de su actuación de aquella tarde en el dormitorio frente a Gabriel. Era la única forma de que ella pudiera comprenderle y comprobar que no pasaba por alto sus opiniones y sentimientos. Su inteligencia era uno de los rasgos que más admiraba en ella y estaba convencido de que habría hecho lo mismo en su lugar. No se fiaba de Gabriel, haberlo enviado a comprarle ropa habría sido un castigo tan justo como peligroso en tanto existiera la posibilidad de que los traicionara con Andrea.

Estar convencido de que había hecho lo mejor no ayudaba demasiado. Con su silencio, se había condenado a que ella lo considerara un «capullo integral», como solía gritarle siempre que se enfadaba, y con razón. ¿Cómo no se había percatado antes de la forma en la que la hacían sentir sus hombres? Que los dos idiotas que se habían atrevido a insultarla comprándole aquel disfraz se encontraran tirados en el suelo de sus cuartos, sanando sus costillas rotas, no era ningún alivio real, ni tampoco lo era recordar la ira que sintió al ponerlos en su sitio.

Maldijo para sí mismo al caer en la cuenta de que se trataba de una nueva señal de lo conveniente que era que encontrara a Neva para que le sacara

aquella dichosa lasca, antes de que su genio se le fuera de las manos y cometiera algo que ni él mismo pudiera perdonarse.

Consiguió coger a Antonia en brazos justo antes de que su cuerpo impactara contra el suelo.

—¿Antonia?

Estudió su rostro pálido con ojos entrecerrados y, por primera vez desde que había llegado al asilo, se fijó verdaderamente en lo mucho que había envejecido desde la última vez que la había visitado. No se trataba de las finas líneas blancas que se habían multiplicado, sino de las profundas ojeras violáceas que trataba de ocultar con maquillaje y, sobre todo, la ausencia de ese brillo interior que tanto la había caracterizado siempre. El recuerdo de los momentos que habían compartido juntos trajo también consigo la memoria de la ternura que había sentido por ella. Que seguía ahí, aunque la lasca no le permitiera sentirla con la plenitud de antes.

—¿Desde cuándo no tomas sangre? —preguntó con suavidad en cuanto ella abrió los párpados.

Antonia hizo un gesto despectivo con la mano, como si quisiera restarle importancia.

—¿Cuándo fue la última vez que me la diste?

—He estado enviándote donantes al menos una vez al mes. Debiste aceptarlos.

—Ya te lo expliqué antes. No quiero la sangre de otros hombres.

Cael maldijo para sí mismo. ¿Es que todas las humanas tenían que ser igual de cabezotas?

—Necesitas la sangre para conservar tu salud y atrasar tu... fin.

—¿Y para qué quiero prolongar mi vida si no es para estar contigo?

—Antonia...

—Cael —la voz de ella fue firme—, creo que tengo edad suficiente para saber lo que quiero y lo que no, y sigo estando lo suficientemente lúcida para tomar mis propias decisiones.

Cael se rindió con un suspiro.

—Necesitas sangre —murmuró más para sí mismo que para ella.

Le bastó una mirada en dirección a Aaron para que este le entendiera y asintiera.

—Yo me ocuparé de todo —le aseguró la gárgola en un tono tan bajo que Antonia no pudo oírlo.

Con ella en brazos, Cael la llevó a su dormitorio y la tendió sobre la cama.

En cuanto trató de incorporarse, comprobó el error que había cometido. Su corazón se encogió ante la forma en que a la anciana se le había iluminado el rostro. Se deshizo con delicadeza de su agarre, aunque mantuvo sus manos entre las suyas al sentarse sobre el filo de la cama.

—Tenemos que hablar.

La sonrisa de Antonia flaqueó.

—Claro. ¿De qué quieres que hablemos?

Cael contempló las manos frágiles entre las suyas, tan diferentes a lo que habían sido una vez. Se le ocurrió lo hermoso que sería si alguna vez pudiera sujetar las manos de Belén así, ambos igual de arrugados y con las venas azuladas destacándose sobre su piel pálida. Los vampiros raras veces llegaban a tal estado de deterioro, pero si viviera lo suficiente como para que sucediera, entonces esperaba que su muerte le cogiera así, con las manos de Belén entre las suyas, o con su cabeza sobre su pecho, abrazada a él.

—¿Cael? —Antonía lo devolvió al presente.

—Mejor toma algo de mi sangre primero, así te vas recuperando mientras conversamos. —Alargando la garra del dedo índice se hizo una raja en el antebrazo y se lo ofreció.

Ella frunció el ceño.

—Prefiero beber de tu cuello.

—Toma antes de que se cierre la herida —avisó Cael ignorando su reclamo.

Aunque titubeó, Antonía aceptó a regañadientes, sujetándose a su antebrazo para chupar de su herida. Al acabar, sacó un pañuelo de la mesita de noche y se lo ofreció.

—Esta es la última vez que puedo ofrecerte mi sangre.

El débil cuerpo de la anciana se puso rígido y Antonía se olvidó incluso de limpiarse los labios y barbilla manchados.

—¿Por qué?

—Sabes el porqué. Te he presentado a mi *shangrile*.

—Ella aceptó que siguiéramos juntos —insistió Antonía, terca.

Cael apretó los labios ante la libre interpretación que hizo de las palabras de Belén. La conocía lo suficiente como para saber que sería inútil tratar de explicarle que eso no era lo que le había dicho y que existía una enorme diferencia entre «seguir juntos» y que él siguiera visitándola ocasionalmente, siempre con el consentimiento de su mujer.

—¿A ti te parecería aceptable que estuviera con ambas a la vez?

—Cariño —Antonia le cogió la mano—, sé que no es algo que hayas elegido y que te viene impuesto por algún tipo de condicionamiento social de tu gente. No voy a decir que me guste, aun así, lo comprendo y lo acepto. Haría cualquier cosa por seguir a tu lado, ya lo sabes. Aunque debemos poner unas reglas.

Cael se congeló. No era posible que Antonia se hubiera vuelto tan obtusa. ¿O era la edad? Entró en su mente y a medida que avanzó por sus recovecos y fue tropezando con espacios vacíos y tergiversados la impotencia lo fue dominando.

Quizás debería haber aprovechado los efectos de la lasca para hacer lo que debía en ese mismo momento, pero se negó a dejarse llevar por algo que no era él mismo. Posiblemente, sería una de las situaciones más difíciles de su vida cuando tuviera que enfrentarla, tal vez le rompiera el corazón tener que rompérselo a ella, pero Antonia se merecía que cogiera el camino difícil.



Sentada en el borde de la azotea, Sheila observó el mundo desconocido que se extendía ante ella. ¿Cómo era posible que hubiera cambiado tanto en los siglos que no había vuelto a aquella dimensión? Tenía su lado hermoso con sus luces y aparatos y tecnologías que no dejaban de sorprenderla, aunque no era el tipo de mundo en el que pudiera o quisiera vivir. Había demasiada gente, demasiado ruido, demasiadas cosas que impedían apreciar la vida y el instante. No era un mundo hecho para ella y se sentía fuera de lugar.

Esperaba que el mensajero que le había enviado a Azrael regresara pronto con noticias. En cuanto retornaran a la otra dimensión y Cael y los pequeños a los que habían rescatado estuvieran a salvo, podía volver a desaparecer para recuperarse de... Se negó a pensar en «él» y en nada que tuviera que ver con él. Si algo había aprendido siendo la reina y luego la reina madre era a controlar sus propios pensamientos, incluso si tenía que hacerlo por ella misma.

Supo que no estaba sola incluso antes de que el vello de su antebrazo se erizara por el repentino frío.

—¿Neva? —preguntó sin girarse.

—Sospechaba que te encontraría aquí. Siempre te ha fascinado ese momento en el que se va acercando el amanecer. —La niña se sentó a su

izquierda y contempló la débil franja anaranjada que anunciaba la inminente aparición del sol.

—Es cuando el mundo se despierta —comentó Sheila.

—Como criatura de la noche tú mejor que nadie debería saber cuán despierto está el mundo por la noche.

Ella negó.

—No es a la vida a la que me refiero. Sería imposible echarla de menos por la noche. Es el despertar en sí. La forma en la que las criaturas abren los ojos y se enfrentan a un nuevo día. Sé que es tonto, pero me encanta presenciar las diferencias entre los diferentes seres, cómo unos se desperezan despacio para luego seguir descansando un rato más, o cómo cantan en coros los pájaros para recibir el alba...

—Nunca lo había visto así. Es una visión hermosa. Siempre fuiste un alma sensible.

—¿Qué te trae por aquí? —Sheila había sido reina durante demasiado tiempo como para no reconocer cuándo alguien tenía un motivo para acercarse a ella.

—Tú.

—¿Yo? —Sheila la miró sorprendida.

—¿Cuánto tiempo más piensas seguir huyendo?

—No sé de qué hablas. —Se levantó y se quitó el polvo de la falda.

—Nunca fuiste tonta. Lo sabes de sobra. —Neva no la siguió—. Y no pretendas tratarme como si fuera como los demás porque sabes que no lo soy.

Con las manos en la cintura, Sheila estiró la espalda y echó un último vistazo al horizonte.

—Tengo que irme, aún me quedan muchas cosas por hacer antes de que amanezca.

—Tarde o temprano el pasado te encontrará, ¿no sería mejor que te enfrentaras a él en vez de seguir huyendo?

—No puedo enfrentarme a un pasado para el que no hay futuro. Nadie debe averiguarlo jamás.

—¿Y Aaron?

—Ni siquiera él.

CAPÍTULO 46



Cael interrumpió su discusión con Zadquiel y Aaron al entrar en el comedor. Los hombres se encontraban sentados en las mesas con las cabezas agachadas y Belén los vigilaba de forma disimulada desde una mesa ubicada en un rincón.

Con un gesto a sus acompañantes, Cael cogió una bandeja de la barra de autoservicio, escogió algunas cosas al azar y tomó asiento al lado de Belén como si no ocurriera nada.

—Hola. ¿Por qué tan seria?

Ella encogió los hombros, miró a su alrededor como si considerara el riesgo de contarle lo que pasaba y si los demás podrían oírla, algo que inevitablemente iba a ocurrir. Cael le facilitó la decisión al inclinarse hacia ella.

—Creo que Neva me ha dado el mismo don estúpido que a Anabel.

—¿Don estúpido? —Cael parpadeó confundido.

—Sí, ya sabes, ese de las galletas. Lo de transmitir las emociones y todas esas chorradas.

Cael se tensó en su asiento y estudió el rostro de los hombres a su alrededor. Ni uno solo se atrevía a dirigirle una mirada y algunos habían agachado tanto la cabeza que no podía ni verles la cara.

—Buenas tardes, mi bella dama. —Aaron se inclinó en muestra de respeto antes de colocar su bandeja sobre la mesa y sentarse frente a Belén.

—Belén. —Zadquiel inclinó la cabeza y cogió la silla a la derecha de Aaron.

Todos se pusieron a cenar en silencio, aunque a Zadquiel y a Aaron tampoco les pasó desapercibido el extraño ambiente en la sala.

«¿Ya conseguiste averiguar lo que ocurre?». Zadquiel lo miró expectante.

«Ella cree que son las galletas que hizo hoy con los chavales. ¿Qué posibilidad hay de que Neva le haya dado el mismo don que a nuestra reina?».

Zadquiel apenas lo reflexionó.

«No sería propio de Neva. Regalar idénticos dones a dos personas diferentes sería como quitarles el valor a sus propios regalos. Debería haber algún matiz diferente en lo que son capaces de hacer cada una».

El primero en apartar su plato y colocarse delante una taza de café y un platito lleno de galletas fue Aaron.

—Me han dicho que las pastitas de hoy han sido cortesía suya y de los niños —comentó al coger una en forma de estrella un tanto torcida.

Cael sintió cómo le subía la acidez del estómago por el esófago al ver cómo Belén se sonrojaba, aunque cuando se mordisqueó los labios contemplando la galleta, ya no estuvo tan seguro de que fuera por las atenciones de Aaron.

—Si son solo la mitad de buenas que las que hace nuestra reina, te garantizo que te harás adicto a ellas —le prometió Zadquiel robándole con una animación fingida una de aquellas galletas.

—Yo... ¡No os la comáis! —interrumpió de repente Belén.

Aaron y Zadquiel la miraron con las pastas a mitad de camino de sus bocas. Cael se alegró de que hubiera sido ella la que hubiera evitado que se las comieran, porque él ya había estado a punto de ordenarles que soltaran las dichas galletas.

—Dame la galleta. Yo la probaré —dijo Cael alargando la mano para que su hermano le diera la suya.

Aaron por su parte bajó el brazo y esperó. Ni uno solo del resto de los hombres se atrevió a mirarlo, no de forma directa. El rostro de Belén por su parte había adquirido un tono burdeos profundo, casi más oscuro que su cabello.

Sin perder de vista a los demás, Cael mordisqueó una pasta, rezando para que ella no hubiera estado pensando en su sesión de sexo desenfrenado o en alguna de sus ridículas trifulcas durante su preparación.

Cuando los grumos comenzaron a deshacerse sobre su lengua descubrió que la situación era mucho peor de lo que se había imaginado, si Belén se enteraba de lo que ocurriría sería la gota que colmaría el vaso.

De forma disimulada, se tragó el trozo entero que le quedaba en la mejilla y cogió su taza de café como si no tuviera prisa por vaciar la taza y echarse

una nueva.

«¿Qué ocurre? Tienes la misma cara que usas durante las negociaciones con los trols». Zadquiel lo miró preocupado.

«Calla, come las pastas y ni se te ocurra hacer algo que ofenda a mi *shangrile*».

—¿Todo bien? —murmuró Belén sin perderlo de vista.

Cael le sonrió.

—No hay nada de lo que preocuparse. No se parecen en nada a las de la reina. No es ese el don que te ha dado Neva.

Alguien en la sala soltó una carcajada y Cael comprendió al fin el motivo de aquellos extraños temblores en los hombros de algunos de los inmortales. Abrió su mente para hablarles sin que Belén se enterara de nada.

«Que ni a uno solo de vosotros se le ocurra reír o hacer un comentario que ofenda a mi mujer, porque mataré con mis propias manos a quien lo haga. Advertid al resto de las criaturas de la noche que están aquí, porque no voy a dudar ni un segundo en aplicar mi promesa».

Nadie hizo el intento de responder.

—Menos mal —suspiró Belén, aunque en su rostro se mostró una cierta decepción—. Hemos hecho galletas para alimentar a un ejército.

Cael esperó que el gemido que resonó en la sala no hubiera sido el suyo propio cuando ella le acercó un plato rebosante de galletas.

«¡Por todo lo que es santo! —A pesar de su exclamación, el rostro de Zadquiel no mostró ningún signo exterior—. ¡El mar muerto tiene menos sal que estas galletas!».

«Trágalas y no mastiques». Cael engulló otra mientras observaba el rostro de Aaron, que apenas había llegado a masticar dos veces su pasta antes de tragársela entera y coger su vaso de zumo de naranja.

—No veáis el trabajo que me costó enviar a los niños a la cama sin que se hincharan de comer galletas.

—¿Las probaron? —La voz de Cael salió como si acabara de chupar un globo de helio.

—Se comieron las primeras que salieron, estas son de la última tanda.

«Va a ser imposible que no se entere de que saben a cartón salado. En cuanto esos críos las prueben mañana por la mañana, se va a liar. ¿No sería mejor que se lo confesaras ahora y que te evitaras una pelea mañana?». Zadquiel aprovechó que Belén no miraba para hacer desaparecer varias galletas en uno de los bolsillos laterales de sus pantalones y Aaron lo imitó.

«No se dará cuenta de nada. Me encargaré personalmente de ello».

Cuatro horas más tarde, con la mayor parte del asilo durmiendo. Cael fue abriendo uno a uno los armarios de la cocina.

—Tienes que estar bromeando. —Zadquiel lo miró como si acabara de condenarlo a andar descalzo sobre brasas ardiendo y miró hacia Aaron, que mantenía los brazos cruzados sobre el pecho.

Gabriel, por su parte, se mantenía cerca de la puerta de la cocina con un extraño tinte rosado sobre sus mejillas.

—Venga ya. No podéis decirme que es algo tan extraordinario lo que os estoy pidiendo.

—¿Qué no es extraordinario? ¿Pero cuándo has visto tú a unos guerreros como nosotros haciendo semejantes chorradas?

—Solo son galletas, nadie te ha pedido que hagas un estriptis en plena plaza mayor.

—Si me hubieras pedido eso probablemente hubiera aceptado sin quejarme —replicó Zadquiel con sequedad.

Cael entornó los ojos.

—Si se tratara de tu *shangrile* me comprenderías perfectamente.

—¿Qué sabrás tú sobre lo que estoy dispuesto o no a hacer por mi *shangrile*! —Zadquiel entrecerró los ojos con un repentino destello de ira.

—Dímelo entonces —propuso Cael molesto por su actitud.

—No es de tu incumbencia. ¡¿Qué?! —gruñó Zadquiel cuando todos lo miraron.

Aaron encogió los hombros.

—¿Por qué no las compras simplemente en una pastelería? Puedes pedirselo al cocinero. Las pastelerías abren temprano, a nadie le llamará la atención que compre cantidades importantes si son para un asilo.

—Porque tanto ella como los críos se percatarían por la apariencia que tengan.

—Lo notarán de todos modos. Nuestras galletas también serán diferentes —protestó Zadquiel.

—No, no lo serán. Para eso tenemos estas. —Cael sacó dos enormes bandejas llenas de pastas—. Solo tenemos que hacerlas parecidas.

Aaron suspiró resignado.

—Que conste que lo hago por ella, no por ti.

—¿Qué significa eso? —Un gruñido bajo llenó la cocina.

Aaron alzó ambas manos.

—Significa que valoro su forma de intentar proteger y hacer feliz a esas criaturas, incluso si eso la saca de su zona de confort o la pone en peligro. Y también admiro su forma de enfrentarse a los demás en las peores circunstancias.

Cael olisqueó el aire y dejó de gruñir. No pudo encontrar más que honestidad en sus palabras.

—De acuerdo, pero que conste que me debes una muy, pero que muy grande, hermano —accedió Zadquiel.

—¿Gabriel? —Cael lo miró.

—No pretendo ofenderlo, señor. Sin embargo, prefiero no hacerlo.

—De acuerdo, imagino que tres somos suficientes para hacer algunas bandejas.

—Cuatro —intervino Azrael al pisar la cocina con una enorme sonrisa y la princesa en brazos.

—¡Hermano! —Cael y Zadquiel se acercaron a él para abrazarlo con cuidado de no despertar a la niña—. ¿Qué haces aquí?

Azrael se reubicó a la pequeña y encogió un hombro.

—Madre nos envió un mensajero, en cuanto mi *shangrile* se enteró de que estabais aquí insistió que ella también tenía derecho a venir y a apoyar a una amiga en épocas difíciles. —El rostro de Azrael dejó clara su resignación al respecto.

A Cael no le fue difícil entenderlo. ¿Quién se resistía a concederle un deseo a la mujer de su vida?

—Me alegra que hayáis venido. ¿Dónde está a todo esto? Nos vendría genial su ayuda para hacer la masa.

—Olvídalo. En cuanto hemos llegado, ha pedido un cuarto de baño, un dormitorio con televisión por cable y un surtido de chocolates. Después de eso me ha mandado de paseo con la niña.

Cael no pudo más que romper a reír al ver las expresiones de Aaron y Gabriel. Nadie mandaba a un rey de los vampiros de paseo. O, al menos, nadie se había atrevido a hacerlo hasta que la reina llegó al trono y decidió hacerle pagar por todas las cosas que le había hecho.

—De acuerdo. Dime que al menos has aprendido algo de ella sobre cómo se hacen las galletas.

Los labios generalmente apretados de Azrael se abrieron en una amplia sonrisa ladeada.

—Ni te imaginas cuánto.

Zadquiel se aclaró la garganta.

—No es por ser aguafiestas, pero no creo que Cael se refiriera a ese tipo de aprendizajes.

Azrael entrecerró los ojos.

—¿Y a qué tipo de aprendizaje se refiere entonces? —preguntó con tal suavidad que nadie en su sano juicio se habría atrevido a insinuar nada erótico en relación a su *shangrile*.

Zadquiel alzó los brazos en el aire y entornó los ojos.

—De acuerdo, lo que sea con tal de que empecemos pronto. No sé si os habéis dado cuenta, pero a mí me gustaría acostarme antes de que el sol termine de salir completamente y Aaron, en un rato, de lo único que nos servirá será para sujetarnos las bandejas.

—Muy gracioso —espetó Aaron con sequedad.

—Tienes razón. —Azrael le entregó la niña dormida a Gabriel, quien la miró como si acabara de pasarle un paquete bomba.

—¿Pero era en serio? ¿Nuestro rey haciendo galletas? Eso se merece un retrato para la posteridad —bufó Zadquiel, ganándose una mirada cortante de Azrael.

—Además de rey, soy vuestro hermano. Sé lo que es tener una *shangrile* y, no es por presumir, pero aparte de mí, ¿hay alguien más aquí que tenga práctica haciendo galletas?

—¿Suele hacer galletas? —Las cejas de Aaron casi le llegaron al inicio de su cabellera.

A Cael no le pasó por alto la sonrisa disimulada de Azrael al dirigirse a la alacena para buscar los ingredientes.

—Incluso un rey puede encontrar el placer donde uno menos se lo espera. Y ni se te ocurra abrir la boca, Zadquiel —advirtió Azrael sin girarse.

—¿Cómo sabes lo que iba a decir?

—No necesito oírte para saber que eres un bocazas desde que naciste. Lavaos las manos antes de empezar.

—¿Y cómo sabes que no he cambiado durante este tiempo que no me has visto?

—¿De verdad quieres arriesgarte a cambiarle los pañales a la princesa?

—¿Eso ahora es un nuevo tipo de castigo en la corte?

—Convertirte en el cambiador de pañales oficial lo es. —Azrael le enseñó los colmillos en una amplia sonrisa.

—Yo que tú no me arriesgaría. Está deseando soltar ese título él mismo — murmuró Cael mientras se enjuagaba las manos.

—Ya me parecía —carcajeó Zadquiel.

—Y dime, querido hermano, ¿Neva sigue congelándote la mano en la bañera? —preguntó Azrael con un tono almibarado.

—Si mato a mi hermano, nadie puede acusarme de traición al trono, ¿verdad? —masculló Zadquiel.

—Eso te convertiría en el nuevo rey. ¿Seguro que quieres cargar con ese muerto? —preguntó Cael.

—Nah, paso. Prefiero disponer de tiempo para leer y aprender.

Azrael alzó las cejas y sacudió la cabeza.

—¿Estás insinuando que soy un monarca inculto que no saca tiempo para leer?

Al ver la cara de Aaron, Cael rompió a reír y le dio una palmada en el hombro.

—No te preocupes, rara vez llegamos a las manos.

—Y, cuando lo hacemos, procuramos no matarnos de verdad —coincidió Zadquiel cayendo en la risa.

—Ser rey no me libra de tener hermanos idiotas.

Aaron sonrió, aunque a Cael no le pasó desapercibida la añoranza que cruzó los ojos rojos.

—¡No, ese bote no! Es sal —explicó Gabriel cuando todos se fijaron en la palabra «azúcar» escrita a rotulador en la tapa del bote.

Cael intercambió una mirada con Zadquiel, quien movió la cabeza de forma casi imperceptible.

«Ahora no, hermano. Cada cosa a su debido tiempo».

CAPÍTULO 47



La habitación estaba sumergida en la oscuridad, excepto por la poca luz que se colaba entraba bajo la puerta desde el pasillo, pero le bastaba ver los chillantes números rojos para saber que aún era de día.

Cael roncaba suavemente a su lado, estiró la mano de forma automática para tocarlo, como si necesitara comprobar que era real y que seguía allí en la cama con ella. Rara vez podía dejar de observarlo cuando dormía. A pesar de su aversión hacia él y su poder, al verlo así no podía dejar de reconocer que era guapo. En realidad, guapo se quedaba corto. Era atractivo, sexi... e irresistible. Si no fuera porque era un vampiro, cabezón y demasiado engreído, sería todo lo que una mujer podría desear. Una mujer normal, se recordó, no una con tara como ella, que no podía aspirar a nada más que una canita al aire de vez en cuando, sin compromisos, ni promesas de futuro.

En su pecho se volvió a abrir la antigua herida. La mayor parte del tiempo no lo soportaba, pero había observado a Cael con los niños. Se merecía alguien mejor que ella, alguien que pudiera darle lo que deseaba, no una arpía pelirroja infértil y amargada a la que le daban ataques de pánico que era incapaz de controlar y que pocas veces sabía diferenciar entre lo que era verdad y alucinación. Porque, le gustara o no, seguía sin tener la certeza de que fuera verdad lo que había vivido en la última semana.

Se obligó a apartar la mirada y contempló el techo con un profundo suspiro. Volvía a relajarse en sus sentimientos por él, al igual que había pasado la última vez. No era un lujo que pudiera permitirse. Necesitaba alejarse cuanto antes o conseguir que quien se largara fuera él, pero recordó que ahora estaban los niños y que no podía dejarlos solos, lo que hizo que la

sensación de estar atrapada se incrementara.

Levantándose con cuidado de la cama para no despertarlo, comenzó a hacer planes de cómo conseguirlo. Lo primero que necesitaba era encontrar la forma de hacerse con ropa nueva; miró el despertador. Difícilmente iba a poder llegar a una tienda que aún estuviera abierta, suponiendo que los soldados la dejaran marchar así sin más, algo que dudaba. Podía sentir cómo la vigilaban incluso cuando solo se movía por el recinto.

Además, no creía que fuera muy prudente salir a la calle al oscurecer vestida con un trajecito que la calificaría, como mínimo, como prostituta, reconoció al ver el disfraz arrugado. La simple idea de tener que volver a ponérselo y de tener que salir y someterse a las miradas de todos aquellos hombres ya le levantaba el estómago. Casi prefería salir con el camisón de abuela, que aún seguía sin estrenar, colgado de la percha.

Lo que no comprendía era cómo era posible que a Cael le hubieran podido conseguir ropa práctica y normal y a ella no. ¿No tenían más como las que estaban usando los soldados? ¿O acaso ella no era lo suficientemente buena para usarla? La irritación volvió a inundarla. Estaba harta de que se rieran de ella y de que la trataran como si aún fuera una esclava sexual. Con una lenta sonrisa dejó el vestido de enfermera donde estaba y recogió la ropa que Cael había tirado de forma descuidada sobre el sillón.

Era él quien había dicho que la ropa solo era ropa, ¿verdad? Pasó de las botas negras, sabiendo que le quedarían demasiado grandes, y se apresuró a ponerse los pantalones y la camiseta, con cuidado, tratando de que Cael no se despertara antes de que pudiera salir por la puerta. Bajo el umbral, le echó un último vistazo. Una sonrisa pícaro se dibujó en sus labios. Iba a perderse su cara cuando despertara, pero en el fondo le parecía una auténtica lástima que tuviera el poder de conseguir ropa nueva en cuanto lo ordenara. Se habría merecido tener que salir con ese traje de enfermera, al igual que lo tuvo que hacer ella.

De repente el comedor se quedó en un silencio mortal. Tomando una profunda inspiración, se llenó de valor para darse la vuelta.

Cael la miraba con los ojos entrecerrados desde la entrada al otro lado de la sala. Ella alzó la barbilla, arqueó una ceja y le mantuvo la mirada, aunque tuvo que esconder sus manos a la espalda para evitar que él notara su temblor.

—¿Qué, hermanito, nos sentíamos con ganas de librarnos de los pantalones por un día? —preguntó Zadquiel, poniéndole una mano en el hombro y

cabeceando al pasar por su lado para dirigirse a una mesa.

—Eso parece —masculló Cael, pero la mirada iracunda siguió sobre ella hasta que llegó a su lado—. ¿Tienes alguna explicación para esto? —le preguntó, mirándose el ridículo vestidito de enfermera que mostraba una buena parte del vello de su pecho y apenas le cubría la parte superior de los muslos.

Alzó la cabeza y se cruzó de brazos, consiguiendo que la fina tela del disfraz se estirara tanto sobre sus musculosos hombros que ella temió que de un momento a otro fuera a rajarse.

—¿Tengo que tener una explicación? —preguntó ella con mofa, aunque su voz era tan poco estable como sus manos—. Pensaba que la ropa era ropa, ¿no? Y después de todo, nadie te ha obligado a ponértela, ¿no es cierto? —añadió con un tono triunfal.

—¿Hubieras preferido que no me la pusiera? —La ambigüedad en su tono fue evidente.

Ella tragó saliva al observarlo de nuevo e imaginárselo desnudo. Conocía de memoria cómo se veía sin ropa, incluso ahora, vestido con ese ridículo traje de enfermera, su imaginación le jugaba la mala pasada de recordarle cuánta masa muscular dura y estilizada se escondía debajo.

—¿Debería importarme cómo te vistes o no vistes? —Ella usó todo el sarcasmo que pudo al preguntar.

—A mí me hubiera importado —le dijo Cael echándole un vistazo a la sala, en la que todo el mundo lo miraba con amplias sonrisas, incluidas las ancianas.

Una de las mujeres rio.

—Espera a que te vea Antonia. Vas a tener que usar un cinturón de castidad para que no te viole.

Risitas sonaron en varias de las mesas, y no eran solo las de las ancianas.

—Por mí puedes desnudarte cuando quieras. Nunca le voy a decir que no a un bombón como tú. Seré vieja, pero mi vista sigue funcionando perfectamente —dijo otra señora, quien cosechó aplausos y vítores de sus compañeras.

Era tonto. Era totalmente consciente de ello, aun así, a Belén se le formó un nudo en el estómago y se clavó las uñas en las palmas. Reprimió sus ganas de decirle a la señora que ya estaba algo mayor para alguien como Cael, pero también recordó que él era mucho mayor que ella y que todas las mujeres que estaban allí.

—¿Qué estás olfateando? —siseó lo más bajo que pudo al ver cómo se movían las aletas de su nariz.

Los labios masculinos se estiraron y ladearon de forma casi imperceptible y la irritación en sus pupilas fue sustituida por un brillo satisfecho. ¡Había vuelto a conseguirlo! Se había dado cuenta de sus celos y ahora le estaba dando la vuelta a la tortilla. Belén lo habría estrangulado si hubiera podido. Que otra de las ancianas calenturientas abriera la boca no la ayudó a controlarse.

—Aunque tienes que admitir que así tampoco está mal, Pepa —le dijo a su amiga—. A mí no me importa que lleve vestido si me enseña esos músculos. Te imaginas lo fácil que se podría meter la mano bajo esa faldita y...

—¡Mari Trini! ¡Que es el novio de tu amiga Antonia!

—¡Ains, perdón! —Soltó la señora echándole un vistazo apresurado a la puerta, como si temiera que Antonia fuera a entrar justo en ese momento. En cuanto comprobó que estaba fuera de peligro, siguió cuchicheando con sus amigas sin parar de enviarle miradas babosas a las musculosas piernas de Cael.

Varios guardas miraban divertidos a las señoras mayores y sacudían de vez en cuando las cabezas, como si les divirtieran sus comentarios. Belén se mordió la lengua. Odiaba que esos chupasangres tuvieran tan buen oído y fueran capaces de enterarse siempre de todo.

Cael gruñó y masculló algo para él mismo. En la mesa en la que algunos niños tomaban un vaso de leche caliente resonó una risita. Belén miró sorprendida a Mayca y Carmen, que se tapaban los labios con servilletas para que no las vieran reírse. Las risas fueron tan naturales y alegres que ella se sintió contagiada por ellas. También la tensión de Cael desapareció y, para su sorpresa, les guiñó un ojo a las niñas.

—Te falta esto —le llamó la atención Zadquiel desde su mesa antes de lanzarle dos bolas gigantes de papel de cocina en las que parecía haberse gastado casi todo el rollo.

Cael las cogió en el aire y se las colocó por dentro a la altura del pecho, se reajustó el vestido con un meneo sexi y, quitándole a Belén su bandeja, se dirigió a la mesa de su hermano con un balanceo de caderas digno de unos tacones de diez centímetros en vez de las botas de combate que llevaba. Hizo las delicias de todos los niños y ancianas que estaban en la sala, llenándola de risitas. Cuando llegó a la mesa de Zadquiel, realizó un último pase, volteándose teatralmente en redondo y recibiendo los aplausos y vítores, tanto de los adultos como de los más pequeños. Zadquiel se levantó con un cabeceo divertido y recogió su mesa, cediéndole su sitio. En un primer momento,

pareció que iba a sentarse del revés en la silla con las piernas abiertas, pero cambió de opinión, giró la silla y se sentó con las piernas cruzadas.

Belén fue incapaz ni de apartar la mirada ni de cerrar su boca. Cuando Zadquiel llegó a su lado para dejar sus cubiertos en el fregadero, le echó una ojeada a su hermano y la miró divertido.

—No deberías extrañarte tanto. ¿Cómo crees que conseguimos escaparnos de las garras de ese tutor coñazo al que mi madre le tiene tanto apego?

—Pero... —Ella encogió los hombros—. Pensé que estaba enfadado.

—Es posible que lo estuviera —dijo Zadquiel al darse la vuelta hacia su hermano—. ¿Quién sabe? Pero Cael es el pacificador de la familia, suele saber cómo controlar su genio.

Belén bufó sin poder evitarlo.

—¿El pacificador? ¡Venga ya!

—Quizás deberías darle la oportunidad de mostrarse como realmente es, en vez de poner todo tu esfuerzo en sacarle de sus casillas —le recomendó Zadquiel con un guiño antes de regresar a la mesa para apoyarse en el respaldo de su hermano.

Ella se levantó sobresaltada de la cama en cuanto Cael entró sin llamar al dormitorio.

—¿Qué ocurre? —indagó él sacándose las bolas de papel, que a estas alturas estaban casi en su estómago, para arrojarlas a la papelera.

—¿Ocurrir? ¿Qué me iba a ocurrir? —Su voz salió mucho más chillona de lo que había pretendido.

—Primero estabas dispuesta a pelearte conmigo por la ropa, luego has estado muy callada durante el café y ahora te encuentro encerrada en el cuarto. Puedo no ser muy observador en lo que a las mujeres se refiere, pero es obvio que te pasa algo.

—Eso viniendo de un hombre vestido con un disfraz barato de enfermera suena casi a tesis filosófica.

Cael suspiró.

—¿Tengo que recordarte que voy vestido de esta guisa porque tú me quitaste mi ropa?

—Ahora va a resultar que te obligué a ponértela —se mofó Belén.

—Esta planta está llena de niños, no esperarías que saliera desnudo delante de ellos, ¿no? ¿O se suponía que debía quedarme encerrado en la

habitación hasta que alguien se dignara a venir en mi rescate? —inquirió Cael, contemplándola con intensidad—. Lo siento, si querías que jugara a ser la damisela en apuros me lo tenías que haber advertido.

—No me digas —espetó ella echándole un vistazo lleno de desprecio a la ropa.

El pecho de Cael se infló con una profunda inspiración. Antes de que ella pudiera evitarlo, la acorraló contra la pared.

—Dime, ¿qué demonios ocurre contigo? ¿Qué te pasa para que trates de pasarte el día buscando peleas conmigo?

—¿Qué te hace creer que eres lo suficientemente importante como para que quiera perder el tiempo peleándome contigo?

Los ojos de Cael echaban chispas, aunque no se apartó.

—Sabes, alguna vez podrías mostrarme un poco de respeto.

—¿A un vampiro vestido de puta barata? —Ella entornó los ojos para que no notara cuánto le estaba afectando su cercanía.

—De acuerdo, ¿quieres que me quite el vestido? Quítamelo —la retó.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —Ella alzó la barbilla.

Él se acercó medio paso más, dejándola sentir el calor de su cuerpo y el aliento sobre su piel.

—Porque vamos a hacer el amor ahora y estás a tiempo de elegir si quieres que lo haga con o sin ropa.

—Te refieres a que vas a follarme —se mofó ella, pero no se negó a que lo hiciera.

Cael apretó la mandíbula para evitar corregirla. Odiaba que ella todo tuviera que convertirlo en algo trivial y sin importancia. La misma idea hacía que él se rebelara. No quería ser un polvo más para ella, ni un tío más, ni un nada más. Quería ser el todo y el único, y quería que ella lo reconociera.

Bajó la cabeza dejando sus labios a apenas unos milímetros de los suyos, pero se resistió a besarla. Reprimió una sonrisa al notar cómo ella dejó de respirar y abrió los labios de forma inconsciente. Sin tocar su piel, recorrió su mejilla, su oído y su cuello, centrando sus sentidos en detectar cómo se le paraba la respiración cada vez que creía que iba a besarla, o en cómo su corazón se aceleraba cuando la rozaba con su aliento.

Al llegar a la conjunción entre su cuello y su hombro, acercó los labios para rasparla con sus dientes y lengua. Apenas fue un roce, lo justo para disfrutar del sabor afrutado de su piel. El jadeo femenino viajó por su cuerpo

hasta alojarse en su ingle, pero, aun así, se obligó a regresar a su punto de partida: a dos milímetros de sus labios. La miró, esperó, se alejó lo justo para dejar el sitio que necesitaba para acariciar con sus dedos sus labios.

Siguiendo la misma pauta que antes, controló sus constantes vitales a medida que recorría su piel con el reverso de sus dedos: sus mejillas, su barbilla, su cuello, el inicio de su escote, la curvatura de sus senos y hasta los pezones, que lo esperaban duros y hambrientos para cuando los alcanzó. Ella se mordió los labios y consiguió mantener sus jadeos a raya esta vez, pero no así su estremecimiento cuando trazó su aureola en círculos cada vez más reducidos hasta alcanzar su cima.

Sin dejar de mirarla, bajó hasta su pecho y chupó su pezón, indiferente a la capa de ropa que lo separaba de su objetivo. Ella echó la cabeza atrás y se apoyó contra la pared, pero no lo perdió de vista, solo cuando fue a incorporarse, lo cogió de su cabellera para tratar de besarlo.

Él no se lo permitió.

La dejó sin aliento al voltearla con brusquedad hacia la pared. Alargando una de sus garras, le rajó la camiseta. Con los pantalones, le bastó abrir el cinturón para que resbalaran al suelo. El tanga siguió a la camiseta en cuanto cortó sus tiras. No necesitó pedirle permiso, ni comprobar si estaba preparada, podía oír su respiración entrecortada, la forma en que la sangre corría por sus venas azuzada por la adrenalina y oler la humedad derramándose entre sus muslos.

Cogiéndole las muñecas, le apoyó las manos en la pared, deslizó sus palmas por su cuerpo hasta las caderas para sujetarla. Los dos jadearon cuando se hundió en su calor, sintiendo cómo ella se contraía a su alrededor.

—¡Diosa, te deseo! —murmuró al lado de su oído antes de recorrerle el cuello con sus labios.

—¡Más! —Fue la única respuesta que recibió.

Intentó no dejarle marcada la delicada piel con su excesiva fuerza y evitó que sus garras se extendieran igual que ya lo habían hecho sus colmillos, pero no pudo evitar las embestidas fuertes y profundas que la hacían jadear en alto, ni tan siquiera sabiendo que algunos de los suyos podrían estar escuchándolos. Era así como la deseaba desenfadada, apasionada y sin inhibiciones a la hora de disfrutar de su pasión.

—¡Para!

Cael obedeció, apretando la mandíbula, con el único alivio de saber que las señales con las que la traicionaba su cuerpo le decían que ella lo ansiaba

del mismo modo que él a ella.

Belén se giró y sonrió al verle.

—Vaya... ¿alguien está excitado? —se burló tocando la punta de sus colmillos extendidos con su índice y lamiendo la gota de sangre que se derramó.

El hambre se mezcló con el deseo.

—Sigues siendo tan arpía como siempre, ¿verdad?

—¿Y qué si lo soy? —preguntó Belén tirando con fuerza de las solapas del disfraz para rajarle el escote del vestido y pasárselo por los hombros—. En el fondo te gusta, admítelo —susurró junto a sus labios cuando le tiró del pelo y saltó sobre su cintura para rodearlo con las piernas.

Cael la sujetó debajo del trasero.

—Y si admito que es cierto, ¿qué harás?

El vientre de Cael se encogió ante su sonrisa llena de malicia.

—Demostrarte lo arpía que puedo llegar a ser —murmuró ella antes de tirarle tan fuerte del cabello que tuvo que arquear su cabeza hacia atrás mientras ella le mordía el cuello.

Cael rugió, la sangre corría frenética por sus venas y el placer le hacía ver rojo tras los párpados cuando la apoyó contra la pared y la embistió. Lo excitaba darle caña, pero aún más cuando ella se la devolvía. Esa era la mujer que lo volvía loco y la que le hacía perder el equilibrio.

—¿Eso es todo lo que me puedes dar? —inquirió Belén sin aliento, mirándolo entre párpados entrecerrados en tanto él buscaba atravesarla con sus embates.

Cael gruñó y ella le mordió el labio en respuesta. Un ligero sabor ferroso le indicó que había conseguido hacerle una diminuta herida.

—¿Me has hecho sangre? —preguntó mientras su glande comenzaba a pulsar ante la idea.

—¿Importa si lo he hecho? —Belén le lamió la sangre del labio.

Al ver la gota roja deshaciéndose sobre su lengua, la habitación se inundó de un rugido. Le chupó la lengua con la intención de compartirla con ella. Una incipiente señal de alarma se iluminó en alguna parte de su cerebro. La ignoró, demasiado centrado en la voracidad con que ella respondió a su beso. Solo cuando se dio cuenta de que le había hecho sangre con sus colmillos trató de apartarse de ella para bajar un poco el ritmo.

Ella no se lo permitió.

—Estás... sangrando —murmuró entre un beso y otro.

—¿Y? ¿Desde cuándo ya no te gusta mi sangre?

Cael bufó antes de abrirse paso con su lengua para saborearla. Solo él sabía lo adicta que era su sangre y que daría cualquier cosa por poder tomarla, incluso su alma.

—Aunque lo justo es que te lo devuelva, ¿no? —preguntó ella antes de lamerle el labio inferior.

Su gemido al probar la mezcla de ambas sangres se quedó ahogado entre sus bocas, mientras seguía embistiéndola sin parar tratando de fundirse con ella. Entre sus cuerpos parecían producirse pequeñas chispas que pasaban de uno a otro hasta crecer y hacerse más fuertes produciendo una espiral de luz que fue inundándolos poco a poco. Recreándose en el calor de esa luz, Cael incrementó su ritmo deseando que los consumiera. No fue hasta que en su conciencia comenzó a penetrar el significado de esa luz, que comprendió lo que implicaba.

Soltó a Belén de una forma tan brusca que casi se cayó al suelo y retrocedió para alejarse de ella.

—¿Qué pasa? —Ella parpadeó confundida.

Él se apartó marcha atrás, sin dejar de sacudir la cabeza, horrorizado por lo que había estado a punto de hacer.

—No puedo. No puedo hacerlo —murmuró antes de darse la vuelta y salir de la habitación, sin importarle el vestido destrozado que seguía llevando.

CAPÍTULO 48



Belén ignoró el cuidadoso golpeteo en la puerta, tapándose con la sábana hasta las orejas. Ante el suave clic que avisó de que quien fuera estaba abriendo la puerta, cerró los ojos y se hizo la dormida. No quería ver ni hablar con nadie. Algo dentro de ella se había roto y dolía, dolía demasiado, dolía tanto que no la dejaba pensar más allá del enorme agujero negro que le sangraba desde el interior.

La persona se detuvo en el umbral de la puerta y pareció titubear antes de pasar. Belén deseó con toda su alma que se largara y la dejara tranquila. No tuvo suerte. La luz de la lamparilla de noche se encendió y un leve golpe señaló que habían cerrado la puerta. Si le quedaba la esperanza de que se hubiera ido, se esfumó cuando se hundió el colchón a su lado y una mano cálida le acarició la frente y el cabello.

—Sé que ahora mismo probablemente no tengas ganas de hablar conmigo y que no te encuentras bien —murmuró Anabel—. Azrael me avisó que podía pasar. Cael nos ha contado lo que ha sucedido.

¿Cael le había contado lo que había pasado? ¡Oh, Dios! ¿No había sido suficiente humillación que la dejara tirada en plena faena como si tuviera algún tipo de enfermedad venérea para que encima tuviera que hacerlo público? Bajo la sábana, Belén se metió el puño en la boca para reprimir el grito agónico que pugnaba por salir.

—Cael está hecho polvo por lo que ha pasado. Pensé que se debía solo a un malentendido entre vosotros, pero luego Azrael me explicó que cuando el vínculo de sangre se ha iniciado y se interrumpe antes de que se consolide, el resultado puede resultar nefasto para los dos integrantes de la pareja. Y aunque sé que no he sido nunca tu persona favorita, no podía dejar de pensar

que quizás Cael no fuera el único afligido, sino que también podía estar afectándote a ti a pesar de ser humana. —Anabel dudó—. Belén, sé que no estás dormida y que no te encuentras bien. No tienes que hacerte la fuerte conmigo.

Al abrir los ojos, Belén se encontró con la mirada llena de compasión de Anabel.

—Duele —murmuró—. No sé lo que es, pero te desgarran por dentro y duele. Duele mucho.

—Lo sé, cielo, es el vínculo que se ha roto.

—¿Qué vínculo?

—El que hace que una pareja de su raza se conecte de una forma metafísica y los vincule para siempre. En su momento, no tenía ni idea de lo que era, ni siquiera Azrael se dio cuenta cuando pasó. Eran como unas luces que salían de mí y de él y que...

—Iban enredándose para acabar fusionándose y formar una sola —acabó Belén en un murmullo.

—Sí, eso es. Al no dejar que el proceso acabara, ahora estáis pagando las consecuencias.

Como si el pensar en ello fuera un delito y el destino quisiera castigarla por haberlo permitido, el dolor de su pecho se extendió a sus entrañas haciéndola encogerse sobre sí misma.

—Déjame sola, por favor.

—Belén, yo...

—Estaré bien, solo necesito estar sola.



Cael se sentó en la silla al lado de la cama, apoyó los brazos sobre las rodillas y se miró las manos. Se sentía como la última mierda sobre el planeta, más ahora que veía a Belén con la cara enrojecida e hinchada de tanto llorar. Le habría gustado cogerla en brazos para besarla y consolarla, no obstante, se sentía incapaz de hacerlo. Tampoco creía que ella fuera a dejar que lo hiciera. Tomó una profunda inspiración para armarse de valor.

—Lo siento. —Su voz salió áspera, quebrada, como si las palabras no quisieran salir de su garganta. Belén, por su parte, mantuvo la mirada sobre la pared—. La reina me dijo que te ha explicado lo que pasó. —Por fin los ojos

enrojecidos se posaron sobre él con una silenciosa acusación, aunque siguió sin comentar nada. Cael se pasó una mano por el cabello y se echó atrás en la silla—. Lo siento. Tenía que haberme dado cuenta de lo que estaba pasando y haberlo parado antes de que la vinculación pudiera llegar a echar sus primeras raíces. Te deseaba tanto y estaba tan excitado que no fui capaz de relacionar lo que estaba sintiendo con las leyendas que me habían contado desde mi infancia.

—¿Esa es tu excusa por haberme rechazado?

La pregunta le llegó como un cubo de agua helada.

—No. Yo no... —«¿Yo no qué? ¿No te he rechazado?». Él sabía de sobra que, aunque la idea de rechazarla como su *shangrile* no había pasado por su cabeza, eso era exactamente lo que había hecho. Se levantó de la silla y se acercó a la ventana para contemplar la calle vacía y oscura—. No era mi intención rechazarte. Cuando comprendí que era la vinculación me asusté. No estaba preparado para llegar tan lejos contigo. Hay tantas cosas entre nosotros sin aclarar que vincularnos de por vida habría sido... una locura. Una vinculación no puede ser deshecha una vez que se ha creado y yo soy un inmortal. Estaríamos unidos de por vida en una relación de odio y malentendidos si nos metiéramos a lo loco. No es eso lo que quiero para ninguno de los dos.

—Pensé que era el destino el que elegía quién debía emparejarse o no. — El tono de Belén sonó tan vacío e indiferente que Cael se encogió por dentro.

—El destino elige, pero somos seres conscientes después de todo. Disponemos de libre albedrío para negarnos a aquello que no queremos.

—Bien, creo que ya elegiste.

—Lo dices como si me acusaras. Nos he librado a los dos de cometer una estupidez. ¿Habrías preferido que hubiera cerrado el vínculo sin darte la oportunidad de decidir por ti misma?

Belén bufó, sentándose en la cama como si su cuerpo estuviera conformado por plomo y no tuviera la suficiente fuerza para levantarlo.

—No te preocupes. Elegiste, estabas en tu derecho. Como dijo Anabel, solo estoy sintiendo el efecto lógico de la ruptura de un vínculo no acabado. Imagino que cuando pase, podré darte las gracias por haberlo roto y no haberme condenado a una vida con alguien como tú.

Aunque en el fondo eso era justo lo que Cael había aducido para justificarse, oírlo en su boca sonaba era horrible.

—Podías haberte quedado embarazada —dijo, continuando cuando ella no

contestó—. ¿Te imaginas? ¿Viste por lo que pasó la mujer de mi hermano?

Cael recordó a Anabel en la cama, casi como un fantasma, aferrándose a la vida por su hijo mientras iba extinguiéndose poco a poco.

—No, no puedo imaginármelo.

Cael se sentía cada vez más confundido por su forma de hablar y de actuar. La carencia de emociones en su voz no le dejaba saber en qué sentido decía todo aquello.

—No te habría gustado. Me habrías odiado por ello.

Belén se levantó de la cama y cogió un albornoz que alguien debió haberle dejado.

—Deja de hablar por mí, ¿quieres?

—Pero...

—¡No puedo tener hijos! Tuve una enfermedad en el orfanato que me dejó estéril para siempre. Y ahora llévate tus argumentos falsos y tus mentiras y déjame en paz. Yo no te he pedido explicaciones. Son más que evidentes, de modo que solo déjame en paz.

Y con eso, Belén cerró la puerta tras ella de un portazo. Cael se dejó caer en el sillón y presionó las palmas contra sus ojos.

«Diosa, ¿qué he hecho?».

Belén cerró la puerta del baño tras ella, dejó que el albornoz se resbalara por sus hombros y se metió en la cabina de ducha. Sin importarle que el camisón pudiera mojarse encendió el grifo y, en cuanto el chorro de agua caliente cayó sobre ella, se deslizó por las baldosas colocando la cabeza sobre las rodillas y rompiendo a llorar.

No le importaba la aclaración que pudiera haberle dado Anabel y mucho menos la de Cael. Le daban igual las explicaciones metafísicas u hormonales. Cael la había rechazado. Punto.

Ella no estaba a su altura, nunca lo había estado. Lo había sabido desde siempre, desde el mismo momento en que había salido rodando de la alfombra y lo había visto desde el suelo en aquel sillón dorado, sentado junto a sus hermanos. Lo que había pasado solo lo dejaba más claro.

En el fondo todo era culpa de ella. ¿En qué momento había acabado enamorada de semejante capullo? De todos los hombres que existían en el mundo, ¿por qué había tenido que enamorarse precisamente de alguien tan fuera de su alcance como él? El problema era que de alguna forma se había

creído todo aquel rollo de la *shangrile*. ¡Estúpida! Ella no era ni una vampiresa, ni una aristócrata, ni siquiera un amor de toda la vida como lo había sido Antonia para él.

Con un sollozo apoyó la cabeza contra la pared y dejó que el agua cayera sobre su rostro. Cael había tenido razón en una cosa, no habría sido justo si se hubieran vinculado sin aclarar las cosas primero, sin que ella le hubiera advertido que no podía traer hijos al mundo y que jamás podría ofrecerle la posibilidad de ser padre. Eso era algo que él se merecía, porque había visto la forma en la que había actuado con los niños del orfanato.

Un enorme hocico oscuro asomó por la ranura de la cortina de ducha. Ella lo miró sin reaccionar. Sin tener claro si era un producto de su imaginación o si de verdad estaba allí. El animal se acercó a ella con un gemido y tocó su muslo con minúsculos toques de su nariz.

Cómo había conseguido volver a encontrarla era un misterio, pero a ella le dio igual. Sin pensárselo mucho se abrazó a él como un náufrago haría con su tabla de salvación y rompió a llorar desde lo más profundo de su alma.



Cuando se entreabrió la puerta de su dormitorio y el chucho se incorporó de su posición en el suelo, Belén estaba más que dispuesta a mandar a la mierda a quienquiera que fuese el que estaba a punto de entrar. Les había dejado claro que no quería ver a nadie. Ni siquiera le importaba lo que pensarán de ella. Quería estar a solas. Alzó la cabeza y abrió la boca para soltar el evangelio demoniaco en sánscrito y consiguió retenerse justo a tiempo ante la carita de Mayca, quien se asomaba con una bandeja.

Belén cerró la boca, incapaz de desahogarse con la criatura. Simplemente miró cómo cerraba la puerta y andaba hacia ella con cuidado de no derramar la sopa que había en uno de los platos.

—Nos dijeron que estabas enferma. —Mayca puso la bandeja en la mesita de noche y cogió el plato con carne y lo colocó en el suelo. Chucho acercó la nariz a su mejilla y la rozó con un suave gimoteo. La niña apoyó su frente en la del perro y lo acarició antes de meter su mano en el bolsillo—. Mira, también te he guardado esto. Nos lo dieron para el postre.

Con un nudo en la garganta, Belén miró la chocolatina intacta que le

ofrecía.

—¿Esa es la tuya o te dieron otra para mí?

La niña encogió los hombros.

—La mía. Prefiero no robar nada. Se están portando muy bien con nosotros.

Belén se sentó en la cama.

—Entonces, mejor cómetela tú, yo no tengo demasiada hambre.

—Puedes guardarla para después si quieres. —Mayca dejó la chocolatina sobre la mesita de noche, junto al plato—. Y también tengo esto para ti.

Cuando la vio sacar un *tetrabrik* de zumo de los holgados bolsillos de su peto vaquero, Belén no pudo evitar que una lágrima se escapara de su control. Chucho gimió y se acercó a ella para que pudiera enterrar sus dedos en su pelaje, algo que solía tener un efecto relajante en ella.

—¿Te duele algo? —Mayca la miró con ojos enormes y se acercó a ella para tocarle el brazo.

Belén negó con una mueca mientras trataba de no romper a llorar delante de la dulce criatura.

—No, cielo. Que alguien se prive de comer algo rico para poder dármelo es una de las cosas más bonitas que han hecho por mí; solo he conocido a una persona que lo ha hecho antes que tú.

—¿Y la querías?

—Sí, en aquella época era mi mejor amiga y la quería mucho.

Chucho apoyó su hocico sobre su muslo y Belén lo acarició.

—¿Ya se murió?

Belén estuvo a punto de admitir que no, no obstante, era más fácil dejarla en la creencia de lo contrario. ¿Cómo iba a explicarle que aquella amiga la había traicionado y que por su culpa acabó en la celda? Más aún, ¿cómo podía explicarle luego que esa misma persona era la que había retenido a su hermana en el laboratorio? En vez de contestar, asintió y evitó una respuesta.

—¿Y sabes lo que hacíamos con las chocolatinas que traía para mí?

Mayca ladeó la cabeza.

—¿El qué?

—Dividíamos ese botín entre ambas. Las cosas siempre saben mejor cuando tienes a alguien con quien repartirlas. ¿Quieres compartir conmigo la chocolatina y el zumo? —Mayca asintió emocionada y Belén dio unas palmadas sobre el colchón—. Ven, anda.

La niña no lo dudó, trepó sobre la cama, se tapó con la manta y apoyó su

espalda sobre el cabecero igual que Belén.

—¿No vas a tomarte la sopa primero? —preguntó Mayca cuando Belén le entregó la mitad de la chocolatina—. Puedo esperarme a que te la comas.

—Pues entonces tendrás que contarme algo mientras me como la sopa —le propuso Belén.

—La niña rubia que es nueva me contó un cuento. ¿Quieres que te lo cuente? —preguntó la niña dubitativa.

—No parece muy entusiasmada con ese cuento.

—Es que no es uno bonito. No me gusta el final.

—¿Cuál es? Igual lo conozco y te puedo dar mi opinión. La mayoría de los cuentos suelen tener un final feliz o una lección para aprender.

—El de una niña que se llamaba Caperucita Roja.

Belén se puso rígida. Mayca comenzó a contarle los motivos por los que el lobo no podía haber sido malo y por qué estaba feo que lo hubieran tirado al fondo del pozo.

—¿Y qué niña dices que te contó ese cuento?

—Era una niña mayor.

—¿Y no la habías visto nunca antes?

—No. La recordaría si lo hubiera hecho. Dijo que te conocía.

—¿Y te mencionó también el nombre? —Belén sospechaba que ya conocía la respuesta.

—Tenía un nombre muy raro. Neva, creo.

—¿Y te comentó algo más sobre el cuento?

—Sí, que no todos los cuentos pueden tener un final feliz.

Por la forma en la que Chucho acabó enroscándose en una esquina, la respuesta le había gustado tan poco como a ella.

CAPÍTULO 49



Las diminutas estrellas heladas que se formaron en el cristal le ahorraron a Belén el trabajo de voltearse en el sillón para averiguar quién había entrado esta vez a molestarla. Chucho también gruñó, aunque dejó de hacerlo enseguida y enderezó las orejas. ¿Es que nunca iban a dejarla en paz?

—Lo siento, no estoy de humor para una de tus lecciones, Neva.

—No soy yo quien ha venido a mostrarte algo —le respondió apenas iluminada por la escasa luz que entraba por la puerta—. Vamos, ya puedes enseñárselo.

Belén apartó su atención de la ventana para dedicarle a Neva una ojeada recriminatoria que le dejara claro que no estaba interesada en nada ni en nadie. Reprimió un suspiro al descubrir que se trataba de Carmen, quien se escondía detrás de Neva.

—¿Ahora me tienes miedo? —Aún sin verse, Belén sabía que su sonrisa reflejaba la tristeza que sentía.

Chucho se levantó para acercarse a la niña y se dejó acariciar por ella. Los rizos negros de Carmen saltaron al mover la cabeza de un lado para otro.

—Mayca dijo que estabas muy triste.

Habría sido ridículo negárselo. Chucho regresó a su lado y ella se consoló tocándole el pellejo del cuello.

—Todos lo estamos alguna vez, cielo. Forma parte de la vida.

—Sé hacer una cosa.

A Belén le bastó la inseguridad en su voz infantil y la forma en la que apartó la vista para que no quisiera saber lo que era. No podía ser nada bueno, no cuando una niña tan pequeña temía revelarlo a los demás.

—Cielo, te lo agradezco, aunque a veces es mejor pasar estos momentos de tristeza por uno mismo.

Carmen miró avergonzada a Neva, quien asintió y la empujó en dirección de Belén.

—Dale una oportunidad.

—Neva, no quiero...

—Valdrá la pena —la interrumpió la bruja.

Chucho soltó un ladrido y le dio un toque con el hocico en el muslo. Ante su silencio, Neva se marchó dejándola a solas con la niña y el perro.

Belén suspiró.

—Está bien, muéstrame lo que sabes hacer. —Cuando Carmen no se movió del sitio y siguió sin atreverse a mirarla, los vellos de su nuca se pusieron de punta—. ¿Cielo, porqué tienes miedo de usar tus dones?

—Tienes que darme tus tristezas. —Carmen estiró la mano hacia ella.

—Cielo, yo no quiero que sufras por mí.

—No funciona así. Solo dame una de tus tristezas.

Belén contempló impotente la delicada palma. Chucho se había acercado y lo observaba todo con las orejas tiesas, como si tampoco él supiera qué esperar. A pesar de lo que tardó en reaccionar, la niña siguió esperando llena de paciencia a que le diera la mano.

Si solo debía elegir una de sus tristezas, prefería que fuera una que no le hiciera daño a la niña y que además pudiera comprender. La cuestión era cuál.

La manita estaba a apenas una cuarta de ella, pero coger lo que le ofrecía le supuso el mismo esfuerzo que si le hubiera pedido que la golpeará. Rozó las diminutas yemas con las suyas a modo de tentativa y muy lentamente aumentó el contacto hasta que estuvieron cogidas de la mano. Aunque no había querido que la niña sufriera con sus penas, que no ocurriera nada le dejó un sabor amargo. Intentó sonreír para que la chiquilla no se percatara de que no estaba funcionando, pero Carmen estaba demasiado concentrada en algún punto indefinido delante de ella como para que pudiera verlo. De repente, algo se iluminó en una esquina de la habitación. Chucho gruñó como advertencia y se acercó despacio a la cómoda. Belén se puso, alarmada, una mano en el pecho al ver la luz que salía de uno de sus cajones.

Se le escapó un jadeo cuando una diminuta figura de luz anaranjada salió con esfuerzo del cajón. Al mirarla más de cerca, las cejas de Belén se alzaron. Le recordaba tremendamente al hada que aparecía en el libro de Peter Pan y que tantas veces había ojeado en la biblioteca del orfanato. El hada pareció

estar de acuerdo con ella, porque usó la misma postura inclinada y las manos en la cintura para sacarle la lengua, aunque por fortuna, las babas que le saltaron al burlarse de forma tan desvergonzada estaban formadas por diminutos rayos de luz.

Chucho reculó y se quedó mirando de Carmen al hada con la cabeza ladeada, como si tratara de darle algún sentido a lo que veía.

—Campanilla, por favor, ¿puedes cumplirle a Belén su sueño más profundo?

La vocecita ilusionada de Carmen estremeció a Belén. ¿El hada no era producto de los dones de la niña? ¿Campanilla existía de verdad? Sacudió la cabeza. Era imposible. No es que a esas alturas no creyera en las hadas, las había conocido en la otra dimensión después de todo, pero... ¿la famosa Campanilla?

El hada se colocó las manos en la barbilla y tamborileó con sus diminutos dedos sobre sus labios fruncidos. De repente, se giró y les enseñó el trasero.

Carmen tiró a Belén de la mano para que se inclinara hacia ella.

—Tienes que creer en ella, si no no te ayudará —le susurró al oído.

Belén tomó aire con la boca abierta. La carita ilusionada de Carmen le impidió decirle que aquello no podía ser verdad.

—De acuerdo, creo en ella. —Era lo más ridículo que había dicho en su vida, pero ¿a quién le importaba? Le apretó la mano a la niña e hizo todo lo que pudo por creer en hadas de luces salidas de viejos libros.

Campanilla arqueó una ceja, alzó los brazos en rendición y voló hasta el techo. Allí, metió la mano en su saquito de polvos de hadas y, al sacarla de nuevo, sopló convirtiendo el techo oscuro en un enorme cielo del que iban cayendo las estrellas como diminutas brillantinas.

—¡Mira! —gritó Carmen en un susurro extasiado.

—Vaya, eso es precioso —admitió Belén ante la belleza del espectáculo.

El halago pareció gustarle a Campanilla, quien se acercó a su nariz para observarla de cerca. Como una niña pequeña a la que le hubieran concedido el deseo de aparecer en una película de dibujos animados, Belén dejó prácticamente de respirar y esperó a ver lo que iba a ocurrir a continuación. Reculó sobresaltada ante un repentino movimiento de embestida del hada y acabó tropezando con el sillón y caerse de culo sobre él.

Antes de que pudiera reaccionar, el hada volvió a meter la mano en su saquito y una fina capa de polvo de hadas cayó sobre Belén, iluminando su piel con un halo dorado allá donde caía. Como si cobrara vida, los polvos se

fueron reuniendo para dirigirse hacia su barriga, donde se concentraron creando una fina capa cóncava que fue inflándose casi como una burbuja de jabón.

El hada tocó la superficie una, dos, tres, cuatro y cinco veces con sus dedos, y allá donde tocaba comenzaba a latir un diminuto corazón. Belén observó alucinada cómo fue formándose la vida en su barriga artificial; cinco diminutos bebés comenzaron a crecer a un ritmo acelerado ante sus ojos y los de Chucho, que se había quedado petrificado a su lado. Les crecieron piernecitas, deditos... y fueron formándose mientras sus diminutos corazones seguían resonando altos y fuertes en el dormitorio.

A pesar de las ganas que tenía de tocar a las criaturas que iban creciendo en su vientre, fue incapaz de hacerlo por temor a estropear aquella fina capa transparente y dañar a los bebés no natos. Carmen por otro lado no tuvo semejante reparo. En cuanto los bebés comenzaron a estar apretujados y estiraron la fina capa de piel luminosa con sus extremidades, tocó uno de los piececitos y rio. Chucho gimoteó y acercó su hocico, aunque no llegó a tocarla. Belén no pudo evitar poner a prueba el proceso por sí misma. Uno de los bebés, un varón, estiró el talón contra la membrana y Belén lo repasó con un dedo. Inmediatamente, retiró el pie y trató de esconderse detrás de sus hermanos.

Mientras más crecían, más fueron definiéndose sus rasgos físicos y sus rostros, que cada vez más le recordaban a Carmen, Mayca, Julia, Tomás y Pablo, como si los hubieran cogido como molde para crear a los nuevos seres.

La puerta se abrió de golpe y una explosión de luces doradas se llevó consigo el vientre falso y los bebés. La luz se encendió y todo rastro de polvos de hada y Campanilla desaparecieron como si nunca hubieran existido.

—¡Se acabó! ¡Ya es suficiente!

Belén parpadeó al ver a Anabel bajo el umbral con las manos en la cintura y una mirada decidida dirigida a ella. Carmen se escondió detrás del perro, quien parecía tan sobrecogido como Belén a deducir por su falta de reacciones.

—¿Quién demonios te has creído que eres para entrar aquí sin llamar? — siseó Belén, tratando de comprender qué había ocurrido justo antes de que Anabel irrumpiera estropeándolo todo.

Habría dado cualquier cosa por poder volver atrás y haber seguido con aquella experiencia. Se tocó el vientre. Había estado embarazada, ¡se había sentido tan bello y real ver crecer a aquellas criaturas!

Anabel entró y arrugó la nariz.

—Podría decir que soy la reina y que tengo derecho a hacer lo que me dé la gana en las propiedades de mi marido, sin embargo, no estoy aquí por eso, sino porque te aprecio, y no pienso permitirte ni a ti ni a Cael que sigáis jodiendo vuestras vidas de la forma en la que lo estáis haciendo, y... porque es más que notorio que necesitas una ducha después de tres días encerrada aquí. Además, los niños son tu responsabilidad, ya es hora de que vuelvas a hacerte cargo de ellos. ¿O de verdad pretendes dejar su futuro en manos de un consejo de inmortales en el que la persona más joven probablemente supere los doscientos años y le parezca aceptable tener esclavos sexuales?

Eso último consiguió que Belén se levantara de un salto del sillón. Lo hizo tan rápido que tuvo que sujetarse al lomo de Chucho para no caerse del mareo.

—¿No pienso permitir que ningún estúpido chupasangre machista les estropee la infancia a esos pequeños!

Chucho gimió. Anabel lo miró y arqueó una ceja.

—En ese caso, creo que es mejor que empecemos por el baño. Te he conseguido ropa nueva y algunos potingues que sé que te gustarán.

Belén observó a través del espejo del cuarto de baño cómo Anabel preparaba la ropa y las toallas, colgaba un albornoz esponjoso en una percha, llevaba algunos botes a la cabina de ducha y alineaba el resto al lado del lavabo. Había traído desde perfumes y maquillaje a geles de baño con aceites esenciales, leches corporales y hasta laca de uñas.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan endemoniadamente perfecta? —La pregunta le salió sin filtro y sin pensarlo siquiera.

Anabel soltó el último tarro, un *peeling* facial de marca coreana, y alzó las cejas.

—¿Perfecta? ¿Yo?

—No te hagas la tonta. Sabes a lo que me refiero.

—Solo por si acaso, ¿podrías aclarármelo? Es para no tener ningún tipo de malentendido —respondió Anabel con sequedad.

—¿Por qué has venido a por mí? ¿Para qué? Vamos a dejarnos de hipocresías. Yo no te caigo bien. Nunca he hecho nada para caerte bien. Y tú tampoco me caes bien.

—Ah, te refieres a eso. —Anabel apoyó el trasero contra el lavabo como si estuviera aliviada y se estudió las manos.

—Sí, a eso, aunque ahora que lo pienso... —Belén soltó un bufido—. Ni siquiera estás aquí por mí, ¿verdad? Es por Cael por el que estás tratando de hacerme salir de la habitación, ¿no? Él te ha pedido que vengas a consolar a la pobre humana y probablemente a deshacerte de mí.

Anabel la estudió seria. Belén tuvo ganas de gritarle, insultarla, cualquier cosa con tal de que reaccionara de alguna forma o de que le contestara, pero estaba demasiado cansada para hacerlo y, en el fondo, sabía que era inútil. Si nunca antes había conseguido sacarla de sus casillas, tampoco iba a hacerlo ahora.

—Te equivocas. Tienes razón en que me cae bien Cael y que habría venido si me lo hubiera pedido, aunque no es por él por quien estoy aquí.

—No me digas. —Belén soltó una carcajada áspera, a pesar de que no tenía ningunas ganas de reír.

—También llevas razón en que a veces he pensado que Cael había acertado en el apodo que te había puesto cuando te llamaba «arpía».

—Vaya, veo que has aprendido a ser sincera y a decir lo que piensas. —Belén cogió el tarro de *peeling* y fingió que leía las instrucciones.

—Tengo la impresión de que no serviría de mucho si me dedicara a alabarte y a contarte lo maravillosa y cautivadora que eres, ¿no? —se mofó Anabel.

—Corta el rollo y suelta de una vez qué es lo que quieres realmente de mí. —Belén se negó a sentir simpatía por ella. Quería la verdad, no que trataran de manipularla.

La media sonrisa de Anabel desapareció.

—Pues, aunque no te lo creas, estoy aquí por ti, para estar a tu lado del mismo modo que tu estuviste al mío cuando Azrael comenzó a hacerme la vida imposible, y luego, cuando enfermé.

—Que yo recuerde, no fui nada amable contigo cuando pasó lo de ese capullo.

—Shhhh... Recuerda que es el rey. Aunque estemos en esta dimensión, siguen aplicándose las normas de la otra en su presencia. —A pesar de su amonestación, Anabel no parecía ni lo más mínimo preocupada por las consecuencias.

Belén encogió los hombros.

—Que hagan conmigo lo que les dé la gana. De todos modos, lo harán. Solo quisiera que le hubieras dado su merecido a ese capullo engreído en vez de caer en sus brazos como una tonta del bote en cuanto te pidió perdón.

Una sonrisa traviesa se asomó a las facciones de Anabel.

—Créeme, hago que lo recuerde cada día de su vida y pienso seguir haciéndolo durante mucho tiempo.

—Eso espero. Se lo tiene merecido.

—Sí. Y eso es algo de lo que me di cuenta después de tu marcha. No me arrepiento de haberme quedado con él, incluso entendiendo el motivo que me ofreció para el comportamiento que tuvo, ya sabes, todo ese rollo sobre que intentó protegerme en aquella situación, etcétera, etcétera, sé que tú sufrías al presenciar lo que me hizo y que tenías toda la razón al enfadarte conmigo por mi pasividad en aquel momento.

—¿Qué?! ¿Te has vuelto tonta del todo? —Belén abrió los ojos incrédula—. ¿Cómo puedes justificarme?

—Porque sé que no habrías reaccionado así a mi sufrimiento si yo no te hubiera importado.

—Tenía que haberme callado la boca en vez de añadir más problemas a los que ya tenías —admitió Belén—. Hablo demasiado en los momentos menos oportunos.

—Estabas tratando de hacerme reaccionar.

Belén apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Estás tonta.

—De acuerdo. Quizás sea tonta, pero estuviste a mi lado. Te pasaste los días cuidando de mí, protegiéndome y haciéndome compañía, y no voy a sentirme mal conmigo misma porque tú pienses que eso me convierte en tonta. Yo soy yo, y voy a hacer lo que considero que debo hacer —finalizó Anabel dando por zanjado el asunto.

Los ojos de Belén quemaron mientras su corazón parecía encogerse. Se sentía como una mierda. Lo único que quería en aquel instante era que la abrazaran, que Anabel la abrazara y dejara de hablar sandeces, que le permitiera sentir que no estaba sola, o al menos, un poco menos sola.

Como si le hubiera leído la mente, Anabel se acercó a ella y la rodeó con sus brazos.

—Todo saldrá bien, ya verás.

CAPÍTULO 50



A pesar de que era de día, y resultaba prácticamente imposible que pudiera cruzarse con Cael, no consiguió deshacerse del todo de su miedo a encontrarse con él. Era consciente de que no podría evitarlo una vez llegara el ocaso y no estuvo muy segura de cómo sentirse al respecto, aunque la ducha y el rato que había pasado con los niños habían ayudado mucho a que se sintiera mejor. El vacío que sentía en el pecho se mantenía, aunque el dolor se había convertido en añoranza y la necesidad angustiada era soportable.

Tropezó con Neva en el pasillo después de dejar a los niños viendo dibujos animados en el salón. No era tan estúpida como para no adivinar que la niña bruja había estado esperándola, de modo que la acompañó en silencio hasta el exterior, donde se sentaron en un banco ubicado al lado de un pequeño estanque.

Ambas observaron a las personas mayores que se movían por aquel jardín y cómo algunas jugaban a la pelota con varios niños.

—Lo que pasó antes, con Carmen, en el dormitorio... —Belén no estuvo segura de cómo plantearlo, ni cuánto sabía Neva acerca de lo que había ocurrido. Se trataba de algo tan íntimo que solo su necesidad de averiguar más consiguió que se atreviera a sacar el tema.

—¿Sí? —Neva esperó paciente a que ella terminara de encontrar las palabras para formular su pregunta.

—Ocurrió algo extraordinario. No sé cómo interpretarlo. ¿Ocurrió de verdad? Quiero decir, ¿puede tener resultados reales?

—Lo que quieres saber es si con lo que ha pasado puedes tener hijos, ¿no? No la tomaba por sorpresa que Neva supiera lo que había pasado a pesar

de no haber estado en la habitación con ellas.

—Sí, eso es lo que quiero saber.

—Me temo que no. Carmen solo es una niña y no tiene ese tipo de poder. Maneja la energía, la atrae, conserva y la usa de una forma muy creativa.

—Entonces, todo lo que he visto y sentido...

—Es todo producto de su imaginación y lo que ella cree que tú necesitabas.

Belén cerró los ojos y suspiró.

—Debería haberme imaginado que fue demasiado bonito para ser verdad.

—¿Estás segura?

—¿A qué te refieres?

—Valora lo que te ha regalado y reflexiona sobre lo que ha tratado de comunicarte. Es más de lo que otras muchas mujeres recibirán nunca.

—¿Nunca puedes decir nada de forma directa? —masculló Belén al lanzar un chino al estanque, rompiendo la lisura de su superficie.

—¿Si nunca entiendes lo que te dicen de forma directa para qué quieres que te lo diga? —Neva no se inmutó ni en lo más mínimo.

—¡Uffff, eres increíble!

—Gracias, me encanta serlo.

Dividida entre mandarla a freír espárragos o tomar la vía prudente por una vez en su vida, Belén acabó entornando los ojos.

—Me rindo. Tú ganas.

—Eso es lo que te convertirá en una buena madre, pero no dejes que se salgan siempre con la suya o los malcriarás.

—¡Neva!

—Deja de quejarte y piensa. Esa cría te ha dicho todo lo que necesitas saber.

Belén miró boquiabierta la fina capa de hielo que cubría el banco donde Neva había estado sentada hacía apenas una milésima de segundo antes.

¿Todo lo que necesitaba saber? ¿Qué era eso? Había tantas cosas que no acababa de comprender y para las que necesitaba una respuesta...

Cerró los ojos. Se negaba a cargarse con una preocupación más. Lo primero era lo primero, y en este caso era encontrar la forma de evitar encontrarse con Cael y sobrevivir cuerda hasta la hora en la que Anabel le había dicho que se celebraría el comité de urgencias con Azrael. Debía estar presente en aquella reunión para velar por la felicidad y seguridad de los pequeños. Aún no tenía del todo claro que quisiera que se los llevaran a la

otra dimensión, aunque tenía que admitir que si eran criaturas con capacidades especiales aquel podía ser el lugar más idóneo para ellos. Decidiera lo que decidiera, era importante que lo hiciera estando segura de sí misma, y para ello debía encontrarse lo suficientemente bien como para poder enfrentarse a ellos si la situación lo requería.

De momento, solo tenía dos cosas claras: iba a usar la cena con los niños y la tarea de acostarlos como su excusa para evitar toparse con Cael. Luego se tomaría una ducha para recordarse que había cosas para las que no lo necesitaba. Y luego, solo luego, se enfrentaría a la inevitable confrontación con él.

Al abrir los ojos y mirar el cielo, un desagradable cosquilleo le atenazó la boca del estómago. Faltaba poco.



Todos los hombres apartaron incómodos la mirada al llegar a la sala de reuniones. El vello en su nuca se puso de punta. Cael se paró y estudió a cada uno de los hombres que trataban de mantenerse entretenidos, ya fuera limpiándose las uñas o trazando garabatos sobre un trozo de papel.

Uno de los soldados más nerviosos sucumbió bajo su mirada fija y dirigió un rápido vistazo a la pared antes de subir el volumen del televisor con el que estaba repasando las noticias. Cael frunció el ceño y extendió sus sentidos.

No tardó mucho en descubrir el motivo de tanta tensión. El jadeo torturado que le llegó desde el otro lado de la pared, acompañado del goteo de agua de ducha, era tan alto que no pudo comprender cómo no se había percatado antes. Apretó los párpados y los puños en cuanto le llegó otro de aquellos sonidos. Ninguno de los hombres se atrevía a mirarlo cuando volvió a abrir los ojos.

Al oír un ronco «¡Cael!», supo que no necesitaba ir a la otra habitación a comprobar que ella estuviera sola, aunque eso no impidió que quisiera responder a su inconsciente llamamiento o que habría preferido dejarles claro a todos los capullos que estaban allí, presenciando su bochorno, que Belén se encontraba fuera de su alcance.

Únicamente su orgullo y que no hubiera podido acercarse a ella más que en forma de lobo durante los últimos días consiguieron mantenerlo donde estaba.

Cael se acercó con la mandíbula apretada a la mesa. Zadquiel le echó ron

en un vaso y se lo pasó en silencio. Tomó un largo trago y soltó el vaso sobre la mesa para que su hermano se lo volviera a rellenar. Bufó disgustado al ver cómo incrementaba la tensión de los hombres con cada nuevo gemido y jadeo que se oía. ¿Se estaban imaginando a Belén acariciándose los pechos húmedos y deslizando sus dedos entre sus muslos mientras echaba la cabeza atrás? No importaba lo que imaginaran. Ninguno como él sabía la imagen sensual que ofrecía cuando sus labios hinchados se entreabrían inconscientes, o la forma en que sus pechos se volvían más redondos y llenos, cubriéndose de un velo rosado, producto de su excitación. Tampoco ninguno de ellos conocía la facilidad con la que ella se humedecía y el erótico olor, dulce y espaciado que desprendía. Ninguno de ellos lo sabía y, si estaba en sus manos, ninguno de ellos lo descubriría jamás.

Cael gruñó ante el tsunami de imágenes y sensaciones que de repente lo golpeó con fuerza. La habitación se llenó de maldiciones «joder» y «mierda», entre las que se perdió su propia maldición. Casi todos los hombres acabaron inclinándose sobre sí mismos cuando las sensaciones se arraigaron en ellos con cada vez más claridad y viveza. Lo último que Cael hizo antes de ser aspirado por la mente de Belén y ser dominado por sus pensamientos fue ver a cámara lenta cómo el vaso de cristal se rompía entre sus rígidos dedos.

Ella no pudo dejar de desear que los dedos que recorrían sus pezones fueran los de él, de Cael. Por muy sensibles que estuvieran y por muy bien que se sintieran al acariciarlos y pellizcarlos, no se parecía en nada al tacto algo áspero de los fuertes dedos masculinos, ni contenían el mismo nivel de adoración y posesividad.

Todo era diferente cuando él la acariciaba, no se debía solo a su experiencia como amante; era la pasión que le transmitía y su hambre por ella lo que marcaba la diferencia. Dirigió el chorro de la ducha a su entrepierna e intentó imaginarse su lengua al chuparla. Ni de lejos una sensación era comparable a la otra, tuvo que hacer un esfuerzo aún mayor para imaginarse a Cael arrodillado ante ella, abriendo sus pliegues para recorrerla con su lengua, buscando su clítoris para robarle el poco raciocinio que le quedaba.

Apretó los músculos de su vagina al notar cómo el orgasmo se acercaba. Estaba a punto, ¡tan a punto! Sin embargo, no era suficiente. Le faltaba ese punto extra que la haría explotar. ¡Dios, deseaba a Cael! ¡Anhelaba su cuerpo! Se moría por sentirlo dentro de ella, fundiéndose con ella, embistiéndola con fuerza, allí mismo, contra los fríos azulejos de la pared,

mientras el agua caliente llovía sobre sus cuerpos. Se apoyó en los azulejos solo para comprobar cómo se sentía el frío sobre su piel y arqueó la espalda para alzar los pechos hacia el chorro caliente, deseando que fuera su boca la que se encargara de chuparle los pezones.

Lo había hecho otras veces, chupar hambriento de sus pechos mientras la embestía contra una pared o en el suelo, y siempre había pasado lo mismo, sus orgasmos se extendían y extendían convirtiendo un simple éxtasis en un viaje de placer infinito.

Belén se dejó caer por los fríos azulejos hasta el suelo y desenroscó la alcachofa de la manguera de agua. Paseó el fuerte chorro contra sus pechos, trazando sus aureolas, antes de bajar por su estómago.

Incapaz de aguantar el fuerte chorro dirigido directamente sobre su clítoris, usó una mano para cerrar sus pliegues e imaginar que era la erección de Cael la que se abría camino y se frotaba contra ella. Un suave vaivén del chorro de agua hizo el resto. Cerrando los párpados, echó la cabeza hacia atrás. Se dejó poseer por su amante imaginario, ofreciéndose a él, dejándose dominar por su fiera posesividad mientras su ahogado grito de éxtasis inundaba la cabina de ducha.

Para cuando volvió en sí, fue demasiado tarde. Cael estudió la sangre en su mano y el líquido derramado entre cristales rotos sobre la moqueta, mientras iba tomando consciencia de lo que acababa de pasar y de cómo se había corrido en sus pantalones en presencia de su hermano y sus compañeros de armas. Que a los demás les hubiera ocurrido lo mismo, por sus expresiones y el inconfundible olor a semen que inundaba la estancia, no mejoraba las cosas.

Zadquiel carraspeó.

—Creo que será mejor que aplacemos la reunión para dentro de media hora.

En un silencio avergonzado, los hombros fueron abandonando la sala de uno en uno. Zadquiel y él fueron los últimos en quedarse.

—Mierda.

—Es una forma de llamarlo —masculló Cael alargando la mano hacia la botella de ron.

—¿Suele hacerlo a menudo?

—No creo que sea consciente de que lo hace —murmuró Cael—. Y hasta ahora pensé que solo me afectaba a mí cuando pasaba.

—Las paredes del palacio son más gruesas —admitió Zadquiel en un murmullo al marcharse de la habitación.

Cael se levantó tras él. Le sobraba con la humillación que acababa de sufrir con sus hombres como para que alguien más se diera cuenta. Salió al pasillo justo a tiempo de presenciar cómo Zadquiel se cruzaba con Belén murmurando incoherencias sobre incesto y cosas que no estaba preparado para repetir.

Belén parpadeó confusa y observó cómo se marchaba por el pasillo. Cuando se dirigió hacia él, con una toalla envuelta alrededor de su cabello mojado, el enorme albornoz blanco cubriendo su cuerpo desnudo, los ojos aún brillantes y sus mejillas y escote teñidos de las manchas rojizas que delataban los efectos del increíble orgasmo que acababa de tener, Cael apretó la mandíbula, pero cuando además tuvo que enfrentarse al dolor que apareció en los hermosos ojos verdes, fue incapaz de enfrentarse a ella y se giró de forma abrupta para dirigirse en dirección contraria.

CAPÍTULO 51



Belén permaneció sentada en silencio mientras Azrael discutía con sus hermanos cuál sería la mejor solución con respecto a los niños y a su protección.

Aunque le molestaba, no había mucho que pudiera añadir al respecto. No disponía ni de los medios ni los recursos necesarios para darles a los niños un lugar seguro en el que pudieran crecer fuera del peligro que suponía la secta. Y, aunque no pensaba dejarse manipular por los todopoderosos y manipuladores vampiros, sospechaba que tenían razón sobre su casa y que con toda probabilidad tampoco podía regresar allí.

¿Qué iba a hacer? No iba a resultar fácil vender las joyas que aún tenía escondidas, más que nunca necesitaba ese dinero para algo más que para cumplir sus sueños: lo necesitaba para sobrevivir.

Sonrió con debilidad a Anabel cuando esta puso una mano sobre su rodilla. Estaba tan centrada en evitar mirar a Cael, quien no paraba de echarle miradas fijas, que el sobresalto fue mayúsculo cuando la puerta se abrió de un golpe y Gabriel irrumpió con el rostro pálido en la pequeña sala.

Todos se giraron tensos hacia él y Belén sintió la intranquilidad trepando por sus entrañas. Como guarda personal de Anabel durante su estancia en el palacio, se habían cruzado las suficientes veces como para saber que no solía perder la compostura así como así.

—¡Han desaparecido niños!

El corazón de Belén se detuvo.

—Son niños, suelen jugar y esconderse, seguro que aparecerán a la hora de la comida cuando tengan hambre —contestó Azrael con la tranquilidad que lo caracterizaba, aunque su rigidez fue evidente.

Gabriel negó.

—No, han salido a la calle. Hemos comprobado las cámaras. He enviado a varios hombres a seguirlos para traerlos de regreso, pero han ido a la mansión de la secta.

Esa información consiguió que todos se levantaran alterados.

—¿Cuántos? —Azrael parecía ser el único en no inmutarse.

—Tres.

—¡Maldita sea! —Zadquiel dio un golpe en la mesa—. Tenemos que despejar esta casa franca en lo que nos quede de tiempo hasta el amanecer. Si han ido a traicionarnos y los magos vienen a por nosotros estaremos vendidos en cuanto amanezca —masculló entre dientes apretados.

—¿Qué niños son? —preguntó Belén. Un mal presentimiento no le permitió ni siquiera contradecir la ridícula teoría de la traición.

Gabriel la ignoró.

—Preparad el transporte blindado. Saldremos en media hora —ordenó Azrael.

—Los hombres ya están preparándose para dejar la casa sin pistas. Solo falta organizar a los niños.

—Hacedlo entonces —asintió Azrael.

—No podéis sacar a los niños así sin más, están dormidos, se asustarán si vuestros hombres los despiertan en mitad de la noche para meterlos en una furgoneta. —Belén solo podía imaginarse cómo reaccionarían con todo lo que había pasado en los laboratorios hacía apenas unos días.

—Podrán recuperarse luego —intervino Malael—. Su seguridad es lo primero.

—Si se asustan en el mejor de los casos se paralizarán, en el peor, tratarán de huir o de esconderse de vosotros —replicó Belén con una chispa de ira ante su frialdad.

—Tiene razón —intervino también Anabel.

Eso consiguió hacerlo titubear y que intercambiara una mirada con sus hermanos. Azrael asintió con la mandíbula apretada.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos?

Belén trató de pensar y analizar todas las posibilidades.

—¿A dónde los llevaréis esta vez?

—A la casa franca en la que tenemos un portal para pasar a la otra

dimensión.

—¿Los llevaréis a la otra dimensión? —Belén se sintió más intranquila aún. No sabía si eso eran buenas noticias o no. Sería un mundo diferente para los pequeños, pero esa no era la cuestión. ¿Qué haría ella? ¿Estaba dispuesta a regresar allí?

—Es el lugar más seguro para ellos —dijo Cael.

—Decidles que nos vamos de excursión y que pararemos en una pastelería.

—¿Quieres que mintamos? —Malael se cruzó de brazos—. No creo que eso sea una buena solución si queremos que nos crean en el futuro.

Ella entornó los ojos.

—¿Qué trabajo cuesta que os paréis un momento en una pastelería o tienda veinticuatro horas? No creo que vaya a haber muchos clientes a estas horas.

—No tenemos tiempo para entretenernos.

—¿Y no hay soldados que puedan ir adelantándose? Quien dice pastelería también dice gasolinera. Lo importante es que tengan chocolate y golosinas. — Belén y Anabel intercambiaron un asentimiento.

—¿Golosinas? —Azrael la miró como si acabara de perder la cabeza.

—Hazlo —intervino Cael—. Para esos niños son como el oro para los humanos.

—De acuerdo. Ahora poneos en marcha. —El tono de Azrael dejó claro que no estaba dispuesto a hacer ni una concesión más.

Gabriel se volteó para marcharse.

—¡Espera! ¿Quiénes son los niños que se han escapado? —insistió Belén antes de que pudiera irse.

—Gabriel, ¿qué niños se han escapado? —preguntó Cael cuando el guarda fue a cerrar la puerta sin responder.

—La niña licántropa, el niño dragón que siempre va con ella y otra chica más. —Gabriel se negó a mirarla al dar la información.

—¡Oh, Dios! —Belén miró horrorizada a Cael—. Esos son Mayca, Pablo y Carmen. Han regresado a por Julia. ¡Los cogerán! Tenemos que ir a por ellos.

Cael intercambió una mirada sombría con sus hermanos y, por su silencio, Belén adivinó de inmediato que estaban teniendo una de esas conversaciones telepáticas. Cuando Cael dejó caer los hombros, supo que no iba a darle buenas noticias.

—No nos dará tiempo a rescatarlos. Es demasiado arriesgado tan cercano

el amanecer. —Malael fue el encargado de darle las malas noticias.

Belén se dejó caer en la silla más cercana.

—Los torturarán para sacarles información sobre vosotros —murmuró—. Tienen una habitación... una habitación... Esa habitación... —Por más que tratara de hablar, era incapaz de completar la frase. Veía la puerta de madera en su mente, sentía el terror que le provocaba lo que había detrás, pero no podía recordar el motivo, ni por qué había sacado aquel tema.

—Está bien. —Cael le puso una mano sobre el hombro tratando de tranquilizarla—. Yo y un grupo de hombres nos quedaremos en esta dimensión y en cuanto anochezca de nuevo iremos a buscarlos.

—¿Será demasiado tarde para entonces! ¿Por qué no habéis rescatado a Julia antes? ¿Habéis tenido tiempo de sobra!

Cael apretó los labios e inspiró con fuerza.

—Los magos reforzaron los sistemas de seguridad y era imposible sacar a Julia sin un enfrentamiento. Pretendíamos tenderles una trampa para evitar que Julia saliera dañada en la confrontación.

Ella lo miró sintiéndose traicionada. No le había comentado nada de aquello.

—¿Y si les tendéis la trampa ahora?

—No disponemos de tiempo suficiente y es demasiado arriesgado ahora. Yo soy el primero que quiere liberarlos, pero lo más lógico es que nos estén esperando —intervino Malael.

Belén dirigió una mirada desesperada a Anabel, pero esta se limitó a negar con tristeza.

—Lo siento, pero tienen razón. Es mejor poner a salvo a los niños que aún siguen aquí.

Belén observó cómo Anabel abrazaba a su hija de forma protectora. Al girarse hacia el resto de los hombres, todos evitaron mirarla. Dejó caer los hombros y se miró los pies. No había nada que pudiera hacer. No iban a ayudarla.

—Revisa si hay algo que quieras llevarte. Tenemos que irnos —le dijo Cael tocándole la rodilla antes de seguir a los demás.

Ella se quedó a solas, negando con la cabeza mientras se limpiaba una lágrima de la mejilla. No le importaba lo que dijeran los demás, ella no pensaba rendirse.

Resultó fácil pasar desapercibida entre el gentío que se movía alterado de un sitio a otro tratando de organizar el repentino desalojo. Belén consiguió colarse en la dirección del centro sin que nadie se diera cuenta. Con un temblor que la hacía moverse precipitada por el despacho, buscó llaves de algún vehículo que le sirviera para escapar.

—De entre todas las putas mujeres que hay en el mundo, me tenía que tocar precisamente una que no tiene coche —murmuró entre tacos después de haber revisado todos los cajones, el lapicero y todas las llaves colgadas con etiquetas en ganchos ordenados en la pared.

Lo único que había encontrado había sido un móvil sin claves, pero le serviría de poco si no encontraba un coche para largarse.

—¿Qué estás buscando?

Belén casi gritó del susto. Se volteó para enfrentarse a Antonia, que la observaba con el ceño fruncido desde la entrada.

—¿Importa?

—Si quieres que te ayude a encontrarlo, sí.

—Las llaves de un coche.

—¿Para? —Por la forma en la que se mantuvo erguida y con la mirada fija, quedaba claro que Antonia no la ayudaría a menos que contestara.

¿Qué tenía que perder? Ya la había cogido de todos modos.

—Quiero ir a por los niños que se han escapado. Están en peligro.

—¿Y crees que tú sola puedes hacerlo? —Sus cejas arqueadas ponían de manifiesto que lo dudaba y mucho.

—Soy la única dispuesta a intentarlo.

La anciana la contempló durante largo rato antes de alzar el brazo y señalar hacia el alféizar.

—Gloria suele dejar la llave al lado de la maceta.

Al acercarse, Belén podría haberse dado cabezazos contra la pared. ¿Cómo demonios no las había visto antes?

—Gracias.

Belén pasó precipitada a su lado.

—¿A dónde crees que vas?

—¿Al sótano a coger el coche?

Antonia negó con la cabeza.

—Gloria es claustrofóbica y no le gustan los sótanos. Usa los aparcamientos que hay en la entrada a los jardines.

—¡Gracias!

Antonia ladeó la cabeza.

—¿Estás segura de que te he hecho un favor?

Belén se detuvo a estudiarla. Aparte del brillo febril en sus ojos no había nada raro en ella.

—Estoy segura de que se lo ha hecho a los niños.

Belén no esperó una respuesta y en sus prisas casi se tropezó con un vampiro, que la sujetó sin demasiada delicadeza para que no se cayera.

—Tiene que dirigirse hacia los ascensores. Abajo le dirán lo que tiene que hacer —le indicó con frialdad.

Belén esperó a que el vampiro desapareciera por la esquina.

—Todo el mundo sabe que Caperucita tenía problemas para obedecer y seguir el camino, capullo.

Apenas había conseguido atravesar medio jardín cuando Chucho apareció a su lado y trató de retenerla empujándola en dirección contraria.

—Estate quieto. No pienso irme con esos idiotas. Tengo otros planes.

El lobo gimoteó, aunque acabó siguiéndola.

Belén aparcó el coche en zona azul y apagó el motor. Con las dos manos sobre el volante miró el amanecer. Tenía un extraño tono rojizo, casi como de color rojo sangre. Se estremeció. No parecía un buen augurio, pero igual era un simple producto de su imaginación.

El perro metió la cabeza entre los asientos y con un pequeño gemido posó la cabeza sobre su hombro. Belén lo acarició sin dejar de contemplar el amanecer.

—¿Crees que será el último? —le preguntó al animal. El gemido de respuesta fue más fuerte esta vez—. Lo sé, yo tampoco quiero ir —lo consoló —, pero no tengo más remedio. No podría vivir sabiendo que no he hecho nada por esos críos. Tú aún estás a tiempo de largarte. No me enfadaré contigo, lo comprendo. Es peligroso y cada cual debe elegir lo que es mejor para él.

El perro dio un extraño ladrido y le chupó la cara.

—¡Hey! ¡Espero que no hayas estado chupándote otra vez tus partes! —El perro se congeló en el sitio y ella rio divertida, girándose para mirarlo y enfrentarse a su mirada entrecerrada—. Solo era una broma, tonto —le dijo rascándole la cabeza. Soltando un fuerte suspiro, le dedicó un último vistazo al sol que parecía comenzar a coger fuerza—. Es hora de irnos, bonito, y solo

por si ocurriera algo y no pudiera decírtelo: gracias por haber estado a mi lado y no abandonarme —confesó—. Si es a ti a quien hubiera podido escoger como mi *shangrile* o como se llame la versión masculina de eso, te habría escogido sin dudar.

Al pasar por los túneles laberínticos, llenos de telas de arañas, suciedad y cosas que se movían por la oscuridad, Belén estuvo agradecida de que el perro estuviera a su lado. Por mucha luz que arrojara el móvil que había tomado prestado en el despacho del asilo, aquel lugar seguía dándole escalofríos. Chucho tuvo que presentirlo porque iba pegado a ella, dejándola sentir su presencia y tocando de vez en cuando su mano con el hocico.

Seguía costándole trabajo entender cómo Cael se había podido negar a rescatar a los niños. Lo consideraba una traición. Era la misma frialdad que había demostrado al dejarla abandonada a su suerte en la celda. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿No se suponía que era su *shangrile*? Tragó saliva al recordar que ni siquiera había querido cerrar el vínculo con ella.

No le extrañaba que sus hombres no la respetaran y que la ignoraran. ¿Cómo iban a hacerlo si incluso su propia pareja de sangre la había rechazado? Sus ojos escocieron. Se pasó el dorso de la mano por los ojos y parpadeó. No pensaba llorar. No por un hombre que no la quería y que no la merecía.

Pensó en los hermanos de Cael y los soldados. ¿Cuánto se habrían reído de ella durante todo este tiempo por ser tan inconsciente? ¿Y qué ridículo no les habría resultado que ella se creyera casi una princesa? Bufó. En realidad, era menos que una esclava; como tal había estado mejor considerada y, al menos, no le mintió en lo que quería de ella. «Y te pagaba por ello», se recordó. ¿En el palacio se habrían reído igual cuando la consideraron una esclava convertida en puta de lujo? Se sintió humillada y traicionada por todos.

El perro le volvió a tocar la mano con el hocico.

—¿Sabes? Antes de llegar a tu dimensión, yo era una mujer un poco rara, pero normal y corriente, nada fuera de lo común. Desde que Neva me raptó, he sido esclava sexual, puta de lujo y ahora una mujer repudiada e ignorada de la que la gente se ríe a sus espaldas. Si salgo viva de esto, te juro que jamás volveré a pisar esa dichosa dimensión y mataré a cualquiera que venga de allí y se atreva a acercarse a mí.

El animal gimió, recordándole que no podía hablar.

—Excepto a ti. —Se tomó el tiempo de acuclillarse y abrazarlo—. Eres el único que no me ha traicionado y que siempre ha estado a mi lado.

Lo abrazó con fuerza. Luego se levantó y siguió en silencio hasta que llegaron al final del pasillo por el que la había guiado el perro. Se paró e iluminó la pared llena de humedades y manchas.

—¿Y ahora qué? —susurró, consciente de que al otro lado podía haber alguien esperándolos. No había contado con esa parte de su misión—. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Tocar las paredes?, ¿buscar alguna palanca o qué?

El chucho se acercó a la pared, olisqueó y la miró concentrado, como si intentara oír algo al otro lado. Cuando pareció convencido de que no había nadie, se levantó sobre sus patas traseras y empujó la pared. Ella dio un paso atrás, permitiéndole trabajar; se dio cuenta de que, aun cuando lo había considerado grande, a dos patas parecía mucho más gigantesco aún. Debía de ser incluso más grande que Cael o cualquiera de sus soldados.

Salieron con cuidado a otro pasillo y Belén se percató de inmediato que habían regresado al sótano. El perro le señaló que se quedara quieta donde estaba y se adelantó para revisar que las celdas se encontraran vacías.

Ella se abrazó y miró a su alrededor. ¿Cómo era posible que sabiendo que habían entrado y escapado en su última incursión a través de túneles secretos hubiera tan poca vigilancia?

Era todo demasiado raro. Ella hubiera puesto una guardia constante vigilando toda la mansión o se hubiera largado a otro sitio más seguro. ¿Era eso lo que habían hecho los magos? ¿Se habían largado a otro sitio? La embargó la decepción. Si era así, se habría arriesgado por nada. No podría encontrar a los niños allí, puede que ya no pudiera encontrar a los niños en ningún lugar. ¿Cómo iba a averiguar dónde estaban?

Se dio cuenta de que el perro estaba olisqueando el pasillo y que, por su expresión adusta y la forma intranquila en que lo hacía, debía de haber algo irregular en lo que detectaba. Eso la puso sobre alerta y comenzó también a inspeccionar el pasillo desde donde estaba. No veía nada fuera de lugar. Todo estaba tan lúgubre como de costumbre. El olor mohoso sí que le resultaba más desagradable, pero eso podía deberse a que había estado respirando aire fresco y que ya no estaba acostumbrada a aquella peste; era evidente que todavía no habían limpiado a deducir por la basura y los trozos de cables que había tirados por el suelo. Estaba incluso más sucio que antes. ¿Cómo era posible que fuera así si no había nadie? ¿Y por qué usarían cables en un sitio

tan vacío y viejo como aquel? Dudaba mucho que hubieran arreglado la luz.

Recorriendo las paredes con la mirada, descubrió el cable que se encontraba casi a la altura del techo. Estaba tan limpio en comparación con todo lo demás que estaba segura de que era nuevo. Al seguirlo, de repente se quedó congelada.

—¡Chucho! —siseó alarmada—. Es una trampa, hay cám... —No consiguió avisarle a tiempo.

El animal apenas tuvo tiempo de mirarla alarmado. Su espalda recibió un impacto y algo agudo atravesó su piel hasta el músculo. Cayó sobre sus rodillas, viendo cómo el animal se lanzaba hacia ella, pero sobre su oscuro pellejo aparecieron dardos rojos y amarillos y sus movimientos fueron ralentizándose. Todo parecía ocurrir a cámara lenta ante sus ojos hasta que todo se volvió negro y lo único que permaneció fue la sensación de un hocico húmedo en su palma y un gemido lastimero, antes de que también aquello fuera tragado por el vacío.

CAPÍTULO 52



Que apenas pudiera moverse y que las paredes le oprimieran sus cuartos traseros eran un indicio de que se encontraba atrapado, y que no era en la amplia celda del sótano. El lobo entreabrió los párpados con cuidado para estudiar los alrededores. Gruñó para sus adentros al darse cuenta de que estaba retenido en un trasportín de PVC para animales demasiado pequeño para su tamaño.

Le habría bastado ponerse de pie y hacer un poco de fuerza para resquebrajar el frágil plástico, pero se limitó a inspeccionar la amplia sala mientras sus fuerzas se iban recuperando.

Estaban en una construcción extraña, antigua a deducir por el tipo de ladrillos de adobe anaranjado que cubrían las paredes curvas; casi parecía una especie de pozo o más bien de horno por la forma redonda de la enorme habitación, sin ventanas ni aperturas a excepción de una pesada puerta de hierro fundido y una especie de chimenea, también redonda, de unos seis metros de alto. En la apertura superior de la misma se podían vislumbrar las estrellas y desde allí le llegaba el sonido de grillos, una lechuza y otros roedores y animalillos nocturnos, que le revelaban que debían de estar en medio del campo. Suspiró aliviado. Sus captores parecían desconocer su capacidad para levitar, porque si no habrían procurado cerrar la apertura en el techo.

Frunció el ceño al estudiar las dos majestuosas sillas ubicadas sobre un pedestal frente a él, a modo de tronos, y unas argollas en el suelo, justo en el centro de la estancia. Aquello pasó con rapidez a un segundo plano cuando pegó su hocico a la rejilla.

Su corazón se saltó un par de latidos cuando a su izquierda descubrió otro

trasportín, algo más pequeño, con la puerta dirigida hacia él, en el que se encontraba acurrucada una figura femenina con cabellera cobriza. ¡Belén! Soltó el aire con lentitud. Su postura se debía a que estaba dormida y, con toda probabilidad, drogada como lo había estado él, pero sus constantes vitales se mantenían estables.

Intentó tranquilizarse y calculó el tiempo que tardaría en romper su jaula, transformarse, rescatar a Belén de la suya y elevarse por la amplia chimenea para escapar. Habría sido el plan de huida perfecto, suponiendo que los humanos que los rodeaban no llevaran armas. Dudaba mucho que no fuera así. Eran tontos, no estúpidos. Gruñó al descubrir que tenían sus mentes protegidas y que solo a alguno se le escapaba algún que otro pensamiento debido a su estado de ansiedad.

Aguzó los sentidos para determinar cuántos de ellos tenía alrededor y apretó la mandíbula al contar el latido de al menos veinte corazones diferentes, más los que estaban llegando. Tendría que librarse de ellos antes de sacar a Belén de su prisión. No pensaba arriesgarse a que ella pudiera recibir un disparo que pusiera su vida en jaque. Consideró las otras opciones y llegó a la conclusión de que, si esperaba a que los liberaran a ambos de la jaula, tendría más probabilidades de sacarla indemne de allí. Tendría que transformarse con rapidez, coger a Belén en brazos y lanzarse hacia la salida del techo sin perder una milésima de segundo. Con suerte, le daría tiempo de desaparecer antes de que los magos pudieran reaccionar y sacar sus armas para dispararles.

El arraigado olor a rancio, que se combinaba con el humo de las antorchas que habían usado para iluminar el habitáculo, le escocía en la nariz, impidiéndole percibir con claridad el sutil olor metálico que solía acompañar a las armas de fuego; las largas capas negras con las que se habían cubierto los magos tampoco le dejaban entrever los bultos sospechosos que pudieran darle una idea de lo que portaban y de cuántos de ellos eran un peligro real.

Una nueva intranquilidad se añadió a la anterior al estudiar el ambiente con otros ojos. Parecían estar preparándose para un ritual o algún tipo de celebración mágica. Eso explicaba la ansiedad y anticipación que podía detectar en algunos de ellos. Sus garras se hundieron en el plástico del trasportín. Desconocía cuál era, pero no necesitaba ser vidente para adivinar que se trataba de uno de magia negra y quiénes serían las víctimas que usarían para los sacrificios que solían acompañarlos.

Cuando Belén despertó en la diminuta jaula, ocurrió justo lo que el lobo

temía. En cuanto descubrió que se encontraba encerrada y no podía moverse, recorrió las paredes de plástico opaco con jadeos ahogados hasta llegar a la rejilla de la puerta. Sus dedos se agarrotaron alrededor de las finas barrillas. Las empujó tratando de abrir su claustrofóbica prisión, tiró de ellas, zarandeó de forma cada vez más frenética y terminó chillando, llamando la atención de los magos, que comenzaron a reír a su costa y a burlarse de ella.

El lobo permaneció en silencio, agazapado en su propia jaula, con sus garras preparadas para desgarrar los frágiles cuerpos humanos y los labios retraídos, temblando debido a su ansia por despedazarlos. Por el momento, no podía hacer nada sin ponerla en peligro a ella, pero lo haría en cuanto le llegara la oportunidad. Les haría pagar por lo que le estaban haciendo a su *shangrile*. A todos. Ni uno de ellos sobreviviría cuando les pusiera las zarpas encima. No se lo merecían. Lo único que se habían ganado era morir desgarrados uno por uno.

Su mirada se cruzó con los inmensos ojos verdes inundados de terror y pánico, que le lanzaban una llamada de auxilio. El lobo apretó los dientes. Su corazón se contrajo en una dura y deformada masa de nudos.

Belén lo había sorprendido con su valentía durante su semana de cautiverio en la celda. Había aguantado mejor de lo que lo hubieran hecho muchos de sus guerreros, pero parecía que había alcanzado su límite. En su mente resonaron las palabras de Neva sobre la infancia de Belén. Se encogió por dentro. No quería ni imaginarse lo que debía de ser para ella tener que hacer frente a aquellos miedos de nuevo.

Le mantuvo la mirada, forzándose a controlar su respiración, prometiéndole en silencio que la sacaría de allí, que todo saldría bien, deseando que ella lo oyera y le creyera.

Ella puso la palma abierta sobre la rejilla, como si con ello pudiera tocarlo, y siguió contemplándolo con ojos brillantes y lágrimas corriéndole hasta la barbilla y el cuello.

El lobo ansió con todo su ser partir su propia jaula para acercarse a ella. Lo habría hecho sin dudarlo si no hubiera temido por la vida de ella.

«Te juro que lamentarán cada humillación, incomodidad o malestar que te causen, y te juro también que te sacaré de aquí sana y salva. Créeme».

«Te creo, quiero creerte».

El lobo parpadeó al oír la voz femenina en su cabeza.

«¿Belén? ¿Me oyes?».

«Sí».

«¿Cómo?».

«No lo sé». Ella parecía tan confundida como él.

«Debe de ser por el vínculo, aunque no lo llegáramos a consumir, se inició», dedujo el lobo.

«¿Qué vínculo?».

Cuando ella frunció la frente él gimió. ¿Cómo era posible que aun estando en su cabeza ella no comprendiera quién era en realidad? Cuando las arrugas en su frente se acentuaron aún más, decidió explicárselo. Era imposible que ella pudiera leer sus pensamientos y que no captara lo que estaba pasando.

«Belén, escucha...».

No tuvo la oportunidad de terminar. Los presentes en la sala se tensaron y se giraron hacia la entrada, por donde entró un solemne desfile de figuras encapuchadas con túnicas negras.

El lobo se puso rígido al reconocer el olor de una de ellas. Su capa, de un brillante color dorado, contrastaba con la negrura de las demás. La cosa acababa de ponerse mucho más fea de lo que había esperado si su olfato no lo engañaba. Maldijo. Debería haberse arriesgado a escapar a pesar del peligro de las armas. El olor que le llegó del final de la comitiva consiguió que sus músculos se agarrotaran. ¡Maldita sea!

«Oh, Dios... esa es Andrea», el tono de Belén reflejó el horror que sentía. El lobo no necesitó oír sus pensamientos, su rostro lleno de terror lo decía todo. «¡Tienen a los niños! —exclamó ella desesperada—. ¡Tienen a los niños!»., repitió como si temiera que él no se hubiera enterado o que no se hubiera dado cuenta de cómo se arremolinaban Mayca, Julia, Carmen, Pablo y Tomás en un rincón mirando asustados a su alrededor.

«Lo sé —le contestó con todo el control del que fue capaz—. Belén, escúchame... ¡Mírame! —insistió cuando ella fue incapaz de desprender su atención de los chiquillos—. Ahora es muy fundamental que consigas controlar tus emociones y, sobre todo, que no dejes escapar lo que piensas. Andrea no debe acceder a tus pensamientos bajo ningún concepto —le advirtió cuando por fin consiguió que le prestara atención—. Tenemos que reducir nuestra comunicación al mínimo. Si descubre que estamos vinculados, te usará contra mí y no dudará en hacerte daño si adivina que con ello me lo hará a mí».

«¿Ella quiere hacerte daño?», le preguntó como si hasta ese instante no se le hubiera pasado por la cabeza.

El lobo no llegó a responder. Andrea se quitó la capucha y se acercó a ellos con una amplia sonrisa.

—Vaya, vaya, vaya... Mirad a quién tenemos aquí. A la puta del principito yyy... —Andrea se acuclilló ante la jaula del lobo y arqueó una ceja—, al lobito feroz —se burló con tono seductor cuando el mencionado le mostró los colmillos con un gruñido bajo y amenazante.

Tras levantarse y alejarse de su transportín, le hizo una señal a uno de los encapuchados, quien sacó una pistola y apuntó a la cabeza de Belén.

El corazón de Belén pareció salirse de su pecho al observar el oscuro agujero del arma dirigido a ella.

—Sacadla —ordenó Andrea con frialdad. Rodeó el transportín de Chucho, dándole con una fusta aquí y allá sin importarle si les daba a los barrotes o al pobre animal.

Incapaz de controlar su temblor interno, Belén tardó en percatarse de que la figura encapuchada que se había arrodillado frente a la jaula poseía los ojos azules de Irene. Belén quería rogarle que les ayudara, pero de su boca reseca apenas salió un patético graznido.

—Te ayudaré a escapar si me prometes una cosa —murmuró Irene tan bajo que apenas pudo oírla.

El lobo escogió aquel preciso momento para gruñirle a Andrea y chascar los dientes cuando se carcajeó de él.

—Prométeme que te las llevarás contigo —musitó Irene zarandeando nerviosa el candado.

—¿Necesitas ayuda? —Uno de los magos se acercó para comprobar qué ocurría.

—No, no, ya está solucionado. —Irene le sonrió con debilidad abriendo el candado y enseñándoselo.

El hombre asintió, aunque se mantuvo cerca esperando a que acabara.

—Prométemelo —siseó Irene entre dientes.

—No sé de qué me hablas —masculló Belén, aliviada de poder estirarse mientras reptaba con piernas inestables fuera del diminuto transportín.

—De mis hijas.

Belén se congeló al descubrir el dolor y la desesperación en los enormes ojos azules.

—¿Por qué tardáis tanto? ¿Os habéis quedado dormidas? —resopló Andrea estudiándolas desde párpados entrecerrados.

El mago que aguardaba junto a su jaula agarró a Belén sin contemplaciones y tiró de ella. Sus piernas dormidas cedieron bajo su peso, por lo que no le quedó más remedio que sujetarse a él. Un segundo hombre acudió en su ayuda

y entre ambos la arrastraron hasta el centro de la habitación.

Belén echó una ojeada a las niñas que se abrazaban asustadas y a los dos chicos que permanecía con rostros serios a su lado, por primera vez, cayó en la cuenta de por qué Julia y Mayca le habían parecido tan familiares. Tenían la misma nariz y color de ojos que Irene; sus rasgos eran muy similares a la pequeña que había compartido su infancia con ella.

El aborto de Irene, su depresión, sus constantes desapariciones e idas y venidas, su vinculación cada vez más mayor con los dueños de la mansión... Todas las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar. Solo le quedaba una duda: ¿le habían quitado a las niñas o las había entregado ella después de que le comieran el coco en la secta? Al mirar a Irene, se encontró con los ojos de una madre que sufría por sus hijas. «Por favor», le rogó la mujer en silencio, moviendo apenas los labios. Asintió y entonces se dio cuenta de que Irene pensaba sacrificarse para que Belén pudiera salvar a sus hijas.

«Oh, Dios, ¿qué piensan hacernos?».

CAPÍTULO 53



— ¡Sal! —siseó Andrea girándose de nuevo hacia el lobo—. ¿O de verdad esperas que me crea que esa ridícula jaula de plástico puede retenerte?

El lobo no se lo pensó demasiado, se levantó provocando que el trasportín se astillara en pedazos a su alrededor. Sin esperar a sacudirse el denso pelaje, le enseñó los colmillos y gruñó. La sonrisa burlona de Andrea flaqueó por una milésima de segundo.

—¿Eso es todo? —le exigió—. ¡Cambia! No soy tan tonta como para pelear contigo así.

Como si hubiera recibido una señal silenciosa, el encapuchado que apuntaba con su arma a la cabeza de Belén le quitó el seguro, dejando patente que dispararía si no obedecía.

Sin despegar los ojos de Andrea, Cael cambió de forma, aunque vigiló la reacción de Belén a través de un ángulo de su visión. No es que en su caso fuera una transformación demasiado espectacular o dramática, no era un licántropo después de todo, o al menos no uno verdadero, pero le preocupaba su reacción. La respuesta de ella fue aún peor de lo que había esperado.

Con una mano sobre su pecho, Belén jadeó en cuanto comenzó la transformación. Sus constantes vitales se alteraron, revelando su pánico; cuando él se puso de pie, la expresión de horror en sus ojos fue sustituida por una de entendimiento y decepción, hasta que apartó la vista y sus hombros cayeron derrotados.

Impotente, Cael apretó los puños. Era consciente de la humillación y el sentimiento de traición que la inundaba, podía sentirlo.

Andrea alzó las cejas sorprendida al mirar de uno a otro y rio.

—¿Qué? ¿Tu hombre no era lo que te esperabas? —La vampiresa se

acercó a Belén y le alzó la barbilla con un dedo. Cael se tensó. Bastaba que ella estirara su garra para atravesarle el delicado tejido de la papada hasta la lengua y causar un reguero de sangre—. Ahhh... no te imaginas cómo te comprendo, querida —siguió Andrea—. Yo tampoco querría estar prometida a un animal que anda a cuatro patas y va arrastrando la cola detrás de él, pero considéralo desde el punto de vista positivo. —Sonrió bajando su tono de voz—. Es excelente en la cama y conozco a pocos hombres capaces de usar su lengua como lo hace él. Tengo que admitir que me volvía loca. Sigo preguntándome si eran imaginaciones mías el que su lengua creciera durante nuestras noches juntos, nunca llegué a averiguarlo. ¿Tú lo has hecho?

Cuando los ojos verdes de Belén se posaron acusadores sobre él, Cael notó la brecha que se abría entre ellos. Él jamás había sido un santo y nadie había esperado que lo fuera. Tampoco nadie le había avisado jamás que su vida de soltero alguna vez pudiera pasarle factura. Entre los de su especie, todos tenían claro que había un punto de inflexión en su vida y que tan pronto se vincularan con su *shangrile* el pasado dejaba de existir.

Solo había estado una vez con Andrea, al igual que con tantas otras de las mujeres de la corte. Había sido después de una lucha en la que ambos habían estado ansiosos por descargar la adrenalina acumulada. No significó nada para ninguno de ellos. Que ya por aquella época fuera la amante de Azrael no implicaba mucho. Cael estaba al tanto que tampoco para su hermano tenía mayor relevancia y que este era conocedor de los frecuentes escarceos de la pelirroja.

Andrea había sido una entre muchas y eso era algo que ya no tenía solución. Lo que le preocupaba era cómo los problemas parecían ir acumulándose uno sobre el otro y si Belén alguna vez le perdonaría si Andrea seguía revolviendo mierda sin más.

—¿No piensas solventarnos la duda? —demandó la vampiresa, en apariencia divertida—. Por su silencio, tu prometida tampoco parece conocer el secreto sobre tu lengua.

—No soy su prometida —replicó Belén con frialdad alzando la barbilla.

—Ah, ¿no? —Andrea arqueó una ceja de forma teatral—. ¿Y qué hay entonces sobre ese rumor de que eres su *shangrile*, al igual que tus amigas humanas son las de los otros hermanos?

Belén tragó saliva antes de contestar.

—Cael me rechazó a mí y a nuestro vínculo antes de que se consolidara.

—¿Qué? Me estás tomando el pelo, ¿no? —En cuanto comprendió que no

era ninguna broma, la risa de Andrea inundó la estancia, rebotando contra las paredes como un eco—. Es la primera vez que oigo de un vampiro rehusando a su pareja de sangre. Fíjate que ni siquiera el rey, con todo su orgullo, fue capaz de deshacerse de esa débil esclava, ni aun cuando pensó que lo había engañado. Tengo que admitir que me has sorprendido, Cael. —Andrea ladeó la cabeza para estudiarlo bajo sus largas pestañas—. No me esperaba que tuvieras los huevos de enfrentarte al destino después de todo —ronroneó como si aquello lo acabara de convertir en un apetecible postre cubierto de chocolate—. Nunca he estado a favor de la mezcla de sangre. La línea real debería mantenerse pura y solo reproducirse con los especímenes más fuertes e inteligentes de nuestra raza.

Él no contestó a semejante estupidez y tampoco reaccionó a las intenciones que le dejaba entrever a través de su mirada.

—Comprobemos qué tan cierto es toda esa historia de que rechazaste a tu *shangrile* —propuso Andrea ante su falta de respuesta.

Su tono, cargado de un peligroso y oscuro matiz seductor, fue todo un indicio de que el momento para atacar sería ahora o nunca. Cael se abalanzó hacia ella, pero en cuanto sus pies dejaron el suelo, una soga transparente le rodeó los tobillos, haciéndolo caer de bruces. Intentó levitar y deshacerse del amarre, pero mientras más trataba de avanzar o romper las cuerdas, con mayor violencia le apretaban y más se enrollaban y trepaban por sus piernas. Cuando casi llegaron a sus rodillas, decidió parar. De nada le serviría acabar momificado.

Andrea rio al sentarse en uno de los tronos, aunque su diversión no llegó a los ojos.

—¿En serio pensaste que iba a ser tan tonta como para dejarte libre conociendo las ganas que me tienes? —preguntó con una mueca de desprecio.

Cael le enseñó los dientes, pero no hizo el intento de atacarla de nuevo. Habría sido a todas luces inútil hasta que hubiera descubierto cómo deshacerse del hechizo con el que le mantenía atrapadas las piernas.

¿Desde cuándo tenía Andrea capacidades mágicas? ¿O habían sido los magos los que lo habían hecho? No acababa de comprender la forma tan perfecta en la que lograba coordinarse con ellos. No dejaban de ser humanos sin capacidades telepáticas. Había algo extraño en todo aquello. Incluso haciendo memoria, no conseguía recordar a ningún vampiro capaz de manejar a un grupo tan amplio de humanos, como si fueran un ejército entrenado.

Ni siquiera Azrael, su hermano, tenía la capacidad de controlar a tantos

humanos a la vez y, como rey, aquella era una de sus cualidades más destacadas: la capacidad de imponer su voluntad.

Durante la última invasión de los magos a su dimensión, habían sido un grupo numeroso de luchadores novatos, sin coordinación ni, en apariencia, directrices firmes, pero consiguieron hacerles daño. Si hubieran sido un ejército con dominio de la magia, coordinado por una sola mente, con las capacidades estratégicas y los conocimientos militares que poseía Andrea, los resultados habrían sido muy distintos y la lucha muy igualada o incluso a favor de los humanos. La idea de una batalla en semejantes condiciones le formó un nudo en el estómago. Sería una auténtica carnicería si alguna vez se diera. Azrael necesitaba disponer de esa información y Andrea debía ser eliminada como fuera.

El repentino «¡No!» casi histérico de Belén y los chillidos llenos de pánico de los críos, mientras trataban de zafarse con contorsiones y patadas del firme agarre de sus captores, no hicieron más que confirmar su teoría. Andrea le había estado manteniendo la mirada y no había pestañeado, ni antes ni durante el nuevo ataque; se limitó a esbozar una débil sonrisa victoriosa ante su inútil intento de mover un pie, causando que la soga alrededor de su tobillo le cortara la piel.

Echó una ojeada en dirección a los pequeños y se clavó las garras en las palmas al descubrir el brillo del acero contra los cuellos de las vulnerables criaturas. Por las mejillas de Mayca y Carmen corrían lágrimas. En los ojos de Tomás y Pablo quedaba patente el terror que sentían, a pesar de que trataban de disimularlo con valentía; la expresión que más le llegaba al corazón era la de la pequeña Julia, cuyos ojos vacíos y sin esperanza se dirigían resignados al frente, esperando a que el acero le diera descanso a su larga agonía. El odio recorrió sus venas. ¿Qué clase de seres podían causarle semejante daño a una criatura tan indefensa como aquella?

Belén seguía luchando con ahínco para librarse de sus guardianes e ir a por los niños.

«Belén, ¡tranquilízate! Tienes que quedarte quieta».

«¡Les están haciendo daño!».

«Se lo harán de verdad si adivinan cuánto nos importan. Quieren utilizarlos contra nosotros».

Belén dejó de luchar, se limitó a echarles a los chiquillos una ojeada llena de impotencia. Cael le devolvió la atención a Andrea.

—¿Qué es lo que quieres?

—Humillarte hasta tu muerte. —La respuesta llegó sin la más mínima pizca de duda.

Cael no pudo dejar de sorprenderse de la pasión con la que lo soltó.

—¿Tanto me odias?

—¿Odiarte? —Andrea carcajeó—. ¿Por qué habría de perder mis energías en un sentimiento tan poderoso para alguien tan insignificante como tú? Te necesito muerto porque eres el hermano del rey y con ello debilitaré su círculo de protección. —Apoyó la cabeza en el largo respaldo de madera tallada—. Y quiero humillarte, porque es lo que vosotros me hicisteis a mí, anteponiendo a una simple esclava sexual en el trono y encerrándome en aquella pocilga como si yo fuera una delincuente más.

—Sabes de sobra que cometiste traición a la corona. Lo que hiciste se merecía la muerte según nuestras leyes. Azrael te hizo un favor al meterte en el calabozo en vez de ordenar que te decapitaran de inmediato.

—¿Un favor? —resopló Andrea—. ¿Tratas de convencerme de que ahora encima debería estarle agradecida? Quizás tengas razón —coincidió con un repentino cambio de voz que le erizó el vello de la nuca por la cantidad de veneno que contenía—. Tal vez le deba un favor. Adivina cómo pienso pagar mi deuda. Se la devolveré dándole una lección. Le enseñaré que en la guerra jamás se debe tener compasión con el enemigo, ni siquiera si viene disfrazado de mujer. —Sonrió llena de maldad—. Porque, ¿sabes lo que puede ocurrir? —inquirió con un tono tan inundado de falsa dulzura como su sonrisa—. Que puedes acabar encontrando a tu hermano humillado y torturado hasta la muerte por la mujer a la que despreciaste.

—¿Y puedo preguntar cómo pretendes hacerlo? —inquirió él sin tratar de ocultar su sarcasmo.

—¿Yo? Oh, pero si yo no haré nada, mi querido Cael. Lo harás tú solito.

—¿Podríamos dejarnos de juegucitos de una vez e ir al grano? —pidió Cael, quien empezaba a perder la paciencia.

Andrea alzó con parsimonia un brazo y extendió la palma al lado de su cabeza. Un encapuchado le entregó un collar de hierro grabado con extraños símbolos. Lejos de la reverencia con la que había tratado el hombre el objeto, Andrea se limitó a lanzarlo a los pies de Cael.

Con un mal presentimiento, este observó cómo el círculo metálico se balanceaba de forma ruidosa en el suelo antes de caer y quedarse quieto.

—¡Póntelo!

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Por el mismo motivo por el que te desnudarás, te dejarás atizar y humillar ante tu mujer y después te resignarás a entregar tu vida por ella.

Cael no necesitó girarse hacia Belén para comprobar que le acababan de poner una navaja en el cuello. El dulce olor de su sangre le indicó que la habían cortado, aunque no fuera mucho. Usó el poco control que le quedaba para no mirarla ni a ella ni a las criaturas, que seguían sollozando desesperados.

—¿Y habría de hacer eso por qué motivo?

—Lo harás a cambio de que no la mate ni a ella ni a los niños.

—Suponiendo que eso me importara. ¿Por qué habría de creerte? Tu fama nunca estuvo vinculada al honor.

Belén gimió como si le acabara de dar una patada baja. Cael aflojó los dedos para que Andrea no pudiera ver sus puños.

—¿Qué poder hay en el honor? —se burló Andrea, ni en lo más mínimo ofendida—. ¿Acaso se come de él? ¿Te cubre cuando amanece y el sol te quema y consume? No, tienes razón, no tengo necesidad de honor, pero me gusta el placer y qué mayor goce que el que sobrevivan testigos capaces de contarle a tu hermano de primera mano el vergonzoso espectáculo que diste y lo que sufriste para morir.

Cael no tuvo más remedio que preguntarse cuándo, la chica leal y luchadora que había conocido durante su juventud, se había convertido en el odioso demonio que se encontraba frente a él. La simple idea de hacer que una *shangrile* presenciara la muerte de su pareja ya era horrible, que encima la quisiera usar como testigo y mensajera de su humillación contenía tal grado de crueldad y malevolencia, que incluso las razas más malignas se quedaban en pañales en comparación.

—¿Qué respondes? ¿Estás dispuesto a morir por ella? —La expresión victoriosa de Andrea revelaba que ya conocía la respuesta.

Cael dudó. ¿Qué nivel de sufrimiento supondría para Belén tener que pasar por aquel suplicio? Andrea no iba a conformarse con torturarlo sin más, buscaría el máximo dolor y humillación para quebrarlo. Quería a Belén viva y a salvo, sí, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por conseguirlo, pero ¿bastaría su sacrificio? Aunque no hubieran consumido el vínculo por completo, la telepatía que compartían dejaba claro que estaban unidos de alguna extraña forma. ¿Cómo le afectaría a ella presenciar que lo torturaran? ¿Y que lo mataran? Cael inspeccionó la sala y las posiciones de los humanos encapuchados. Si Belén hubiera estado vinculada a él habría sabido la

respuesta: se habría vuelto loca de la agonía. En aquella situación... no había forma de adivinarlo. Podía estar preocupándose por nada, o no.

Intentó poner en pie un plan de ataque y adivinar cómo se desarrollaría la lucha si contraatacaba. ¿Era mejor tratar de luchar y liberarla aun cuando sospechaba de antemano que las probabilidades eran pocas o arriesgarse, entregarse a los caprichos de Andrea, y que Belén quizás consiguiera sobrevivir sana y salva? Todas sus luchas mentales acabaron con el mismo resultado: podía deshacerse de la mitad o algo más de los humanos, pero con la magia y con Andrea allí, al final, hiciera lo que hiciera, acabaría siendo derrotado.

Obligándose a no dejar caer sus hombros, le echó un último vistazo a Belén. ¿Había contado Andrea con que a lo mejor prefiriera matar a su *shangrile* con sus propias manos y ahorrarle el sufrimiento que vendría?

CAPÍTULO 54



Belén abrió horrorizada los ojos. Adivinó la intención de Cael por su expresión incluso antes de que se inclinara a recoger el collar del suelo.

—¡No lo hagas! —La última palabra escapó en un jadeo bajo la presión de la afilada hoja en su yugular.

Un segundo hilo de sangre caliente recorrió su escote hasta secarse sobre su pecho. Cael titubeó apenas un segundo, pero acabó de coger el collar y, enfrentándose a Andrea con la cabeza alta, se lo colocó. Cayó de inmediato de rodillas, con un parpadeo confundido y una repentina palidez que cubrió su rostro sudoroso. Un escalofrío helado recorrió a Belén.

—¿Esperabas que fuera un collar de hierro normal y corriente? —La voz de Andrea sonó incrédula—. Debes de ser el hermano tonto de la familia de Azrael.

Un fino velo sonrosado cubrió la cenicienta tez de Cael, pero lo que a primera vista podría parecer una muestra de su vergüenza, fue desmentido por las gotas de sangre que goteaban de sus puños apretados.

Belén solo podía conjeturar que el collar tenía algún tipo de efecto mágico que le arrebatava la fuerza y que debía de ser mucho más potente de lo que él había anticipado. No podía explicarse ningún otro motivo por el que pareciera sentirse de repente tan vulnerable cuando, apenas unos minutos antes, había parecido tan seguro de sí mismo. La misma idea de ese descubrimiento hacía que sus rodillas temblaran y quisieran ceder bajo su peso. Independientemente de la relación que tenía con él, de alguna forma, durante aquel tiempo había confiado en que la rescataría de aquella situación por muy mal que se pusieran las cosas.

—¡Incorpórate! —le ordenó Andrea.

Cael obedeció con evidente esfuerzo. Le recordaba a un culturista que trataba de levantarse con una barra invisible de pesas macizas: su respiración elaborada, su mueca forzada, el temblor de sus músculos, sus jadeos... Para cuando lo consiguió, diminutas gotas de sudor se mostraban en su frente y sus hombros se mantenían encorvados como si fuera incapaz de enderezarlos.

—Desnúdate.

Cael apretó la mandíbula ante la orden de la vampiresa.

—Ya he cumplido con mi parte del trato —espetó sin aliento—. Si me quieres desnudo, hazlo tú.

Andrea siseó, enseñándole sus colmillos; poco a poco su odiosa mueca se transformó en una desagradable sonrisa. Levantándose, se echó hacia atrás su capa dorada para lucirse en un «no» atuendo, muy similar al del día de la orgía, aunque el trozo de tela que le cubría el monte de Venus esta vez era tan largo que casi llegaba al suelo; se asemejaba a un intento de falda, si se obviaba que sus caderas y el resto de su cuerpo quedaban desnudos a excepción de algunas cadenas doradas y algún que otro adorno metálico diminuto, usado para decorar pero no para tapar.

Se acercó a Cael como una gata en celo, contoneando sus caderas de forma provocativa mientras lo estudiaba bajo sus largas pestañas.

Belén estaba tan pendiente de ellos que jadeó cuando, de improviso, sobre sus muñecas se cerraron dos fríos grilletes metálicos y sus brazos fueron alzados y estirados hasta una posición dolorosa a través de cadenas y argollas sujetas al techo curvado.

«Esos hombres son sus acólitos de sangre. Es capaz de comunicarse con ellos de forma telepática», la advirtió Cael, aunque ella no tenía ni idea de lo que eso significaba.

Para cuando Andrea llegó a su lado, Cael también había sido esposado y encadenado con los brazos en alto, frente a Belén. Y al igual que ella, parecía estar poniéndose de puntillas para amortiguar el daño de los grilletes sobre sus articulaciones y la tensión sobre sus extremidades.

Belén no pudo evitar una sensación amarga en la boca del estómago al presenciar cómo la vampiresa lo rodeó, restregándose contra él cada vez que le ronroneaba algo cerca del oído.

—De modo que querías que fuera yo quien te desnudara, ¿no? —lo provocó al pasar su larga uña por su pecho, rajando su camisa y su piel, cubriendo la tela blanca con manchas de un intenso rojo.

—Estoy seguro de no haber dicho que *quisiera* que me desnudaras — replicó él con sarcasmo.

El puñetazo que le asestó Andrea en el pómulo hizo que Cael cayera lanzado hacia atrás. Lo único que le libró de estamparse contra la pared fue el límite impuesto por las cadenas que lo sujetaban.

Andrea lo agarró por el cabello para mantenerle la cabeza quieta, le sonrió con dulzura y le lamió la sangre que corría por su mejilla.

—Voy a confesarte una cosa, principito, no hay nada que me excite más que poner a alguien en su lugar.

Cael apartó asqueado el rostro.

—¿Y no sería mejor que tú primero ocuparas el tuyo? Creo que en la pocilga del palacio aún guardan tu hueco.

Al reconocer la furia venenosa en los ojos gatunos, Belén se preparó para presenciar el siguiente puñetazo.

«¡Deja de provocarla! ¡Solo vas a conseguir que te mate!».

«Me matará de todos modos. La oíste. Si se desahoga conmigo, quizás os deje tranquilos a ti y a los críos».

«¿Te has vuelto loco? ¡No puedes hacer eso! ¡Y no puedes resignarte a morir! Tenemos que encontrar la forma de escapar».

«Nuestra única forma de salir de aquí con vida es que mis hermanos nos encuentren y, hasta el momento, no he conseguido contactar con ellos, ni siento a ninguno cerca».

Con la esperanza evaporándose ante sus ojos, Belén echó una ojeada desesperada a Irene, quien a su vez no perdía de vista a los niños, que habían sido liberados y se abrazaban asustados en el suelo.

«Irene, mírame, Dios, ¡mírame!».

Ella le había prometido que la ayudaría a escapar a cambio de cuidar de los niños. ¿A qué estaba esperando? ¿O acaso había cambiado de opinión? ¡No les quedaba tiempo!

Como si la hubiera oído, Irene se guardó algo de forma disimulada bajo la capa y se giró hacia ella, negando de forma casi imperceptible, como si quisiera decirle que aún no era el momento oportuno.

Belén se retorció haciendo sonar las cadenas. ¿Cuándo demonios se suponía que iba a ser el momento? ¿Cuando estuvieran muertos?

El sonido de ropa rasgándose devolvió su atención a Cael, quien mantenía la mandíbula apretada mientras la bruja pelirroja le arrancaba la ropa a jirones. Sus miradas se cruzaron.

«Te quiero».

La repentina confesión la cogió por sorpresa, pero Belén pudo sentir la calidez y sinceridad de su voz al viajar a través de su mente. Jamás le había dicho que la quería, jamás había podido sospecharlo. Su propio corazón se calentó ante la idea. ¡Cael la quería! Aunque, con toda la emoción que eso le provocaba, no pudo ignorar la tristeza que se escondía bajo su tono. Tragó saliva y se obligó a controlar el escozor en sus ojos. Tenía que encontrar una forma de liberarlo y salir de allí. ¡Tenía que salvarlo!

«Prométeme que intentarás no mirar cuando lo peor empiece. Me sentiré más tranquilo sabiendo que no serás testigo de lo que me haga».

Belén le mantuvo la mirada.

«No. Estamos juntos en esto. Estaré contigo hasta el final, sea cual sea».

Los ojos de Cael enrojecieron en tanto que su cuerpo se zarandeaba por los tirones de Andrea.

«No es lo que quisiera, pero... gracias».

«Siento haberte metido en este lío. Esto es por mi culpa». Belén se obligó a no apretar los ojos. Se había comportado como una niña caprichosa y estúpida que no reflexionaba antes de actuar y que solo pensaba en salirse con la suya. Aquella era la consecuencia de su idiotez. ¿Y ella había pretendido salvar a los niños sola? Habría reído si su garganta no hubiera estado atenazada por un nudo.

«No. Tenías razón. Teníamos que tratar de salvar a esos críos. Solo la Diosa sabe lo que Andrea tenía preparado para ellos. Si te hubiéramos hecho caso, la que se habría llevado una sorpresa habría sido ella».

Belén les echó un vistazo a los pequeños.

«¿Crees que alguna vez serán capaces de olvidar lo que les están haciendo vivir esta noche, suponiendo que salgan vivos de aquí?».

«Será difícil que lo olviden, pero tú estarás a su lado para protegerlos y hacer que todo esto se convierta solo en un mal recuerdo».

«Yo no sé si...».

Andrea le propinó una patada en pleno estómago y él se inclinó de dolor, dentro del escaso margen que le permitían sus cadenas.

—¡Cael! —gritó Belén sin poder remediarlo. «¡No le permitas entrever que sufres por mí!»), masculló Cael en su mente.

Durante la siguiente media hora, los labios de Belén se hincharon a base de mordérselos, la forzada postura le producía punzadas lacerantes en la espalda y las palmas de sus manos se cubrieron con las señales de sus uñas, a medida que presenciaba cómo cuatro hombres encapuchados se turnaban para

propinarle a Cael una paliza con palos, patadas y puños armados con anillos de metal. Andrea se limitaba a observar el espectáculo con una satisfecha calma desde su trono.

Cuando por fin los hombres se apartaron de Cael y se posicionaron detrás de él con los brazos cruzados, Belén suspiró de alivio. O, al menos, con todo el que fue capaz de sentir al verle sangrando y magullado de los pies a la cabeza.

—¿Qué tal te ha parecido el principio, principito?

—¿Principio, principito? Las rimas y las poesías nunca fueron lo tuyo, ¿verdad, Andrea? Creo que deberías joder menos y leer más —farfulló Cael de una forma casi inteligible.

Al advertir la mueca cargada de odio de la vampiresa, Belén inspiró preparándose para la represalia, aunque el gesto fue de inmediato sustituido por una débil sonrisa.

—¿Tú crees, principito? —Andrea se acercó a él.

Belén dejó de respirar cuando la pelirroja llegó junto a Cael y le tiró del cabello, obligándolo a alzar la cabeza. Habría querido abrazarlo y calmarlo al reparar en su ojo entrecerrado por la hinchazón, una de tantas que estaban deformando su hermoso rostro.

—No lo creo, lo sé —contestó Cael, aunque parecía tener dificultades para hablar con claridad—. Ni siquiera te has enterado de que la única con derecho al título de princesa que existe es la hija de Azrael.

—Quizás tengas prisa por llegar a la siguiente fase —lo retó Andrea provocadora, echándole un vistazo a Belén.

Antes de que pudiera reaccionar o prepararse para la agresión, le fueron arrancadas las ropas. Cael reaccionó zarandeando como un loco sus cadenas y sus gritos enfurecidos retumbaron contra las paredes.

Belén intentó apartarse y defenderse como pudo, pero el firme agarre sobre su garganta la dejó sin aire para luchar y el dolor entre sus omoplatos fue tan intenso que temió que se le fueran a saltar de su sitio.

—¡Dijiste que la dejarías tranquila, maldita bruja! —tronó Cael.

—¿Eso dije? ¿Estás seguro? —preguntó Andrea con un mohín burlón—. Creo que solo te prometí que saldría viva de aquí. Nadie mencionó nada sobre en qué estado.

Cael comenzó a maldecir en un idioma que Belén no entendió, provocando la risa de Andrea. Si la vampiresa no había tenido ninguna consideración a la hora de dejar desnudo a Cael, los hombres que le cortaban la ropa con sus

navajas tuvieron aún menos con ella. El frío metal tocaba su piel con cada corte, haciéndola temer más que acabaran cortándola que el hecho de que estaba quedándose desnuda. Alguien llegó a quitarle incluso las deportivas. Se sintió humillada por su impotencia y desnudez, pero, al mismo tiempo, podía sentir la impotencia y rabia de Cael por no poder protegerla. Por muy extraño que fuera, aquello la hizo sentir mejor.

De nuevo, sus miradas se cruzaron y Belén se agarró mentalmente a esa conexión para alejar sus pensamientos de la realidad y de lo que sospechaba que ocurriría en cuanto acabaran de despojarla de su ropa.

«¿Cael?».

«Estoy aquí, cielo. Estoy aquí contigo».

«Háblame. Llévame a otra parte. No me permitas ser consciente de lo que van a hacerme».

Cael sollozó, pero no dejó de contemplarla.

«¿Alguna vez te he contado que tengo una cabaña en los bosques? Me la regaló mi abuelo siendo pequeño para que pudiera practicar mi don para convertirme en lobo sin meterme en líos. Está cerca de ese pueblecito que tanto te gustaba».

Una lágrima resbaló por la mejilla de Belén cuando comenzaron a manosearla sin consideración, aplastándole los pechos con dureza y forzándola a abrir los muslos para meter sus sucias manos.

«Cuéntame de esa cabaña y de tu infancia», le pidió.

«Haré algo mejor, te llevaré allí, al igual que te llevé a aquella lucha en Roma. ¿Quieres?».

Cael tragó saliva y ella sintió su dolor, que no era más que el reflejo del suyo propio.

—Dime ahora, querido principito, ¿colaborarás para satisfacer mis caprichos? —preguntó de repente Andrea.

—Déjala en paz y haré lo que quieras.

Belén no se sintió mejor porque las asquerosas manos desaparecieron y la dejaron tranquila. No había garantías de que las intenciones de aquel demonio fueran mejores que la prueba que ya les había ofrecido.

Cuando soltaron a Cael de las cadenas, este apenas pudo mantenerse en pie, tambaleándose sobre sus débiles y maltratadas piernas.

—Sobre tus rodillas, arrástrate detrás de mí, a cuatro patas, como el animal que eres —le ordenó Andrea al dirigirse a su trono sin comprobar si le obedecía.

«Por favor, no mires, déjame conservar mi dignidad ante tus ojos», le pidió Cael a Belén.

Las lágrimas cayeron por las mejillas de ella al oír su ruego.

«¿Cómo podría ignorar el sacrificio que haces por mí? —susurró en su mente con todo el amor que sentía por él—. No puedes perder tu dignidad por hacer algo así, más bien al contrario. Hagas lo que hagas serás mi héroe».

Cael no contestó. Hizo lo que le había pedido el demonio pelirrojo. Se arrastró a cuatro patas hasta el trono, donde lo obligó a apoyarse sobre un reposapiés y dirigir su cara magullada hacia Belén mientras se la aplastaba con el pie.

—¿Adivinas lo que haremos ahora, principito? Vamos a celebrar una fiesta. Un evento especial para ti y tu prometida. Después de todo, no todos los días tenemos a un invitado de tan alta alcurnia entre nosotros —se mofó Andrea—. ¿Y sabes qué haremos para celebrarlo? —Uno de sus siervos encapuchados le acercó una fusta y ella no perdió el tiempo en usarla sobre la espalda de Cael—. ¡Contéstame cuando te hable! —chilló fuera de sí, soltándole un par de latigazos más antes de volver a echarse atrás en el sillón.

—No, no lo sé —masculló Cael con esfuerzo.

Otro latigazo dejó tras de sí una larga línea de un rojo amoratado desde la que salían diminutas lágrimas de sangre.

—Eres un príncipe, deberías tener un poco más de educación.

Cuando Cael no respondió, el fornido encapuchado apostado al lado de Belén, le arrancó un chillido ante el corto pero ardiente contacto de una fina vara contra su trasero, que le hizo escocer los ojos por mucho que apretara los labios y se preparara para el siguiente.

—Lo siento, señora —balbuceó Cael como pudo, bajo el yugo del firme pie sobre su cara.

—Esto es lo que haremos. Vamos a jugar y tan pronto tengamos un ganador, si has sido bueno, te dejaré decidir quién de vosotros será el premio, si tú o tu insulsa *shangrile*.

CAPÍTULO 55



Una nueva comitiva llegó a la sala, abarrotando el lugar de tal forma que solo quedó libre un óvalo que comprendía los cinco metros que la separaban del trono de Andrea. Belén cerró los párpados y trató de no dejarse dominar por la vergüenza.

Los encapuchados se pegaban a ella desde atrás con la excusa de la falta de espacio, aunque las manos que comenzaron a deslizarse sobre su piel, le agarraban las nalgas o trataban de buscarse un hueco entre sus muslos revelaban intenciones muy diferentes.

Se sacudió y trató de escapar en vano del repugnante toqueteo. Andrea se limitó a observarla con una ceja alzada desde su trono, pero cuando Belén consiguió sujetarse a las cadenas y dar una patada hacia atrás, en menos de lo que tardó en parpadear y oír el desesperado «¡Cuidado!» de Cael, la vampiresa apareció ante ella y le propinó una bofetada tan violenta que su cuello pareció desencajarse de su sitio y su pómulo comenzó a arder como si estuviera en llamas.

—No olvides tu sitio —siseó Andrea—. Ya has sido esclava sexual antes, se supone que deberías estar al corriente de qué se espera de ti. Y si no lo sabes... —la vampiresa recogió algo del fino hilo caliente que se deslizaba por la mejilla de Belén—, entonces nos encargaremos de enseñártelo antes de que acabe la noche.

Un frío helado recorrió la columna vertebral de Belén al ver cómo la vampiresa se llevaba el dedo a los labios para chupar las gotas rojas que había recolectado. El demonio pelirrojo lo notó y pareció hacerle gracia por la forma burlona en que se alzaron sus labios mostrando parte de sus afilados colmillos.

—Doscientos setenta y uno siempre ha sido una rebelde. Veo que mantiene esa tendencia a pesar de los años que han pasado —intervino un hombre cubierto por una capa de color plateado. El hombre se quitó la capucha y el corazón de Belén se paralizó al enfrentarse a los helados ojos azules que recorrieron su pecho y vientre hasta detenerse sobre su tatuaje—. Aunque he de admitir que ahora, con la edad, se ha vuelto mucho más hermosa.

Belén trató de apartarse de los nauseabundos dedos que trazaron con reverencia la curvatura de sus pechos, pero la cadena que la sujetaba no le otorgaba mucho espacio para maniobrar, ni los cuerpos apretados contra ella desde atrás le permitieron apartarse.

Por si la lascivia que se ocultaba en aquellos fríos ojos no hubiera sido ya de por sí suficiente para que quisiera esconderse en el agujero más oscuro de la tierra, el desagradable tacto húmedo de aquellos dedos, demasiado tiernos para los huesudos que eran, hizo el resto.

—Una lástima que su infertilidad la inutilizara para nuestros fines. Habría sido un placer encargarme personalmente de fecundarla.

Belén intentó concentrarse en la desagradable risa de Andrea en vez de en los dedos que recorrieron el tatuaje, el cual cubría la larga cicatriz ubicada unos centímetros por encima de su monte de Venus.

—Esclava, puta, infértil y encima algún tipo de engendro raro. —Andrea se giró hacia Cael—. ¿Qué le hiciste al destino para que te tuviera tanta manía? No me extraña que la rechazaras. Habría sido degradante presentarla como tu esposa ante la corte. ¿Y dime, querido Diego? ¿Qué clase de patético monstruo es ella? —indagó devolviendo su atención al médico.

—En realidad, nunca lo sabremos. Su perfil indica que un 1,2 por ciento de su genética es diferente a la humana. Para que te puedas hacer una idea, un chimpancé presenta un 1,4 por ciento, por lo que es una diferencia nada despreciable, pero jamás se ha reflejado en su fenotipo, en su físico —explicó el hombre—. Debería haber tenido descendencia para poder comprobarlo. La genética a veces nos juega malas pasadas y se salta una generación para reaparecer en la siguiente.

Andrea alzó una ceja, considerándola con desdén.

—En serio, cada vez comprendo menos cómo un ser tan patético e imperfecto ha podido ser considerada la *shangrile* de un integrante de la estirpe real.

—Ah, pero no te equivoques, querida. La naturaleza nos podría haber dado una sorpresa con un cruce de esas características. ¿Quién sabe qué clase de

poderosa criatura habría nacido?

Andrea soltó un bufido.

—Un engendro. Aunque si es estéril, por suerte es algo que jamás ocurrirá —espetó la mujer con desprecio al dirigirse airada hacia su trono.

—Por cierto, te hemos traído un pequeño presente. —El médico hizo un gesto con la mano sin hacer el intento de despegarse de Belén. Varios magos lanzaron a un hombre ensangrentado a los pies del trono—. Nos lo encontramos merodeando cerca de aquí. Creo que andaba buscándote.

Con el rostro casi tan hinchado y magullado como el de Cael, a Belén le tomó varios segundos discernir que se trataba de un malherido Gabriel.

—¡Quitadlo de mi vista! —siseó Andrea con una repentina palidez y las manos agarrotadas sobre el mango de la silla. Esperó a que arrastraran a Gabriel hasta los críos, dejando un trazo de sangre sobre el oscuro suelo—. Llegaste justo a tiempo, Diego. Estoy impaciente de que empiecen los juegos —dijo Andrea con una voz que temblaba de una forma extraña.

El médico le dedicó un último detenido vistazo a Belén, quien no pudo evitar que su piel se erizase bajo el insolente recorrido, aunque su mueca de asco acabó siendo sustituida por una de dolor en cuanto una nueva punzada recorrió su columna vertebral y se extendió por la parte alta de su espalda.

Los ojos azules se entrecerraron al estudiarla con interés.

—Traedla —instruyó el médico antes de dirigirse al trono vacío.

El corpulento encapuchado que seguía a su lado le quitó los grilletos y la cogió por la melena, arrastrándola sin compasión para cumplir sus órdenes, indiferente a que ella gimiera por el enérgico agarre o a que sus pies se enredaran y la hicieran tropezar una y otra vez.

Al llegar junto al trono, el encapuchado le dio una patada detrás de las rodillas. A Belén se le escapó un grito ahogado cuando sus rótulas chocaron contra el suelo y se raspó contra la dura piedra. Apenas pudo intercambiar una corta mirada con Cael y reconocer su preocupación antes de que Andrea volviera a pisarle sin consideración la magullada cara.

Al descubrir el brillo despótico en los ojos de la bruja pelirroja, Belén apartó con rapidez el rostro y no se resistió a que le encadenaran los brazos a la espalda. Era mil veces mejor hacerse la sumisa a dejar que la usara de excusa para dar salida a su odio contra Cael.

Mantener la vista al frente y encontrarse con el descarado escrutinio al que eran expuestos sus pechos y genitales no la hizo sentir mejor; tampoco lo hacía el que parte de esa atención no deseada recayera sobre el cuerpo desnudo de

Cael.

«No pienses siquiera en ellos, ignóralos».

En el último segundo, Belén consiguió evitar un asentimiento que delatara su comunicación secreta.

«¿Qué pasará ahora?», le preguntó.

«Comenzarán con esos dichosos juegos. Espero que eso nos haga ganar tiempo y que nos dejen tranquilos entretanto».

«¿En qué consisten esos juegos?».

«No lo sé. Por lo poco que se ha escapado de algunas de las mentes más débiles, parece que es una especie de competición de magia negra».

«¡Mierda!».

«Cuidado. Andrea está comenzando a sospechar algo».

Por el rabillo del ojo, Belén presenció cómo Diego tomaba la mano de la vampiresa para acercarla a sus labios, aunque ella parecía estar más pendiente de Gabriel y los niños que en las exageradas galanterías del médico.

Dos encapuchados se posicionaron en el óvalo ante ellos e inclinaron la cabeza en un saludo hacia los dos personajes sentados en el trono. Belén no pudo más que retener la respiración en espera de lo que estuviera a punto de ocurrir. Fuera lo que fuera en lo que consistiera el juego, no podía ser nada bueno si estaba relacionado con la magia negra; el resto de los asistentes debían de pensar lo mismo cuando comenzaron a retirarse, ensanchando el diámetro del óvalo vacío, hasta que acabó siendo un amplio círculo en el que los contrincantes se posicionaron el uno frente al otro.

Por una vez, se alegró de estar situada cerca de Andrea y del médico matasanos, ya que dudaba que nadie se atreviera a dejar escapar ningún tipo de efecto dañino en su dirección. Al menos, no sin consecuencias.

Cuando dos magos situados en el círculo se quitaron las capuchas, se extendió el silencio por la sala. Se habría podido escuchar a una mosca si hubiera tenido el valor de atravesar la tensa multitud. El miedo y la expectación eran tan evidentes como cuando en la pantalla del cine se sospecha que está a punto de aparecer un muerto en el espejo en el que se está maquillando la protagonista.

Si había esperado que los magos fueran a sacar varitas de madera al estilo de Harry Potter y a lanzarse bolas de luces y rayos se había equivocado. Lo que hicieron fue algo mucho peor. Comenzaron a conjurar con tonos graves y

profundos que parecían meterse bajo su piel para recorrer su cuerpo como un viento glacial, al tiempo que sus pulmones se congelaban y parecían tener cada vez más problemas para llenarse de oxígeno.

No entendía la lengua que usaban, ni tampoco por qué daban vueltas en el círculo sin perderse de vista, pero algo debían de estar haciéndose el uno al otro por las muecas en sus rostros y por la forma cada vez más dificultosa en la que se movía uno de ellos. Cuando al fin uno de los oponentes cayó de rodillas y acabó a cuatro patas, jadeando lo que tenía toda la pinta de ser su rendición, la sala se llenó de vítores y aplausos.

«¿Eso ha sido real o solo es una de esas actuaciones que se hacen como en la lucha libre?», preguntó Belén.

«Muy real. Demasiado para mi gusto. ¿No has sentido el conjuro?», le respondió Cael.

Si hubiera podido, Belén se habría frotado los brazos ante el recuerdo.

«Esto no me gusta», confesó cuando los aplausos se acabaron y ante ellos se inclinó la siguiente pareja de combatientes haciendo el saludo ante Andrea y el medicucho.

«¡Dios, va a ganar ese enano anoréxico!», exclamó Belén apenas unos minutos después al presenciar cómo un hombrecillo, que creía recordar de la noche del laboratorio, sonreía de forma maquiavélica, en tanto que su contrincante, con el cuerpo y la altura dignos de un jugador de baloncesto de la NBA, se ponía más y más colorado y balbuceaba las palabras con cada vez mayor ansiedad, como si se le estuviera acabando el tiempo.

«Jamás te fíes de las apariencias —le advirtió Cael—. La expresión *quien ríe el último, ríe mejor* existe por algo».

Como si acabara de soltar una profecía, el jugador de baloncesto profesional profirió un grito de dolor y, contra todo pronóstico, se lanzó hacia el hombrecillo endeblucho; con un movimiento rápido le atrapó la cabeza entre sus enormes manazas y se la giró con tanta brusquedad que se escuchó un espeluznante «crack», que hizo encogerse a todo el que lo oyó. Cuando soltó al hombrecillo, este cayó al suelo con ojos vidriosos que contemplaban la nada.

«Oh, Dios. ¿Está muerto?». Belén tragó saliva.

«Sí».

Ella se quedó impactada e incapaz de reaccionar; sin embargo, la multitud estalló en gritos de victoria.

«¿Estás bien?». Cael sonó intranquilo.

«Sí. No. Creo que sí. Trato de asimilarlo».

«Hay cosas que son difíciles de asumir, cielo».

«¿Por qué aplauden? Ha hecho trampa. Ha empleado la fuerza física en vez de la magia y ha matado a ese pobre desgraciado».

«Los grupos no suelen actuar con la racionalidad de una persona normal. El muerto no era alguien demasiado apreciado por sus compañeros. Parece que solía usar su magia para imponerse y suplir sus carencias físicas con ella. Por otro lado, aquí lo que se admira es el poder, no importa de qué tipo».

Belén trató de encontrar una forma de entenderlo a medida que los siguientes combates fueron desarrollándose. Cael debía de tener razón, ya que en casi todos ellos la batalla de conjuros se combinó con el enfrentamiento físico, aun cuando en ninguno de ellos se repitió de una forma tan categórica.

En la quinta o sexta lucha, Belén se puso rígida al notar que alguien se le acercaba desde atrás. Su cuerpo se tensó, preparándose para defenderse del acoso, pero no tardó en comprender que le estaban abriendo los grilletes con manos temblorosas. ¿Irene? Belén se dejó hacer, rezando porque nadie apartara los ojos de la pelea para fijarse en ella y su libertadora.

Debería haber respirado aliviada cuando los pesados grilletes desaparecieron de sus muñecas, pero no pudo dejar de percibir el cosquilleo nervioso que se extendía por su estómago ante lo que iba a ocurrir a continuación.

«¿Cael? Acaban de liberarme».

«¿Qué? ¿Quién?».

«Creo que Irene y...». Belén inspiró con fuerza cuando en sus manos le apretaron un objeto metálico.

«Belén, ¿qué ocurre?».

«¡Tengo una pistola!».

Por una milésima de segundo pudo sentir el titubeo de Cael.

«¿Sabes usarla?».

«Conozco la teoría y sé que tengo que quitarle el seguro antes de disparar».

«De acuerdo...».

«Pero no sé cómo se le quita el seguro», lo interrumpió, recibiendo un gemido en respuesta.

«Cógela con tu mano derecha como si fueras a disparar. Sin apretar el gatillo repasa con el pulgar el lateral, dependiendo del modelo deberías sentir una pestaña sobresaliente que se deja deslizar, si no lo encuentras en el lateral estará en la parte superior de la pistola, si tampoco hay nada ahí, puede ser

que esté integrado al gatillo y que se desactive de forma automática».

CAPÍTULO 56



A Belén le recorrió una ola de alivio al sentir la pestaña con el dedo pulgar, tal y como le había explicado Cael.

—Prepárate para correr hacia los niños y sacarlos de aquí tan pronto comience el tumulto —musitó Irene al agacharse a su lado como si se le hubiera caído algo y de paso dejarle una capa oscura en el suelo.

—¿Qué? —preguntó Belén confundida, aunque ya fue demasiado tarde, había desaparecido.

«¡Irene va a hacer algo!».

«¿El qué?».

«¡No lo sé!».

«De acuerdo, creo que ya he localizado sus pensamientos. ¡Maldita sea! Piensa demasiado alto. Andrea la oírás si está mínimamente pendiente».

«¿Qué hago?».

«En cuanto empiece la acción, corre hacia la puerta y ciérrala tras de ti. Procura atrancarla si hay posibilidad, luego corre como alma que lleva el diablo y no pares hasta que estés lejos. Si Andrea te persigue, dispárale a la cabeza, ninguna otra cosa la detendrá. Si llegas a la zona de la mansión, pide ayuda; alguno de los nuestros estará allí. Si no es así, mantente en sitios abarrotados de gente. Yo y Gabriel trataremos de entretener a Andrea para darte tiempo».

«¡Pero los niños...!».

«Olvídate de ellos, jamás conseguirías escapar. Llevan años sobreviviendo con la secta. Mis hermanos los rescatarán. Es a ti a la que matarán si te cogen».

«¿Y tú? ¿Qué ocurrirá contigo?».

«Ya oíste a Andrea. Yo ya estoy muerto. Eres tú quien aún puede salvarse».

«¡Oh, Dios! ¡No puedo hacer eso! ¡No puedo dejarte aquí para que te maten!».

«No hay otra salida. Tengo que mantener a Andrea entretenida y no tengo fuerzas para vencerla».

«¿Y si le disparo?».

«Tendrías que acercarte a ella y te detectaría. Conoce tu olor y se alarmaría en cuanto se intensificara».

«Pero... ¿tiene que haber alguna forma!».

«Hagamos lo que hagamos me matarán. Que consigas escapar es la única posibilidad que podría romper sus planes y hacernos ganar tiempo. Si encuentras a mi gente, podrán salvarme».

A pesar de sus palabras, su tono dejaba claro que no creía lo que decía.

«¡Prepárate! Irene va a atacar. Apuntará a la sien del médico y lo cogerá de rehén».

Belén echó un disimulado vistazo a su alrededor. Los asistentes estaban embelesados en cómo uno de los magos estaba haciendo flotar a su contrincante, quien parecía estar ahogándose en el aire, como si estuviera colgado de una soga. Ella alargó con disimulo la mano para coger la capa y se cubrió.

En el instante en el que Irene se situó detrás del trono y apuntó con la pistola a la sien del médico, Cael zafó su cabeza con un rápido giro de debajo del pie de Andrea y le mordió con fiereza el tobillo, a lo que la vampiresa profirió un grito enfurecido que no ocultó el dolor y que llamó la atención de los presentes. Gabriel, por su parte, se incorporó cojeando de mala manera y se lanzó hacia los magos girando sus cabezas enfurecido para dejarlos caer inertes.

Belén aprovechó la confusión para taparse la cabeza y levantarse. Se movió despacio hacia atrás, procurando mezclarse con los magos sin llamar la atención ni dejar caer la pistola a la que se aferraba con una mano sudorosa.

Llegó a vislumbrar la puerta abierta e incluso dio un paso en su dirección. Sintió la tentación de seguir las directrices de Cael para largarse de allí y escapar de aquel horror, pero su conciencia se impuso sobre sus miedos y su egoísmo. Se trataba de Cael y de los niños... y de que sospechaba que abandonarlos a su suerte le pasaría factura como si los hubiera matado ella misma. ¿Iba a ser capaz de volver a ponerse delante de un espejo si los

abandonaba a su suerte?

Se giró para presenciar cómo Andrea trataba de liberarse de la férrea mandíbula de Cael y cómo este resistía sus golpes y patadas aferrándose a ella. En las manos de Irene temblaba la pistola con la que apuntaba a la sien del pálido médico. No era necesario ser vidente para adivinar que no aguantaría mucho. Si querían salir vivos de allí, tenía que deshacerse de Andrea, que de momento representaba el mayor peligro, y luego ayudar a Irene.

La simple idea de asesinar a alguien le revolvió el estómago y le produjo náuseas, pero se negó el lujo de pensar y mucho menos de sentir. Si tenía que elegir entre su vida, la de Cael y la de los niños o la de Andrea, la decisión estaba clara. Más tarde tendría la posibilidad de arrepentirse de lo que había hecho, por ahora, su necesidad acuciante sobrevivir y proteger a los que le importaban quedaba muy por encima de sus reparos y conciencia.

Decidida, empuñó el arma y le quitó el seguro. La escondió entre los pliegues de su capa y se dirigió hacia Andrea. Su oportunidad era ahora o nunca.

«¡Perdóname, no puedo abandonarte!».

«Demasiado tarde».

El tono derrotado de Cael fue apenas una advertencia. Todo se desarrolló tan rápido, que Belén apenas tuvo la oportunidad de comprender qué ocurría. Un grupo de encapuchados se dirigió hacia el podio de los tronos murmurando en voz baja. Gabriel cayó al suelo y fue rodeado por otro grupo de encapuchados. Los chillidos histéricos de Irene, que amenazaba con matar a su líder, no sirvieron de nada. Un mago se acercó a ella desde atrás y le clavó una daga en el costado, Belén apenas pudo evitar el grito al ver la expresión de sorpresa en el rostro de la que había sido su compañera durante casi toda su vida. El sonido del disparo que soltó Irene retumbó contra las paredes como una explosión. La gente gritó y algunos huyeron de la sala, mientras la sangre y lo que parecían diminutos fragmentos del cerebro del médico salpicaron a Andrea, quien, justo en aquel instante, se libró de Cael. El chillido de Irene cuando la vampiresa le cogió la mano con la que sostenía el arma fue tan agónico que Belén casi pudo sentir sus propios huesos quebrándose. Su estómago se encogió al presenciar la muñeca de Irene doblándose en un ángulo antinatural. El arma cayó de sus dedos y Andrea la cogió por el cuello para lanzarla contra la pared.

En un último intento desesperado, Belén alzó el arma y trató de apuntar a

la frente de Andrea. No tenía nada que perder, ¡tenía que intentarlo!, pero tan pronto la alzó, una daga se encontró apretada contra su cuello.

—¡Suelta la pistola!

No esperaron a que obedeciera. Otro encapuchado le arrancó el arma de las manos y le propinó un golpe en el rostro, empujándola contra el que mantenía la daga contra su cuello.

La última esperanza de Belén se esfumó cuando arrastraron a un Cael casi inconsciente al centro de la sala para tenderlo en cruz y encadenarlo con unos grilletes unidos a argollas en el suelo, mientras Andrea se dirigía hacia Irene y volvía a alzarla por el cuello.

Estaban perdidos. Iban a morir allí mismo. Belén intentó tragar saliva, pero su garganta estaba demasiado reseca para hacerlo. Tampoco salieron lágrimas de sus ojos, a pesar de lo que le quemaban.

«¿Cael?».

Deseó que la mirara para poder darle su último adiós.

«¿*Shangrile*?».

«Yo...».

—¿Para quién trabajas?

Belén trató de ignorar la odiosa voz de Andrea y los sollozos de Irene que le llegaban al corazón a pesar de que habían pasado apenas unos días desde que la traicionó y dejó a merced de aquellos inmundos magos.

—¡Para nadie!

«Yo...», Belén trató de acabar lo que tenía que confesarle a Cael, pero le fue imposible al presenciar la violencia de Andrea con la indefensa Irene.

—¿Me estás tomando por tonta?

—¡No! Por favor, por favor... Me está haciendo daño. Yo no le iba a hacer nada. De verdad. Yo no pretendía matar a nadie. Por favor. ¡Ah, ahhhh!

—¿Qué pretendías entonces? —exigió Andrea.

—¡Solo quería salvar a mis hijas! ¡Lo juro!

Belén se estremeció. ¡Irene acababa de llamar la atención sobre las niñas!

Como era de suponer, Andrea giró la cabeza para reparar en los pequeños agazapados en el suelo, abrazándose los unos a los otros.

—¿Tus hijas?

Andrea dejó caer a Irene para acercarse con calma a las niñas y coger las caritas de una en una para inspeccionarlas. Irene se levantó con esfuerzo, sujetándose la mano que le colgaba de forma inerte del brazo, de inmediato la sujetaron haciéndola chillar de dolor. Con lágrimas y muecas de dolor, intentó

escaparse de forma desesperada del agarre de los magos para llegar hasta sus hijas.

—Si se obvian las capas de suciedad, son lindas. Creo que pagarán bien por ellas —reflexionó Andrea en voz alta, volviéndose con una sonrisa cruel en dirección a Irene.

—¿Qué? ¿Quién pagará por ellas? —preguntó Irene horrorizada.

—Al igual que a los humanos, también hay vampiros a los que les gustan las chicas jóvenes... muy jóvenes —se burló Andrea al echar un segundo vistazo a las niñas—. Y suelen pagar muy bien por crías de estas edades, sobre todo, si son gemelas y vírgenes.

—¡No puedes hacerles eso! ¡Oh, Dios! Solo son niñas, no te han hecho nada. Por favor, no lo hagas —sollozó Irene.

Belén quiso rogar junto a ella, aunque sospechaba que dijera lo que dijera a Andrea le daría igual. Era tan fría y cruel que una madre rogando por sus hijas no la afectaba lo más mínimo. Es más, parecía incluso divertirse.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —demandó Andrea con tono interesado, acercándose a Irene.

—El laboratorio. Las siguen necesitando en el laboratorio. Estaban investigándolas. Son únicas. Tienen los genes de una raza muy rara de licántropo.

—Acaba de matar a la persona que llevaba los laboratorios y las investigaciones. ¿No es cierto? Ya no hay investigación que valga, ¿verdad? —interrogó Andrea a uno de los magos que aún mantenía el rostro cubierto.

El mago se limitó a encoger los hombros, señalándole lo poco que le importaba lo que hiciera con la niña.

—Haré lo que quieras. Seré tu sirvienta, tu esclava, tu amante... lo que quieras —siguió rogando Irene entre sollozos.

Andrea la rodeó con un bajo carcajeo.

—Por supuesto que lo harás —afirmó con frialdad—. Lo primero será mirar por última vez a tus hijas, sabiendo que las venderé al mejor postor para que las use cómo le plazca, cuándo le plazca y con quién le plazca. ¿Te haces una idea de lo que eso significa? Y ahora diles adiós, mamá. Es la hora de pagar por tus pecados e ir al infierno —acabó cantando. En apenas un parpadeo, apareció delante de Irene, sacó sus garras y le rajó la garganta tomándose su tiempo, como si disfrutara sentir cómo se abría paso a través de la blanda carne humana y quisiera alargar el momento, en tanto que su víctima, incapaz de apartarse de ella, abría los ojos horrorizados y fue deslizándose al

suelo con un gutural gorjeo.

La escena fue tan esperpéntica que incluso los encapuchados que habían estado reteniendo a Irene la soltaron.

Ante los gritos aterrorizados de las niñas, Belén corrió a su lado para abrazarlas y evitar que vieran a su madre morir de aquella forma tan horrenda. Los bracitos se aferraron desesperados a ella. Su mirada se cruzó por última vez con la de Irene, quien gesticuló un silencioso: «Protégelas, me lo prometiste», antes de caer de rodillas. Los que una vez fueron sus compañeros la arrastraron hasta la pared y la dejaron allí tirada. Irene trató de taparse la herida del cuello en un último intento de detener la hemorragia y agarrarse a la vida. No le sirvió de mucho. Andrea cogió una barra oxidada que estaba apoyada en la pared y la usó para atravesarla.

—Odio dejar los trabajos inacabados —masculló con una mueca, limpiándose las manos manchadas de sangre contra sus muslos descubiertos.

Al girarse, los fríos ojos de la vampiresa pasaron por la sala. Los entrecerró al descubrir a Belén abrazando a las pequeñas, aunque no mencionó nada. Fue hacia Cael, en ese momento, Belén advirtió que cojeaba y que su tobillo derecho tenía un feo desgarró que dejaba una huella sangrienta.

—Te arrancaría tu cabeza de cuajo ahora mismo si no supiera de tu terror a la profecía, pero prefiero que pases tus últimas horas sabiendo que se cumplirá y que morirás consumido poco a poco por el sol —escupió Andrea llena de odio y veneno.

Cael se limitó a apretar los ojos, pero no respondió; ella le dio un fuerte pisotón en el muslo provocando un doloroso aullido. Belén jadeó al darse cuenta de que acababa de partirle el hueso y chilló al presenciar cómo la vampiresa repitió el proceso con la otra pierna.

—Coged a los niños y lleváoslos —ordenó Andrea con una desagradable mueca satisfecha.

—¡No, Belén, no!

—¡Belén!

Las voces de los pequeños eran desesperadas. Belén trató de mantenerse unida a ellos, que se agarraban con gritos y lágrimas a ella, pero los magos no dudaron en usar la fuerza para separarlos. Cuando consiguieron llevárselos, a Belén la tiraron a los pies de Andrea.

—Disfruta de tus últimas horas con tu *shangrile*. Estoy segura de que disfrutarás del espectáculo que te espera con la salida del sol. —Sonrió con los labios desfigurados—. Casi me da envidia que puedas presenciarlo y yo

no, aunque imagino que podré consolarme con la idea de que mañana por la noche podemos venir a por ti y que, si aún sigues viva, podré divertirme a tu costa antes de enviarte al rey.

Andrea se dirigió hacia la puerta, acompañada de los últimos acólitos que quedaban allí. Antes de salir, se giró una última vez.

—¿Sabes? Ahora que lo pienso... Quizás debería haceros la espera un poco más entretenida. —Andrea se dirigió a Gabriel, a quien habían encadenado contra la pared y, quitándole la daga a uno de los magos, se la hundió al vampiro en el estómago y se la retorció. Gabriel le mantuvo la mirada apretando los dientes en un intento vano por retener los gemidos—. En el fondo, tampoco me quitaría el sueño que fueras tú la que muriera. ¿No sería un precioso espectáculo presenciar cómo uno de tus soldados más fieles devora a tu *shangrile*, mi querido Cael? —preguntó de forma teatral al marcharse.

—Reza con todas tus fuerzas para que no sobreviva a esta noche —masculló Gabriel.

Andrea alzó una ceja.

—Si sobrevives, será porque tu sed de sangre será más fuerte que tú. Y serán aquellos a los que has sido tan fiel los que te darán caza por haber matado a los miembros de su familia. Controla tu sed de sangre y estarás muerto. Ríndete a ella y morirás igualmente.

CAPÍTULO 57



Las crueles carcajadas de Andrea se cortaron en seco tan pronto como la pesada puerta de hierro se cerró tras su cohorte de seguidores y el mecanismo de cierre cayó con pesadez en su lugar.

El silencio inundó la estancia.

Paralizada, Belén mantuvo su mirada sobre la puerta. ¿Ya estaba? ¿Eso era todo? Todas aquellas amenazas que había pronunciado aquel demonio de mujer, ¿y ahora se iba así, sin más? Una carcajada incrédula se escapó cuando cayó de rodillas entremezclándose con un sollozo ahogado.

¡Estaban vivos! ¡Andrea se había ido y seguían vivos! Le echó un vistazo desconfiado a Gabriel, que seguía desangrándose. Aunque no le gustara su forma de fijar la vista, sombría, sobre un punto indeterminado delante de él, no parecía un peligro en aquel instante. Recogió una túnica del suelo para tirársela al vampiro.

—Tápate ese agujero.

Gabriel miró la tela negra sin reaccionar. Con un suspiro, se acercó a él, cogió la capa y trató de presionarla contra su herida lo mejor que pudo sujetándola con el cinturón que llevaba. Era una herida fea y no comprendía cómo era capaz de mantener su estoicismo con el dolor que debía de estar sufriendo.

—Gracias.

Ella alzó las cejas sorprendida. Probablemente, era la primera vez que le había hablado sin que alguien se lo hubiera ordenado o que no le quedara más remedio. Belén encogió un hombro.

—¿Esperabas que te dejara morir desangrado por antipático? Ni siquiera yo soy tan mala.

Gabriel apoyó la cabeza contra la pared, su cansancio era evidente.

—Gracias de todos modos.

Ella asintió y se levantó apresurada. Tenían que aligerarse para poder salvar a los niños. Ni siquiera hizo el intento de correr hacia la puerta porque sospechaba que sería inútil tratar de abrirla por su cuenta, prefería que se mantuviera cerrada hasta que Cael se hubiera liberado. En cuanto él los sacara de allí, podían ir en busca de su gente para que les apoyaran en el rescate. Acudió a su lado.

—¡Estamos vivos! —Sabía que era una tontería y que él ya se había percatado, pero necesitaba decirlo en alto para hacerlo más real—. Tenemos que darnos prisa para encontrar a los tuyos. No podemos permitir que les hagan daño a los niños —comentó al inspeccionar sus grilletes, las gruesas cadenas de hierro y los firmes anclajes en el suelo—. No va a ser fácil deshacer esto, imagino que primero tienes que curar tus heridas y tus huesos rotos. Necesitas sangre, ¿verdad? ¿Prefieres mi muñeca o mi cuello?

Esperó expectante a que le contestara. Que Cael evitara mirarla consiguió que un escalofrío recorriera sus venas. Desechó la sombra que asomó a sus pensamientos. Ahora que Andrea se había ido, todo iría bien. Solo tenían que encontrar la forma de salir de allí y con las habilidades de Cael sería pan comido.

—Que sepas que aún no te he perdonado que me hayas engañado con el tema del chucho. De hecho, creo que es algo imperdonable —siguió—. Y desde luego es algo de lo que hablaremos mañana. Ahora, ¿podrías dejar de mirar la pared como si trataras de hacer un agujero? Tenemos que largarnos.

Por fin, Cael reaccionó y volteó la cara hacia ella. Belén trató de no dejarle adivinar cómo le imponían las magulladuras, la sangre reseca que surcaba su rostro o el conocimiento de que tenía los huesos de las piernas rotos. Era un vampiro, sabía que se curaría en cuestión de nada, aunque eso no significaba que a ella no le importara o que le preocupara. También reprimió sus ganas de secarle el sudor de la frente y limpiarle la cara. Lo que acababa de decirle lo había dicho en serio. A pesar del alivio que sentía ahora que Andrea se había ido, su engaño seguía presente. ¡Dios, si hasta la había visto lavándose y haciendo sus necesidades en aquella pocilga de celda! Intentó enseguida borrar esas imágenes de su mente. No era el momento de recordar detalles escabrosos.

El silencio de Cael comenzó a erizarle el vello de la nuca. Frunció las cejas al estudiarlo. Estaba hecho una mierda, eso estaba claro, aunque lo que

la cogió desprevenida fue el miedo que encontró en sus ojos.

—¿A qué estás esperando? Tenemos que irnos.

Cael apretó los párpados con una mueca impotente.

—No puedo.

—Claro que puedes, ya he visto con mis propios ojos cómo se cierran tus heridas. Seguro que dentro de un rato estarás como nuevo.

—No esta vez.

Belén frunció el ceño y comenzó a preocuparse.

—¿Lo dices por las piernas? ¿Los huesos no se curan?

—Lo harían si se alinearan bien.

El estómago de ella se encogió ante la idea de lo que tendría que hacer. Inspiró con fuerza y asintió.

—De acuerdo, ¿qué tengo que hacer? —preguntó arrastrándose a gatas hasta sus piernas.

—Belén, eso no...

—Puedo hacerlo —insistió con firmeza, más para convencerse ella misma que a él.

—Cielo...

—Explícame cómo se hace y deja de perder el tiempo con pamplinas —le ordenó a la vez que se secaba las palmas en la capa y evitaba contemplar el ángulo raro en el que tenía su pierna derecha, así como el enorme bulto sangriento de su pierna izquierda.

La sola idea de tener que manosear sus extremidades y causarle daño ya la hacía sentir como una gelatina por dentro. Si hubiera sido cualquier otra persona habría sido más fácil, pero él no era cualquier otro, era Cael.

—Tendrías que ponerme las piernas rectas devolviendo los huesos a su lugar —contestó Cael cansado.

Armándose de valor, se clavó las uñas en los muslos e inspeccionó sus lesiones. Temía que tocara donde tocara iba a dolerle. Pasó sus dedos con cuidado sobre la zona, apenas rozándolo, aunque la mueca en la que se apretaron sus labios dejó patente que sus sospechas habían sido ciertas.

—¿Podrías ser más específico? —le pidió.

Cael permaneció en silencio, como si estuviera considerándolo antes de hablar:

—Tienes que coger y... ¡aaahhhh!

El torturado grito al cogerlo desprevenido le dolió en el alma. Sujetando su muslo con la rodilla le alineó bien la parte inferior de su pierna y esperó

con lágrimas en los ojos a que se le pasara el dolor que le hacía arquear la espalda incluso cuando ya lo había soltado.

Belén se apartó el sudor de la frente y no esperó. Se colocó al otro lado de Cael y, sin mencionar una palabra más, repitió la operación, rezando para que lo estuviera haciendo bien mientras él trataba de retener sus gritos.

—¿Así? ¿Tengo que hacer algo más para colocarlas bien? ¿Debería buscar unas barras o algo para tratar de inmovilizártelas? —musitó preocupada.

Cael negó con los dientes apretados. Impotente, y sin poder hacer nada más, Belén esperó un largo rato a que el agarrotado cuerpo masculino fuera poco a poco relajándose de nuevo. A ratos le echaba también una ojeada a Gabriel, que seguía apoyado en el muro con los párpados cerrados. Su propio cuerpo le dolía de la tensión que sentía.

—¿Mejor?

Cael asintió.

—Eso ha requerido mucho valor, gracias.

Ella soltó una carcajada seca.

—Eso no ha tenido nada que ver con valor, sino con desesperación. ¿Crees que tardarás mucho en recuperarte? No quiero presionarte, pero preferiría que nos largáramos cuanto antes. Puedes recuperarte una vez que estemos fuera y sin peligro. No me fío de Andrea, es capaz de habernos dado esperanzas solo para regresar de nuevo y reírse de lo ilusos que hemos sido.

—No regresará hasta mañana por la noche.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—Sabe que estoy atrapado aquí y que no podré escaparme.

Las entrañas de Belén se congelaron.

—No es hora de intentar tomarme el pelo. Ambos estamos al tanto de que eres un experto en escapismo y que unos grilletes no van a detenerte.

Cael la contempló con una mezcla de desesperación y pena.

—No esta vez, cielo.

—¡Déjate de gilipollices! No hay ni una sola vez que no te hayas escapado cuando te he atado a algo.

—Nunca usaste unos grilletes de plata, reforzados con titanio y magia.

—¿Qué?!

—Andrea y los magos sabían lo que hacían, cielo. Aunque me hubiesen atado con cuerdas en vez de con grilletes, la plata me ha ido absorbiendo las fuerzas. Ni siquiera podría deshacer unas cintas ahora mismo.

Los pulmones de Belén se quedaron sin oxígeno. Ni siquiera las bocanadas

de aire que intentó tragar ayudaron a contrarrestar la sensación de asfixia.

—¿Y si te transformas? A lo mejor si lo haces y te mueves con la suficiente rapidez puedes deshacerte de los grilletes sin tener que romperlos.

Cael negó.

—Lo tenían previsto. Por eso no se conformaron solo con plata, sino que también usaron magia. No puedo transformarme, ya lo he intentado.

—¡Vale! —Belén se levantó, puso las manos sobre su cabeza y miró a Gabriel, que seguía sin moverse—. ¿Y él? ¿Qué pasa con él?

—Ha perdido demasiada sangre y la poca que le queda está tan envenenada como la mía. Por tu bien, es preferible que no use la poca fuerza que le queda para liberarse.

«¡Oh, Dios!». Ella se situó al otro lado de Cael para tener a Gabriel vigilado. La amenaza de Andrea comenzaba a cobrar cada vez más sentido.

—¿Puedes usar esa comunicación telepática que a veces usáis entre vosotros para contactar con tus hermanos?

Cael negó.

—La magia lo detiene.

—Pero pudiste comunicarte conmigo después de que te pusieran el collar.

Cael encogió los hombros.

—Puede que el vínculo que existe entre tú y yo sea diferente al que comparto con ellos, o quizás estén demasiado lejos, no lo sé.

—¿Y si grito? Dijiste que los tuyos estaban vigilando la mansión, con el oído que tienen deberían ser capaces de oírme.

—No lo hagas. No estamos en la mansión y con el amanecer tan cercano, lo más lógico es que los guardas ya se hayan marchado hace rato. A Gabriel no le consta que nadie más haya encontrado el rastro hasta aquí. Lo único que conseguirías chillando sería alterar a los magos y que tomen represalias contra ti.

—Pues debe haber algo que podamos hacer. No podemos rendirnos con tanta facilidad.

—La única salida que hay es la chimenea. Hay varios ladrillos caídos y huecos. Si rodeas la zona de los tronos, justo detrás está el camino más factible para que puedas alcanzar la cima. Lo he estado estudiando y te guiaré.

—Tienes que estar bromeando, ¡yo no puedo escalar esa pared!

—Puedes y tienes que hacerlo.

—Yo...

—Es la única salida.

Belén alzó la cabeza para mirar el hueco que debía estar a unos seis metros.

—Lo único que conseguiría sería romperme el cuello. No tengo ni la fuerza ni la destreza necesarias para alcanzar la salida.

—Rebusca en las ropas de tu amiga, algo cortante, con lo que puedas cortarme la piel. Si tomas mi sangre tendrás la fuerza que necesitas para escalarlo. Eres humana, a ti no te afectará la plata.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—Lo estoy haciendo. Tienes que tratar de salir de aquí.

—Partirme el cuello no solucionará nada.

—Quedarte aquí esperando a morirte de hambre, a que a Gabriel le domine su sed de sangre o a que ellos regresen a por ti tampoco.

«¡Mierda!». Belén cogió aire.

—¿Y qué pasará contigo? —Ella ignoró la vocecita que le indicaba que de todos modos no iba a haber mucho que ella pudiera hacer para salvarlos—. Creo que es mejor que encontremos una forma de quitarte los dichosos grilletes y que tratemos de salir de aquí juntos.

—Cariño, mírame. —Cael esperó a que sus miradas se encontraran. La suya estaba impregnada de dolor—. Voy a morir. En cuanto amanezca comenzaré a... —Apretó los párpados y sus manos se cerraron en puños—. Me quemaré. Me achicharraré bajo el sol y... —Los ojos le brillaban enrojecidos cuando volvió a abrirlos—. No quiero que estés aquí cuando eso ocurra —terminó con la voz ronca y quebrada.

—Eso no es cierto. ¡No puede ser cierto! ¡Has estado durante estos días conmigo en la celda, al sol, incluso al medio día, y no te has quemado ni una sola vez!

—Piensa, cariño. —Cael hizo una mueca dolorosa—. ¿En qué forma me viste cuando estaba contigo durante el día?

—¿En qué forma? —Belén parpadeó confundida.

—¿Vampiro o lobo?

Belén abrió la boca y la volvió a cerrar. Seguía sin acostumbrarse a la idea de que el chucho, ¡lobo!, con el que había estado durante la última semana había sido él.

—¡Incluso llegamos a hacer el amor durante el día!

—Siempre en lugares cerrados en los que los rayos del sol no pudieran alcanzarme —aclaró Cael con tono amargo.

«¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!». Belén comenzó a tirar de los grilletes que

mantenían las manos de Cael ancladas al frío cemento.

—Tenemos que sacarte de aquí. ¡Vamos a sacarte de aquí! —repitió Belén en voz alta, no muy segura de si estaba tratando de convencerlo a él o a ella misma.

—Cielo...

Ella buscó a su alrededor.

—Necesitamos una piedra, una grande con la que podamos partir las cadenas.

—Cielo...

Belén fue a la pared para comprobar si alguno de los ladrillos que sobresalían podían desprenderse.

—¡Lo tengo! —exclamó trayendo medio ladrillo en la mano.

—Cielo, es inútil.

—¡Deja de decir pamplinas y procura no moverte! No quiero hacerte daño —le advirtió, sujetando la cadena con una mano para golpearla con la piedra.

—Cariño...

—¡Oh, Dios! —sollozó Belén cuando al tercer golpe el ladrillo se partió en trozos demasiado pequeños como para reutilizarlos.

—Belén, ¡para! —ordenó Cael cuando ella corrió de nuevo hacia la pared, buscando desesperada un nuevo ladrillo.

—No voy a quedarme aquí presenciando cómo te achicharras vivo —exclamó, tragándose sus sollozos.

—Entonces no lo hagas. No quiero que lo hagas —le pidió Cael.

—¿Es que no lo comprendes? ¡Necesito hacer algo!

—Entonces ven aquí y abrázame —suplicó él con el tormento y el cansancio imprimiendo su voz.

Belén se giró hacia él. No pudo evitar que algunas lágrimas se resbalaran por su mejilla al verlo allí tendido. El hombre fuerte y dominante que ella conocía ahora se veía más humano y vulnerable que nunca.

—Yo...

—Concédeme ese capricho. Déjame sentirte una vez más, solo una vez más.

Ella acudió a su lado, se tendió junto a él, apoyó la cabeza sobre su hombro y lo abrazó.

—¡Una daga! —Ella se incorporó sobresaltada—. Dijiste que Irene podría tener una. Puedo usarla para abrir los grilletes.

—La hoja se partirá si haces palanca y no es lo suficiente gruesa para

poder girar el cierre tampoco. Créeme, sé de lo que hablo. Son los grilletos que usamos para mantener a raya a los presos más peligrosos en las mazmorras del palacio.

—Pero...

—¡Basta ya! Yo te diré lo que vas a hacer. —Ella se quedó quieta ante su tono tajante—. Abrázame y escucha.

Belén lo rodeó con sus brazos y se amoldó a su cuerpo.

—Necesito pedirte disculpas por todas las cosas que te he hecho. Necesito confesar lo que siento por ti y lo que has significado en el poco tiempo que nos conocemos; después podrás buscar esa daga y entonces tendrás que tomar una de las decisiones más difíciles que has tomado en tu vida.

—¿Cuál? —incluso al preguntarlo, ella sospechaba que no querría oír la respuesta.

—Tendrás que elegir entre usar ese arma y matarme a mí y a Gabriel antes de irte, o marcharte sin más dejándonos atrás.

—¿Qué?!

—Voy a serte sincero. No quiero morir quemándome vivo, prefiero que me mates antes; a Gabriel le ocurre lo mismo.

—No puedes estar hablando en serio, yo... no puedo cometer semejante barbaridad.

Cael inspiró y soltó el aire resignado.

—Entonces tendrás que buscar esa daga, tomar mi sangre e irte cuanto antes. Ya no falta mucho para que amanezca.

Sin saber qué decir, Belén descansó su cabeza sobre su pecho y lo abrazó. Había algo apaciguador en oír el enérgico palpito de su corazón. ¿Cómo de irónico era que ahora, en el peor de los momentos, le resultara tan calmante oír sus latidos?

—Me quedaré aquí contigo.

—¡No!

—No hay nada que puedas hacer al respecto.

—¡Tienes que irte!

—No pienso dejar que mueras aquí solo, como si fueras un animal abandonado. Estaremos juntos hasta que acabe.

Cael abrió la boca, pero ningún sonido salió, como si lo hubiera cogido desprevenido y no supiera qué argumentar. Tragó saliva y la contempló con intensidad, con la voz ronca y los ojos llenos de un ruego silencioso.

—Tenerte aquí conmigo sería mi mayor consuelo ante cualquier otro tipo

de muerte, no así con esta. No solo tendrías que presenciar cómo mi cuerpo se llena de ampollas y ennegrece deformándose hasta deshacerse en cenizas, sino que tampoco sé hasta qué punto seré capaz de controlar la agonía. Solo he visto a un vampiro morir de esa forma y... —Cael sacudió la cabeza—. No quiero que tengas que pasar por lo que yo pasé, ni tampoco que sea así como me recuerdes.

—Me quedaré contigo. No hay nada que discutir al respecto.

—Déjame conservar la poca dignidad que me queda y que muera como un hombre a tus ojos.

Belén escondió su rostro en su hombro y apretó los ojos.

—Te mataré cuando llegué el momento. Solo dime cómo y lo haré.

Cael permaneció largo rato en silencio, antes besarle la frente.

—Gracias.

CAPÍTULO 58



Los únicos ruidos en el pozo eran sus respiraciones, el corazón de Cael bombeando con fuerza y alguna que otra gota de agua que caía en algún sitio. La mayoría de las antorchas ya se habían apagado y las que quedaban comenzaban a flaquear. Hacía ya rato que habían dejado de hablar, tenía claro lo que debía hacer. Cael le había explicado cómo salir de allí y a dónde dirigirse, también el mensaje que debía darle a Azrael para advertirle sobre Andrea y su habilidad para controlar a sus acólitos. Habían obviado la parte en la que tendría que matarlo. Era probable que él pensara que se iría sin hacerlo. Se equivocaba. No dejaría que agonizara con una muerte tan horrenda, aunque el precio fuera su propia alma.

—Cielo...

—¿Sí?

—Es la hora, está amaneciendo. Tienes que buscar la daga e irte.

Sobresaltada, comprendió que Cael tenía razón. A través de la larga chimenea se podía divisar cómo comenzaba a dibujarse la claridad en el cielo, los largos gritos de las lechuzas habían sido sustituidos por los primeros cantos de pajarillos y el rechinar de algún caballo que no debía de andar muy lejos.

«¡Dios, dame fuerzas!».

Sin decir nada, se levantó. Los ojos enrojecidos de Gabriel estaban puestos sobre ella y no se perdían ni uno solo de sus movimientos. Se frotó los brazos intentando deshacerse de la desagradable sensación de que estuviera acechándola y se acercó al cuerpo inerte de Irene, procurando tomar el camino más alejado de él.

La sola idea de tener que registrarla le producía náuseas. ¿Era así como se

sentían los que se dedicaban a expoliar a los soldados caídos en las guerras? Tal vez muchos lo hicieran por cuestiones de supervivencia, aunque otros no tuvieran ni la más mínima conciencia al hacerlo.

—Está muerta, cielo. A ella ya no le afectará.

Belén asintió y se agachó junto al cadáver. Recuerdos de la infancia regresaron a su mente al abrirla la capa. Al girarla, la mano helada y rígida le rozó el muslo. Sin pretenderlo, dio un respingo hacia atrás, cayéndose sobre el trasero. Cael no comentó nada, aunque la observaba atento. Tomando una inspiración profunda, gateó de nuevo hacia Irene y la cacheó procurando evitar cualquier tipo de contacto que no fuera el imprescindible.

Le vació el bolsillo derecho, que parecía haber sido atiborrado de algo grande y blando. Sus ojos se agrandaron al descubrir que era el medio osito de peluche de Julia. Al tocar la tela desgastada, Belén pudo ponerse en la piel de una madre que sabía que aquel deforme retazo de juguete era el único y mayor tesoro de su hija. Cerró los ojos un segundo y apretó el osito a su pecho antes de devolverlo a las manos inertes de Irene, colocando los dedos a su alrededor. Irene tenía derecho a quedárselo. Si alguna vez conseguía salir de allí y rescatar a las niñas, ella se encargaría de que tuvieran ositos, muñecas, ropas y todo lo que les hiciera falta. Si salía de allí... Decidida, Belén palpó el bolsillo trasero de Irene.

«¡Oh, Dios!».

—¿Qué ocurre? —Cael alzó la cabeza, alarmado.

«Dios, por favor, por favor... deja que sea...». Belén sacó con manos temblorosas el objeto rectangular del bolsillo.

—¡Un móvil! ¡Llevaba un móvil!

Tenía que haber pensado antes en ello. ¿Qué persona normal no llevaba hoy en día un móvil? Dio gracias porque tampoco Andrea, ni ninguno de los otros, hubiera caído en ello.

—¿Funciona? —La voz de Cael estaba teñida de ansiedad.

Abrió la funda protectora y suspiró aliviada cuando comprobó que no requería un código pin de acceso. Era algo típico en Irene. Consideraba su tiempo demasiado valioso como para desperdiciarlo jugando con el móvil.

—Solo queda un siete por ciento de batería. Suficiente para una llamada, a lo sumo para dos.

—De acuerdo, llama a...

—Llamaré a Laura, ella sabrá lo que hacer.

—No creo que Laura sea la mejor opción. Mis hombres...

—Tus hombres son vampiros y está amaneciendo. Créeme, he visto a Laura en plena acción el día que escapamos de tu dimensión. No sé lo que es, pero esa mujer está entrenada para luchar y sabrá cómo rescatarnos.

—De acuerdo, pero dale el teléfono de mi gente para que contacte con ellos. Nos conviene ir a por lo seguro.

—Vale —concedió Belén cuando marcó los números que Laura le había obligado a aprenderse de memoria por si alguna vez se encontraba en apuros.

—Sí, ¿dígame?

—¿Laura?!

—¿Belén?

—¡Oh, Dios, Laura!

—Belén, ¿qué ocurre?

—Tienes que ayudarnos. Nos han cogido a Cael y a mí y nos han encerrado en una especie de pozo profundo. ¡Necesitamos salir de aquí! Cael morirá si le da el sol.

—¿Dónde estáis?

A Belén se le cayó el alma al suelo.

—No lo sé. Seguía en mi ciudad cuando me cogieron, pero me drogaron. No deberíamos estar muy lejos de la mansión de la que te hablé. Es imposible saber dónde estamos exactamente. No hay ventanas, ni se nada del exterior. ¡Laura! ¡Tienes que encontrarnos!

—Tranquilízate. Sigue contándome cualquier cosa que se te ocurra sobre vuestra situación. —Belén oyó las órdenes que dio al fondo—. ¡Carlos, necesito ayuda! Localiza la llamada. Sigue hablándome, Belén —le ordenó Laura.

—Más que un pozo parece un horno gigantesco con una chimenea. El espacio abajo es enorme, pero en el techo se abre una larguísima chimenea de ladrillos viejos que se estrecha a medida que sube.

—¡Pásamela!

Ella corrió junto a Cael.

—Cael quiere hablar contigo —le explicó a Laura antes de ponerle el móvil junto a la oreja.

—Laura, apunta el número que te voy a dar y ponte en contacto con Miguel. Él sabrá lo que hacer. Tienen recursos para localizarme.

—Listo. —A pesar de que la voz de Laura ahora sonaba apagada, Belén podía seguir escuchándola.

—Cinco, cero, nueve, cuatro, cuatro, equis, noventa y nueve, zeta, eme.

—Ese número es...

—Sí, tenemos nuestro propio sistema de comunicación cifrado.

—De acuerdo, creo que os hemos localizado, calculo que tardaremos de dos a tres horas en llegar allí.

Belén jadeó al oírlo.

—No podéis tardar tanto. ¡Cael morirá!

—Haremos lo que podamos. Busca lo que sea y tápalo del sol.

—¡Laura!

—Tienes que tranqui...

Silencio. Belén miro horrorizada la pantalla negra del móvil y pulsó frenética los botones de encendido. Su corazón dio un respingo esperanzado cuando la pantalla se iluminó, aunque apenas tardó unas milésimas de segundo en apagarse otra vez. Dejó caer sus hombros y tiró el móvil al suelo.

—Se ha acabado la batería. ¿Cómo ha podido acabarse tan rápido? ¡Apenas hemos hablado unos minutos!

—Nos han localizado, harán lo que puedan —intentó tranquilizarla Cael, aunque su media sonrisa y el tono sonrojado de su piel le indicó que las cosas no iban bien.

Belén parpadeó al advertir la tenue claridad que había comenzado a inundar el pozo.

—¡Ha amanecido!

Comprobó que al contrario que Cael, que se encontraba justo debajo de la apertura de la chimenea, Gabriel aún seguía algo protegido por las sombras.

—Ya no tiene remedio. Lo principal es que saben dónde encontrarte y que podrán rescatarte antes de que Andrea regrese.

Sin pensárselo, ella se quitó la capa y lo cubrió tapándole el rostro

—¿Qué haces?

—Laura, tenía razón. Tenemos que taparte y protegerte del sol. Si es cierto lo que dice, entonces llegarán antes del mediodía, con lo que el sol no debería alcanzarte de forma directa y quizás consigamos sacarte vivo de aquí.

Él no contestó. Frotándose los brazos, Belén ignoró a Gabriel, tratando de no pensar que estaba desnuda ante él, y buscó a su alrededor. Recogió los jirones de la ropa que les habían arrancado al inicio de la noche y los usó para vendarle la piel desnuda a Cael.

Se acercó a Irene y le quitó la capa. Al tocarla para desvestirla, parecía como si el frío del cadáver se extendiera hasta ella, congelándola por dentro y contaminándola con la muerte.

Encontró la daga y unos caramelos y, aunque los guardó, no tuvo el estómago suficiente para comérselos. Usó la daga para cortar los pliegues de la camiseta y así rajarla con las manos. Los pantalones, tuvo que bajárselos como pudo. Apenas había conseguido pasárselos por las caderas cuando algo se movió a un par de metros de ella.

¡Ratas!

Se levantó de un salto y corrió al lado de Cael sin perder de vista las sombras por las que había visto deslizarse al repugnante monstruo.

—No te harán nada, cielo, siempre que no se te ocurra arrinconarlas — intervino Cael con tono apaciguador.

Ella bufó. Si hubiera visto el tamaño de esa bestia peluda no hablaría igual. No dijo nada. Estaba harta de ratas, ratones y cucarachas para el resto de sus días. Inspiró un par de veces soltando el aire con lentitud y trató de ralentizar su ritmo cardiaco. Echó una carrera para recoger la camiseta rota y la capa para regresar de inmediato junto a Cael y lo cubrió con lo que tenía antes de seguir.

Procuró taponarle la cabeza, el tronco y los brazos con la segunda capa. Su objetivo principal era proteger, ante todo, los órganos vitales; se cuidó mucho de no dejar espacios libres entre el suelo y su cuerpo por donde pudiera alcanzarle la luz. Los jirones de la camiseta los usó para vendarle los tobillos, atándolos con un nudo alrededor de su pie para luego ponerle sus calcetines.

—¿Mejor así? —le preguntó con voz temblorosa.

—¿Queda algo para reforzar la cara? La luz que traspasa me daña los ojos

Echando un vistazo desconfiado a la zona oscura en la que se encontraba Irene, hizo de tripas corazón y regresó hasta el cadáver para terminar de quitarle los pantalones. A pesar de la prisa por regresar al lado de Cael, lo hizo con cuidado, tratando de no darle demasiados tirones. Aunque estuviera muerta, se resistía a tratarla como un simple cuerpo desechado. Incluso los muertos se merecían un respeto. Respiró aliviada cuando al fin consiguió quitárselos. Dejó el osito de trapo de nuevo en su mano inerte y se apartó apresurada de ella.

Dobló las perneras del pantalón de tal forma que le cubrieran el rostro, barbilla y cuello a Cael. Para cuando terminó, estaba momificado. Aunque lo había pospuesto todo lo que podía, se acercó al trono en el que yacía el matasanos que le había jodido toda su infancia. Su estómago se retorció con arcadas al ver los restos de cerebro esparcidos por su capa; el esfuerzo por quitársela fue supremo y no supo si alegrarse o decepcionarse de que no

llevara más ropa debajo.

—Cael, ¿sabes si es seguro acercarse a Gabriel?

Gabriel alzó sorprendido la cabeza.

—Sigo en el dominio de mis facultades, por ahora. —Su expresión adusta no cambió al decirlo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Belén con sequedad.

—No te hará daño, cielo.

Por si acaso se equivocara, ella se acercó a Gabriel despacio, sin perderlo de vista. A pesar de que las pupilas del hombre se dilataron y que las aletas de su nariz delataron que estaba oliéndola, no movió ni un solo músculo mientras ella lo tapaba también a él con la capa.

—Avísame si notas que se te cuele la luz por algún sitio.

—De momento estoy bien, gracias —respondió Gabriel.

Belén regresó junto a Cael y se acurrucó a su lado para contrarrestar algo del frío mañanero que le ponía la piel de gallina. Le habría gustado meterse bajo las capas con él, pero era demasiado arriesgado.

—¿Belén?

—¿Sí?

—Gracias por intentarlo.

Ella apoyó la cabeza sobre su pecho. Le había puesto tanta ropa encima que su voz sonaba apagada.

—En realidad, no lo he hecho por ti. —Cael no contestó. Belén trató de inflarse de valor para sincerarse—. Lo he hecho por mí, porque te necesito, porque no imagino mis días sin poder mandarte a la mierda y sin exigirte que me hagas gritar de placer para compensar lo que sea que hayas hecho para irritarme. Te quiero vivo para poder hacerte la vida imposible.

Cael gruñó.

—Debería decirte que no estás bien de la azotea, pero entonces yo tampoco lo estaría.

«¿Te puedes creer que se me acaba de poner dura?», Cael pasó a su vínculo telepático.

—¿El qué?

«Lo sabes de sobra».

—¡Venga ya!

Belén no tuvo más remedio que reír. Alargó una mano para comprobar si era verdad o le estaba tomando el pelo. Cael gimió cuando deslizó la mano por su erección que, aunque no tanto como en condiciones normales, era cierto

que había reaccionado.

—No tengo que avisarte de que te haré pagar por este mal rato, ¿verdad?

—Ella apretó los dedos con suavidad alrededor de su miembro para darle a entender en qué moneda pensaba cobrarse los intereses.

—Si salimos de esta, puedes estar segura de que con gusto te pagaré lo que me pidas.

Belén lo soltó y se estrechó más contra él.

—¿Cael?

—¿Sí?

«Te quiero».

Ella esperó sin respirar su respuesta, una para la que Cael se tomó su tiempo.

«Eres la mujer más importante de mi vida. Imagino que podría limitarme a confesarte que te quiero, pero eso no expresaría ni de lejos lo que siento por ti. Formas parte de mí, corres por mis venas al igual que lo hace mi vida. Admito que me dejaste conmocionado el día que saliste rodando de la alfombra vestida como una esclava, y también que luché contra lo que me hacías sentir en contra de mi voluntad y todo buen juicio. Pero doy gracias a la Diosa por haberte puesto en mi camino. De lo único de lo que me arrepentiría si me llegara la hora es de no poder estar a tu lado para protegerte y demostrarte que es verdad lo que te estoy diciendo».

Lágrimas silenciosas rodaron por las mejillas de Belén. Le traía sin cuidado si era un dios o una diosa la que interviniera, solo rogaba para que algo o alguien hiciera lo que fuera para rescatarlos a ambos vivos de allí.

Belén observó preocupada cómo los rayos de luz avanzaban a través de las sombras acercándose a donde se encontraban. ¿Dónde estaba Laura? Ya debían de ser más de las once, el sol estaba cada vez más alto y pronto caería de forma directa sobre ellos. Cael se movía incómodo a su lado. Hacía rato que había dejado de hablar y las pocas veces que le había preguntado algo había respondido entre dientes. No se quejaba, pero ella era consciente de que estaba sufriendo. Imaginaba que, aunque estuviera tapado y la luz no consiguiera alcanzarle de forma directa, las horas de exposición indirecta le estaban pasando factura. Ni siquiera podía destaparlo un poco para comprobar cómo se encontraba sin ponerlo en peligro y causarle quemaduras aún peores.

Rodó para colocarse sobre él y tapanlo con su cuerpo. Ojalá hubiera

podido meterse bajo la capa con él. Seguía congelada y estirarse solo lo empeoraba. Los dientes le castañeaban y la piel la tenía entumecida por el frío. Extendió los brazos para cubrir los suyos y cogerle de las manos. Bajo la tela, Cael movió los dedos para corresponderle. Ni siquiera podían tocarse y sentirse piel contra piel. Ella adaptó también sus piernas a las de él.

—Estás temblando —recreminó Cael.

—Hace frío.

Él le apretó las manos.

—Lo siento.

Con las capas de ropa cubriéndole la cara, ella apenas escuchó su murmullo.

—No es culpa tuya. Estamos metidos en esto por mi culpa.

En cuanto Cael pegó una sacudida sobresaltada, Belén supo que el sol los estaba alcanzando. Al alzar la cabeza comprobó cómo la luz iluminaba sus pies. Se deslizó por su cuerpo para tratar de quitarle algo de exposición con el suyo, pero la rigidez de Cael le señaló que no era suficiente. Si solo en los pies le estaba quemando tanto... ¿qué ocurriría cuándo el sol llegara a su cenit y cayera sobre todo su cuerpo?

No podía, ni quería imaginarse lo que sería tener que presenciar su agonía. Se sentía impotente, desesperada. ¿Dónde demonios estaba Laura? Le había dicho que solo tardarían unas horas y ya había pasado mucho más que eso. ¿Y si no habían conseguido localizarlos? ¿Y si no los encontraban? ¿Tendría que sentir a Cael quemándose vivo y muriéndose bajo ella? Belén tragó sus lágrimas. Él no se merecía oírla llorar, no cuando trataba de ocultar su tortura con tanto valor.

Pasó otra pequeña eternidad hasta que Cael empezó a retorcerse y sus gritos ahogados comenzaron a resonar en la cámara. Gabriel se encogió con él y la mente de Belén se llenó de terror, el mismo que había sentido cuando era niña, cuando la encerraban en aquellas diminutas jaulas, cuando la recogían para hacerle aquellas pruebas tan dolorosas, amenazándola si no obedecía y les enseñaba todo lo que era capaz de hacer. ¡Sus alas! Los latidos de su corazón se aceleraron, su respiración se volvió superficial, rápida, y un sudor frío cubrió su frente al recordar su infancia, las torturas, los maltratos y su gran secreto: tenía alas. Como un tsunami, sus recuerdos arrasaron uno por uno los muros de contención que había ido construyendo con cuidado en su mente a

lo largo de los años, llenándola de las emociones, imágenes, gritos, voces y amenazas que había tratado de no recordar nunca más.

Apenas podía respirar. Y entonces oyó la voz torturada de Cael. ¡Lo estaban haciendo de nuevo! Estaban tratando de arrebatarse lo que más quería. ¡No iba a permitirselo! ¡No esta vez!

El odio y la sed de venganza que recorría sus venas fue creciendo en fuerza e intensidad. Los odiaba. Los odiaba con todo su ser, por lo que le habían hecho, por lo que le estaban haciendo, por tratar de destruir lo que más quería.

Su visión se volvió turbia, desenfocada y, como si le hubieran puesto un filtro, comenzó a verlo todo en tonos rojizos. Fue tanta la tensión que se acumuló en sus músculos, que el dolor se entremezcló con el odio, hasta que echó la cabeza hacia atrás y gritó liberando toda su rabia, odio y resentimiento al cielo. Ignoró la lacerante punzada que resquebrajó su espalda cuando sus alas olvidadas se extendieron y el mundo a su alrededor pareció detenerse.

—¿Belén?

Como si estuviera en un sueño, sus enormes alas negras se movieron, levantando diminutas partículas de polvo a su alrededor. Una de las brillantes plumas negras se meció con calma en el aire hasta que llegó al suelo. Una rata chilló asustada desde algún sitio antes de que todo se quedara de nuevo en silencio y solo se escucharan sus respiraciones y el suave aleteo de ella.

—Belén, ¿qué ocurre?

Ella intentó verse por encima del hombro, por debajo de los brazos, y al final comprendió qué era lo que movía sus alas y de qué forma podía controlarlo.

Cuando el quejido torturado de Cael volvió a penetrar en su conciencia, no perdió más el tiempo. Volvió a tenderse sobre él y, usando sus enormes alas, formó una carcasa protectora sobre ambos, aunque tuvo que usar sus manos para ajustarlas con torpeza mientras rezaba para que sirviera.

—¿Qué ha pasado? —Por su tono, Cael parecía sentirse perdido y vulnerable.

Ella titubeó.

—No te lo vas a creer —le confesó.

—Ponme a prueba —le pidió cansado—. Sea lo que sea, ha funcionado. Está llegando menos luz. ¿Belén? —insistió cuando ella siguió sin decir nada.

—Me han salido alas. —Las palabras sonaron atropelladas.

—¿Alas?

—Mhm.

—¿Qué clase de alas?

—Negras, enormes. Más grandes incluso que yo misma.

Al igual que ella, pareció necesitar un tiempo para asimilarlo.

—¿Cómo pasó? —preguntó Cael.

—No lo sé. Al verte sufrir, regresaron los recuerdos de mi propio sufrimiento. Recuerdos que desconocía que existían, que aún no sé si son ciertos o simple imaginación, y entonces surgió el odio y la sed de venganza y... y... no lo sé... el dolor... y surgieron las alas. No sé cómo lo hicieron, es imposible que pudieran salir de mi espalda, son demasiado grandes para eso.

—No salieron de tu espalda, cielo. Es una transformación, igual que cuando yo me convierto en lobo. Son cambios moleculares, no cosas que surgen de la nada.

—¿Pero por qué tengo alas? ¿Qué soy?

—La descendiente de un ángel vengador —les contestó una conocida voz desde las sombras del pozo.

—¡Neva! —Belén parpadeó—. ¿Qué haces aquí?

—Compraros tiempo. —La niña levantó una tempestad de nieve que pasó por la sangre de Irene para ascender por la chimenea de aquel extraño pozo y formar una capa de hielo rojo en el techo que transformó el lugar con una extraña penumbra rojiza.

Cuando Belén miró hacia el cuerpo inmóvil de Irene, también este había quedado congelado, transformado en una extraña estatua de hielo.

—Así la dejarán en paz las ratas y las alimañas que puedan rondar por aquí —explicó Neva.

—¿Puedes salvarla? —preguntó Belén esperanzada.

—No. Está muerta —contestó Neva con lástima en los ojos mientras se acercaba a Gabriel para destapar su rostro enrojecido.

—¿Está muerto? —Belén se sintió culpable, hacía rato que se había olvidado de él.

—No, solo inconsciente.

—¿Puedes sacarlos de aquí y llevarlos contigo?

—No.

—Pero...

Neva alzó una mano para acallarla.

—Dije que os había comprado tiempo. La capa de hielo desviará una parte de los rayos, dándole a Laura el tiempo que necesita para encontraros. No

puedo intervenir más allá de lo que el destino tiene preparado.

—¿No puedes o no quieres? —la acusó Belén con amargura.

—No soy una diosa, aunque lo creáis a veces. Mi poder es limitado. Demasiado limitado —admitió abatida.

—¿Puedes quitarme los grilletes y el collar de plata? —pidió Cael.

—No sin hacerte daño —admitió tras acercarse a él—. A veces la tecnología moderna puede ser la mejor solución frente a la magia —afirmó, pero a pesar de sus palabras congeló las cadenas que unían los grilletes de manos y pies al suelo, hasta que acabaron astillándose. Luego le guardó las manos y pies bajo las alas de Belén—. Es demasiado peligroso que congele la cadena que va unida al collar. Podría reaccionar ante mi magia. De hecho, sé que lo hará —se disculpó.

—Y si...

Neva no la dejó hablar.

—Tienes que salvar a los huérfanos hoy mismo —le advirtió a Belén con una extraña intensidad—. Usa estas piedras cuando llegues a la mansión y dale una a cada una de las personas que te acompañen. Si lo haces bien, todo saldrá a la perfección, pero recuerda que solo dispones de veinte minutos para coger a los niños y marcharos de allí. Dejad las piedras en la puerta antes de salir.

Belén contempló el puñado de guijarros grisáceos que le había dejado en el suelo, al lado de la cabeza de Cael, y frunció el ceño. ¿Qué tenían de especiales? Parecían piedras normales y corrientes con algunos símbolos dibujados; eran hasta feas. Sin embargo, no tuvo tiempo de interrogar a Neva al respecto. Alzó la cabeza justo a tiempo de ser testigo de cómo desaparecía a través de una cortina de copos de nieve, deshaciéndose en ella.

—¡Se ha ido!

—Confía en ella —murmuró Cael antes de que su cuerpo se relajara y se quedara laxo.

—¿Cael? ¡Cael! —Belén lo tocó preocupada, pero respiró más tranquila al oír cómo su corazón seguía latiendo con firmeza.

«Laura, por favor, no te retrases mucho».

CAPÍTULO 59



La capa de hielo rojizo que cubría la entrada del pozo sobre sus cabezas estalló de forma violenta. Las placas de hielo cayeron como bombas por doquier, chocando contra el suelo con un ruido sordo para desintegrarse y lanzar minúsculos misiles helados en todas direcciones.

Belén gimió cuando los músculos y tendones que cubrían parte de sus alas recibieron el impacto, aun así, trató de protegerse con ellas de los miles de diminutos alfileres que parecían estar clavándose en su espalda.

Se encogía una y otra vez sobresaltada y se agarraba a Cael, quien parecía estar gritándole algo bajo las capas de telas, aunque ella no pudo entender lo que trataba de decirle.

Cuando el calor del sol le calentó la espalda, quiso chillar desesperada. Cael no tardó en retorcerse bajo ella. El corazón de Belén se contrajo. ¡No podía protegerlo de tanta luz! ¡Moriría si no hacía algo rápido!

Alzó la cabeza con cuidado para inspeccionar sus opciones, pero lo que encontró la dejó paralizada. Hombres cubiertos de negro de los pies a la cabeza resbalaban por cuerdas a través de la chimenea. ¡Andrea había enviado sus esbirros a que terminaran el trabajo! ¡Habían venido a matarlos!

Si se hubiera tratado de su vida nada más, quizás se habría rendido y rogado que terminaran con ella cuanto antes. Estaba cansada. Harta. Ya no podía más. Prefería que la mataran de una vez por todas a que volvieran a hacerle daño o, lo que era aún peor, a que la violaran. Estando desnuda era más que probable que esa fuera una de las cosas que estuviera a punto de ocurrir.

Sabía que era una cobarde por rendirse tan rápido cuando Cael no había dejado de sufrir durante horas. No podía evitarlo.

La ira vino acompañada del rencor hacia los que los atacaban y venían a hacerles daño. Los odiaba por la muerte tan horrible a la que sentenciaban a Cael, por permitir que a unos niños inocentes los condenaran a una existencia terrible. El odio la dominó desde el interior, provocando que su ritmo cardíaco se acelerara e hiciera correr la sangre por sus venas con la furia de unas cataratas que se precipitan al vacío. Su visión se tiñó de rojo en el mismo instante en que los hombres hicieron pie a su lado, uno tras otro. Sin pensarlo, se alzó para hacerles frente. No iba a permitirles violarla, mataría a Cael atravesándole el corazón con la daga y, si luego no podía matarse ella misma, prefería enfrentarse a ellos con todas sus energías hasta que no les quedara más remedio que acabar con ella.

Se concentró en el odio que sentía y dejó que la inundara, dándole el valor que requería. Rodeando el mango, le dio a Cael un último beso a través de las capas de ropa.

«Perdóname».

«¿Belén?».

Ella no le contestó. Era mejor que no supiera lo que iba a pasar. Con un grito lleno de rabia, alzó el afilado arma con ambas manos y arqueó su espalda hacia atrás. Los hombres que la rodeaban retrocedieron un paso y alzaron las metralletas para apuntarla.

—¡Nooooo! ¡¿Belén?!

La voz femenina la hizo titubear. Conocía esa voz. Sus manos temblorosas no soltaron el agarre sobre la daga, pero se obligó respirar. La necesidad imperiosa de acabar con el sufrimiento de Cael competía con la de aferrarse a su última esperanza. A través de la capa roja que inundaba su visión, escudriñó las figuras desconocidas. Una de ellas se quitó la capucha, dejando a la vista un rostro fino y una cabellera rubia que le llegaba hasta los hombros. Era una mujer pequeña y vulnerable en comparación con los gigantes enfundados en negro de su alrededor.

—¿Laura?

Belén frunció el ceño al oír su voz. Le resultaba extraña, desconocida. ¿De verdad aquella voz hueca, que parecía provenir de las profundidades de una cueva y a la vez poseía la claridad del agua, era de ella? De alguna forma le recordaba al sonido de campanas.

Laura retrocedió y dos gigantes se colocaron de forma defensiva a su lado.

—Sí, soy Laura, he venido a salvarte. Me llamaste para pedirme que viniera a por ti y Cael, ¿lo recuerdas?

Belén la estudió. Claro que lo recordaba. ¿Por qué le hablaba como si fuera una loca peligrosa?

Los gemidos de dolor se intensificaron. ¡Cael! La luz del sol ahora le estaba dando con toda su intensidad. Belén se tiró sobre él, para protegerlo con su cuerpo y alas.

—¡Laura! —Su voz salió en un gimoteo lastimoso—. ¡Tienes que ayudarme! ¡Cael se está quemando vivo!

—Hemos traído sacos sellados. Apártate para que podamos meterlo dentro.

Los hombres a su lado le enseñaron un par de sacos que parecían estar hechos de una lona negra y recubiertos por aluminio en su interior. Vaciló. Laura dio un paso al frente con las palmas abiertas, como si quisiera demostrarle que no llevaba armas.

—Apártate, Belén. Solo queremos ayudaros. Lo prometo.

—Lleva un collar que está unido al suelo. ¿Traéis algo para cortar la cadena?

—¿Puede alzar la cabeza para que podamos verlo? —preguntó uno de los hombres.

Belén ayudó a Cael, procurando mantenerlo lo más tapado que pudo. El hombre se acuclilló para echarle un vistazo desde la distancia. Asintió.

—Damián, ¿hemos traído algo para cortar una cadena de eslabones cortos de más de veinticinco milímetros?

—¿Acero?

—No, es de hierro y una capa de plata, creo.

El tal Damián asintió y se quitó la mochila para ponerla en el suelo y revisar un bolsillo lateral del que sacó una herramienta del tamaño de una máquina de afeitar con un disco en su extremo. Con la máquina en la mano, el hombre titubeó al contemplarla.

—Belén, apártate para que puedan trabajar y liberar a Cael —le advirtió Laura.

—Se quemará si lo hago.

Laura dirigió una mirada insegura hacia Damián, quien a su vez estudió a Belén con ojos entrecerrados. Tras intercambiar una señal con sus compañeros, asintió de nuevo y se acercó con cuidado a Cael.

—También tenéis que llevaros a Gabriel. Está allí inconsciente. Ha perdido mucha sangre y estuvieron hablando de la posibilidad de que le pudiera dominar su sed.

Los hombres alzaron las metralletas y la apuntaron, como si temieran que ella fuera a atacarlos de un momento a otro.

Tensa, Belén sujetó la cabeza de Cael mientras Damián hacía un trabajo rápido y limpio al cortar la cadena del mismo modo que lo hicieron los hombres que se encargaron de Gabriel. En cuanto acabó, se retiró de su lado.

—Ahora sí debes apartarte, Belén —insistió Laura—. Lo harán todo lo rápido que puedan.

—Tienen que quitarle el collar y los grilletes, son los que le están haciendo daño. La plata los envenena. Tú lo sabes —le contestó Belén.

—Es mejor sacarlo de aquí primero. Se lo podremos serrar en una habitación protegida sin arriesgarnos a hacerles un daño innecesario. Apártate, Belén.

Aunque dudó, acabó apartándose. Quería lo mejor para Cael y era llevárselo de allí cuanto antes. Extrañada por la actitud de Laura, Belén se incorporó. Se tapó la boca cuando Cael se retorció, pero se limitó a pegarse a la pared mientras los hombres trabajaban de forma eficiente y coordinada para introducirlo en el saco, cerrarlo y luego meterlo en el segundo saco. Belén fue consciente de que en ningún momento dejaron de apuntarla con dos de sus ametralladoras, ni la perdieron de vista.

Cuando cerraron la cremallera del segundo saco, Laura se arrodilló a su lado.

—¿Cael, estás bien ahí dentro?

—Ha dicho que sí —dijo uno de los hombres—. Aunque por su tono de voz está sufriendo. Se nota que está débil.

—Entonces traed la sangre. Es mejor alimentarlo. No quiero que muera.

Uno de los hombres que se habían mantenido apartados sacó una bolsa transparente de sangre de su mochila y se la lanzó a Laura.

—De acuerdo, llevadlo a la sombra y abrid la cremallera solo lo imprescindible. Cubridnos del sol todo lo que podáis —instruyó.

—Yo me encargaré de dárselo —dijo uno de los hombres decidido, alargando la mano para que Laura le diera la sangre.

—Rodrigo...

—No admitiré ninguna discusión al respecto. —El tono de Rodrigo dejó claro que no era ningún farol.

Laura soltó un suspiro y le entregó la bolsa. Tres hombres se colocaron a su lado para formar una pantalla protectora contra la luz antes de bajar el cierre del saco.

—Cuidado con sus colmillos —avisó Laura cuando Rodrigo acercó la mano a donde debía de estar la boca de Cael para rajar las capas de tela que lo cubrían.

En cuanto quedó un hueco lo suficientemente grande para que se vieran sus colmillos, Rodrigo le metió la punta de la bolsa de sangre en la boca.

—¡Muerde! —le ordenó.

Belén se encogió ante la escena, no porque le repulsara ser testigo de cómo Cael bebía sangre, sino por las ampollas que cubrían sus labios.

—Vamos a cerrar la cremallera de nuevo. ¿Crees que podrás aguantar ahí encerrado hasta que llegemos a un lugar seguro donde podamos atenderte? —indagó Laura.

Él asintió sin dejar de chupar hasta que la bolsa quedó tan vacía que se plegó sobre sí misma. Cuando la soltó, murmuró un casi inaudible:

—Gracias.

En cuanto los sacos estuvieron cerrados de forma hermética y Cael protegido, Laura volvió a centrar su atención en Belén.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

Belén asintió, aunque no se sintiera segura de ello.

—Sí.

—¿Tenemos algo de ropa para dejarle? —consultó Laura a Damián.

Damián y sus compañeros se movieron incómodos. Belén, al recordar su desnudez, alzó la barbilla. Podía haberse envuelto con sus alas, pero se negó a que notaran lo humillada que se sentía.

—No creo que nuestra ropa le sirva —opinó uno de ellos, señalando las alas con la barbilla—. Pero sí es posible que podamos arreglarle algo con las sábanas de primeros auxilios que hay en el helicóptero. Esteban, ¿nos has oído? Necesitamos las sábanas —dijo al diminuto micrófono que tenía junto a la boca.

Al momento, un paquete cayó sobre el suelo y uno de los hombres lo recogió. Belén estudió el paquete confundida. Fue Laura la que lo cogió y lo abrió para extraer una sábana de color amarillo fluorescente. Antes de acercarse aún más a ella, la miró.

—No irás a usar esos colmillos y garras conmigo, ¿verdad?

—¿Qué? —Belén se contempló las manos y advirtió, alucinada, de que sus uñas habían crecido, triplicando su tamaño, y que también parecían haberse endurecido y curvado formando lo que Laura había llamado de forma acertada garras.

—¿No lo sabías? —preguntó Laura incrédula.

Belén negó, repasándose también los dientes. Uno de los hombres le ofreció un móvil para que pudiera verse a través de la cámara. Casi lo dejó caer cuando se encontró con los ojos ensangrentados que la contemplaban desde la pantalla con enormes pupilas negras.

—¡Oh, Dios! —Belén se cubrió el rostro con ambas manos.

—¿Cómo ha pasado? —preguntó Laura.

—No lo sé —confesó Belén tocándose los colmillos—. Dios santo, ni siquiera sé cómo volver a deshacerme de esto. No puedo, ni quiero vivir así —exclamó horrorizada.

—¿Recuerdas si te han inyectado algo? —indagó uno de los hombres.

—Me durmieron, pero las alas me salieron mucho después.

—¿Cuándo?

—Cuando pensé que Cael iba a morir.

Laura intercambió una mirada con uno de los hombres, quien encogió un hombro.

—Sin los conocimientos necesarios para adivinar qué clase de criatura es, no me atrevería a poner la mano en el fuego, aunque si lo que ha desencadenado el cambio es una emoción intensa, es posible que en cuanto se tranquilice se le vuelva a pasar.

Ella no dijo nada. No pensaba revelarles a aquellos desconocidos lo que le había dicho Neva, ni los recuerdos que tenía de su infancia, aunque la consolaba saber que recuperaría la normalidad tan pronto como se calmara. Era algo que tenía sentido.

—De acuerdo. Vamos a cubrirte y a sacarte de aquí. Luego veremos qué te ha ocurrido y si es reversible —decidió Laura acercándose a ella con la manta—. ¿Preparada para irnos? —preguntó apenas unos minutos después.

Belén contempló dividida la camilla de primeros auxilios que iba subiendo con el saco negro en el que yacía Cael hacia el helicóptero.

Una parte de su ser le chillaba que se quedara con él para protegerlo y asegurarse de que estaría bien, la otra le decía que no podía quedarse quieta sin más y permitir que dañaran a los niños. Se lo había prometido a Irene y, aunque no lo hubiera hecho, no podía consentir que Andrea llegara a cumplir sus amenazas.

—¿Me prometes que cuidarás de Cael y que harás lo que puedas para salvar su vida?

Laura alzó las cejas sorprendida.

—Claro que cuidaremos de él. ¿Qué clase de personas crees que somos? No me gustó que nos convirtieran en esclavas en su dimensión, pero aparte de eso, siempre nos trataron bien.

Belén asintió y se giró hacia el hombre que había identificado como el jefe de aquella cuadrilla: Rodrigo.

—¿Podéis dejarme alguna de vuestras armas?

—¿Qué piensas hacer? —demandó Laura frunciendo el ceño.

Rodrigo se cruzó de brazos, dejando claro que también esperaba una respuesta.

—Tengo que rescatar a los niños.

—¿Qué niños?

—Es una historia demasiado larga. La cuestión es que los tiene Andrea y ha amenazado con venderlos a vampiros proxenetas. Ahora es el único momento en el que puedo llegar a cogerlos desprevenidos. Los magos no esperan otro ataque, al menos no por mi parte, y Andrea debe de estar escondida para descansar y mantenerse protegida de la luz. Tengo que aprovechar esta oportunidad. No creo que haya otra igual. Si cuando vengan a por mí por la noche ya no estoy y tampoco el cuerpo de Cael, son capaces de matar a los niños de inmediato.

—¿Alguna vez te han dicho que estás loca? A la que van a matar de inmediato es a ti.

—Puede que tengas razón, pero... —Belén apartó la mirada para que Laura no pudiera notar cómo le quemaban las lágrimas que trataba de mantener a raya, y encogió los hombros—. Lo que haga o deje de hacer no le importa a nadie.

—No tienes experiencia en combate, ni incursiones. Te matarán antes de lo que canta un gallo.

—Estoy en mi derecho de averiguarlo por mí misma.

—Belén... —La voz de Laura se suavizó—. Deja de comportarte como una gilipollas y dime por qué es tan importante para ti.

Al enfrentarse a sus ojos, supo que Laura había sido capaz de ver a través de ella.

—Porque pasé toda mi infancia deseando que alguien viniera a salvarme —confesó sin apenas voz.

—¿Y de verdad piensas que voy a dejar que vayas sola? —Laura arqueó una ceja.

Belén se abrazó.

—Soy incapaz de reconocerte cuando te pones así. ¿Cómo conseguiste engañarnos a todas mientras estábamos cautivas? Parecías un ratoncito tímido y asustado.

Laura le mostró una amplia sonrisa.

—La timidez no tiene nada que ver con la fuerza interior, aunque tengo que admitir que parte del motivo fue porque me servía para no llamar la atención y cumplir mis objetivos allí.

Belén se puso rígida.

—Tú no estarás relacionada con el ataque que se produjo, ¿verdad?

Laura negó.

—No. Mis motivos allí no eran bélicos. Necesitaba algo que solo podía encontrar en ese mundo —confesó echándole una ojeada cargada con tristeza a sus compañeros.

Uno de ellos se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Fernando y Esteban se llevarán al herido. Saúl ya está consiguiéndonos los planos de estos túneles y nos enviará la información que necesitamos sobre la marcha. Si puedes ir a por Duque ahorraremos tiempo. Somos hombres suficientes para hacer una incursión rápida. Duque nos facilitará las cosas. Si hay niños de por medio, prefiero evitar la lucha.

Laura asintió para desaparecer y reaparecer instantes después. Belén no pudo evitar alzar ambas cejas cuando descubrió a un perro de agua enano en brazos de Laura. Al menos, era enano en comparación con su chuchó, «lobo», se recordó con una sensación amarga en el estómago. Laura se echó a reír al advertir su cara y acarició la coronilla del perrito antes de soltarlo.

—No te dejes engañar por su apariencia. Es capaz de encontrar a personas enterradas bajo tres metros de escombros, encontrar a esos niños estará chupado para él. Solo necesitamos algo que le sirva para identificarlos.

Al girarse hacia la figura congelada de Irene, Belén no pudo evitar el enorme nudo en la garganta. Tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para poner un pie delante de otro y dirigirse hacia su cuerpo.

—¿Era alguien conocido? —preguntó Laura.

Belén soltó el aire que había retenido en sus pulmones y se limpió las lágrimas involuntarias de sus ojos.

—Fue lo más parecido a una hermana que he tenido —confesó, no pudiendo evitar un sollozo al admitir la verdad ante sí misma.

No importaba lo que le hubiera hecho. Era quien había estado a su lado durante toda su vida, en los buenos y malos momentos. Era la que se había

sentado en la puerta del cuarto oscuro cuando la encerraban y le hablaba durante toda la noche para que no se sintiera tan sola. Incluso de mayores, había sido la única que de verdad se había preocupado por ella. Le dolía que pensara que no podía confiar en ella y que no contara con su ayuda cuando la necesitaba, porque Belén supo en ese mismo instante que Irene la había necesitado, pero que la había amado tanto que no había querido ponerla en peligro, ni había querido que tuviera que recordar su pasado olvidado. El único motivo por el que la había traicionado era por sus hijas.

«Te juro que las encontraré, Irene. No me importa lo que cueste. Las encontraré y las pondré a salvo, y me aseguraré de que sean felices y que crezcan sabiendo que te sacrificaste por ellas porque las amabas».

Como si sintiera su dolor, Laura la abrazó.

—Dime qué buscas y nosotros lo cogeremos por ti. Fernando se hará cargo de que la recojan para que puedas darle el funeral que se merece.

Belén asintió, apretando los labios mientras trataba de recuperar el control sobre sus emociones.

—Ese bulto que tiene en la mano. Es el osito de una de las niñas.

CAPÍTULO 60



El camino que recorrieron a través del laberinto de túneles fue mucho más largo y penoso de lo que había esperado. Fue una suerte que llevaran al perro y que este pareciera saber qué hacer, porque sin duda habrían acabado por perderse en la red subterránea.

Si no hubiera sido por los niños, Belén se habría vuelto atrás en cuanto las paredes comenzaron a estrecharse y tuvieron que avanzar en fila india. Lo peor era que, por mucho que tratara de encoger las alas, no paraban de rozarse contra las paredes y no quería ni imaginar la cantidad de telarañas y bichos que debía de haber recogido en el trayecto.

Cuando Duque se paró frente a una puerta cerrada, se pusieron tensos.

—Esa debe de ser la mansión. El símbolo de la entrada es idéntico al de la puerta por la que vinimos. Lo único que varía es que en la otra la señal que había encima del círculo era una E y aquí es una S —murmuró el hombre que iba al frente.

—Podría significar este y sur —reflexionó Rodrigo pensativo—. Damián, comprueba nuestra posición.

—Afirmativo, nos encontramos en el flanco sur con respecto a la puerta.

Rodrigo asintió.

—De acuerdo, preparaos para entrar —advirtió a sus hombres en voz baja.

—¡Esperad! —Belén tomó aire antes de hablar. Temía que iban a tomarla por loca, pero aun así lo lanzó—. Tomad esto.

Les entregó una de las piedras que le había dado Neva a cada uno de ellos. No tardó en darse cuenta de que la bruja le había dado nueve piedras, el número justo para las personas que eran... y el perro. ¿Casualidad? No lo

creía, era un alivio que después de todo se hubiera atrevido a superar su vergüenza por lo que podían pensar de ella. Aunque no le gustara, esa niña sabía muy bien lo que se hacía. Demasiado bien.

Decidió no tomar riesgos, por lo que se agachó y metió una de las piedras entre el collar del perro y su piel.

—¿Qué es esto? —Laura escrutó la piedra con la misma cara de extrañeza que sus acompañantes.

—No lo sé. Me lo dio Neva y sus instrucciones eran que lo lleváramos hasta que saliéramos de la mansión, también especificó que las dejáramos en la puerta antes de irnos.

Laura intercambió una mirada con sus compañeros y asintió.

—Llevalas tal y como os ha dicho, tomad a rajatabla lo de dejarlas en la puerta.

Los hombres se las metieron en los bolsillos sin más preguntas.

—Dejad que Duque se adelante, yo le sigo, inspecciono y aviso —propuso Laura, agachándose junto al perro—. Vamos, nene. Esto es pan comido para ti. Encuentra a esos niños.

El perro soltó un gemido bajo, se colocó frente a la puerta y esperó impaciente a que Rodrigo entreabriera con cuidado. Como si fueran uno, perro y hombre asomaron la cabeza. El animalito se adelantó para colarse en la mansión y regresó a los pocos segundos. Rodrigo acabó de abrir la puerta e hizo un gesto a los demás para que le siguieran.

Belén se frotó los brazos en la diminuta y oscura bodega de vinos en la que habían entrado y observó al perro olisqueando en el pasillo exterior. Nunca había estado en aquella parte de la casa. Le bastó la humedad y el penetrante olor a vino rancio de alguna botella rota para estremecerse. No pudo evitar los recuerdos que se agolparon en su mente, ni la fatídica sensación de que cada vez que pisaba aquella mansión su vida daba un giro a peor.

El perro decidió seguir hacia la derecha. Armas en mano, los hombres se pegaron a las paredes. Rodrigo instruyó a Belén para que los imitara. Cuando el perro llegó a un recodo, se sentó meneando ansioso su cola y todo el mundo se detuvo. Laura desapareció de su vista para aparecer al lado del animalito. Se agachó para acariciarlo mientras estiraba el cuello e inspeccionar el siguiente tramo. Hizo una señal con la mano y dejó que el perro siguiera su trayecto.

—Adoro cuando hace eso —murmuró uno de los hombres antes de que volvieran a ponerse en marcha.

El procedimiento se realizó varias veces más. El perro se adelantaba, Laura desaparecía y aparecía junto a él y, tras inspeccionar el sitio, seguían su avance. No tardaron mucho en llegar a la planta baja. La señal de Laura cambió de repente y sobre su rostro se marcó una profunda línea en el entrecejo.

Rodrigo fue el primero en llegar junto a ella para averiguar lo que la intranquilizaba. Con la capucha sobre su rostro, Belén no pudo identificar su expresión y sacar sus propias conclusiones, aunque por la forma en que se rascó la nuca, dejaba claro que no se las traía todas consigo.

Con las metralletas apuntadas a sus ocupantes, irrumpieron en la habitación que tan nerviosos los había puesto. Los ojos de Belén se abrieron al descubrir a los dos magos que se encontraban sentados inertes en sus sillas, como si estuvieran dormidos con los ojos abiertos. Un par de hombres se acercaron, los tocaron, les tomaron el pulso y acabaron cogiéndoles la mano y alzarla para dejarla caer. Los magos ni se inmutaron.

—Están como muertos —murmuró uno de los compañeros de Laura—. No respiran, ni tienen pulso, pero sí un calor corporal normal.

—Sigamos, pero tengamos cuidado, esto es muy raro —decidió Rodrigo—. Adelante.

Laura desapareció y apareció en la siguiente puerta. Volvió a repetir el gesto y extendió tres dedos. Al llegar a su lado, descubrieron a tres magos más, también en aquel extraño estado.

—Están igual que los de antes —murmuró uno de los soldados—. O alguien ha llegado aquí unos minutos antes que nosotros y se ha deshecho de ellos, lo que significa que puede venir a por nosotros, o algo muy muy extraño está pasando.

La tensión de los hombres aumentó a medida que iban pasando por diferentes estancias en las que encontraban a más y más magos en apariencia muertos, sin ninguna señal de violencia y con sus cuerpos aún calientes.

Fue Belén la que llamó su atención ante algo aún más extraño.

—¿Son imaginaciones mías o los relojes que hemos visto hasta ahora estaban parados y sin cuerda? —murmuró observando con la cabeza ladeada un reloj de pared, cuyo péndulo se encontraba en una extraña posición.

—Tiene razón —confirmó uno de los soldados.

—¿Y qué puede significar? —preguntó Rodrigo.

Se creó un silencio intranquilo.

—¿Te comentó Neva algo más cuando te dio las piedras? ¿Alguna

instrucción? ¿Alguna pista? —inquirió Laura.

Belén negó, estudiando la piedra en su palma que ya estaba húmeda por el sudor.

—Me avisó de que disponíamos de veinte minutos. Nada más que yo recuerde —respondió Belén.

—Creo que ya sé lo que ocurre. ¡Nos ha dado una ventana en el tiempo! —exclamó Laura excitada—. No están dormidos, ni muertos. Es el tiempo: se ha parado.

Rodrigo la estudió con expresión calculadora.

—¿Crees que eso es posible?

Laura encogió los hombros.

—Con esa niña cualquier cosa es posible. ¿O acaso yo no soy prueba de ello?

El hombre asintió.

—¿Cuánto llevamos en la casa?

—Siete trece —respondió Damián.

—Según esa teoría nos quedarían algo más de doce minutos. Con suerte, tiempo suficiente para encontrar a los niños y salir pitando, suponiendo que nos arriesguemos a creer que esa teoría del tiempo detenido es cierta.

—Yo me arriesgaría. Es más fácil luchar ahora, sin los niños, que tener que sacarlos indemnes en medio de una pelea —opinó Laura.

Los hombres asintieron.

—En marcha entonces, vamos a correr el riesgo. Adelante, Duque, busca a los nenes.

Como si los hubiera entendido, el perro dio un ladrido bajo y comenzó a correr con la nariz pegada al suelo, enseñándoles el camino. Belén pensó que habían fallado al entrar en una cocina llena de magos; sin embargo, Duque comenzó a arañar la puerta de la despensa. Estuvo a punto de abrir la boca para decirles a los demás que era mejor que fueran al sótano, en dirección al laboratorio donde los habían encontrado la última vez, cuando todos los hombres se situaron apuntando con sus metralletas a la puerta y uno de ellos la abrió.

—¡Están aquí!

Belén tuvo que hacerse sitio entre las gigantescas masas de músculos para poder echar un vistazo. Sus ojos se agrandaron horrorizados al descubrir a los niños atados de pies a cabeza y amordazados en un rincón de la oscura despensa.

En cuanto los hombres hicieron el intento de entrar, los niños comenzaron a gemir asustados, frenándolos en seco. Apartándose, Rodrigo la miró a ella y a Laura.

—¿Podéis tranquilizarlos mientras les quitáis las cuerdas? Si no es posible, es mejor llevárnoslos tal y como están. Quedan cinco minutos cuarenta segundos para salir de aquí.

Belén avanzó hacia ellos, pero Laura la detuvo.

—La prioridad es sacarlos de aquí, podemos calmarlos luego.

Le habría gustado protestar, pero no le quedó más remedio que darle la razón.

—Dame solo diez segundos —pidió Belén.

—Ni uno más —accedió Laura.

Belén entró y encendió la luz. Por un momento, cuando los niños contemplaron sobresaltados sus enormes alas negras, Belén pensó que había metido la pata, pero entonces una lágrima resbaló por las mejillas de Mayca y se inclinó hacia ella, buscando su contacto.

—Cielo, no llores, estamos aquí para sacaros de este sitio. Tenemos mucha prisa por salir de aquí y no podemos entretenernos más. En cuanto estemos en un sitio seguro y protegido, os quitaremos las cuerdas. ¿De acuerdo? No tenéis de qué asustaros. Nadie os hará daño.

Para su sorpresa, los cinco asintieron. Aunque sus caritas se volvieron a cubrir de miedo tan pronto entraron los enormes soldados vestidos de negro. El primero de ellos se arrodilló frente a Mayca.

—¿Puedo cogerte sobre mi hombro para sacarte de aquí, princesa?

La palabra princesa pareció tener algún tipo de efecto sobre la niña por la sorpresa en sus ojos. Belén intentó sonreír ante su mirada insegura y, como si aquella hubiera sido la única señal que necesitaba, Mayca asintió. Los siguientes hombres repitieron el gesto y pronto estuvieron corriendo hacia la salida de la mansión con los niños a sus espaldas.

—¡Mierda, los relojes han vuelto a funcionar! —advirtió uno de los soldados a apenas unos metros de la puerta.

—Tirad las piedras antes de salir y también la de Duque —avisó Rodrigo tan pronto como comenzaron a oírse voces tras ellos—. Zac, ¿estáis preparados para la recogida? Vamos a salir —avisó a alguien por su micrófono.

Al abrir la puerta, Belén descubrió que daba a una plaza y que el acceso que había usado la noche de la fiesta debía de ser una entrada trasera. Una

furgoneta blindada derrapó frente a ellos deteniéndose en seco. Belén se encogió ante el sonido de un disparo y, sin dejar de correr tras los hombres que portaban a los niños, extendió sus alas para protegerlos de una posible bala, indiferente a que los pocos turistas sentados en la terraza de una cafetería pudieran verla. Respiró aliviada cuando los niños desaparecieron dentro de la furgoneta; se tiró tras ellos sin saber muy bien cómo acomodar sus enormes alas sin hacerse daño y rezando para que la furgoneta los llevara lejos antes de que los magos pudieran alcanzarlos.

—¡Joder, joder, joder! ¡Laura se ha quedado atrás con Fernando! — masculló uno de los soldados al notar que nadie más venía tras él.

Belén se giró asustada para comprobar qué pasaba. Descubrió a Laura herida, tratando de ayudar a una de las enormes moles que yacía inerte en el suelo, y a uno de los magos sonriendo con malicia al alzar el arma.

Sin pensárselo, con la adrenalina corriendo por sus venas y su odio por los magos casi tan grande como su necesidad de ayudar a la única amiga que le quedaba, Belén se lanzó a la calle en dirección al mago, siseando con todo el odio y la sed de venganza que contenía en su interior. Su intención había sido la de situarse delante de Laura para protegerla con su cuerpo y sus alas y permitirle huir, pero los magos cayeron hacia atrás, como si alguien con una increíble fuerza los hubiera empujado.

—¡Vámonos! Ya tenemos a Laura y Fabián. ¡Tenemos que... —El soldado que le había tocado el ala retrocedió un paso cuando ella le miró y tragó saliva—. Tenemos que irnos —finalizó con un tono de voz mucho más bajo.

Con un último vistazo hacia los magos, que la contemplaban atemorizados, Belén lo siguió, dejándose ayudar con las alas al subirse en el coche.

La puerta se cerró y la furgoneta se puso en marcha, saliendo a toda leche de allí. Alarmada por el repentino silencio, Belén miró a su alrededor. Todo el mundo la contemplaba en silencio. Fue Carmen la que se acercó a ella y tocó con cuidado las plumas.

—¿Eres un ángel? —le preguntó en un susurro.

Belén intentó sonreír, aunque no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—No lo sé —murmuró—. No tengo ni idea de lo que soy.

La niña asintió como si la comprendiera.

—Yo tampoco sé lo que soy —admitió.

Belén la cogió y la sentó sobre su regazo.

—¿Qué te gustaría ser?

—Una princesa guerrera.

—Entonces eso es lo que serás y te compraremos la más hermosa corona que jamás hayas visto.

Mayca también se acercó a ella, tirando a Julia tras de sí al moverse con cuidado por el pasillo de hombres. Belén estiró la mano para animarlas a acercarse.

—¿Nosotras también podemos ser princesas guerreras? —pidió Mayca.

Belén le quitó un mechón de pelo al rostro sucio de Julia.

—Por supuesto que podéis serlo, cielo, y Pablo y Tomás pueden ser príncipes si quieren.

—Yo prefiero ser un dragón —intervino Pablo, arrancándoles una sonrisa a los hombres.

—Entonces serás un poderoso dragón que nos protegerá siempre que lo necesitemos —propuso Belén con un sollozo.

Pablo se enderezó e infló el pecho. Tomás por el contrario se miró las manos en silencio.

Julia se acurrucó junto a ella.

—¿Llevaste a mi mamá al cielo?

Belén intercambió una mirada con Laura, que asintió dándole ánimos.

—Sí, cielo. Tu mamá ahora está en el cielo, rodeada de ángeles y viviendo en un precioso palacio de nubes que es donde se merece estar.

CAPÍTULO 61



En algún momento, el tranquilizador ronroneo de fondo se silenció. Incapaz de analizar lo que ocurría, intentó abrir sus pesados párpados y llegó a la conclusión de que le daba igual, solo quería seguir durmiendo.

—Belén..., hemos llegado.

El respingo que pegó arrancó algunos sonidos adormilados de las niñas apoyadas sobre ella. Belén parpadeó y le tomó varios segundos reconocer a la rubia que le sonreía.

—¿Laura? —Su voz fue poco más que un graznido reseco.

—Hemos llegado al centro. ¿Quieres que la coja yo?

Belén siguió su mirada hasta Julia, dormida sobre su regazo. Intentó mover sus doloridas extremidades y las alas, que seguían en su sitio, pero no pudo y acabó asintiendo.

—Te lo agradecería. Ahora mismo no siento los brazos.

Laura cogió a la niña con cuidado para bajarla de la furgoneta con la ayuda de un compañero, que se aseguró de que mantuviera el equilibrio. Belén estiró los brazos y movió los dedos bajo la atenta mirada de Pablo y Tomás, que no la perdían de vista desde la entrada del vehículo, como si temieran que pudiera desaparecer con sus amigas.

—Mayca, Carmen..., tenéis que despertaros.

—Déjalas, podemos llevarlas tal y como están y acostarlas directamente —ofreció Rodrigo

Belén consideró la posibilidad.

—Se asustarían al despertar y encontrarse en un lugar desconocido. Es mejor que vean y comprendan dónde están.

—Tiene sentido. —Rodrigo esperó con paciencia a que las niñas se tambalearan hasta la salida y las bajó al suelo, donde de inmediato buscaron la cercanía de Pablo y Tomás.

—¿Julia? —La vocecita de Mayca sonó asustada.

—Shhhh... Está bien, solo está dormida —les aseguró Laura sonriendo—. Vamos a dejarla que duerma un poco más para poder mirarle el brazo sin que se asuste, ¿vale? Vosotros os quedaréis con ella.

Mayca asintió y se arrimó a Pablo hasta que este la rodeó de forma protectora con un brazo.

Después de haber sido testigo de la preparación militar y el equipamiento del que disponían Laura y sus compañeros, Belén debería haber previsto lo que la esperaba al bajar de la furgoneta, aun así, se le cortó la respiración.

—Puede imponer un poco a primera vista —comentó Laura—. Pero no encontraréis ningún sitio en el que estéis más seguros que aquí.

—¿Qué es? —Belén estudió la imponente edificación de hormigón y cristales que se asemejaba a una pirámide alargada a la que le hubieran cortado el vértice de tajo.

—Un centro de investigación privado de alta seguridad. No te dejes engañar por las franjas de cristaleras, están hechas a prueba de bombas.

La parte de la «alta seguridad» resultaba redundante al comprobar a todos los hombres uniformados y armados que vigilaban el recinto. La furgoneta arrancó para dirigirse a un hangar a través de cuya amplia entrada atisbó varios coches blindados y tres helicópteros.

—¿Privado? —A Belén la idea no le hizo sentir del todo segura—. ¿Y te han permitido usar todos esos recursos para rescatarnos?

Laura intercambió una incómoda mirada con Rodrigo.

—Digamos que nos deben algunos favores y que en contadas ocasiones hacemos uso de alguno de ellos —explicó él liberando a Laura de contestar.

—Sería mejor que entráramos. —Laura se dirigió con Julia en brazos hacia el edificio.

Belén la siguió cuidando que los niños se mantuvieran a su lado. No había nada que pudiera hacer en aquel momento más que dejarse llevar por la corriente. Se enfrentaría a los problemas a medida que fueran surgiendo, aunque tenía claro que no pensaba relajarse en aquel lugar, ni confiar de forma ciega en nadie de los que estuvieran allí.

—¿Se sabe algo de Cael? ¿Dónde está? —preguntó al acercarse a la entrada en la que les esperaban cuatro hombres y mujeres uniformados con

algún tipo de barras tecnológicas en las manos.

—No os preocupéis. Nos van a hacer el chequeo rutinario para acceder —avisó Laura—. Cael y el otro vampiro siguen vivos. Nos pasaron un informe mientras estabas dormida. ¿Quieres comprobarlo por ti misma? —preguntó tras pasar la franja de seguridad, teclear un código en un panel al lado del ascensor y colocar la mano sobre una pantalla.

—¡Sí! Yo... —Belén dudó al ver las caritas infantiles cansadas y temerosas.

—Damián puede acompañarte. Yo me quedaré con los niños y les enseñaré su habitación —propuso Rodrigo al adivinar la fuente de su titubeo.

—¿Si os dejo un ratito con Laura y Rodrigo estaréis bien? Tengo que comprobar cómo se encuentra Cael.

—¿Va a morirse? —preguntó Mayca con ojos llorosos.

La simple idea de que pudiera hacerlo consiguió que a Belén se le encogiera el corazón.

—No, cielo, se pondrá bien. Voy a asegurarme de ello. —A Belén le supuso un esfuerzo gigantesco el tratar de sonreír. Cuando no estuvo muy segura de haberlo logrado, se limitó a abrazarla y a apretar los ojos para controlar el escozor.

—Iré a veros en cuanto esté segura de que está bien, ¿vale?

Los niños asintieron y siguieron a Laura, no sin echar varios vistazos por encima de sus hombros a medida que se alejaban.

Damián esperó con paciencia a que ella estuviera lista para seguirlo.

—Por aquí.

Ella asintió en silencio y lo siguió a través de los immaculados pasillos blancos, que más que a un complejo militar le recordaban a un hospital o un laboratorio. Le llamó la atención que Damián no se quitara la capucha con la que había estado cubriendo su rostro a pesar de que se suponía que ya estaban en territorio seguro, pero con el corazón latiéndole a mil por hora y el nudo en la garganta ante lo que podía encontrarse en su destino de lo que menos ganas tenía era de entablar una conversación con un desconocido con el rostro cubierto.

A medida que iban pasando por el entramado de amplios pasillos, los pies de Belén parecieron pesar cada vez más. ¿Qué iba a pasar si Laura se equivocaba y Cael no había sido capaz de superarlo? Ignoró los ocasionales grupos de hombres que miraban con curiosidad sus alas. No le preocupaba lo que pensarán de ella. Tan pronto saliera de allí no volvería a verlos. No, no le

preocupaban en absoluto, quien le preocupaba era Cael. ¿Qué pasaba si ella había roto su promesa de estar con él hasta el final?

No tuvo tiempo de encontrar una respuesta a sus preguntas. Damián se paró frente a una puerta con cierre de seguridad y una cámara en la esquina superior. Pulsó un timbre, colocó la mano en una pantalla justo al lado del marco y esperó a que les abrieran desde el interior.

—¿Sí? —El hombre que les cerró el paso en la puerta entreabierta, ocultando el interior con su espigado cuerpo, se subió las gafas por la nariz.

Las rodillas de Belén amenazaron con ceder bajo ella al reparar en las manchas de sangre reseca que irrumpían la pulcritud del batín médico.

—Ella es la amiga de Laura, a la que rescatamos junto a... a los sujetos que trajo el helicóptero.

El hombre la estudió de arriba abajo y, aunque su interés en sus alas fue evidente, también lo fue que no le causaba gracia dejarla pasar al interior.

—¡Quiero verlo! —exigió Belén sin importarle que su voz temblara.

Cuando el desconocido no se apartó, fue Damián quien intervino.

—Son órdenes de Laura... Y Rodrigo lo ha respaldado.

El hombre se apartó con una mueca de disgusto. Belén no tuvo tiempo de analizar el hecho de que Laura parecía tener poder en aquel sitio. La visión que encontró dejó sus pulmones sin oxígeno.

—¿Estás bien? —preguntó Damián poniéndole una mano sobre el hombro.

Belén tragó saliva. ¿Cómo podía estar haciéndole una pregunta tan estúpida cuando estaba presenciando lo mismo que ella?

—¿Por qué lo habéis atado? ¡Esas correas deben de estar haciéndole daño! —Su chillido sonó hueco contra las paredes de aquella sala.

—Es un vampiro en pleno proceso de recuperación. Teniendo en cuenta la poca información de la que dispongo de un ser que no debería ni existir, prefiero creer en las tradiciones; según ellas, un vampiro en su estado puede ser un peligro para cualquier humano que ande cerca de él.

A ella le habría gustado protestar y gritarle que estaba equivocado, pero el cuerpo cubierto por una capa amoratada, llena de ampollas rojizas de un tono venenoso, e incluso algunas partes en las que parecía que la piel había desaparecido por completo dejando solo carne sanguinolenta tras de sí no le permitían ni siquiera reconocer si de verdad era Cael. A unos metros, yacía Gabriel igual de inerte en un estado no mucho mejor.

¿Cómo había podido Cael aguantar una tortura tan horrible como aquella sin gritar y retorcerse como un poseso? Su corazón le dolió al descubrir la

respuesta. Lo había hecho por ella. Había estado quemándose vivo bajo ella y, sin embargo, la había protegido aun en aquel estado.

—¿Prefieres irte? —Damián parecía indeciso al verla allí congelada.

Ella sacudió la cabeza, incapaz de dar un paso en dirección a Cael.

—¿Está despierto? —Ella miró hacia el médico.

El hombre negó.

—Lo hemos sedado. Pensamos que era lo mejor dadas las circunstancias.

—¿Sobrevivirá? —Incluso el pitido constante del medidor de frecuencia cardíaca sonaba más alto que su voz.

El médico encogió los hombros.

—Si hubiera sido humano, habría dicho que no, pero no lo es y, aunque siga mal, la mejoría en esta última hora ha sido visible. Su estado al llegar era mucho peor.

¿Mucho peor? Belén no podía imaginarse que alguien pudiera estar peor que él en aquel momento.

Con un portátil en la mesita de al lado, en cuya pantalla podía vigilar a los niños, que dormían acurrucados en una sola cama, Belén controlaba el goteo constante de sangre que sustituía el suero fisiológico que habrían usado si Cael hubiera sido humano.

Su cuerpo se sentía como si el cansancio hubiera transformado sus extremidades en plomo. Había intentado dormir sin éxito con la cabeza apoyada sobre la cama de Cael. El miedo de que pudiera ocurrirle algo era muy superior a su sueño acumulado.

Incorporándose un poco le echó también una ojeada a Gabriel, quien parecía estar recuperándose bastante mejor que Cael. Aunque no podía quejarse. Había zonas en las que la piel de Cael parecía estar cayéndose para dar paso a una piel lisa y rosada lo que, en definitiva, significaba que estaba sanando.

Una estridente alarma sonó por el edificio casi al mismo tiempo que Laura irrumpía alterada en la habitación.

—¡Nos están atacando! Toma un arma por si necesitas defenderte. Dispara a matar. Son demasiados como para tener piedad. Es su vida o la nuestra.

—¿Quién nos ataca? ¿Los magos? —Belén ojeó el frío metal negro que había dejado sobre su palma.

—A menos que los humanos hayan conseguido una forma de volar o de

escalar las paredes como unas putas salamandras, no lo creo.

—Vampiros. ¡Deben de ser vampiros! —Belén soltó el arma sobre la cama.

Laura señaló a Cael, que seguía inconsciente en la cama.

—¿Crees que ha podido traicionarnos y llamarlos?

Belén negó decidida.

—No voy a poner una mano en el fuego afirmando que él no fuera capaz de avisarlos de alguna manera y comunicarles dónde está, pero no lo haría con la intención de que nos atacaran. Si es su gente, debe de haberse producido algún tipo de malentendido.

—Vale. No hay tiempo de discutir. Coge a los niños y enciérralos contigo. Rápido, antes de que... Mierda... —exclamó Laura a la vez que Belén retrocedía con un grito horrorizado—. Belén, Belén, no te asustes, es Damián. Conoces a Damián. ¿Lo recuerdas? No te hará daño.

Incrédula, Belén se colocó una mano sobre el pecho e intentó calmarse. Algo casi imposible ante la inesperada visión.

—Lo siento —se apresuró a aclarar en un torpe balbuceo—. No... me lo esperaba.

El hombre de piel verdosa craquelada, casi como si estuviera hecha de piedra, inclinó la cabeza.

—Es normal. No necesitas disculparte —contestó Damián, aunque sus ojos se cubrieron de un brillo avergonzado. Ojos que por otra parte eran extrañamente hermosos con aquel verde intenso y luminoso.

Laura se pasó una mano por la frente.

—Esperaba que pudiéramos sacar a los niños antes de que mi equipo cambiara, pero si ya es difícil controlarlo en condiciones normales, en situaciones de tensión les resulta imposible. Solo nos queda esperar que los peques no se asusten demasiado.

—Si consiguen identificarlos con los hombres que los rescataron lo comprenderán. Saben que son de los buenos. —O, al menos, eso era lo que ella esperaba.

—Han llegado a la puerta número uno. Entrarán a la de diez. Todo el mundo a sus puestos y con los auriculares puestos —sonó la megafonía del edificio.

—Ve por ellos y enciérralos contigo. Esta parte del edificio es de hormigón puro, solo pueden acceder por el ala este. Son las instalaciones generales las que no están preparadas para un ataque de este tipo. Cael estará

bien siempre que permanezca en esta habitación. —Sin esperar su respuesta, Laura se fue corriendo junto a su compañero.

Belén revisó que los aparatos junto a Cael y Gabriel funcionaran de forma correcta antes de cerrar la puerta tras de sí y apresurarse hacia los dormitorios de los niños.

Pablo ya se encontraba despierto, sentado en su cama con expresión preocupada. Belén titubeó al encontrar a las niñas y a Tomás durmiendo. Si las despertaba las asustaría y las haría pasar miedo. ¿No habían pasado ya por suficiente durante los últimos días?

Tomó una decisión. Estaba harta de huir de unos y de otros. Era hora de poner punto y final.

—Necesito que me ayudes, Pablo. —Esperó a que el niño asintiera—. Dentro de un momento va a comenzar un estruendo y es posible que comience una pelea.

—¿Nos están atacando?

—Sí, aunque debe de tratarse de un malentendido. Son los hombres de Cael, los que nos rescataron la primera vez. Deben de creer que nos han capturado y tengo que ir a aclararles que no es así.

—¿Crees que nos harían daño?

—No. —Belén respondió con firmeza y, sorprendida, comprendió que era verdad—. Si vienen a por vosotros es para protegeros. El problema es que si fuera hay una lucha y os veis envueltos sin querer podrían lastimaros. Por eso necesito que seas valiente, que cierres la puerta desde dentro y, si tus amigos se despiertan, los mantengas aquí contigo. En el peor de los casos, os podéis esconder bajo la cama o en el armario si eso os hace sentir mejor, pero estoy segura de que nadie vendrá a lastimaros. Si viera que hay algún peligro regresaría con vosotros de inmediato. ¿Lo entiendes? —Esperó a que Pablo asintiera—. Si no paro lo que está a punto de ocurrir, puede pasar algo terrible y con Cael aún inconsciente soy la única que puede evitarlo.

Pablo se levantó de la cama para acercarse a ella.

—Yo los protegeré. Tú debes ir a convencerles de que todos somos amigos.

Belén no pudo más que inclinarse a abrazarlo ante su valentía y madurez.

—Cierra la puerta con llave y no le abras a nadie que no sea yo, Laura, Malael o Zadquiel, ¿entendido? —insistió antes de irse.

En la puerta esperó a oír el sonido del cerrojo por dentro antes de marcharse. Desde lejos pudo oír el estruendo de los vampiros tratando de

irrupir en el recinto. Sonaba como si estuvieran desarmando las ventanas blindadas que cubrían buena parte del edificio. Belén inspiró con fuerza. Esperaba que fueran Azrael y sus soldados, no la secta de magos, pero fueran quienes fueran, iba a proteger a los niños y a Cael.

Recordó las imágenes que Laura le había enseñado de su escape de la mansión y se armó de valor. Desconocía cómo lo había hecho, pero necesitaba liberar esa cosa de dentro de ella. Dirigiéndose hacia el ruido, recordó el odio que sintió en aquel momento, el mismo que la estaba invadiendo de nuevo; la idea de que las niñas se despertaran y se vieran de nuevo en medio del peligro la llenó de ansiedad y preocupación. Las niñas no se merecían eso, no se merecían seguir pasando miedo por sus vidas, ni de sufrir más dolor. Con cada nuevo pensamiento, su visión se cubría más y más de rojo; cuando llegó a la zona en la que Laura y sus hombres esperaban armados hasta los dientes a los vampiros, que en ese preciso momento consiguieron convertir una enorme pared de cristal en añicos, Belén estaba tan furiosa que en vez de huir siseó con las alas extendidas mostrando sus colmillos.

Los primeros vampiros que saltaron al suelo se quedaron paralizados al verla, como si se hubieran esperado cualquier cosa menos a ella.

—¡Qué nadie se atreva a mover un dedo! —avisó Belén sin esconder su ira, dirigiéndole también a Laura una mirada de advertencia.

Le importaba un carajo quién fuera, el primero que se atreviera a iniciar una batalla poniendo en peligro el estado de las niñas, iba a matarlo con la bola de fuego que se había formado en la palma de su mano. Ni siquiera trató de analizar cómo se había producido aquella bola, ni por qué sabía que podía lanzarla; era un conocimiento que simplemente poseía.

—¡Alto todo el mundo! —gritó Zadquiel en cuanto la vio—. ¿Belén?

Ella lo reconoció por la voz, ya que había comenzado a ver sombras rojizas en lugar de figuras, tanto de los soldados de un grupo como del otro.

—Cael se encuentra a salvo. Necesita vuestra ayuda. Estos hombres lo han liberado y... ¡estáis asustando a los niños! —Su grito enfurecido reverberó contra las paredes.

—De acuerdo. —Zadquiel alzó las manos en señal de rendición, como si con eso pudiera tranquilizarla—. Que nadie ataque, estamos en el mismo equipo.

Nadie se movió, aunque por la tensión palpable quedaba claro que nadie se fiaba de nadie.

Fue Laura la que rompió el silencio.

—Belén, esa bola de fuego no para de crecer, está comenzando a quemarme la piel incluso a esta distancia —advirtió Laura preocupada—. Es mejor que la apagues antes de que se te vaya de las manos.

Belén contempló la esfera que rodaba sobre su mano. Laura tenía razón. Del tamaño de una bola de tenis había pasado a ser tan grande como un balón de baloncesto. Ella no podía sentir el calor que desprendía, solo el odio y el enfado que contenía.

—¿Cómo? —musitó confundida.

—¿Cómo la has creado? —demandó Zadquiel con el ceño arrugado.

—¡Habéis asustado a los niños! —siseó Belén.

—Belén, no sigas enfadándote, solo estás haciéndola crecer más. —Laura y sus hombres fueron retrocediendo.

—Tienes que calmarte —intervino también Zadquiel, cuyo tono alarmado le indicó que estaba comenzando a preocuparse.

—¡Dejad de meterme presión!

—Vale, vale, tranquila. —Zadquiel le habló como si fuera un cachorrillo al que tratara de calmar.

—¿Y si la tira a algún sitio? —propuso alguien.

—No hay ningún sitio, solo podría lanzarla al techo —masculló Rodrigo.

Harta de que hablaran de ella como si no estuviera, Belén hizo justo lo que dijeron: tiró la bola hacia el techo con toda la fuerza de la que era capaz, rezando para que acertara en el agujero que había en el cristal y llegara a salir al exterior en vez de regresar abajo.

—¡Todos a cubierto! —gritaron varias voces a la vez justo antes de que la bola chocara contra el techo de cristales y se extendiera, inundando la habitación de llamas hasta casi la mitad de su altura.

Cuando la nube de fuego se extinguió, dejó la habitación en un silencio tan profundo como la negrura que lo cubría todo.

Alguien encendió las luces de los pasillos y repartió linternas. Belén los ignoró a todos menos a Zadquiel, que evaluaba el caos que había formado con ojos llenos de admiración.

—Ve a comprobar cómo está Cael. Necesita vuestra ayuda —le pidió Belén con una voz que era incapaz de reconocer como propia.

CAPÍTULO 62



Fue Laura la que fue a buscarla a la habitación de los niños. Belén se levantó de inmediato del sillón en el que había pasado las últimas horas, a la espera de que los sanadores que habían traído de la otra dimensión hicieran su trabajo y la avisaran. Con una última ojeada al sueño intranquilo de Julia, salió al pasillo.

—Cael se ha despertado y pregunta por ti. Más que preguntar ha amenazado con el apocalipsis total si no te encuentra —soltó Laura con los ojos entornados—. No me acordaba de los tremendos que son cada vez que quieren algo.

—Sí, son caprichosos a más no poder —coincidió Belén con una sonrisa, aunque no tuvo claro si el salto de su corazón fue por el hecho de que Cael estaba mejor o porque en lo primero que había pensado al despertar había sido en ella—. Malael creo que era el más tranquilo de todos. ¿No ha venido con los demás? Estaba en el asilo con nosotros.

Laura palideció de forma visible.

—Espero que no aparezca por aquí. Rodrigo lo mataría.

—¿Rodrigo es tu pareja?

—Sería demasiado largo de explicar. Es mejor que te lleve antes de que Cael destruya las instalaciones. Después de lo que ha pasado estamos rozando el límite de las concesiones que están dispuestos a hacernos desde la organización.

Belén quiso preguntarle acerca de la organización de la que hablaba y que poseía la ingente fortuna como para mantener aquel sitio, aunque por la forma en la que Laura evitaba mirarla quedaba claro que no conseguiría sonsacarle nada más, al menos, de momento. Sin contar que sus ganas de ver a Cael eran

muy superiores a sus pretensiones de convertirse en un agente de la CIA.

—Julia está teniendo pesadillas, ¿podría sustituirme alguien aquí?

Laura le cogió el antebrazo para teletransportarla hasta la puerta de la sala médica en la que se encontraban Cael y Gabriel.

—Ve, yo me quedaré con Julia lo que queda de noche. —Y volvió a desaparecer.

Zadquiél le abrió la puerta incluso antes de que pudiera alzar la mano para llamar.

—Saldrá de esta, aunque tardará algunos días en recuperarse del todo. El envenenamiento por plata fue tanto o más grave que las quemaduras.

—Gracias a Dios. —Belén pasó apresurada por su lado.

La mejoría de Cael fue notoria nada más verle. Le habían quitado la vía y los amarres que lo tenían sujeto a la camilla. La mayor parte de la piel quemada ya se le había caído y los tramos de pellejo reseco que aún quedaban dejaban entrever la piel rosada que iba regenerándose debajo. El hombrecillo verde al lado de su cama se apartó para dejarle espacio.

—Lo hemos sedado de nuevo para evitar que se haga daño. Lo despertaremos cada dos horas para alimentarle con sangre inmortal. Es probable que mañana ya pueda incluso levantarse por cortos periodos de tiempo —le informó el hombre recogiendo sus bártulos que, en comparación con la tecnología de aquellas instalaciones, parecían formar parte de un juego de esoterismo infantil.

Belén sonrió desilusionada y se limitó a esperar a que terminaran para poder estar a solas con Cael.

—Puedes ir a dormir y descansar un poco. Me quedaré con él hasta el amanecer —le propuso Zadquiél.

Ella negó.

—Prefiero quedarme.

Él asintió tras un leve titubeo.

—Veré si puedo conseguirte una habitación en la que puedas acostarte a su lado. Mi hermano Azrael y la reina ya están de camino. Es probable que vengan a verlo en cuestión de nada.

—Zadquiél... —Belén se mordió los labios. De Anabel había aprendido que era mejor tratar a los vampiros con diplomacia y acercamientos indirectos. La cuestión era, ¿cómo diablos se hacía eso? Acabó soltando lo que tenía que decir sin más—. Malaél no puede venir aquí.

Las cejas de Zadquiél se elevaron.

—¿Por algún motivo en concreto?

—Hay algo entre Laura y Rodrigo y se va a liar parda si aparece.

A pesar de que su rostro permaneció impassible, en los ojos masculinos se sucedieron las emociones de una forma tan notoria que era casi como visionar un documental a cámara lenta: curiosidad, preocupación, maquinación... hasta que una lenta sonrisa apareció en su rostro.

—En ese caso, es mejor que Malael no aparezca hasta que nos vayamos.

—¡Zadquiel!

Él le guiñó un ojo.

—Malael es el cazador de la familia. No es posible mantenerlo alejado de su presa mucho tiempo y Laura es la mujer a la que lleva siglos esperando.

—No le servirá de mucho si lo convierten en puré de patatas.

La carcajada de Zadquiel hizo que Belén pusiera los ojos en blanco y que se preguntara si no había ni un solo vampiro en la familia que no fuera engreído.

—Para eso primero tendrían que cogerlo y, ¿quién es capaz de coger a una sombra?

—Tampoco creo que Laura le perdonara si él les hiciera daño a sus compañeros. Se nota a leguas que están muy unidos.

Zadquiel inclinó la cabeza ante ella.

—Me encargaré de avisarle personalmente.

—Gracias.

—De momento, mi madre se ha quedado a cargo de los críos y Malael del reino, no vendrán hasta que Azrael y Anabel regresen. Eso nos dará un margen.

—¿Qué ocurrió con el resto de los huérfanos? —Belén se sentó en el sillón que le habían puesto y acercó la mano a la de Cael sin rozarle.

—Están todos sanos y salvos en el palacio. Ya ha habido interés por parte de las diferentes razas de mi dimensión de hacerse cargo de ellos. Si la comisión evaluadora que se ha creado para tal efecto lo aprueba, en menos de una semana todos los niños estarán alojados con sus familias. Incluso los que has liberado no tendrán dificultades para ser dados en adopción en cuanto lleguen allí.

—¿Comisión evaluadora? —Belén no estuvo muy convencida de que le gustara la idea.

—Además de algunos especialistas diplomáticos, mi madre y la reina forman parte del comité, y tú eres su presidenta con voz y veto exclusivo.

—¿Yo? —Su boca se abrió por voluntad propia.

—La reina insistió y mi madre la apoyó en su petición. Y ya sabes que mi hermano tiene debilidad por concederle a su *shangrile* lo que desea —añadió Zadquiel con un guiño—. En cuanto estéis todas en mi dimensión, podréis tomar las decisiones oportunas.

Belén se mordió los labios. Todo el mundo parecía dar por entendido que ella regresaría a la otra dimensión. ¿Nadie se planteaba que ella no quisiera ir?

La noche se hizo eterna. No solo se pasaron Azrael y Anabel a visitarlos, sino también Aaron y otros inmortales a ofrecer su sangre tanto a Cael como a Gabriel.

Cael despertó un par de veces, para su pesar, siempre en presencia de alguien. Aun así, él le cogió la mano y no volvió a soltarla ni siquiera durante sus largos periodos de sueño.

Al regresar del servicio, Belén encontró a Gabriel despierto, con ojos nublados por la desorientación. Sin nadie alrededor, se acercó a él.

—Todo está bien. Estás en un lugar seguro. ¿Necesitas algo? ¿Quieres un poco de agua? ¿Sangre? —le preguntó al fijarse en sus labios resecos.

Dio un respingo cuando alzó la cabeza y le atrapó su mano a una velocidad inhumana. Con el corazón latiéndole a mil por hora, observó cómo se la llevaba hasta su boca. Como si ocurriera a cámara lenta, Belén hizo el cálculo mental de las probabilidades que tenía de llegar corriendo a la puerta y pulsar el botón de alarma para que vinieran en su ayuda.

Para su sorpresa, Gabriel se limitó a presionar los labios resecos sobre el reverso de su mano.

—Lo... siento.

—¿Qué? ¿Qué sientes? —Tras asegurarse de que sobre el mueble auxiliar había unas jeringuillas que estaban a su alcance, le tocó la frente por si tuviera fiebre.

—Ga-lletas.

—¿Quieres comer?

Gabriel negó.

—Ga-lletas. Culpa... mía.

—¿Te refieres a las galletas que hicimos?

El vampiro cerró los párpados en asentimiento.

Las galletas... ¿Estaba tratando de decirle que comprendía todo lo que la había hecho pasar gracias a las galletas? Al ver su extenuación, lo empujó con suavidad de vuelta a la almohada.

—No te preocupes, ya ha pasado todo. Bebe un poco.

Le acercó el tubo de la bolsa con sangre que le habían dejado preparada y le limpió los labios al acabar. Esperó a que volviera a cerrar los párpados para deshacer el agarre que seguía teniendo sobre su muñeca y regresó al lado de Cael, asombrada por el cambio que podía llegar a causar una galletita de nada. Quizás, después de todo, no hubiera sido tan malo que esa dichosa bruja le hubiera dado precisamente ese don entre todas las opciones posibles, aunque si le hubiera dado a elegir, habría optado por el de Laura sin el más mínimo titubeo.

Cerca del amanecer, apareció Neva. El momento en el que se subió al sillón de Belén, le abrió el párpado a Cael y le sopló en el ojo, fue tal vez el momento más extraño de todos los que había vivido con aquella caprichosa criatura.

—¿Ocurre algo? —Belén no tuvo claro si llamar a Zadquiel para controlar que la niña-bruja no hiciera una de las suyas.

—Ahora ya nada —contestó Neva al dirigirse con expresión autocomplacida a la puerta.

—¡Neva! —Belén no supo muy bien por qué, pero necesitaba soltar algo del lastre que llevaba. Se arrepintió tan pronto como la niña se giró hacia ella. Belén miró incómoda a su alrededor para evitar aquellos intensos ojos azul hielo puestos sobre ella—. Yo... eh...

—¿Sabes?, aunque me tengáis terror, no suelo morder solo porque queráis comentarme algo. —Neva cruzó sus brazos sobre el pecho.

—No, yo... No es por terror.

—Vaya, eso es un alivio —espetó Neva con su ironía habitual.

—Bueno, sí, a veces das miedo. Casi siempre —admitió Belén—. Aunque no es eso lo que me está costando tanto. Yo... Uffff... —Se presionó el puente de la nariz con ambos dedos índice—. Esto no es lo mío.

—Tómate tu tiempo. A un inmortal es algo que le sobra.

—¡Gracias! —estalló Belén como si alguien acabara de quitarle el tapón a una botella de cava.

—¿Gracias? ¿Por darte tiempo? —Las cejas de Neva se alzaron incrédulas—. ¿Para eso me has hecho esperar tanto?

—No, gracias por darme el don ese de las galletas. No lo apreciaba cuando se lo diste a Anabel. Me parecía una solemne estupidez, aunque en el fondo se lo envidiara. Ahora comprendo para qué sirve y quiero que sepas que te lo agradezco.

Neva se cruzó de brazos y la miró durante tanto rato que el espacio alrededor de Belén pareció encogerse.

—Querida, no te lo tomes a mal, pero ¿para qué iba yo a darte ese don? Las boñigas de vaca tienen más empatía que tú y encima cocinas como el culo.

—Eso es tener sinceridad y lo demás son tonterías. —Belén se dejó caer con una mueca sobre el sillón.

—Gracias, sabía que lo apreciarías.

Sus miradas se cruzaron y de repente ambas rompieron a reír a carcajadas.

—Joder, me habían tratado como una mierda, pero jamás nadie me había comparado con una boñiga apestosa. —Belén meneó la cabeza mientras se sujetaba la barriga.

Neva se acercó a ella y le acunó la mejilla con su helada mano infantil.

—Tus cualidades son otras. No necesitas parecerle a nadie y ni siquiera necesitas gustarle a todo el mundo. Basta que te gustes a ti misma y que te sientas bien siendo como eres.

—¿Y si no me gusta como soy? —El repentino nudo hizo que su voz saliera en un fino hilo.

Se tocó los ojos para asegurarse de que ninguna lágrima había escapado. Neva sonrió.

—En ese caso, tienes la potestad de cambiar. No importa lo que te hayan dicho, ni lo que te hayan enseñado, ni las veces que hayas metido la pata. Puedes y tienes el derecho a ser la persona que tú misma quieras ser.

—Ya soy un poco vieja para cambiar —soltó Belén en una carcajada patética.

—Eso sí es una solemne estupidez, espero sinceramente que te des cuenta de ello. Nunca te he tomado por tonta.

Belén tomó una profunda inspiración para deshacer el peso sobre su pecho.

—Supongo que si lo dice la todopoderosa Neva es verdad, ¿no? —Belén sonrió y se secó las lágrimas rebeldes que ahora sí resbalaban por sus mejillas en una pausada carrera.

—Solo será realmente verdad cuando te lo creas.

—Gracias, de corazón.

Neva la abrazó.

—¿Ves como sí puedes cambiar? —le susurró al oído como si acabara de contarle un secreto—. Ahora ten cuidado con solo cambiar en aquello en lo que quieres hacerlo. —La bruja la besó en la frente antes de dirigirse a la

entrada.

—¡Neva! —Belén esperó a que la niña la mirara por encima del hombro—. Entonces, ¿qué fue eso de las galletas? Les vi las caras a esos hombres y no era normal. Pensé que estaban sintiendo mi amargura y mi dolor.

—Pregúntale a Gabriel cuando esté mejor si tanto te interesa, aunque yo te aconsejaría dejar las cosas tal y como están.

—¿Alguna vez me dirás qué don me regalaste?

La niña puso los ojos en blanco antes de girarse hacia la puerta.

—Estás llena de dones y solo piensas en el que no tienes. Sabrás qué es cuando sea el momento.

—¿No me has dado ninguno?

—¿Alguna vez te he insinuado que lo haya hecho?

Un pitido señaló que la puerta volvía a estar cerrada a cal y canto. Al girarse hacia Cael, este la estaba contemplando en silencio.

—Hola, ¿te encuentras mejor? —Belén le apartó con delicadeza un mechón de cabello de la frente.

Cael le cogió la mano y se llevó la muñeca a los labios. En el momento en el que sus colmillos atravesaron la fina piel, un placentero calor le subió por el brazo llenando cada recoveco de su cuerpo para dar paso a una brillante luz. Belén cerró los ojos cuando aquella luz pareció salir de ella para encontrarse con la de Cael y comenzó a formar una espiral a través de la que fueron viajando todas las preocupaciones y parches oscuros de su alma hasta desaparecer.

Acabó tan pronto como había empezado, dejando un trazo de decepción tras de sí. ¡Le había recordado tanto a la vinculación que se había iniciado aquel día! Al abrir los ojos, Cael había vuelto a dormirse con su mano atrapada bajo su mejilla. Belén soltó un suspiro. Necesitaba hablar con él. Seguía habiendo demasiadas cosas que aclarar entre ellos.



—Hay algo de lo que aún me queda la curiosidad —le confesó Anabel durante el desayuno al darle un mordisco satisfecho a su donut—. ¿Eso de las alas y la transformación en un ángel vengador, que por cierto no tengo ni idea de qué es, es el don que te dio Neva?

Belén negó, tratando de ignorar el peso en el pecho que le aparecía cada

vez que pensaba en su nuevo ser. Había demasiados recuerdos duros asociados a él como para poder disfrutarlo.

—No. Es algo innato. Ya las tenía durante mi infancia, solo que lo mantenía tan reprimido que ni siquiera era capaz de recordarlo.

—Tiene sentido —asintió Anabel—. Si estuviste en ese orfanato y la mayoría de esos niños son especiales, lo lógico es que tú también lo fueras.

Belén tomó un trago de su café para evitar una respuesta. Ella no se sentía nada especial.

—Pero eso sigue dejando la duda de qué don te regaló Neva —intervino también Laura, quien no dejaba de jugar con su tenedor.

Al ver que Belén encogía los hombros y evitaba mirarla, Anabel insistió:

—Tienes que tener alguno. No tiene mucho sentido que a mí me diera la capacidad de transmitir emociones a la comida, que a Laura le otorgara la posibilidad de saltar en el espacio con apenas un parpadeo y que a ti no te concediera nada.

—A lo mejor yo no le caía tan bien como vosotras. Quizás sea hasta mejor. Cualquiera sabe qué clase de don habría sido capaz de darme.

Las tres alzaron la cabeza cuando al fondo comenzaron a oírse sonidos extraños, como si algunos de los hombres estuvieran reteniendo las risas.

Belén sintió cómo un humillante calor le invadía las mejillas. Volvían a reírse de ella y ahora ya ni les importaba que fuera delante de los demás. Si no hubiera sido por el poco orgullo que le quedaba, habría salido corriendo de allí.

Anabel frunció el ceño en dirección a los hombres hasta que el último dejó de reír y comenzó a afanarse en alguna tarea. Belén sospechaba que el que Azrael hubiera aparecido a las espaldas de Anabel, con su hija en brazos, y reforzara el ceño fruncido de su mujer con el suyo propio ayudaba, aunque eso no consiguió que se sintiera mejor.

—Creo que estás equivocada —opinó Laura cuando Azrael las dejó para sentarse con Zadquiel—. No creo que los regalos de Neva estén relacionados con su buena voluntad o el simple hecho de hacer un presente. Todo lo que hace suele estar relacionado con sus planes y su conocimiento del futuro.

—¿Y sus planes fueron hacerle pasar a Anabel por todo el dolor por el que pasó y luego lo de ese horrible embarazo y todo lo que vino asociado? —preguntó Belén con sequedad.

—No creo que quisiera hacerme pasar exactamente por el dolor, sino que ese fue el precio que tuve que pagar para que ocurriera todo lo demás. ¿De

verdad crees que hubiera tenido la fuerza suficiente como para sobrevivir como reina en una corte de vampiros? Yo no era nada más que una simple humana. Ahora soy una humana con un don que resulta envidiable y maravilloso, muy diferente a lo que ninguno de ellos puede hacer. El rey ha demostrado en público que me quiere y me adora, lo que hace que cualquiera se lo piense dos veces antes de tratar de enfrentarse a mí, sobre todo, porque ahora también tengo el apoyo del pueblo. Y una última razón es que creo que Azrael jamás me habría visto como una igual solo por pasar de ser una esclava a una humana libre. Me habría consentido y cuidado como cualquier dueño cuida de su mascota, pero no me habría respetado como lo hace hoy en día. Tanto él como yo necesitábamos descubrir nuestras diferencias y aprender qué teníamos que cambiar para que pudiera funcionar.

Belén se mordió los labios. No estaba muy convencida de compartir la misma opinión, aunque tenía que concederle la razón en algo: era más que evidente que Azrael la respetaba incluso más allá del amor que le profesaba y que no quedaba ni la más mínima huella del «rey bastardo», como ella lo había llamado antaño en su mente, con el hombre que ahora sostenía a su hija como si fuera el tesoro más valioso del mundo.

¿Podía ella decir lo mismo de Cael?

CAPÍTULO 63



Belén encontró a Cael despierto en el nuevo dormitorio que le habían asignado.

—Vaya, ya pensaba que nunca conseguiría estar un rato a solas contigo. —Cael se incorporó con trabajo y se apoyó en el respaldo de la cama.

Ella respondió a su sonrisa y soltó la bandeja con la cena sobre la mesita de noche.

—Si tenía dudas sobre tu popularidad, me las han resuelto en estos últimos dos días. —Ella le colocó los cubiertos y el vaso de zumo al alcance de la mano y se sentó en el filo del colchón.

—En cuanto regresemos a mi dimensión, ya verás como nadie se acuerda de mí —bromeó él con un guiño. Belén estiró una arruga imaginaria que había en el edredón—. ¿Qué ocurre?

—¿Cómo puedes querer llevarte a tu dimensión a una mujer como yo?

Cael frunció el ceño y la estudió.

—Tengo una opinión muy clara sobre qué clase de mujer considero que eres, aunque por la forma en que lo dices, me da la sensación de que no coincide con la forma en que tú te ves.

—¿No es suficiente señal que tus hombres se rían de mí y me humillen a la primera de cambio?

Él inspiró con fuerza.

—Admito que al principio la opinión que despertaste en mi gente no fue la mejor. No todo el mundo comprende ese carácter arisco y rebelde que muestras a veces. Aunque estos últimos días su opinión sobre ti ha cambiado, estoy seguro de ello.

—¿Lo ha hecho? —Ella bufó dolida—. ¿No será que no quieres verlo al igual que no lo hiciste con el tema del traje de enfermera?

Cael espiró lentamente.

—No es lo que piensas.

—¿Ah, no?

—No me gustó lo que pasó con el traje de enfermera.

—Pues no se te notó hasta que tuviste que ponértelo tú mismo —espetó Belén con amargura.

—Tenía mis motivos para ocultarlo. Hay algo entre Gabriel y Andrea y no me fío de él. Dejar que saliera a comprarte ropa era perderlo de vista.

—No se trata solo de Gabriel. Ya se disculpó conmigo.

—¿Te han hecho algo más? —Cael frunció el ceño.

—No hace ni una hora que se rieron de mí delante de Anabel y Laura.

—¿Quiénes?

—¿Qué más da? Anabel y Azrael tuvieron que intervenir para que dejaran de hacerlo. Fue humillante. Ni siquiera hacía nada, solo estaba hablando con ellas.

—¿De qué estabais hablando?

—De los dones y de que yo no tengo ninguno —murmuró.

—Ahhh... ya comprendo.

—¿Qué hay que comprender? ¿Qué no le caigo en gracia a Neva? No me parece que eso sea algo de lo que reírse.

Cael se rascó la nuca con una mueca.

—Es que en realidad sí que tienes un don. Imagino que por eso se rieron, porque no eres consciente de él.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Tengo un don?

—Sí.

—¿Cuál?

—Eh... No sabría cómo explicártelo.

Belén cruzó los brazos sobre el pecho.

—Te lo acabas de inventar. Te lo agradezco, pero no me gusta que me mientan. En tu caso, además, ya has cubierto el cupo que te corresponde durante la próxima década —añadió con acidez.

Él alzó los brazos por encima de la cabeza.

—No te estoy mintiendo, solo que no sé cómo acabarás tomándotelo.

Ella entrecerró los ojos ante su actitud teatral.

—Suéltalo de una vez.

—Es un don que tienes que aprender a controlar, como cualquier otro. Yo con el mío...

—¡Déjate de rollos y desembucha!

Cael exhaló un profundo suspiro.

—Cuando te corres o tienes fantasías eróticas se las contagias a todo el mundo. Es como si nos metieras en tu mente y nos hicieras vivirlas.

—¿Qué?

Belén parpadeó. Le estaba tomando el pelo. Tenía que ser una broma, ¿verdad? ¿Cuándo tenía un orgasmo todo el mundo se enteraba?

—Al principio pensé que solo me afectaba a mí, no fue hasta que estuvimos en el asilo y te masturbaste en la ducha, todos los que estaban en la habitación de al lado conmigo...

—¡Oh, Dios! ¡Estás hablando en serio! —Belén se puso de pie de un salto y recorrió la estrecha habitación como una fiera enjaulada—. No me lo puedo creer. No puede odiarme tanto como para haberme hecho eso.

—No te lo tomes así, cariño. Aunque tengo que admitir que al inicio a mí también me sentó fatal, por eso de que no quiero compartirte con nadie —le explicó—. Lo cierto es que les diste una lección demostrándoles que eras más poderosa que ellos.

—¿Ahora tú también te vas a burlar de mí? —Belén soltó una carcajada seca—. Pensé que las cosas habían cambiado entre nosotros.

—No, cielo, no. Espera. Creo que no lo comprendes. Dejaste a un grupo de los mejores soldados de mi dimensión fuera de combate, incapaces de reaccionar ni moverse, dominados por tu mente. ¿Acaso no te das cuenta de lo extraordinario y terrorífico que es eso?

Ella se abrazó.

—No. No acabo de ver lo que eso tiene de extraordinario.

—Los dejaste de rodillas sin siquiera rozarlos. Eso en mi dimensión se considera tener poder. Si aprendieras a controlarlo, te convertirías en una mujer poderosa y temible allí.

Ella lo contempló boquiabierta.

—¿Tú estás tonto? ¿Qué mujer en su sano juicio querría un don que consista en dejar que viejos verdes se metan en su mente?

Los labios de Cael se estiraron en una mueca dolorida.

—Cielo, estoy convencido de que aprenderemos a controlarlo juntos.

—Apuesta por ello —siseó Belén furiosa consigo misma y con el mundo y

en especial con Neva, que la había hecho humillarse delante de aquellos capullos inmortales—. Ahora vuelvo —avisó sin más explicaciones.

—Belén. ¡Belén! ¡Escucha!

El corazón le latía en los oídos a medida que fue recorriendo el recinto en busca de Neva. Sabía que tenía que estar en alguna parte. Nunca andaba lejos de donde se encontraba Zadquiel y le constaba el tiempo que había pasado con los niños estos últimos días. Justo con ellos la encontró, en la sala de entretenimiento.

—¡Quiero hablar contigo! ¡A solas! —A Belén no le importó que los soldados se giraran extrañados hacia ella, ni que su voz fuera demasiado alta y chillona. Neva ya no podía hacerle nada peor de lo que ya le había hecho.

La niña alzó las cejas y la siguió hasta el cuarto de la limpieza, que era la única puerta abierta en las cercanías. Miró a su alrededor y frunció la nariz.

—Uhm... Espero que no sea sobre la limpieza del edificio sobre lo que pretendas hablar conmigo.

Belén la ignoró. No pensaba perder ni un segundo más en pamplinas.

—¿Era necesario que me humillaras de esa forma? ¿Qué te he hecho? ¿Contradecirte un par de veces? ¿No arrodillarme ante ti y besarte los pies como hacen los demás? ¿Qué ha sido?

Neva se quedó mirándola como si acabaran de salirle antenas en las sienes.

—¿Te importaría ser un poco más específica y aclarar de qué estamos hablando?

—Del don, de ese degradante don que me has dado. ¿No podías haberme regalado uno normal o ninguno? ¡Habría preferido ninguno a pasar por esta humillación! ¿Qué te he hecho para que hayas decidido que todo el mundo pueda meterse en mi cabeza cuando estoy... teniendo fantasías un poco subidas de tono? —Los ojos le quemaron, aun así, Belén mantuvo la cabeza bien alta y esperó su respuesta con los brazos en jarras.

Neva entornó los ojos.

—¿De verdad piensas que yo iba a regalarte un don tan idiota? Solo te serviría si fueras prostituta y quisieras duplicar tus ingresos.

Belén frunció las cejas.

—¿Entonces no eres tú la que me ha hecho eso?

—Obvio que no. —Neva sacudió la cabeza y puso las manos en la cintura—. ¿De qué forma necesitas que te explique que aún no te he otorgado ninguno?

—Pero alguien ha debido hacerlo. ¿Quién más aparte de ti tiene esa capacidad de otorgar capacidades especiales?

—¿Nadie te enseñó que las enciclopedias se encuentran en las bibliotecas? Al menos, en mi dimensión. ¿Por qué todo el mundo tiene que preguntarme siempre a mí, como si yo fuera el oráculo que conoce todas las respuestas?

—¿Entonces no lo sabes?

—Pues claro que lo sé —contestó la niña con un resoplido.

Belén inspiró para armarse de paciencia. Si la metieran en un manicomio probablemente encontraría a menos locos que en la otra dimensión. El brillo divertido en las pupilas de Neva le reveló que no solo conocía la respuesta que le había pedido, sino que también había seguido sus pensamientos. Belén cruzó los brazos y le mantuvo la mirada.

Neva bufó.

—Para empezar, se te olvida que eres un ángel vengador. Que seas una mestiza mitad humana no te priva de ciertas capacidades. Incluso si no fueras la *shangrile* de Cael serías inmortal. ¿Te haces una idea de todo lo que eso implica? —Neva le dio unos segundos para que el impacto de su revelación fuera asentándose—. Una de las habilidades de los ángeles vengadores es castigar a sus víctimas a través de los sentimientos. Puedes arrasar su mente y cuerpo con dolor, desesperación, ganas de suicidarse... y creo que también ha quedado claro que con placer. Algo mucho más bonito y agradable, si quieres mi opinión.

—Yo... no lo sabía. —Belén se abrazó a sí misma—. ¿Pero por qué ha tenido que manifestarse durante... esos momentos tan íntimos si yo no pretendía nada de eso?

Neva se estudió la punta de los pies.

—Te pasas todo el tiempo tan cerrada y tan obsesionada en no perder el control y en no abrirte a los demás que tu necesidad de sacar lo que tienes dentro se va acumulando. Basta un momento de relax para que esos muros y ese control se resquebrajen, es entonces cuando tus emociones se escapan para irrumpir y arrasar como una explosión. Si te relajaras en otro tipo de situación, las emociones que transmitirías serían diferentes. Quizás deberías reflexionar sobre qué está tratando de comunicarte tu subconsciente.

«¿Que mejor me pase a los masajes de pies?».

CAPÍTULO 64



Le llevó algo de tiempo regresar al dormitorio con Cael. Le había tomado un buen rato procesar todo lo que suponía la información que le había dado Neva. ¿Qué hacía una con una vida inmortal cuando hacía apenas nada aquella posibilidad le había parecido algo imposible? ¿Cómo quería pasar el resto de sus días?

Que se hubiera encontrado por el camino a Anabel anunciándole que al día siguiente regresarían a la otra dimensión no ayudó demasiado. Por muy intensos que fueran sus sentimientos por Cael, la perspectiva de pasar el resto de sus días en un sitio en el que no se sentía bien y en el que no era bien recibida se hacía menos atrayente cuando serían siglos los que pasaría allí.

Necesitaba hablar con él y necesitaba hacerlo antes de que se trasladaran a la otra dimensión. Con la mano en el picaporte, tomó una profunda inspiración.

Su mente se quedó en blanco ante el panorama que encontró al abrir la puerta. Observó incrédula la escena. Podría haberse esperado a un vampiro sexi en paños menores, contemplándola provocadoramente desde el lecho, pero lo que vio la dejó desarmada.

Cerró la puerta tras ella y se acercó en silencio a la cama. Con las manos en la cintura revisó el caos de diminutas extremidades que lo ocupaban todo. Sonrió para sí misma. Le habría gustado tener un móvil a mano para fotografiar la preciosa estampa de los niños esparcidos de forma caótica junto a Cael.

Con cuidado de no despertarlo, le apartó el pie de Julia del cuello. Suponía que sería inútil tratar de voltear a la niña, tenía la tendencia a moverse tanto que solo sería cuestión de tiempo que volviera a girarse. A Pablo lo tiró un poco más al filo de la cama para que tuviera más espacio y a

Carmen intentó separarla sin éxito de la pierna de Cael, al que se sujetaba como si fuera su muro de salvación.

Con un murmullo, Cael abrió un ojo. A Belén se le calentó el corazón al advertir cómo le sonreía.

—Aún queda un hueco para ti —murmuró ronco, palmeando la cuarta de colchón que quedaba a su espalda.

Belén rodeó la cama y, deshaciéndose de sus zapatos, se acostó detrás de él para abrazarlo y darle un beso en el hombro. Él se encogió como si le hubiera hecho cosquillas y le cogió el brazo para situarle la mano sobre su corazón.

—Te quiero —murmuró satisfecho, aunque se puso rígido en cuanto ella tardó en responder—. ¿Qué ocurre?

Ella titubeó.

—Cuando te dije que no podía tener hijos era cierto. No fue ninguna broma ni ninguna treta para hacerte sentir mal.

Él se giró en su abrazo y la miró.

—Lo sé, pero ¿qué tiene eso que ver ahora? Pensé que ya lo habíamos aclarado.

Belén señaló a los niños y sonrió con pesar cuando Mayca aprovechó la nueva postura para usar el pecho de Cael como almohada para su pierna, metiéndole el pie prácticamente en la boca.

—Que serías un buen padre y que te mereces tener tus propios hijos, hijos que yo no podría darte si siguiéramos juntos. La eternidad es un periodo de tiempo muy largo.

Cael la estudió de forma relajada y, dándole un beso a Mayca en la planta del pie, se lo apartó.

—No voy a mentirte. Me habría encantado que pudiéramos tener hijos propios, pero... —Cael señaló a las cinco criaturas que se habían hecho con su cama—. Míralos. —Esperó paciente a que ella siguiera sus instrucciones y sonriera sin poder evitarlo cuando Julia se abrazó a las piernas de Tomás como si fuera su osito de peluche. —Él la volvió a mirar—. ¿Qué tal si nos quedáramos con ellos?

—¿Con los cinco? —Ella se mordió los labios.

—¿Por qué no? ¿Vas a decirme que no les has cogido ya cariño y que no te preocupaba quién fuera a acogerlos y cómo se iban a sentir si los separaran?

Su corazón dio un vuelco. Aquello era justo lo que había estado pensando. ¿Tan bien la conocía?

—¿Y si no estamos preparados para ser padres de tantos niños de golpe? ¿Y si no estoy preparada para ser madre? No son mascotas a las que acoger sin más y deshacerte de ellas si la cosa no sale bien.

Él se puso serio.

—No, no lo son. ¿Hay planes de los que no me has hablado? ¿Algo que quieras hacer y para lo que los críos pudieran ser un obstáculo? —Cuando ella no respondió enseguida, Cael insistió—. ¿Son esos planes el motivo por el que querías las joyas?

—Tenía planes para las joyas, sí. Aunque ya no importa, las perdí.

—¿Para qué las querías?

Belén encogió los hombros.

—Quería llevarme a los niños del orfanato a un lugar tranquilo y protegido en el que pudieran crecer felices. Imagino que de alguna forma ya se consiguió sin el dinero de las joyas.

Cael se llevó su mano a los labios y la besó.

—Recuperaremos esas joyas. Las del coche seguramente ya las habrá rescatado mi gente, las otras dijiste que estaban en tu casa, ¿no?

—Suponiendo que no se les ocurriera buscar bajo la arena del gato —masculló Belén. La simple idea de que hubieran ido a robarle sus joyas ya la irritaba.

—¿Tienes gato? Nunca te había oído hablar de él.

—¿Yo, gato? ¿Para qué? Ya tengo un chucho y cinco niños —se mofó ella sin poder evitarlo.

Cael se puso rígido.

—¿Alguna vez dejarás de llamarme así?

—No.

Él se volteó hacia ella.

—No soy un chucho. Soy un lobo.

—Pareces un chucho.

Cael dio un suspiro y entornó los ojos a modo de rendición.

—Supongo que podría ser peor.

—Sí, podría estar recordándote que necesitas mejorar tus modales... y tus hábitos higiénicos.

—¡Ni se te ocurra hablarme de eso!

—¿De qué? —Belén utilizó su expresión de no haber roto un plato en su vida.

Lentamente se fue extendiendo una sonrisa por el rostro masculino.

—A pesar de todo lo que ha pasado sigues siendo una arpía.

—¿Algún problema con eso?

—Ninguno en absoluto. Una eternidad juntos sería demasiado aburrida si fueras una santa. —Ambos observaron cómo Pablo alzaba la cabeza, farfullaba algo para sí mismo y seguía durmiendo abrazado a Mayca—. Aunque tuviéramos hijos propios, no creo que pudiera mejorar esto. —La besó en la frente con cuidado de no despertar a las dos niñas enredadas en él—. Contigo aquí, tengo todo lo que quiero tener.

—¿Y tus responsabilidades como el hermano del rey? ¿No se supone que tienes que tener descendientes o algo así?

—Tú lo has dicho. Soy el hermano del rey, no el rey. Y somos cinco hermanos en total. No creo que el trono vaya a peligrar porque yo no tenga hijos de sangre propia, sin contar que, hasta hace unos meses, ninguno teníamos previsto tener hijos. Es imposible tenerlos si no es con una *shangrile* y en nuestra dimensión los nacimientos se están volviendo cada vez más escasos. —Cuando ella abrió la boca de nuevo, Cael le posó un dedo sobre los labios—. No hay nada que añadir al respecto. Lo único que me haría sentir mejor de lo que estoy ahora mismo es que me abrazaras.

Belén obedeció y, abrazándose a él, posó su mejilla sobre su pecho.

—Hay algunas cosas que aún nos quedan por discutir y algunas normas que debemos establecer si vamos a seguir juntos.

—¿Como cuáles?

—Como que los niños duerman en el lado derecho de la cama. —Sonrió cuando notó que él había alzado la cabeza para contemplarla—. Me gusta oír tu corazón —le explicó, a lo que él respondió con un suave carcajeo.

—¿Eso significa que vendrás a vivir conmigo y los niños a la otra dimensión?

CAPÍTULO 65



Cael miró incrédulo a los dos hombres.

—¡Maldita sea! ¿Habéis dejado que desaparezca sin más? —Si no hubiera seguido tan débil, les habría retorcido el cuello a los guardias *fey* que habían estado vigilando su dormitorio durante el día. En su lugar, se pasó la mano por el cabello reteniendo a duras penas las ganas de tirar de él y arrancárselo de cuajo. ¡Diosa! Le daba igual lo que le hubiera dicho el curandero sobre no levantarse y mantener el reposo unos días más. No iba a permitir que Belén se le volviera a escapar y desapareciera de su vida.

Con esfuerzo se sentó en el borde de la cama, procurando no rozar demasiado su ya de por sí sensible piel, y se despegó la vía de la vena. Le importó un carajo que en el proceso se cayeran varios botes de cristal, que estallaron sonoramente contra el suelo.

No iba a perderla otra vez. No después de todo lo que habían pasado juntos. Ella era lo más importante para él y si eso no era compatible con ser fiel a su dimensión y su familia que así fuera. Su mundo podía sobrevivir sin él, pero él no podría hacerlo sin su *shangrile*.

—¿A qué hora la visteis por última vez? —demandó iracundo.

—Sobre las tres y media de la tarde —informó el más alto de los *fey*, echándole un vistazo a su compañero para confirmarlo—. Poco después de entregarle las joyas que usted nos indicó recuperar para ella, señor.

Una oscura sospecha se instauró en su corazón. Cael le echó un vistazo al reloj; eran algo más de las nueve. Habían pasado casi seis horas desde que había huido y él había sido tan estúpido de darle las joyas con las que podía hacerlo. Alzó la silla en la que se había apoyado para ponerse de pie y la

estampó contra la pared, haciéndola añicos.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo? —La indignación en la voz femenina le envió un estremecimiento a lo largo de la columna vertebral.

Incrédulo, se volteó. Ahí estaba Belén, bajo el dintel de la puerta, estudiándolo con el ceño fruncido. Toda la tensión desapareció de golpe de su cuerpo. Estaba dispuesto a firmar con sangre ver ese ceño cada día de su vida con tal de que ella luego le sonriera y lo retara.

Los guardias *fey* desaparecieron de la habitación sin hacer ruido.

—¿Dónde has estado? —exigió Cael peinándose el cabello con los dedos mientras trataba de recuperar la compostura.

—He preguntado primero. —Belén soltó las bolsas de colores que llevaba y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me informaron de que te habías ido y pensé que habías vuelto a largarte con tal de no regresar conmigo a mi dimensión.

Las pupilas de ella se pasearon por la señal en la pared, las lascas de madera esparcidas por el suelo y lo que quedaba del esqueleto de la silla.

—No parece que te haya hecho mucha gracia esa idea...

—No, no lo ha hecho. No quiero volver a perderte —confesó él sin importarle lo patético que pudiera sonar.

Ella lo contempló por largo rato antes de entrar en el dormitorio y cerrar la puerta.

—Sabes que ahora tendremos que pagarle a la organización de Laura los desperfectos que hemos causado.

—Lo haré en cuanto me encuentre con ellos y me disculparé. —Cael buscó en su rostro alguna pista que le permitiera averiguar sus pensamientos—. Aún no me has dicho dónde has estado y por qué te fuiste sin avisar.

—¡Ah! —Belén hizo un gesto con la mano restándole importancia—. Había algo que quería hacer antes de que regresáramos a tu dimensión y oí a Azrael ordenando a uno de vuestros hombres que lo prepararan todo para esta noche.

—¿Esta noche? —Cael se apoyó sobre la cama para no perder el equilibrio.

—Al parecer, nos iremos en un par de horas.

—No pareces muy feliz con esa idea.

Belén apartó algunos cristales rotos con el pie.

—No sé cómo sentirme al respecto.

Cael escondió sus puños entre las sábanas para que ella no los viera.

—¿Podrías ser más específica?

—Sería demasiado lo que perdería si no voy, pero demasiado a lo que tengo que renunciar por estar allí. No tiene mucho sentido dicho así, ¿no? — Belén le impidió indagar más—: Tengo un pequeño problemilla. Ya sé que no soy la reina ni nada de eso y que tenéis esa norma de no meter de contrabando artículos modernos en vuestro mundo, pero ¿podrías intervenir para que se hiciera una pequeña excepción?

Cael esperó a que ella sacara de una de las bolsas de plástico lo que pretendía llevarse.

—¿Qué es esto? —preguntó estudiando el pequeño tarro blanco y abriéndolo para oler su contenido.

—Es una simple crema hidratante, específica para tatuajes; tengo que ponérmela durante un par de semanas.

—¿Tatuajes?

Él intentó que ella no notara su repentina rigidez. No estaba bien visto que una dama de la corte tuviera marcas en su piel, eso no ayudaría en absoluto a que la aceptaran como una más. Más que por él, le preocupaba que Belén volviera a sentirse rechazada. Él mismo comenzaba a sentirse harto de la hipocresía elitista del palacio.

Tras un breve titubeo, Belén se abrió la blusa y se alzó el cabello para mostrarle la espalda.

Cael reculó un par de pasos y se dejó caer sobre el filo de la cama.

—¿No te gusta? —Los dedos de Belén temblaron cuando trató de cerrarse de nuevo los botones de la blusa.

Sin palabras, Cael le pidió que se acercara y que se volteara. Abrió sus piernas, dejándole sitio entre ellas para sentarse.

Apartándole el cabello, admiró el amplio dibujo que recorría desde su nuca hasta toda la parte superior de la espalda. Era una figura circular dividida en tres partes. En la superior había un bosque con una luna azul y un perfil que le recordaba el palacio y algunos edificios significativos de su ciudad; en la parte baja, la silueta de una ciudad del mundo humano, llena de rascacielos y edificios modernos; y en el centro, uniendo ambos mundos, los ojos de un lobo.

Sus dedos le picaron, deseosos de recorrer el dibujo, pero con la piel visiblemente enrojecida temió hacerle daño.

—¿Te duele?

—Ya casi nada. Es, sobre todo, molesto.

Cael inspiró. Esas palabras significaban que le había dolido y que, aun así, lo había hecho por él.

—Es perfecto. Jamás había visto un tatuaje más hermoso.

—¿En serio? —Ella lo miró por encima del hombro—. ¿Estás llorando? —preguntó sorprendida, girándose para arrodillarse frente a él.

Él sonrió.

—Los vampiros no lloramos. —Le dirigió un guiño, pero no hizo nada por detener las dos lágrimas que resbalaron por sus mejillas.

Belén recogió una de ellas con reverencia, admirando la diminuta gotita que brillaba sobre su dedo.

—Quería darte una sorpresa. No pensé que pudiera gustarte tanto —admitió.

—Es el regalo más valioso que me han hecho jamás. Has marcado tu propia piel por mí, eso significa mucho más que cualquier otra cosa que hayan podido comprarme.

—No es solo cosa mía. Cuando vi a Zadquiel dibujando, se me ocurrió la idea, pero fue él quien realizó el diseño.

—Mi hermano siempre ha sido un artista. Espero verlo para agradecerse antes de que Neva se lo vuelva a llevar.

Ambos se contemplaron en silencio.

—¿Lo que me dijiste en el pozo lo sentías en serio o solo fue producto del momento? —preguntó Cael.

—Todas y cada una de las palabras eran sinceras.

Él le cogió la cara con ambas manos y la miró con intensidad.

—Te amo —confesó justo antes de bajar la cabeza y besarla.

Su beso fue dulce y lento, les permitió a ambos saborear el momento y las emociones que flotaban entre ellos. Cael la ayudó a levantarse y montarse sobre él mientras se tendía sin interrumpir el contacto de sus bocas.

Sentada sobre él, Belén se incorporó. En un gesto absolutamente sensual deslizó la blusa sobre sus hombros. Acto seguido, se deshizo del sujetador tentándolo en un juego tan provocador como erótico.

Cael siguió sus gestos casi sin respirar. Fascinado por la forma en que le caía la melena cobriza sobre su piel blanca, acarició sus senos.

—¿Aún te duele? —Belén tocó con cuidado una de las vendas que le cruzaban el pecho entre tramos de piel aún rosados.

—No, solo está algo sensible.

—¿Nada de uñas y manos entonces? —Ella ladeó la cabeza con un brillo

burlón en los ojos.

Él arqueó una ceja.

—¿Se puede hacer el amor sin uñas y manos?

—¡Qué decepción! ¿De verdad me estás diciendo que con toda tu experiencia no serías capaz de hacerme llegar al orgasmo sin ellas? —El mohín de Belén se intensificó.

Cael fue consciente de que sus labios, curvados hacia la izquierda, reflejaban una buena dosis de arrogancia.

—Me encanta que seas una arpía incluso en los momentos más románticos. Me da morbo confirmar que soy capaz de conseguir que esa sonrisa provocadora y maléfica se transforme en una de puro éxtasis cuando te haga el amor.

—¿Te refieres a una cara de clienta satisfecha en época de rebajas? —Lo provocó mordándole traviesa la parte baja del labio y escapándose de sus intentos por profundizar el beso.

—Para ti siempre habrá rebajas en lo que a mi cuerpo se refiere, pero nada de compartirlo con el público.

—¿Ningún trío, intercambio de parejas u orgía entonces?

Cael gruñó ante la idea.

—Si te digo que no estoy dispuesto a compartirte con nadie más en la cama, ¿me considerarías un machista?

—Mucho. —Le confesó premiándolo con un largo beso—. Eso sí, nada de cortesanas para ti tampoco, ni tratar de controlar mi forma de vestir, ni mi tiempo, ni... ni nada que esté relacionado con el sexo.

Un suave carcajeó masculino resonó entre ellos.

—Una vez que nos vinculemos, ni la mejor cortesana de esta dimensión o la otra sería capaz de levantármela. Forma parte de la letra pequeña del vínculo. Y en cuanto a lo del control... ¿por qué tengo la sensación de que serás tú la que me marque los ritmos?

Ella le mordisqueó juguetona la barbilla.

—Pensé que yo era la mejor cortesana de ambos mundos.

—Reformulo mi afirmación: una vez que nos vinculemos, ninguna otra mujer u hombre u otro ser, sea del género que sea, será capaz de excitarme sexualmente excepto tú.

De repente, Belén se sentó.

—Anoche, cuando despertaste y nos tocamos las manos, hubo unas luces...

—Lo recuerdo. Parte de lo que me retenía para cerrar el vínculo contigo

desapareció de alguna forma y liberó el dominio sobre mis sentimientos. Mi necesidad de vincularme contigo se desbordó y se escapó de mi control.

—Me estás hablando en chino —admitió Belén.

—Sería demasiado largo de explicar. Digamos que son cosas de Neva y que fue necesario que hiciera algo para que yo no perdiera el norte durante las pruebas por las que pasamos durante las últimas semanas.

—¿Por eso vino a soplarte en el ojo mientras dormías? Fue de lo más raro.

—¿Vino? Estaría dormido, aunque eso aclararía el motivo por el que me sentí tan liberado al despertar, sí.

Ella se puso seria de repente.

—Jamás llegaste a explicarme el motivo real por el que me rechazaste.

Cael pudo ver el dolor latente en sus ojos.

—Neva me había hecho algo que, como acabo de mencionarte, enfriaba mis sentimientos. —Cael titubeó—. Más que enfriar, la palabra quizás sería «contaminar». Me contaminaba a mí como persona y mi alma. No quería que eso te afectara a ti o a nuestro vínculo. Por otro lado, aún no había reunido el valor suficiente para confesarte que yo era tu lobo.

—Chucho.

Él abrió la boca para protestar, solo para sacudir la cabeza en rendición.

—Acabarás creándome un complejo.

—Sigue.

—Aunque tengo que confesar que, de no ser por esa lasca, no habría podido retenerme, no podía comprometerme contigo por el resto de nuestras vidas sin que supieras la verdad y sin estar seguro de si verdaderamente querías estar a mi lado tanto tiempo.

—En todo tu engreimiento, ¿cómo era posible que dudara de mí? No me encaja contigo.

—¿Perdón? —Cael la miró alucinado—. ¡Me cobrabas por estar conmigo!

—¡Porque eras un capullo esclavista! ¡Prefiero cobrar por mi cuerpo a dejar que me usen sin más!

—¡Ya te expliqué que aquello fue una confusión! ¡Y tú seguiste cobrándome!

—¡Porque sigues siendo un capullo! ¿Qué esperabas? ¿Que cayera a tus pies cada vez que chasqueabas tus aristocráticos dedos? Además, esas piedras son alucinantes y me encanta cómo me hacen sentir.

Por más que trató de encontrar una respuesta, la mente de Cael se mantuvo en puntos suspensivos.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué? —Belén bufó.

—Ponerme como cuatro trapos y rematarme dejándome sin nada que responder.

—¿Cael? ¿Estás poniendo morritos de niño consentido?

—Los vampiros no ponemos morritos, es anatómicamente imposible o como mínimo ridículo —protestó antes de entornar los ojos—. Vale, lo que tú digas. ¿Conforme? ¿Podemos hacer ya las paces?

—Aún nos queda un tema por aclarar.

—¿Cuál?

—Antonia.

Él se frotó el puente de la nariz y soltó un profundo suspiro.

—¿Qué quieres saber sobre ella?

—¿Qué significa para ti?

—Es difícil de explicar. —Cael suspiró y miró al techo.

—Inténtalo. —A pesar de su máscara de indiferencia, la voz de Belén sonó demasiado aguda.

—¿Alguna vez has tenido un retrato o, en tu caso, una fotografía que al verla te trae recuerdos y momentos bonitos de tu pasado? Consigue hacerte sonreír, te envuelve el corazón con calidez, sientes una conexión especial con ella y, a veces, hasta te hace sentir más joven. Solemos atesorar esas imágenes porque nos recuerdan algo que una vez fuimos. Antonia provoca algo similar en mí. No es que la consideré un objeto ni mucho menos, no me entiendas mal; la quise y la querré, pero el yo de la fotografía que estaba junto a ella ya no soy yo, sino alguien de mi pasado. Mis sentimientos por ella y lo que tuvimos no es un amor vivo, es cariño, aprecio y amistad. ¿Tiene algún sentido lo que estoy tratando de explicarte o solo la estoy liando más? —preguntó Cael con una mueca.

Ella no respondió de inmediato.

—Creo que sí.

—Escucha, cielo, he vivido muchas vidas hasta llegar aquí contigo. He tenido amantes, encaprichamientos y hasta desamores. Todos ellos me han convertido en la persona que soy ahora y forman parte de mí. Sé que a veces eso te hará dudar de mí o sentir celos de mi pasado, pero quiero que tengas muy claro que, a pesar de las relaciones y las personas con las que he estado, siempre he sentido una soledad latente y la conciencia de que me faltaba algo, por lo que mi búsqueda nunca acababa. Ese algo eres tú, solo tu llegada ha

conseguido que sienta que he encontrado la pieza que faltaba para completarme.

Belén apoyó la frente en la suya.

—Intentaré recordarlo. ¿Seguirás viéndola?

—¿A Antonia?

—Sí. —Ella asintió.

Él la separó para que pudieran mirarse.

—Eso depende.

—¿De?

—De que seamos capaces de perdonarla. —Cael notó cómo se tensó Belén sobre él.

—Imagino que piensas explicarme de qué estamos hablando.

Él cerró los párpados un instante. ¿Cómo se lo tomaría si ni él mismo tenía claro cómo asimilarlo?

—El día que los niños huyeron, antes de encontrarte, me crucé con ella y le leí la mente. —Cael resopló ante la decepción que había sentido y que volvía a inundarlo al recordarlo—. Fue ella la que ayudó a los niños a huir y el motivo por el que te ayudó no fue... Digamos que nada de lo que hizo aquel día fue altruista.

—¡Hija de puta! ¡Quería quitarme de en medio!

Por mucho que le doliera, Cael no tuvo más remedio que asentir.

—Me temo que sí.

Ambos se quedaron durante un rato en silencio.

—Pero hay algo que no me encaja. ¿Cómo sabía que yo iría tras los niños? ¿O lo que podía pasar?

—Por lo que pude sacar de sus recuerdos, había conseguido recopilar bastantes rumores por parte de mi gente. Sabía de Andrea, de tu cautiverio y de que te andaban buscando a ti y a los niños. Aunque hubo algo más, algo que tal vez habría que investigar en más profundidad —murmuró Cael cada vez más bajo a medida que iba considerando las implicaciones—. Lo que realmente la impulsó a actuar fue un sueño que había tenido justo la noche anterior y que le reveló lo que tenía que hacer para recuperarme.

—Y borrar a mí de la ecuación —añadió Belén con sequedad—. ¿Y de verdad quieres seguir en contacto con una persona así?

Cael estuvo a punto de defender a Antonia, explicándole que después de todo no era más que una humana que había actuado impulsada por los celos y que en el fondo no era tan mala; sin embargo, ni siquiera él quería cruzarse

con ella durante una larga temporada.

—Cuando tú y yo estemos preparados, volveremos a hablar de ella y serás tú quien tenga la última palabra.

Por cómo Belén apartó la cabeza y cambió de tema, a Cael le quedó claro que no sería un tema fácil de tratar en el futuro.

—Entonces, ¿tú y yo ya estamos vinculados?

—No, solo fue una vinculación simbólica. —En cuanto le vio la cara, se arrepintió de haberlo dicho de esa manera.

—¿A qué te refieres con vinculación simbólica? ¿Qué hay de esa luz? Sentí que se enroscaba con la tuya, igual que la última vez. —Belén enredó sus dedos con el hilo de una venda.

—Pero no terminaron de fundirse, ¿verdad? —Cael intuyó que andaba por tierras movedizas incluso antes de que Belén se levantara de la cama y buscara la blusa para taparse.

—¿Eso significa que no soy tu *shangrile* o que volviste a rechazarme?

Cael se incorporó con trabajo para tirar de ella hacia el colchón y abrazarla.

—Eso significa que yo no era capaz de llegar a consumir el acto a un nivel físico, cielo. El vínculo nos une en cuerpo y mente, pero debe consumirse para que sea así. Y si tú lo estás, yo estoy más que dispuesto a probarlo ahora mismo.

—¿Ahora? ¿Cómo?

—Solo necesitamos hacer el amor, sentirlo y compartir nuestra sangre al mismo tiempo.

—¿Eso es todo? —se aseguró Belén con tono desconfiado.

—Eso es todo —confirmó Cael acariciándole la mejilla—. ¿Me harías ese honor, Belén? ¿Estarías dispuesta a vincularte conmigo, ser mi *shangrile* y compartir mi inmortalidad por el resto de nuestras vidas?

—¿Me volvería un vampiro como tú?

—No, aunque es posible que desarrolles un apetito por mi sangre.

—¿Tampoco un lobo?

—Tampoco. No es algo genético, sino un don que Neva me regaló para mi bautizo.

—¿Cómo en el cuento de la Bella Durmiente?

—No quisiera ser la Bella Durmiente, pero sí, imagino que podríamos establecer un paralelismo —admitió Cael con la nariz fruncida.

—Neva me dijo que yo ya era inmortal —lo dijo como si no se lo creyera.

—No importa si lo eres o no. Al vincularnos, se entrelazan los hilos que unen nuestros cuerpos con nuestras almas, el mío reforzará el tuyo y hará que vivas mientras lo haga yo.

—Por esa misma regla, quizás el mío, que es medio humano, debilite el tuyo, ¿no?

—No. También tú fortalecerás el mío, incluso alargando mi esperanza de vida.

—¿Y cuál es si puede saberse?

—Lo normal suelen ser unos cinco mil años, pero hay vampiros que han llegado a los siete.

—¡Guau!

—Es mucho tiempo para poder ser felices, pero más aún si uno es infeliz.

Una arruga apareció en el entrecejo de Belén ante el comentario.

—¿Y tú piensas ser feliz o uno de esos viejos amargados que se dedican a joderle la vida a los demás?

—Belén, dime que esa pregunta no me la has hecho en serio —le demandó boquiabierto.

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Nah, solo es una broma para que te dejes de tanta historia y me echas ese maravilloso polvo mágico de una vez.

—¿Polvo? Eso suena a dibujos animados y a magia de pacotilla. Acabas de matar todo el romanticismo.

Ella lo abrazó y lo besó en los labios.

—Puede, pero aun así me quieres.

—Eso es cierto. —Sonrió.

—Entonces échame ese pol...

—Amor, haremos el amor.

—Es lo mismo echar un pol...

—No, no es lo mismo y haremos el amor.

Ella entornó los ojos, aunque no consiguió responder. La puerta se abrió de golpe y Cael apenas tuvo tiempo de tirarla sobre la cama y taparlos a ambos con las sábanas antes de que cinco criaturas chillonas saltaran sobre la cama pegando gritos.

—¡Eh, eh, eh! Calmaos. ¿Qué os pasa? —Cael consiguió evitar justo a tiempo que Tomás cayera sobre Belén, quien hacía lo imposible para mantener sus pechos cubiertos.

—¡Los vampiros!

—¡Tenéis que venir a verlos!

—¡Les ha entrado un virus o algo!

Era imposible distinguir quién gritaba el qué con tantas voces.

—¿Vampiros con virus? —Belén se sentó de golpe.

A él no le extrañó su reacción. Sonaba a película de terror y de las malas para más inri.

—¿Por qué creéis que tienen un virus? —Cael cogió la blusa caída al lado de la cama y se la entregó a Belén, quien se la colocó tan apresurada que la mitad de los botones no coincidieron.

—Están todos raros y visten igual —susurró Mayca mirando a la puerta como si temiera que de un momento a otro fueran a venir a por ella.

—¿Raros? Definid «raros» —pidió Cael, consiguiendo pescar su batín del sillón sin salir de la cama.

«¿Hermano? ¿Qué está ocurriendo?».

«¡Tienes que venir con Belén a la sala de tácticas! ¡Date prisa!».

CAPÍTULO 66



Aunque no encontraron trazas de ansiedad en la gente que se cruzaba con ellos, a medida que fueron acercándose a la zona señalada, quedó más patente que efectivamente ocurría algo. Todo el que no se encontraba de guardia en el recinto parecía estar acudiendo a aquella zona o venía de ella.

Laura apareció de improvviso ante ellos arrancándole a Belén un grito sobresaltado.

—Lo siento. He acertado camino —se disculpó Laura.

—¡Dios, un día de estos me vas a matar del susto!

—Lo siento. Había demasiada gente.

—¿Desde cuándo sabes hacer eso? —Cael estudió a Laura con ojos entrecerrados.

—¿Qué está pasando? —inquirió Belén al mismo tiempo.

Laura ignoró a ambos.

—Tenéis que ir al comedor. La sala de tácticas se quedó pequeña con tanta gente.

—¿Por qué hay...? ¡Laura! —Belén miró frustrada el espacio vacío en el que había estado hacía apenas un segundo.

—No sabía que pudiera teletransportarse.

—¿No? Ah, es posible. En tu dimensión lo mantenía en secreto y aquí has estado la mayor parte del tiempo dormido.

—¿Ya podía hacerlo en mi dimensión?

—Sí, es el don que le regaló Neva.

—Mhm... —Cael frunció los labios ensimismado—. Me pregunto para qué le habrá dado un don como ese.

Aquello fue lo último que le faltaba escuchar a Belén. ¡Estaba hasta las narices de los endemoniados dones y abracadabras de esa niña!

—No quiero volver a escuchar nada sobre los dones de Neva hasta el día de mi jubilación.

—No sabía que los inmortales tuviéramos jubilación, pero votaré a favor si se lo propones al consejo —bromeó Cael, aunque a Belén le resultó fácil adivinar que el brillo de sus ojos significaba que aún le estaba dando vueltas al dichoso don de Laura.

Cambiaron el rumbo hacia el comedor. No dejó de echarle ojeadas a Cael, quien trataba de mantener el paso a su lado. Le preocupaban las diminutas gotas de sudor en su frente y los dientes apretados por el esfuerzo que ejercía en sus debilitadas condiciones de salud.

Coincidieron con Azrael y Anabel a la entrada del atestado comedor.

—¿Tú sabes de qué va esto? Nos ha avisado Laura. —Anabel revisó la muchedumbre a su alrededor con ojos entrecerrados—. Está ocultando algo. Soy capaz de apostar mi última caja de bombones.

—No tengo ni idea de qué va. Vinieron a avisarnos los niños.

—¿Dónde están?

—Les he dicho que no salgan de la habitación hasta que vayamos a por ellos.

—Mejor. Azrael puso el grito en el cielo en cuanto se enteró de lo que pasaba, pero se ha negado a contarme nada.

Si la sala en condiciones normales estaba preparada para unas cien personas, en aquel momento debía de haber al menos el doble, con soldados y demás personal de pie ocupando cada hueco libre. Azrael y Cael les abrieron paso hasta la mesa desde la que les hacía señales Laura. En el trayecto, aparte de que todo el mundo miraba la barra vacía de la cafetería, Belén se fijó en que el porcentaje de féminas asistentes era muy superior al de los hombres, a pesar de que durante su estancia el número de varones siempre había superado con creces al de las mujeres. En cuanto consiguieron sentarse, Belén escrutó incómoda los alrededores. Laura se acercó con una bandeja de tequilas margaritas y, tras dejar las copas sobre la mesa, le dio un apretón en el hombro.

—Esto va por ti, compañera —le susurró con un guiño, largándose antes de que Belén consiguiera abrir la boca.

Las luces de la sala se apagaron a excepción de los focos sobre la barra y varias linternas de campo, cuyos haces de luces iban moviéndose por la

habitación como si de una gala de los Óscar se tratara. Los asistentes estallaron en aplausos y vítores tan fuertes que Cael y Azrael se taparon los oídos. Al girarse, Belén escupió el trago de margarita que acababa de tomar y a Anabel le llegó la barbilla tan abajo que pareció desencajarse de su mandíbula.

—¿Tú estás viendo lo mismo que yo? —murmuró Anabel.

—¿A ocho vampiros y seis de ellos vestidos de enfermeras? —Belén asintió incapaz de apartar la mirada de Aaron y Zadquiel, que iban abriéndoles camino a Gabriel y al resto de los hombres, que mostraban generosamente sus musculosas piernas bajo las diminutas falditas.

—Cuidado, Aaron y Enamed son gárgolas. Suelen ofenderse si se les confunde con nosotros —advirtió Cael divertido.

Aaron les hizo un guiño al pasar por delante de su mesa.

—Fijaos en nuestro tono de piel sexi y bronceado y jamás nos volveréis a confundir con un descolorido vampiro.

—¡No te pases! —masculló Cael.

—Dejaos de chácharas y acabad. Tenemos un regreso que preparar —gruñó Azrael cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Te has fijado en que cada vez que hay carnavales o una fiesta en la que la gente se disfraza, la mayoría de los hombres acaba vistiendo de mujer? Debe de ser algún tipo de complejo masculino, o su necesidad de sacar a flote ese lado femenino que siempre andan ocultando —opinó Anabel inclinada hacia el oído de Belén, aunque era más que obvio que iban a enterarse todos los inmortales de la sala.

—De acuerdo. —Laura golpeó varias veces un vaso con una cucharilla para llamar la atención del público—. Como todos sabéis, estos últimos días hemos tenido unos visitantes un tanto especiales. Su jefe —Laura señaló a Azrael— ha accedido a que este acto se celebre en público y que podamos asistir. Sé que os va a parecer un poco raro. ¿Qué digo? ¡Es raro! Pero tengo que admitir que me encanta. —Laura les dio un repaso a los hombres—. A los culpables les habría dado una paliza y les habría metido un palo de fregona por el culo por su actitud machista y retrógrada. —En la sala se oyeron varios gemidos masculinos y varios de los hombres vestidos de enfermera apartaron incómodos la mirada—. Pero he de decir que si hubiéramos tenido disfraces suficientes esta sala habría estado llena de soldados vestidos de enfermera como señal de apoyo y respeto y eso, en sí mismo, creo que tiene un valor incalculable —acabó Laura mirando hacia Belén, que no supo qué hacer con

ese discurso.

Los seis hombres disfrazados se colocaron delante de la mesa de Belén e hicieron una inclinación ante Azrael.

—Su majestad. —Esperaron a que este asintiera para girarse hacia Cael y repetir el proceso—. Alteza.

Un cosquilleo nervioso se extendió por el estómago de Belén al ver la seriedad con la que un Cael, aristocrático y muy diferente del que había conocido en los últimos días, inclinaba con respeto la cabeza.

Belén se sujetó a la silla cuando los seis se clavaron de rodillas ante ella. Tres de ellos con las cabezas agachadas, entre ellos Gabriel, que fue quien habló.

—Señora, hace poco cometimos el tremendo error de proporcionarle ropa poco apropiada para una señora de su estatus y valía. Mediante este acto y por las antiguas leyes del «ojo por ojo y diente por diente», queremos enmendar públicamente nuestro error. Sentimos la afrenta que le hemos causado, nos avergonzamos de nuestra estupidez y le pedimos disculpas.

Otro hombre tomó el relevo en la palabra.

—Señora, hablo en nombre de todos los compañeros, tanto de los que estamos aquí ante vos como de aquellos que no han podido asistir, para hacerle llegar nuestro respeto más profundo de guerreros a guerrera.

Como si fueran uno solo, todos los inmortales de la sala cayeron de rodillas con la cabeza agachada, incluidos Aaron, Zadquiel y Cael. El rey se levantó para situarse frente a ella.

—Rara vez recibo tantas referencias y alabanzas sobre un guerrero como aquellas que me han llegado sobre vos. Tengo que confesar que el que salvarais a mi hermano ya me habría servido para estaros eternamente agradecido; sin embargo, oídos los relatos de los soldados humanos, de mis hombres y la rei... —Azrael carraspeó—, de mi esposa, quien avala vuestra lealtad y honestidad, además de vuestro valor y capacidad de sacrificio, he decidido otorgarle un título que recibirá en las próximas semanas y una invitación oficial para formar parte de nuestro cuerpo de élite, la cual espero que nos concedáis el honor de aceptar.

Anabel debió de verle la cara, porque antes de que pudiera salir ningún sonido por la boca, que por otro lado ya llevaba rato abierta, se inclinó hacia ella:

—Recuerda que es el rey, que estamos en público y también que la mayoría de los humanos no lo saben.

—Sí, eh... gracias... eh..., jefe. No hacía falta, pero gracias de todos modos.

Si Belén había pensado que por decir poco iba a ahorrarse el meter la pata, el gemido de Anabel y el visible temblor en las comisuras de los labios de más de un inmortal, incluidos los de Azrael y Cael, le reveló que no le había servido de nada. ¿Qué demonios esperaban de ella si no le decían lo que querían?

—Espero que me responda durante el nombramiento a la invitación. Una semana debería ser suficiente tiempo para pensárselo. Por lo demás, y a nivel personal, gracias por salvar a mi hermano y a uno de mis mejores hombres, en agradecimiento me gustaría regalarle esto. —Azrael se sacó una daga de la manga y se la ofreció con la palma extendida.

La sala irrumpió en aplausos cuando ella la aceptó con manos temblorosas y solo esperó que nadie se diera cuenta de que no tenía ni idea de qué hacer con aquel trasto.

A excepción de los que estaban vestidos de enfermera, el resto se incorporó.

—Señora, quedamos a vuestra disposición y voluntad —dijo Gabriel.

Tres de los que habían estado frente a ella se levantaron y retrocedieron dos pasos, dejando a sus compañeros pagar su penitencia. Los que seguían arrodillados sacaron espadas de sus espaldas y estiraron los brazos ofreciéndoselas.

Después de un rato, Anabel le dio un codazo.

—Están esperando que les impartas una sentencia —murmuró Anabel.

«¿¡Qué?!». Belén desvió, horrorizada, la mirada de ella a los hombres. Lo peor fue el volverse consciente del absoluto silencio en aquella sala atestada y la cantidad de ojos que se mantuvieron puestos sobre ella. Todos, para ser exactos.

—¡Ah, no! Esto ya es la gota que colma el vaso. —Belén alzó las palmas—. Conmigo no contéis para nada de eso. Esas cosas no me van.

—Cielo, te están ofreciendo sus respetos y pidiéndote perdón. Es su forma de redimirse. Si no les concedes su castigo se considerará que les has denegado su perdón y, por ende, nadie puede perdonarles esa falta —le explicó Cael por lo bajo.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Cortarles los huevos con sus propias espadas? —siseó Belén alterada.

—Podrías si quisieras, supongo —respondió Cael despacio, con una

mueca muy similar a la de la mayoría de los hombres de la sala, aunque él, en vez de taparse sus partes nobles, se limitó a apretar las piernas.

—¿Qué clase de mujer crees que soy?! —¿A él le habría cortado los huevos con la dichosa daga de Azrael! Al menos, así le habría dado un uso. ¿Cómo se atrevía siquiera a pensar que ella sería capaz de hacer semejante atrocidad?

—Cielo...

—¿Puedo hacer una propuesta? —preguntó Laura desde una esquina de la barra.

—Solo si estás dispuesta a llevarla a cabo tú —refunfuñó Belén con una mirada de advertencia.

Laura le mostró una sonrisa torcida.

—Mira a tu alrededor. La mayoría de los que estamos aquí llevamos varios meses encerrados en el recinto y nos vendría bien un poco de animación.

—¿Esa sí que es una buena idea!

—¡Sí, que muevan el esqueleto y que nos enseñen si saben poner inyecciones!

Azrael escupió el trago que acababa de tomar de su margarita y le dirigió una mirada asesina a Anabel cuando esta le dio un codazo cómplice a Belén.

—Eso sí sería una idea genial. Nunca he visto a un enfermero con falda poniendo inyecciones. —Río por lo bajo, pasando completamente de su marido.

—¿Y bien? —preguntó Laura reteniéndose la risa.

Belén le echó una ojeada a Cael, quien le respondió con un guiño.

—No sería la primera vez que hacen un estriptis. Me consta que Aaron, Zadquiel y Gabriel estuvieron trabajando bajo una coartada en un club durante una misión. Y sin duda te agradecerán que no les prives de una parte tan valiosa de su anatomía.

Por más que estudió a los hombres arrodillados, no consiguió discernir ni el más mínimo gesto o expresión ante su posible castigo. Anabel y Laura, por su parte, la miraban con sinceridad, mostrándole que decidiera lo que decidiera la apoyarían y que estaba en ella elegir si quería seguir adelante con aquello o no.

Ella, por su parte, podía vivir con aquel castigo. ¿No querían ojo por ojo y diente por diente? Si querían sentirse como un objeto sexual, aquella sentencia les venía como anillo al dedo.

—Desnudaos encima de la barra, bailad y procurad hacer las delicias del público. Ellas son las que decidirán si os habéis redimido lo suficiente o no —exigió Belén en alto tratando de mantener su voz firme a pesar de que sus mejillas se sentían como si acabaran de ponerle la cabeza encima de una vitrocerámica.

Entre silbidos, gritos y aplausos los hombres se pusieron de pie. Le sorprendió la expresión mitad diversión, mitad reto en los ojos de Gabriel, en tanto que los otros dos intercambiaban una mirada confundida. Los tres se limitaron a dirigirle una última inclinación antes de saltar encima de la barra junto a sus compañeros.

—¿Sabías que nunca había visto un estriptis de hombres? —preguntó Anabel con una risita de anticipación.

—Yo tampoco —admitió Belén cayendo en su risa.

—Esto ya es lo último que me hacía falta presenciar —gruñó Azrael malhumorado—. ¿Tan difícil hubiera sido aceptar la daga y hacerles un pequeño corte y untarlo con ajo para que se formara una marca que los redimiera?

—No seas aguafiestas. ¿No querías ir a organizar el regreso? Nadie te obliga a quedarte aquí con nosotras —le espetó Anabel, a lo que él masculló algo que sonaba bastante a «¡Mujeres!» antes de tomar otro trago y cruzar los brazos.

—¡Ehhhh! ¿Y qué pasa con esos dos buenorros? —increpó alguien del público.

Aaron rio y Zadquiel se rascó la nuca con una media sonrisa abochornada ante el rítmico coro de féminas exigiéndoles «¡Que suban! ¡Que suban! ¡Que suban!».

El gemido de Azrael quedó ahogado por los gritos de júbilo cuando Aaron y Zadquiel se situaron delante de la barra porque ya no cabían encima.

El intento de que se subiera Azrael quedó ahogado por una mirada asesina y Cael se ganó un abucheo al decir:

—Yo ya estoy cogido, chicas.

—A mí no me importaría que subieras a la barra, cariño —le propuso Anabel a su marido con dulzura—. Y te prometo que le arrancaré la peluca y las tetas falsas a cualquiera que se atreva a ponerte una mano encima.

CAPÍTULO 67



Azrael se inclinó hacia Anabel para responderle al oído, pero con la música que de repente inundó la sala Belén tuvo que conformarse con sacar sus propias conclusiones del traicionero rubor que cubrió el rostro de ella.

Si pensó que pasaría vergüenza ajena presenciando el espectáculo masculino, pronto descubrió cuán equivocada estaba.

—¡Joder! ¿Dónde han aprendido a bailar así! —Belén contempló alucinada cómo movían la pelvis al ritmo de *Despacito*.

—Cuando yo bailé contigo no reaccionaste así —rumió Cael con el ceño fruncido.

Belén hizo una pausa en su valoración sobre a cuál le favorecía más la luz de los focos sobre el incitante despliegue de músculos y le echó una ojeada a Cael.

—¿Estás celoso? Hace un momento te parecía divertido lo del estriptis.

—Hace un momento no se te estaba cayendo la baba por otros hombres.

—¿Quién ha dicho que se me esté cayendo la baba? —Belén le mantuvo la mirada cuando él arqueó las cejas—. Y siempre puedes salir a bailar para mí.

Cael entrecerró los párpados, pero el brillo de sus pupilas cambió a uno de puro depredador.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que baile para ti? —Su voz fue tan incitante que resonó en su bajo vientre, extendiéndose con un cosquilleo.

Belén tragó saliva.

—¿Y si te dijera que sí?

Él acertó la distancia entre ellos.

—¿Prefieres que lo haga en público o en privado, solo para ti,

desnudándome y demostrándote lo que me provocas? Y tal vez luego quieras que baile desnudo contigo, pegado a tu cuerpo, como aquel día en la fiesta, ¿recuerdas? Pero esta vez te desnudaría prenda a prenda, con lentitud, tomándome mi tiempo, hasta sentir el calor de tu piel contra la mía.

Ella no tuvo muy claro si era la sexi ronquera o las promesas que le estaba murmurando lo que provocó que sus muslos se apretaran enviando una intensa corriente de placer desde su clítoris hasta su vagina.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Estás seguro? Aún no te encuentras del todo bien.

—Siempre puedes acabar bailando sobre mi regazo si necesitara descansar. Te enseñaré cómo moverte.

—Podría vivir con eso —murmuró ella sin aliento.

—¿Nos vamos entonces? —La sonrisa autosuficiente de Cael le reveló que ya sabía la respuesta de antemano.

Ella le echó un último vistazo a la zona de la barra, donde la mayoría de los hombres ya estaban casi desnudos y a la que habían accedido algunas mujeres más que dispuestas a participar y ayudarles en la ardua tarea de despojarse de las últimas prendas. ¿Para qué quería ella ver cómo aquella chica arrodillada le abría a Zadquiel la cremallera o cómo aprisionaban a aquel rubio en un sándwich humano?

—Espera, ¿ese no es... el romano? —Ella se giró boquiabierta hacia Cael.

—¿Eso cambia los planes? —Él no parecía nada feliz con esa posibilidad.

Negó. No hizo ni el intento de realizar una inspección más exhaustiva del hombre.

—Otro día me lo presentas. Ahora mismo te prefiero...

Una helada corriente inundó la estancia y las luces se encendieron de golpe. La chica que había estado arrodillada ante Zadquiel se apartó con un grito, como si se hubiera quemado, mientras él zarandeaba los pantalones entre maldiciones tratando de no tocar las partes metálicas que se habían cubierto de la misma fina capa de hielo que se fue extendiendo sobre los muebles y lámparas.

—¡Neva!

—¡Neva!

Azrael y Cael se pusieron de pie de un salto, con los músculos tensos y los hombros echados hacia delante como si estuvieran preparándose para atacar. La niña los ignoró a ellos y al resto de la muchedumbre, que se habían

apartado de su camino como podían.

—Creo que ya es hora de que regreses y cumplas con tu compromiso.

—Neva, por favor, tranquilízate. Zadquiel se irá contigo, pero tienes que calmarte. —Cael se acercó a ella despacio y con las palmas en alto.

—¿Calmarse? Le pides un imposible a esa maldita loca. ¡No sabe lo que es eso! Solo lo que son sus caprichos, antojos y manipulaciones y que todo el mundo esté postrado a sus pies —gritó Zadquiel fuera de sí.

—¡Zadquiel! —gruñó Azrael.

—¡Una mierda Zadquiel! —siseó este de vuelta. Para el horror de todo el mundo, el hielo fue envolviéndolo, subiendo de forma inexorable desde los pies.

—¡Neva! ¡Neva! ¡Por favor! —El ruego de Cael se volvió más urgente.

—¡Da igual lo que hagas, maldita bruja! ¡Jamás conseguirás que me entregue a tus caprichos! ¿Te enteras? Jamás con-se-gui... —A través del cristalino hielo, Zadquiel los miró lleno de una rabia salvaje y desmedida.

—Neva, por favor, es mi hermano. Conoces a Zadquiel. A veces es impulsivo, pero...

La niña ignoró a Cael y avanzó hacia la barra.

—Neva, te hablo como rey. Libera a mi hermano o me veré en la tesitura de enfrentarme a ti. —Azrael se irguió tenso.

—Escúchame, mi reina. Un enfrentamiento no nos favorece a nadie. Zadquiel pertenece a nuestra familia real, nunca hemos hecho nada a propósito para enfrentarnos contigo, siento un profundo cariño y respeto por ti y me consta que todos y cada uno de mis hermanos sienten lo mismo. No nos obligues a entrar en batalla contigo. —Fueron tanto los intentos de Cael por apaciguarla que Belén no pudo más que estar a su lado.

—Es cierto lo que dice, Neva. Ellos sienten cariño por ti. He oído como hablan de ti, he visto cómo interactúan contigo y los comprendo, porque eres una persona complicada, pero quien te conoce no puede dejar de sentir agradecimiento y amor por ti. —Belén puso todo lo que sentía en sus palabras.

La niña se paró y los miró de uno en uno. Cabeceó con un suspiro y a Belén no le pasó desapercibida la expresión de su mirada.

—No le haré daño. Solo me lo llevaré conmigo para que termine de cumplir el compromiso que adquirió conmigo.

—Neva...

—No le haré daño, Cael. No intencionado. Nunca. Ni siquiera, aunque esté enfadada o decepcionada con él. Lo juro, pero no renunciaré al pacto que se

cerró.

—No se lo hará, Cael. —La reina madre apareció detrás de Neva, la pasó y se acercó apresurada a Zadquiel—. Pero eso tampoco significa que quiera ver a mi hijo en este estado, Neva.

—Lo descongelaré en cuanto llegue a mi palacio y se haya calmado. No siente dolor ni frío ahora mismo, solo la impotencia de sentirse atrapado y de no poder desahogar el odio que me tiene. No lo toques, Sheila —la avisó Neva cuando fue a tocar el rostro congelado de su hijo—. A ti sí te dolería tocarlo.

Sheila acarició el rostro de Zadquiel de todos modos.

—Jamás olvides que tienes una familia que te quiere, hijo. Eres fuerte y más inteligente que tu destino. No te rebeles contra él si puedes engañarlo para conseguir lo que necesitas.

Belén observó atónita cómo los dedos de la reina madre fueron tornándose azules. Cael abrazó a Belén desde atrás y ella posó sus manos sobre las suyas, a sabiendas de que lo hacía más para buscar consuelo en ella que para ofrecérselo.

—Apártate de él, te estás congelando. —Aaron dio un paso en dirección a la reina madre, quien recorrió su dorso desnudo y los pantalones entreabiertos con la mirada.

—¿Quién te crees que eres para dirigirte a mí, bastardo?

—Lo sabes de sobra, por más que pretendas engañarte —replicó la gárgola con la mandíbula tensa.

—Jamás te atrevas a acercarte a mí o te mataré con mis propias manos —le prometió la reina madre.

Aaron apretó los dientes y observó sin ningún otro comentario cómo ella posaba la frente sobre la de su hijo para despedirse. Dando un paso atrás, se apartó de la estatua de hielo y dejó que Neva se lo llevara en una nube de copos de nieve y hielo.

—Nos vamos ahora mismo —tronó Azrael en la estela de helado silencio que siguió.

Belén llamó a la puerta antes de entrar. Los niños se encontraban acurrucados en un rincón de la habitación, como si hubieran estado hablando de algún tema importante. En cuanto la reconocieron, se relajaron de forma visible.

Belén les sonrió, ocultando las bolsas que portaba detrás de su espalda y

que había traído de su salida para hacerse el tatuaje.

—¿Qué os ocurre? Os veo muy serios.

Los niños intercambiaron una mirada, pero ninguno de ellos habló. Al sentarse a su lado en el suelo, Belén se dio cuenta de que ninguno de los niños se fijó en las bolsas, como si fueran una cosa sin importancia, nada comparado con la alegría y curiosidad de otros niños que había conocido a lo largo de su vida. Eso constituía un recordatorio de dónde venían estas criaturas, nadie les había llevado probablemente nunca una bolsa llena de sorpresas.

—¿Y bien? —insistió.

Pablo le cogió la mano a Mayca, esta a Julia y así con Carmen y Tomás hasta que todos estuvieron en contacto.

—Hemos oído que se han llevado a los otros niños a ese mundo del que nos hablaste y que han encontrado papás y mamás para todos.

—Sí, eso es cierto —admitió Belén con lentitud cuando Mayca y Julia se arrimaron más de lo que ya estaban.

—No queremos que nos separen. —Pablo se erigió en el representante de todos—. Nos escaparemos si lo hacéis.

Lo dijo con tanta firmeza, a pesar del miedo que se le veía en sus grandes ojos y en la forma en que rodeó los hombros de Mayca y Carmen, que a Belén le entraron ganas de comérselo a besos.

—¿Y si os encontrara una familia con la que os pudierais quedar todos juntos? —preguntó Belén con cuidado, queriendo comunicarles la noticia con tranquilidad, para que pudieran hacerse a la idea poco a poco.

Los cinco intercambiaron una mirada sin ninguna muestra de alegría, aunque deberían haber estado extáticos con esa posibilidad. Belén creyó ver incluso que Tomás le había hecho señales a Pablo para que no dijera nada más, a lo que este negó de forma disimulada.

—¿Y si no nos quiere nadie? —musitó Carmen.

—Pero ¿cómo no os iba a querer nadie, cielo? Si sois las princesas guerreras, príncipes y dragones más adorables que he conocido jamás —exclamó Belén sentándola sobre su regazo para darle un beso.

—Pero somos raros —le explicó Mayca contemplándose las puntas de los pies.

Belén tuvo que sonreír.

—Cariño, vais a vivir en la dimensión de Cael. En ese sitio todo el mundo es raro. Existen... —se retuvo justo a tiempo de decir brujas y vampiros y los evitó para no asustarlos innecesariamente—, hadas, sátiros, templos con

estatuas que se mueven, incluso gnomos.

—¿Qué es un sátiro?

—Es un hombre con la mitad del cuerpo de una cabra y la otra mitad de humano. ¡Y tiene cuernos en la cabeza! —contó Belén como si fuera algo fantástico, haciendo que los niños rieran.

—¿También existe ese hombre de la película de ayer, el que se llama Batman? —preguntó Tomás.

—No, ese vivirá en otra dimensión, que probablemente será como los libros de cómics. La dimensión de Cael es la de los cuentos. —Belén sonrió para sí misma cuando los niños asintieron como si eso tuviera algún sentido para ellos—. Pero lo de Batman me hace recordar que tengo unas cositas para vosotros. Nos han concedido un permiso especial para que os las podáis llevar esta noche a la otra dimensión. —Los niños contemplaron con la cabeza ladeada las bolsas que les puso por delante—. Allí tendremos que conseguir ropa y otras cosillas, pero creo que de momento ahí va todo lo que necesitaréis para los próximos dos días. Solo espero que os quede bien.

Mayca fue la primera en echar un vistazo a lo que había dentro de su bolsa. Su rostro se transformó de inmediato, pasando de uno de incredulidad a otro de excitación y alegría. Rápidamente, volcó la bolsa en el suelo para esparcir todos sus nuevos tesoros.

—¿Todo eso es para mí? —preguntó excitada. Belén asintió con una sonrisa al ver su alegría—. ¡Un peluche! ¡Y este es un camisón de la princesa de los dibujos animados! Mira, Julia, ¡y unas botas con brillantinas!

—¡Tienen luces! —exclamó Carmen con las suyas en la mano mientras apretaba su nueva muñeca contra su pecho.

En menos de un segundo, Pablo y Tomás también habían volcado el contenido sobre el suelo y rebuscaban frenéticos entre sus cosas. La única que no se movió fue Julia.

—¡Un traje de Batman! —chilló Tomás.

—¡El mío es de Spiderman! —gritó también Pablo.

Belén sacudió la cabeza con una risita, pero no les aclaró que eran pijamas. Si ellos querían creer que eran trajes de superhéroes, entonces eso era justo lo que eran. Se inclinó hacia Julia, que observaba a sus compañeros, pero no hacía nada por coger su bolsa.

—¿Tú no vas a mirar tus cosas, Julia?

La niña miró la bolsa y se acurrucó aún más contra Mayca, como si le produjera miedo.

—¿Qué tal si la abro yo y te voy enseñando lo que hay dentro?

Belén se giró sobresaltada hacia Cael, que cerró la puerta y se acercó con una sonrisa calmada; se sentó junto a Julia con los brazos estirados para que ella pudiera decidir si quería que la cogiera. Ella respondió alzando su brazo sano.

Con ella sobre su regazo, Cael atrajo la bolsa hacia ellos, pero cuando fue a abrirla, Julia puso una mano encima.

—¿Qué ocurre, cielo? ¿No quieres lo que hay dentro?

—Si no lo abro, ¿puedo elegir otra cosa?

—Esas cosas son tuyas, pidas lo que pidas. Dime lo que quieres y si está en mi mano será tuyo.

Julia le echó una mirada tímida a Belén antes de estirarse para hablarle a Cael al oído. Belén fue testigo de cómo los ojos masculinos fueron llenándose de un sospechoso brillo y de cómo le besó la coronilla a la niña y sujetó su cabeza contra su pecho.

Tardó varios segundos en contestar a la interrogación silenciosa de Belén.

—Belén... —Cael inspiró hondo, como si necesitara bajar una enorme bola en su garganta—. Como eres un ángel, ¿crees que podrías hablar con la mamá de Julia y Mayca para ver si le parece bien que ella le pida a Dios que tú y yo seamos sus nuevos papás y que nos pueda llamar mamá y papá?

En los seis pares de ojos que había puestos sobre ella se reflejó la importancia de lo que iba a responder. Incapaz de decir nada, Belén dejó a Carmen en el suelo, se levantó, se quitó la rebeca que le cubría la camiseta con la espalda descubierta y, con los párpados cerrados, desplegó sus alas arrancando jadeos asombrados en los niños.

Se acercó a la ventana para mirar el cielo nocturno y se preguntó cómo habría reaccionado Irene si hubiera tenido la posibilidad de hablar con ella. Los recuerdos de la Irene que creyó conocer se fundieron con los de la Irene desconocida, la que la había vendido y traicionado. ¿Cómo podía contarles una mentira a aquellas criaturas si quería ganarse su confianza?

Justo en ese momento, Julia a un lado y Mayca al otro le dieron sus manitas y se pusieron a contemplar el cielo con ella.

—¿Puedes decirle que la queremos mucho y que la perdonamos? —preguntó Mayca.

A su mente regresaron las últimas horas de vida de Irene. El amor por sus hijas, su sacrificio... No necesitaba preguntarle nada. Irene le había respondido antes de morir. Le había entregado a sus hijas para que las cuidara.

Se había sacrificado por todas ellas.

Se acuclilló para poder estar a la misma altura que las niñas. Julia fue la que le secó la lágrima que rodaba por su mejilla.

—Vuestra mamá quiere que os quedéis conmigo, todos vosotros —les dijo también a los demás, que se levantaron con un salto para acercarse a ella—. Y vuestra mamá también se quedará con nosotras para protegernos y acompañarnos siempre que la necesitemos.

—¿Y podemos llamarte mamá? —preguntó Carmen.

—Mamá a partir de ahora será vuestra verdadera madre, ya sea la de Julia y Mayca o la de cada uno de vosotros, pero a mí me podéis llamar mami; de esa forma, nos podéis distinguir y siempre sabremos de quién habláis. ¿De acuerdo?

Los niños asintieron excitados, pero solo las niñas se arrimaron a ella buscando su cercanía. Tuvo que ser Belén quien tirara de ellos para abrazarlos.

Cuando regresaron a abrir la bolsa de Julia entre todos, Cael se acercó a ella y la abrazó.

—¿Todo bien?

Ella asintió con una sonrisa triste.

—Es lo que Irene habría querido, ¿verdad?

—Estuvo en sus pensamientos cuando planificó el rescate. Quería que adoptaras a sus hijas.

Belén asintió.

—Tendrás que ayudarme. No sé cómo hacerlo.

—Aprenderemos juntos. —Cael la besó en la sien.

—¡Mami, mami! —Mayca se acercó corriendo seguida por Julia y Carmen; daba la sensación de que repetía el nombre por puro gusto—. ¿Podemos cortar los ositos por la mitad y cambiarnos las mitades?

Belén abrió la boca y estudió los pobres ositos de peluche. Cael rio y despeinó a Mayca, quien soltó un quejumbroso:

—¡Papi!

—Se lo diremos a las costureras de palacio, pero ahora recoged las cosas. Nos vamos a casa.

—Si les hubieras prometido unas vacaciones en Disneyland no podrían estar más felices —murmuró Belén observando cómo corrían de un lado para otro para que no se les quedara nada atrás.

Cael sonrió.

—¿Preparada para irnos?

CAPÍTULO 68



Belén despertó con la sensación de que alguien estaba observándola. Abrió los párpados, sonrió y los volvió a cerrar.

—Buenos días, buenas noches o lo que sea —balbuceó.

—Lo que sea mientras tú estés conmigo —murmuró Cael apartándole con delicadeza un rizo de la mejilla.

Ella abrió un solo ojo.

—¿Qué has hecho con Cael?

La cama vibró con las carcajadas masculinas.

—Me alegra tenerte en mi cama conmigo, mi pequeña arpía.

—Eso ya está mucho mejor —respondió ella desperezándose con un suave ronroneo—. No recordaba lo cansado que resulta el dichoso viaje interdimensional. ¿Se sabe ya algo sobre tu hermano Zadquiel?

—Sigue vivo —suspiró Cael.

Ella alzó la cabeza.

—No le hará daño. Vi los ojos de Neva. Su mirada fue la misma que cuando estaba con nosotros en ese pozo y no podía liberarte. Algo está pasando. Seguro que solo está reteniendo a tu hermano porque es lo mejor para él.

—Yo también lo creo.

—¡Mami! ¡Mami!

—¡Mami!

Belén gimió cuando la puerta se abrió de golpe y su cama se llenó de pequeños bichillos saltando entre, sobre y por cualquier parte imaginable de la cama.

—¡Mira cómo han quedado los ositos! —chilló Mayca feliz lanzándose al

cuello de Cael para darle un beso en la mejilla.

—¡Y a mi muñeca le están haciendo un vestido nuevo que es igualito al que me están haciendo a mí!

—¿En serio? —Belén se sentó procurando que no se le resbalaran las sábanas y atrajo a Julia a sus brazos para darle un beso antes de inspeccionar su oso—. Vaya, ha quedado perfecto.

—¿A que sí? —Mayca bajó de la cama y tiró de Julia—. Tenemos que irnos. La tía Anabel nos ha dicho que vamos a ir a montar en carroza y que si nos portamos bien podemos acariciar los caballos y darles zanahorias.

La habitación quedó tan silenciosa como si hubiera pasado un huracán. Belén salió corriendo para comprobar que habían cerrado bien la puerta y fue a por su albornoz.

—Vamos a tener que empezar a usar algo para dormir. Tiene toda la pinta de que a partir de ahora vamos a tener visitas sorpresa cada dos por tres.

—Espera. No te lo pongas, déjame verte —le pidió Cael desde la cama.

No había mucho que pensar al respecto. Belén dejó el albornoz en la silla y se volteó para quedar frente a él. Se sintió total y absolutamente sexi cuando él dejó de respirar y la recorrió de los pies a la cabeza con una mirada que reflejaba su admiración.

—¿Así?

Él asintió.

—¿Puedo pedirte algo más?

—Dispara.

—No he tenido la oportunidad de ver cómo eres realmente con tus alas. ¿Podrías...? —Cael señaló con su barbilla hacia ella.

Belén inspiró con fuerza, movió sus hombros para relajar la espalda y extendió las alas, que casi tocaron las paredes a cada uno de sus lados.

Cael se levantó de la cama y ella no pudo más que temblar ante la expectación de cada paso que daba hacia ella.

Para su sorpresa, primero se dirigió a la bolsa en la que habían traído las joyas de la otra dimensión. Se paró ante ella con el antifaz con el que Neva la había desenrollado aquella primera noche de la alfombra, y una a una fue cubriendo su piel desnuda con alhajas y piedras preciosas: pendientes colgantes, varios collares, pulseras y tobilleras y algún que otro anillo. Al terminar, ella permaneció quieta mientras él admiraba su obra.

Cael estiró un brazo para trazar sus pómulos, sus labios y el contorno de sus pechos, dejando una estela de piel de gallina tras de sí.

—Eres... perfecta. —Cael sacudió asombrado la cabeza—. Jamás en mi vida he visto una criatura más bella que tú, cielo.

—¿Lo dices en serio? —Ella se estudió las alas—. ¿Eso de que sean tan grandes y negras no te echa un poco para atrás?

—Sabes de sobra que no, no necesito decirlo.

—A veces necesitamos que nos digan las cosas.

Cael se puso repentinamente serio.

—¿Quieres que te confiese algo? Me he imaginado este momento de mil formas diferentes desde que supe que eras mi *shangrile*, pero todas y cada una de ellas ahora me parecen insignificantes ante lo que te mereces. ¿Confías en mí?

«Sí». A Belén no le salieron las palabras.

Cael abrió la puerta del balcón y con un pie fuera le ofreció la mano. En cuanto la aceptó, él la atrajo a sus brazos y la besó mientras se lanzaban al aire. Por pura inercia ella movió sus alas dándose cuenta de inmediato de que era capaz de volar por sí misma. Como si comprendiera lo que estaba pasando por su interior, Cael fue dejándole espacio para experimentar, primero, sujetándola por la cintura, para luego sujetarla por los brazos y, finalmente, solo por las manos, hasta soltarla y regalarle su independencia.

La sensación de libertad fue tan abrumadora que ella no pudo más que lanzarse en dirección a las estrellas estirando sus alas al máximo para planear sobre el oscuro cielo hasta el bosque cercano.

En algún momento, pensó en la posibilidad de que la vieran desnuda, pero la sensación liberadora de la brisa nocturna contra su piel compensaba con creces el riesgo, y la máscara contribuyó a su atrevimiento. Cael la siguió de cerca, ofreciéndole la seguridad de estar a su lado si lo necesitaba, pero sin coartarle su recién estrenada habilidad.

Tal vez hubiera pasado media hora, quizás una o más, cuando ella se giró hacia él con una enorme sonrisa. Su piel se sentía fría, su respiración era entrecortada por el ejercicio y las piedras preciosas sobre su piel le recordaban la sensualidad de su desnudez.

—¿Por qué estoy yo desnuda y tú no?

Él se miró el pantalón de pijama y encogió los hombros.

—Tú eres la diosa pelirroja a la que hay que adorar.

Ella se acercó a él.

—¿Y si regresamos? Se me ocurre algo que podríamos hacer para volver a entrar en calor.

Las pupilas de Cael se dilataron y las motitas en sus iris verdes adquirieron un tono dorado.

—Esa, sin duda, es una propuesta difícil de rechazar.

—Vamos.

Cael la sujetó de la muñeca para detenerla.

—No.

—¿No? —La desilusión hizo que olvidara mover las alas.

Cael estuvo de inmediato a su lado para sujetarla de la cintura.

—No. Hay un sitio que quiero enseñarte. Uno en el que no habrá niños que nos interrumpan en el momento menos oportuno.

Apenas les tomó unos minutos llegar al claro en el que la luna se reflejaba en el agua del pequeño lago. Cael la llevó a una plataforma de piedra y se encargó de revisar que estuviera libre de piedrecillas puntiagudas antes de que ella apoyara los pies sobre su superficie.

—¿Bailamos? —Cael le ofreció la mano.

—¿Tienes un mp3 escondido en esos pantalones de pijama? —se burló Belén al aceptarla.

Cael rio.

—Nada de aparatos tan modernos aquí, ya lo sabes. Tengo una idea mejor.

—¿Ah, sí?

—Mhm. Ábreme tu mente.

Como si los árboles cercanos ocultaran una orquesta, el claro empezó a inundarse de una sensual *kizomba*, la misma con la que habían bailado aquella primera vez en la fiesta. Cael la atrajo a él sin tocarla y la guio al ritmo de la canción que sonaba en sus mentes.

Se movieron sin palabras, tan cerca el uno del otro que podían sentir el calor de sus pieles, pero sin roces excepto el de las manos de Cael, que fueron deslizándose por su cintura firmes, sensuales y provocadoras.

La giró, pegándose a su espalda y, sin dejar de bailar, deslizó la mano por su estómago hasta su monte de Venus. Ella se arqueó contra él cuando sus dedos se abrieron paso entre sus muslos y la barbilla áspera de Cael acarició su sensible cuello.

—Cael...

—Shhh, sin prisas.

Y así fue guiándola, paso a paso, caricia a caricia, roce a roce, hacia la cima de su placer. Ella se contoneó contra él, adaptándose a sus caprichos mientras él iba despertando cada centímetro de su cuerpo a una creciente

conciencia de sí misma. Solo cuando sus rodillas cedieron bajo su peso, incapaz de aguantar la intensidad de sus estímulos, la besó, tragándose los gritos de éxtasis de su orgasmo.

Sin dejar que se extinguieran las últimas olas de placer, Cael la llevó a una diminuta bañera natural en la roca y se metió con ella en brazos. Ella jadeó al primer contacto y se apretó contra él para recuperar la temperatura. Sus cuerpos se fundieron de una forma natural, lenta, entre besos, en tanto se mecían y frotaban el uno contra el otro. Ella se sujetó a sus musculosos hombros cuando fue abriéndose paso en su interior, centrada en ese único y delicioso contacto que la hacía poderosa y femenina.

Como diminutas chispas, las luces en su interior comenzaron a bailar y saltar alrededor de ellos. Crecieron en intensidad y número a medida que ella se elevaba sobre él. El agua comenzó a adquirir una cualidad fluorescente que fue convirtiéndose en espectaculares ondas sobre la superficie y sobre sus cuerpos mientras los iluminaba con su luz. Las piedras preciosas fueron tiñendo las luces de preciosos colores azules rojos y violáceos, que fueron creando una atmósfera mágica a su alrededor.

Las luces fueron cogiendo fuerza a medida que la calidez en su interior iba creciendo y su deseo por fundirse con él escalaba a cada vez mayor velocidad.

—Cael...

—Belén..., hazme tuyo —murmuró él contra su piel.

Cael extendió sus garras, se realizó una incisión en el cuello y ladeó la cabeza para facilitarle el acceso. Ella aceptó su invitación sin dudas ni segundos pensamientos, y se lanzó a por su vena. El sabor dulce y espeso, ligeramente metalizado, se extendió sobre su lengua. Sus uñas se clavaron en los musculosos brazos, anclándola a él, mientras Cael alzaba las caderas invistiendo sus empujes de potencia.

El calor en su vientre fue contrayéndose en una bola cada vez más densa y brillante hasta que Cael la mordió. A partir de ese punto, una bestia salvaje los dominó a ambos; se apretaron y rozaron como si el fin del mundo dependiera de su conexión, como si pudieran fundirse el uno en el otro. Sus cuerpos enzarzados se elevaron por encima del agua espoleados por sus alas, las luces se enredaron y crecieron en brillo e intensidad hasta que de pronto todo explotó a su alrededor, inundándolo de una luz blanquecina, pura y uniforme en la que sus cuerpos parecieron desintegrarse.

En algún lugar de su mente se oyó:

«Te amo. Tú lo eres todo».

Si le hubiera ido la vida en ello, Belén no habría sabido decir si era ella quien lo había dicho, si Cael o ambos.

«Ambos».

«¿Cael?».

«¿Mhm?».

Belén se limitó a sonreír y a disfrutar de la cálida felicidad que la llenaba. No necesitaban hablar, podían sentirse. La luz seguía dentro de ella, iluminándola desde dentro.

El vínculo se había cerrado.

CAPÍTULO 69



Cael observó cómo Belén cruzaba junto a la reina el salón de baile para llegar hasta él y su hermano. Se la veía preciosa con su cabello recogido; sus ojos verdes brillaban y su sonrisa denotaba seguridad y orgullo. Las únicas joyas que portaba eran los pendientes de largas tiras de zafiros que le había regalado en el desayuno y que había escogido expresamente para el vestido que llevaba, con un profundo escote en la espalda.

Con la excepción de las ausencias de Zadquiel y Rafael, no se le ocurría mejor forma de celebrar de forma oficial su vinculación ante los reyes y la corte. Su amiga, la reina, había insistido en que, lo llamaran cómo lo llamaran, era su boda y que debían celebrarlo por todo lo alto. Él había coincidido, aunque por motivos mucho más egoístas: quería mostrar la belleza de su *shangrile* al mundo entero. Por el murmullo admirado que se fue extendiendo entre aquellos que vieron el tatuaje del lobo, el efecto fue justamente el que había pretendido y su pecho se hinchó de orgullo.

—Y pensar que las habíamos confundido con esclavas sexuales — murmuró su hermano Azrael tan bajo que solo él pudo escucharlo.

Cael asintió. Comprendía a qué se refería. Aun siendo humanas y habiéndose criado en un entorno muy diferente al de su corte, no tenían nada que envidiar a ninguna de las otras damas. Su humanidad las hacía más perfectas ante sus ojos y su valor para hacer frente a su vulnerabilidad era aún mayor que el de cualquiera de los mejores hombres de su guardia.

Con la llegada de las mujeres a su lado, Cael hizo una pequeña reverencia ante la reina para, acto seguido, coger la mano de Belén y llevarla a sus labios.

—Gracias —murmuró antes de besarla.

Ella arqueó una ceja.

—¿Gracias?

—¿Necesito decir que me has hecho el hombre más afortunado de esta dimensión?

—El segundo más afortunado —masculló Azrael entre dientes mientras sonreía al público.

Anabel rio.

—No seas aguafiestas. Estás estropeando un momento romántico.

Cael entornó los ojos, pero no pudo evitar una sonrisa ante el desparpajo de su cuñada.

—Por hacerme uno de los dos hombres más afortunados de esta dimensión —reformuló su afirmación.

Azrael arqueó una ceja, pero su *shangrile* le dio un codazo disimulado antes de que pudiera volver a abrirla boca.

—Creo que la reina tiene razón, tu hermano ya se ha cargado el momento romántico —opinó Belén contemplando divertida a los reyes.

—Tienes que situarte al lado de Cael y mirar a la gente —le siseó Anabel —, pero procura hablar lo suficientemente alto como para que yo también me entere, sois lo más divertido de esta fiesta, no quiero perdérmelo.

Belén le dirigió una ojeada asesina.

—Si lo digo *tan* alto, se acabará enterando toda la sala.

—¿Y? —le preguntó Anabel—. Aquí no hay tele. Con algo habrá que entretener a la audiencia.

—¡Olvidalo! Ese es tu trabajo. Yo solo soy una súbdita más.

—Genial. Si eres mi súbdita, te ordeno que me entretengas y me ahorres una muerte por aburrimiento —espetó Anabel triunfal.

—Casi me das lástima, pobre reina afortunada. ¿Tengo que recordarte que ahora eres inmortal?

—Tú también. ¿Te imaginas una eternidad sin chismorreos jugosos para disfrutar?

—Colocaos en vuestros sitios —las amonestó Azrael sin mirarlas—, estáis llamando la atención—. ¿Tienes algo que decir? —le preguntó a Cael cuando este tosió.

«Sí. Acabo de descubrir que prefiero que discuta con tu mujer a que lo haga conmigo», le contestó solo para él.

La comisura de los labios de Azrael tembló, aunque el leve movimiento no

pasó desapercibido para su mujer.

—¡Nada de comunicación telepática! O nosotras nos enteramos u os dejamos aquí solos.

—Eran secretos de Estado, su majestad —le explicó Cael inclinándose hacia ella.

Cuando Azrael carcajeó por lo bajo y recibió otro codazo disimulado por su atrevimiento, Cael se preparó para el suyo propio. Cuando no llegó, miró a Belén, que permanecía con la vista fija en él.

—Prometo que te compensaré cuando estemos a solas —dijo tratando de suavizarla antes de que pudiera atacarlo y ponerlo como cuatro trapos ante todos los ojos y oídos que, sospechaba, estaban puestos en ellos.

—¿Ahora me regalas joyas porque me tienes miedo?

—No iba a regalarte una joya, ¿y cómo se te ocurre que pueda tenerte miedo? —preguntó Cael.

—Pues sabes... creo que deberías tenerlo —le avisó divertida cuando le dio un pellizco en el trasero y él pegó un salto sorprendido, llamando la atención de todo el mundo.

—¿Ocurre algo? —indagó Azrael mientras su mujer estudiaba a Belén con ojos entrecerrados y ella arqueaba una ceja divertida.

—No, nada. Solo comentaba con mi marido que no dejaré que la falta de televisión sea una excusa para que caigamos en la rutina.

—Ahhhh... —soltó Anabel con un tono que dejaba claro que no se lo tragaba—. ¿Y qué opina él al respecto?

—Me ha propuesto hacer una apuesta pública para recaudar fondos para el nuevo parque infantil.

—Eso suena interesante. —Anabel rio—. ¿Y sobre qué iría la apuesta?

—Sobre si el lobo acabará en el pozo o en la cama.

—Eso no tiene chicha, todos sabemos que acabará en la cama —se burló Anabel.

—¿Estás segura? Quitando el hecho de que la mayoría de los invitados ya están apostando cuánto durará nuestro matrimonio —dijo Belén sin necesidad de comprobar que más de uno acababa de apartar la vista o que se les habían subido los colores a las mejillas—, se te ha olvidado un detalle más. —Belén sonrió con malicia—. Mi cuento era el de Caperucita Roja, ¿recuerdas? Y en ese cuento no hay comieron felices y comieron perdices, solo un lobo que acabó con un tiro en la cabeza o en el fondo de un pozo con la barriga llena de piedras dependiendo de quién cuente el cuento.

Azrael y Cael gimieron al unísono mientras la sala se llenaba de un murmullo escandalizado.

—Buen punto. ¿Empezamos la apuesta? —preguntó Anabel animada.

La sala permaneció en silencio por un largo rato, hasta que de repente saltó la primera apuesta, seguida de inmediato por la segunda y la tercera; el mayordomo y un par de sirvientes tuvieron que hacerse cargo de apuntar a todos los participantes y sus apuestas.

Cael siguió todo el tumulto anonadado. Incapaz de creerse que la gente estuviera tan sedienta de comprobar si un matrimonio acababa en el pozo. Comenzaba a plantearse muy en serio que la reina tuviera razón y que su gente necesitara ver algunas películas de amor.

«¿Cielo?».

«¿Sí, lobito?».

«Sabes que te quiero y que eres la única y más importante mujer de mi vida, ¿verdad?».

La respuesta de Belén tardó en llegar, pero cuando lo hizo fue con decisión.

«Sí».

«¿Y de verdad crees que nuestra relación acabará yéndose al traste?».

«No seas tonto, claro que no. No habría venido aquí contigo si lo creyera».

«¿Y eres supersticiosa?».

«No, no mucho, al menos».

«¿Entonces por qué has sacado el tema del cuento?».

«Bueno, tienes que reconocer que es cierto, Neva siempre hace las cosas con un motivo oculto detrás. —Belén rio cuando detectó su tensión—. Pero se te olvida algo, cielo —le advirtió metiendo de forma disimulada la mano bajo su chaqueta para sacarle la camisa y acariciarle la espalda—. Hay una cosa de la que no se ha dado cuenta nadie. Tú ya estuviste muriéndote en el pozo. Los cuentos tienen vida más allá de lo que la gente conoce y el nuestro solo acaba de empezar —aseguró dirigiéndole un guiño».

Ambos volvieron a observar el revuelo de la apuesta mientras ella le acariciaba la espalda de forma disimulada, arrancándole un estremecimiento.

«Te prometo que haré todo lo que esté en mis manos por conseguirte ese *fueron felices y comieron perdices*».

«Pero sin plumas y cocinadas, por favor», rio Belén, dando un pequeño salto cuando él le pellizó el culo.

«Se me ocurren cosas mucho mejores en la que emplear las plumas,

pequeña arpía pelirroja».

EPÍLOGO



Al entrar en el claro en el que se encontraba la cabaña que ahora llamaba hogar, Belén no pudo evitar una sonrisa nada más descubrir al cachorrillo corriendo en su dirección para lanzarse sobre ella.

—¡Ten cuidado, Mayca! Vas a tirarme al suelo, cielo. —Rio, tratando de poner a salvo la cesta llena de pan, aún calentito, que había comprado en el pueblo.

El cachorro dejó de saltarle encima, pero Belén tuvo que recogerse la larga falda para que no se enredara en los pliegues al jugar entre sus piernas moviendo alegre la cola. El dragón negro que se había sentado paciente a observar a su compañera, se transformó en niño y se acercó.

—Yo me encargaré de la cesta.

—Gracias, Pablo. —Belén consiguió reprimir en el último segundo la protesta de que pesaba demasiado. El crío se habría sentido ofendido si le hubiera tratado como tal, y más cuando resultaba evidente que aún a su corta edad tenía tres veces la fuerza de ella—. Déjala en la mesa de la cocina.

En cuanto le entregó la cesta, se agachó para acariciar el aterciopelado y brillante pelaje de Mayca.

—Está a punto de anochecer. Aprovecha el ratito que te queda para jugar —advirtió antes de levantarse.

El cachorro la acompañó hasta la puerta de la cabaña antes de lanzarse junto a Pablo en busca de Tomás, Carmen y Julia, que jugueteaban alegres en el pequeño jardín.

Belén se abrazó mientras los observaba y no pudo evitar una carcajada cuando Julia, a pesar de su cojera, consiguió marcarle un placaje a Tomás derribándolo. No estaba segura de si lo había conseguido de verdad o de si él

se había dejado. En el fondo no importaba. Estaba tan orgullosa de los avances que había hecho Julia como del sentido de protección de Tomás.

Sonrió. ¿Le quedaba algún otro sueño por cumplir? Se sentía plena y satisfecha. Cuando trató de salvar a los niños del orfanato jamás pensó que pudiera permitirse el lujo de convertirse en la madre de cinco de ellos. Incluso uno ya le había parecido un sueño inalcanzable. Dudaba que hubiera algo que pudiera hacerla más feliz que saber que todos estaban sanos, salvos y felices.

Bueno, en realidad sí había algo que podía hacerlo todo aún mejor. Su sonrisa se llenó de anticipación cuando entró en la cabaña; se lavó las manos en el fregadero de la cocina antes de colocarse los mechones de cabello suelto tras la oreja y dirigirse al dormitorio.

Las lámparas ya habían comenzado a iluminar tenuemente la estancia y el hombre en la cama se estiró con languidez. Ella no lo dudó y se tiró a su lado.

—Buenas noches, Caperucita —la saludó Cael con una sonrisa perezosa dándole un pequeño tirón a la capa que le había regalado Neva como regalo de compromiso.

—Mmmm... Buenas noches, señor lobo.

En menos de lo que canta un gallo, Belén estaba atrapada debajo de Cael.

—¿Te he dicho ya cuánto me pone que me llames así? —murmuró él con voz seductora.

—No, creo que no —se burló Belén cuando la empujó con su pelvis contra el colchón y la dejó sentir la envergadura de esa confesión.

—En ese caso, creo que debo ponerle remedio de inmediato, mi adorable e inocente niña.

Belén arqueó una ceja.

—Señor lobo..., qué pupilas más oscuras tiene —volvió a burlarse, a pesar de que el deseo reflejado en las pupilas dilatadas la estremeció por dentro.

—Es lo que me provoca el verte —confesó ronco.

—Señor lobo, qué dientes más grandes tiene. —Sonrió seductora cuando le tocó los colmillos extendidos.

—Son para mordisquearte mejor. —Cael bajó la cabeza hasta su hombro para raspárselo con delicadeza.

—Mmmm... Señor lobo. Señor lobo... —repitió cuando él siguió olisqueándole la piel sin hacerle caso.

—Mhm...

—Qué lengua más larga tiene.

Cael alzó la cabeza y la miró con los ojos llenos de un brillo peligroso.

—Son para lamerte mejor —gruñó abriéndole el vestido de un tirón y dejando sus pechos al descubierto.

Belén jadeó y se tomó su tiempo para disfrutar de la forma experta en la que Cael atendió sus pechos. Solo cuando el deseo se impuso y comenzó casi a rozar la locura, estiró la mano hacia su ingle para rodear su erección.

—Mmmm... señor lobo, pero qué duro está —le provocó.

Cael le enseñó los dientes con una sonrisa oscura y peligrosa.

—Es para...

—Mami, Mami...

Apenas les dio tiempo de apartarse y taparse antes de que entrara Mayca corriendo seguida por Pablo.

—¿Qué ocurre, cielo? —indagó Belén sin aliento.

—Ha llegado la tía Neva. Está esperando en el salón y dice que ha traído regalos para todos.

Tal y como habían entrado, los dos volvieron a desaparecer como si nunca hubieran estado allí. Cael se pasó la mano por el cabello acompañado de un largo suspiro.

—A ver, recuérdame otra vez por qué queríamos tener niños.

Belén le propinó un codazo y se levantó riendo, tratando de arreglar el estropicio que le había hecho en el vestido.

—Tú fuiste el primero que fue incapaz de dejar que a esos bichillos se los llevara nadie más, de modo que no te quejes.

Cael apoyó la cabeza en la mano mientras observaba cómo ella trataba de volver a resguardar, sin éxito, sus pechos.

—Sí, pero tú fuiste la que prefirió venir a vivir a una cabaña sin intimidad a vivir en un palacio con sirvientes y habitaciones insonorizadas.

Belén puso los brazos en jarras.

—Este ambiente es mucho más sano para unos niños como ellos y tú lo sab... ¡Quieres dejar de mirarme los pechos!

—Solo miro lo que me estás enseñando de forma descarada.

—¡Eres tú quien me ha roto el vestido, imbécil!

Cael se levantó de la cama con una carcajada y la cogió en brazos.

—¿Te he dicho ya cuánto me pone que me insultes?

Ella entornó los ojos con un resoplido.

—¿Hay algo que no te ponga? —preguntó con sarcasmo, aunque era consciente que el rápido latido de su corazón la delataba.

—Cuando se trata de ti, no. —Cael le hizo un guiño y le besó el hombro.

—Anda, lárgate ya. Tenemos visita y tienes que atenderla mientras yo me pongo otra cosa. —Belén lo empujó hacia la puerta tratando de no mostrarle la sonrisa tonta que se le había quedado sobre los labios.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que ella nos haga de niñera un par de horas? —gimió Cael desconsolado.

—No lo sé, pero si lo consigues ya sabes cuál será tu premio.

Cael se detuvo de forma brusca y se giró hacia ella para inspeccionarla con ojos calculadores.

—No, no sé cuál es, pero ten por seguro que pienso averiguarlo —le prometió.

Cuando Belén llegó al salón, los niños la recibieron con saltos y gritos excitados.

—¿Podríaís hablar de uno en uno? Así no hay forma de enterarse de nada —protestó cuando no pararon de chillar.

—Neva se ha ofrecido a llevarlos a dar un paseo —anunció Cael con una amplia sonrisa.

Neva arqueó una ceja al mirarlo, pero él no se inmutó y se limitó a encogerse de hombros.

—¡Y nos ha prometido que podremos tirarnos en trineo y hacer un muñeco de nieve! —le contó Julia tirando de la falda de Belén para llamar su atención.

—¿En trineo ahora en pleno verano? ¿Y de noche? —Belén alzó las cejas.

—De algo tiene que servir ser la Reina de las Nieves, ¿no? —soltó Neva con tono burlón.

Belén alzó ambas manos.

—Creo que nunca me acostumbraré a toda esta magia y abracadabra.

—¿Ha dicho «magia y abracadabra»? —le preguntó Neva a Cael frunciendo el ceño.

—Estamos delante de los niños —murmuró Cael dirigiéndole un guiño de complicidad—. No puede llamarlo de otra forma.

Neva bufó y Belén le dirigió una mirada asesina mientras se cruzaba de brazos.

—He dicho exactamente...

—Id a buscar vuestros abrigos, chicos, no queremos que os resfriéis en la nieve —la interrumpió Cael tocando las palmas y haciendo que los niños volvieran a su griterío anterior. Pablo se acercó muy serio a él—. ¿Qué te ocurre, hombretón?

—Es verano y ninguno de nosotros tiene botas ni abrigos.

—¡Mierda! —Cael lo miró impotente.

—¿Eso significa que no podremos ir? —preguntó Julia con un lindo puchero que hacía que Belén quisiera cogerla en brazos y calmar las lágrimas incluso antes de que pudieran escaparse.

—Yo puedo calentarlos con mi fuego.

—Apaga ese fuego ahora mismo, Tomás —ordenó Belén decidida cuando les enseñó la llama sobre su mano.

Neva siseó sacudiendo la cabeza.

—Ya me encargaré de conseguirles algo, montaos en el carruaje. Pero nada de fuego a mi alrededor —le advirtió a Tomas señalándolo con el dedo índice.

Tomás cerró de inmediato el puño para apagar la llama.

—¡Lo prometo, tía Neva!

Cael cogió a Neva para alzarla y girarla en el aire.

—¡Bájame ahora mismo, Cael, duque de los vampiros! —chilló Neva, aunque no parecía demasiado enfadada.

—A sus órdenes, majestad —contestó dándole un sonoro beso en la mejilla antes de soltarla en el suelo y dirigirse con los niños al exterior para montarlos en el trineo de hielo.

—No pareces muy contenta de que se vengán conmigo —dijo Neva observando a Belén con la cabeza ladeada.

—No quiero que les pase nada y no me acostumbro a perderlos de vista.

—¿Y no crees que seré capaz de protegerlos con mi «magia y abracadabra»? —se burló Neva.

—No pretendía ofenderte y lo sabes, pero todo esto sigue pareciéndome muy irreal y a veces me queda la duda de si no será solo un sueño del que despertaré en cualquier momento —confesó Belén frotándose los brazos.

Neva se acercó a ella y le tocó el vientre. Paralizada, Belén fue incapaz de apartarse de ella y de la intensa luz que irradió a su cuerpo inundándolo de calor.

—Quizás deberías creer más en los sueños y en que puedan hacerse realidad. —Neva sonrió y se marchó como si nada acabara de pasar.

Cuando Cael entró en la cabaña y cerró la puerta con una expresión satisfecha y una mirada llena de intenciones, Belén seguía anclada en el mismo sitio.

—Neva... acaba de hacer algo. No sé qué...

—¿Sí? ¿No te resulta extraordinaria para ser una bruja y una niña y todo eso? —la interrumpió Cael cogiéndola en brazos para dirigirse al dormitorio.

—Cael...

La voz de Belén se apagó cuando los labios masculinos se presionaron sobre los suyos y su lengua pidió permiso para explorarla. Desatándole el lazo del corpiño, se deshizo de su vestido dejándola en enaguas antes de tenderla sobre la cama con cuidado.

—¿Sí? ¿Qué querías contarme?

Belén abrió la boca, pero al estudiarlo cabeceó.

—Nada. No quiero que este sueño se acabe —susurró Belén.

Cael acercó sus labios a su oído.

—Prometo que haré todo lo que esté en mi poder para hacer todos tus sueños realidad.

La mente de Belén regresó a la sensación de la mano de Neva sobre su vientre. Desechó la idea que se formó en su cabeza. Había cosas que incluso con magia eran imposibles. Le tocó la mejilla a Cael y lo miró a los ojos.

—Tú eres mi sueño y mi final feliz a este cuento.

Sobre el rostro de Cael fueron pasando una emoción tras otra como si alguien estuviera proyectándolas sobre una pantalla de cine: seriedad, amor, orgullo... hasta que finalmente una pequeña sonrisa ladeada le dio un toque de picardía.

—Tengo una duda. ¿La declaración de amor viene antes o después de que el Lobo devore a Caperucita Roja?

Belén frunció los labios pensativa.

—Después, mucho rato después. Creo que primero se dedicó a demostrarle para qué tenía esa lengua tan larga.

—Tiene sentido. Caperucita seguro que estaba mucho más receptiva después de hacerle esa demostración —opinó Cael bajando por su cuerpo y haciendo desaparecer su cabeza bajo las enaguas mientras los dedos de ella se agarrotaban en la almohada.

—Mmmm. Por fin comprendo por qué todos los cuentos acaban con «fueron felices y comieron perdices». —Belén rio de repente sin poder reprimirse ante la estúpida ocurrencia.

Con un ruido lastimero, Cael sacó la cabeza de debajo de sus enaguas.

—¿Tengo que recordarte que los cuentos con lobo siempre acaban con el pobre lobo ahogado en un pozo o un cazador pegándole un tiro?

—Para eso estoy yo en tu cuento, cielo. Para hacer que acabe con un

«fueron felices y...». —Belén supo que Cael le estaba leyendo la mente y que había visto la imagen del lobo con plumas entre los dientes cuando sus ojos verdes se entrecerraron.

Tragó saliva tratando de no reír de nuevo, pero fue inútil. Cael gruñó cuando sus carcajadas resonaron por la habitación.

—Eres tan buena imaginando ese tipo de barbaridades que estoy a punto de ir a buscar un espejo para sacarme las plumas de la boca —masculló Cael tirándose a su lado para mirar enfurruñado al techo—. Y solo para que lo sepas, me parece un final de lo menos romántico para lo que yo tenía en mente.

Sin ocultar su enorme sonrisa, Belén se giró hacia él y se sentó sobre su ingle, inclinándose sobre él.

—Mi querido, lobito feroz... este es mi cuento y acabará como yo quiera que se acabe. —Su sonrisa se estiró hacia un lado a medida que fue deshaciéndose capa a capa de su ropa.

Los ojos de Cael se abrieron y dejó de respirar.

—Cielo...

—¿Qué ocurre? —Ella siguió su mirada hasta su vientre.

—Tu tatuaje... Los capullos de rosa han comenzado a florecer.

—Eso es imposib... —Belén tragó saliva al ver las flores y las espinas convertidas en nuevos brotes.

—¿Lo es? —Cael trazó las líneas con reverencia.

—También han cambiado de color, ahora son verdes. ¿Qué crees que significa?

—Esperanza, regeneración, vida... Podría significar cualquier cosa viniendo de Neva. ¿Qué te dijo antes de que se fuera?

Belén recordó las palabras de la bruja y por una vez en su vida se prometió acatar las instrucciones a rajatabla a pesar del miedo que le daba hacerlo. Se inclinó sobre él en busca de sus labios.

—Lobito, creo que es hora de ponernos a soñar.

Fin.

OTRAS OBRAS DE NOA XIREAU

Libros en Español

- [El Cuento de la Bestia](#)
- [Ritual](#)
- [Playboy x Contrato](#)
- [Tres Reyes para Sarah](#)
- [Mujer madura liberada busca...](#)
- [Juguete para dos](#)
- [Secreto entre líneas](#)
- [Publicar en Inglés](#)

Libros en Inglés

- [The Sorceress's Pet](#)
- [The Jarl's Witch](#)
- [Three Kings for Sarah](#)

Puedes encontrar información de cada libro pinchando en el link del título, o de todos ellos en www.noaxireau.com.

NOA XIREAU

Adicta a la literatura romántica, Noa Xireau comenzó a escribir por casualidad, más como una forma de dar salida a su exceso de imaginación que con la intención de publicar. Es una soñadora empedernida que tiene preferencia por la literatura paranormal y erótica, y su definición de nirvana es poder disfrutar sin prisas de un buen libro con un chocolate caliente a mano.

Galardonada por su originalidad y buen escribir en certámenes literarios, tanto a nivel nacional como internacional, Noa Xireau comenzó a publicar sus primeras novelas con la famosa editorial americana Ellora's Cave. En la actualidad publica con LooseId y Totally Bound.

Puedes encontrarla en:

www.noaxireau.com

noa@noaxireau.com

